



TESIS DOCTORAL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID (UAM)  
DOCTORADO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

# EL DESEMBARCO DE ALHUCEMAS. LA OPERACIÓN DEFINITIVA DEL COLONIALISMO ESPAÑOL EN MARRUECOS (1911-1925)

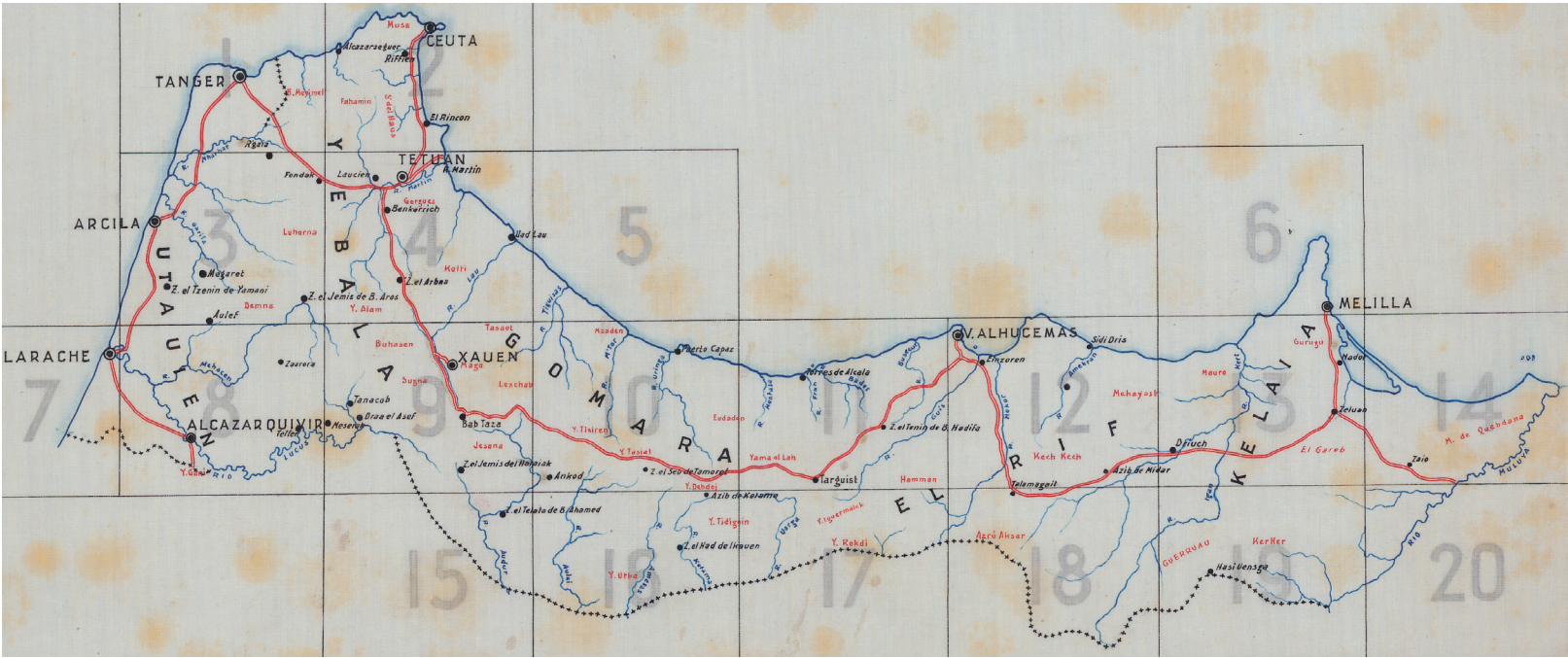
AUTOR: RAMÓN DÍEZ RIOJA  
DIRECTOR: JUAN PRO RUIZ  
2019



Universidad Autónoma  
de Madrid



Mapa del Protectorado - Croquis de conjunto









## ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN .....	11
Origen de la investigación e hipótesis de partida .....	14
Estructura del trabajo .....	17
Enfoque y método .....	19
Estado de la cuestión .....	20
Agradecimientos .....	26
CAPÍTULO I:	
ALHUCEMAS: COLUMNA VERTEBRAL DEL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS .....	29
A. ¿Por qué en Alhucemas? .....	30
B. Los proyectos de ocupación de la bahía de Alhucemas .....	34
C. La región del Rif: el territorio y su población .....	36
D. Las cabilas de Alhucemas .....	42
D.1. Cabila de Tensamán .....	43
D.2. Cabila de Bocoya .....	45
D.3. Cabila de Beni Urriaguel .....	46
E. La sociedad rifeña .....	48
F. La propiedad en Marruecos. Los bienes del Majzén .....	51
F.1. Las tierras comunales .....	53
G. La crisis del Majzén .....	54
G.1. Nuevos actores, nueva política .....	59
H. Africanismo y colonización .....	64
Conclusiones .....	66
CAPÍTULO II:	
EL MARCO INTERNACIONAL DEL COLONIALISMO ESPAÑOL EN MARRUECOS .....	67
A. Los antecedentes en España antes de la negociación franco-española .....	68
B. Causas de la expansión colonial en el último cuarto del siglo XIX y primeros años del siglo XX .....	70
C. Antecedentes históricos de la presencia española en Marruecos .....	75
C.1. Ceuta .....	76
C.2. Melilla .....	77



C.3. Chafarinas . . . . .	78
C.4. La isla de Alhucemas . . . . .	78
C.5. El peñón de Vélez de la Gomera . . . . .	79
D. El Tratado franco-español nonato de 1902 . . . . .	79
E. Convenio franco-español de 1904 . . . . .	83
F. La Conferencia de Algeciras (enero-abril 1906) . . . . .	83
G. De la Guerra del Rif (julio-diciembre 1909) al establecimiento del Protectorado (noviembre 1912) . . . . .	86
G.1. La opinión pública en la campaña de 1909 . . . . .	92
H. El Tratado franco-español de Protectorado (27 de noviembre de 1912) . . . . .	94
I. Organización central del Protectorado español en Marruecos . . . . .	97
I.1. Atribuciones del alto comisario y de los comandantes generales . . . . .	98
J. La Comandancia General de Melilla. Aspectos generales . . . . .	99
J.1. Comandancia General: régimen interno . . . . .	100
Conclusiones . . . . .	103

#### CAPÍTULO III:

JEFES Y OFICIALES EN LA GUERRA DE MARRUECOS: APROXIMACIONES Y DIVERGENCIAS . . . . .	105
A. Los militares y el ejército entre 1898 y 1909 . . . . .	107
B. Marruecos: un nuevo espacio de acción para los militares . . . . .	109
C. Los rasgos identitarios de los africanistas . . . . .	112
D. Penetración en el territorio. Plan de acción . . . . .	118
D.1. Directrices gubernamentales. La teoría . . . . .	120
D.2. La práctica . . . . .	124
E. La dirección de la guerra . . . . .	126
E.1. ¿Una concepción equivocada de la guerra? . . . . .	131
Conclusiones . . . . .	132

#### CAPÍTULO IV:

EL PRIMER PROYECTO DE DESEMBARCO EN LA BAHÍA DE ALHUCEMAS. OCTUBRE DE 1911 . . . . .	135
A. La operación definitiva. Un proyecto de Gobierno . . . . .	135
B. ¿Una maniobra secreta? . . . . .	138
C. La decisión de ir a Alhucemas . . . . .	141
D. Estructura y organización del Ejército de Melilla . . . . .	147
E. Luque en Melilla . . . . .	149
F. La operación preliminar. Primera fase de la «operación definitiva» . . . . .	153
G. El desembarco en Alhucemas. Plan de acción . . . . .	160
G.1. Cómo se pensaba desarrollar el plan de acción . . . . .	161
H. La suspensión de la operación . . . . .	163
Conclusiones . . . . .	168

#### CAPÍTULO V:

FRANCISCO GÓMEZ JORDANA Y EL PROYECTO DE DESEMBARCO DE 1913 . . . . .	171
A. Gestación del plan de desembarco y su aprobación . . . . .	171
B. Los detalles de la maniobra . . . . .	175



C. Dispositivo humano y material para la operación	178
D. El coste económico de la acción política	180
E. Días previos a la operación. El escollo del alto comisario	182
F. Suspensión de la operación. Razones y consecuencias	186
Conclusiones	193

#### CAPÍTULO VI:

POR TIERRA O POR MAR. DE SILVESTRE A PIZARRA (1920-1922)	195
A. Berenguer y Silvestre: amigos y generales en África	197
A.1. Un problema de competencias y una solución a medias	200
A.2. Manuel Fernández Silvestre. El huracán del Exterminio.	201
B. El plan político-militar para alcanzar Alhucemas	204
B.1. Un ejército en problemas	208
B.2. Las opiniones ignoradas	211
C. Abarrán, primer episodio del desastre	214
C.1. Abd el-Krim	217
C.2. La loma de los Árboles: el segundo acto	219
C.3. Igueriben. A las puertas del apocalipsis	221
D. Annual. El desplome de la Comandancia	222
D.1. 22 de julio de 1922. El abandono de Annual	222
E. El asunto de las responsabilidades	224
F. La Conferencia de Pizarra. El último intento de un Gobierno constitucional de proyectar la operación de desembarco en Alhucemas.	226
F.1. Asuntos tratados y acuerdos alcanzados	230
Conclusiones	233

#### CAPÍTULO VII:

EL ÚLTIMO GOBIERNO DE LA RESTAURACIÓN Y EL PROYECTO «SILVELA-ANIDO» DE 1923	235
A. La Ponencia de los liberales en el Congreso y la dimisión de José Sánchez Guerra	237
B. De un Protectorado «en toda su pureza» a un Protectorado «puramente civil»	238
C. El asunto de las «Responsabilidades»	241
D. El rescate de los prisioneros	242
E. Concertación de una paz con Abd el-Krim «El reyezuelo de Axdir»	244
F. Un baño de realidad	246
G. Severiano Martínez Anido y el plan de desembarco	248
G.1. El plan de desembarco	251
G.2. Puntos de desembarco	252
G.3. Desembarco en la bahía de Alhucemas	253
G.4. Elementos precisos para la operación	254
G.5. Determinación del frente de desembarco	254
G.6. Objetivos tácticos	254
G.7. Elementos artilleros para proteger al desembarco	255
G.8. Unidades y pertechos	255
G.9. Barcasas de desembarco	256
G.10. Barcos para el transporte desde las bases	256



G.11. El plan de ejecución . . . . .	257
G.12. El plan de avance por tierra . . . . .	258
H. Análisis e inviabilidad del proyecto . . . . .	258
I. La Comisión de los Veintiuno . . . . .	263
Conclusiones . . . . .	264
CAPÍTULO VIII:	
DEL GOLPE DE ESTADO AL DESEMBARCO. PRIMO DE RIVERA (1923-1925) . . . . .	267
A. El golpe de Estado . . . . .	267
A.1. La actitud de la prensa . . . . .	270
A.2. La investidura regia de Primo de Rivera y la formación del Directorio Militar . . . . .	271
A.3. El asunto de las responsabilidades . . . . .	272
A.4. Primeras medidas de Primo de Rivera respecto al Protectorado . . . . .	273
A.5. La operación de repliegue . . . . .	276
A.6. Apertura de un espacio de negociación. Prioridad de Primo de Rivera . . . . .	280
B. Objetivo Alhucemas. Ponencia del general Gómez-Jordana sobre el desembarco . . . . .	282
B.1. Conveniencia de realizar la operación: alcance y dificultades . . . . .	282
B.2. Época para desembarcar . . . . .	284
B.3. Objetivos . . . . .	284
B.4. Fuerzas de tierra, mar y aire que debían intervenir . . . . .	285
C. Ataque de Abd el-Krim a la zona francesa y el ofrecimiento de colaboración . . . . .	287
D. La Conferencia de Madrid (junio-julio de 1925) . . . . .	288
D.1. Pétain asume las riendas del Protectorado francés . . . . .	294
Conclusiones . . . . .	298
CAPÍTULO IX:	
EL DESEMBARCO . . . . .	301
A. Planeamiento de la operación, objetivos y adiestramiento de las tropas . . . . .	303
A.1. Objetivos . . . . .	306
A.2. Instrucción de los soldados . . . . .	308
B. Organización y composición de las columnas de desembarco . . . . .	310
B.1. Las fuerzas navales . . . . .	311
B.2. Los barcos de transporte . . . . .	313
C. Los medios de acción: 1. La Escuadra . . . . .	314
D. Los medios de acción: 2. La Aviación militar y la Aeronáutica naval . . . . .	315
E. El embarque de tropas y pertrechos . . . . .	318
F. La ejecución del desembarco . . . . .	320
Conclusiones . . . . .	329
CONCLUSIONES . . . . .	331
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA . . . . .	341
Archivos . . . . .	341
Fuentes primarias . . . . .	342
Bibliografía . . . . .	344
Fuentes hemerográficas . . . . .	353



## ÍNDICE DE MAPAS

MAPA Nº 1. Proyecto de penetración entre 1911 y 1918. Elaboración propia a partir de los mapas del Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército.....	14
MAPA Nº 2. Confederación de cabilas de Guelaya. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	37
MAPA Nº 3. Mapa de la bahía de Alhucemas con sus límites oriental (Cabo Quilates) y occidental (Punta de los Frailes). Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	42
MAPA Nº 4. Delimitación territorial por cabilas. Tensamán. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	44
MAPA Nº 5. Delimitación territorial por cabilas. Bocoya. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	45
MAPA Nº 6. Delimitación territorial por cabilas. Beni Urriaguel. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	47
MAPA Nº 7. Trazado fronterizo de los diferentes acuerdos hispano-franceses. Ministerio de Defensa. Centro Geográfico del Ejército. ....	82
MAPA Nº 8. Localización de la Restinga y Cabo de Agua. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	87
MAPA Nº 9. Frente del Kert. Estrategia de la ofensiva. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	146
MAPA Nº 10. Frente del Kert. Las estribaciones del monte Mauro en territorio de Beni Said. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	154
MAPA Nº 11. Croquis de la bahía de Alhucemas. Planeamiento de 1911. AGMM, leg. 71, carp. 12. ....	158
MAPA Nº 12. Zona de desembarco: entre los ríos Guis y Nekor. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	161
MAPA Nº 13. Zona de desembarco prevista en el «proyecto Jordana» en 1913, entre los ríos Islí y Guis, en las playas de Espalmadero y Sfiha. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	175
MAPA Nº 14. Cabila de Bocoya. Playas de Ixdain y la Cebadilla. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	177
MAPA Nº 15. Situación en junio de 1921. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército ....	220
MAPA Nº 16. Campamento de Monte Arruit en la cabila de Beni Bu Yahí, 26 de julio de 1921. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	223
MAPA Nº 17. Zona de desembarco prevista en el «proyecto Silvela-Anido» en 1923, en la playa de Torres de Alcalá y en las calas del Quemado y Bonita, en la Península de Morro Nuevo. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del ....	252
MAPA Nº 18. Cala del Quemado. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.....	307
MAPA Nº 19. Localización del aeródromo de Nador y las pistas de aterrizaje habilitadas para la operación de desembarco en el entorno de la bahía de Alhucemas. Elaboración propia. ....	316
MAPA Nº 20. Zona de desembarco el día 8 de septiembre de 1925. Elaboración propia. ....	325
MAPA Nº 21. Localización de la Cala del Quemado en la península de Morro Nuevo. Elaboración propia. ....	326
MAPA Nº 22. Evolución de la ofensiva terrestre hasta la toma de Axdir. Elaboración propia. ....	327



## ÍNDICE DE CUADROS

CUADRO Nº 1. Cuartel General de la Capitanía General de Melilla. Elaboración propia.....	147
CUADRO Nº 2. División de Melilla. Elaboración propia. ....	147
CUADRO Nº 3. Tropas afectas a la Capitanía General. Elaboración propia.....	148
CUADRO Nº 4. Esquema organizativo del ejército de la Comandancia General de Melilla (junio de 1913). Elaboración propia. ....	180
CUADRO Nº 5. Elaboración propia a partir de los datos expresados en el plan.....	256
CUADRO Nº 6. Elaboración propia a partir de los datos expresados en el plan.....	257
CUADRO Nº 7. Brigada de desembarco de Ceuta. Elaboración propia.....	310
CUADRO Nº 8. Brigada de desembarco de Melilla. Elaboración propia. ....	311
CUADRO Nº 9. Detalle de la escuadra francesa en el desembarco de Alhucemas. Elaboración propia.....	312
CUADRO Nº 10. Detalle de las fuerzas navales españolas del norte de África. Elaboración propia.....	312
CUADRO Nº 11. Detalle de la Escuadra de Instrucción de las fuerzas navales españolas. Elaboración propia. ....	312
CUADRO Nº 12. Detalle de la flota de transporte de la Brigada de Melilla. Elaboración propia.....	313
CUADRO Nº 13. Detalle de la flota de transporte de la Brigada de Ceuta. Elaboración propia. ....	313
CUADRO Nº 14. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Melilla, así como la base de hidroaviones del Atalayón. Elaboración propia. ....	315
CUADRO Nº 15. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Tetuán. Elaboración propia. ....	316
CUADRO Nº 16. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Larache. Elaboración propia. ....	317
CUADRO RESUMEN DE LOS PROYECTOS DE DESEMBARCO EN LA BAHÍA DE ALHUCEMAS (1911-1925).....	340



## INTRODUCCIÓN

Desde comienzos del siglo XX, Marruecos se convirtió en objeto preferente para la acción exterior de los Gobiernos españoles. Las grandes potencias pusieron el foco en el país norteafricano y en España, a pesar de la inclinación desde el inicio del régimen de la Restauración hacia una inhibición de toda empresa exterior, finalmente desplegaron su diplomacia para negociar la adjudicación de una zona de influencia<sup>1</sup>. De ese modo, los diferentes gabinetes, conservadores y liberales, animados por ciertos sectores de la sociedad —las oligarquías de negocios, los militares regresados del desastre colonial de ultramar y algunos nostálgicos del imperialismo español—, asumieron la empresa como un nuevo desafío colonial. Para quienes apoyaban el proyecto significaba varias cosas; entre ellas una nueva oportunidad de regresar a la senda imperialista, la posibilidad de enriquecerse al calor de las explotaciones de yacimientos mineros en el Rif o conseguir mediante méritos de guerra ascender de forma rápida en el escalafón militar. Sin embargo, el país norteafricano se convirtió en una sima enorme donde se perdían vidas y dinero.

Los marroquíes no creyeron en el carácter civilizador que, según los españoles, tenía la misión e interpretaron que bajo aquel falso argumento se escondía la verdadera intención de «explotar su territorio, despreciando su cultura y pisoteando sus tradiciones»<sup>2</sup>. Y esa actitud de rechazo derivó en un fuerte choque. A partir de 1909 y hasta 1927 el ejército español en Marruecos se vio envuelto en duras campañas militares que supusieron miles de víctimas<sup>3</sup>. Los diferentes gobiernos tuvieron que hacer frente a los onerosos gastos que implicaba hacer la guerra, y buena parte de la prensa

- 
- 1 PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013. El autor subraya que la implicación fue mayor en el caso de los gobiernos conservadores y atribuye a estos una agresiva política a lo largo de 1900, lejos de las teorías historiográficas tradicionales de defensa del *status quo* marroquí.
  - 2 Declaraciones de Sid Abdalah Budra, amigo personal de Mohamed Abd el-Krim, jefe de la resistencia rifeña a partir de 1920, en el marco de las negociaciones de paz que se iniciaron el 16 de abril de 1923. SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 119.
  - 3 La intervención de España en Marruecos supuso un gasto de 5.629.585.181 pesetas desde el año 1909 al año 1931 inclusive y más de veintiún mil muertos en acción de guerra. GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, p. 28.

nacional comenzó a cuestionar la presencia de España en el norte de Marruecos<sup>4</sup>; algo nada extraño si tenemos en cuenta que en el país escaseaban, por ejemplo, las escuelas o los hospitales<sup>5</sup>. De ese modo, la «cuestión de Marruecos», se granjeó pronto una gran impopularidad<sup>6</sup>.

A partir de 1909 el ejército asumió un papel preponderante en el Protectorado español, y en ese sentido se convirtió en la punta de lanza de los gobiernos de la Restauración, abanderando la penetración en el territorio. El problema surgió cuando se concibieron dos planteamientos diferentes dentro del sector denominado «africanista»<sup>7</sup>. Por un lado, los partidarios de una acción enérgica y belicista, que defendían la guerra como única vía de penetrar y pacificar el territorio; por otro, quienes apostaban por una estrategia basada en la «penetración pacífica armada», que consistía en poner en marcha medidas políticas de atracción de los personajes más influyentes de cada aduar (poblado) o fracción de cabila (tribu). Los partidarios de este procedimiento justificaban el despliegue de la maquinaria de guerra tan solo en el caso de que fallara la vía de la negociación. Una estrategia consistente en emprender operaciones convergentes de forma simultánea desde dos puntos: partiendo de Melilla hacia el interior, profundizando por el valle del Kert para someter y pacificar las cabilas de Beni Said, Tafersit, Beni Ulichek y Beni Tuzin, y desde la bahía de Alhucemas en el territorio de Beni Urriaguel para irradiar la «acción política» a la cabila de Tensamán hacia el Este, y a Bocoya y Beni Iteft en dirección Oeste.

Un desembarco en la bahía de Alhucemas fue la propuesta que los mandos militares destacados en Marruecos plantearon a los políticos para penetrar en el territorio de las cabilas más refractarias a la injerencia colonial. Por primera vez en 1911 y año tras año sin solución de continuidad hasta 1925, desembarcar fuerzas españolas en las costas de Alhucemas estuvo presente en las reuniones oficiales celebradas en las dependencias de las instituciones más importantes del país: desde el Palacio Real hasta los Ministerios de la Guerra y de Estado pasando por el despacho de los presidentes del Consejo de Ministros. «La cuestión de Marruecos» se convirtió en «la cuestión de Alhucemas»: Protectorado y desembarco se trocaron en sinónimos. El asunto del desembarco se debatía en el Congreso, en el Senado, en la prensa y en la calle. Todo el mundo pareció asumir que la solución para controlar el territorio pasaba por llevar a cabo una operación anfibia en las costas de Alhucemas; todos, excepto Berenguer y Silvestre que, si bien compartían la solución —alcanzar Alhucemas—, no contemplaban un desembarco en su estrategia, y trataron de llegar al territorio mediante una operación terrestre. A partir de los hechos de Annual, incluso aquellos africanistas del sector más duro, o sea, los mandos de las tropas de choque (legión y regulares) cuyos referentes habían sido los generales del «desastre», interpretaron que, en efecto, era necesario operar desde el mar.

4 «¡Cuidado con el avispero de Marruecos!», *El país*, 9 de septiembre de 1911.

5 En 1912 había en España una escuela por cada veinte iglesias; cien conventos por cada hospital y mil congregaciones religiosas por cada ateneo. RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1912, p. 321.

6 GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, Tesis Doctoral, 2012, p. 78.

7 Un estudio muy detallado sobre el significado del término en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019.



A lo largo de casi tres lustros las autoridades políticas y militares calificaron la operación de «definitiva», «concluyente», «decisiva», «terminante», «final», «incuestionable» llegó a decir Maura. Sin embargo, ningún gobierno de la Restauración pudo llevarla a cabo. Fue finalmente en 1925 cuando se ejecutó, pero no porque entonces Primo Rivera asumiera la empresa como objetivo prioritario de su política en Marruecos; se trató de una solución de circunstancias.

Todos y cada uno de los planeamientos de desembarco en Alhucemas fueron diferentes. Entre 1911 y 1918 se hizo hincapié en la necesidad de alcanzar pactos con los nativos, en concreto con los líderes de fracción de cabila más influyentes, no solo de Beni Urriaguel, Bocoya y Tensamán ubicadas en el litoral, también con destacados *xeij* de cabilas del interior como Beni Tuzin o Tafersit. Se buscaba un desembarco lo menos hostil posible e incluso si podía ser con apoyo indígena. En 1922 y 1923, Maura y Silvela respectivamente se mostraron dispuestos a desembarcar a viva fuerza, con todo el vigor posible y sin pactos que pudieran dulcificar la maniobra.

Los puntos de desembarco también variaron. Los estrategias eligieron principalmente las playas de Suani, Sfiha y Espalmadero, situadas entre las desembocaduras de los ríos Nekor, Guis e Isli, y próximas a Axdir, poblado natal de Abd el-Krim. Las circunstancias políticas y militares en el territorio y los avances tecnológicos aplicados a los medios de combate influyeron en la selección de las zonas más propicias para el desembarco. De hecho, en 1925 el desembarco se ejecutó en las playas de Bocoya, fuera de la bahía de Alhucemas.

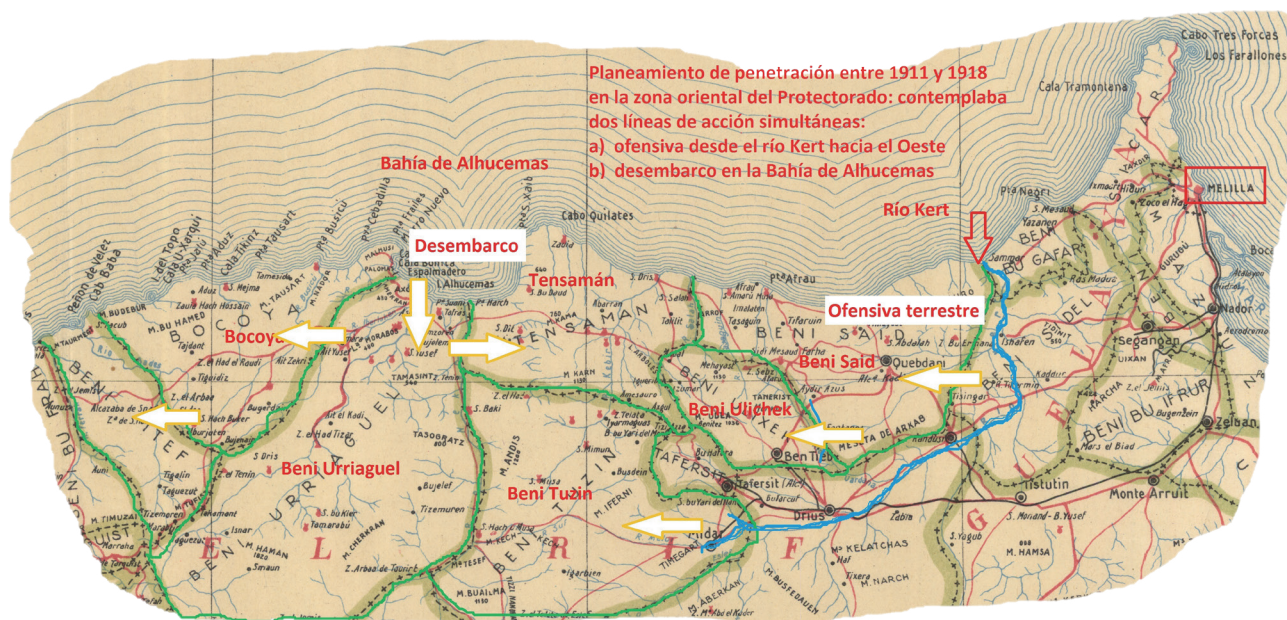
Un aspecto común a todos los proyectos (también el de 1925) fue realizar la maniobra de desembarco mediante el uso de lanchas o barcasas. La alternativa, es decir, el procedimiento inglés de muelles flotantes, se planteó en 1925 como estrategia más segura para el desembarco de tropas y más útil para conducir a los carros de asalto hasta la playa, pero no contó con el apoyo del cuartel general del alto comisario. Otro factor común a cada uno de los planeamientos fue el diseño de operaciones terrestres auxiliares para diversificar las fuerzas dispuestas a impedir la invasión en el territorio.

La idea de operar en Alhucemas mediante un desembarco permitió finalmente vencer la resistencia de los nativos. Resultó ser la estrategia adecuada para penetrar en el territorio. En 1925 la superioridad abrumadora de medios de combate acabó con el espíritu de defensa de los rifeños. Hubiese sido muy difícil que el resultado final fuera otro.

Los proyectos de desembarco en los que se centra la presente tesis doctoral son aquellos que, o bien contaron con la aprobación del Gobierno, o bien partieron de la iniciativa de los políticos. Como ya hemos adelantado, hubo años en los que el planeamiento se urdió con todo detalle en su fase política, es decir de alcanzar pactos con los indígenas, pero no se elevó a las autoridades gubernamentales. E incluso hubo ocasiones, al menos tres confirmadas documentalmente, donde el ofrecimiento provino de los propios líderes rifeños.

A lo largo de la investigación se descubren los personajes que más relevancia tuvieron en el contexto colonial marroquí en su fase de control militar: una pléyade de militares, políticos, funcionarios al servicio del Protectorado, confidentes nativos, líderes indígenas, cronistas de guerra, etc., cuyo papel conforma cada una de las partes que unidas contribuyen a armar la historia de la mayor operación militar del colonialismo español en Marruecos.

En el siguiente mapa observamos la estrategia urdida por los Estados Mayores de la Capitanía General (a partir de finales de 1912 Comandancia General) entre 1911 y 1918.



MAPA Nº 1. Proyecto de penetración entre 1911 y 1918.

Elaboración propia a partir de los mapas del Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército.

## ORIGEN DE LA INVESTIGACIÓN E HIPÓTESIS DE PARTIDA

Mi interés por el desembarco de Alhucemas se remonta al año 2012. Entonces cursaba el Máster de Historia Contemporánea en esta facultad. Durante el desarrollo de una investigación que realicé en la asignatura «Elites, instituciones y políticas económicas» que impartía Juan Pro descubrí la figura del general Francisco Gómez-Jordana Sousa. Me inquietaba en aquel momento no conocer con detalle cómo se había fraguado el origen y cuál había sido el primer desarrollo del Estado franquista en el marco de la guerra civil española entre 1936 y 1939. Y fue cuando hallé al personaje que tanto interés me suscitó, hasta el punto de convertir su figura en el objeto principal de mi Trabajo Fin de Máster. Su relevante papel en aquel contexto, donde desempeñó varios cargos destacando la presidencia de la Junta Técnica del Estado o la vicepresidencia del primer Gobierno ministerial del franquismo, además de la cartera de Exteriores en dos etapas entre 1939 y 1944, despertó mi curiosidad por conocer qué motivaciones pudieron haber llevado al dictador a contar con su colaboración desde el mismo instante en el que los rebeldes perpetraron el golpe de Estado de julio de 1936.

Analizando su expediente, descubrí que la relación procedía de Marruecos. Ambos habían prestado servicio en el ejército colonial español en el Protectorado: Jordana en los Estados Mayores de la Alta Comisaría y de la Comandancia General de Melilla y Franco en diferentes regimientos de Infantería, y a partir de 1920 como oficial y jefe de la legión. Dos procedencias dispares con formaciones distintas, pero ambos consumados defensores de la acción colonial. Ahondando en el análisis de los documentos observé que Francisco Gómez-Jordana Sousa fue el autor del proyecto de desembarco

en la bahía de Alhucemas (1925), cuando era vocal del Directorio Militar y hombre de confianza de Primo de Rivera. Pronto advertí que su designación para redactar aquel plan de desembarco no fue casual, pues su dilatada experiencia en el Protectorado de Marruecos le convertía en una de las voces más autorizadas en asuntos africanos. Continuando con mis pesquisas averigüé que el proyecto de desembarcar en dicha bahía no era un plan concebido en 1925, sino que se trataba de una estrategia recurrente, planteada en numerosas ocasiones, desde 1911 y casi sin solución de continuidad año tras año hasta su ejecución. Fue a raíz de aquel trabajo cuando tomé la decisión de llevar a cabo una investigación a fondo sobre aquel desembarco convertido durante años en una cuestión de Estado. El primer período del imperialismo español en Marruecos, «fase de control militar del territorio» entre 1909 y 1927, estuvo dominado desde el punto de vista de la penetración en el territorio por la operación anfibia de Alhucemas.

A pesar de ser la única —si bien definitiva— victoria del ejército español en Marruecos, la historiografía no había dedicado hasta ahora un análisis detallado a la operación que se ejecutó en 1925, que responda a los grandes interrogantes en torno a la gran batalla del Rif: cómo se fraguó, cuándo se decidió operar en Alhucemas, quiénes y cómo diseñaron la estrategia, cómo fueron las negociaciones con los representantes franceses, qué papel desempeñó el ejército francés en el transcurso de la operación, cuál fue el coste económico, qué aciertos hubo y qué errores pudieron cometerse, cuántas bajas se produjeron, qué supuso para el ejército colonial español, qué implicó para Abd el-Krim, qué significó para España y la dictadura de Primo de Rivera. Hasta hoy, han sido los militares principalmente quienes han investigado el tema, con análisis que a veces carecen de la profundidad y el rigor científico que exige la ciencia histórica. Existe, en este sentido, un elevado número de artículos, pero buena parte de ellos son meramente descriptivos y contienen errores notables. Son por lo general, simples reproducciones del plan de operaciones, transcripción de partes de guerra, enumeración de las unidades que participaron y de los elementos de guerra más modernos que entraron en combate, pero carentes de un análisis profundo alrededor de la operación.

Cuando comencé a recopilar bibliografía sobre las campañas de Marruecos descubrí que muy pocos historiadores referían la existencia de proyectos de desembarco en una fecha tan temprana como 1911; salvo excepciones puntuales, esto constituye en el panorama historiográfico un hecho desconocido. Algún dato más he hallado sobre el planeamiento de la operación en 1913, cuya suspensión se apunta a motivaciones que nada tuvieron que ver con la realidad. Se desconoce por completo el proyecto de 1916. Entonces las negociaciones con los *xeij* de Beni Urriaguel estaban cerradas y el diseño de la operación perfectamente urdido; sin embargo, no se elevó a Gobierno para su aprobación. Algunos autores han defendido la existencia de un nuevo proyecto de desembarco en 1921, durante la ofensiva de Fernández Silvestre en la primavera-verano de 1921; sin embargo, el plan político-militar para alcanzar Alhucemas, redactado por el Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla, no contemplaba un desembarco como estrategia principal para invadir Beni Urriaguel, sino que aparecía como acción auxiliar.

Meses más tarde, después de los hechos de Annual, Antonio Maura, presidente del Consejo de Ministros, convocó en Pizarra (Málaga) a militares y políticos para proponer un desembarco en las

playas de Alhucemas. En febrero de 1922 «los diez de Hythe»—así es como se les llamó en la época a los asistentes— se reunieron para proyectar la invasión de Beni Urriaguel. Este proyecto tampoco ha sido objeto de análisis por la historiografía. Quien mejor y más se ha acercado ha sido Pablo La Porte en su investigación doctoral sobre la crisis de la Restauración. El último intento para alcanzar las costas de Alhucemas previo al golpe de Estado de Primo de Rivera fue en 1923. El «proyecto Silvela-Anido» tampoco ha sido analizado con detalle hasta ahora; si bien este enésimo intento de desembarcar en las costas de Beni Urriaguel es más conocido que los anteriores por la historiografía.

Entre los especialistas más reconocidos en la historia del colonialismo español del siglo XX y que en sus trabajos han apuntado la existencia de todos o parte de los proyectos de desembarco en Alhucemas debemos destacar a Susana Sueiro Seoane, María Rosa de Madariaga, Pablo La Porte, María Gajate Bajo, Alfonso Iglesias Amorín, Rocío Velasco de Castro o Daniel Macías Fernández; sin duda los historiadores más sobresalientes del panorama historiográfico actual, junto con Víctor Morales Lezcano sobre el colonialismo español en Marruecos.

El desembarco de Alhucemas de 1925 tampoco es objeto de análisis en los planes de estudio actuales de la educación secundaria dentro de la enseñanza de la Historia. Después de analizar varios libros de texto de distintas editoriales observé que se menciona muy brevemente, a pesar de constituir un hito importante en la Historia de España del siglo XX. Más allá de destacar que se trató de una operación militar mediante la cual se resolvió favorablemente para España el problema marroquí y considerar que fue uno de los logros de la dictadura de Primo de Rivera, el asunto se despacha en una frase, o en un párrafo en el mejor de los casos. Se asocia igualmente a Sanjurjo, a Franco y a los militares «africanistas», advirtiendo que la operación los potenció, y se los vincula con el golpe de Estado de 1936 y la posterior dictadura. Del mismo modo, en los manuales universitarios se describe el desembarco como un «rotundo éxito», que permitió a Primo de Rivera institucionalizar la dictadura de forma estable. Observé también por el contrario, que el episodio de Annual y el consiguiente derribo de la Comandancia General de Melilla de 1921 se analizan con algo más de detalle e incluso el desastre del Barranco del Lobo de 1909 es tratado con mayor detenimiento.

La necesidad de comprender por qué los estrategas militares urdieron una operación por mar en el entorno de la bahía de Alhucemas, dentro del contexto de la fase de penetración militar en el territorio de Marruecos constituye el *leitmotiv* de la presente tesis doctoral. La pertinencia de la investigación se justifica por varias razones: en primer lugar, porque se trató de la operación anfibia más importante que llevó a cabo con éxito un ejército moderno (dotado de artillería, carros de combate, aviación y buques de guerra) antes de la Segunda Guerra Mundial, donde prácticamente todas las grandes campañas de los aliados occidentales se iniciaron con una operación de desembarco. Debemos tener en cuenta que dos décadas antes de que se ejecutara la maniobra en Alhucemas hubo un precedente en el contexto de la Gran Guerra que supuso el fracaso de los aliados en su intento de ocupar en 1915 la península de Gallípoli en Turquía<sup>8</sup>. En segundo lugar, la investigación es pertinente

8 ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA: Rafael: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli. Operaciones anfibias. De Gallípoli a las Malvinas. Monografías del Ceseden, nº 47. VI Jornadas de Historia Militar, pp. 49-69.





porque el desembarco de Alhucemas permitió al ejército español poner el primer jalón para vencer la resistencia rifeña de los Beni Urriaguel, cortando, de ese modo, la sangría en vidas y el descrédito internacional que estaban acarreando desde hacía varios décadas los intentos de control español sobre el norte de Marruecos. También porque nos ayuda a comprender mejor un momento histórico en el que el afán imperialista europeo propició la concertación de acuerdos entre los gobiernos de España y Francia —impensables meses antes— para coordinar esfuerzos y someter la resistencia de los nativos, refractarios a la penetración en su territorio. Una relación que no fue cordial y que condicionó incluso la ejecución de las operaciones de desembarco que se plantearon desde 1911.

Profundizar, pues, con detalle en el análisis del desembarco de 1925, partiendo de su período de incubación en 1909 y el largo camino hasta su ejecución, conforma el principal objeto de estudio de la investigación. Los reiterados proyectos para desembarcar, así como la suspensión correspondiente de cada uno de ellos nos lleva a plantearnos varias hipótesis de partida, que en forma de pregunta recogemos a continuación y, tras el análisis detallado de contenidos, a lo largo de los nueve capítulos, finalmente elevamos a tesis en las conclusiones. Referimos, pues, los puntos de partida: ¿era el ejército español incapaz de llevar a cabo una operación militar de la envergadura de Alhucemas frente a un enemigo de reducida capacidad material? ¿La estrategia de una operación anfibia contaba con el respaldo de los generales africanistas de armas combatientes, o por el contrario la veían con desprecio? ¿Fueron cuestiones de política internacional principalmente las que coartaron los planes? ¿O quizá la presión de la opinión pública interna condicionó la decisión de los gobiernos? ¿Había entre los políticos españoles un complejo de inferioridad respecto a sus homólogos franceses? ¿Existía en la clase política española un temor al fracaso de la operación y a la posibilidad de que fuera aprovechado por el ejército colonial de Lyautey para ocupar la zona, alegando la incapacidad española?

## ESTRUCTURA DEL TRABAJO

Para alcanzar el objetivo, la tesis doctoral se estructura en nueve capítulos. En el capítulo I se estudian las principales razones esgrimidas por los militares sobre los porqués de operar en Alhucemas por vía marítima. También se analizan los rasgos más destacados de los nativos que habitaban el entorno de la bahía y cómo eran vistos por los europeos. El capítulo II está dedicado al marco internacional donde se fraguaron los acuerdos sobre los que se ampararon militares y políticos para penetrar en el territorio del norte de Marruecos. En el capítulo III se profundiza en el estudio de los militares que formaron parte del ejército español en el Protectorado y las diferentes vías de penetración que se plantearon para someter a la población nativa. El capítulo IV está dedicado al primer proyecto de desembarco que se aprobó por el Gobierno. Se centra en cuestiones respecto a cómo se gestó la idea de operar desde el mar, quiénes fueron los principales actores que diseñaron la operación, en qué contexto se produjo, cuáles eran los objetivos que se perseguían y, finalmente, las razones por las que no se llevó a cabo. Así mismo, se analizan los debates parlamentarios que se celebraron en torno al «problema de Marruecos», el pensamiento de los políticos respecto a la acción de España

en norte de África, y la posibilidad de desembarcar en Alhucemas para someter a las cabilas rebeldes próximas a la bahía.

El capítulo V se centra en la figura del general Francisco Gómez Jordana y se analizan los pormenores del segundo proyecto de desembarco; en aquel caso que se planeó, se dispuso la logística necesaria en barcos, hombres y pertrechos, y se aprobó por el Gobierno presidido por el Conde de Romanones. Su principal estrategia fue el general Francisco Gómez Jordana, quien, secundado por el ministro de la Guerra, Agustín Luque, puso todo su empeño en lanzar al ejército sobre las playas de Alhucemas con el objeto de caer sobre las fracciones de cabila insumisas a la presencia de los españoles ubicadas en el Rif Central (Beni Urriaguel, Tensamán y Bocoia) principalmente, aunque también otras, un poco más alejadas, pero igualmente contestatarias frente a la injerencia del colonizador.

En el capítulo VI se muestra cómo Berenguer dio el visto bueno al proyecto político-militar que le presentó el comandante general de Melilla, Manuel Fernández Silvestre para llegar por tierra hasta Alhucemas; y lo hizo, entre otras razones, porque lo consideró viable, a pesar de que inicialmente la idea del entonces Alto Comisario era alcanzar Beni Urriaguel desde el Yebala y no desde la zona oriental. Analizaremos el temerario avance del general Silvestre en la cabila de Tensamán, fundamento principal del desastre de Annual, así como las consecuencias que se derivaron de aquella estrategia poco reflexiva. También se estudian los detalles de la Conferencia de Pizarra, donde se propuso por parte del presidente del Consejo de Ministros desembarcar en Alhucemas, asumiendo de este modo la idea que los militares durante tantos años habían defendido.

En el capítulo VII se analiza el último proyecto previo a la dictadura. Por primera vez desde la constitución del Protectorado el alto comisario no era un general ni otro militar de mayor rango, sino un civil. El nombramiento de Luis Silvela respondía a la voluntad del presidente, Manuel García Prieto de dejar a los militares en un segundo plano; el ejército a partir de ese momento debía ser un instrumento auxiliar de la política. Sin embargo, el giro civilista que emprendió el Gobierno no contaba con un programa bien definido que respaldase aquel cambio de rumbo, y la medida no obtuvo ningún efecto positivo. Someter a los indígenas por la vía de la negociación era imposible; los hechos lo habían demostrado. En el mes de junio de 1923 el alto comisario propuso un viraje en la estrategia y planteó de la mano del nuevo comandante general de Melilla, Severiano Martínez Anido, un proyecto para desembarcar a las tropas en Alhucemas. Fue el último plan de desembarco previo al golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923.

En el capítulo VIII se analizan las circunstancias que afectaron al Protectorado español en Marruecos desde que el general Primo de Rivera asumiese la presidencia del Directorio Militar hasta el momento en el que se aprobó la operación combinada de Alhucemas con apoyo del ejército francés. Dos años, entre septiembre de 1923 y septiembre de 1925, en los que el dictador careció de un plan para Marruecos, sintiendo el desasosiego de verse en una encrucijada difícil de solucionar. Su falta de determinación y las circunstancias le empujaron a tomar decisiones que oscilaban y cambiaban de orientación: de la inmovilidad al repliegue y del repliegue a la obsesión por desembarcar en Alhucemas como única vía de acción. Pasaba así de la opción abandonista casi total del Protectorado, donde

tan solo mantendrían las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla, además de dos o tres posiciones en la bahía de Alhucemas, a lanzar una ofensiva militar total para someter por completo el territorio. El dictador, como veremos, actuaba conforme cambiaban las circunstancias. En abril de 1925, un ataque rifeño a las posiciones francesas supuso igualmente un cambio de orientación del Gobierno francés, que propuso a Primo de Rivera coordinar esfuerzos para someter a Abd el-Krim. La apertura de un marco de entendimiento entre ambas naciones supuso el punto de inflexión necesario para lanzar al ejército sobre las playas «rebeldes».

El capítulo IX cierra la investigación y se centra en el análisis del desembarco, desde la decisión de desembarcar en las playas de La Cebadilla e Ixdain situadas a poniente de Morro Nuevo y, por tanto, fuera de la bahía, en la cabila de Bocoya, hasta la toma de Axdir, capital del Rif, el 2 de octubre de 1925. Entre estos dos hitos se abordarán aspectos relativos a la organización de la logística de embarque de tropas y pertrechos, al estudio de las unidades que participaron, al papel que desempeñó la aviación y al comportamiento de las escuadras española y francesa. Por último, el capítulo se cierra con una reflexión respecto a la ejecución del desembarco y el valor de la operación anfibia como elemento clave en la resolución del «problema militar en Marruecos».

## ENFOQUE Y MÉTODO

El presente trabajo no es una mera historia de la guerra o el relato de una operación militar. Bajo el paradigma de la actual historia militar, la tesis se ha abordado como estudio interdisciplinar, a través de diferentes enfoques: cultural, social y político. Así, por ejemplo, se analiza la repercusión de las campañas en la sociedad, el tratamiento que estas tuvieron en la prensa, la censura, el papel que desempeñaron los políticos, el impacto de la guerra en la economía, la forja de la mentalidad de un sector del ejército colonial, la capacidad estratégica de los militares y su formación en las academias, la diplomacia, las relaciones entre gobiernos y autoridades militares en el Protectorado, las diferentes propuestas de penetración en el territorio, las negociaciones con los nativos, el papel de los confidentes, la percepción que se forjó en España sobre el rifeño diferentes perspectivas que permiten elaborar un relato del colonialismo español en el siglo XX, marcado por la guerra, la indefinición de los gobernantes y la preponderancia de los militares en un espacio —el norteafricano— donde el nuevo imperialismo español parecía venir a redimir la humillación sufrida por las pérdidas de ultramar. Se trata, pues, de un estudio de «historia cultural del hecho bélico» o «historia social de la guerra».

La investigación ha seguido el método histórico basado en el análisis de los documentos y de la bibliografía con objeto de responder a las hipótesis de partida planteadas.

La interpretación que se ofrece es la respuesta a esas incógnitas, con la intención de abrir las puertas al conocimiento —como expresaba Pierre Vilar— de una manera, por lo menos razonada<sup>9</sup>.

---

9 VILLAR, Pierre: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 9-12.

## ESTADO DE LA CUESTIÓN

El colonialismo español en Marruecos ha suscitado el interés de historiadores nacionales y extranjeros, principalmente franceses, británicos y estadounidenses. El protagonismo de los militares españoles en aquel contexto ha hecho que la historiografía haya centrado el interés en el papel que estos desempeñaron y su implicación en la política. Las primeras producciones bibliográficas aparecieron a finales de la década de los sesenta, bajo la dictadura del general Franco; circunstancia que debemos tener en cuenta por el sesgo que la censura pudo ejercer en el resultado final de las obras. En 1967 apareció la obra de Julio Busquets, militar de carrera que llevó a cabo un estudio sociológico sobre los militares en la España Contemporánea, donde centró la atención en el análisis de la profesión militar y en las dimensiones sociológicas de las relaciones entre las fuerzas armadas y la sociedad<sup>10</sup>.

Pocos años después, en el primer lustro de los setenta, se publicaron dos estudios de temática castrense, ambos centrados en el pretorianismo contemporáneo español, es decir la influencia de los militares en la política. El primero, en 1971, corresponde al general Miguel Ángel Alonso Baquer<sup>11</sup>; el segundo fue publicado en 1972 y su autor era el general Manuel Díez Alegría<sup>12</sup>. Ambos con similar perspectiva y título. En este mismo sentido, debemos citar al hispanista Stanley Payne, cuya tesis doctoral *Politics and the Military in Modern Spain* abordó en 1967 el papel de los militares en la política y su relación con la sociedad; obra que se completó y mejoró con los trabajos de 1976 y 1977, ambas publicadas en español<sup>13</sup>. Otro trabajo sobre historia militar e historia política de los años setenta corresponde a otro hispanista inglés, Eric Christiansen, quien publicó una monografía en 1974 sobre el origen del pretorianismo en España, pronto superada por el trabajo de Payne<sup>14</sup>.

Ya en la década de los ochenta, en plena fase de consolidación de la democracia aparecieron nuevas obras de temática militar que centraban su interés en los aspectos culturales del ejército y contribuyeron a mejorar la comprensión de las relaciones entre los militares y la población civil. Los estudios corresponden a Gabriel Cardona, Manuel Ballbé, Carlos Seco Serrano y Joaquim Lleixà, cuyas contribuciones, desde una perspectiva alejada de la intencionalidad de justificar el papel de los militares, sirvieron para ampliar el campo de la historia militar y enriquecieron la comprensión del fenómeno del militarismo, abordado desde enfoques culturales (como la mentalidad) y sociales (estudios de la cotidianidad)<sup>15</sup>. En los años noventa se publicó la obra de la profesora estadounidense Carolyn P. Boyd, que incidía sobre el pretorianismo en la época de la Restauración, muy útil, por ejemplo, para comprender el golpe de estado de Primo de Rivera<sup>16</sup>. Una aportación importante al estudio de las

10 BUSQUETS BRAGULAT, Julio: *El militar de carrera en España*. Barcelona, Ariel, 1967.

11 ALONSO BAQUER, Miguel: *El Ejército en la sociedad española*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1971.

12 DÍEZ ALEGRÍA, Manuel: *Ejército y sociedad*. Madrid, Alianza, 1972.

13 PAYNE, Stanley: *Los militares y la política en la España contemporánea*. París, Ruedo Ibérico, 1976; y *Ejército y sociedad en la España liberal*. Madrid, Akal, 1977.

14 CHRISTIANSEN, Eric: *Los orígenes del poder militar en España (1800-1854)*. Madrid, Aguilar, 1974.

15 CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983; BALLBÉ, Manuel: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*. Madrid, Alianza, 1983; SECO SERRANO, Carlos: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid, Instituto Español de Economía, 1984.

16 BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza, 1990.



relaciones ejército-sociedad en el marco cronológico de la Restauración fue la obra de Rafael Núñez Florencio, quien analizó la dicotomía militarismo y antimilitarismo en España entre 1888 y 1906<sup>17</sup>. En 1991, Carlos Navajas publicó una obra donde centró el interés en el estudio del ejército y su papel en la política y relaciones con la sociedad durante la dictadura de Primo de Rivera<sup>18</sup>.

En las dos últimas décadas el interés por la institución del ejército, su papel en la política y las relaciones con la sociedad española ha continuado aportando novedades, y así, el libro conjunto de Juan Carlos Losada y Julio Busquets ofrece un análisis global del intervencionismo militar durante el siglo XX<sup>19</sup>. En 2005 apareció un volumen completo sobre la historia del ejército en España y su evolución de la mano de Fernando Puell<sup>20</sup>. En 2018 Francisco Alía Miranda publicó una obra de conjunto sobre el ejército entre el desastre del 98 y la Transición, que ofrece una estructura muy bien vertebrada, y cuyo análisis facilita la comprensión del pretorianismo y el militarismo durante buena parte del siglo XX<sup>21</sup>.

Ya en el marco cronológico objeto de estudio de esta tesis (1911-1925) y en relación con las campañas militares de Marruecos, los primeros estudios científicos que aparecieron se sitúan en la década de los setenta. Concretamente, el primer trabajo que se publicó fue el del periodista y escritor David Woolman<sup>22</sup>. El autor centró la atención en la guerra que se desarrolló entre 1921 y 1927, última campaña de la guerra del Rif. Woolman aporta datos interesantes respecto al desembarco de Alhucemas, aunque incurre en algunos errores, como dar por hecho que la empresa se pudo llevar a cabo en 1925 porque en anteriores proyectos (no especifica cuantos ni en qué momento se plantean) había faltado un líder con voluntad de ejecutarlo (esta afirmación resulta plausible si entendemos el término líder como cabeza del poder ejecutivo y, por tanto, con capacidad de decidir) y con conocimientos militares (idea totalmente falsa, pues como se verá a lo largo de la tesis hubo militares capaces, destacando por encima del resto al general Francisco Gómez Jordana, excelente estratega y con suficiente capacidad para planificar y coordinar la operación).

En 1973, el estadounidense Shannon Fleming, becado en España por la Universidad de Wisconsin, presentó un adelanto de su tesis en la *Revista de Historia Militar*<sup>23</sup>. Fue el primero en señalar que, en 1911, en el marco de la campaña del Kert, se planeó por primera vez la operación del desembarco en Alhucemas. Sin embargo, no cita el «proyecto Jordana» de 1913. Sí que tiene en cuenta la intención del Gobierno de Maura en 1922 de sondear la posibilidad de llevar a cabo la operación, y aporta algunos datos, que no son exactos, respecto al momento de la ejecución, por un lado, y a los moti-

17 NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*. Madrid, CSIC, 1990.

18 NAVAJAS ZUBELDIA, Carlos: *Estado y sociedad en España (1923-1930)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991.

19 BUSQUETS BRAGULAT, Julio y LOSADA MÁLVAREZ, Juan Carlos: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2003.

20 PUELL DE LA VILLA, Fernando: *Historia del Ejército en España*. Madrid, Alianza, 2005.

21 ALÍA MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército Español y de su intervención política. Del Desastre del 98 a la Transición*. Madrid, Catarata, 2018.

22 WOOLMAN, David Senter: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos, 1971.

23 FLEMING, Shannon E.: «El problema español en Marruecos y el desembarco en Alhucemas» *Revista de Historia Militar*, nº 35, 1973, pp. 155-178.

vos por los que la empresa no se materializó, por otro. Respecto al proyecto de 1923, cuya autoría atribuye erróneamente a Severiano Martínez Anido, consigna acertadamente algunas de las razones por las que no fue aprobado por el Estado Mayor del ejército, y apunta otras que no son ciertas a la luz de la documentación actual. Finalmente, y ya centrado en el proyecto de 1925, apunta al general Despujols como el autor del planeamiento; idea inexacta, pues si Ignacio Despujols, entonces jefe del Estado Mayor del alto comisario organizó las fuerzas expedicionarias, fue el general y vocal del Directorio, Francisco Gómez-Jordana Sousa quien elaboró el proyecto a petición de Primo de Rivera. Finalmente, los resultados de las investigaciones de Shannon Fleming se publicaron en 1974 en un libro donde hace hincapié en las relaciones diplomáticas entre el Directorio y Abd el-Krim y entre el Gobierno de Francia y el Gobierno de España en el marco de los acuerdos de Madrid<sup>24</sup>. En 1981 el historiador francés Germain Ayache publicaba su libro sobre los orígenes de la Guerra del Rif, resultado de su tesis doctoral defendida en 1979<sup>25</sup>. Ayache en este trabajo trata de derribar la dicotomía entre territorio insumiso y territorio fiel al Gobierno de Marruecos *Bled siba - Bled Majzén*, y defiende la figura de Abd el-Krim, al cual atribuye un «espíritu democrático» y lo presenta como el gran defensor de la lucha anticolonial. El historiador francés ha ejercido un influjo sobre otros autores que defienden la figura del líder de Beni Urriaguel, como María Rosa de Madariaga y Richard C. Pennell. Sin centrar su atención en las campañas de Marruecos, pero desde un enfoque socio-político Andréé Bachoud publicó un libro en 1988 donde ofrecía un análisis del impacto que produjo en la sociedad española la guerra colonial en Marruecos<sup>26</sup>.

Uno de los trabajos más importantes, por sus aportaciones principalmente en el plano de la diplomacia respecto a la colaboración hispano-francesa en Marruecos, se debe a la profesora Susana Sueiro<sup>27</sup>. Se trata de la historiadora que mejor ha tratado la cuestión del desembarco en la bahía de Alhucemas de 1925 en su fase preparatoria. En la obra ofrece respuestas sobre la decisión española de operar en Alhucemas y apunta detalles sobre el ataque de Abd el-Krim a las líneas avanzadas del Protectorado francés en Marruecos. Analiza con rigor científico las negociaciones que el Gobierno español celebró a dos bandas, con el Gobierno francés y con Abd el-Krim; aporta datos sobre la Conferencia franco-española celebrada en Madrid entre junio y julio de 1925 y sobre la aprobación del proyecto de desembarco por parte del Estado Mayor del ejército francés. Desmonta el mito aireado por Francisco Gómez-Jordana Sousa respecto a que Primo de Rivera pergeñó toda una estrategia, que se inició con el abandono de posiciones y el repliegue a campamentos más seguros próximos a la costa, estableciendo la llamada «línea Primo de Rivera» o «línea Estella», para que Abd el-Krim, una vez desguarnecidas las posiciones francesas en el Uarga, las atacara, y, para cuadrar el círculo, que estos solicitasen a los españoles colaboración para operar conjuntamente contra los rifeños, por ver en los nativos, ahora sí, un auténtico peligro.

24 FLEMING, Shannon E.: *The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*. Madison, Universidad de Wisconsin, 1974.

25 AYACHE, Germain: *Les origines de la guerre du Rif*. París-Rabat, Publications de la Sorbonne, 1981.

26 BACHOUD, Andréé: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa Cape, 1988.

27 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930)*. Madrid, UNED, 1993.

Cuatro años más tarde Pablo La Porte presentó su tesis en la Universidad Complutense de Madrid, donde analizaba la crisis final de la Restauración: desde el desastre de Annual hasta el último Gobierno liberal previo al golpe de Estado de Primo de Rivera<sup>28</sup>. La investigación parte de un enfoque político principalmente, pero también aborda cuestiones relativas al ámbito militar. Así, por ejemplo, profundiza en el proyecto de Maura para desembarcar en Alhucemas, y desvela detalles de la Conferencia de Pizarra, convocada para tal fin por el presidente del Consejo de Ministros. Señala certeramente que el objetivo de alcanzar Alhucemas desde el mar era para el presidente «incuestionable». Por último, expone los problemas internos en el seno del gabinete, como el desacuerdo del ministro de Estado, González Hontoria, y del ministro de Hacienda, Francesc Cambó, respecto a la opción de la vía militar como solución al «problema» del Protectorado.

Ya en el siglo XXI, Richard C. Pennell publicó un trabajo donde el sujeto principal no era el protector sino el protegido, es decir el nativo, centrando la atención en la última campaña de 1921 a 1927 y en la figura de Abd el-Krim<sup>29</sup>. Pennell aporta datos interesantes respecto a la figura del líder de Beni Urriaguel que resultan útiles, pero no para el estudio del desembarco de 1925. Mención expresa merece María Rosa de Madariaga que, durante los primeros diez años del presente siglo, ha producido una extraordinaria bibliografía, en la cual estudia el Protectorado, las campañas de Marruecos, las relaciones entre España y el imperio jerifiano, la figura de Abd el-Krim y su lucha anticolonial<sup>30</sup>. En sus obras apunta la idea de un proyecto para desembarcar desde 1911 y también en 1913. En ambos casos realiza breves bosquejos respecto a las razones por las que en última instancia el proyecto fue suspendido, que no responden a la realidad de lo que sucedió. En el primer caso, señala que se debió a que los nativos se enteraron del plan español de desembarcar, y en realidad era algo que conocían desde el mismo momento en el que se planteó la empresa; en 1913 la autora defiende que se debió a que varase en la playa de Busicur, en territorio Bocoya, el cañonero *General Concha*, hecho que se produjo al día siguiente de suspenderse oficialmente la operación.

En 2002 el hispanista inglés Sebastian Balfour publicó una monografía sobre las campañas de Marruecos y la formación en un sector del ejército colonial español de una mentalidad violenta y nacionalista<sup>31</sup>. Incide sobre las deficiencias de formación de los mandos militares y de la carencia de material; afirmaciones ambas con las que no estamos plenamente de acuerdo, ya que hubo en el ejército militares con gran formación y peso intelectual. Es una obra densa e interesante, pero trufada de estereotipos propios de hispanistas anglosajones. No aporta, sin embargo, datos concretos respecto al tema central de la presente investigación.

28 LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis doctoral, Madrid, UCM, 1997. En el año 2001 la tesis se publicó con el título: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

29 PENNELL, Richard: *La guerra del Rif: Abd el-Krim el Jatabi y su Estado rifeño*. Melilla, UNED-Consejería Cultural de la Ciudad Autónoma de Melilla, 2001.

30 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*. Madrid, Alianza, 2009; *Abd el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza, 2009; *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid, Alianza, 2005; *Los moros que trajo Franco*. Barcelona, Martínez Roca, 2002.

31 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.

En el último decenio han aparecido extraordinarios trabajos de autores españoles que han centrado el análisis en las campañas de Marruecos desde enfoques hasta ahora poco o nada trabajados. Investigaciones que nos permiten conocer mejor los pormenores de la fase de control militar del colonialismo español en Marruecos (1909-1927) y el impacto que produjo en la sociedad española aquel contexto de guerra permanente sostenido en el tiempo durante 18 largos años. En primer lugar, María Gajate Bajo publicó en 2012 su tesis doctoral titulada *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*<sup>32</sup>. La investigación se centra en el impacto de la guerra de Marruecos en Salamanca a través de un análisis exhaustivo de la prensa local. Descifra los puntos de unión entre la opinión pública y la opinión publicada, y penetra en el oscuro paisaje de las relaciones entre periódicos e intereses políticos y económicos. Ofrece, igualmente testimonios de los soldados salmantinos que combatieron en el Rif, penetrando de este modo en aspectos de la historia social de la guerra. Respecto al desembarco de Alhucemas de 1925 presenta un interesante estudio de cómo en los periódicos de Salamanca, *La Gaceta* y principalmente en *El Adelanto*, se recogieron las noticias del desembarco y su posterior desarrollo. En el segundo de estos incluso se enviaron dos corresponsales para tener una información directa y rápida de la evolución de la batalla posterior al desembarco. Dos buenos y experimentados periodistas, Antonio de Lezama y Rafael López Rienda cubrieron la campaña de 1925, hasta octubre que cayó Axdir, capital del Rif. La historiadora ha continuado trabajando desde la publicación de la tesis doctoral en el ámbito del colonialismo español centrando su tarea en la fase de control militar entre 1909 y 1927<sup>33</sup>.

Rocío Velasco de Castro cuenta con una extensa producción de artículos, algunos de los cuales han contribuido a enriquecer esta tesis doctoral. Así, por ejemplo, a partir de un estudio basado en fuentes hemerográficas, ha llevado a cabo una investigación sobre el desembarco de Alhucemas en la prensa. En este trabajo muestra el impacto que en España y en Francia tuvo la operación<sup>34</sup>. En su polifacética mirada hacia el Protectorado ha analizado el discurso ideológico sobre el que se cimentó la política colonial franquista en Marruecos y, especialmente, la recuperación e instrumentalización de la imagen del «moro» para la supervivencia y consolidación de la Dictadura de Franco. De su estudio se coligen las bases de la maquinaria propagandística del régimen y su utilización en la política exterior, pero también las contradicciones y el doble juego desplegado por Franco con respecto a Marruecos y a los países árabes<sup>35</sup>. A través del análisis de la prensa militar africanista edi-

32 GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Tesis Doctoral, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado — UNED, 2012.

33 A continuación, se citan algunos de sus artículos más destacados: GAJATE BAJO, María: «El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)», *RUHM* Vol. 16, 2019, pp. 82-103; «El desastre de anual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», *RUHM* 3, Vol. 2, 2013; «Prensa y opinión pública. Un reto para el investigador» en AGUIRREGABIRIA IBARRA, Alejandra (Coord.) *No es país para jóvenes*. Encuentro de jóvenes investigadores en historia contemporánea (2. 2009. Granada) Instituto Valentín Foronda, 2012; «La Revista de Tropas Coloniales y sus reflexiones sobre la bahía de Alhucemas» *Guerra Colonial Revista Digital*, nº 3, diciembre MMXVIII, pp. 23-40. GAJATE BAJO, María y GONZÁLEZ PIOTE, Laura (eds.): *Guerra y tecnología: interacción desde la Antigüedad al Presente*. Madrid, Fundación Ramón Areces, 2017.

34 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «El desembarco de Alhucemas en la prensa», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015, pp. 50-53.

35 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «La imagen del moro en la formulación e instrumentalización del africanismo franquista» *Hispania, Revista española de historia*, vol. 74, nº 246, 2014, pp. 205-236.

tada en Melilla y Ceuta, *El Telegrama del Rif* y la *Revista de Tropas Coloniales* respectivamente, Rocío Velasco analiza la contribución a la difusión del ideario colonial español en Marruecos. Ambos fueron dos de los medios más representativos de la prensa militar africanista. Desde sus páginas se instaba a la ocupación y el dominio del territorio marroquí bajo Protectorado español, aludiendo a una serie de argumentaciones, algunas de ellas compartidas con destacados miembros de la clase política<sup>36</sup>. La investigadora también se ha adentrado en el detalle de la novela histórica *La Ruta* de Arturo Barea para analizar las campañas de Marruecos desde el punto de vista del escritor español<sup>37</sup>. Entre sus últimas aportaciones destaca un artículo centrado en el tratamiento que ha hecho la historiografía de las dos principales figuras que se enfrentaron a la injerencia española en el contexto de las campañas militares: Abd el-Krim y El Raisuni. Bibliografía desconocida para los historiadores españoles, debido en parte a la barrera que supone el idioma<sup>38</sup>.

Un tercer investigador experto en el colonialismo español en Marruecos, sus campañas militares y la repercusión en la sociedad española es Alfonso Iglesias Amorín. En su tesis doctoral ahonda sobre la memoria colectiva que la guerra de Marruecos dejó en la sociedad y cómo esta influencia fue evolucionando a lo largo de las campañas<sup>39</sup>. A partir de ahí, el historiador ha centrado la atención en la percepción de la opinión pública española respecto a los conflictos marroquíes a través de la imagen, demostrando cómo el tratamiento visual evolucionó a partir de la aparición de la fotografía<sup>40</sup>.

Otro investigador que ha centrado su análisis en el Protectorado español en Marruecos y sus campañas como objeto de estudio es Daniel Macías Fernández. Su principal aportación es un trabajo donde analiza el proceso de conformación de la mentalidad de los elementos africanistas del ejército colonial español. El proceso de gestación de la identidad cultural africanista lo ubica, en contra de lo que hasta ahora se señalaba, en las guerras finiseculares decimonónicas y se desarrolla y define en las campañas de Marruecos. Conceptualiza el término *africanista* y le dota de un significado preciso<sup>41</sup>. Autor de otros tantos artículos se yergue actualmente en uno de los principales investigadores de referencia de la historia militar que, bajo enfoques interdisciplinares contribuye al conocimiento del colonialismo español en Marruecos<sup>42</sup>.

36 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «La contribución de la prensa africanista a la difusión del sueño imperial español en Marruecos» en Cristian Ferrer González y Joel Sans Molas (coords.) *Fronteras contemporáneas: identidades, pueblos, mujeres y poder*. Actas del V encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea, vol. 2. Universidad Autónoma de Barcelona, 2017, pp. 623-635.

37 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «Las campañas de Marruecos en la novela *La Ruta*, de Arturo Barea» en *Novela histórica e historia militar*. Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar. Universidad de La Rioja, 27-29 de mayo de 2015, 2016, pp. 682-733.

38 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim», *RUHM*, vol. 8, nº 16, 2019, pp. 41-60.

39 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*. Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2014.

40 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)», *RUHM*, vol. 8, nº 16, 2019, pp. 104-131; «La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)», *Hispanic Research Journal. Iberian and Latin American Studies*, vol. 18, nº 2, 2017, pp. 131-145.

41 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019.

42 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel (coord.): «Las guerras coloniales de España en la época contemporánea: en el centenario de la instauración del protectorado español», *RUHM* 3, vol. 2, 2013, pp. 5-8.



Respecto al análisis exclusivo del desembarco de Alhucemas (1925) existe un trabajo monográfico: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*<sup>43</sup>. Un libro con muchas fotografías de la operación, muy buenas reproducciones de mapas y una descripción muy detallada de todos los elementos que entraron en combate: tropas, barcos, aviones, carros de combate, artillería, personajes, etc. Se recoge igualmente un amplio número de apéndices con órdenes generales, ponencia sobre el planeamiento del desembarco redactada por el general Francisco-Gómez Jordana, así como las recompensas otorgadas a los militares más destacados que participaron en la operación. Sin embargo, el trabajo carece de análisis y se centra en defender el éxito de la operación, argumentando que incluso fue objeto de estudio por parte de los Estados Mayores aliados durante la planificación del desembarco de Normandía en 1944. Es posible que los aliados tuvieran en cuenta la planificación de Alhucemas, pero nadie hasta hoy lo ha demostrado. En el prólogo de la obra se describe el proceso histórico del planeamiento del proyecto para desembarcar en Alhucemas incurriendo en errores relativos a los planes de desembarco de 1911 y 1913 u omitiendo incluso el «proyecto Silvela-Anido» de 1923, previo al golpe de Estado de Primo de Rivera. Se trata de una obra de historia militar abordada desde un enfoque tradicional, repleta de datos (algunos de ellos inexactos) y sin contenido analítico.

Por otra parte, existe un alto número de artículos, centrados en el desarrollo de la operación y que podemos considerar de diferente calidad. Algunos de ellos tratados con el rigor científico que exige la profesión. Sin embargo, la mayoría ofrecen una descripción de los hechos y concluyen elogiando a las tropas expedicionarias y magnificando el resultado de la operación por enfrentarse a un enemigo al que coinciden en calificar de «bravo», «orgulloso», «combativo», «formidable», «extraordinario»<sup>44</sup>

## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi gratitud a todas las personas que durante estos últimos años han contribuido en mayor o menor medida a que el presente proyecto llegue finalmente a concluirse. En este sentido, me siento profundamente agradecido al director de la tesis, el profesor Juan Pro Ruiz, sin cuya dedicación y compromiso no hubiera conseguido alcanzar el resultado pretendido. Su profesionalidad y buenos consejos han contribuido a que durante los últimos años haya podido dirigir mis ideas, hallazgos y pesquisas por un derrotero seguro, alejado del abismo de la inconcreción. El rigor que me

43 CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011.

44 MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: *Las campañas de Marruecos. 1909-1927*. Madrid, Almena, 2001, pp. 65-95; LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015, pp. 44-47. VALLÉS SALES, Alfonso (capitán de corbeta): «Alhucemas, setenta y cinco años después. Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas» *Boletín de información*, nº 272, Ministerio de Defensa, 2001; BLANCO NÚÑEZ, José María (capitán de navío): «El desembarco de Alhucemas», *Cuaderno de Historia Militar 2. Operaciones conjunto-combinadas. XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar, Turín, 2013*, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 27-51; JIMÉNEZ MOYANO, Francisco José (teniente coronel de Infantería): «El desembarco de Alhucemas. Un hito de la historia militar», *Revista de Historia Militar* nº 101, 2007, pp. 193-194. GARCÍA ARGÜELLES, Amador (coronel de Artillería): «75 aniversario del desembarco de Alhucemas», *Ejército de tierra español. Revista de las armas y de los servicios*, nº 715, 2000, pp. 75-79; MIGUEL FRANCISCO, Luis: *1925. Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*. Valladolid, Galland Books, 2008.

ha transmitido respecto a la forma, a los detalles y a la necesidad de abordar los capítulos bajo un enfoque analítico han contribuido a mejorar el resultado final de la investigación. Pacientemente ha corregido los errores que cometía, y probablemente aún se encontrarán algunos yerros, pero estoy seguro de que hubiesen sido muchos más sin su ayuda.

Del mismo modo, debo reconocer la contribución de muchas otras personas a la consecución final de este proyecto; profesionales que me han aconsejado durante el desarrollo de la investigación. Quiero, por tanto, hacer extensible este agradecimiento al personal de archivos en general, fundaciones y bibliotecas; grandes personas que me han atendido de forma amable y han sabido orientarme cuando en muchas ocasiones me he sentido perdido. En especial quiero reconocer la labor de Agustín Pacheco, militar responsable del Archivo General Militar de Madrid y profundo conocedor de los fondos que custodia el Archivo. También quiero expresar mi gratitud al historiador Fernando Puell de la Villa por concederme su tiempo y escuchar pacientemente mis hallazgos e interpretaciones; por expresarme su opinión y compartir su sabiduría en materia militar. Igualmente, el reconocimiento al militar responsable de la biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército, quien amablemente atendió mis peticiones durante varios días, siempre con una cara sonriente. Una labor que carece de visibilidad o impacto público, pero que contribuye a enriquecer la ciencia histórica.

No puedo finalizar este apartado sin reconocer el apoyo que durante todo este tiempo me han brindado mis padres, Carlos y Pili; referentes para mí en el esfuerzo y el sacrificio. A mi hermano y a mis sobrinas siempre dispuestos a escucharme. Y, finalmente a Olga, mi compañera, que pacientemente ha sufrido durante los últimos años los daños colaterales de quien realiza una tarea de esta magnitud.







## CAPÍTULO I

### ALHUCEMAS: COLUMNA VERTEBRAL DEL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS

Durante la campaña de 1909, en las proximidades de Melilla, las autoridades militares advirtieron que un núcleo importante de la harca (en Marruecos, conjunto de combatientes que integran una expedición militar<sup>1</sup>. Este tipo de formación irregular la adoptó el ejército colonial español durante las campañas que tuvieron lugar en Marruecos hasta 1927, fecha en la que finalizó la guerra de conquista del territorio. Las harcas o también harkas las componían tropas indígenas y estaban dirigidas por jefes y oficiales europeos) procedía de la región del Rif central<sup>2</sup>. Y eran esos nativos, según los militares españoles en Melilla, quienes soportaban el peso de la lucha y exhortaban a los cabileños de la confederación de Guelaya (Beni Sicar, Mazuza, Beni Sidel, Beni Bu Gafar, Beni Bu Ifrur) a presionar a los soldados españoles. Comenzó a forjarse de este modo el estereotipo del aguerrido combatiente de las montañas, principalmente de la cabila (tribu) de Beni Urriaguel<sup>3</sup>. Fue entonces, tras comprobar la resistencia de aquellos harqueños cuando los mandos militares destacados en la Comandancia General de Melilla, José Marina Vega, comandante general, y Francisco Gómez Jordana, jefe de su Estado Mayor, consideraron que la situación en Marruecos exigía dominar a los cabileños de Beni Urriaguel. Bajo su punto de vista los cabileños del Rif central estaban imbuidos de una activa propaganda religiosa (motivación de dudosa credibilidad); también les atribuían un enorme espíritu belicoso (comportamiento razonable en personas que se niegan a someterse a una fuerza exterior); los consideraban «gentes salvajes ávidos de botín y tenaces defensores de su territorio»<sup>4</sup>.

Para alcanzar el objetivo plantearon llevar a cabo un desembarco (operación militar que realiza en tierra la dotación de un buque o una escuadra, o las tropas que transportan)<sup>5</sup>, porque intentarlo

---

1 BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar. Desde los reinos medievales hasta nuestros días*. Barcelona, Ariel, 2000, p. 171.

2 Archivo General de Palacio (en adelante, AGP), África, reinados, Alfonso XIII, caja 15599, exp. 10, 1909. Moción relativa a la conveniencia de ocupar puntos en la costa norte de África, frente al Peñón de Alhucemas.

3 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, p. 242.

4 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15599, exp. 22. Conferencia telegráfica entre el ministro de la Guerra, Agustín Luque y el capitán general de Melilla, José García Aldave, 25/09/1911.

5 BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar. Desde los reinos medievales hasta nuestros días*, Op. Cit., p. 110.

por tierra era una opción inviable pues entrañaba dificultades en el avance por la inexistencia de carreteras, por la orografía agreste que dominaba la región, por los problemas que supondría garantizar el abastecimiento y municionamiento, por la continua hostilización de los nativos, y porque se necesitaba empeñar muchas unidades. En opinión de esos militares, controlar el norte de Marruecos era necesario para España porque, de ese modo, se conseguirían dos cosas: respeto internacional por parte de las potencias europeas al observar que el ejército español era capaz de domeñar a los nativos de su zona de influencia y, una vez sometida la población permitiría llevar a cabo un efectivo aprovechamiento de los recursos naturales, principalmente la explotación de las minas de hierro y la creación de líneas de ferrocarril<sup>6</sup>.

En este capítulo se detallan las razones por las que los militares españoles eligieron la bahía de Alhucemas para llevar a cabo una operación de desembarco, y se plantean las diferentes ocasiones en las que el proyecto estuvo a punto de materializarse. Del mismo modo, se presenta a las personas que estuvieron implicadas en los planeamientos de las operaciones militares. Se analizan las cabilas que habitaban el entorno de Alhucemas y se destacan algunos aspectos culturales y etnológicos. Asimismo, se analiza el terreno próximo a la bahía. También se aborda la crisis del Majzén (Gobierno o Estado de Marruecos) y la evolución de la penetración de los ejércitos francés y español en territorio marroquí. Por último, se definen las características principales del africanismo y el colonialismo español y el impulso que desde las diferentes entidades colonialistas se desarrolló para que los gobiernos de España asumieran la colonización de Marruecos como un asunto prioritario.

### A. ¿POR QUÉ EN ALHUCEMAS?

Los militares pensaron en la bahía de Alhucemas porque las cabilas que habitaban el entorno de dicha ensenada y su territorio interior fueron siempre consideradas el corazón de la defensa del Rif<sup>7</sup>. Por ese motivo, «la cuestión de Alhucemas» o lo que es lo mismo, el dominio de la costa en torno a su ensenada fue la principal apuesta de los militares que, desde 1909 por primera vez y, año tras año, hasta septiembre de 1925, plantearon a los sucesivos gabinetes como solución a la insumisión rifeña<sup>8</sup>. Porque al enemigo había que buscarlo allá donde fuera más fuerte y destruirlo y porque, aun cuando llevara otro nombre, se trataba de una verdadera obra de conquista. Los diferentes estados mayores empeñados en cada uno de los proyectos de desembarco que se elevaron a las autoridades políticas subrayaban que el control de la bahía permitiría: primero, dominar a las fracciones (cada una de las cabilas estaba dividida a su vez en diferentes bandos o partidos bajo el liderazgo político de un gobernador llamado caíd o bajo el influjo de una persona con atribuciones religiosas conocido

6 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12955, exp. 28. 1911.

7 «La pacificación de Marruecos», *El Telegrama del Rif*, 12 de junio de 1913.

8 Gran parte de la documentación utilizada relativa a cada uno de los proyectos de desembarco que se analizan en la presente tesis (1911, 1913, 1916, 1921, 1922, 1923 y 1925) se encuentra en los siguientes archivos: Archivo General de Palacio (AGP); Archivo General Militar de Madrid (AGMM); Fundación Antonio Maura (FAM); Archivo Histórico Nacional (AHN), Archivo de la Real Academia de la Historia y Archivo General de la Administración (AGA).



como *xeijj*) de cabila próximas a la costa; y segundo, llevar a cabo, desde las posiciones ocupadas, una intensa labor de atracción política para someter a las fracciones de la montaña. Pero si la vía de la persuasión y el convencimiento respecto a las «bondades civilizadoras» no permitía lograr los frutos deseados, entonces planteaban el uso de la fuerza; aunque esta era una idea que, en cada uno de los proyectos, tan solo se dejaba apuntada, sin desarrollarla porque se confiaba en que la demostración de fuerza ejerciera, por sí sola, un influjo moral sobre los cabileños que les hiciera desistir de sus propósitos de oponerse a la penetración colonial<sup>9</sup>; incluso en 1925 el general en jefe mantuvo dicha cautela en los días posteriores al desembarco<sup>10</sup>.

Entre los militares que defendieron con más entusiasmo la necesidad de conquistar la bahía destacó la figura del general Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla y alto comisario de España en Marruecos entre los años 1913 y 1918. En varias ocasiones se manifestó de forma clara en favor de la ejecución de la maniobra de desembarco:

El asunto de Alhucemas es para nosotros de la mayor importancia, pues ha de dar un paso casi decisivo en nuestra zona oriental de Protectorado, y por esta razón, tanto el general Aizpuru como yo, le dedicamos la atención que merece<sup>11</sup>.

Francisco Gómez Jordana nació en Mazarrón (Murcia) el 7 de junio de 1852. Después de pasar por la Academia de Caballería, cursó estudios de Estado Mayor en la Escuela de la Guerra, de donde salió diplomado en Estado Mayor, cuerpo en el que sirvió hasta su muerte, el 18 de noviembre de 1918<sup>12</sup>. Tras pasar por Cuba fue destinado a la Comandancia de Melilla, territorio que ya no abandonaría, salvo en el año 1911, cuando se le encargó la dirección de la Escuela de la Guerra en Madrid. De vuelta a África asumió el cargo de jefe de Estado Mayor de la Capitanía General de Melilla y, en enero de 1913 ascendido a general fue nombrado comandante general de Melilla; empleo que aprovechó para urdir el plan de desembarco en Alhucemas, dispuesto para junio de aquel mismo año<sup>13</sup>. «El plan Jordana de 1913» en sus fases de gestación y preparación no contó con la participación de Felipe Alfau, primer alto comisario en el Protectorado. Resulta sorprendente si tenemos en cuenta el respeto a la jerarquía en la institución castrense. Veremos los detalles en el capítulo V titulado «Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913».

Casi con la misma intensidad que Jordana se mostró Agustín Luque Coca, ministro de la Guerra, en 1911 y 1913. Nacido en Málaga en 1850 y perteneciente al Arma de Infantería, defendió igual-

9 Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), África, caja M7, 81/9985, exp. 2. *Proyecto general de desembarco presentado por el general Gómez-Jordana y aprobado por el Directorio en 1925*. La ponencia del desembarco se encuentra también en GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, pp. 116-121. Igualmente está reproducido en CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, apéndice I, pp. 187-197.

10 Todos los detalles del desembarco de 1925 se abordan en el capítulo IX de la tesis titulado: «El desembarco».

11 Archivo General Militar de Madrid (en adelante, AGMM), África, caja 1531, legajo 2, carpeta 9. Carta del alto comisario, Francisco Gómez Jordana al ministro de Estado, Amalio Jimeno el 17 de agosto de 1916.

12 <http://dbe.rah.es/biografias/16322/francisco-gomez-jordana>. [En línea], 25 de marzo de 2019.

13 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. 3. Telegrama cifrado del comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana, al general Luque, ministro de la Guerra, 10 de junio de 1913.

mente la necesidad de desembarcar en diversas ocasiones. Tanto es así que él mismo se autodefinió como «el primer enamorado de la operación»<sup>14</sup>. Adquirió relevancia en 1911, cuando se desplazó a Melilla para asumir el mando directo de las tropas, siendo por entonces el principal impulsor de aquel plan que a punto estuvo de materializarse. En aquel contexto, Luque sentenció que desembarcar en Alhucemas era el único objetivo que estimaba útil para alcanzar una salida airoso al problema de la «rebeldía» en el Rif; se trataba a su juicio de «una operación definitiva»<sup>15</sup>. Un tercer militar destacado fue Francisco Gómez-Jordana Sousa, hijo del general Jordana, y autor del proyecto de desembarco que posibilitó la conquista de la bahía de Alhucemas en septiembre de 1925. Gómez-Jordana, en aquel momento director general de Marruecos y colonias, además de ser miembro del Directorio Militar de Primo de Rivera, era uno de los militares que, por su experiencia, mejor podía elaborar dicho planeamiento, ya que había servido a las órdenes de su padre en Marruecos desde febrero de 1912 y, por tanto, condensaba todo el conocimiento teórico y práctico sobre el territorio del Rif y sus moradores transmitido por su padre<sup>16</sup>.

Hubo también otros militares muy vinculados a los distintos proyectos para desembarcar en Alhucemas y que alcanzaron gran protagonismo, como se verá a lo largo de esta investigación, aunque sin llegar a adquirir la importancia de los tres anteriores; por ejemplo, en 1911 debemos resaltar el papel que desempeñó José García Aldave<sup>17</sup>, capitán general de Melilla, Francisco Larrea Liso<sup>18</sup> (jefe de su Estado Mayor) y Emilio Barrera Luyando (jefe del Estado Mayor del ministro); en 1913 Jordana contó con el apoyo del jefe de su Estado Mayor, el coronel Julio Ardanaz Crespo<sup>19</sup>; en 1916 sabemos por la documentación de archivo que los preparativos para desembarcar estaban muy avanzados, sin embargo, la operación no la aprobó el Gobierno. En su fase de preparación desempeñaron un importante papel el entonces coronel José Riquelme y López-Bago<sup>20</sup> y Luis Aizpuru Mondéjar<sup>21</sup>; en 1923 defendió con vehemencia el proyecto el comandante general de Melilla Severiano Martínez Anido.

Podemos destacar que el planeamiento de los sucesivos proyectos fue obra de tres generaciones de militares: una primera correspondiente a los nacidos en torno a 1850; la segunda con los nacidos entre 1870 y 1880; y, por último, los militares que nacieron en la última década del siglo XIX y que adquirieron gran protagonismo en la ejecución del desembarco. Otra idea que podemos señalar respecto a quienes se distinguieron en la redacción de los proyectos es que todos pertenecían al cuerpo de Estado Mayor. La idea de ocupar la bahía de Alhucemas contó, desde un principio, con el apoyo de

14 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. 3. Telegrama cifrado, núm. 3353 del general Luque al comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana, 11 de junio de 1913.

15 AGMM, caja 158, legajo 16, carpeta 2.

16 Un estudio biográfico en: DIEZ RIOJA, Ramón: *Francisco Gómez-Jordana: su participación en el Gobierno y la diplomacia durante el proceso de formación del Estado franquista (1936-1944)*, Trabajo fin de Máster. Universidad Autónoma de Madrid, septiembre de 2013.

17 <http://dbe.rah.es/biografias/10274/jose-garcia-aldave>. [En línea], 25 de marzo de 2019.

18 <http://dbe.rah.es/biografias/11748/francisco-manuel-larrea-liso>. [En línea], 25 de marzo de 2019.

19 <http://dbe.rah.es/biografias/10127/julio-de-ardanaz-crespo>. [En línea], 25 de marzo de 2019.

20 <http://dbe.rah.es/biografias/4434/jose-riquelme-y-lopez-bago>. [En línea], 25 de marzo de 2019.

21 <http://dbe.rah.es/biografias/7292/luis-aizpuru-mondejar>. [En línea], 25 de marzo de 2019.



los principales periódicos militares del país. Desde sus editoriales se defendió la necesidad de ejercer un control efectivo de la costa próxima a Alhucemas.

En 1911, Cándido Lobera, director y fundador de *El Telegrama del Rif* señalaba que la clave del problema rifeño no estaba en Melilla, sino en Alhucemas, «y mientras no se someta a la cabila de Beni Urriaguel, no habrá paz en el Rif»<sup>22</sup>. En el *Heraldo Militar* se afirmaba en 1913 que Alhucemas era «la entrada principal y única de Marruecos, y allí se ventilará siempre el problema político y militar de nuestra zona de influencia»<sup>23</sup>. En enero de 1924, apareció un nuevo periódico: *Revista de Tropas Coloniales* cuya edición se realizaba en Ceuta<sup>24</sup>.

El origen se sitúa en el descontento de gran parte del ejército de África por la posición de repliegue adoptada por Primo de Rivera y por la gestión que se estaba realizando, tanto en la Península como en el Protectorado, de la crisis inferida del desastre de Annual<sup>25</sup>. En su primer número apareció un artículo de Antonio Goicoechea<sup>26</sup> donde expresaba que España tenía la obligación de poner el pie en Alhucemas<sup>27</sup>.

Además de Goicoechea otros articulistas (militares, historiadores, políticos, etc.) utilizaron la revista para justificar la ocupación de Alhucemas y explicar el significado histórico que la bahía tenía<sup>28</sup>. Dicha zona constituía —en opinión de Goicoechea— el hábitat natural de la rebeldía indígena contra España e impedía realizar las tareas políticas de atracción de los líderes de las diferentes cabilas que allí se asentaban. Alhucemas —para él— no era símbolo de un programa conquistador y militarista; no había, a su juicio, tal cosa, más bien todo lo contrario, ya que dominar su costa significaba el punto de partida para estrechar los lazos de colaboración necesarios entre los españoles y los marroquíes. El discurso netamente imperialista del político conservador era un reflejo de los partidarios del colonialismo español más militarista en el norte de África<sup>29</sup>.

22 *El Telegrama del Rif*, Melilla, 20 de octubre de 1911. El periódico se editó por primera vez en 1902 en Melilla. Se definía como un diario ajeno a la política y defensor de los intereses de España en Marruecos. Su director, propietario y fundador fue Candido Lobera Girela.

23 «Los errores en los procedimientos tácticos», *El Heraldo Militar*, Madrid, 11 de agosto de 1913. Se trata de una publicación en formato periódico de contenido dual: militar y político. Se editaba en Madrid.

24 VELASCO DE CASTRO, Rocío: «La prensa militar africanista: El Telegrama del Rif y la Revista de Tropas Coloniales» en *La historia militar hoy: investigaciones y tendencias*. MARTÍN VIÑAS, Ángel y PUELL DE LA VILLA, Fernando (eds.), Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid, 2015, pp. 225-245.

25 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*. Madrid, UNED, 1992, pp. 115-117.

26 <http://dbe.rah.es/biografias/10817/antonio-goicoechea-y-coscolluela>. [En línea], 27/03/2019.

27 «Alhucemas y los beniurriaguelís» *Revista de Tropas Coloniales*, enero 1924.

28 GAJATE BAJO, María: «La Revista de Tropas Coloniales y sus reflexiones sobre la bahía de Alhucemas», *Guerra Colonial* (Revista Digital), núm. 3, diciembre MMXVIII-Especial Marruecos, pp. 23-40.

29 El discurso colonial de la *Revista de Tropas Coloniales* vinculado al ideario del africanismo español puede verse en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Irene: «Las publicaciones africanistas españolas: el caso de África», *Revista de Tropas Coloniales* (1924-1936) *Clio Themis*. Revue électronique d'histoire du droit, núm. 12, 2017.

## B. LOS PROYECTOS DE OCUPACIÓN DE LA BAHÍA DE ALHUCEMAS

Durante los catorce años que van desde 1911 a 1925 se planearon siete proyectos con el objeto de ocupar la costa que baña la bahía de Alhucemas. Excepto el «plan político-militar» de 1921, en el que el general Fernández Silvestre intentó alcanzar el territorio de Beni Urriaguel por tierra el resto basaron su estrategia en una operación anfibia<sup>30</sup>. A continuación, se enumeran los distintos planes que se pergeñaron, los cuales se analizan con detalle en los capítulos del IV al IX de la presente tesis doctoral.

En mayo de 1911 se comenzó a preparar un plan de desembarco, que quedó definido en octubre del mismo año, y se suspendió tan solo tres días antes de su ejecución<sup>31</sup>. El plan se rescató en 1913; en aquella ocasión, con los barcos cargados con todos los elementos necesarios, las tropas organizadas y preparadas para el embarque, la maniobra fue de nuevo abortada<sup>32</sup>. Ambos planes contaban con la aprobación del Gobierno y con la colaboración de la familia Abd el-Krim el Jatabi —además de otras familias— para desembarcar en la costa sin hostilidad. Aun así, y con el paso de los años, desembarcar a las tropas en la bahía de Alhucemas continuó siendo el objetivo prioritario de los militares. En el mes de julio de 1916 se hallaban los preparativos muy adelantados, cuando circunstancias sobrevenidas en la zona occidental del Protectorado provocaron su suspensión. En esta ocasión el Gobierno no había aprobado el proyecto porque no llegó a elevarse la autoridad militar competente. A pesar de la anulación de los planes estratégicos de desembarcar siguió considerándose la única fórmula útil para dominar el «indómito territorio» del Rif, ya que por tierra se consideraba una misión imposible porque el terreno accidentado y montañoso, desaconsejaba ni siquiera intentarlo<sup>33</sup>.

No obstante, a pesar de las circunstancias adversas que se han expuesto, hubo un intento de llegar hasta la bahía por tierra. Fue en 1921, y su estrategia fue el general Manuel Fernández Silvestre, en aquel momento comandante general de Melilla. Elaboró entonces un plan político-militar para ocupar la bahía; un proyecto que consideró viable el alto comisario, Dámaso Berenguer. Así se desprende de la carta que éste envió al Gobierno en el mes de abril sobre el programa de las operaciones que tenía pensado desarrollar en la zona de Melilla<sup>34</sup>. En este sentido, señalaba que debían ocuparse pequeños puestos en territorio de Tensamán y Beni Tuzin, para dar mayor apoyo a la operación de Alhucemas, actuaciones que, a su juicio, «podrán tener lugar en plazo breve; y, por último, la ocupación de la bahía de Alhucemas, que se realizará a ser posible, marchando por tierra a través de la cabila de Tensamán, y solo en caso necesario auxiliada por un desembarco<sup>35</sup>. El resultado de aquella

30 Una operación anfibia es aquella en la que una fuerza terrestre se traslada por mar a una costa enemiga para asaltarla o desembarcar en ella, esperándose reacción del enemigo, aunque no sea inminente. La definición en BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar. Desde los reinos medievales hasta nuestros días*. Barcelona, Ariel, 2000, p. 28.

31 El capítulo IV de la tesis está dedicado en su totalidad al proyecto de desembarco de 1911. Lleva por título «El primer proyecto de desembarco en la bahía de Alhucemas. Octubre de 1911».

32 Capítulo V: «Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913».

33 ARQUÉS, Enrique. «Por tierra de moros. La cuestión de Alhucemas» *Revista de Tropas Coloniales*, núm. 2, febrero de 1924, pp. 22-23.

34 En el capítulo VI se detalla el plan de Silvestre, así como las consecuencias que se derivaron de su puesta en práctica. Su título es «Por tierra o por mar. De Silvestre a Pizarra (1920-1922)».

35 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, Sucesores de R. Velasco. Marqués de Monasterio, 3, 1923, p. 24.





estrategia confirmó lo que Francisco Gómez Jordana había señalado en 1913 y era que la ocupación del entorno de la bahía solo se conseguiría por medio de un desembarco, pues tratar de alcanzar el objetivo por tierra era descabellado <sup>36</sup>.

Aquel intento del comandante general de Melilla derivó en el «desastre de Annual», la mayor tragedia en vidas del colonialismo español en Marruecos<sup>37</sup>. Medio año más tarde del derrumbe de la Comandancia General de Melilla, sin que la opinión pública se hubiera recuperado aún del impacto de Annual<sup>38</sup> varios miembros del Gobierno, entre ellos el presidente del Consejo, Antonio Maura, el alto comisario y los estados mayores del ejército y de la marina se reunieron en el pueblo malagueño de Pizarra para analizar la viabilidad de desembarcar en Alhucemas<sup>39</sup>. En aquella ocasión se concluyó que derrotar a los Beni Urriaguel era completamente necesario para controlar el territorio asignado a España en el Tratado de Fez de 1912. Damaso Berenguer, entonces alto comisario de España en Marruecos, señaló:

Por razones que se estudiaron y discutieron se acordó que no se debía intentar acudiendo a combatir con ellos de cerro en cerro por su propio territorio, sino ocupando en la bahía de Alhucemas las posiciones necesarias para establecer la continuidad de la zona del Protectorado por el litoral y fortaleciendo nuestro propio Peñón<sup>40</sup>.

Sin embargo, la caída del gabinete Maura, partidario de aquel plan, impidió materializarlo. En el mes de julio se elevó a las autoridades gubernamentales el último proyecto para desembarcar en la bahía antes de que se produjera el golpe de Estado de Primo de Rivera. En esta ocasión, y con un alto comisario civil, Luis Silvela, se designó al general Severiano Martínez Anido comandante general de Melilla para que asumiera el mando de las divisiones de desembarco. A pesar de ser aprobado por el gabinete militar del alto comisario, el plan fue rechazado por las autoridades políticas aconsejadas por el Estado Mayor Central del ejército<sup>41</sup>.

Finalmente, con Primo de Rivera en el Gobierno, y apoyado por los miembros de su Directorio Militar, tras muchas vacilaciones, la operación se ejecutó en septiembre de 1925<sup>42</sup>.

36 AGMM, África, caja 656, legajo 100.

37 PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Madrid, Temas de Hoy, 1999. Apunta en su obra a más de nueve mil muertes.

38 Respecto al impacto social véase el interesante artículo de María Gajate: «El desastre de anual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», *RUHM* 3, Vol. 2, 2013.

39 «Pizarra en el recuerdo. La Conferencia de Pizarra», *Revista Jábega* núm. 17, Málaga, 1977, pp. 29-31. El análisis de lo que sucedió en Pizarra se desarrolla en el capítulo VI. Su título es «Por tierra o por mar. De Silvestre a Pizarra (1920-1922)».

40 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Op. Cit. p. 173.

41 El desarrollo del proyecto se analiza en el capítulo VII «El último Gobierno de la Restauración y el plan de operaciones del mes de julio de 1923».

42 El análisis del desembarco de 1925 se divide en dos capítulos: el capítulo VIII «Del golpe de Estado al desembarco. Primo de Rivera (1923-1925)», donde se analizan las circunstancias relativas al Protectorado español en Marruecos desde que el general Primo de Rivera asume la presidencia del Directorio Militar, tras el golpe de Estado, hasta el momento en el que se aprueba la operación combinada de Alhucemas con apoyo del ejército francés; y el capítulo IX «El desembarco», centrado en el análisis del desembarco, desde la decisión de desembarcar en las playas de *La cebadilla* e *Ixdain* situadas a poniente de Morro Viejo, y, por tanto, fuera de la bahía de Alhucemas, en la cabila de Bocoya hasta la toma de Axdir, capital del Estado rifeño, el 2 de octubre de 1925.

### C. LA REGIÓN DEL RIF: EL TERRITORIO Y SU POBLACIÓN<sup>43</sup>

El Rif es la tierra más triste, más miserable, más pobre que hay en el mundo. La prensa gráfica de España publica semanalmente fotografías del Rif: el Gurugú, Nador, Zeluán, Ras Medua, las orillas del Kert, solo veréis tristeza, desolación, miseria. Se trata de un país donde las tropas para encender fuego tienen que utilizar la leña que envían de España, porque no la hay; agua, como tampoco la hay, ha de conducirse en convoyes hasta las posiciones avanzadas<sup>44</sup>.

El diputado Felipe Rodés pronunciaba el discurso anterior en el Congreso de los Diputados, y en efecto, no le faltaba razón, pues así lo reconocían los militares que prestaron servicio en Marruecos. En 1911, en el marco de la campaña del Kert, el capitán general de Melilla, José García Aldave señalaba, en comunicación telegráfica con el ministro de la Guerra, Agustín Luque, que en las proximidades del Kert se carecía de leña para preparar el rancho e insistía que tampoco había agua en aquellas inmediaciones ni en la comarca próxima<sup>45</sup>. Geográficamente la región del Rif se encuentra situada en la zona septentrional de Marruecos. Está atravesada por una cadena montañosa que discurre de forma paralela al mar Mediterráneo. Parte del extremo noroeste de Marruecos y llega hasta la frontera con Argelia. La frontera meridional se sitúa a unos cincuenta kilómetros al norte de Fez y, siguiendo una línea irregular, va a parar al cauce del río Muluya que forma la frontera oriental. En la región se encuentra el pico de Tideghin que alcanza los 2.456 metros de altitud. En el extremo Oeste de la región, se extiende una meseta poblada de cedros que se denomina Ketama y es famosa por sus copiosas nevadas en invierno y por sus plantaciones de cáñamo índico<sup>46</sup>. Partiendo de esta meseta y dejando al Sur el pico Tideghin, el relieve pierde altura y el terreno resulta cada vez más árido a medida que se aproxima a Melilla. A ciento cincuenta kilómetros de esta ciudad, en las tierras de Beni Urriaguel, aparece en el horizonte una franja verdosa que llega hasta el mar, flanqueada por cerros, bordeando la inmensa bahía de Alhucemas. El río Guis divide a la bahía en dos anchas riberas. La ribera derecha se halla a su vez flanqueada por otro río, el Nekor, el cual deja al este los cerros de Tensamán y otras elevaciones entrecortadas por numerosos barrancos, hendiduras y tierras bajas. Cerca del Mediterráneo, la escabrosidad y aridez del terreno se mantiene hasta la península donde está ubicada Melilla. Más hacia el Sur el suelo resulta cada vez más llano y, salvo en la cuenca del río Muluya, es árido y pedregoso<sup>47</sup>. El Rif cuenta con una extensión aproximada de 9.000 kilómetros cuadrados. Las fuentes nos informan que en 1913 habitaban esta región cerca de 250.000 indígenas, fundamentalmente campesinos, diseminados en varios grupos étnicos, conocidos como cabilas<sup>48</sup>; en árabe literal *qabila* —cabila con c gutural—

43 Una obra muy interesante para comprender el comportamiento de los rifeños es el trabajo de MIMOUN, Aziza: *La sociedad rifeña frente al Protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Bellaterra, 2003.

44 Así describía el territorio el diputado en Cortes, Felipe Rodés Baldrich, miembro de «Solidaridad Catalana». Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, núm. 52, legislatura 1911-1914. 06-06-1911, pp. 1281-1315.

45 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15599, exp. 22. Conferencia telegráfica entre el ministro de la Guerra, Agustín Luque y el capitán general de Melilla, José García Aldave, 25/09/1911.

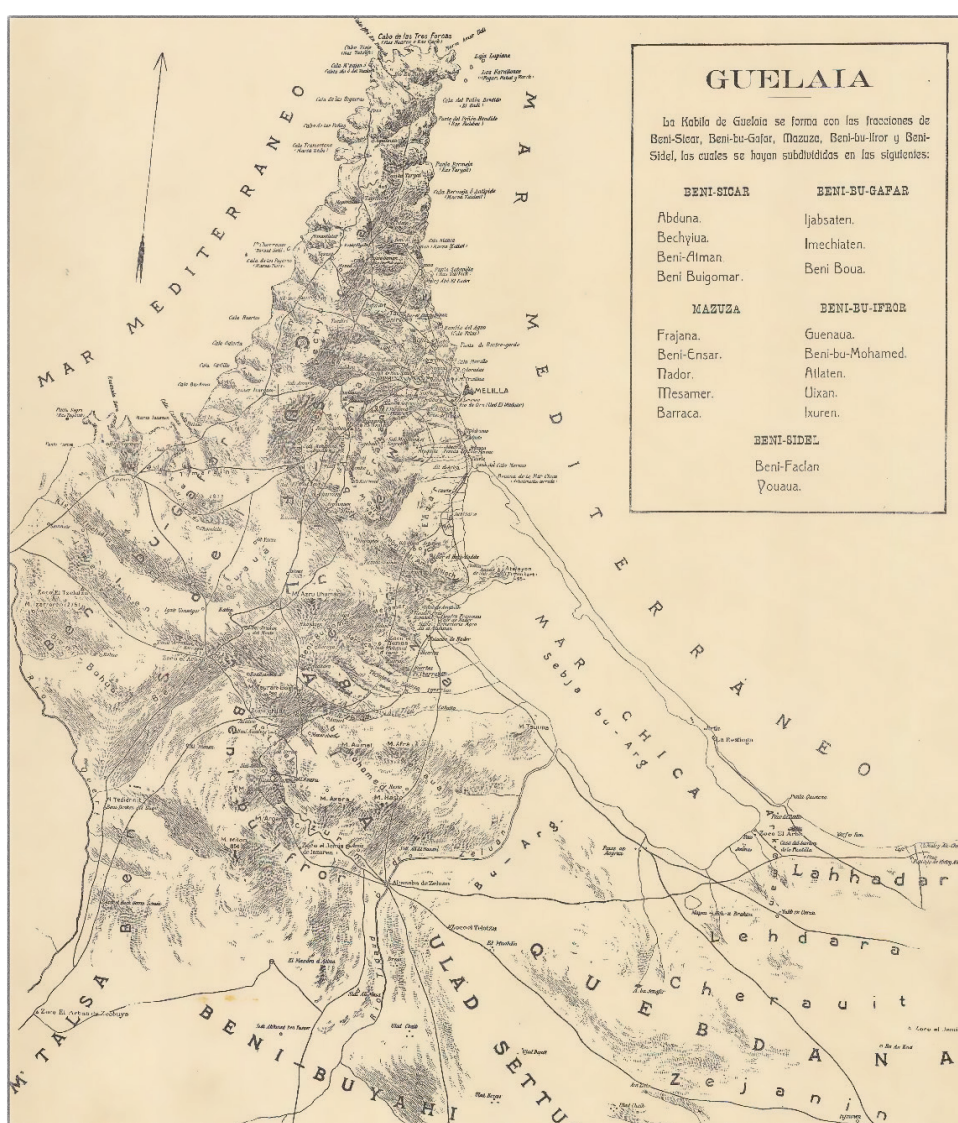
46 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Málaga, Algazara, 2002, pp. 23-28

47 Ibid.

48 AGMM, África, caja 690, legajo 117, carpeta 2. Véase también en VV. AA: *Memoria geográfica, histórica y estadística de las cabilas del Rif*. Madrid, Talleres del depósito de la guerra, 1913. Se trata de unos pequeños folletos donde se recoge la infor-



significa conjunto étnico. En el árabe que se habla en Marruecos se trasformó en qbila y, en el dialecto rifeño, en *daqbitch*. Cada cabila estaba delimitada territorialmente por accidentes naturales y era conocida con un nombre que, casi siempre, expresaba un origen familiar<sup>49</sup>. Las cabilas de Beni Bu Yahí y Metalza o M'Talza, eran las que poseían una mayor extensión. Beni Urriaguel, por su parte, era la cabila más poblada. Adyacente al mar Mediterráneo, el territorio era atravesado por los ríos Guis y Nekor. Las cabilas del Rif occidental, Beni Urriaguel, Bocoya, Beni Iteftt, Beni Bu Frah, Beni Amart, Gueznaia, Beni Tuzin y Tensamán, compartían características similares. Al este del río Kert, o sea, el Rif oriental, estaba habitado por las cabilas de la confederación de Guelaya: Beni Sicar, Mazuza, Beni Sidel, Beni Bu Gafar, Beni Bu Ifrur, junto a las cabilas de Metalza, Beni Bu Yahí, Beni Said, Ulad Settut y Qebdana.



MAPA N° 2. Confederación de cabilas de Guelaya.

Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

mación relativa a aspectos como hábitos alimenticios, la historia, la raza, el carácter, la región, así como los principales usos y costumbres.

49 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema...*, Op. Cit. p. 27.

Los rifeños se expresaban en un lenguaje llamado *dmazijt*, dialecto de origen berebere. En el vocabulario elaborado por la «Junta de Enseñanza de Marruecos», órgano creado por el Gobierno español en 1913, se denominó a dicho dialecto *Xelja* o *Temasigt*<sup>50</sup>. La excepción la marcaban los indígenas del Oeste del Rif, las cabilas de Beni Iteftt, Metalza, Gueznaia y Ketama que hablaban un árabe vulgar<sup>51</sup>.

El paisaje del Rif, si atendemos a la opinión de los españoles que estuvieron allí, era desolador: llovía escasamente y no había embalses para recoger agua de lluvia; abundaban los matorrales y los terrenos pedregosos. La vega de Alhucemas estaba ocupada por huertos donde se cosechaban cebollas, pimientos y sandías. En las planicies del interior se sembraba cebada, trigo y legumbres. En las tierras llanas de la costa y en las mesetas onduladas del centro había plantaciones de almendros y abundaban las higueras, los granados y los albaricoqueros. En ketama se cosechaba el cáñamo índico, fundamentalmente para abastecer de hojas a los fumadores de kif<sup>52</sup>.

En cuanto al ganado, eran frecuentes los rebaños de cabrío y en menor medida, ovino y vacuno. La mayoría de las tierras donde pastaban los animales eran comunales<sup>53</sup>. Las tierras arables las trabajaban los indígenas en calidad de usufructuarios, pues transmitidas por herencia, estaba prohibido enajenarlas. Numerosos campesinos explotaban tierras de otros; lo hacían como *ijemmasaen*, en plural, *ajammas*; es decir, arrendadores, y se quedaban con la quinta parte del total de la producción. Los pobladores de la costa se dedicaban a la pesca. Lo hacían de dos formas: con caña desde la costa o con barca, practicando, en este caso, la pesca de bajura. En la cabila de Bocoya, al oeste de los Beni Urriaguel existía la práctica, muy extendida, de la piratería. En líneas generales se puede asegurar que la gran mayoría de los habitantes eran pobres, siendo muy elevado el número de ellos que pasaban hambre. Por este motivo era frecuente la emigración en verano a Argelia, donde trabajaban para los colonos franceses vendimiando en sus latifundios<sup>54</sup>.

Los poblados estaban constituidos por casas dispersas, alejadas unas de otras y rodeadas de chumberas. Las familias vivían en pequeñas chabolas situadas en la finca de los notables para quienes trabajaban o dispuestas en las tierras colectivas. Las mejores casas estaban construidas de piedra, arcilla y adobe, con techumbre de madera. No se empleaban otros materiales como el hierro o el cemento. Habitaciones, patio interior y establo componían las dependencias de la casa. También se disponía de un molino de piedra para moler el grano, además de un silo donde se almacenaba la cebada, el maíz y la carne seca. Existía también un horno de barro, generalmente de forma cónica

50 Anejo al Boletín Oficial de la Zona de Influencia Española en Marruecos, núm. 6, Año I, Madrid 25 de junio de 1913. El Gobierno de España, al constituir la «Junta de Enseñanza en Marruecos» por Real decreto de 3 de abril de 1913, encomendó a ésta, como tarea urgente, la de formar y publicar un vocabulario geográfico, administrativo y legal, hispano-marroquí. Se trata de los términos de uso más general y común en la zona de influencia española.

51 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit. p. 28.

52 Ibid., p. 31.

53 Respecto al régimen de propiedad de la tierra, en este mismo capítulo, apartado d.2) «La propiedad en Marruecos. Los bienes del Majzén» se describen los aspectos más sobresalientes.

54 He podido comprobar durante la investigación que, en los diferentes proyectos para desembarcar en el entorno de Alhucemas, una de las condiciones de los estrategas era aprovechar la ausencia de los hombres en edad de combatir, dedicados a las tareas de recolección en Argelia. Esta circunstancia se refleja claramente en el capítulo V: «Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913».



donde se cocía el pan (*aghrom*) con harina de cebada o maíz, y se preparaban comidas como el *tayin* que es un plato de carne o pescado. Además de pan, la dieta de los rifeños se componía de cebolla cruda, un puré de habas picante *damriqt*, una sopa de granos de cebada conocido como *iuzan*, y unas bolas hechas con harina de maíz o cebada cocida, mezclada con mantequilla derretida, *zembu*. Existían otros alimentos y platos que eran propios de los más acomodados; por ejemplo, el *seksu* o cuscús, carne guisada o pescado asado. Los corderos que se sacrificaban en la fiesta grande, en rifeño *r'iid amagrán*, se transformaban en *rquaddid* (salazón) para, de este modo, almacenarlos y consumirlos en tiempos de escasez. Tenían colmenas para recolectar miel. La bebida popular era la infusión de té verde, generalmente aderezada con hierbabuena y azúcar<sup>55</sup>. Los pozos de agua eran escasos, por lo que era frecuente que ésta se transportara en tinajas llevadas por asnos por caminos de tierra. Carecían de alumbrado eléctrico y usaban velas o lámparas de petróleo.

Los rifeños no tenían más comercio que las transacciones que realizaban en los zocos o feriales semaneros. Allí se compraba, se vendía, se discutía y se solucionaban problemas comunitarios. Había zocos exclusivos para hombres y otros donde estaba permitido que asistieran las mujeres. Entre los productos que se intercambiaban destacaban el ganado, los pollos o alimentos como huevos, granos y demás productos agrícolas. En estas ferias también se podían comprar artículos más exclusivos, procedentes de la importación, generalmente de contrabando, como tejidos, cerillas, petróleo, azúcar, café o té, e incluso fusiles y munición. Los productos no llegaban a todos los zocos del territorio, siendo más complicado cuanto más hacia el interior estaban situados. La carencia de vías adaptadas a la circulación de carros impedía la circulación del género. Para transportar mercancías se recurría a las mulas o a los burros. Tan solo los nobles contaban con caballos. Los caminos del interior eran pésimos y muy peligrosos debido a la práctica del bandidaje. No así en las zonas del litoral, que presentaban menos peligro.

La idea que en España existía, en el primer cuarto del siglo XX, sobre los cabileños fue a través del retrato dibujado por las fuentes oficiales de la nación colonizadora, y también las no oficiales, pero que estaban subvencionadas por el Estado<sup>56</sup>. Desde la Oficina Central de Asuntos Indígenas, situada en cada demarcación de cabila, se dispuso la redacción de unas memorias que contuvieran aspectos relacionados con el carácter y las costumbres religiosas. Los militares que cumplían servicio en la citada Oficina, pertenecientes fundamentalmente al Cuerpo de Estado Mayor, fueron los encargados de elaborar dichas narraciones. En todas ellas había una interpretación tópica en cuanto al carácter de los cabileños. Se les describía mediante estereotipos como «seres indolentes y apáticos, carentes de escrúpulos, en extremo desconfiados, especialmente con aquellos que no fueran musulmanes». Decían de ellos que eran fanáticos, falsos y pendencieros. En sentido positivo les atribuían cualidades de agilidad, y de ser infatigables en la marcha, valientes e intrépidos<sup>57</sup>.

55 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit. p. 32.

56 *El Telegrama del Rif*, recibía, por ejemplo, en 1913, por parte del Gobierno 500 pesetas mensuales. Una cantidad generosa si tenemos en cuenta que un capitán ganaba entonces 375 pesetas al mes lo que suponía alrededor de 4 pesetas diarias. En AGMM, África, caja 690, legajo 117, carpeta 5. Respecto al dato del salario en: TEJEIRO DE LA ROSA: Juan Miguel: *Dinero y ejércitos en España: de la antigüedad al siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, p. 358.

57 AGMM, caja 690, legajo 117, carpeta 2.

En todo el territorio no había un registro civil, de manera que la edad se fijaba por estimación. La mayoría de la población era analfabeta. La minoría que sabía leer —siempre en árabe— lo aprendía en las pequeñas escuelas (*remsid*) que dependían de una mezquita y donde se enseñaba el Corán. Algunos hijos de notables eran los únicos que tenían ocasión de proseguir estudios, circunstancia que les obligaba a abandonar el Rif e ir a Fez o incluso fuera de Marruecos. Este fue el caso de Abd el-Krim, líder de la resistencia rifeña entre 1921 y 1926 quien aprendió también el español en Melilla<sup>58</sup>. Según esa misma descripción colonial que estamos siguiendo, el tópico afirmaba que los rifeños eran muy creyentes y supersticiosos; pues, además de la fe musulmana impuesta en la región desde siglo atrás, estaba arraigada la creencia en espíritus malignos. Poseían igualmente un gran sentido del honor y de la justicia. Una muestra interesante de esta literatura se observa en la obra de Víctor Ruíz Albéniz, médico y cronista de las campañas de Marruecos, el cual destacó un concepto singular de la justicia relacionado con la venganza que llegaba a enfrentar a familias enteras<sup>59</sup>. A diferencia de otras zonas de Marruecos, era una región solo parcialmente impregnada de la cultura y lengua árabes y solo débilmente sometida a la autoridad del sultán.

Desde fechas tempranas las autoridades militares destacadas en la Comandancia General de Melilla interpretaban que no había una «cabeza directora» que fuera realmente obedecida; lo cual implicaba que las gestiones para negociar o pactar las condiciones con las distintas cabilas para someter a sus habitantes y penetrar en el territorio de forma pacífica, eran —en opinión del general Francisco Gómez Jordana— misión prácticamente imposible<sup>60</sup>. De sus palabras podemos interpretar que, si en alguna fracción de cabila, su líder había negociado determinadas cláusulas con los militares españoles, éstas podían no asumirse en cualquier otro aduar (pequeña población formada por chozas o cabañas de madera que podía albergar una fracción de cabila) que perteneciese a una fracción distinta, incluso en el seno de la misma cabila, y, por tanto, el pacto dejaba de tener ningún sentido. El problema se agravaba cuando se rebasaban los límites naturales del territorio perteneciente a la cabila con la que se había suscrito un acuerdo, pues entre las tribus no se reconocían mutuamente a los jefes. De hecho, informaba Jordana al alto comisario:

Jamás, en esas tierras se reconoció la soberanía del sultán marroquí ni tan siquiera la de los caídes, en cada poblado se imponía la voluntad de los más fuertes, que ejercían el cargo el xeij, aunque esta figura era más ficticia que real<sup>61</sup>.

Por este motivo, el general Francisco Gómez Jordana alegaba, en 1913, que se tornaba imposible, cuando las tropas tomaban un territorio, devolver el poder a los indígenas, porque no se les reconocía esa autoridad y todo quedaba de nuevo «desbarajustado»<sup>62</sup>.

58 MADARIAGA, María Rosa de: *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza, 2009, p. 359.

59 AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos*, Imprimerie Librairie Omnia-Rabat, 2009, p. 58. Recoge el autor una cita de RUÍZ ALBÉNIZ, Víctor: *España en el Rif (1908-1921)*. Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, 2007. Ruíz Albéniz firmaba sus obras bajo el seudónimo de *El Tebib Aromi*, que significa el médico cristiano.

60 AGMM, caja 690, legajo 117, carpeta 3. Exposición del comandante general de Melilla al alto comisario, general Felipe Alfau, donde detalla la acción política y militar que debe seguirse en el territorio de la Comandancia General de Melilla. 23 de junio de 1913.

61 Ibid.

62 Ibid.





La historiografía colonial española ha considerado la existencia de dos formas de relación entre las distintas cabilas y el sultán: la dualidad *Bled Siba* y *Bled el Majzén*, es decir, insumisos y sometidos a la autoridad política<sup>63</sup>. Sin embargo, algunos estudios recientes desmitifican esa visión política, social y cultural del Rif. Por ejemplo, según la tesis de Youssef Akmir, esa interpretación, tal y como lo definieron los militares, científicos, aventureros, e incluso antropólogos franceses y españoles, es muy relativa y no se ajusta a la realidad. Es decir, las relaciones entre las cabilas y el sultán no eran tan inexistentes como ha sostenido la historiografía. Según el historiador marroquí, esa construcción fue inventada y propagada por la sociología colonial. No se trataba de dos universos opuestos entre los que asumían el poder político y religioso del sultán y los que no aceptaban de ningún grado el poder central del soberano. Ninguna cabila sostuvo un conflicto con el Majzén prolongado en el tiempo. Aunque hubo períodos difíciles —sostiene Youssef Akmir—, el pueblo rifeño jamás le negó su legitimidad política y mantuvo el sagrado vínculo religioso»<sup>64</sup>. De hecho, estas tribus mantenían contactos con el sultán y pagaban sus impuestos.

Es cierto que las mehalas Jerifianas (tropas imperiales) no controlaban el territorio del Rif; pero las cabilas no se levantaban contra el poder central salvo en los casos en los que el equilibrio interior entre ellas sufría alguna alteración. No se trataba pues —en opinión del historiador marroquí—, de una región impenetrable, desconectada del resto del Imperio. Investigaciones actuales demuestran que las cabilas rifeñas mantenían relaciones con las regiones próximas a través de diversos circuitos de comunicación, ya fuesen rutas de comercio o mercados regionales<sup>65</sup>.

Con el fin de controlar a los cabileños, las autoridades militares españolas crearon un Cuerpo de Policía Indígena para que actuara en calidad de auxiliar del alto mando<sup>66</sup>. El Cuerpo estaba formado por indígenas que debían pertenecer a la cabila donde ejercían su función y estar en contacto íntimo con ellos, pues tenían que conocer sus usos y costumbres; lo cual permitía trasladar una sensación de tranquilidad y seguridad a los cabileños. Para las autoridades españolas, la situación que identificaban como de desgobierno hacía que no hubiera seguridad para la familia y sus pertenencias más allá de la que pudiera ofrecer el cabeza de la misma. Por ello, hasta el año 1921, raro era el varón adulto que no poseyera un arma de fuego. Conocida como *jmasía*, el arma de fuego era el anhelo de todo rifeño<sup>67</sup>. Tanto las armas como la munición procedían del contrabando, cuyas principales vías de entrada eran las ciudades de Tánger y Melilla e incluso Argelia<sup>68</sup>. En 1911, cuando de nuevo estalló la guerra, se recurrió al procedimiento de facilitar armamento a los «moros amigos» para que

63 Un ejemplo de esta interpretación en: SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *El Protectorado de España en Marruecos*. Madrid, Mapfre S. A., 1992, p. 63.

64 AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos...Op. Cit.* pp. 36-37.

65 Ibid., p. 37.

66 Un estudio actual del Cuerpo en: MESA GUTIÉRREZ, José Luis de: *La Policía Indígena española*. Lorca (Murcia), Fajardo el Bravo, 2018.

67 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia Militar de Melilla*. Biblioteca de la Escuela de la Guerra, 1916, p. 18.

68 PANIAGUA LÓPEZ, Julián Antonio: «El contrabando de armas durante la guerra del Rif, 1921-1927» en Enrique Bengochea Tirado. et al. (eds.). *Relaciones en conflicto. Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*. Valencia, Universidad de Valencia, 2015, pp. 211-215.

nutriesen los contingentes indígenas y lucharan junto a las unidades españolas. Poseían, por tanto, un excelente manejo de las armas, tenían fama de buenos tiradores, cualidad que les hacía temibles ante los soldados españoles. «Era tal el afán que tenían por las armas —reconoce Mohamed Bouarfa— que algunos gastaban más dinero en municiones que en alimentos»<sup>69</sup>.

#### D. LAS CABILAS DE ALHUCEMAS

En el presente apartado vamos a centrarnos en el análisis de las tres cabilas que habitaban el entorno de la bahía de Alhucemas. Esta bahía podía reconocerse desde el mar a mucha distancia por el gran acantilado que la costa formaba entre Cabo Quilates y Morro Nuevo, límites oriental y occidental respectivamente.



MAPA Nº 3. Mapa de la bahía de Alhucemas con sus límites oriental (Cabo Quilates) y occidental (Punta de los Frailes).  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

Las tierras del fondo eran bajas, pero aproximándose se descubrían las elevadas sierras de la cordillera rifeña<sup>70</sup>. Las ensenadas desde Morro Nuevo eran: los Islotes y cala del Quemado, conocidas por los naturales con los nombres de *Tarsuit* y *Esbarat*, cómodas y seguras, abrigadas de los vientos de Poniente y del Norte y provistas de pequeñas playas. Entre Morro Viejo y Punta Palomas, quedaba Cala Bonita, con una playa más extensa y seguían tres más con cuevas en los cantiles accesibles a botes. Con las aguas tranquilas —advertía Cándido Lobera, director del *Telegrama del*

69 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema...*, Op. Cit., p. 78.

70 Una descripción de la bahía de Alhucemas en: QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha* (1913). *El desastre y la reconquista* (1921-1924), *el desembarco de Alhucemas* (1925), *campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*. Madrid, Compañía Ibéro-Americana de publicaciones, 1928. p. 268.





Rif— podía cruzarse entre los estrechos de las islas de Tierra y de Mar, pero era peligroso hacerlo con oleaje<sup>71</sup>. Desde Punta Sfiha, en las proximidades de Axdir (poblado natal de Abd el-Krim, que en algún mapa podemos encontrar como Achdir) comenzaban las dunas. La bahía presentaba bajos en la desembocadura del Guis y del Nekor a menos de una milla, encontrándose los más peligrosos entre el Peñón de Alhucemas y la Isla de Mar. Tenía de abra (abertura ancha y despejada entre dos montañas) 13,7 km y de saco (entrada del mar en la tierra) 7,24 km.

Constituían el sistema orográfico de la bahía dos grandes espolones del macizo rifeño, de difícil acceso uno, y menos elevado y de suaves pendientes el otro. En el de Occidente destacaban los montes Malmusi y de las Palomas. Hasta el poblado de Axdir se encontraban todavía otras alturas hasta la Rocosa y pequeños acantilados. La altura de los Santos albergaba las tumbas de Sidi Ahmed y Sidi Mohan, ambos muy venerados en la cabila de Beni Urriaguel, y una cueva cercana las de otras figuras religiosas de gran renombre en la región<sup>72</sup>. El Guis y el Nekor eran los dos ríos principales. Nacían en la vertiente mediterránea de los Montes Beni Mesduit y Beni Amreth, no lejos del Kert. En la vertiente atlántica tenía origen el río Uarga. Los estrechos valles de los dos primeros bordean la montaña de Yebel Haman y al aproximarse al litoral se ensanchan para desembocar en el centro de la bahía el Guis, por dos bocas separadas quinientos metros y cinco kilómetros al Este del Nekor. Tres cabilas se dividían la bahía: Tensamán al Este; Bocoia, al Oeste y Beni Urriaguel al Sur. Las tres compartían un origen berebere. Los bereberes constituían junto a los árabes los dos principales grupos culturales de la zona de influencia española. Los bereberes, o berberiscos como se los denominó en España durante mucho tiempo, ocupaban una gran parte del Protectorado español en Marruecos. Un estudio del antropólogo austriaco Von Peez, en 1911 concluía:

Del contacto sucesivo de los beréberes con los árabes, persas, sirios y hebreos salieron los moros, entre los que hay muchos en el norte de África de alto talle y de esqueleto bien desarrollado, ventajas debidas a los beréberes<sup>73</sup>.

Reproduciendo estereotipos similares, el profesor Fermín de Villalta afirmaba en 1924 que los bereberes fueron la pesadilla de todos aquellos que pretendieron conquistar su territorio y someterles. Y reconstruía una historia de sangrientos enfrentamientos entre los bereberes y cartagineses, luchas encarnizadas contra los romanos, vándalos o bizantinos, árabes, españoles y turcos<sup>74</sup>.

#### D.1. Cabila de Tensamán

Correspondía a Tensamán la parte comprendida desde Cabo Quilates hasta el río Nekor. También pertenecía a esta cabila la costa oriental hasta el río Salah, en su límite con Beni Said. Lindaba además al Este con Beni Ulichek, al Sur con Beni Tuzin y Tafersit, penetraba hasta tocar con los límites de

71 LOBERA GIRELA, Cándido: «Las cabilas de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 10, octubre de 1925, pp. 14-15.

72 LOBERA GIRELA, Cándido: «Las cabilas de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, octubre de 1925.

73 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12954, exp. 33. Memoria titulada «Cuestión de Marruecos» del antropólogo austriaco, Herr Von Peez.

74 VILLALTA, Fermín de: «Los bereberes del Rif», *Revista de Tropas Coloniales*, julio de 1924.



MAPA N° 4. Delimitación territorial por cabilas. Tensamán.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

Tizzi Assa y al Oeste con Beni Urriaguel. De Sur a Norte estaba cortada por un abrupto espolón de la cordillera rifeña que se extendía en forma de arco desde Tres Forcas a Punta Almina<sup>75</sup>.

Lobera describía los principales recursos con los que contaba el terreno y señalaba que era pobre y muy montañoso. La verdadera riqueza de Tensamán radicaba en los valles del Nekor y del Amekran, cuyas aguas fertilizaban frondosas huertas de naranjas y sandías. Se estimaba en 1924 una población de 18.000 habitantes, de los cuales contaban con fusiles unos 3.000 combatientes. Tensamán significa «fuego y agua». El periodista e historiador Enrique Arqués confirmaba que allá donde se perforaba la tierra se descubría el preciado líquido. Sin embargo, en la parte norte el agua era salada<sup>76</sup>. Según Cándido Lobera las ocupaciones de los tensamanes eran variadas y dependían del espacio que habitaban. Así, por ejemplo, los hombres de la costa eran pescadores; pescaban y salaban las sardinas para llevarlas al interior. Los de los valles cultivaban las huertas y los campos y los montañeses del saliente Sur participaban del espíritu belicoso de sus vecinos beniuurriagueles. Pero en general gustaban más del comercio que de la guerra<sup>77</sup>. Estamos, de nuevo, ante una imagen estereotipada respecto de los cabileños de la montaña. En 1921, en el contexto del «desastre de Annual», las primeras posiciones militares españolas que cayeron estaban situadas en territorio de la cabila de Tensamán, al Este de Beni Urriaguel: Abarrán, Igueriben y Annual fueron los principales focos de acción de la harca rifeña, un ejército irregular compuesto en su mayoría por comba-

75 LOBERA GIRELA, Cándido: «Las cabilas de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 10, octubre de 1925, p. 14.

76 ARQUÉS, Enrique: «Por tierra de moros. La cuestión de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, año I, núm. 2, febrero de 1924, pp. 25-26.

77 Ibid.

tientes de Tensamán, y dirigidos por algunos de los jefes más destacados de las fracciones de Beni Taaban, Beni Buidir y Rebaa El Fokani<sup>78</sup>.

## D.2. Cabila de Bocoya

Correspondía a esta cabila el litoral de la bahía desde Morro Nuevo a la desembocadura del Islí, río que marcaba el límite con Beni Urriaguel<sup>79</sup>. Ocupaba también la costa occidental hasta Punta Baba (Peñón de Vélez). La playa de Busicur fue frecuentada en otras épocas por barcos nacionales y extranjeros, donde se realizaban importantes transacciones libres de aduanas y de arbitrios<sup>80</sup>. Varias calas más existían hasta llegar a las playas de la Cebadilla e Ixdain, puntos donde se realizó el desembarco de 1925.



MAPA Nº 5. Delimitación territorial por cabilas. Bocoya.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

El terreno donde habitaba la cabila de Bocoya era pobre, como todo el Rif en general. Se producía algo de trigo y cebada, además de esparto y almendras. En su interior abundaban los bosques de enebros, cedros y pinos. En las montañas había jabalíes y en las llanuras pastaban cabras y bueyes. Los bocoyas frecuentaban, siempre con fines comerciales, los peñones de Vélez y Alhucemas<sup>81</sup>. los

78 AGMM, caja 1525, legajo 6, carpeta 18. Relación de jefes y de cabilas.

79 LOBERA GIRELA, Cándido: «Las cabilas de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 10, octubre de 1925, pp. 14-15.

80 En la playa de Busicur varó el cañonero *General Concha* el 11 de junio de 1913. La playa se encontraba a siete millas del Peñón de Alhucemas. Tras quedar atrapado en tierra fue atacado por los marroquíes de Bocoya con el resultado de 17 muertos, 17 heridos y 11 marineros presos. Entre los fallecidos estaban el comandante y el maquinista jefe. AGMM, caja 690, carpeta 3, telegrama oficial cifrado del comandante general de Melilla, general Jordana al ministro de la Guerra, Agustín Luque, 11 de junio de 1913.

81 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, CSIC, 1957, p. 36



informes de las autoridades militares españolas recogían que estos indígenas se mostraban tibios en materia religiosa. Se estimaba una población de 12.000 habitantes y aproximadamente 3.000 fusiles ente 1921 y 1925<sup>82</sup>.

### D.3. Cabila de Beni Urriaguel

La fisonomía de esta cabila —describía Lobera— era diferente a las dos anteriores en el terreno, en hombres y también en cultura<sup>83</sup>. De los treinta y seis kilómetros que tiene de perímetro la bahía, solo le correspondían diez; el espacio comprendido entre las desembocaduras de los ríos Islí y Nekor. El territorio de Beni-Urriaguel limitaba al Oeste con Bocoja y Beni Itéf; al Sur con la cabila de Guez-naya y, al Este, con Beni Tuzin y Tensamán. El suelo despejado en el litoral se elevaba de Norte a Sur hasta el monte Yebel Hammán, de 1000 metros de cota, frecuentemente cubierto de nieve durante los meses de invierno. En el llano alternaban los naranjos y los guindos, granados y manzanos, e incluso algún almendro. En la montaña crecían nogales y pinos, y, según Villalta, era en la montaña donde podían verse dispersas por el terreno, los morabitos (ermita situada en un despoblado que servía de culto). Dentro de sus límites discurrían dos importantes ríos: el río Guis y el río Nekor; ambos desembocaban en la bahía de Alhucemas<sup>84</sup>. Se estimaba que la cabila contaba en 1925 con 30.000 habitantes, de ellos 5.000 guerreros<sup>85</sup>. Las fracciones de la llanura, según la opinión de los militares, presentaban características más sociables que las que habitaban la montaña, sin duda, para ellos más violentos<sup>86</sup>.

Es plausible esta idea porque los habitantes de la costa estaban más abiertos al contacto exterior, principalmente con comerciantes que se aproximaban a la bahía por mar. Bouarfa considera que los cabileños de Beni Urriaguel eran los más inteligentes del Rif y los más belicosos<sup>87</sup>. Elegían caídes que aplicaban el derecho islámico, mientras que las cabilas vecinas y algunas de sus fracciones de la montaña, regían su vida por el derecho consuetudinario, propio de las tribus bereberes<sup>88</sup>. «Un uriagli —escribía Cándido Lobera— al tener noticias de la invasión de su territorio, se expresó así: «Dejadlos que vengan; yo solo me basto, para cortarles las cabezas». Y otro, al ocuparse Morro Nuevo, dijo sin afectación: «soy uriagli y no retrocedo»<sup>89</sup>. Se trata de la opinión del presidente y fundador del periódico *El telegrama del Rif*, militar y africanista<sup>90</sup>.

82 AGMM, caja 690, legajo 2, carpeta 4.

83 LOBERA GIRELA, Cándido: «Las cabilas de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 10, octubre de 1925, p. 15.

84 HART, David Montgomery: «An Ethnographic Survey of the Rifian Tribe of Aith Waryaghar, Tamuda», *Revista de Estudios Marroquíes*, año II, semestre I. pp. 51-86, 1954.

85 AGMM, caja 158, legajo 6. Datos referidos a marzo de 1925. Informe redactado en la Oficina Central de Asuntos Indígenas.

86 GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos: las etapas de la pacificación*, Madrid, 1932, p. 134.

87 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 86.

88 Ibid., p. 87.

89 LOBERA GIRELA, Cándido: «Beni Urriaguel. Corazón del Rif» *El telegrama del Rif*, 5 de febrero de 1922.

90 Una semblanza biográfica del militar y periodista pude verse en: <http://dbe.rah.es/biografias/52564/candido-lobera-girela>. [En línea], 29 de marzo 2019.



MAPA Nº 6. Delimitación territorial por cabilas. Beni Urriaguel.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

A principios del siglo XX, Abd el-Krim ben Mohamed el Jatabi (el padre) era uno de los notables de Beni Urriaguel que más relaciones mantenía con España a través del Peñón de Alhucemas. Un personaje culto e inteligente que suscitaba la admiración de sus gentes. Contaba con estudios de gramática y materias religiosas, teológicas y filosóficas, razón que le otorgaba enorme ascendente en el Rif<sup>91</sup>. Los proyectos de desembarco de 1911, 1913 y 1916 contaron con su apoyo. A cambio de dinero, se comprometía a que las tropas españolas pudieran desembarcar en la bahía sin resistencia por parte de los beniurriagueles. En 1916, por ejemplo, en una carta que el general Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla entonces, envió al ministro de la Guerra, le advertía que sin el concurso de este notable de Axdir no sería realizable la operación<sup>92</sup>. Más adelante en torno a 1919, Abd el-Krim padre dejó de colaborar con los españoles y murió en 1920. Fue entonces cuando Abd el-Krim hijo fue ganando simpatías entre los jefes de fracción de Beni Urriaguel. La relación con los militares españoles empeoró tras el nombramiento del general Manuel Fernández Silvestre para el puesto de comandante general de Melilla a finales de enero de 1920. La decidida apuesta por la ocupación del territorio para alcanzar Alhucemas provocó en el rifeño un decidido cambio de actitud. Incorporado a la harca, desde la muerte de su padre, aparecía cada vez más afianzado en el puesto de jefe de su cabila, al mismo tiempo que su prestigio y autoridad se iba imponiendo en el resto de cabilas no sometidas, secundado desde el inicio por su hermano menor, Mehand Abd el-Krim, considerado un gran diplomático y extraordinario militar<sup>93</sup>.

91 MADARIAGA, María Rosa de: *Abd-el-Krim el Jatabi: la lucha por la independencia...*, Op. Cit., p. 50.

92 AGMM, caja 1531, legajo 2, carpeta 8.

93 SHEEAN, Vincent: *An american among the Riffi*, Nueva York, The Century, 1926. p. 34. En el capítulo VI de la tesis se aborda con detalle la figura de Abd el-Krim (hijo), «Por tierra o por mar. De Silvestre a Pizarra (1920-1922)».

### E. LA SOCIEDAD RIFEÑA

A finales del siglo XIX los gobiernos de Francia y España, interesados en ejercer una penetración colonial en Marruecos, financiaron expediciones con el objeto de recabar información sobre aspectos sociales, políticos y económicos. El fin era justificar y facilitar la penetración en el país. En España se publicaron varios trabajos, aunque de escaso interés científico por la superficialidad en la interpretación. Se trata de discursos racistas y colonialistas. Entre ellos destacan los siguientes trabajos financiados por la Real Sociedad Geográfica de Madrid, conocida a partir de 1883 con el nombre de Sociedad Española de Africanistas y Colonistas<sup>94</sup>: Ricardo Donoso Cortés: *Estudio geográfico, político, militar, sobre las zonas españolas del norte y sur de Marruecos* (1913); Eduardo de León y Ramos: *Marruecos, su población y su derecho* (1907); Eduardo Caballero de Puga: *Marruecos, política e interés de España en este Imperio* (1907); Manuel Mínguez y Vicente: *Descripción geográfica del Imperio de Marruecos, Mogreb El Aksa* (1906); Julio Cervera y Baviera: *Observaciones militares, políticas y geográficas sobre Marruecos* (1884) o un Manuscrito inédito que custodia la Biblioteca Nacional de Madrid<sup>95</sup>.

Las investigaciones respecto a la sociedad tribal marroquí, principalmente las francesas, ya que las obras españolas son copias de aquellas, respondían a una clara finalidad ideológica para legitimar la ocupación de las tropas de las regiones anárquicas o *Bled Siba*. Aunque hubo obras que se completaron con cierto rigor metodológico y científico, perseguían un objetivo bien definido, el de impulsar el colonialismo en Marruecos<sup>96</sup>. En efecto, el propósito de sus defensores era conocer aspectos de los países africanos tales como la geografía, la fauna y flora del lugar, la geología o sus recursos mineros, con el fin de procurar a las industrias europeas nuevas materias primas, además de ampliar los mercados en los que colocar sus productos manufacturados. Sin embargo, algunos de estos estudios históricos, etnográficos y antropológicos nos proporcionan datos esenciales para comprender la compleja sociedad rifeña, cuyo origen, como acabamos de mencionar, es de autoría francesa. Autores como E. Michaux-Bellaire, S. Biarnay o Henri Basset, iniciaron investigaciones que dejaron sin profundizar por quedar dicha franja territorial fuera de la zona de influencia francesa a partir de 1912.

Por su parte el estadounidense David Montgomery Hart, realizó en las décadas centrales del siglo XX un extraordinario trabajo antropológico consagrado a la tribu de Beni Urriaguel (*Ait Wayaghar* en rifeño). Este autor completó con su investigación los trabajos del coronel español Emilio Blanco Izaga, el cual, entre 1927 y 1942, contribuyó a descifrar múltiples aspectos de las enredadas estructuras tribales rifeñas<sup>97</sup>. Las tesis de Hart constituyen, a juicio de María Rosa de Madariaga un buen soporte antropológico para el historiador, pues dan respuesta a cuestiones basadas en las relaciones y equilibrios de poder, las alianzas y las luchas entre tribus<sup>98</sup>.

94 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, UNED (Centro Asociado de Melilla), 2000, p. 107

95 Biblioteca Nacional de España (en adelante BNE), Afr. Gf/5883.

96 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Op. Cit., p. 54.

97 BLANCO IZAGA, Emilio: *Emilio Blanco Izaga: coronel en el Rif. Una selección de su obra publicada e inédita, sobre la estructura sociopolítica de los rifeños en el Norte de Marruecos*. Estudios introductorios y notas de David Montgomery Hart. Melilla, Ayuntamiento Uned-Centro Asociado de Melilla, 1995. Y la obra del propio HART, David Montgomery: *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif: An Ethnography and History*, Tucson (Arizona), The University Arizona Press, 1976. pp. 51-86.

98 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza editorial, 2005, p. 85.





Atendiendo a las investigaciones del coronel Blanco, podemos considerar seis unidades en torno a las relaciones sociales de los rifeños, las tres primeras de familia y las tres siguientes de carácter político-social:

*Dadart*. La familia nuclear.

*Yaigu* (*iyuiga* en plural). Brazo del linaje. Equivale a la familia ampliada.

*Tarfiqt* (*tarfiqîn* en plural). Equivale al linaje patrilineal.

*Yema'a*. Compuesta por varios *tarfiqîn*.

La fracción. Asociación de varias *yemas'a-s* vecinas.

*Taqbitsh*. Tribu. Constituye el nivel superior de asociación de fracciones.

Un *tarfiqt* (linaje patrilineal) podía albergar hasta doscientas personas distribuidas en veinte hogares (*dadart*). Blanco consideraba el *tarfiqt* la unidad fundamental de la organización tribal rifeña. A la *yema'a* le atribuía tres sentidos: territorial o geográfico; conjunto de miembros de una comunidad local específica; y, en última instancia el de asamblea o reunión de uno de los representantes más destacados de esa comunidad. El término «fracción» para referirse a la agrupación de varias *yemas'a-s*, tanto para Hart como para el coronel Blanco resulta impreciso y ambos asumen que dicho vocablo podía sustituirse por clan o sección indistintamente. Por último, la tribu, es decir la unión de varias fracciones o clanes, la denominaba la administración colonial española «cabila» o «kabila»; palabra que proviene del árabe *qabîla*<sup>99</sup>.

El órgano de poder más importante en el ámbito político-social era la *yema'a*. Era una asamblea a la que podían asistir y partir en las deliberaciones los varones que hubiesen pasado la pubertad, aunque la representación correspondía a los jefes de cada *tarfiqt* o linaje patrilineal<sup>100</sup>. Estos representantes *izdifên* (en singular *azidif*) formaban la reunión mayor que se encargaba de legislar conforme a las costumbres y tomar decisiones que afectasen a la cabila. Si el asunto a tratar en el marco de la *yema'a* era la guerra, todos los miembros varones de la comunidad, capacitados para defender sus opiniones mediante el uso de las armas, participaban activamente en dicho encuentro<sup>101</sup>. Se tomaban decisiones, según Blanco Izaga, sobre la declaración de guerra, la forma de organizar la harca, la determinación del número de hombres de la comunidad que se sumaban a ésta o las alianzas con cabilas vecinas. Finalmente, para decidir la actitud que tomarían respecto a un asunto determinado, los jefes advertían la necesidad de celebrar una junta; es decir una reunión siempre relacionada con la guerra. Ésta se celebraba siempre en los zocos, y se decidía si debían o no atacar a los de otra fracción, otra cabila o en la etapa del colonialismo español, a los españoles<sup>102</sup>.

Los *leff-s*, constituían otro elemento fundamental en la sociedad rifeña. Éstos representaban un sistema de alianzas entre fracciones (clanes) a nivel tribal o entre tribus diferentes. A estos *leff-s*,

99 ORTONEDA JIMÉNEZ, Jesús: *Estudio de la región del Rif: curso de perfeccionamiento de oficiales del Servicio de Intervención*, Toledo, Colegio de María Cristina, 1930, pp. 7-22.

100 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit., pp. 81-82.

101 Ibid., p. 95.

102 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit. p. 96.

Blanco Izaga los define como «bandos» y Hart como «factions» (fracciones)<sup>103</sup>. Los bandos aparecían cuando se rompía el equilibrio entre estas fracciones o entre las diferentes cabilas. Si la aparición de bandos se producía entre clanes pertenecientes a una tribu se denominaban «internos» o «pequeños»; si éstos tenían una relación que afectaba a dos o más tribus, Hart los denomina «externos» o «grandes». La forma del *Leff* en una cabila dependía de si su composición en fracciones era par o impar. Los análisis de los autores, Blanco Izaga y Hart, sostienen que en la mayoría de las cabilas el número de fracciones que las componían era impar, en general cinco o más. Esto implicaba que para que existiese equilibrio entre los dos *leff*-s una de las fracciones debía dividirse y alinearse simétricamente en cada uno de los bandos<sup>104</sup>.

En el caso concreto de la cabila de Beni Urriaguel, estudiada en profundidad por Montgomery Hart, ésta se hallaba dividida en cinco quintas partes o *ajmas* en rifeño, alineadas a su vez en dos bandos o *leff*-s. Ambos bandos siempre se mostraban descompensados porque no había división en ninguna de las fracciones, y, por tanto, para alcanzar la armonía debía, uno de los bandos, buscar el apoyo en una cabila exterior.

Esta complejidad en la organización tribal rifeña llevó al coronel Emilio Blanco a definir el conjunto de la sociedad rifeña, probablemente influido por Montagne, como una «anarquía organizada», basando su teoría en la inexistencia de instituciones políticas precisas y de un jefe único<sup>105</sup>. Pero además la injerencia de franceses y españoles vino a complicar aún más el tradicional marco de relaciones ya que, al aplicar la política del «divide y vencerás» dio paso a un aumento de enemistades enquistadas, que contribuyeron a debilitar la costumbre local de resolución de conflictos<sup>106</sup>.

El derecho consuetudinario se conservaba entre las tribus bereberes. En el caso de las tribus sometidas al Majzén, el derecho coránico (*charíá*) imponía la pauta, por lo que se establecía que el nombramiento del jefe o caíd correspondía al sultán. El antropólogo Montgomery Hart señaló que el término siba era sinónimo de ripublik, en rifeño significa «gobierno tribal basado en las instituciones político-sociales tradicionales»<sup>107</sup>.

Sin embargo, a la extraordinaria complejidad interna de la sociedad tribal rifeña hay que añadir un factor más que se suma al ya de por sí enredado sistema de relaciones. Se trata, de la aparición, en el último cuarto del siglo XIX en la región, del fusil moderno europeo<sup>108</sup>. El contrabando de armas, continuo y abundante, realizado por las tribus costeras junto a franceses y españoles, contribuyó a crear un nuevo factor de desestabilización, pues aupó a los *imgaren* o notables a lo más alto de la autoridad, en el marco de las fracciones de cabila, en detrimento de ese derecho consuetudinario al que nos hemos referido, subestimando a la *yema'a*, que hasta entonces se había considerado el

103 Ibid., p. 97.

104 MONTGOMERY HART, David: *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif...*, Op. Cit. pp. 51-86.

105 BLANCO IZAGA, Emilio: *Emilio Blanco Izaga: coronel en el Rif...*, Op. Cit. p. 34.

106 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002, p. 47.

107 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit. p. 98.

108 AYACHE, Germain: *Les origines de la guerre du Rif*. París-Rabat, Publications de la Sorbonne, Smer, 1981, p. 111.



órgano más importante en el ámbito político y social. Este reforzamiento de los notables significó el aumento de las rivalidades por el poder entre los jefes, lo cual supuso la intensificación de las luchas internas<sup>109</sup>. Otro factor que alteró la dinámica interna de las sociedades rifeñas, como ya he apuntado, fue la injerencia española en los asuntos internos de las cabilas, propiciando de este modo la aparición de jefes partidarios de la penetración colonial española y, por otro lado, jefes hostiles a dicha presencia extranjera. En una región tan pobre como era el Rif, esa repentina y desigual llegada de dinero y oportunidades de trabajo exacerbó la división existente entre las tribus<sup>110</sup>.

En la documentación que hemos hallado en los archivos españoles se aprecia como una de las líneas de acción utilizadas de manera recurrente por los militares españoles fue, en efecto, atraerse la amistad de determinados jefes o notables, influyentes en el seno de sus fracciones, siempre por medio de dinero, para de ese modo intentar que este «moro sobornado» formara un *leff* contra los jefes del harca hostil al ejército colonial español. Así, por ejemplo, el coronel Lasquetti mantuvo con el influyente Kaddur Aomar, el 25 de mayo de 1922, en la que este jefe marroquí prometió trabajar en la formación de un *leff* contra Abd el-Krim constituido por jefes de Beni Urriaguel, Tensamán, Beni Tuzin y Beni Ulichek<sup>111</sup>. Se trataba de una práctica habitual, pues esa política de constante relación con las cabilas y con sus jefes prestigiosos debía ser uno de los resortes más importantes del alto mando. Manejándolos correctamente podían oponer unas cabilas a otras en determinados momentos, contrarrestando la fuerza de los que querían impedir la penetración colonial española<sup>112</sup>.

#### F. LA PROPIEDAD EN MARRUECOS. LOS BIENES DEL MAJZÉN

La expresión «Majzén», en el contexto cronológico en el que nos movemos, servía para designar al Gobierno o al Estado de Marruecos. Literalmente, en idioma árabe, el vocablo significa «lugar destinado a almacenar efectos: almacén para el depósito, aprovisionamiento y conservación de los mismos»<sup>113</sup>. Sin embargo, el término se aplicó al Estado porque era costumbre de todos los gobiernos disponer sus oficinas en las cercanías del *bit-el-mal* o Tesoro, el cual se denominaba Majzén o almacén como ha quedado dicho. Los marroquíes, llamaron a las mencionadas dependencias del Estado *Dar-el-Majzén*, designando al Gobierno del sultán, *Dar-el-Majzén el-kobra*<sup>114</sup>.

En el Imperio de Marruecos la administración de los bienes Majzén correspondía al sultán, en tanto que jefe de la comunidad de creyentes; la diferenciación del patrimonio privado del Estado y el patrimonio privado del sultán no era demasiado clara ni precisa<sup>115</sup>. Se consideraban bienes del Ma-

109 Ibid., p. 112.

110 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, Op. Cit. p. 46.

111 AGMM, caja 174/2, legajo único, carpeta 5. Telegrama del alto comisario al ministro de la Guerra, 25 de mayo de 1922.

112 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12956, exp. 12.

113 VILLALTA, Fermín de: «La propiedad en Marruecos», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 10, octubre de 1925.

114 SANGRÓNIZ, José Antonio de: *Marruecos. Sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1926, pp. 303-304.

115 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Op. Cit., p. 290.

jzén todas aquellas contribuciones que pertenecían al Estado e ingresaban en el Tesoro. Constituían estos bienes: el quinto de los botines de guerra sustraídos a los enemigos en campaña; las propiedades que pertenecían a los huidos y/o desaparecidos; los productos de las tierras conquistadas por la fuerza; las indemnizaciones de guerra impuestas a los vencidos o el impuesto de paz; los impuestos que en otros tiempos estaban obligados a satisfacer los cristianos y hebreos; las herencias de los fallecidos sin dejar herederos legítimos; y todo aquello cuyos propietarios se ignoraban<sup>116</sup>.

Todo lo que constituía bienes muebles se depositaba en el *bit-el-mal*. El ganado se instalaba en un lugar especial denominado a-adir. Las propiedades podían ser arrendadas o vendidas, previa autorización del sultán; posteriormente se anotaban en un cuaderno de Registro reservado a este efecto, y se custodiaba en el *bit-el-mal*, quedando una copia del mismo en poder del administrador, que recibía el nombre de Amin-el-Mustafad. Asimismo, todos los ingresos del Tesoro quedaban consignados en dicho cuaderno-registro<sup>117</sup>.

En el año 1914, y, en relación con los bienes, el sultán dirigió a los cadíes (jueces) una orden respecto a cómo debían actuar en la zona de Protectorado de España en Marruecos:

En el territorio del Imperio Jerifiano existen bienes que no pueden ser ni poseídos ni enajenados por ninguna persona, tales como los caminos y los senderos, las calles, costa y puertos, los pantanos y las lagunas, los ríos, riachuelos y manantiales, los pozos y abrevaderos públicos, así como también las fortalezas y las murallas de las poblaciones con sus servidumbres y dependencias<sup>118</sup>.

Todos estos citados bienes se juzgaban de derecho inalienable y pertenecían al Majzén, aunque se consideraban de disfrute público. Otro tipo de bienes que pertenecían al Majzén, pues sobre ellos poseía todos los derechos de propiedad eran los habus (bienes de manos muertas afectados a obras pías), cuyos cambios o mutaciones estaban subordinados a la autorización del Majzén y estaban sometidos a las formalidades que determinaba la ley<sup>119</sup>; los terrenos ocupados en común por las tribus que se regían por los usos y costumbres antiguas, sin que pudieran ser vendidos o repartidos; los bosques, que en toda la extensión del Imperio pertenecían al Majzén, bajo reserva de los derechos de uso (pastoreo y aprovechamiento forestal); y los minerales que fueran susceptibles de sustracción del subsuelo o de la superficie<sup>120</sup>. Para todos los bienes descritos se prohibía a los gobernadores y cadíes conceder autorizaciones para el establecimiento de actos constitutivos de propiedad, para una declaración de venta, para una donación o para un reparto. Los ingresos de los bienes Majzén debían invertirse en el sostenimiento de los chorfas (nobles descendientes del profeta); en obras de utilidad pública como la construcción de mezquitas, puentes, expediciones militares, fortificaciones en las ciudades para poder hacer frente al enemigo; en satisfacer los sueldos de caídes y cadíes y otras autoridades y atender al pago de las deudas del Estado. La administración, dirección e intervención de los bienes Majzén, sus productos y su vigilancia en general, en cuanto era de utilidad pública para

116 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit., p. 101.

117 Ibid., p. 103.

118 Ibid., p. 104.

119 VILLALTA, Fermín de: «La propiedad en Marruecos», *Revista de Tropas Coloniales*, época II, año II, núm. 1, enero de 1925, p. 9.

120 Ibid., p. 10.



los súbditos del Imperio estaba a cargo del sultán o del jalifa (representante del sultán en el Protectorado español) con plenos poderes o de aquellos que ostentasen su representación.

Todos los bienes descritos, se encontraban regulados en la zona de Protectorado español por un reglamento promulgado por dahir jerifiano (decreto emitido por el sultán) de 2 de junio de 1914. Según el dahir, los terrenos dedicados a la pequeña plantación, generalmente huertos, podían ser cedidos por subasta para un período de entre cinco y diez años. Por otro lado, las extensiones de tierra más grandes, hasta cien hectáreas, podían arrendarse por un tiempo que comprendía de diez a veinte años. Una vez finalizado el plazo establecido, el terreno volvía al Majzén. En este caso, se reconocía la preferencia en el derecho de arrendamiento, del arrendatario último si se consideraba que este había aportado alguna mejora en dicho terreno<sup>121</sup>.

### F.1. Las tierras comunales

Conocidas como *marfaq* o *harim*, las tierras comunales estaban formadas por una franja de terreno que rodeaba el aduar, el poblado o la cabila. Sus límites se establecían, curiosamente, a partir de la distancia que una persona podía recorrer desde que amanecía hasta que el sol se ponía<sup>122</sup>. Las personas que podían usufructuar las tierras del poblado, fracción de cabila o cabila eran todos sus moradores y, por tanto, no podían enajenarse; aunque esto no era estrictamente así, y la acción de la colonización hizo que estas tierras pudieran venderse. La administración de éstas se realizaba a través de la *yemáa* o asamblea del poblado, fracción de cabila o cabila. Podían ser bosques, pastos para los animales o tierras de cultivo; en este caso la asamblea distribuía las tierras entre los miembros del poblado, amparándose en el derecho tradicional de tipo consuetudinario. En la zona de influencia española, estas tierras abundaban en la llanura del Garet<sup>123</sup>.

En efecto, fue en la llanura del Garet, en tierras de Beni Bu-Yahi, donde la «Compañía Española de Colonización» entró en negociaciones en junio de 1914 con los *xeij* de la región del Garet, para ensayar en ella el plan de colonización agrícola que se proponía desarrollar en toda el África española<sup>124</sup>. La Comandancia General de Melilla intervino en aquellas negociaciones, por estimar que, antes de autorizar los trabajos de la Compañía, había de dilucidarse cuál era la naturaleza o condición jurídica de aquellos terrenos, para que la empresa los adquiriese a sus legítimos dueños. A este efecto incoó un expediente, estudió el asunto y elevó dictamen a la Alta Comisaría de España en Marruecos, donde se sostenía que los terrenos del Garet eran en su mayoría de propiedad colectiva, es decir, pertenecientes a los individuos de las cabilas que los ocupaban, cultivaban y usufructuaban desde

121 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada...*, Op. Cit., p. 291.

122 DEL NIDO y TORRES, Manuel: *Marruecos. Apuntes para el Oficial de Intervención y de Tropas Coloniales*, Tetuán, Hispano Africana, 1925, p. 198. Citado por María Rosa de Madariaga: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada...*, Op. Cit., p. 294. Afirma este autor que el *marfaq* se asemejaba a los bienes comunales de otros países como España.

123 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12954, exp. 23. Nota sobre el Dahir del Garet.

124 Ibid. Nota sobre el Dahir del Garet. Alejandro Gandarías, presidente de la Compañía Española de las Minas del Rif era igualmente el presidente de la Compañía Española de Colonización. Del mismo modo, los miembros del consejo de administración, Antonio Güell, Eusebio Güell, y Carlos Levison lo eran de ambas compañías. MARCHÁN GUSTEMS, Jesús: *La colonización agrícola en el protectorado español de Marruecos (1912-1956). Una esperanza frustrada*. Tesis Doctoral, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2014, p. 154.

tiempo inmemorial<sup>125</sup>. Después de seis meses de gestión la compañía consiguió que se tramitase el expediente por la Alta Comisaría, la cual se limitó a someter el informe de la Comandancia de Melilla a consulta al ministro de justicia del jalifa. En el dictamen de este jurisconsulto no se proponían soluciones concretas, sino que se estudiaban las distintas categorías legales en que podían clasificarse los terrenos, sin entrar en el fondo de la cuestión<sup>126</sup>. El alto comisario remitió el dictamen a la Comandancia de Melilla.

Para conseguir una resolución justa nombró una comisión compuesta por varias personas: el Amin-Nadir, caíd de los bienes habus, el Amin-el-Mustafad, caíd de los bienes Majzén, el jefe de la sección política, el asesor jurídico y otros funcionarios de la Oficina Central de Asuntos Indígenas. La comisión actuó durante dos meses y se hizo asesorar por los notables o ancianos de las *yemaás* que ocupaban el Garet. Llegó a la conclusión de que los terrenos de esta planicie no eran bienes del Majzén, sino que en su mayor parte eran bienes privados de las cabilas y, por lo tanto, enajenables con el consentimiento unánime de los habitantes de la llanura; otra parte, la que correspondía a las laderas de las montañas, bienes de categoría llamada *harim*, debían declararse inalienables; y, por último, reconocía la existencia de un pequeño habus en las inmediaciones de Monte Arruit<sup>127</sup>. La Comandancia General de Melilla elevó un informe favorable para que los Beni Bu-Yahis vendiesen sus terrenos del Garet para los fines de colonización. El 6 de noviembre de 1915 el jalifa promulgó un dahir en este sentido, refrendado por Jordana: el dahir del Garet<sup>128</sup>.

La compañía legalizó las compras de los terrenos y otorgó contratos de venta en favor de los colonos que habían solicitado lotes. El objetivo era colonizar enteramente la región del Garet; para ello se construyeron tres poblados alrededor de las estaciones del ferrocarril que cruzaba la llanura, los cuales serían los centros de irradiación colonial, para ir estableciendo más tarde granjas rurales, a medida que el estado de seguridad permitiese alejarse de los centros urbanos<sup>129</sup>. Por último, había otro tipo de tierras que pertenecían a particulares, y eran, por tanto, alienables; se conocían como «tierras melk»<sup>130</sup>. Este era el régimen de propiedad más común en el Rif, fundamentalmente entre las cabilas sedentarias que cultivaban las tierras<sup>131</sup>.

## G. LA CRISIS DEL MAJZÉN

En los últimos lustros del siglo XIX el sultán de Marruecos fue perdiendo su capacidad de acción en detrimento de los colonizadores europeos. El proceso de debilitamiento y disgregación del Imperio

125 AGMM, caja 1531, legajo 2, carpeta 7.

126 Ibid.

127 MARCHÁN GUSTEMS, Jesús: *La colonización agrícola en el protectorado español de Marruecos (1912-1956). Una esperanza frustrada*, Op. Cit., p. 155.

128 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12954, exp. 23. Nota sobre el Dahir del Garet.

129 *África Española. Revista de colonización*, «La obra del general Jordana» año III, núm. 24, enero-junio 1915, p. 82.

130 BENAVIDES MORO, Nicolás: *La colonización y el Acta Torrens en el Norte de África*, Tesis doctoral, Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago 1926, p. 28.

131 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada...*, Op. Cit., p. 295.





Jerifiano derivó en un estado de progresiva dependencia política y financiera del extranjero. Abd el-Aziz y Mulay Hafid, fueron los primeros sultanes que pasaron a la situación de «protegidos» bajo el marco de una situación de Protectorado de *facto* que se extendió hasta 1912, cuando el tratado franco español de 27 de noviembre sancionó una situación de protectorado de *jure*<sup>132</sup>. Durante los primeros años del XX se produjeron continuos fracasos en las medidas que el gobierno marroquí implementó para evitar la tutela externa. La corrupción de los funcionarios que controlaban la entrada de productos a través de los puertos atlánticos y mediterráneos era tal que los barcos mercantes, principalmente ingleses, descargaban sus efectos en el puerto de Martil —Martile en francés—, situado en la desembocadura del río Martín, a 10 kilómetros al noroeste de Tetuán, con total libertad previo soborno de quienes debían controlar la entrada de mercancías.

El país sufrió una grave crisis económica que provocó especial daño en el sector mayoritario y más vulnerable de la población: el campesinado y los artesanos. El aumento creciente de los precios produjo un déficit económico tan elevado que los cabileños, muy descontentos, atribuyeron la causa de sus males a la injerencia extranjera<sup>133</sup>. Una consecuencia de esta situación económica y del debilitamiento del poder del sultán fue la proliferación del bandolerismo. Por ejemplo, se hizo frecuente el secuestro de extranjeros para negociar el precio de su rescate. Entre los múltiples bandoleros destacó el caíd Muley Ahmed El Raisuni quien formó una cuadrilla de bandoleros dedicados al pillaje de occidentales. Este jefe fue el responsable de los secuestros del periodista inglés Walter Harris o del comerciante estadounidense Ion Perdicaris<sup>134</sup>. Mientras Raisuni actuaba en la zona occidental del norte de Marruecos, en la parte oriental, en la región del Rif, apareció la figura de Yilali ben Mohamed el Yusfi el Zerhuni, más conocido por Bu-hmara Errogui o también El Rogui, el Pretendiente o Bu Hamara (el de la burra), por aparecer montado sobre una burra cuando acudía a las ferias semanales para preparar su revuelta, que, al principio, parece ser que fue financiada con dinero procedente de Argelia<sup>135</sup>. Este personaje, afirma Mohamed Bouarfa, fue un hombre culto e inteligente<sup>136</sup>. De hecho, cursó estudios superiores en la universidad de El Qarawiyin de Fez, donde aprendió derecho islámico, gramática, filosofía, matemáticas y geometría. Alcanzó un puesto en la administración del Majzén y fue secretario de Muley Oman, gobernador de Fez e hijo del sultán Muley Hasán. Tras pasar por la cárcel, abandonó Marruecos y se trasladó a Argelia. Al regresar se significó en las protestas contra un impuesto que introdujo el sultán Abd-el-Aziz. A lomos de su burra comenzó a recorrer los zocos donde animaba a las tribus a rechazar la reforma tributaria que imponía el sultán porque suponía la equiparación fiscal de musulmanes y extranjeros. Gracias a su oratoria, capitalizó en torno a su figura

132 Ibid., p. 104.

133 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 135.

134 TESSAINER TOMASICH, Carlos Federico: *El Raisuni. Aliado y enemigo de España*. Tesis Doctoral, UCM, 1992. Véase también RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Catalina: *Raisuni, el rastro del León*. Córdoba, Almuzara, 2015.

135 MALDONADO VÁZQUEZ, Eduardo: *El Rogui*. Tetuán, Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, 1949. La figura de El Roghi se analiza con detenimiento por RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*. Madrid, imprenta de Juan Pueyo, 1912. Un estudio más sucinto, pero igualmente interesante se puede leer en MADARIADA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Op. Cit., pp. 373-382.

136 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema...*, Op. Cit., p. 133

el sentimiento de hostilidad a la implantación del citado impuesto agrícola, conocido como tertib (reforma fiscal de 1901)<sup>137</sup>.

Dado el apoyo que estaba alcanzando en su periplo, donde instaba a las gentes a que no aceptaran el nuevo impuesto, decidió dar un paso más, y fue entonces cuando concibió la idea de hacerse pasar por el príncipe Muley Mohamed, hijo mayor del difunto sultán, Muley Hasán. Promulgó por los valles y zocos haber escapado de la cárcel, donde había sido recluido por su hermano Abd-el-Aziz<sup>138</sup>. Consiguió, de este modo, grajearse la confianza de muchos que vieron en él al auténtico príncipe Muley Mohamed y llegó incluso a ser proclamado sultán por sus seguidores en la ciudad de Taza<sup>139</sup>.

El sultán Abd-el-Aziz envió sus tropas para acabar con El Rogui y sus seguidores, objetivo que consiguió, no sin dificultades, puesto que disponía de una harca bien organizada, y opuso una enconada resistencia<sup>140</sup>. Derrotado, Bu Hamara huyó al Rif. Allí se instaló en 1903 en la alcazaba de Zeluán, localidad situada a unos treinta kilómetros de Melilla, desde donde gobernó como caudillo sobre las cabilas de la región de Guelaya y alguna otra cabila de Quebdana, al este de Guelaya<sup>141</sup>. Preservar su privilegiada situación, sin embargo, requería mantener un número de combatientes considerable, capaz de imponerse a las harcas que los jefes de las cabilas disidentes u hostiles levantasen contra su poder. Para ello necesitaba dinero, y pensó en las minas septentrionales del Rif como medio de financiación. Autoproclamado señor de Guelaya, ofreció la explotación de las minas situadas en el territorio de la cabila de Beni Bu Ifrur a una empresa de explotación de minerales francesa, dirigida por los hermanos Baille. La falta de apoyo financiero de éstos derivó en el ofrecimiento a otro francés, el ingeniero Massenet, que pagó 250 000 pesetas a Bu Hamara a cambio de la explotación de los minerales que hubiera en la región de Guelaya<sup>142</sup>.

De forma paralela, El Rogui concedió la explotación de las minas de Beni Bu Ifrur a Enrique McPherson, hombre de negocios español que, impulsado por su socio, el ingeniero de minas, Alfonso del Valle, cerró finalmente el trato con Bu Hamara. Éste se amparaba en el hecho de no haber recibido en el plazo establecido el total de la cantidad pactada con Massenet. McPherson, el fundador del Sindicato Español de Minas del Rif, de forma simultánea había establecido negociaciones con un interesado carnicero de Madrid, Clemente Fernández, quien se mostraba dispuesto a invertir en la explotación de dos minas, una de plomo y otra de hierro, situadas en territorio de la cabila de Beni Bu Ifrur<sup>143</sup>. Ambas minas eran las mismas que Bu Hamara había cedido a Massenet y la mina de plomo, localizada en el monte de Uixán, era también la misma que Bu Hamara había cedido a McPherson y a Alfonso del Valle<sup>144</sup>.

137 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Op. Cit., p. 134.

138 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit., p. 44.

139 Ibid., p. 45.

140 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 45.

141 La región de Guelaya albergaba las cabilas de Beni Sidel, Beni Bu Gafar, Beni Sicar, Beni Bu Ifrur y Mazuza.

142 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada* Op. Cit., pp. 125-147.

143 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano* Op. Cit., pp. 17-20.

144 Ibid., p. 20.



La gente de negocios comprendió que posiblemente estuviesen ante una extraordinaria oportunidad de hacer dinero si se dedicaban a explotar las minas del Rif; y ello suscitó la aparición de más actores. Así, por ejemplo, apareció en escena una Sociedad Civil fundada el 30 de junio de 1908, la cual funcionaba bajo la razón social G. y A. Figueroa, dedicada a diferentes negocios, pero cuya principal actividad se vinculaba con la extracción de minerales<sup>145</sup>. Se trataba del Conde de Romanones y de su hermano Gonzalo, propietarios de G. y A. Figueroa, quienes entraron con fuerza en la lucha por la adquisición de la explotación de las minas de Beni Bu Ifrur. Contactaron con El Rogui, al cual ofrecieron una cantidad de 1.000.000 de pesetas a cambio de la explotación<sup>146</sup>. Fue entonces cuando el grupo de los hermanos Figueroa y el grupo liderado por Enrique McPherson, tras un breve tiempo donde la competencia fue encarnizada por conseguir los derechos de explotación, decidieron unirse y asociarse. Así, el día 28 de julio de 1908 se constituía, la «Compañía Española de Minas del Rif» adoptando la forma de Sociedad Anónima<sup>147</sup>. La Sociedad G. A. Figueroa aportaba ciertos terrenos mineros en la zona del Norte de África y los trabajos de reconocimiento de terrenos y gestiones realizadas hasta entonces. Además de los hermanos Figueroa la recién nacida sociedad minera incluía a Enrique McPherson, Clemente Fernández y la casa Güell de Barcelona. De las 4.000 acciones que en total componía el capital social de la Compañía Española de Minas del Rif, la Sociedad de los hermanos Figueroa representaba más de la cuarta parte de este capital, 1.009 acciones<sup>148</sup>. De la lucha quedó relegado el grupo francés representado por el ingeniero Massenet, al cual Bu Hamara tan solo concedió la explotación de la mina de plomo de Afra. El primer presidente de la «Compañía Norte Africano», como se llamaba la Sociedad Anónima creada por Massenet, fue un antiguo ministro conservador y gobernador del Banco de España, García Alix<sup>149</sup>.

Las compañías que obtuvieron las concesiones para llevar a cabo la explotación de los recursos minerales del Rif oriental sabían que jurídicamente no era legal, puesto que quien les había otorgado la capacidad para explotar no ostentaba el poder legítimo en el Rif. Sin embargo, ello no supuso problema alguno para las compañías capitalistas, ya que solo buscaban la autorización de quien ejerciera el poder efectivo en el territorio donde se ubicaban los yacimientos, y en aquel momento El Rogui, ejercía el dominio total de Guelaya y parte de Quebdana<sup>150</sup>. No puede pasarse por alto el «detalle» de que, entre los impulsores de aquellos negocios mineros de dudosa legalidad, que ignoraban la autoridad del sultán y del gobierno marroquí, se encontraran personas muy cercanas a la corte y al poder político en España, como el Conde de Romanones (del partido liberal) o Antonio García Alix (del partido conservador). Más allá de la colisión entre intereses públicos y privados, está claro que los partidarios de impulsar el colonialismo español en Marruecos —por interés propio— estaban bien representados cerca del poder.

145 Ibid., p. 18.

146 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada* Op. Cit., p. 48.

147 Ibid., p. 49

148 ABC, 13 de marzo de 1932, edición de la mañana, p. 51.

149 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano* Op. Cit., pp. 19.

150 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *Las responsabilidades del desastre. Ecce Homo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1912, p. 12. Cit. por BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, Op. Cit., p. 50.

La necesidad de transportar el mineral desde los yacimientos hasta el puerto de Melilla exigía la construcción de varios tramos de vías férreas, lo cual suponía, a ojos de algunos cabileños, una injerencia intolerable en su territorio. Hubo manifestaciones de hostilidad, si bien contenidas por el temor al castigo que prometía El Roghi a quienes entorpecieran el desarrollo del trabajo de las compañías explotadoras. En una ocasión, tras apresar a los presuntos culpables de boicotear las labores de construcción de la vía del tren, cortó la cabeza a treinta dos hombres y las envió a Melilla, en un gesto macabro de mostrar su hegemonía<sup>151</sup>.

A pesar de su crueldad, el descontento de las cabilas de la región de Guelaya por la gestión de los recursos del territorio, fue en aumento<sup>152</sup>. En concreto, las cabilas de Beni Bu Ifrur y Beni Sidel se adhirieron al movimiento encabezado por Muley Hafid, hermano del sultán Abd-el-Aziz; en otras, (Beni Bu Gafar y Mazuza) simplemente se negaron a aceptar el poder de El Rogui. Éste, además, temía que Muley Hafid, recién proclamado sultán en Marrakech y en Fez por los ulemas (sabios) gracias al compromiso que asumió de expulsar a los extranjeros y no aplicar las decisiones del Acta de Algeciras, enviase una harca para someterlo<sup>153</sup>.

Hacer frente a la embestida de Hafid requería contar con otra harca bien organizada. La desafección de las cabilas de la región de Guelaya, hasta entonces bajo su control, le empujó a enviar una expedición armada a cobrar tributos a la zona del Rif central. Comenzó de este modo su enfrentamiento con los beniurriagueles. La harca, dotada de artillería y caballería y dirigida por un jefe militar conocido como Mul Ludo, fue derrotada por un contingente de guerreros que tan solo combatían con fusiles<sup>154</sup>. La estrategia que utilizaron los beniurriagueles fue dividirse en dos grupos: el primero inundó con aguas fluviales el valle situado entre los ríos Nekor y Guis, que las tropas de Mul Ludo no tenían más remedio que atravesar; mientras, el segundo grupo, oculto en posiciones estratégicas, acribilló a balazos a los guerrilleros de El Rogui. Combatientes, caballos y piezas de cañón se hundieron en el lodo. Al recibir en el Rif oriental la noticia las cabilas de Guelaya se sublevaron, obligando a El Roghi a abandonar Zeluán e instalarse en Taza<sup>155</sup>. El Rogui, antes de partir envió una carta a las autoridades españolas: «Mi marcha costará a España muchos miles de millones y arroyos de sangre y lágrimas. ¡pobre España!»<sup>156</sup>. La frase, sin duda premonitoria anticipa el tortuoso camino del colonialismo español en el Rif. En enero de 1908, Abd-el-Hafid consiguió la *beiaa* (acta de juramento y obediencia). Abd-el-Aziz, presionado por su hermano, abdicó el 28 de agosto de 1908. En el verano del mismo año Abd-el-Hafid acabó con Bu Hamara<sup>157</sup>.

151 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, Op. Cit., p. 48.

152 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit., p. 48.

153 Ibid., p. 49

154 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 45.

155 *El Telegrama del Rif*, 29 de agosto de 1908.

156 RUÍZ ALBÉNIZ, Víctor: *Ecce Homo...*, Op. Cit., p. 12. Cit. por BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, Op. Cit., p. 49.

157 *El Telegrama del Rif*, 29 de agosto de 1908.



### G.1. Nuevos actores, nueva política

El Acta de Algeciras, conferencia donde se replanteó el asunto de Marruecos como una cuestión internacional y colectiva, dejaba claro que la soberanía en Marruecos recaía exclusivamente en el sultán<sup>158</sup>. El 7 de abril de 1906 los representantes de los países que asistieron a la Conferencia suscribieron el Acta que puso fin a la «primera crisis marroquí»<sup>159</sup>. Sin embargo, el Gobierno de España, y más directamente el capitán general de Melilla, general José Marina Vega, entendían que El Rogui hacía un trabajo útil para los intereses de España, ya que contenía a las cabilas e impedía, en la medida de sus posibilidades, las manifestaciones de hostilidad contra lo que consideraban los intereses de España en Melilla. No así las mehal-las del sultán, Abd-el-Aziz, que no se dejaban ver demasiado por el Rif<sup>160</sup>. Pero, sabían que estaban vulnerando la literalidad del acuerdo forjado en Algeciras al otorgar legitimidad a alguien que, jurídicamente no la tenía. El Gobierno español se movía, pues en un terreno ambiguo.

Aprovechando los combates entre las tropas del sultán y las tropas Bu Hamara, el general Marina ocupó la Restinga y Cabo de Agua, dos plazas importantes para los intereses del Gobierno en las cercanías de Melilla. En ambos casos, el general Marina justificó las ocupaciones: en el primero, en febrero de 1908, porque se trataba de una posición desde la que se ejercía la venta ilegal de armas; en el segundo, en el mes de marzo del mismo año, afirmó que era necesario poseer un lugar desde donde poder abastecer a los trabajadores que se empleaban en la construcción del puerto de las Islas Chafarinas<sup>161</sup>.

Acabado el influjo de El Rogui en el verano de 1908, el general Marina se dio cuenta de las dificultades para negociar con los jefes de cabila y, por este motivo, se mostraba temeroso ante la posibilidad de que se iniciara una guerra<sup>162</sup>. El Gobierno español, de nuevo instalado en la ambigüedad, exigió a Muley Hafid el envío de tropas para garantizar el orden y la seguridad de los trabajadores de las compañías mineras, pues se veía comprometido a salvaguardar los intereses de la Compañía Española Minas del Rif, cuyos accionistas habían pactado un acuerdo con el ya desaparecido El Roghi y quedaban al albur de las cabilas ya que ni las mehal-las (tropas regulares) del sultán ni las tropas del reconocido por las cabilas, Muley Hafid ejercían ningún dominio sobre el terreno. No resulta descabellado pensar que esta situación —como señala Ruiz Albéniz, médico de la Compañía española de Minas del Rif— la provocase el Gobierno de Antonio Maura porque: «Era necesario echar al Roghi del Riff, porque el Roghi era la paz, y lo que conviene a España es que en el Riff haya anarquía para justificar nuestra intervención armada en él»<sup>163</sup>.

Además, no debe sorprendernos que Hafid no quisiera granjearse la enemistad de las cabilas que habían reconocido sus derechos al sultanato. Por su parte, el Gobierno francés también era im-

158 AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos...*, Op. Cit. p. 36.

159 En el capítulo II de la tesis se aborda la Conferencia de Algeciras como hito del marco internacional del colonialismo español en Marruecos.

160 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 53.

161 MADARIAGA, María Rosa de: *En el Barranco del Lobo...*, Op. Cit., pp. 375-377.

162 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano* Op. Cit., p. 136.

163 Ibid., p. 137.

pelido por Massenet, accionista de la Compañía Norte Africano, para que procurara seguridad a los empleados en la mina de plomo de Afra. Desde París, el Gobierno advirtió al presidente del Consejo de Ministros de España que protegiese los intereses de los ciudadanos franceses en territorio bajo influencia española, de lo contrario se vería en la obligación de enviar tropas para garantizar dicha seguridad<sup>164</sup>. El Gobierno español se vio ante una situación realmente comprometida ya que, la posibilidad de que penetrasen las tropas francesas en el territorio bajo influencia española equivalía a interpretar que el Estado español carecía de herramientas para ejercer el control sobre el territorio sujeto a su zona de influencia. Por tanto, el Gobierno tuvo que plegarse a las exigencias de las compañías mineras y enviar al ejército a las zonas donde se ubicaban los yacimientos, así como a las zonas donde se estaban construyendo tramos de línea férrea<sup>165</sup>.

Los cabileños no vieron con buenos ojos la vuelta al trabajo en las minas y durante el transcurso de la construcción de una línea férrea se produjo el día 9 de julio de 1909, en torno a las 8 de la mañana, un ataque a los trabajadores por parte de los cabileños con un saldo de seis muertos y un herido<sup>166</sup>. Aquel suceso supuso el inicio de la campaña del Rif de 1909. La agresión —como se ha apuntado— pudo haber sido provocada para que las tropas españolas pudieran salir de los límites del territorio de Melilla y poder proteger mejor los trabajos ferroviarios<sup>167</sup>. Apoya esta idea el testimonio de Ruiz Albéniz pues señala que en la compañía de minas española se supo el 9 de julio que se preparaba una agresión<sup>168</sup>. La respuesta a los hechos fue muy rápida, sorprendentemente, el general Marina tardó cincuenta y cinco minutos en salir con una columna de Melilla a castigar a los autores<sup>169</sup>. Un dato más en este sentido lo aportan las declaraciones del entonces coronel Riquelme, quien señaló ante la Comisión de Responsabilidades que se creó en 1921 tras el desastre de Annual que, en lugar de proteger a los trabajadores, se esperó a que los cabileños cayeran violentamente sobre ellos para justificar la ulterior actuación del ejército<sup>170</sup>. La respuesta de castigo que siguió al ataque de los guelayas fue explicada a la opinión pública como una operación de policía; así fue como la definió Antonio Maura<sup>171</sup>. El periódico *El Imparcial* en su edición de la mañana del 10 de julio recogía la noticia a través de su corresponsal en Melilla; éste informaba que un grupo de marroquíes emboscado cerca del lugar donde se estaban realizando los trabajos de construcción de un puente, en la torrentera de Sidi-Musa, habían hecho fuego matando a cuatro españoles. A continuación, refería que el general Marina ordenó salir a las tropas que impusieron un duro castigo a los cabileños<sup>172</sup>. Pero aquella de-

164 RUÍZ ALBÉNIZ, Víctor: *Las responsabilidades del desastre. Ecce Homo...*, Op. Cit., p. 38.

165 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano* Op. Cit., p. 143.

166 VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*, tomo segundo. Madrid, Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar, 1951, p. 46.

167 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit., p. 51.

168 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano* Op. Cit., p. 144.

169 Ibid.

170 Cit. por MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit., p. 52.

171 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, núm. 3, legislatura 1909-1910. 18 de octubre de 1909, pp. 21-45.

172 «Rifeños contra españoles. Combates en Melilla», *El Imparcial*, 10 de julio de 1909.





nominada por el Gobierno «operación de policía», se convirtió en una guerra de venganza contra las cabilas que habían apoyado el ataque<sup>173</sup>.

Entretanto, las dificultades para el sultán habían aumentado de forma alarmante, pues además de los conflictos con España, entraron en juego las ambiciones coloniales francesas<sup>174</sup>. El Gobierno de Francia, que se había comprometido con Alemania a no obstaculizar los intereses económicos de los súbditos alemanes, a cambio de que ésta no interfiriera en los asuntos políticos de Marruecos, se encontró con las manos libres para actuar en la forma que estimara oportuno. Así, pasó directamente a la acción y obligó al sultán a aceptar que las tropas francesas permaneciesen en las posiciones ocupadas en Marruecos.

Además, el Majzén debía sufragar los gastos de ese ejército de ocupación y pagar una indemnización de 2.500.000 francos a las víctimas europeas de los incidentes de Casablanca, en los que murieron dos *askaris* (en español áscari, soldado de infantería marroquí) y fueron heridos cuatro más al ser atacados por un grupo numeroso de campesinos marroquíes<sup>175</sup>. El Gobierno de España decidió intervenir directamente enviando un buque de guerra, el *Álvaro Bazán* para que su comandante obrara juntamente con el almirante Philipe del crucero francés *Galilée*. Ambos concertaron el desembarco naval de las fuerzas francesas y españolas en Casablanca<sup>176</sup>. Previamente ambos gobiernos informaron a todas las potencias firmantes del Acta de Algeciras de la intervención armada en Marruecos<sup>177</sup>. La difícil situación económica del Gobierno de Marruecos impedía asumir los onerosos pagos impuestos por el Gobierno de Francia, circunstancia que contribuyó decisivamente al derrumbe definitivo del aparato del Estado, catapultando a las empresas y grupos económicos europeos a la conquista económica del país<sup>178</sup>. Sin obstáculos internos, el Gobierno francés puso en marcha la maquinaria colonial. Una de las primeras medidas implementadas fue atraerse a los caídos indígenas más influyentes. Sin embargo, los habitantes de la comarca de Fez reaccionaron violentamente y el 14 de marzo de 1911 se concentraron alrededor de las murallas de la ciudad, manteniendo el asedio algo más de una semana. El día 20 de mayo las tropas francesas al mando del general Moinier con 8.000 hombres tomaron sin resistencia la capital del Imperio Jerifiano<sup>179</sup>. El Gobierno francés justificó la acción alegando que respondía al llamamiento de auxilio dirigido por el sultán, al sentirse amenazado. Pero, años más tarde, cuando los historiadores accedieron a los archivos oficiales, se pudo comprobar que, Abd-El-Hafid, no solicitó tal ayuda, y que, una vez ocupada la ciudad, fue obligado

173 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, *Op. Cit.*, p. 58; RIERA, Augusto: *España en Marruecos. Crónica de la Campaña de 1909*, Barcelona, Maucci, 1909; TORCY (general): *Los españoles en Marruecos en 1909*, Madrid, Adrián Roma, 1911.

174 María Rosa de Madariaga utiliza el término «conflictos» más que «guerra» porque paralelamente al conflicto armado con los guelayas había otro, en este caso de naturaleza política entre el Estado español y el Majzén. MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada...*, *Op. Cit.*, p. 333.

175 «Campesinos contra askaris», *El Imparcial*, 30 de abril de 1907.

176 «Lo sucesos de Marruecos», *ABC*, 10 de agosto de 1907. Ver también «Desembarco de las tropas aliadas», *El Imparcial*, 7 de agosto de 1907.

177 *El Año Político*, 1907, pp. 364-369.

178 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, *Op. Cit.*, p. 47.

179 *El Año Político*, 1911, pp. 222-223.

a firmar un documento con fecha anterior a los hechos<sup>180</sup>. Después de Fez, el ejército francés ocupó Mequínez, el 8 de junio; y Rabat, el 9 de julio de 1911.

Ante la posibilidad de que Francia ocupara zonas próximas a su área de influencia, el Gobierno de España ordenó el 8 de junio de 1911 desembarcar un destacamento del ejército en Larache, avanzando hacia el sur hasta ocupar el día 12 Alcazarquivir. Aquel gabinete, presidido por Canalejas, informó del envío de dos barcos a la zona, argumentando que, en principio, los buques de guerra iban a la zona «a dejarse ver». Estas fuerzas permanecerán embarcadas a disposición del cónsul de España en Larache, por si nuestro representante estima oportuno el desembarco. El objeto del envío es hacer un acto de presencia, pues España no tiene propósito de ejercer una acción más importante<sup>181</sup>.

Seguidamente anunciaba que las tropas habían ido a Larache porque allí era muy reducido el contingente del tabor de policía encargado del mantenimiento del orden. Por su parte, el ministro de Estado, Manuel García Prieto facilitó a la prensa la siguiente nota:

Ante las noticias del auge que parece tomar la agitación de las vecindades de Alcazarquivir, y en previsión de que pudiera extenderse a parajes próximos a Larache, se ha dispuesto que marchen a este último puerto los buques de guerra Almirante Lobo y Cataluña. Tal precaución es conforme a las declaraciones hechas por el Gobierno en las Cortes desde el comienzo de los actuales sucesos, y análoga a las que en distintas ocasiones se han tomado con relación a aquella y otras localidades marroquíes; siendo de esperar que el efecto moral de la presencia de los buques baste a contener cualquier veleidad de secundar el movimiento<sup>182</sup>.

Las conquistas de los ejércitos francés y español en Marruecos provocaron la reacción en el káiser Guillermo II que hizo fondear, a la altura de Agadir, el *Panther*, un navío de la Kriegsmarine<sup>183</sup>. Éste pretendía proteger a las empresas alemanas instaladas en la región del Sus-Masa-Draa, bañada por el Océano Atlántico. Una nota del Gobierno de Alemania a las potencias informaba de la presencia del buque de guerra:

Casas alemanas que tienen negocios en el Sur de Marruecos, y especialmente en los alrededores de Agadir, experimentaron inquietud a causa de la agitación que reinaba en las tribus de aquella comarca, originada por los últimos sucesos acaecidos en otras partes del país. Dirigiéndose dichas Casas al Gobierno imperial en demanda de ayuda y protección para sus vidas y bienes, el Gobierno atendió esta petición, acordando enviar un buque de guerra a Agadir para amparar y socorrer, si menester fuere, a los súbditos e intereses alemanes, que son considerables en aquellas comarcas. Tan pronto como queden restablecidos el orden y la tranquilidad en Marruecos, abandonará el puerto de Agadir el buque encargado de esa misión protectora<sup>184</sup>.

180 BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*, Op. Cit., p. 62.

181 «La cuestión de Marruecos. Desembarco en Larache», *El Año Político*, 1911, p. 260

182 «La cuestión de Marruecos. Fuerzas a Larache» *El Año Político*, 1911, p. 261.

183 «La intervención de Alemania en Marruecos» *La Época*, 2 de julio de 1911. El ministro de Alemania en Tánger comunicó oficialmente a El Guebbas, ministro de Estado de Marruecos, que el cañonero *Panther*, en aguas de Agadir se proponía desembarcar tropas en dicha población para proteger los intereses de sus nacionales en aquella región.

184 *El Año Político*, 1911, p. 296.



La muestra de fuerza alemana propició sucesivas entrevistas diplomáticas entre los representantes de los gobiernos de Alemania y Francia. El resultado de los encuentros, fruto de un marco de entendimiento, se alcanzó finalmente el 13 de noviembre de 1911, fecha en la que se firmó el acuerdo que suponía para el Gobierno francés poder extender su autoridad sin cortapisas a todo el territorio reservado para sí en 1904, a cambio de compensaciones territoriales en el Congo francés<sup>185</sup>. Resuelto el problema, los gobiernos de España y Francia hicieron público el texto del convenio firmado el 3 de octubre de 1904, mantenido hasta entonces en secreto.

El 30 de marzo de 1912, el diplomático y representante francés, Eugène Regnault firmaba el tratado de Protectorado; por la parte marroquí estampó la firma el sultán Abd-el-Hafid. Francia se comprometía a ejercer su tutela sobre Marruecos con el fin de organizar un Majzén Jerifiano. Debía respetar la religión, el respeto y prestigio del sultán, así como las instituciones musulmanas, especialmente la del Habus. A cambio el Gobierno francés podía realizar, previo aviso al Majzén, las ocupaciones militares necesarias en el territorio marroquí<sup>186</sup>. La reacción popular marroquí se manifestó expresando su rechazo al tratado. El 17 de abril cerca de 20.000 campesinos sitiaron de nuevo Fez. Regnault no fue capaz de hacer frente a la revuelta y en el Gobierno francés entendió que era el momento de designar a un militar al frente de la institución, de manera que el 27 del mismo mes se hizo cargo de la residencia general, el general Hubert Lyautey<sup>187</sup>. Se mantuvo al frente de la institución durante trece años, marcando la pauta del colonialismo francés en Marruecos. El nuevo residente general persuadió a Hafid para que abdicara en favor de su hermano Mulay Yúsuf, más dócil y moderado; el objetivo final era someter de forma más rápida el territorio marroquí bajo su jurisdicción<sup>188</sup>.

Sellado el acuerdo de Protectorado entre Francia y el sultán Abd-el-Hafid, comenzaron las negociaciones bilaterales para establecer los límites de la zona de influencia del territorio de Marruecos asignado a España. Los diplomáticos españoles defendieron la autonomía y libertad de acción en la zona de influencia que le correspondía al Estado español<sup>189</sup>. Los franceses accedieron a la petición, y entonces se concretó la fórmula del Jalifa como representante del Majzén para la zona española; jalifa de la zona española que permitía la existencia del Imperio y la soberanía del sultán, al menos sobre el papel, porque en la práctica nada de eso se cumpliría y, además, y este extremo sí que era importante para el Gobierno de España, libraba de influencia francesa la zona española. El Jalifa quedaba bajo la dependencia del sultán y en teoría dictaba los reglamentos generales, es decir, la legislación para Marruecos, la administración de correos, ferrocarriles, etc., pero la realidad era otra, pues ambas naciones, España y Francia ejercían tal autoridad en su respectiva zona que, tanto el sultán en Fez como el jalifa en Tetuán no serían a partir de entonces sino hombres de paja.<sup>190</sup>

185 «El acuerdo franco-alemán sobre Marruecos» *Nuestro tiempo*, número 155, pp. 75-89.

186 *El Año Político*, 1912, pp. 140-142.

187 WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos-tau, 1971, p. 25.

188 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal...*, *Op. Cit.* p. 116.

189 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África...*, *Op. Cit.*, pp. 139-151.

190 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de estudios africanos, 1949, pp. 41-45.

Quedaba, de esta manera, completamente anulada la acción del Estado marroquí en favor de las dos naciones colonialistas. El camino para ambas resultaba expedito para someter el territorio atribuido en el convenio bilateral e implantar un régimen colonial invasivo y capitalista. Sin embargo, la tarea no sería un asunto fácil, pues, las cabilas del Rif principalmente, además de las de Gomara y Yebala, iban a ofrecer resistencia a la penetración colonial. Los gobiernos españoles a partir de aquel momento pasaron a la acción y de la mano de los militares trataron de colonizar el norte de Marruecos. El sentimiento de superioridad respecto a los naturales de la zona los llevó a la conquista de un territorio del cual desconocían su geografía e ignoraban su historia, para conocer la idiosincrasia de la ciudadanía marroquí y obrar respetando su cultura y tradición.

#### H. AFRICANISMO Y COLONIZACIÓN

El africanismo español se inscribe en el contexto del impulso imperialista europeo del siglo XIX. El propósito de sus defensores era conocer aspectos de los países africanos tales como la geografía, la fauna y flora del lugar, la geología o sus recursos mineros, con el fin de facilitar una expansión colonial que proporcionara a las industrias europeas nuevas materias primas, además de ampliar los mercados para colocar los productos manufacturados. Conocer para expandirse, porque «la historia de la humanidad es la historia de la colonización de la Tierra. Por eso los primeros pueblos en nobleza y grandeza son los pueblos colonizadores y España está entre ellos»<sup>191</sup>.

En España, Francisco Coello, Eduardo Saavedra y Maldonado fundaron en 1876 la Real Sociedad Geográfica de Madrid, que impulsó misiones científicas en el sudeste de Marruecos. Este tipo de entidades, similares a las que había en Inglaterra, Francia, Bélgica o Alemania surgieron como sociedades netamente científicas; pero a partir de 1880 la idea de la expansión colonial fue acumulando cada vez más adeptos. En este sentido, Joaquín Costa expuso en 1883 en una reunión celebrada en la Real Sociedad Geográfica de Madrid la necesidad de impulsar una acción colonizadora<sup>192</sup>. Para ello organizó un congreso de geografía mercantil y comercial. En dicha reunión se creó la «Sociedad española de Africanistas y Colonistas». Entre los objetivos que se propusieron sus fundadores destacaban los de sensibilizar a la opinión pública e impulsar el interés del Gobierno por esta política de acción en África.

Coincidiendo con los primeros pasos de las autoridades españolas en Marruecos, después de haber sellado junto al representante del Gobierno francés el tratado de Protectorado a finales del año 1912 se creó la Liga Africanista Española, cuyo interés y propósitos respecto a la acción del Estado en el país africano se difundían a través de su órgano oficial, *África Española, revista de colonización*<sup>193</sup>. La revista apareció el 10 de enero de 1913. Su finalidad apuntaba en la dirección de influir en los poderes públicos y en la opinión pública sobre los intereses españoles en Marruecos<sup>194</sup>.

191 REPARAZ, Gonzalo de: *Política de España en África*. Barcelona, Imprenta barcelonesa, 1907, p. 9.

192 «Congreso de Geografía Colonial y Mercantil» *La ilustración española y americana*, núm. 41, 1883, p. 258.

193 *África Española. Revista de colonización. Industria, comercio, intereses morales y materiales*.

194 «Magno problema norteafricano», *África española*, núm. 1, julio de 1913, pp. 11-12.



La Liga nació pues, para estimular las tareas políticas y administrativas del colonialismo español, como apoyo a la acción oficial y para servir de propaganda a través de conferencias, estudios, etc. El primer número se publicó en julio de 1913 con entregas mensuales de cien páginas aproximadamente. Se sumaba así a otras publicaciones que desde mediados del siglo XIX venían centrando su atención en África<sup>195</sup>. En este caso, el nuevo africanismo fue calificado de «marroquismo», al centrarse exclusivamente el interés colonial sobre Marruecos.

La revista contaba con una sección fija bajo el epígrafe «Crónica política» (de carácter nacional e internacional), escrita por su director, Augusto Vivero Rodríguez de Tudela. En el primer número colaboraron personajes políticos de la talla del Conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros, Antonio López Muñoz y Rafael Gasset, ministros de Estado y Fomento, respectivamente. Vicente Gay, por ejemplo, señalaba que, si era necesaria la guerra para expandirse, pues adelante, y hacía suyas las palabras del sociólogo americano Lester Frank Ward el cual defendía que «la guerra había hecho la civilización»<sup>196</sup>. Se unía así a la opinión del Conde de Romanones colaborador del primer número de la revista, que apuntaba que toda idea redentora llevaba aparejado un sacrificio «el de nuestro dinero y nuestra sangre en Marruecos»<sup>197</sup>. El 25 de marzo de 1914 la publicación fue declarada por el Ministerio de la Guerra como de «utilidad del Ejército». El número 45 fue el último de la colección de este título que salió el 28 de febrero de 1917. Como continuación, en abril de 1918, apareció el *Boletín de la Liga Africanista Española*, que sería sustituido por la *Revista hispano africana*, que se publicó desde enero de 1922 hasta diciembre de 1931.

La resistencia de los naturales a la penetración europea impidió que el colonialismo español progresara en los términos que los africanistas y colonistas, cuya representación más visible era la Liga Africanista, cuajara en un proyecto real. Hubo un momento, en 1920 que, al calor del avance del general Manuel Silvestre en el Rif, propició nuevos asentamientos de colonos, unos llegados de Argelia, otros procedentes del levante y sur español. Se instalaron estos en las tierras de la «Compañía Española de Colonización», principalmente en torno a los núcleos importantes de población: Nador, Zeluán, Monte Arruit, Dar Drius y Tafersit<sup>198</sup>. El derrumbamiento de la Comandancia en el verano de 1921 dio paso a una corriente migratoria por parte de estos colonos hacia Argelia o hacia el Protectorado francés, pues el temor a perder sus vidas les impulsó a salir de un territorio que no ofrecía garantías de seguridad. A partir de aquel momento se produjo una parálisis total de las empresas de colonización en el territorio oriental del Protectorado que se extendió prácticamente hasta que finalizó la guerra del Rif (1921-1927) con la caída de Abd el-Krim y el fin de la resistencia rifeña<sup>199</sup>.

195 *Europa en África* (1909).

196 *África Española. Revista de colonización. Industria, comercio, intereses morales y materiales*, núm. 1, julio de 1913, p. 17.

197 *Ibid.*, p. 11.

198 La Compañía Española de Colonización se fundó en 1915. MORALES LEZCANO, Víctor: *España y el norte de África: el Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Madrid, UNED, 1984, p. 188.

199 MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada...*, *Op. Cit.*, p. 305. La autora ofrece un estudio detallado sobre este aspecto en esta obra, bajo el título «La colonización agrícola», pp. 297-327.

La tragedia del verano de 1921 y la subsiguiente instrucción del Expediente Picasso para depurar las responsabilidades de aquellos hechos contribuyó a reforzar al grupo de militares, que la historiografía denominará «africanistas» en sus convicciones ideológicas<sup>200</sup>. Partidarios de ocupar a sangre y fuego todo el territorio asignado al Estado español en el Tratado de Protectorado de 1912 apoyaron a Miguel Primo de Rivera en el golpe de Estado de 1923 con la esperanza de que éste compartiera la única opción posible para ellos en Marruecos: vengar a los muertos de 1921, acabar con la «rebelión» rifeña y ocupar militarmente el territorio.

## CONCLUSIONES

En el presente capítulo hemos visto como durante la campaña de 1909 las autoridades militares españolas destacadas en Marruecos, principalmente las vinculadas a la zona oriental del Protectorado (Comandancia General de Melilla), percibieron que el peso de la resistencia de la harca la soportaban cabileños del Rif central, pertenecientes a las cabilas de Tensamán, Bocoya y especialmente Beni Urriaguel. En este sentido, pensaron en la posibilidad de sorprenderles en su territorio, asumiendo la iniciativa. Pero por tierra estaban convencidos de que era improbable conseguir el objetivo, de modo que se planteó una operación de desembarco como la única estrategia posible. A partir de aquí desembarcar a las tropas españolas en la bahía de Alhucemas se convirtió en una obsesión: no solo para militares sino también para políticos e incluso el propio monarca, quien como primer africanista puso su interés desde entonces en el proyecto<sup>201</sup>. Desde 1911 hasta 1925 la operación estuvo en la mente de los más altos cargos políticos y militares de la España del momento. Un año tras otro la operación se planteó como la única vía para penetrar en el interior del territorio. Se han analizado también los aspectos más destacados de la sociedad rifeña, así como la descripción geográfica del territorio que habitaban. Hemos abundado en la relación entre las cabilas del Rif y el sultán, desmitificando algunas de las hipótesis que hasta el momento se han venido reproduciendo en la historiografía. Se ha abordado la evolución de la penetración de las dos naciones que pretendían colonizar el Imperio Jerifiano. Por último, se han tratado algunos aspectos que configuran el origen del pensamiento colonial de los españoles en Marruecos y cómo evoluciona el concepto africanista aplicado a un sector de los militares que prestaron servicio en el país norteafricano y configuraron una identidad diferente.

200 La conformación del ideario africanista de quienes conformaron aquel grupo se analiza con detalle en la reciente obra de MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019. En la presente tesis la cuestión de los africanistas se aborda en el capítulo III titulado «Jefes y oficiales en la guerra de Marruecos. Aproximaciones y divergencias».

201 El apelativo de «primer africanista», apareció por vez primera en la revista *Europa en África*, núm. 1, año I, enero, 1909, p. 2.





## CAPÍTULO II

### EL MARCO INTERNACIONAL DEL COLONIALISMO ESPAÑOL EN MARRUECOS

En el presente capítulo se analiza cómo Marruecos se convirtió en objeto preferente para la acción exterior de los gobiernos de España, así como los detalles de los acuerdos y tratados que al Estado español con el país africano. Desde finales del siglo XIX las grandes potencias pusieron el foco en el país norteafricano y los gobiernos de España se interesaron por conseguir parte del Imperio Jerifiano<sup>1</sup>. Primero el gabinete de Sagasta y a partir de 1901 el gabinete conservador de Luis Silvela entraron en la senda de la diplomacia de la mano de Francia e Inglaterra. Para el Gobierno francés se trataba de la seguridad de Argelia, circunstancia que requería la extensión de su dominio a Marruecos; para Inglaterra lo sustancial era salvaguardar la seguridad de su posición privilegiada en el Estrecho de Gibraltar que peligraría si Francia controlaba todo el norte de Marruecos. Mientras que, para el Gobierno español, el objetivo se basó fundamentalmente en evitar que ambas potencias decidieran el destino de un país, en el que, por otra parte, ya contaba con algunas plazas de soberanía desde el siglo XVI. Además, entraron en liza intereses económicos y financieros: explotación de minas de hierro y todas las posibilidades que el país ofrecía al capital extranjero: construcción de ferrocarriles, puertos y obras públicas en general.

Nos centraremos en el análisis diplomático que permitió a los diferentes gobiernos de España ejercer la acción protectora en la zona norte de Marruecos. Un recorrido que comenzó en 1902, de la mano del embajador en París, León y Castillo, quien gestionó un proyecto, junto a Delcassé, ministro de Exteriores del Gobierno francés, en virtud del cual ambos países se reconocían de forma recíproca sendas zonas de intereses en Marruecos: el antiguo reino de Marraquech para Francia y el antiguo reino de Fez para España. Un tratado que finalmente el gabinete español no sancionó. En 1904 el gabinete francés presentó al Gobierno español un hecho consumado: el acuerdo franco-español de 3 de octubre, complemento del acuerdo franco-inglés del 8 de abril de 1904<sup>2</sup>. Entonces el Gobierno de

---

1 Pertenece al Jerife (persona perteneciente a la dinastía reinante en Marruecos). Se aplica especialmente a la dinastía reinante en Marruecos.

2 Un trabajo muy interesante sobre las negociaciones secretas hispano-francesas sobre Marruecos en: PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013.

España se comprometió, del mismo modo que el Gobierno de Francia, a mantener la integridad e independencia del Imperio marroquí. Analizaremos como este reparto suscitó los recelos de Alemania, cuyas protestas condujeron a la Conferencia de Algeciras que se celebró entre enero y abril de 1906, donde la postura del Gobierno de España fue la misma que la del Gobierno de Francia. Un año más tarde los acuerdos de Cartagena sancionaron el compromiso de ambos países de concertarse con Gran Bretaña en caso de amenaza del *statu quo* mediterráneo o marroquí. Analizaremos el Acuerdo hispano-marroquí de 16 de noviembre de 1910, firmado en Madrid, en el que el Majzén estuvo representado por el Mokri y por parte española actuó como delegado el ministro de Estado, Manuel García Prieto. Aquel convenio puso fin a la campaña del Rif de 1909 (julio-diciembre). Veremos cómo, finalmente, en noviembre de 1912, el tratado hispano-francés del día 27 supuso el reconocimiento *de iure* de una zona de Protectorado español en Marruecos.

#### A. LOS ANTECEDENTES EN ESPAÑA ANTES DE LA NEGOCIACIÓN FRANCO-ESPAÑOLA

La crisis que sobrevino en España después del desastre del 98, que conllevó la pérdida de los restos del imperio colonial (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), supuso una importante erosión para el sistema bipartidista de la Restauración, y el surgimiento de varios intentos regeneracionistas en materia política. El primero de ellos conservador, durante el Gobierno de Silvela y Polavieja en 1899; el segundo también de carácter conservador, el protagonizado por Antonio Maura entre 1907 y 1909; un tercero entre 1910 y 1912, en esa ocasión de corte liberal, auspiciado por José Canalejas<sup>3</sup>. Sin embargo, las dificultades internas impidieron llevar a cabo una verdadera reforma, pues la corrupción electoral y el poder del caciquismo local estaba muy arraigado en la sociedad<sup>4</sup>.

Desde 1875 España se había mantenido aislada en política exterior, sin contactos que permitieran alcanzar acuerdos o alianzas<sup>5</sup>. Los dirigentes del régimen de la Restauración consideraron que no convenía significarse en un contexto internacional convulso marcado por la derrota francesa en Sedán en 1870 y las unificaciones alemana e italiana. Hechos que habían dado lugar a un nuevo sistema internacional con el trasvase del centro hegemónico de París a Berlín. El nacimiento del Imperio alemán y su *Realpolitik* marcó la pauta política europea hasta su derrota en la Gran Guerra y el establecimiento de la Paz de Versalles en 1918<sup>6</sup>. Hubo, pues, un cambio en los principios sobre los que se asentaba el sistema internacional de relaciones diplomático-políticas. En el periodo anterior existían el principio legitimista monárquico como nexo y las revoluciones liberales como enemigo común. Bismarck intentó que la Francia republicana representase ese peligro revolucionario, pero en ese periodo la afinidad ideológica no creó el mismo consenso que en la época de la Santa Alianza (1815); de hecho, se produjeron alianzas *anti-natura* desde el punto de vista político: la alianza franco-rusa, por

3 CARR, Raymond: *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*. Barcelona, Ariel, 2006, pp. 9-10.

4 Ibid., p. 24.

5 JOVER ZAMORA: José María: «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII» en *Historia de España*, de Ramón Menéndez Pidal, Tomo XXXVIII, vol. I, Madrid, Espasa Calpe, 1995, pp. XXV-CXLIII.

6 STONE, Norman: *La Europa transformada, 1878-1919*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 36-73.



ejemplo. El fundamento de las alianzas fue la razón de Estado, entendido en sentido geoestratégico. El auge de la ciencia geográfica supuso la utilización de nociones espaciales para entender la política; por ejemplo, la geopolítica; aunque no se desarrollase como ciencia hasta los años veinte del siglo XX. La geopolítica significaba que las decisiones de los responsables políticos se inspiraban en las nociones militares como el espacio necesario, la frontera natural, los accesos al mar, etc.

La diplomacia comenzó a manejar conceptos geográfico-militares, resultando de este proceso que, en el último cuarto del siglo XIX, la política se militarizó<sup>7</sup>. Los grandes pensadores y estrategas militares se convirtieron en los consejeros de los dirigentes políticos, y las consideraciones estratégicas pasaron a ocupar un primer plano en las decisiones políticas. En efecto, la militarización del pensamiento político confirió más peso al concepto de razón de Estado primando sobre otras consideraciones. El peso de los militares en las decisiones políticas de sus respectivos países se produjo por el contexto de amenaza continua de guerra; en realidad un largo periodo de paz, pero en la conciencia de todos estaba la posibilidad de una guerra inmediata<sup>8</sup>. En ese nuevo marco internacional, el Estado alemán estableció un mecanismo de coordinación para el equilibrio entre las potencias. Bismarck entendió Europa como un concepto meramente geográfico, pues para él no había unidad de intereses y cada potencia debía procurarse la seguridad con sus propios medios; y el más seguro era formar alianzas. Éstas no constituían novedad alguna; lo realmente novedoso fue el establecimiento de alianzas en tiempo de paz y de forma permanente<sup>9</sup>. Las alianzas, pues, se convirtieron en sistemas de alianzas, que tenían como objeto paralizar la capacidad de movimientos de sus integrantes: cualquier miembro de una alianza no podía abandonarla a su antojo. Un sistema de alianzas tendía a convertirse en un sistema bipolar en el contexto de las relaciones internacionales; en este marco el sistema continuó siendo multipolar, con seis potencias como protagonistas: Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Imperio Austrohúngaro y Rusia.

El concierto europeo establecido por las potencias como marco de relaciones interestatales iniciado tras el fin de las guerras napoleónicas no desapareció, pero quedó relegado. Los congresos continuaban celebrándose para los asuntos que estaban en los márgenes de Europa; por ejemplo, las cuestiones coloniales. En este sentido, se convocó una conferencia en Berlín que se celebró entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885, con el fin de resolver los problemas que planteaba la expansión colonial en África y resolver su reparto<sup>10</sup>. El Congreso de Berlín abrió la veda para el reparto de África y se estableció que la posesión de un territorio debía hacerse efectiva materialmente; no bastaban los derechos o títulos fundados en razones geográficas o históricas para reivindicar una zona, sino que eran precisas la presencia real y la ocupación en la práctica<sup>11</sup>. Este principio de la ocupación de los territorios trajo aparejada una verdadera carrera de las diferentes potencias para

7 MIRALLES, Ricardo: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*, Madrid, Síntesis, 1996, p. 37.

8 ZWEIG, Stefan: *El mundo de ayer*, Madrid, Acantilado, 2001, pp. 5-12.

9 MIRALLES, Ricardo: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945...*, Op. Cit., p. 40.

10 Véase: MARTÍNEZ CARRERAS, Juan Manuel: *Historia del colonialismo y la descolonización*. Madrid, Editorial Complutense, 1992.

11 PEREIRA, Juan Carlos: *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona, Ariel. 2001, p. 16.

hacerla efectiva. El Congreso, además reconoció el Estado libre del Congo como colonia personal del rey Leopoldo II de Bélgica (hasta 1908), la libertad comercial para todos en la cuenca del Congo, y la libre navegación por este río y por el Níger.

La única participación de España en los sistemas de alianzas consistió en el acercamiento a la Tríptica en 1886, entonces era ministro de Estado, Segismundo Moret. En este sentido, él mismo advirtió en el Congreso de los Diputados que la explicación de la neutralidad de España era la pantalla con la que se encubrían, de una parte, la falta de ideas y, de otra, la debilidad de las voluntades<sup>12</sup>. La Triple Alianza fue una coalición formada en 1882 e integrada por los imperios alemán y Austro-húngaro e Italia. A través de Italia decidió unirse el Gobierno español para salvaguardar el *statu quo* en el Mediterráneo Occidental. Tras la guerra de Melilla de 1893 se llevó a cabo un distanciamiento progresivo con los países de la Tríptica por entender las autoridades políticas españolas que los integrantes de la alianza se habían mostrado en esa coyuntura poco comprometidos con España<sup>13</sup>.

## B. CAUSAS DE LA EXPANSIÓN COLONIAL EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX Y PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XX

Entre 1870 y 1914 se experimentó un expansionismo colonial que la historiografía ha denominado «Imperialismo clásico», apareciendo incluso nuevas potencias colonizadoras. Se produjo entonces una segunda expansión europea. Si en 1800 el 35 por ciento de la superficie terrestre estaba sometida a Europa, en 1914 era el 85 por ciento<sup>14</sup>. Ese nuevo afán colonial no puede identificarse a partir de una causa determinante, sino que fueron varios los factores que contribuyeron a ello.

En primer lugar, la historiografía establece una causa demográfica. Así, en la segunda mitad del siglo XIX hubo una explosión demográfica en Europa, acompañada de la mayor corriente migratoria entre continentes que jamás haya ocurrido: 50 millones de europeos abandonaron el continente entre 1850 y 1914. Sin embargo, al analizar en profundidad el tema se detecta que no fueron los países colonizadores los que proporcionaron la población migrante<sup>15</sup>. Por ejemplo, Francia no solo no era un granero de población emigrante, sino que se trataba de un país receptor de emigrantes; de hecho, parte de Argelia se colonizó con personas no francesas. Gran Bretaña experimentó un gran proceso migratorio en la primera mitad del siglo XIX, no en la segunda, y, además el destino principal de sus ciudadanos fue Estados Unidos de América, Australia y Canadá, pero no las nuevas colonias en África. Italia, por su parte sí que fue un foco de emigración, pero la mayoría a América, muy poca población se desplazó hacia África. Alemania dejó de ser un país de emigrantes en la segunda mitad del siglo XIX debido al enorme desarrollo de su economía.

12 ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, Luis: «¿Un proyecto de reparto de Marruecos entre España y Francia a finales de los años 1880?», en DÍEZ TORRE, Alejandro Ramón (ed.): *Ciencia y memoria de África. Actas de las terceras jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*. Madrid, Ateneo de Madrid/ Universidad de Alcalá de Henares, 2002, pp. 145-196.

13 PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013, p. 28.

14 MORALES LEZCANO, Víctor: *España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, Uned, 1986, p. 34.

15 Ibid., p. 29.



Un segundo factor que puede explicar la expansión colonial es la economía. El último cuarto del siglo XIX coincide con una gran depresión europea centrada en los años 1870-1890, reflejo de una superproducción relativa. Había que sostener el imperialismo y era necesario buscar nuevos mercados, nuevas materias primas, inversiones más rentables, etc. Este argumento fue utilizado frecuentemente por los contemporáneos para justificar la expansión colonial. Pero si se exceptúan la India y las colonias de poblamiento blanco del Imperio británico, los nuevos mercados que se incorporaron a Gran Bretaña en el siglo XIX estaban poco poblados; luego, como mercados donde exportar, eran poco interesantes. Sí es cierto, sin embargo, que intervino el temor a que otros países se adelantaran y cerraran esos mercados en su propio beneficio. Esto era una fuente de disputa constante, sobre todo Francia ponía fuertes restricciones en sus colonias, e incluso Gran Bretaña, que enarbolaba el *laissez faire*, estableció monopolios en la India. La cuestión era si se debía optar por una política librecambista o proteccionista en las colonias. Ya entonces se decía que la colonización era hija del desarrollo industrial<sup>16</sup>. Sin embargo, posteriormente se ha demostrado que el incremento comercial no se produjo con las colonias, sino con los nuevos territorios independientes que se incorporaron al mercado, como fue el caso de los países de América del Sur y sobre todo Estados Unidos de América. Las nuevas inversiones también se dirigieron a esos países, aparte de los países del Sur y Este de Europa. Por ejemplo, Francia invirtió fundamentalmente en Rusia y en España. No obstante, y durante mucho tiempo tanto los marxistas como los liberales mantuvieron la teoría de que fue la economía el principal factor del imperialismo. En este sentido, Lenin afirmó que, la concentración del capital en pocas manos y la necesidad del desarrollo capitalista de los países europeos fue la causa del colonialismo exacerbado<sup>17</sup>. Sin embargo, la unión de factores políticos y económicos no puede, en muchos casos, ser la causa, ya que, para los financieros, el atractivo de invertir en Mozambique o en Indochina era más bien nulo, y en muchas ocasiones eran los políticos los que suplicaban a quienes poseían el capital que ejecutaran algunas inversiones en determinados espacios. La historiografía ha demostrado que la mayoría de las colonias no fueron económicamente atractivas<sup>18</sup>.

Tenemos algunos ejemplos de la existencia de actividad comercial antes del dominio político, como es el caso de la República de Transvaal (actual Sudáfrica), cuyas minas eran explotadas por grupos internacionales desde la década de 1870 y la ocupación británica no se produjo hasta 1890 al terminar la guerra de los Boers. Por otro lado, si es cierto que las nuevas colonias proporcionaban la posibilidad de disponer de nuevos productos, como caucho, café, cacao, pero no es menos cierto es que esto no tenía necesariamente que exigir el control político del área. En algunos casos, los países europeos prestaron dinero a otros, como a Egipto, que se declararon insolventes, lo que llevó al país prestamista a intervenir sus aduanas y ello dio pie a una política colonial en dichos países. El desarro-

16 MIRALLES, Ricardo: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945...*, Op. Cit., p. 86-88.

17 Sobre el imperialismo y su relación con el capitalismo, véase: VLADIMIR IL'ICH, Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid, Fundamentos, 1974.

18 MIRALLES, Ricardo: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945...*, Op. Cit., p. 87.

llo industrial y financiero europeo proporcionó los medios para la carrera colonial, pero no fue una causa directa. Fue una condición necesaria para la expansión colonial pero no suficiente<sup>19</sup>.

En las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX el debate cambió y se discutió si el Imperialismo europeo contribuyó a incrementar el desarrollo de Europa; o dicho de otra forma ¿cuál fue la aportación del colonialismo al desarrollo europeo? ¿Quiénes fueron los beneficiados y quienes los perjudicados? La conclusión fue que el sector más beneficiado fue el de los reducidos grupos oligárquicos de la economía ya que los gobiernos dieron garantías a las inversiones y ofrecieron monopolios. Los realmente perjudicados fueron los contribuyentes, que pagaron con sus impuestos el esfuerzo militar y administrativo que requerían las colonias. En concreto, en el caso de España, el historiador Víctor Morales Lezcano abunda en esta idea, y señala que, en efecto, el auténtico protagonista de esa capitalización (las empresas dedicadas a la extracción de mineral de hierro y a la construcción del ferrocarril Tánger-Fez fueron las más capitalizadas) fue la oligarquía financiera, la elite oculta que, desde los Consejos de Administración de las Sociedades Anónimas ganó sólidas posiciones en la industria y en la banca privada, logrando, de ese modo, hacer una mediana penetración inversora en Marruecos al amparo de una acción colonial estatalmente sancionada y subvencionada<sup>20</sup>.

También se han hecho estudios comparativos entre empresas que invertían en las colonias, las que lo hacían en otros países o en el propio país; y se ha verificado que la inversión en las colonias no tenía, en general, ventajas significativas. Por ejemplo, la opción inversora fue nociva para Gran Bretaña a medio plazo<sup>21</sup>. La expansión colonial coincidió con una internacionalización económica que produjo la desaparición del sector agropecuario e hizo que la industria manufacturera británica inundara el mundo, lo cual hubiera ocurrido de la misma forma sin la expansión colonial<sup>22</sup>. En las colonias se practicaba el ultra proteccionismo y todo ello fue un lastre a largo plazo para la economía británica. Por el contrario, los contribuyentes alemanes no tuvieron que soportar ninguna sobrecarga impositiva y pudieron mejorar su competitividad, lo cual produjo enormes mejoras en su economía global.

En el caso español «el fregado de África» tuvo más costes que beneficios<sup>23</sup>. Las dificultades que encontraron los militares para someter la resistencia de los nativos requirió un enorme gasto en dinero y los enfrentamientos por el control del territorio supusieron más de 21.000 muertos, considerando solo a los soldados del ejército español<sup>24</sup>. Las cifras en dinero que se barajan ascienden a 5.629.585.181. Se trata de los gastos correspondientes al periodo 1909-1931. Contamos a este respecto con algunos datos de interés; por ejemplo, el historiador Tejeiro de la Rosa señala que en 1913 la «acción en Marruecos» consumía 1.500.000 pesetas diarias. En aquel momento el sueldo de un coronel era de 27 pesetas al día y el de un jornalero de 9 pesetas<sup>25</sup>. Todo ello con una situación eco-

19 PEREIRA, Juan Carlos: *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas...*, Op. Cit. p. 29.

20 MORALES LEZCANO, Víctor: *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid, S. XXI, 1976, pp. 67-68.

21 RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*, Madrid, Akal, 1982, p. 135.

22 Ibid., p. 136.

23 «El fregado de África», *La Época*, 16 de septiembre de 1911.

24 GÓMEZ-JORDANA SOUSA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, Editorial Nacional, 1976, p. 28.

25 TEJEIRO de la ROSA, Juan Miguel: *Dinero y Ejércitos en España. De la Antigüedad al siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, pp. 344-349.





nómica del país pavorosa. Además, desde 1909 se produjo «una exportación invisible de sangre» al cruzar muchos jóvenes la frontera, huyendo del fantasma de la guerra. Los republicanos fueron muy críticos con los gobiernos respecto a la política colonial y los responsabilizaron de inspirar la guerra<sup>26</sup>. Felipe Rodés, por ejemplo, sentenciaba en 1912:

Nos encontramos en una situación de la cual tenemos que salir con esfuerzo, con sangre, con dinero, dejando a nuestro país maltrecho por algún tiempo, y, sin embargo, nosotros, los que debemos responder ante los españoles de la vida de nuestros hijos, de su fortuna, de su crédito, de su decoro, no sabemos absolutamente nada<sup>27</sup>.

El discurso de este diputado, opuesto a la política del Gobierno en Marruecos, muestra que no existía unanimidad en la opinión pública española respecto a la empresa colonial, y que por entonces se disponía ya de datos que permitían evaluar aquel Imperialismo como una operación ruinosa para el país. En general la pervivencia de las colonias no se explica por el beneficio financiero. El deseo de expansión no respondía solamente a intereses económicos, procedía también de un deseo de acrecentar el prestigio del Estado y la convicción de que un «gran pueblo» tenía una misión que cumplir en el mundo.

El argumento de prestigio se considera que fuera ligado a los progresos del nacionalismo en países como Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. El sentimiento de una misión que cumplir no fue una mera fórmula destinada a encubrir intereses o ambiciones. Respondía en muchos europeos a una convicción: el «destino del hombre blanco» era el de despertar a las poblaciones de otros continentes no solamente a formas nuevas de la vida material, sino también a concepciones nuevas de la vida social y política. Los principios del liberalismo político aparecían como el signo de la civilización unidos a la difusión de las ideas humanitarias, fundadas en el respeto al ser humano. Sin embargo, debemos destacar que paradójicamente este liberalismo civilizador contrastaba con el imaginario de los africanistas —denominado por el historiador Daniel Macías «conservador irracionalista»— que consideraban el liberalismo materialista como la ideología culpable de los males que aquejaban al país por su deriva anti-espiritualista<sup>28</sup>. En este sentido, podemos ver muchos ejemplos en revistas o periódicos de la época que defendían y argumentaban la presencia de España en el continente africano, porque se trataba casi de una obligación que España, como nación europea, había contraído en los tratados internacionales:

Era la misión de España ejercer cerca del sultán una acción tutelar y civilizadora abriendo el territorio de Marruecos, al comercio, a la industria, a la agricultura europeas, creando escuelas, abriendo caminos, construyendo puentes, trazando líneas férreas, etc.<sup>29</sup>.

26 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 89, legislatura 1911-1914, 07-03-1912, pp. 689 a 780.

27 Ibid.

28 «El ideario del regeneracionismo castrense. El regeneracionismo conservador-irracionalista» en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: Franco «nació en África». *Los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, pp. 111-131. Sobre los «africanistas» y el ejército colonial español en África ver capítulo III de la tesis «Jefes y oficiales en la guerra de Marruecos. Aproximaciones y divergencias».

29 *Las dominicales del libre pensamiento*, Madrid, 14 de abril de 1905, p. 2.

Los gobernantes defendían la idea de «civilizar» para justificar la presencia de España en Marruecos. José Canalejas defendía en 1911 en el Congreso de los Diputados, a propósito de un debate en torno a la presencia del ejército de España en Marruecos, que la obra de España en Marruecos era estrictamente civilizadora<sup>30</sup>.

Por último, se alegaban móviles estratégicos. La expansión colonial era indispensable porque permitía adquirir los puntos de apoyo navales de los cuales dependía la seguridad de las comunicaciones<sup>31</sup>. Este argumento era, por supuesto, de particular importancia a ojos de los ingleses, que ya poseían Hong-Kong y Singapur, Gibraltar, Malta, Santa Elena y las Bermudas, pero no creían que aquellos resultados bastasen. La política colonial era necesaria para proporcionar a la marina de guerra puntos de escala y de abastecimiento de combustible. Necesitaban más puntos estratégicos, como Túnez, Saigón, la Cochinchina y Madagascar, lo cual los llevaría a rivalizar por ellos con otras potencias. Cuando el Gobierno italiano pensó en África oriental fue también porque apreciaba la ventaja que le proporcionaría en el contexto internacional la posesión de bases navales en la ruta del Océano Índico, en el mar Rojo y en el flanco meridional de las grandes rutas navales mediterráneas<sup>32</sup>.

En este sentido, Marruecos fue considerado por los gobernantes españoles, en diferentes momentos, como un espacio geoestratégico, una frontera de defensa necesaria para garantizar la seguridad de la Península. Así, por ejemplo, Antonio Maura, ponderó el interés que para la nación suponía el litoral marroquí. El 10 de noviembre de 1921 en el Congreso de los Diputados defendía ante los parlamentarios la idea de seguridad:

La seguridad de España está en el Estrecho. Y cuando una personalidad individual o colectiva no cumple su fin o deserta de aquello que le incumbe natural y legítimamente, es sustituida por otra, y otro tal quebranto y mengua tiene su personalidad propia; y al venir otra entidad a sustituirla en el cumplimiento de su misión, vendría activa, vendría pujante, vendría desalojándonos, agravándonos, hollándonos<sup>33</sup>.

Continuaba el diputado Maura con su argumentación, señalando que la historia enseñaba que los pueblos solamente podían vivir en paz cuando disponían de fronteras naturales; la paz, en su opinión, sería débil si no existieran fronteras estratégicas que separasen soberanías; y añadía:

La frontera estratégica natural de una nación hace para su soberanía el oficio que para el sagrado del hogar doméstico hace la puerta, que puede ser arrollada y destruida, pero que es como una afirmación plástica y permanente de aquel recato, de aquella intimidad, de aquella autonomía y de aquella vida propia que en el hogar existe. Si esta puerta se suprime, si esta frontera estratégica no existe, ¿qué acontece? Que hay que sustituirla con las armas y que hay que poner en la frontera defensa. ¡Ah! ¿Qué diálogo infernal el de las bocas de los cañones contrapuestas? Qué pronto por esas bocas pasa

30 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 105, legislatura 1911-1914, 09-12-1912, pp. 2831-2859.

31 RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX) ...*, Op. Cit., p. 142.

32 DAVIDSON, Basil: *África in history*. Londres, Weindenfield and Nicholson, 1993, pp. 168-189. Para comprender el papel de Italia en el norte de África resulta fundamental el trabajo de SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*. Madrid, UNED, 1993.

33 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 88, legislatura 1921-1922, 10-11-1921, pp. 4059-4092.



un fluido de hostilidades que llega a convertirse en pugna. ¿Tan lejos está la historia y el ejemplo? ¿No hemos sabido de fronteras abiertas y de fortificaciones contrapuestas y de desenlaces horrendos? Si no faltase el antemural de la zona del Protectorado español, tendríamos que armar y defender y mantener en pie de guerra a las fuerzas de toda la costa andaluza y de las islas<sup>34</sup>.

También, Cánovas del Castillo en su obra *Apuntes para la historia de Marruecos* (1860) sostuvo la idea de que en el Atlas estaba la frontera natural de España, así como en el paso estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico. Preconizaba el peligro de la soberanía territorial de España de la forma que sigue:

Si no hay en España bastante valor o bastante inteligencia para anteponer a las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, día ha de llegar en que sucumba nuestra independencia y nuestra nacionalidad desaparezca, quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestión de vida o muerte; no vale olvidarlo, no vale volver los ojos a otra parte; el día de la resolución llegará y si nosotros no atendemos a resolverla, otros se encargarán de ello con muy buena voluntad<sup>35</sup>.

Por su parte, Primo de Rivera interpretó igualmente la necesidad de controlar el litoral marroquí como una cuestión geoestratégica, vital para España. En este sentido, y en el marco de las negociaciones hispano-francesas previas al desembarco de Alhucemas en el mes de julio de 1925, el dictador sugirió al general Francisco Gómez-Jordana, presidente de la Conferencia, que buscara en la negociación con los diplomáticos franceses la posibilidad de modificar la zona del Protectorado español a cambio de compensaciones. El presidente del Directorio Militar pidió a Gómez-Jordana que tratara de conseguir el reconocimiento, por parte de la delegación francesa, de la soberanía de la bahía de Alhucemas y una extensa zona de influencia para evitar que ese espacio, al que consideraba de alto valor geoestratégico, pudiera constituir algún día una base aérea o submarina francesa, alemana o soviética. Ese era el punto de vista de Primo de Rivera respecto a la ocupación de la bahía:

Porque los franceses pretenderán disuadirnos para negociar ellos con Abd el-Krim. Si Inglaterra comparte nuestro punto de vista apoyará nuestra pretensión, ya que el Estado del Rif con la bahía de Alhucemas sería un peligro en el Mediterráneo<sup>36</sup>.

### C. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN MARRUECOS

España contaba, en el contexto en el que se enmarca la presente investigación, bajo su soberanía con las plazas de Ceuta y Melilla y algunas islas próximas, a saber: Peñón de Alhucemas, Peñón de Vélez de la Gomera e islas Chafarinas.

34 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 88, legislatura 1921-1922, 10-11-1921, pp. 4059-4092.

35 CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Apuntes para la historia de Marruecos*. Madrid, Algazara, 1991, p. 27.

36 Archivo General de la Administración (en citas sucesivas AGA), África, caja 81/09988, Conferencia de Madrid, exp. núm. 1.

### C.1. Ceuta

La ciudad se encuentra en el extremo occidental del mar Mediterráneo en la península Tingitana, de Tánger o de Yebala, en la orilla africana del Estrecho de Gibraltar<sup>37</sup>. Después de haber sido colonia cartaginesa, tras la conquista de Roma, pasó a denominarse *Exilia*, de donde, según León el Africano, provino *Cebta*, luego conocida como *Seupta*, y finalmente Ceuta<sup>38</sup>. En el año 534 fue ocupada por los vándalos en el marco de las primeras invasiones. Tras un breve período de dominio godo, en el año 711 la tomaron los árabes. Pocos años más tarde la conquistaron los bereberes, que bajo el mando de Meisara se mantuvo hasta el año 931, fecha en la que cayó en manos de Abderramán I de Córdoba. Los almorávides primero y los almohades después fueron quienes la administraron.

En 1415 fue conquistada por los portugueses, y finalmente pasó a ser una posesión de la corona española tras anexionarse el reino de Portugal a la corona de España en 1580, con Felipe II. Aunque en 1663 fueron devueltas a Portugal las plazas y colonias que poseía en África, no fue el caso de Ceuta, que quedó bajo dominio español, expresado en el artículo 2º del Tratado signado entre ambas coronas en 1668<sup>39</sup>.

En el año 1859 el Gobierno de España abrió una negociación con el Majzén sobre asuntos relacionados con Melilla y los peñones de Vélez de la Gomera y Alhucemas. Fue en ese contexto cuando, en la noche de 10 al 11 de agosto los cabileños de Anyera, limítrofe con Ceuta, irritados por la construcción por parte de los españoles de un blocao, denominado Santa Clara, echaron abajo uno de los mojones del campo fronterizo de la plaza de Ceuta, destruyendo las armas de España que en él figuraban<sup>40</sup>. El asunto fue llevado ante el cónsul español en la ciudad de Tánger, Blanco del Valle, quien exigió al representante del sultán, Hach Abdalah el Jatib, la reparación del escudo de España<sup>41</sup>. Durante la tramitación de las satisfacciones solicitadas murió el sultán Muley Abderramán (1822-1859). A éste le sucedió su hijo Sidi Mahomed (1859-1873), dando origen a la guerra con Marruecos. La declaración de guerra se produjo el 12 de octubre de 1859, suscitando las aclamaciones de todos los diputados y la del país entero que culminó con la «batalla de los Castillejos» y la toma de Tetuán. El punto final a este episodio fue el Tratado de Wad Ras, por el cual España se comprometió a devolver Tetuán al Imperio Marroquí<sup>42</sup>.

37 El Estrecho de Gibraltar se conocía en la Antigüedad Clásica como *Fretum Herculae* y en época medieval con el nombre de *Bugaz Sabata*, VV.AA.: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*. Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 2009, p. 27.

38 Ibid., pp. 146-147.

39 Ibid., pp. 326-329.

40 Un blocao era una construcción de madera, aislada e insalubre donde un destacamento de soldados eran encargados de defender una posición geográfica. Definición tomada de la obra: GARCÍA DEL RÍO FERNÁNDEZ, Juan y GONZÁLEZ ROSADO, Carlos: *Blocaos. Vida y muerte en Marruecos*. Madrid, Almena, 2009, p. 11.

41 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español*. Madrid, Alianza, 2013, pp. 23-69.

42 La guerra de África, de O'Donnell o de Tetuán puede verse en la obra del corresponsal de guerra español Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*. Madrid, Gaspar y Roig, 1859; en la novela de Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauen* donde describe la efervescencia popular que desató en España dicha guerra. Obras actuales que recogen este episodio son los trabajos de María Rosa de Madariaga: *En el Barranco del Lobo...*, *Op. Cit.*, pp. 16-26 y *España y el Rif, crónica de una historia casi olvidada*, *Op. Cit.* pp. 77-94.



### C.2. Melilla

Existe un debate histórico respecto al nacimiento de Melilla bajo soberanía española: la fecha de la llegada de los españoles (1496 o 1497), y si la empresa fue de conquista o de ocupación. Gabriel de Morales sitúa el hito en 1496 basándose en la opinión del escritor Luis de Mármol y Carvajal, y afirma que se trató de una ocupación por sorpresa, y no de conquista, de una posición abandonada<sup>43</sup>. Entre el Cabo Tres Forcas (Ras Uareg) y el cabo de Agua (Quebdana) se yergue la extensa roca en la que está edificada la plaza de Melilla. Varias son las etimologías que se atribuyen al término: en la antigüedad clásica se consideraba que el nombre provenía de *milila*, en árabe miel, por la abundancia que de ella había en sus inmediaciones; sin embargo, la traducción de miel al chelja rifeño es *tament*, de manera que no resulta válida esta explicación. Según los expertos la teoría más verosímil es la que sostiene que *milila* se deriva de *milili*, en chelja, jefe<sup>44</sup>. El origen de la ciudad es muy antiguo. Se piensa que fueron los fenicios quienes fundaron la ciudad bajo el nombre de Rusadir; Ptolomeo entre el año 127 y 145 d. C. la cita como Ryssaridon; Miliya por los árabes y Themrizz (lugar de reunión), en lengua chelja, por los bereberes<sup>45</sup>. Melilla a lo largo de su historia ha servido de zoco y a ella acudían a intercambiar sus productos, no solo los rifeños de la confederación de tribus de Guelaya, que la rodea, sino los de Quebdana, Trifa y Ulad-Settut<sup>46</sup>.

Melilla fue ocupada por primera vez por Pedro de Estopiñán, Duque de Medina Sidonia. Señala Gabriel de Morales que este desembarcó en Melilla el 17 de septiembre de 1496 al frente de quinientos infantes «con algunos caballos, víveres, municiones, artillería, cal y maderas, destinados a tomar posesión de Melilla»<sup>47</sup>. El 7 de junio de 1556 pasó a ser territorio de la Corona española. La razón de ocupar la ciudad respondía a una política de control marítimo del Mediterráneo frente a la expansión del poder turco y la piratería berberisca. La ciudad se abaluartó en el siglo XVIII, pero su crecimiento no se inició hasta finales del siglo XIX, en el contexto de expansión del capitalismo europeo, paralelo a la conquista colonial y en el que las bases litorales tuvieron un papel destacado<sup>48</sup>. Así, el puerto de Melilla se convirtió en cabecera de la red de comunicaciones proyectada en la zona española del Protectorado marroquí; las obras portuarias se iniciaron en 1905 a la vez que se ponían en marcha las del ferrocarril Norteafricano para conectar las minas de hierro de Beni Bu-Ifrur, explotadas por la Compañía Española de Minas del Rif, con el puerto<sup>49</sup>. La zona de soberanía de Melilla fue señalada en el Tratado hispano-marroquí de 25 de agosto de 1859, y confirmado en el de Tetuán de 26 de abril de 1860, alcanzando 12.338,26 metros cuadrados. Los límites territoriales quedaron establecidos por el

43 Ibid., p. XXIX. La obra de Luis de Mármol y Carvajal es de 1573 y se titula *Descripción general de África*.

44 MORALES, Gabriel de: *Datos para la historia de Melilla (1497-1907)*, Vol. I, edición de Vicente Moga Romero, Melilla, centro asociado de la UNED, 1992, pp. 18-19.

45 RABANAL YUS, Aurora: «En torno a los presidios menores o plazas de Melilla, Peñón de Vélez de la Gomera, y Alhucemas en el siglo XVIII» *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* (UAM), Vol. V, 1993, pp. 126-130.

46 RUÍZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*. Madrid, imprenta de Juan Pueyo, 1912, pp. 25-42.

47 MORALES, Gabriel de: *Datos para la historia de Melilla (1497-1907) ...*, Op. Cit., p. 21

48 BRAVO NIETO, Antonio: *La construcción de una ciudad europea en el contexto norteafricano. Arquitectos e ingenieros en la Melilla contemporánea*. Ciudad Autónoma de Melilla, Servicio de Publicaciones, 1996, pp. 45-46.

49 RUÍZ ALBÉNIZ: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*, Op. Cit. pp. 25-42.

largo de un tiro de cañón, disparado desde el reducto de San Antonio del fuerte de Victoria Grande, en dirección al Collado de Atalayón, inmediato a la mar Chica<sup>50</sup>.

### C.3. Chafarinas

Próxima a la plaza de Melilla hay dos islotes de soberanía española, cuya administración fue siempre estrictamente militar. Así en el extremo oriental del Rif, frente a la costa de la cabila de Quebdana, salen del mar tres rocas llamadas por los rifeños Tazrut-anJabdan (isla de Quebdana), y por los españoles Chafarinas. Las islas fueron ocupadas en el siglo XIX, concretamente en el año 1848, bajo el gobierno de Ramón María Narváez. La conquista y ocupación de las islas Chafarinas debemos encuadrarlas en el período de rivalidad colonial entre las potencias europeas por la posesión de nuevos territorios. La ocupación española parece estar directamente relacionada con el colonialismo francés en Argelia<sup>51</sup>. Dada su situación geográfica fueron consideradas un punto estratégico, pues se hallan a 50 km al este de Melilla, muy próximas a la desembocadura del río Muluya y, a tan solo 4 km de Cabo de Agua. Las Chafarinas las integran tres islas: la más grande en extensión y situada más a Occidente es la isla Congreso; la siguiente en extensión es la isla Isabel Segunda, muy cerca de la anterior, aproximadamente a 1 km; y, por último, la más pequeña, la isla Rey, a algo más de 150 metros de la isla de Isabel Segunda. Las tres representaban para España un excelente punto de apoyo para la navegación entre Melilla y la Península<sup>52</sup>.

### C.4. La isla de Alhucemas

Esta isla fue ocupada el 29 de agosto de 1673 por la escuadra española de Andrés Dávalos, príncipe de Montesacro, quedando desde el reinado de Carlos II bajo el dominio de España. Se halla situada en el fondo de la bahía de Alhucemas, distando 54 millas de Melilla y una milla escasa de la playa<sup>53</sup>. El peñón mide 170 metros de largo y 80 de máxima altura, con un perímetro aproximado, en su base, de 700 metros lineales. En la isla amarraba el cable telegráfico que unía Ceuta y Melilla<sup>54</sup>. Junto al peñón se hallan dos islotes próximos, denominados de Mar y Tierra, cuya extensión es muy reducida.

Fueron numerosas las ocasiones en las que los sultanes trataron de recuperar los enclaves españoles en el litoral de Marruecos, principalmente a partir de la entronización de la dinastía alauí, que puso mucho interés por recuperar tanto las plazas de Ceuta y Melilla como los peñones de Vélez de la Gomera y de Alhucemas. Los sultanes Muley Rachid en 1659 y su hermano y sucesor Muley Ismail (1672-1727) enviaron a sus tropas contra las murallas de las plazas en repetidas ocasiones. Incluso se llegó a sitiar la ciudad de Ceuta por Muley Ismail durante 26 años, entre 1694 y 1720. Ya entonces,

50 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Africanos, 1949, p. 35.

51 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español ...*, Op. Cit. p. 33.

52 Ibid.

53 Una milla son 1,6 km.

54 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África ...*, Op. Cit., p. 18.





además de los ataques constantes llevados a cabo por los ejércitos de los sultanes, las posesiones españolas sufrían de manera recurrente la hostilización de las cabilas limítrofes<sup>55</sup>.

### C.5. El peñón de Vélez de la Gomera

El peñón se halla frente a la desembocadura del río Tamuda, a 22 millas al oeste de Alhucemas, a 75 millas de Ceuta y a 80 millas de Melilla. Carece de vegetación y agua potable. Forma un rectángulo de 250 metros de largo, 100 de ancho y 95 de alto. El peñón se halla unido por un istmo de 40 metros de largo y dos de ancho a otro pequeño islote (Isleta de San Antonio). Frente al peñón se encuentran los cerros inmediatos que dominan los cabileños de Bocoya. Su importancia radica en la proximidad que existe entre este y la bahía de Alhucemas, además de su cercanía a la costa de Bocoya. Permitía ejercer un control del contrabando tan frecuente en la zona.

### D. EL TRATADO FRANCO-ESPAÑOL NONATO DE 1902<sup>56</sup>

En los últimos lustros del siglo XIX, en los círculos partidarios del colonialismo español en Marruecos se temía que los deseos expansionistas de otras potencias europeas en Marruecos, Francia principalmente, modificaran la posición estratégica que España ocupaba en el contexto del Mediterráneo. Se veía, pues, con preocupación la posibilidad de que Melilla corriese peligro por la ocupación de su territorio adyacente por el ejército francés. En este sentido, la Real Sociedad Geográfica de Madrid, fundada en 1876, llevó una petición a las Cortes para que el Gobierno defendiera la «libertad» de Marruecos<sup>57</sup>.

En 1901, con Práxedes Mateo Sagasta al frente del Consejo de Ministros, fue cuando España mantuvo los primeros contactos para tratar el asunto del reparto del norte de Marruecos. El embajador español en París, Fernando León y Castillo, Marqués del Muni, informaba a Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, Duque de Almodóvar del Río, ministro de Estado, sobre la posibilidad de negociar con Francia la solución del reparto:

El Gobierno francés de acuerdo con la prensa y la opinión, tiene el convencimiento de que su situación en el norte de África es tan predominante que no admite comparaciones con ninguna otra. Y solo serán plenos haciendo velar constantemente los derechos de España en el orden político, geográfico e histórico las razones que aconsejan una buena inteligencia entre nuestra Nación y esta República<sup>58</sup>.

55 ÁLVAREZ PRIDA MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza editorial, 2005, p. 16.

56 Toda la documentación oficial respecto al tratado se encuentra en el Archivo General de la Administración (AGA) en Alcalá de Henares, Madrid. Se trata de las cartas y despachos recogidos en un solo cuerpo titulado *Las negociaciones hispano-francesas para el Convenio sobre Marruecos (octubre 1901-octubre 1904)*. Además de esta documentación se hallan los fondos de la embajada de España en París con la documentación original manuscrita de las cartas de León y Castillo, así como los borradores de éstas. Se trata de un hallazgo inédito que ha utilizado en su obra el historiador PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013. Desvela el autor que esta información no la manejó José María Campoamor para elaborar su estudio titulado *La actitud de España ante la cuestión de Marruecos (1900-1904)*. Madrid, CSIC, 1950.

57 <http://www.realsociedadgeografica.com/es/site/index.asp>. [En línea], 22 de diciembre de 2017.

58 León y Castillo a Almodóvar del Río. París, 3 de octubre de 1901. AGA. Asuntos Exteriores. Embajada de España en París, legajo 5841. Citado por AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos*. Rabat, Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2009, p. 140.

En un primer momento, los liberales no se mostraron partidarios de iniciar una «aventura» colonial sin antes solucionar los que consideraban graves problemas que existían en el interior del país, cuya prioridad en esos momentos pasaba por afrontar la reconstrucción económica y militar. Ambos ejes constituían la principal línea de acción gubernamental. Pero el embajador insistía en la oportunidad que suponía para España salir del aislamiento, línea que había predominado en materia de exteriores desde el inicio de la Restauración. En la correspondencia con el ministro de Estado, aquel le advertía que el partido colonial francés estaba dispuesto a ocupar todo Marruecos si el Gobierno español no se interesaba por el asunto:

Urge [...] en mi opinión, dar señales de vida, porque según dije a uno de los predecesores de V. E., si la cuestión de Marruecos no se resuelve de acuerdo con nosotros, se resolverá sin nosotros y probablemente contra nosotros<sup>59</sup>.

El embajador, León y Castillo, interpretaba que Marruecos no era simplemente una cuestión de honor, sino un asunto de seguridad nacional y fronterizo<sup>60</sup>. Y en efecto, no solo para los liberales sino también para los conservadores, establecer un control en el litoral norte de Marruecos se convirtió en una prioridad estratégica. Ya hemos visto páginas atrás como esta idea de llevar la frontera más allá del Estrecho era recurrente en el pensamiento político español. Abundando en esta interpretación, Antonio Maura expresaba al respecto en 1904 en el marco de la firma del Tratado franco-español: «y si aquello solo fueran riscos, sangre y dinero habría que gastar para que fueran nuestros». Esta misma reflexión la defendió el político conservador años más tarde, en noviembre de 1921, cuando en el Congreso de los Diputados se estaba debatiendo el asunto del derrumbe de la Comandancia General de Melilla. Entonces, Maura insistió en la idea de que la seguridad de España estaba en el norte de Marruecos, región que constituía pues, una frontera estratégica natural que, a su juicio, garantizaba la soberanía de la nación<sup>61</sup>.

A pesar de ponderar la reconstrucción interna del país como línea de acción principal, los políticos liberales también tenían presente que la seguridad de la nación dependía de la tenencia o no de fronteras naturales; sin embargo, no obviaban que un reparto junto a Francia de zonas de influencia en Marruecos podía acarrear al país serios problemas internacionales, fundamentalmente con Gran Bretaña, que con toda certeza solicitaría alguna compensación. Pero, los dirigentes británicos, conscientes de la importancia que tenía la costa norte de Marruecos situada frente a Gibraltar desde un punto de vista mercantil (en aquel momento el tráfico mercantil mundial era predominantemente marítimo), se negaron a admitir que grandes potencias, principalmente Francia, controlasen la costa meridional del Estrecho de Gibraltar<sup>62</sup>. Por esa razón los dirigentes británicos propusieron que fuese

59 León y Castillo a Almodóvar del Río. Despacho nº 457. 31 de octubre de 1901. AGA. Asuntos Exteriores. Embajada de España en París, legajo 5841. Citado por PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesa en torno a Marruecos (1901-1904) ...*, Op. Cit. p. 86.

60 LEÓN Y CASTILLO, Fernando: *Mis tiempos*. Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, vol. 2, 1921, p. 126.

61 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 88, legislatura 1921-1922, 10 de noviembre de 1921, pp. 4059-4092.

62 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: Franco «nacido en África». *Los africanistas y las campañas de Marruecos...*, Op. Cit., pp. 165-166.



España quien controlara la costa norte del Imperio Jerifiano. El Gobierno de Francia, asumió la propuesta británica y comenzó a negociar con los diplomáticos españoles. El resultado dio su fruto en noviembre de 1902. Cuando todo estaba dispuesto para la firma, «León y Castillo titubeó» a pesar tener la orden del presidente Sagasta<sup>63</sup>. El 3 de diciembre el Gobierno liberal cesó en favor de los conservadores. El nuevo presidente del Consejo, Francisco Silvela se pronunció respecto de Marruecos como sigue:

Debemos desterrar de entre nuestras preocupaciones la de que la situación de Marruecos sea beneficio y riqueza para nosotros, cuando, por el contrario, es motivo de pobreza, de esterilidad y de estancamiento para España, y lo aceptamos y lo debemos mantener tan solo por evitar males mayores de orden político e internacional<sup>64</sup>.

Algunos años más tarde el diputado conservador, Gabriel Maura Gamazo hacía en el Congreso un análisis sobre aquel Convenio franco-español nonato de 1902, aduciendo las razones por las que Silvela no estampó la firma en aquel documento. Señaló que cuando la negociación comenzó en octubre de 1901, el Duque de Almodóvar del Río consideró oportunamente que el jefe del partido conservador debía haber sido informado de la evolución de las negociaciones, y Silvela se mostró conforme con que se negociara con Francia una modificación del *statu quo* en Marruecos, puesto que de Francia había partido la iniciativa. Además, Francisco Silvela estimó que el asunto era de una importancia tal que debía preparar a la opinión española y publicó un artículo en la revista *Lectura* en el mes de julio de 1901, titulado «La cuestión de Marruecos», para que cuando se encontrase ésta con el problema marroquí abordado, supiera que ya el jefe del partido conservador, siendo los liberales los que negociaban, estaba en esa tendencia, y que era aquella una política de los dos partidos, una acción, por tanto, conjunta. Tras caer el gobierno liberal sin firmar el convenio, y Silvela como presidente del Consejo de ministros, se encontró ante el documento que tenía que autorizar con su firma el ministro de Estado, Buenaventura Abarzuza y Ferrer, el cual se negó a hacerlo<sup>65</sup>. Entonces observó cómo aquello que le habían dicho que iba a ser la modificación del *statu quo* en Marruecos, no era precisamente lo que contenía el Tratado, y se expresó entonces de manera muy gráfica: «He encontrado en el edificio vías de agua» e interpretó que no debía firmar<sup>66</sup>.

En la década de los años cuarenta del siglo XX juristas e historiadores se acercaron a la cuestión de Marruecos referente a aquel primer documento que en 1912 dio paso al Tratado de Protectorado con Francia y justificaban las razones por las que Silvela no había considerado llevar a efecto la negociación, concluyendo que si no lo había hecho fue por la fuerte oposición que Inglaterra ejerció para

63 PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesa en torno a Marruecos (1901-1904) ...*, Op. Cit. p. 121.

64 «Artículos, discursos, conferencias y cartas». Madrid, Mateu Artes Gráficas, 1922-1923, vol. III, p. 135. Citado por BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939) ...*, Op. Cit. p. 31.

65 Carta del ministro de Estado, Abarzuza al embajador español en Londres, Fermín de Lasala. 26 de abril de 190. AMAE, legajo H-1264. Citado por PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesa en torno a Marruecos (1901-1904) ...*, Op. Cit., p. 124.

66 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 54, legislatura 1911-1914, 8 de junio de 1912, pp. 1343-1371.

que no se cerrase dicho pacto<sup>67</sup>. Silvela, afirmaba el jurista Sabino Álvarez, realizó al efecto una declaración pública justificando su actuación porque, en su opinión era insuficiente el apoyo diplomático de Francia, única garantía en el arreglo concerniente a las costas del Estrecho, del cual, además, no se había dado cuenta a una potencia amiga como Inglaterra<sup>68</sup>. Y en el Parlamento lo reconoció, del mismo modo, el diputado liberal, Conde de Romanones<sup>69</sup>. La zona de influencia establecida en aquel tratado quedaba comprendida entre la derecha del río Sebú, hasta el Océano Atlántico y a la izquierda del río Muluya hacia el Mar Mediterráneo, con un recodo profundo en el Mediodía, hacia Beni Melir y Aif Yusi, incluyendo Tazza y Fez<sup>70</sup>.



MAPA N° 7. Trazado fronterizo de los diferentes acuerdos hispano-franceses.  
Ministerio de Defensa. Centro Geográfico del Ejército.

- 67 AREILZA, José María de Y CASTIELLA, Fernando: *Reivindicaciones de España*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1941. pp. 350-357.
- 68 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África*, Op. Cit. p. 33.
- 69 ARQUÉS, Enrique: *El momento de España en Marruecos*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, p. 33.
- 70 AREILZA, José María de Y CASTIELLA, Fernando: *Reivindicaciones de España...*, Op. Cit. «Todo lo que se nos concedía en 1902 para nuestra intervención en Marruecos, no era motu proprio, sino determinado por dos circunstancias: los derechos geográficos e indiscutibles de España y el temor de Francia ante las demás naciones interesadas de que, por ambicionar mucho, lo perdiera todo. Aparte de que, no teniendo nada, todo lo que recibiera, y recibía bastante, habría de ser objeto de momentánea satisfacción», p. 20.





### E. CONVENIO FRANCO-ESPAÑOL DE 1904

Fernando León y Castillo estampó su firma, tras recibir el visto bueno de Antonio Maura, presidente del Consejo de Ministros, el 3 de octubre de 1904. Los gobernantes españoles conseguían alcanzar así la categoría para España de «potencia colonial»<sup>71</sup>. En el artículo 14 del Tratado, España se adhería a la parte secreta de la declaración franco-inglesa del 8 de abril del mismo año. Aquel tratado suponía para Inglaterra controlar sin cortapisas Egipto, mientras que a Francia le permitía desplegar su influencia en Marruecos, excepto la parte meridional de país que se asignaba a España.

Con relación a las negociaciones de 1902 se reducía la zona de influencia española en el norte de Marruecos. Ahora ya no se tomaba como frontera meridional el río Sebú, sino algunos kilómetros más abajo, para continuar en parte del río Lucus, que desembocaba en Larache, y luego descender en Muley Buxta, subiendo en una línea sinuosa al cerro de Gueznaya y terminar descendiendo a tomar como frontera el río Muluya<sup>72</sup>.

Recapitulando, el límite de profundidad desde el Mediterráneo se reducía a 40 km. El reconocimiento de una zona de influencia suponía, sin embargo, en términos políticos, penetrar de forma pacífica en el territorio vía inversión de capitales, establecimiento de líneas férreas o derecho a la vigilancia y policía a lo largo de la costa norte de Marruecos hasta Tánger<sup>73</sup>. De este modo, el Gobierno conservador de Antonio Maura cerró un acuerdo que conjugaba los intereses económicos y estratégicos que suponían para España el control de su zona de influencia. El convenio de 1904 significó la salida de España de su aislamiento y regresaba al concierto internacional<sup>74</sup>.

### F. LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS (ENERO-ABRIL 1906)

Una consecuencia inmediata de los acuerdos franco-británico y franco-español de 1904 fue la reacción del káiser alemán, Guillermo II, quien molesto por no conocer exactamente el alcance de estos se presentó en un buque de guerra en Tánger el 3 de marzo de 1905<sup>75</sup>. La manifestación de protesta dio paso al replanteamiento de Marruecos como un asunto internacional colectivo, que se discutió en la ulterior Conferencia de Algeciras. Antes de convocarse dicho encuentro diplomático, los gobiernos de Francia y Alemania reunidos al respecto decidieron acudir a Algeciras con algunos puntos ya cerrados, temas relacionados con la soberanía e independencia del sultán, la integridad del Imperio

71 La documentación relativa al proceso negociador, así como el acuerdo se halla en el AGA, fondo de Asuntos Exteriores, embajada de España en París, caja 5846.

72 AREILZA, José María de Y CASTIELLA, Fernando: *Reivindicaciones de España...*, Op. Cit., pp. 375-377.

73 PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: *A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesa en torno a Marruecos (1901-1904) ...*, Op. Cit. p. 163.

74 ROBLES MUÑOZ, Cristóbal: *La política exterior de España. Vol. II: junto a las naciones occidentales*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, p. 420.

75 En el discurso de Tánger, Guillermo II se expresó en los siguientes términos: «Vengo a visitar al sultán, soberano independiente. Espero que, bajo la soberanía de S. M. Jerifiana, un Marruecos libre estará abierto a la concurrencia pacífica de todas las naciones, sin monopolio ni anexión y bajo el de la más absoluta igualdad. El objeto de mi visita es que todos sepan que estoy decidido a hacer cuanto esté en mi mano para poner a salvo, de modo eficaz, los intereses de Alemania en Marruecos, pues considero al sultán como soberano absolutamente independiente». La cita está tomada de la obra ya citada de ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África...*, Op. Cit., pp. 33-34.



y la libertad económica sin ninguna desigualdad<sup>76</sup>. En este mismo contexto de preparativos previos a la Conferencia, los gobiernos de Francia y España, reunidos en Madrid, suscribieron un acuerdo donde se acordó que la «acción de la policía» fuese por partes iguales para ambos países. En este sentido, se decidió que, en la ciudad de Tánger, desde 1902 considerada ciudad neutral, la policía debía ser mixta<sup>77</sup>. Se convino igualmente que la represión del contrabando fuese vigilada por una división mixta de barcos españoles y franceses, alternando anualmente en el mando de esa división los oficiales españoles y los franceses. Se concretó un acuerdo respecto a la igualdad de los intereses económicos y se reconocía a España una participación igual a la mayor que se concediese a cualquier otra potencia en la creación de un Banco de Estado. En este encuentro diplomático bilateral actuó como representante del Gobierno español, Eugenio Montero Ríos<sup>78</sup>.

En el mes de enero de 1906, la ciudad española de Algeciras albergó a los comisionados de todas las naciones participantes: Alemania, Francia, España, Marruecos, Reino Unido, Imperio Austrohúngaro, EE. UU., Bélgica, Italia, Países Bajos, Rusia, Portugal y Suecia. El resultado de las conversaciones fue favorable para el gobierno francés, cuyos intereses fueron bien defendidos por su representante, Eugène Regnault. Así se desprende de los trabajos realizados sobre el tema, bien por autores contemporáneos o por la historiografía que se ha acercado a este hecho a lo largo del siglo XX y primeros lustros del XXI<sup>79</sup>.

Durante el desarrollo de la Conferencia las discusiones se centraron básicamente en la organización de la policía en el Imperio jerifiano (Marruecos). Francia esperaba obtener un mandato europeo, compartido con España; por su parte, los representantes alemanes eran partidarios de establecer una fuerza internacional, organizada por oficiales belgas, holandeses o suizos. Bülow (Canciller alemán) esperaba reunir una mayoría alrededor de las tesis alemanas: además de Austria e Italia, naciones con las que contaba a priori, esperaba convencer a España, descontenta por el eventual reparto desigual de Marruecos; a Bélgica, inquieta por sus intereses económicos, y a Estados Unidos, mediando el ofrecimiento de seguridades para sus posesiones en el Pacífico. Dado que los Países Bajos, Suecia y Portugal permanecerían seguramente neutrales, Alemania se aseguraba una mayoría de seis votos contra tres. Sin embargo, las cuentas de los representantes alemanes no dieron el resultado apetecido, ya que todos, salvo Austria-Hungría, interpretaron la acción alemana como el primer paso para establecer un nuevo estatuto sobre Marruecos, que le permitiera a la larga dominar la situación.

Los acuerdos de la Conferencia quedaron recogidos en el «Acta de Algeciras». En el documento quedaban reconocidos los derechos económicos de cualquier Estado sobre Marruecos, que nomi-

76 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África*, Madrid, ediciones Fe, 1941, p. 106.

77 SUEIRO SEOANE: Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí 1923-1930*. Madrid, UNED, 1993, pp. 66-75

78 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África*, Op. Cit., p. 67

79 Sobre la Conferencia de Algeciras véase: BECKER, J.: *Tratados, Convenios, y Acuerdos referentes a Marruecos y a la Guinea española*, coleccionados por encargo de la liga Africanista española, Op. Cit., pp. 59-69., GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África*, Madrid..., Op. Cit., pp. 104-105., MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido...*, Op. Cit., pp. 46-71.



nalmente mantenía su independencia, aunque se reconocía una posición privilegiada a Francia y España: el sur de Marruecos como área de influencia francesa, y para España la zona norte. Otro de los asuntos que se abordó fue la cuestión policial; finalmente se acordó que ese cuerpo quedase formado por tropas marroquíes instruidas por oficiales españoles y franceses. Respecto a la economía se decidió crear un Banco de Estado de Marruecos.

¿Por qué podemos afirmar que Francia obtuvo una situación preponderante en la cumbre de Algeciras? En primer lugar, por cuanto respecta a la policía; mientras en Tánger y Casablanca, se acordó que esta fuese mixta, y en Larache y Tetuán española, el embajador francés consiguió que en los cuatro puertos restantes la policía fuese francesa<sup>80</sup>. En España hubo quien pensó que se había cosechado un triunfo evidente en Algeciras: «el de que la situación especial de España en el Rif, por razón de sus presidios, que había sido objeto de convenios entre España y el Majzén, fuese reconocida por todas las potencias signatarias del Acta»<sup>81</sup>. Pero también se reconocía que la influencia francesa se había extendido de tal manera en Marruecos, que ella lo iba dominando todo, que era, como «la mancha de aceite»<sup>82</sup>.

La realidad fue que, en aquella reunión, las potencias asistentes se dieron cita para cerrar los detalles definitivos del reparto de Marruecos, bajo la «premisa hipócrita» de jurar respetar la integridad del Imperio marroquí. Allí se prometió salvaguardar la integridad del Imperio, ayudar al sultán, prestarle dinero y «otros miles de dones a cuál más filantrópico, que Europa hacía a Marruecos»<sup>83</sup>. El Acta de Algeciras, en opinión del doctor Ruiz Albéniz fue una junta preliminar de acreedores para comprar las diversas hipotecas del Imperio y ser solo dos países (Francia y España) los poseedores de los créditos a comprar<sup>84</sup>. Un año más tarde de la firma del acuerdo de Algeciras los gobernantes españoles conseguían a través de los «Acuerdos de Cartagena» garantías sobre los puntos que el país conservaba en el Mediterráneo y en el Atlántico, posiciones geoestratégicas para las grandes potencias navales del momento. Señala, en este sentido, la historiadora Rosario de la Torre que España volvía a ajustar su política exterior, colocándose de nuevo en el cuadrilátero formado por Londres-París-Lisboa-Madrid, como lo había hecho en la década de los treinta del siglo XIX cuando, ante las amenazas del absolutismo —miguelista en Portugal y carlista en España— las principales potencias liberales de Europa occidental decidieron aliarse<sup>85</sup>.

80 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español...*, Op. Cit., pp. 47-71.

81 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*, Op. Cit. p. 289.

82 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África...*, Op. Cit., p. 105.

83 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*, Op. Cit., p. 288.

84 Ibid., p. 289.

85 TORRE, Rosario de la: «una crisis que rectificó la orientación de la política exterior», *Revista de Occidente*, números 202-203, 1998, p. 181.

## G. DE LA GUERRA DEL RIF (JULIO-DICIEMBRE 1909)

### AL ESTABLECIMIENTO DEL PROTECTORADO (NOVIEMBRE 1912)

En 1907 nada o muy pocas cosas de lo acordado en Algeciras se habían cumplido<sup>86</sup>. Pero no solo eso, sino que, a partir de 1907, los ejércitos destacados en Marruecos de España y Francia comenzaron a invadir territorios bajo el pretexto de la seguridad de sus respectivos ciudadanos residentes en el país norteafricano. Así, José Marina, comandante general de Melilla, ocupó la Restinga y Cabo de Agua, dos plazas importantes para los intereses del Gobierno en las cercanías de Melilla. En ambos casos, Marina justificó dichas ocupaciones: en el primero, en febrero de 1908, porque se trataba de una posición desde la que se ejercía la venta ilegal de armas; en el segundo, en el mes de marzo del mismo año, afirmó que era necesario poseer un lugar desde donde poder abastecer a los trabajadores que se empleaban en la construcción del puerto de las Islas Chafarinas<sup>87</sup>.

En efecto, la intervención del ejército español en la zona de influencia oriental del norte de Marruecos fue en aumento a partir del verano de 1909, cuando una harca rifeña lanzó un ataque contra los obreros que trabajaban en la construcción de una vía férrea. Aquel hecho se produjo el día 9 de julio de 1909 y murieron seis obreros<sup>88</sup>. El Gobierno de Antonio Maura decidió entonces enviar 50.000 soldados con el objeto de llevar a cabo una acción de castigo contra los responsables. Comenzaba de ese modo la conocida «guerra del Rif» (julio 1909-enero 1910). Aquella campaña pudo ser, según la información que aportan algunas fuentes primarias, provocada por el Gobierno de Antonio Maura con la connivencia de las autoridades militares destacadas en Melilla<sup>89</sup>. Sin embargo, no existen documentos oficiales que demuestren dicha teoría. «Desde el mes de mayo —señala Víctor Ruiz Albéniz— se venía trabajando en los preparativos para la guerra». Algunos de los movimientos que hacían pensar en un posible enfrentamiento eran, además de la intensificación en el envío de tropas con rumbo a Melilla, el acantonamiento de los regimientos en posiciones estratégicas dispuestas para una rápida intervención y las razzias autorizadas por el general Del Real para que los soldados cometieran incursiones violentas en los poblados de Quebdana «en un claro gesto de soliviantar a la población»<sup>90</sup>.

Albéniz da por hecho que el Gobierno sabía que se iba a producir un ataque y que miró hacia otro lado porque le interesaba, ya que, de ese modo podía justificar un avance que le permitiría al ejército español conquistar unos cuantos kilómetros hacia el interior, descongestionando con ello la ciudad de Melilla<sup>91</sup>. No obstante, a pesar de esos movimientos, el mensaje era bien diferente, pues desde el Gobierno se hablaba de propósitos de paz en Marruecos. Investigaciones actuales sostienen que Maura pudo actuar de forma inconsciente, víctima de las presiones ejercidas por el Gobierno francés, por las compañías mineras, y una buena parte del generalato y de la oficialidad del ejérci-

86 *El Imparcial*, 4 de octubre de 1907.

87 MADARIAGA, María Rosa de: *En el Barranco del Lobo...*, *Op. Cit.*, pp. 375-377.

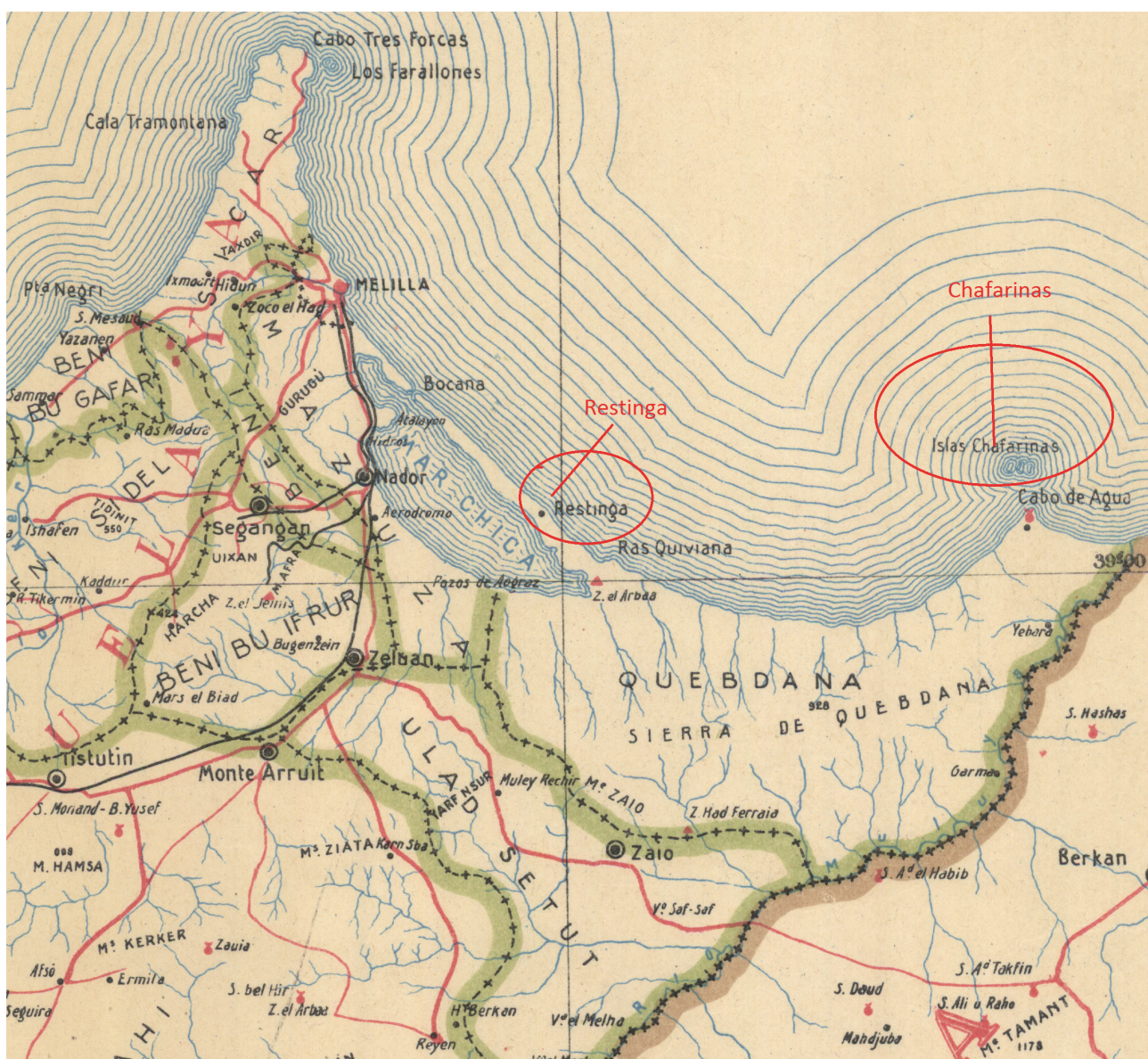
88 VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*. Tomo segundo. Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1951. P. 46.

89 Véase RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Rif...*, *Op. Cit.*, pp. 121-179.

90 *Ibid.*, p. 179.

91 *Ibid.*, pp. 121-179.





MAPA Nº 8. Localización de la Restinga y Cabo de Agua.

Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

to<sup>92</sup>. En cualquier caso, lo que resulta evidente son las contradicciones en las que incurrió el gabinete Maura. Dichas incongruencias no pasaron desapercibidas y alertaron tanto a los parlamentarios como a la opinión pública que, enterada por la información que ofrecían los periódicos, no entendía lo que en realidad pretendía el Gobierno en Marruecos. El punto de inflexión llegó cuando Maura decidió cerrar las Cortes el 4 de junio, e inmediatamente después solicitar un crédito extraordinario de 3.281.408 de pesetas al Consejo de Estado «con destino a aumentar nuestros medios de acción en las posesiones españolas del norte del Imperio Marroquí»<sup>93</sup>. Crédito que no se le concedió<sup>94</sup>. Fue

92 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*. Erasmus, Barcelona, 2014, p. 141

93 «El Gobierno y Marruecos», *El Imparcial*, 12 de junio de 1909, p. 1.

94 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura...*, Op. Cit. p. 144.

entonces cuando Segismundo Moret, jefe del partido liberal, denunció tal extremo, mostrando su asombro ante dicha eventualidad:

Si ocurriera algo que exigiera una acción militar, ningún español negaría al Gobierno los medios de ejecutar lo que en tal caso sería obligación fatal e inaplazable, pero nada ocurre [...] Es verdaderamente inconcebible que se pida al Consejo de Estado lo que ha debido pedirse al Parlamento. Acaba este de suspender sus sesiones. ¿Por qué no ha recurrido el Gobierno a la representación nacional en demanda de lo que cree necesario? Es evidente que el Gobierno no ha querido que el Parlamento intervenga en el asunto<sup>95</sup>.

Y pronto las sospechas se consumaron cuando el día 9 de julio a las seis de la mañana el capataz de obra, Gregorio Otero, fue advertido por un confidente marroquí de que iban a sufrir un ataque por parte de un harca si continuaban con las obras del ferrocarril. El capataz, tras interpretar bastante verosímil el aviso, informó al ingeniero jefe de obra y este, a su vez, trasladó el aviso al comandante general, José Marina, quien aconsejó que los trabajos no se suspendiesen. Resulta plausible, a la luz de los acontecimientos posteriores, que las autoridades militares de la Comandancia de Melilla, así como el Gobierno, esperaban un ataque inminente y no paralizaron las obras porque buscaban una justificación que les permitiera avanzar en el territorio<sup>96</sup>.

A partir del 10 de julio las noticias en la prensa periódica informaban de los combates en las proximidades de Melilla. Confirmaban que el ejército expedicionario español estaba ante una verdadera guerra y no ante una pequeña operación de policía como esgrimía Antonio Maura<sup>97</sup>. El Gobierno ante el empuje de los rifeños —muy lejos de los cálculos previstos por las autoridades militares— decidió movilizar a los reservistas, circunstancia que provocó una avalancha de protestas ciudadanas. Se sucedieron manifestaciones y actitudes de rebeldía, principalmente en las ciudades de Cataluña, aunque también en otras capitales de provincia de España: Alicante, Badajoz, Cádiz, Logroño, La Coruña o Málaga<sup>98</sup>. Conductas que fueron castigadas por los cuerpos de seguridad del Estado con fuertes medidas de represión. En Barcelona los enfrentamientos entre la población y los militares se saldaron con un elevado número de víctimas; episodio conocido posteriormente como la «Semana Trágica de Barcelona»<sup>99</sup>. Los efectos de la brutal represión alcanzaron el punto de tensión más elevado cuando el anarquista Francisco Ferrer i Guardia, tras ser juzgado por un consejo de guerra, fue ejecutado el 13 de octubre de 1909<sup>100</sup>. El diario *El País*, el día 13 de octubre titulaba «Ferrer fusilado», y a continuación señalaba: «Ahí tenéis a Maura. No hay gobernante que tenga más sucias de sangre las manos»<sup>101</sup>.

95 «El Gobierno y Marruecos», *El Imparcial*, 12 de junio de 1909, p. 1.

96 Una obra donde se detalla con rigor la campaña de 1909, desde una perspectiva actual la podemos ver en: MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza editorial, 2005.

97 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff...*, *Op. Cit.*, p. 164.

98 Fundación Antonio Maura (En adelante FAM) 163. Telegramas de los gobernadores civiles al ministro de la Gobernación. Citado por TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*, *Op. Cit.* p. 168.

99 «Las familias de los reservistas», *El Imparcial*, 17 de julio de 1909, p. 1. Un análisis actualizado de la «Semana Trágica» en TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*, *Op. Cit.* pp. 161-173. Véase CONNELLY ULLMAN, Joan: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*. Barcelona, Ariel, 1972.

100 «Consejo de guerra contra Ferrer Guardia» *El País*, 10 de octubre de 1909.

101 «Ferrer fusilado» *El País*, 13 de octubre de 1909





La decisión de movilizar a los reservistas fue un grave error por parte del Gobierno, muy criticado en la prensa, incluso antes de producirse los sucesos más serios de Barcelona, entre el 26 de julio y el 2 de agosto. «Una ley cruel» así la calificaba *El Imparcial*, reconociendo que no era justo que los soldados que habían prestado servicio durante dos años y una vez instalados en la reserva activa, volvieran a ser llamados a filas; unos hombres que, en su mayoría, estaban casados y con hijos. Instaba, pues, a los legisladores a cambiar la ley, si bien, en ese momento, en tanto que se trataba de una ley en vigor y dada la situación de gravedad que existía en Marruecos no quedaba otro remedio que cumplirla<sup>102</sup>.

Algunos de los intelectuales más brillantes de la época se pronunciaron en los periódicos, para mostrar sus opiniones respecto a la intervención española en Marruecos, a la guerra y a las medidas de represión y censura que había adoptado el Gobierno. Así, por ejemplo, el periódico *España Nueva*, publicó un artículo de Joaquín Costa el 4 de octubre de 1909 donde se pronunció contrario a la aplicación de la violencia en Marruecos y acusó al Gobierno de haber provocado una guerra costósima hecha contra la voluntad del país por lo que, a su juicio, debía ser juzgado y condenado. El regeneracionista aragonés llegó a escribir que, de hecho, Maura ya estaba juzgado: «Él se ha condenado a sí mismo. En los fosos de Montjuic hace falta gente»<sup>103</sup>. Como consecuencia de aquel escrito se abrió un proceso contra Costa, y además se denunció a los periódicos que habían reproducido su artículo, entre ellos *El Liberal*, *El País* y *El Correo*<sup>104</sup>. Sin embargo, las movilizaciones se sucedían, si cabe con más entusiasmo, por las medidas gubernamentales y, en las plazas de las grandes ciudades, convertidas en improvisados espacios de celebración de mítines, se exhortaba a la ciudadanía a la rebeldía. En Madrid, Pablo Iglesias llegaba a decir:

No sería difícil ni extraordinario que algún reservista prefiriese apuñalar a un ministro o a cualquier elevada personalidad, antes que ir a matar gentes que defienden su patria, con el mismo valor con que los españoles defendieron la suya en 1808<sup>105</sup>.

Realmente, el problema era muy complejo para el Gobierno. Una guerra y una opinión pública adversa eran bastante para provocar una hemorragia que amenazaba con parada si no alcanzaba a taponar las heridas. Con el instrumental en la mano, suturó torpemente, y dispuesto a no permitir opiniones que perjudicasen su acción de Gobierno dispuso mediante decreto prohibiciones y censuras: se prohibían los mítines; se detendría a las personas que profiriesen gritos contra el Gobierno; se reprimiría enérgicamente a los culpables de ocasionar disturbios callejeros; se denunciaría a los periódicos que emitiesen noticias relacionadas con la marcha de la guerra, a los cuales solo se les permitía publicar partes oficiales de guerra previa censura<sup>106</sup>. El mismo día de su aprobación, *El Im-*

102 Ibid.

103 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «Los intelectuales españoles y la guerra del Rif (1909-1927)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/Vol. 3/2014, p. 63.

104 Ibid., p. 63.

105 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff...*, Op. Cit. p. 159.

106 «La campaña de Melilla», *El Liberal*, 26 de julio de 1909, p. 1.



*parcial* recogía en su primera página el contenido del decreto. Además, reproducía las palabras del ministro de la Gobernación, Juan de La Cierva y Peñafiel, tras la pregunta del periodista sobre las razones de su publicación:

La insensata y antipatriótica labor que viene haciéndose, exige una viril defensa de los altos intereses nacionales, que no estoy dispuesto a posponer ni a las pasiones políticas ni al afán de lucro de empresas periodísticas<sup>107</sup>.

Pero como las cosas siempre son susceptibles de empeorar, así sucedió. Al día siguiente de ver la luz el polémico decreto tuvo lugar el episodio más trágico de aquella campaña. El día 27 de julio, el general Pintos recibió la orden de vigilar la salida de los barrancos del Lobo y Alfer en pleno corazón del monte Gurugú en las inmediaciones de Melilla. Atendiendo la demanda del comandante general y desconociendo el terreno se adentró con su brigada en la parte más profunda del barranco, donde quedaron los soldados indefensos y a merced de los rifeños, que acabaron con la vida de cerca de 400 hombres<sup>108</sup>. El combate del día 27 de julio evidenció la trascendencia e importancia de la campaña, lo cual supuso que Melilla se viese inundada de periodistas y fotógrafos procedentes de la Península, de Europa e incluso de EE.UU. Empero, su trabajo, el de todos aquellos profesionales, estaba limitado por las medidas censoras del Gobierno de España. Ruiz Albéniz, redactor del *Diario Universal* explicaba la circunstancia del siguiente modo:

Todos estos —refiriéndose a la retahíla de periodistas que cita— pasaban un verdadero calvario en el cumplimiento de su deber. Jamás se llevó a mayores extremos la censura. Amenazados con una expulsión al menor exceso en las crónicas, y constantemente cercenados los telegramas era bien desesperante la situación de los periodistas, sujetos a la doble mordaza de la autoridad militar de Melilla, y las civiles de España<sup>109</sup>.

Dichas disposiciones pronto tuvieron su respuesta por parte de la oposición política parlamentaria y de algunos de los intelectuales del país que aprovecharon la prensa para criticar las medidas adoptadas por el Gobierno. Entre los políticos se mostró muy activo Alejandro Lerroux, fundador del Partido Radical Republicano, quien calificó la censura de «torpe maniobra»<sup>110</sup>. Otra voz contraria a la acción de Gobierno fue la de Benito Pérez Galdós, cuyos postulados se publicaron en el periódico satírico semanal *El Motín*. En octubre de 1909 Galdós calificó la guerra como una «campaña infecunda de vanagloria en las tinieblas». Clamaba para que el pueblo entero se levantara contra el Gobierno y éste pusiera fin a la guerra, a la censura y a la represión por motivos ideológicos<sup>111</sup>. Desde la redacción de *El Globo* se condenó el exceso de represión en la libre manifestación de ideas, constituyendo

107 «El Gobierno y la prensa», *El Imparcial*, 26 de julio de 1909, p. 1.

108 GALLEGOS RAMOS, Eduardo: *La campaña del Rif de 1909*, Madrid, Algazara, 2005, p. 98. Por su parte, María Rosa de Madariaga cifra en 358 muertos y 2.235 bajas los efectos de la guerra del Barranco del Lobo: MADARIAGA, María Rosa de: «La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo», en: Eloy Martín Corrales (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Bellaterra, 2011, p. 112.

109 RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Rif...*, Op. Cit. p. 185.

110 «La censura», *El Progreso*, 27-07-1909.

111 «Al pueblo español», *El Motín*, 14-10-1909, p. 1.



una trasgresión de los derechos constitucionales. El articulista denunciaba lo que, a su juicio, suponía un exceso de autoritarismo. Cargaba contra el ministro de la Gobernación, La Cierva por haber amordazado a la prensa, negándole el derecho más básico: informar. El autor del artículo, Fernando de Urquijo, realizó un ejercicio de comparación con la prensa en los países europeos, destacando que:

Su política y su figura es odiosa al país e incluso a no pocos que militan en su propio partido. La última hazaña de Cierva, su despótica circular que impide a la nación conocer al detalle lo que ocurre en Melilla aislando al pueblo del ejército, haciendo lo que no hizo Inglaterra cuando el Transvaal, ni Italia cuando Abisinia, ni los gobernantes franceses en la Chauia, campañas todas en las cuales la prensa cumplió su misión sin cortapisas y sin trabas; ese «orden y mando» con vistas a la dictadura y con la razón suprema que la fuerza concede, no ha de admitirse sin protesta, y cumpliéndolo, no ha de cumplirse sin combatirlo<sup>112</sup>.

Pero no todo fueron discrepancias y actitudes de rechazo, pues hubo quien defendió la guerra como camino o vía necesaria para «civilizar» a los nativos. En este sentido se pronunció, Jacinto Benavente —un escritor de marcado carácter conservador— que insistió en que la historia de España era una «lamentable historia de equivocaciones», idea con la que apoyaba la intervención del ejército español en el Rif para justificar que el porvenir del país estaba en África como la reina Isabel la Católica había dejado escrito en su testamento<sup>113</sup>. Para el dramaturgo madrileño la guerra ilustraba a los pueblos y como ejemplo, acudía a la expansión de los ideales de la Revolución Francesa gracias al ejército de Napoleón, porque lo verdaderamente dramático para él no eran los muertos, sino el «enmohecimiento de los espíritus por permanecer en un estado de paz permanente». Pronto se hicieron eco de las reflexiones de Benavente en *La Correspondencia Militar*, y reprodujeron íntegramente el artículo de *El Imparcial*<sup>114</sup>. En la misma onda que Benavente, a favor de la guerra, se posicionó «Azorín». El escritor de la generación del noventa y ocho, quien en sus escritos alabó la fuerza y santificó las armas: «Estamos en tiempos de guerra, nada hay más alto, más supremo, que la fuerza. Seamos fuertes. Brillen las espadas y retumbe largamente el cañón»<sup>115</sup>.

Ciertamente, la guerra del Rif tuvo graves consecuencias para el Gobierno, para el ejército, para los españoles y para los rifeños. Maura perdió la confianza del rey y estuvo alejado de los gabinetes de Gobierno durante años; el ejército expedicionario español en África sufrió duras pérdidas en jefes y oficiales; en soldados de cupo, mal instruidos y peor equipados, que pagaron con su vida aquella «aventura». Las bajas españolas ascendieron a 2.235, de las que 358 fueron muertos<sup>116</sup>. Las bajas entre los cabileños se desconocen, pero la campaña fue para ellos igualmente dramática.

112 URQUIJO, Fernando: «Sin rumbo», *El Globo*, 28-07-1909, p. 1.

113 BENAVENTE, Jacinto: «De sobremesa», *El Imparcial*, 04-10-1909, p. 3.

114 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «Los intelectuales españoles y la guerra del Rif (1909-1927)», *Revista Universitaria de Historia Militar...*, *Op. Cit.*, p. 66. Recoge el autor la cita de *La Correspondencia Militar*: «La guerra en todo y siempre», 07-09-1909, p. 2.

115 AZORÍN: «La fuerza», *ABC*, 03-08-1909, pp. 13-14.

116 ÁLVAREZ PRIDA de MADARIAGA, María Rosa: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, *Op. Cit.*, p. 66.

### G.1. La opinión pública en la campaña de 1909

Durante toda la campaña hubo, con algunas excepciones, una fuerte oposición a la guerra entre las capas populares. Las derrotas coloniales de 1898 aún seguían vivas en la memoria colectiva<sup>117</sup>. Los sectores ideológicamente posicionados más a la izquierda se oponían, como hemos visto, a toda aventura militar o a cualquier guerra de conquista que supusiera pérdidas en vidas humanas y derroche de las arcas públicas. Pero no solo durante la campaña, sino antes de que comenzaran las hostilidades la prensa ya informó de la posibilidad de que en Marruecos estallara la guerra; *El País*, en el mes de junio de 1909 previno a la sociedad española ante dicha contingencia, que calificaba de inmoral:

Alerta, proletarios ¡Alerta, mujeres! ¡Alerta, buenos españoles! Sacrificarse por la patria, morir por ella es bello, es grande, es sublime; pero el dar la vida por servir a la ruina, a la sórdida, a la inmoral plutocracia, peste de España, sin más ideales ni otro patriotismo que su interés y sus ganancias, es el colmo de lo abyecto, de lo vil y de lo estúpido<sup>118</sup>.

*El Socialista*, por su parte, se mostró igualmente contrario al envío de tropas a Marruecos:

Si la ocasión llega, es necesario hacer entender a los gobernantes que la opinión, que el pueblo son adversarios decididos de la política de aventuras que los intereses de los más deben anteponerse a las concupiscencias de los logreros y de los interesados en explotar las riquezas naturales de Marruecos a costa de la nación; y por último, y sobre todo, que el pueblo no está dispuesto a derramar su sangre en tanto haya quien pueda eximirse de este tributo forzoso mediante la entrega de una cantidad<sup>119</sup>.

Los socialistas criticaban la «redención en metálico» que era el acto por el cual el mozo quintado se liberaba del servicio militar por medio de determinada cantidad de dinero fijada por la ley. Otra forma de evadir la llamada a filas era mediante la figura del «sustituto»; en este caso, el mozo llamado a filas pagaba a otra persona para que prestara el servicio por él.

Para el Gobierno, y Maura en particular, la opinión pública estuvo manipulada por la prensa afín a partidos y organizaciones pacifistas, republicanos, antimonárquicos y, en definitiva, antipatriotas producto, según el político mallorquín de:

La campaña de la gente radical y revolucionaria que procura el desafecto popular y esparce la patraña de que enviamos las tropas para servir intereses particulares y no para satisfacer necesidades nacionales, es para mirarla con cuidado, pues las muchedumbres no están habituadas para conocer la grosera perfidia de semejantes predicaciones<sup>120</sup>.

Combatir ese sentimiento, como hemos visto, implicó la restricción de la información. Mantener a las masas en la ignorancia era garantía de orden; sin embargo, no fueron conscientes del daño que con ello hacían. En la edición de *El País* de 30 de agosto de 1909 se planteó la siguiente reflexión respecto a las consecuencias de la desinformación y la falta de libertades:

117 Ibid., p. 68.

118 «La guerra y las acciones de minas», *El País*, 22-06-1909, p. 1.

119 *El Socialista*. 18-06-1909.

120 FAM. 164-2. Carta de Antonio Maura al ministro de la Guerra, general Arsenio Linares Pombo, fechada el 19 de julio de 1909.



La Cierva hubiera expulsado a Homero del campamento de Troya, con lo que no sabríamos una palabra de las heroicidades de Aquiles, de las desventuras de Priamo, ni de los encantos de Helena.

Finalizada la campaña se abrió una negociación entre el sultán de Marruecos y el Gobierno de España. Ambas partes estuvieron representadas por el Mokri, delegado del sultán y Manuel García Prieto, ministro de Estado del Gobierno de España. El Gobierno exigía al Majzén una indemnización en concepto de reparaciones de guerra que el sultán se negaba a asumir porque entendía que no era responsable de dicha campaña. Y, en efecto, nada había tenido que ver el sultán, pues el conflicto se produjo entre el harca compuesta por nativos de las cabilas del Rif y el ejército expedicionario español. Sin embargo, finalmente, El Mokri aceptó el pago de 65 millones de pesetas que debían abonarse en 75 anualidades<sup>121</sup>. Además, el ejército español permanecería en las posiciones ocupadas durante la campaña hasta que no hubiera una paz estable en la zona. En el fondo se trataba de un paso más en la penetración del territorio marroquí asignado a España en el tratado franco-español de 1904<sup>122</sup>. La prensa española, sin distinción de matices, alabó el resultado de las negociaciones, considerándolo como un legítimo triunfo del Gobierno<sup>123</sup>.

La carrera por parte de ambos países colonizadores (Francia y España) entró en una deriva imparable y en 1911 el ejército francés ocupó Fez y las tropas españolas desembarcaron y ocuparon Larache el 8 de junio del mismo año. Las ocupaciones encrespaban al Gobierno alemán que, ofendido por el cariz de los acontecimientos, envió el buque de guerra *Panther* a Agadir como muestra del malestar por los sucesos. La presencia alemana en aguas de Marruecos provocó la apertura de un nuevo espacio de negociación entre las dos mayores potencias continentales europeas del momento. La negociación concluyó con un acuerdo que franco-alemán. El Gobierno del imperio alemán se comprometía a dejar actuar sin cortapisas al Gobierno francés en su espacio de influencia en Marruecos a cambio de una parte importante del territorio del Congo francés. A partir de ese momento, el Gobierno francés comenzó a trabajar cerca del sultán para obtener la conformidad de establecimiento de un Protectorado. Muley Hafid firmó el Tratado el 30 de marzo de 1912, a pesar de que eso significase que entregaba definitivamente el país a los extranjeros<sup>124</sup>. El sultán, sometido a una fuerte presión por parte de los notables marroquíes próximos a la corte, abdicó el 12 de julio de 1912 en favor de su hermano Muley Yusef<sup>125</sup>. Con el Convenio firmado, el Gobierno francés dotó de una estructura organizativa al territorio bajo su «protección» con carácter mixto, es decir, con funcionarios civiles y militares. La máxima autoridad militar era el residente general, y el cargo lo ocupó el mariscal Lyautey, quien estuvo al frente de la Residencia General desde su constitución en 1912 hasta 1925 cuando fue apartado del cargo y sustituido por Steeg<sup>126</sup>.

121 *El Año Político*. 1910, pp. 487-489.

122 Los pormenores del tratado, así como la campaña de 1909 se pueden ver en: RIERA, Augusto: *España y Marruecos en 1909*, Barcelona, Maucci, 1911.

123 Véase las ediciones de los diarios *El País*, *El Liberal*, *El Imparcial*, *el Sol* o *el Globo* de los días 15, y 16 de noviembre de 1910.

124 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África...*, Op. Cit., p. 105

125 Ibid., p. 110.

126 El nombre completo era Louis Hubert Gonzalve Lyautey (1854-1934). Hombre de gran significación en el Protectorado francés en Marruecos y convencido colonialista, fue objeto intermitentemente de admiración y odio por parte de los africanistas espa-

**H. EL TRATADO FRANCO-ESPAÑOL DE PROTECTORADO (27 DE NOVIEMBRE DE 1912)<sup>127</sup>**

La parte correspondiente al Imperio marroquí que los tratados otorgaban a la República de Francia había quedado en manos de los colonizadores franceses en marzo de 1912. Restaba por hacer lo propio en la «zona de influencia» española. Las negociaciones entre ambos colonizadores culminaron con el Tratado firmado en Madrid el 27 de noviembre de 1912<sup>128</sup>. El punto de partida del Gobierno español fue «la integridad del Tratado de 1904». La posición del Gobierno francés, la tesis sobre la necesidad de compensaciones y la vigencia de los diferentes tratados que desde 1904 hasta 1911 se habían suscrito. Los diplomáticos españoles pusieron como condición autonomía y libertad de acción en la zona de influencia que le correspondía a España<sup>129</sup>. Los franceses accedieron a la petición y entonces se concretó la fórmula del Jalifa como representante del Majzén para la zona española; jalifa de la zona española que permitía la existencia del Imperio y la soberanía del sultán, al menos sobre el papel, porque en la práctica nada de eso se cumplía; y además, y este extremo sí que era importante para el Gobierno de España, libraba de influencia francesa la zona española, aunque los militares africanistas siempre mantuvieron la sospecha de que los franceses podían ocupar el territorio bajo «protección» de España si no eran capaces de someter a los «rebeldes». El Jalifa quedaba bajo la dependencia del sultán y sobre el papel, dictaba los reglamentos generales, es decir, la legislación para Marruecos, pero la realidad era otra, pues ambas potencias, España y Francia ejercían tal autoridad en sus respectivas zonas que, tanto el sultán en Fez como el Jalifa en Tetuán no eran sino hombres de paja<sup>130</sup>. El Tratado de 1912 en opinión de Madariaga fue un subarriendo de Francia. ¿Por qué? Si atendemos al artículo 1º del convenio, observamos cómo se definía la situación de España en Marruecos:

El Gobierno de la República francesa reconoce que en la zona de influencia española toca a España velar por la tranquilidad de dicha zona y prestar su asistencia al Gobierno marroquí para la introducción de todas las reformas administrativas, económicas, financieras, judiciales y militares de que necesita, así como para todos los reglamentos nuevos y las modificaciones de los reglamentos existentes que esas reformas llevan consigo, conforme a la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 y el Acuerdo franco-alemán de 4 de noviembre de 1911<sup>131</sup>.

Para los franceses, la expresión «zona de influencia» tal y como vemos en este primer artículo del convenio dice mucho respecto a lo que significaba la presencia de España en «su Protectorado». Según Madariaga, Protectorado no había más que uno, el francés. El territorio asignado a España era una «zona de influencia» cedida por los franceses a España<sup>132</sup>. Así, la franja del Imperio marroquí

ñoles (militares y civiles). Dada su importancia en el contexto objeto de la tesis, su figura se analizará en varios de los capítulos de la investigación.

127 AGA, África, 81-09985.

128 Ibid.

129 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África*, Op. Cit., pp. 139-151.

130 ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África* Op. Cit. pp. 41-45

131 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español...*, Op. Cit. p. 88

132 Ibid., p. 89.



sobre la que España había de ejercer su Protectorado tenía una superficie de 21.243 km<sup>2</sup>; una vigésima parte de la superficie total del Imperio de Marruecos<sup>133</sup>. Se trataba de una faja larga y estrecha con una abrupta orografía, sin carreteras, con un clima desértico y de alta montaña que provocaba grandes oscilaciones térmicas, con escasos recursos hidrográficos, una población rural dispersa y la falta absoluta de cartografía. Se trataba de un territorio con una densidad media de población de 50 habitantes por km<sup>2</sup> con una parte importante de esa población poco sometida —como se ha visto en el capítulo I— a la soberanía de los sultanes (autoridad estatal centralizadora). Circunstancias que determinaban para el colonialismo español, según la opinión de García Figueras «un duro problema de pacificación indispensable hacer reconocer la autoridad legítima del Sultán y hacer nacer la paz, el orden y el respeto a la autoridad marroquí legítima»<sup>134</sup>. En efecto, el escenario de la guerra en el Protectorado español estuvo marcado por circunstancias de índole política (rivalidad con Francia) y por aspectos físicos determinados, en este caso, por la (orografía, climatología, vegetación e hidrografía)<sup>135</sup>. Unas condiciones que condicionaron la acción de los diferentes gabinetes de Gobierno y del ejército en la «obra de pacificación». Un territorio, por tanto, que «presentaba una enorme complejidad para su conquista y dominio»<sup>136</sup>. Algunos historiadores han considerado el tratado de Protectorado de 1912 «Un verdadero regalo envenenado»<sup>137</sup>.

La estructura colonial española tomó del colonialismo francés el modelo de organización del territorio. Así, todo el territorio bajo protección española debía ser administrado por la figura de un alto comisario al modo del residente francés en su zona. Dicha autoridad se estableció como el único intermediario en las relaciones con el jalifa, figura que actuaba en calidad de delegado del sultán, como ya se ha indicado, en la zona española.

Pero, lo cierto fue que ni el sultán en la zona bajo el control de Francia ni el jalifa en la circunscripción española tuvieron ningún control sobre el territorio, a pesar de las defensas que, tanto en España como en Francia, se hicieron en este sentido. Por ejemplo, atendiendo a la naturaleza jurídica del Protectorado español en Marruecos, el cónsul en Tetuán, Luciano López Ferrer, defendía que el jalifa, al modo del sultán en el Protectorado francés, era la autoridad civil y religiosa en la zona de influencia española. Apoyaba esta tesis en la publicación que, sobre este particular, se había hecho en Francia bajo la autoría de Rouard de Gard<sup>138</sup>. Pero la realidad era bien distinta, pues en el mismo artículo 1º se especificaba que las regiones comprendidas bajo la «zona de influencia» española continuarían bajo la autoridad civil y religiosa del sultán. El Jalifa era, pues un delegado del sultán<sup>139</sup>. El artículo 2º

133 COROMINAS, P: *Un aspecto olvidado de la actuación de España y Francia en Marruecos*. Madrid, s.n. 1923, p. 18.

134 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, CSIC, 1957, p. 9.

135 Una descripción de los condicionantes en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: Los africanistas y las Campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, pp. 247-256.

136 Ibid., p. 249.

137 PRESTON, Paul: *Franco*. Barcelona, Grijalbo, 1994, pp. 33-34. Citado por BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000, p. 38.

138 LÓPEZ FERRER, Luciano: *Naturaleza jurídica del Protectorado español en Marruecos*. Madrid, Publicaciones de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1923.

139 MADARIAGA, María Rosa de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español...*, Op. Cit. p. 89.



del Tratado de 1912 reducía más la zona de influencia española con relación a la asignada en 1904. En el norte, la frontera que separaba ambos territorios se establecía en la desembocadura del río Muluya remontando la vaguada de este río hasta un kilómetro aguas abajo de Mexera Klila. Desde este punto la línea de demarcación discurría, hasta las estribaciones del Yebel Beni Hasen, el trazado fijado por el artículo 2º del Convenio de 3 de octubre de 1904. Desde este monte la línea fronteriza se trazaba en dirección Uad (río) Uarga hasta su intersección con la línea norte-sur definida en el artículo 2º del Convenio de 1904. En esta parte de la frontera seguía muy de cerca el límite norte de las tribus ribereñas del Uarga y el límite sur de las tribus alejadas del río; de este modo, se aseguraba una comunicación militar no interrumpida entre las diferentes regiones de la zona española<sup>140</sup>.

En dirección norte, la frontera remontaba manteniéndose a una distancia de 25 kilómetros al este del camino que desde Fez llegaba hasta Alcázarquivir por Uazan hasta encontrar el Uad Lucas, cuya vaguada bajaba hasta el límite entre las tribus de Sarsar y Tlig. Desde este punto contorneaba el Yebel Gani, dejando esta montaña en zona española a reserva de que no se construyeran sobre ella fortificaciones permanentes. La frontera se unía al paralelo 35º de latitud norte entre el aduar Mgaria y la Marya de Sidi Selama y continuaba por este paralelo hasta el mar<sup>141</sup>. Al Sur de Marruecos, la frontera entre los territorios español y francés se fijaba en la vaguada del Uad Draa, remontándola desde el mar hasta su encuentro con el meridiano 11º al oeste de París y continuaba por dicho meridiano hacia el sur hasta su encuentro con el paralelo 27º 40' de latitud norte. Al sur de este paralelo, los artículos 5º y 6º del Convenio de 3 de octubre de 1904 continuaban siendo aplicables. Las regiones marroquíes situadas al norte y al este de los límites indicados en este párrafo quedaban bajo la zona francesa<sup>142</sup>. Sin embargo, el establecimiento de los límites fronterizos exactos, aún quedaban por definir. A este objeto, el artículo 4º atendía a la creación de una «Comisión de fronteras» compuesta por un número de miembros a designar, en idéntico número, por cada uno de los dos países. Dicha comisión debía atender para tal fin a los accidentes topográficos y a otras contingencias para establecer los límites exactos. El Tratado franco-español del Protectorado ofrecía un gran desarrollo teórico, plasmado en el documento, pero en la práctica, ambos gobiernos no parecía que tuviesen prisa en fijar un marco temporal para comenzar con dicha tarea<sup>143</sup>.

El artículo 5º prohibía al Gobierno español toda enajenación, ni tan siquiera con carácter temporal, de sus derechos en toda su zona o parte de ella. A este artículo apelaron los franceses en 1924 cuando Primo de Rivera optó como estrategia por el abandono de posiciones en el interior que en último término permitió a Abd el-Krim atacar las posiciones más septentrionales del territorio francés en la cabila de Beni Zerual<sup>144</sup>. El artículo 6º prohibía elevar fortificaciones u obras estratégicas en la

140 CORDERO TORRES, José María: *Organización del Protectorado Español en Marruecos*, 1 vol., Madrid, Editorial Nacional, 1942, pp. 134-137.

141 Ibid., p. 137.

142 En el documento no se mencionaba la zona sur del Protectorado que había sido asignada a España en los Convenios anteriores. AREILZA Y CASTIELLA: *Reivindicaciones de España...*, Op. Cit., p. 410.

143 La cuestión de la definición de fronteras se abordó en la Conferencia de Madrid de julio de 1925, previa a la ejecución del desembarco de Alhucemas. Se puede ver el detalle de dicho trabajo en AGA, África 81/09988.

144 El asunto se tratará con detalle en el capítulo IX de la tesis: «Del golpe de Estado al desembarco. Primo de Rivera (1923-1925)».



parte de la costa marroquí descritas en el artículo 7º de la Declaración franco-inglesa de 8 de abril de 1904 y el artículo 14º del Convenio hispano-francés de 3 de octubre del mismo año. El objeto de esta medida era asegurar el libre paso del Estrecho de Gibraltar<sup>145</sup>. El artículo 7º señalaba que la ciudad de Tánger quedaba bajo un régimen especial, cuya determinación se dejaba para más adelante. Formaba de este modo una tercera zona, pero no se declaraba que tuviera que ser internacionalizada. Los africanistas desde 1912 aspiraron a controlar la ciudad, pues geográficamente se hallaba bajo su «zona de influencia». Además, para la prensa española más partidaria de la colonización, Tánger era la ciudad desde donde los franceses prestaban ayuda a los «rebeldes». Durante años las potencias occidentales, principalmente Francia, España, e Inglaterra no consiguieron concluir un acuerdo respecto a la situación de Tánger. Finalmente, en 1923 se fijó un estatuto internacional para la ciudad costera<sup>146</sup>.

### I. ORGANIZACIÓN CENTRAL DEL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS

A finales de noviembre España se convirtió en una potencia colonial de pleno derecho. Responsable de un territorio que había quedado bajo su «protección» y que debía administrar en nombre del Majzén. Fue preciso, por tanto, dotar de una estructura organizativa al territorio. La maquinaria legislativa comenzó a ponerse en marcha y pronto comenzaron a publicarse reales decretos, órdenes, reales órdenes e instrucciones. El conjunto legislativo fundamental que reguló el marco organizativo se recogió en los RR.DD. de 27 de febrero de 1913, 24 de julio, 15 de agosto y 24 de abril de 1914; Instrucción de 27 de febrero de 1913, y Reales Órdenes de 24 y 30 de abril de 1913, reformadas en el Real Decreto de 24 de enero de 1916, el cual disponía que la actuación de España en el Protectorado sería ejercida por un alto comisario, nombrado libremente por el Gobierno, dentro de los límites y condiciones establecidas por el Convenio hispano-francés de 27 de noviembre de 1912 y demás compromisos internacionales que determinaban la situación jurídica del territorio. En efecto, se trataba de una organización provisional, para la que se dictaron, como queda dicho, un Real Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, una Real Orden y unas Instrucciones del Ministerio de Estado<sup>147</sup>. Las Reales Órdenes de los Ministerios de Estado y Guerra de fecha 24 de abril marcaban en el orden político y militar, respectivamente, las atribuciones del alto comisario y de los comandantes generales de los cuales, el de Ceuta sustituiría a aquél en casos de ausencia. La dependencia de dos organismos ministeriales fue con el tiempo un problema que provocó disfunciones importantes al ralentizar todo proceso. Circunstancia a la que continuamente aludiremos en los capítulos siguientes.

145 CORDERO TORRES, José María: 1942-1943, *Organización del Protectorado Español en Marruecos...*, Op. Cit. p. 140.

146 Véase SUEIRO SEOANE, Susana: «España y el contencioso de Tánger. El estatuto de 1923» en *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987.

147 VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*. Tomo segundo. Estado Mayor Central del Ejército, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1951, pp. 670-683.

### I.1. Atribuciones del alto comisario y de los comandantes generales

La figura del alto comisario, homónimo del residente general francés fue el máximo responsable de la dirección de la «acción española» en la totalidad de la zona. A los comandantes generales les correspondía llevar a cabo, cada uno en su región (hubo tres comandancias en el período estudiado: Melilla, Ceuta y Larache) la política que les marcase en términos generales el primero, a quien, además, se le nombraba inspector general de todas las fuerzas. Un cambio significativo, en este sentido, se produjo tras la muerte del alto comisario, general Francisco Gómez Jordana en noviembre de 1918, que derivó en un cambio de orientación respecto a las tareas asignadas, pues se descargaba a este de las funciones del mando y administración de las tropas del ejército, para centrar su labor en la dirección política y administrativa del Protectorado<sup>148</sup>. En el aspecto militar los comandantes generales en el territorio de su jurisdicción conservaban sus peculiares atribuciones, pudiendo asumir la iniciativa en las operaciones de policía que debieran llevarse a cabo, participándolas al Gobierno y al alto comisario. Debían solicitar también la autorización de aquél y el previo conocimiento de éste para llevar a cabo aquellas otras que afectasen a la política general. De igual modo, estaban obligados a entenderse directamente con el Ministerio, si bien dando conocimiento al alto comisario —a cuyas inmediatas órdenes se organizaba un Gabinete Militar— de cuanto se relacionase con las medidas político-militares que adoptasen como consecuencia de las instrucciones dadas por dicho funcionario o de las que recibieran directamente del ministro de la Guerra. La ambigüedad de esta disposición ocasionó en varias ocasiones diferencias de interpretación entre las autoridades del Protectorado (alto comisario y comandantes generales) y los ministros de Estado y de la Guerra. Durante la investigación aludiremos a ella en varias ocasiones.

Otra de las obligaciones del alto comisario era acatar las órdenes procedentes del Ministerio de Estado y, conforme a las instrucciones que del ministro recibiese, debía ejercer personalmente cerca del jalifa —representante del sultán en la zona de influencia española— por medio de sus subordinados o cerca de las demás autoridades indígenas, las funciones de intervención inherentes a su cargo. Quedaba, igualmente habilitado para proponer las reformas políticas, administrativas, financieras, judiciales y militares que estimase necesarias. En 1924 el presidente del Directorio Militar, Primo de Rivera implementó algunas modificaciones que afectaron a las relaciones del alto comisario con los comandantes generales del Protectorado y entre estos y el Gobierno<sup>149</sup>. Estableció que la única vía de comunicación entre el Gobierno de España y el Protectorado en Marruecos fuese el alto comisario. Paralelamente creó, en enero de 1924 por Real Decreto, la Oficina de Marruecos; órgano para el estudio y la tramitación de todos los asuntos que el alto comisario elevase al Gobierno<sup>150</sup>. Entre 1913 y 1925 hubo nueve personas al frente de la institución: Felipe Alfau, José Marina, Francisco Gómez Jordana, Dámaso Berenguer, Ricardo Burguete, Luis Silvela, Luis Aizpuru, Miguel Primo de Rivera y José Sanjurjo; de ellos, tan solo Luis Silvela no era militar. Cabe destacar que en el caso francés durante el mismo período de tiempo ejerció el cargo una única persona, el mariscal Hubert Lyautey.

148 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, *Op. Cit.* p. 38.

149 BOE, Gaceta de Madrid, nº 195. 13 de julio de 1924, pp. 317-321

150 BOE, Gaceta de Madrid, nº 19. 19 de enero de 1924, pp. 308-309.



## J. LA COMANDANCIA GENERAL DE MELILLA. ASPECTOS GENERALES

El territorio del Protectorado se dividió militar y administrativamente en tres Comandancias: Ceuta, Melilla y Larache. Puesto que el desarrollo de la investigación afecta principalmente a la Comandancia General de Melilla —ya que la bahía de Alhucemas estaba ubicada en el territorio afecto a dicha región— analizaremos con más detalle su entramado organizativo. Para el estudio se utilizan como fuente (inédita) las memorias de tres oficiales que realizaron prácticas de Estado Mayor en la Comandancia de Melilla durante tres períodos diferentes que nos aproximan a la realidad del conglomerado organizativo y su viabilidad como institución de cara a la colonización del territorio. Desde su origen, el Protectorado se concibió con un enfoque militar. Al frente de las instituciones principales (Alta Comisaría y Comandancias Generales) hubo siempre militares. Tan solo durante unos meses, en 1923 asumió el cargo de alto comisario un civil, Luis Silvela. En aquella ocasión el Gobierno de Manuel García Prieto optó por la «vía civil» como medio de penetración (colonización) que consistió en establecer pactos con los jefes de cabila, fracción o notables influyentes. Sin embargo, dicha estrategia no comportaba nada diferente de lo que se había practicado hasta ese momento. Esa estrategia de penetración se conocía desde 1913 como «vía política».

La máxima autoridad en Melilla también denominada «Plaza» era el comandante general. Él representaba al alto comisario en la región. Bajo sus órdenes se hallaba todo un conglomerado administrativo-militar sustentado por un elevado número de militares, procedentes de distintas armas y cuerpos; si bien la mayor responsabilidad recaía en el cuerpo de Estado Mayor en lo que a cuestiones organizativas y burocráticas se refiere. En las oficinas de la Comandancia se atendía a multitud de aspectos, tales como la organización de los servicios de policía, el planeamiento de las obras civiles, las cesiones y ventas de terreno, el control de la higiene general, la colonización, las expropiaciones, la inspección de los puertos u otras muchas tareas que excedían las funciones de Estado Mayor<sup>151</sup>. Ya en el plano militar, el cuerpo de Estado Mayor asumía, en el contexto de sus funciones, aspectos tan variados como por ejemplo, el establecimiento de campamentos, los reconocimientos del terreno para el trazado de caminos, la puesta en marcha de servicios de protección y vigilancia de posiciones, el planeamiento del servicio de aguadas en las posiciones adelantadas (blocaos), la preparación táctica de ejercicios militares o el control de los aspectos administrativo-militares que atendían, en las cabeceras de territorio, las nuevas posiciones ocupadas. Durante el periodo investigado (1911-1925) la organización territorial se fue ajustando a las ocupaciones que se produjeron. Sin embargo, la Comandancia no sufrió cambios sustanciales hasta el periodo 1920-1921 cuando el comandante general de Melilla, Manuel Fernández Silvestre llevó a cabo una ofensiva de penetración por tierra con el objeto de llegar al territorio de la cabila de Beni Urriaguel. En aquel contexto todo el conglomerado organizativo territorial no pudo asumir el ritmo de las ocupaciones de Silvestre y muestra de ello fue el colapso que se produjo en el conjunto del territorio tras la caída de Annual en julio de 1921. Posteriormente, una vez ocupada militarmente la bahía de Alhucemas la Comandancia General sufrió una reorganización para administrar el nuevo territorio ocupado. A continuación, se pre-

151 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*. 1916, p. 8

senta la estructura orgánica de la Comandancia y se analiza el funcionamiento del régimen interior del conjunto de la Comandancia.

### J.1. Comandancia General: régimen interno

La Comandancia se dividió administrativamente en cinco secciones. Aparte como Melilla era también Gobierno Militar, existía, asociado a este, un «negociado de plaza». Excepto la quinta sección — que estaba a cargo de un archivero — el resto estuvieron dirigidas por un jefe de Estado Mayor auxiliado en sus funciones por otros jefes y capitanes de Estado Mayor, además del personal del Cuerpo auxiliar de Oficinas Militares. Igualmente, cada sección contaba con un número indeterminado de cabos y sargentos de Infantería de la guarnición, que desempeñaban funciones de escribientes<sup>152</sup>.

Secciones:

a) Primera. Se ocupaba de todo lo que afectaba a la instrucción, organización y movimiento de generales, jefes y oficiales; del mismo modo, se ocupaba del personal de tropa. Tramitaba altas y bajas de ganado.

b) Segunda. Intervenía en todo lo referente a la construcción y mantenimiento de obras civiles y militares. Atendía las cuestiones de sanidad e higiene pública y militar. Organizaba todo lo que tuviera relación con los servicios públicos, aspectos de la colonización, funcionamiento de sociedades y centros de cultura.

c) Tercera o de Campaña. Asumía las competencias de todo lo referente al movimiento de tropas, de la instrucción y de las operaciones. Del mismo modo, todos los asuntos que tuvieran relación con el reclutamiento y concentración de fuerzas. Se ocupaba también del abastecimiento del ejército y se encargaba de la organización, higiene y régimen interior de las posiciones. Dirigía y controlaba los movimientos de la marina mercante y de guerra, de la aviación y de todo lo relativo a las comunicaciones en el interior del territorio. Abarcaba también los asuntos correspondientes a las relaciones políticas con el extranjero. La sección estaba constituida por un comandante de Estado Mayor, por dos capitanes del mismo Cuerpo, y por un oficial 2<sup>a</sup> de oficinas militares. Uno de los capitanes organizaba el servicio de intendencia: suministro de víveres, agua, pienso, petrolinas para la conservación en los distintos campamentos y posiciones del agua potable, convoyes, reposición de toda clase de tiendas de campaña, bien cónicas, ya individuales. También se ocupaba del servicio de aprovisionamiento de cartuchería para fusil, además de suministrar los proyectiles de artillería para las baterías de posición y las baterías de montaña<sup>153</sup>. También entraba dentro de sus competencias todo lo relacionado con la sanidad militar, que daba cobertura a las circunscripciones y cabeceras de más (unidad regular indígena del ejército colonial español). Por último, se encargaba de la censura de los periódicos que llegaban a Melilla procedentes de la Península<sup>154</sup>. El segundo de los capitanes tenía como función principal la instrucción de las tropas. Entre sus funciones estaba también la elaboración de croquis

152 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla...*, Op. Cit., p. 9

153 DÍEZ de RIVERA, Pedro: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*, 1918, p. 18.

154 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*. Op. Cit., p. 11.



del terreno donde debían llevarse a cabo operaciones militares. Tenía la obligación de organizar las visitas de las personalidades, civiles o militares, que acudían a Melilla. Por su parte, el comandante jefe de la sección se reservaba la alta dirección de esta, es decir todos los asuntos relacionados con la política ejercida por la Oficina Central de Asuntos Indígenas en las cabilas pertenecientes a la zona no ocupada; asuntos relacionados con el espionaje, contrabando de armas y municiones. Se encargaba de la redacción de los planes de operaciones, órdenes de marcha y concentración de tropas. Desde las oficinas de la tercera sección se facilitaba diariamente a la prensa local las noticias que consideraban oportuno publicar.

d) Cuarta. Esta sección tenía bajo su responsabilidad todo lo referente a la administración de justicia. Quienes prestaban servicio en la sección se ocupaban de tramitar los consejos de guerra y, en general, de todo lo que tuviera relación directa con la prisión, indulto, libertad y destino a penal de los encausados. Gestionaba también el nombramiento de personal de jueces, fiscales y defensores; el registro e historial de los procesos incoados y su remisión al auditor y a los jueces; los extractos de las causas y los decretos de resolución de los procedimientos.

e) Quinta. Se ocupaba de aquellos asuntos que tuvieran relación con las clases pasivas: haberes, contabilidad, etc. Instruía los expedientes de ingreso en inválidos. Trataba cuestiones de orfandades. Por lo que respecta a la parte civil eran de su incumbencia todas aquellas cuestiones que solían estar a cargo de la secretaría del Gobierno Civil de una provincia, como espectáculos, licencias de armas, caza y pesca, certificados de óbito, cooperativas, destinos civiles, estadística sanitaria, etc.

f) El Negociado de la Plaza. Se encargaba de autorizar la exención del pago de derechos de aduana de los artículos y efectos que se remesaban a las posiciones y destacamentos (aduanas del Majzén). Llevaba el registro de las condecoraciones de San Hermenegildo. Redactaba las hojas de servicio de los militares y las propuestas de retiro de jefes y oficiales, cuya documentación se custodiaba en la Comandancia General.

Podemos observar tras un análisis sobre las competencias de cada una de las secciones que la clasificación de los asuntos no era suficientemente clara ni precisa. El capitán Epifanio Gascueña señala que era frecuente que en un asunto interviniesen sucesivamente dos secciones distintas, lo cual generaba confusión a la hora de encasillar los asuntos en cada sección<sup>155</sup>. Lo que parece claro es que existía un dominio abrumador de la tercera sección respecto a las restantes en cuanto a los asuntos que trataba. Tanto Gascueña como Díez de Rivera coinciden en este análisis respecto a las competencias atribuidas a cada sección. Una posible explicación de que se produjeran duplicidades nos la aportan las memorias de los oficiales. Podemos apuntar, pues, tres motivaciones fundamentales: en primer lugar, llevar a cabo una gestión del territorio como si se tratase de una Capitanía General de la Península, organizada para una situación de paz y no de guerra; una segunda causa podemos atribuirla a la inercia adquirida, ya que hubo una época (1913-1915) en la que siendo jefe de sección una persona unida por lazos familiares al comandante general y, por tanto, de su absoluta confianza, resolvía todos los asuntos delicados y de responsabilidad para el general; de manera que,

155 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla ...*, Op. Cit. p. 7



tramitaba asuntos que no le correspondían con arreglo a la clasificación clásica. Fue el período en el que el general Francisco Gómez Jordana fue comandante general de Melilla y en la sección de campaña ejercía como jefe el entonces comandante Francisco Gómez Sousa destinado allí en comisión, entre el 1 de enero de 1913 y el 15 de julio de 1915<sup>156</sup>. Un tercer motivo pudo ser la distribución de asuntos que no debían separarse porque sí, ya que, conforme a la opinión de Gascueña y Armada no se trataba de una organización peninsular en un contexto de paz. En campaña el servicio de Estado Mayor abarcaba cuestiones precisas, determinadas y tan íntimamente ligadas, que, en su opinión, no debían haberse separado en secciones, sino estar agrupadas en una sola. De hecho, así fueron organizados los Cuarteles Generales de Cuerpo de Ejército en campaña de las naciones implicadas en la Primera Guerra Mundial; en una sección de Estado Mayor denominada de «Campaña» en la cual un número determinado de oficiales se distribuían los asuntos del servicio: operaciones, marchas, alojamientos, alimentación, comunicaciones y su seguridad, dejando todo lo demás a cargo de otras secciones con oficiales que no pertenecían al Cuerpo de Estado Mayor<sup>157</sup>.

Aparte, hubo otro problema, y fue la redacción de las órdenes generales. El mando era único y las secciones obraban por delegación, por lo tanto, en opinión de los oficiales en prácticas de la Escuela de Estado Mayor, no debía haber habido nada más que una orden general diaria con tantos artículos como hiciesen falta para incluir las necesidades de todas las secciones; sin embargo, «había días que se dictaban hasta cuatro adiciones a una orden general»<sup>158</sup>. Entronca esta crítica, respecto a la organización interna de la Comandancia, con la denuncia que Ramón Armada señala en un contexto cronológico más tardío. Denunció «falta de coordinación» entre los encargados de las operaciones militares y los responsables de la acción política; circunstancia que, a su juicio, provocó frecuentes disfunciones en la Comandancia. En 1926, el oficial de estado Mayor en prácticas, Ramón Armada relató cómo, incomprensiblemente, al proyectarse operaciones de policía en las que tan solo intervenían tropas de Policía Indígena, el Estado Mayor, en frecuentes ocasiones no tenía conocimiento oficial de ellas. La dualidad de mandos o independencia de tropas tuvo consecuencias negativas en el desarrollo y evolución del objetivo fundamental: «someter a las cabilas y dominar del territorio»<sup>159</sup>. En diciembre de 1925, una vez consolidada la ocupación de Axdir —capital del «Estado del Rif» y Cuartel General de Abd-el-Krim—, y empeñado el ejército en las operaciones de ocupación y sumisión de las cabilas «rebeldes», se decidió reorganizar la Comandancia General de Melilla. Se suprimieron entonces las secciones tal y como estaban organizadas y se estableció una nueva distribución para adaptarla a la nueva situación. Se optó por una división en tres secciones: «Sección de Estado Mayor» que se encargaba de la organización de la Comandancia, de la subsistencia y asistencia de la tropa y de la política y la diplomática que se implementaba en el territorio; «Sección de Asuntos

156 Un estudio detallado del Teniente General Francisco Gómez-Jordana Sousa se puede ver en DÍEZ RIOJA, Ramón: Francisco Gómez-Jordana: *Su participación en el Gobierno y la diplomacia durante el proceso de formación del Estado franquista (1936-1944)*. Trabajo Final de Máster, Universidad Autónoma de Madrid, septiembre de 2013.

157 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla...*, Op. Cit. pp. 8-9.

158 Ibid., p. 8

159 ARMADA, Ramón. *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*. 1926, p. 22.



Generales» para todos los aspectos que afectaban al elemento civil; y una tercera sección dedicada a la «Contabilidad» que se encargaba del control de los gastos que afectaban al territorio de la Comandancia General. Al frente de toda esta organización se dispuso un coronel de Estado Mayor, que a su vez debía ejercer las funciones de jefe de Estado Mayor de la Comandancia.

### CONCLUSIONES

En el presente capítulo hemos visto como los sucesivos gabinetes españoles fueron implicándose cada vez más en la «aventura» colonial en el norte de Marruecos. Los motivos de la injerencia de España en Marruecos fueron en parte voluntarios, y en parte derivados del complejo panorama de las relaciones internacionales. Desde 1904 hasta 1912 se sucedieron una serie de tratados o convenios bajo el denominador común del reparto de Marruecos. Los gobiernos españoles estuvieron en todo momento sujetos a la tutela internacional, principalmente de los gabinetes franceses e ingleses. Pero entre los políticos españoles nunca hubo una idea clara y precisa de cómo afrontar la labor de Protectorado en Marruecos. Esto fue debido a que para España suponía una gran carga, que significaba destinar muchos recursos en un período económicamente difícil en el interior del país. Los partidarios del colonialismo no tuvieron en España el peso suficiente para influir en la opinión pública y convencerla de los beneficios que en su opinión acarrearía la «acción colonial». El ejército español —primero expedicionario y luego colonial— por efecto de los tratados y amparado en la legitimidad que estos le conferían fue ocupando territorios en el norte de Marruecos desde 1908, apelando a la seguridad de sus ciudadanos, residentes en las plazas de soberanía española, Ceuta y Melilla. A partir de 1912 las ocupaciones se realizaron en nombre del Majzén.





### CAPÍTULO III

#### JEFES Y OFICIALES EN LA GUERRA DE MARRUECOS: APROXIMACIONES Y DIVERGENCIAS

En el presente capítulo se analizan las distintas formas que los militares españoles destacados en Marruecos (con interés preferente en la Comandancia General de Melilla) tenían respecto sobre cómo llevar a cabo la penetración colonial en Marruecos. Partiendo de que todos asumían que la expansión colonial en el norte de África volvía a colocar a España en la senda del imperialismo, veremos dos interpretaciones distintas dentro del grupo denominado «africanista» (así es como se conoce al sector castrense más importante que prestó servicio en el Protectorado)<sup>1</sup>. Por un lado, los partidarios de una acción enérgica y belicista que defendían la guerra como única vía de penetrar y pacificar el territorio; por otro, quienes apostaban por una estrategia basada en la «penetración pacífica armada» que consistía en poner en marcha medidas «políticas» de atracción de las personas más influyentes de cada *aduar* o fracción de cabila. Los partidarios de este procedimiento justificaban el despliegue de la maquinaria de guerra tan solo en el caso de que fallara la «vía diplomática». Una estrategia concebida para desarrollar de forma simultánea a partir de dos puntos convergentes: desde Melilla hacia el interior penetrando a través del valle del Kert, sometiendo y pacificando el territorio de Beni Said, Tafersit, Beni Ulichek y Beni Tuzin y desde la bahía de Alhucemas, en el territorio de Beni Urriaguel, para irradiar la «acción política» a la cabila de Tensamán hacia el Este y Bocoya y Beni Iteft en dirección Oeste. El acceso y posterior control de la bahía se planeó a través de una operación anfibia; sin duda, el gran proyecto militar del colonialismo español en Marruecos. Una operación diseñada por primera vez en 1911 por los partidarios de la línea menos dura del africanismo militar español y que asumieron e hicieron suya quienes defendían la vía más belicista, a partir de los hechos de Annual en el verano de 1921. Porque hasta entonces, si bien asumían que ocupar posiciones en la cabila de Beni Urriaguel era parte de la solución —en el sentido de pacificar el territorio— no consideraron la opción del desembarco como estrategia para alcanzar el objetivo. De hecho, Silvestre, un convencido partidario del uso enérgico de la fuerza, lo intentó por vía terrestre,

---

<sup>1</sup> Véase la obra de MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019.

dirigiendo a las columnas de cerro en cerro, sin atender las indicaciones del personal de Oficinas de Asuntos Indígenas que le aconsejaban prudencia en el avance. Con el derrumbe de la Comandancia General de Melilla quedó demostrado que la vía de penetración terrestre para someter la cabila de Beni Urriaguel fue un error. El escenario, pues, cambió a partir del desastre de Annual, y la opción del desembarco fue compartida por todos los africanistas, incluso por el núcleo más duro. Finalmente, la operación se llevó a cabo en 1925 bajo el mando de Miguel Primo de Rivera.

Como en toda empresa colonial, muchos de los naturales no aceptaron la injerencia de una potencia exterior. Movidos, unas veces por razones de religión, otras por un sentimiento nacionalista, y en la mayoría de las ocasiones conjugando ambas motivaciones, plantaron cara a los colonizadores y ocasionaron varios reveses a quienes consideraban meros explotadores sin intención de respetar su cultura y religión. Así lo explicaba, por ejemplo, Mohamed Azerkán «el Pajarito», lugarteniente y cuñado de Abd el-Krim, en las conversaciones de paz que llevaron a cabo españoles y rifeños en marzo de 1925:

El Rif, históricamente ha formado una comarca de excepción dentro de la organización política de Marruecos. Los rifeños se mantuvieron siempre fuertes en sus montañas donde jamás tuvo presencia el sultán y, por consiguiente, nunca se le habían pagado impuestos, ni tampoco hubo en ningún período representantes religiosos ni judiciales. El Rif fue siempre independiente<sup>2</sup>.

Si la expansión colonial provocó la resistencia de los nativos, la actitud de respuesta indígena derivó en guerra. Una sucesión de campañas que se desarrollaron en el tiempo de forma intermitente durante más de tres lustros, estableciéndose una relación directa entre penetración en el territorio y conducción de las operaciones. Observamos en este caso también dos formas de interpretar la guerra. El sector menos duro optó por combinar las acciones de guerra y la negociación frente a la postura de la línea menos transigente que propugnaban una guerra a «sangre y fuego», sin abrir espacios de negociación. Durante el período que transcurre desde 1909 hasta 1919 triunfaron las tesis que conjugaban la estrategia «del palo y la zanahoria», siendo protagonista y firme partidario de este método el general Francisco Gómez Jordana; entre 1919 y 1921 prevalecieron las teorías más belicistas de la mano de los generales Dámaso Berenguer y Fernández Silvestre; por último, durante 1921 y 1927 (marco temporal de la última campaña) se alternaron ambos procedimientos: desde el intento de establecer un Protectorado «puramente civil»<sup>3</sup> hasta el empleo de la mayor potencia de fuego puesta en marcha hasta entonces por el ejército español (con apoyo francés), con motivo de la operación de desembarco en Alhucemas, que significó un golpe casi definitivo para la resistencia rifeña.

2 «Echevarrieta y Abd el-Krim. Las proposiciones de paz del caudillo rebelde», *El Año Político*, 1925, p. 257.

3 Manuel Aguirre de Cárcer lo denominó «El Protectorado al revés» apelando a una frase del alto comisario, Luis Silvela en la que afirmó: «Ya que no vamos nosotros a Alhucemas, Alhucemas vendrá a nosotros». AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*, Madrid, Gráficas Lar, 1944, p. 126.





### A. LOS MILITARES Y EL EJÉRCITO ENTRE 1898 Y 1909

La derrota colonial de 1898 colocó a los militares ante la opinión pública en una situación de debilidad y descrédito. El ejército y en particular los militares se convirtieron en el chivo expiatorio de la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas. En el Senado se escucharon discursos como el que pronunció el Conde de las Almenas, José María del Palacio y Abárzuza, el 7 de septiembre del mismo año, donde cargaba contra los jefes militares del ejército colonial:

Yo, como representante de la nación, dirijo un saludo a esas víctimas de la guerra, a esos soldados que regresan a la Patria maltrechos por la enfermedad y las balas, vencidos y humillados; pero sin hacer extensivo este saludo a sus jefes, que no han sabido o no han podido conducirles a la victoria, y ya que no a la victoria, a caer con honra y con prestigio [...]. La discusión vendrá y las responsabilidades vendrán también. Sí, y lo han de ser, pues precisa arrancar de los pechos muchas cruces y subir muchos fajines desde la cintura al cuello<sup>4</sup>.

Fueron acusados de incompetentes y cobardes por republicanos, socialistas y anarquistas<sup>5</sup>; partidos y movimientos sociales que cargaban también contra los gobiernos de la Restauración a quienes culpaban de la mala situación económica que atravesaba el país. En ese contexto y sin un servicio policial eficiente en la España de inicios del siglo XX, las autoridades políticas pensaron que los militares podían ser un instrumento eficaz de respuesta a los sectores sociales que se manifestaban en las calles contra el Gobierno. El choque desigual que se produjo entre los militares y la ciudadanía supuso un punto de inflexión como sostiene Sebastian Balfour, pues significó la ruptura de un vínculo entre ambos sectores, una relación que había funcionado bien durante la primera mitad del siglo XIX<sup>6</sup>. Pero no solo la aparición del movimiento obrero; el surgimiento de las aspiraciones nacionalistas en las regiones de Cataluña y Vascongadas se convirtió en un problema que los militares percibieron como una amenaza para la integridad de la nación. Si ellos habían sido el elemento principal de la configuración del estado-nación durante el siglo XIX, se atribuían la prerrogativa de salvaguardar los intereses de España<sup>7</sup>. Asumido, por tanto, el papel de «guardianes de la integridad de España», los oficiales destacados en Cataluña protagonizaron el asalto, el 25 de noviembre de 1905, a la redacción de la revista satírica y nacionalista catalana *Cu-Cut*, como reacción a una caricatura en la que se mostraba a un civil y a un militar vestido de húsar, observando un banquete, con el siguiente diálogo: «¿Qué se celebra aquí que hay tanta gente —preguntaba el militar—?, El Banquete de la Victoria —respondía el civil — ¿De la victoria?, Ah, vaya, serán paisanos». En realidad, lo que se cele-

4 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000, p. 41. Blanco toma la cita de FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1977, pp. 159-160.

5 FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia del reinado de Alfonso XIII...*, Op. Cit., p. 171.

6 BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002, p. 34.

7 Con motivo del curso «Introducción a la Historia Militar» celebrado en el Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, entre octubre y noviembre de 2014, dos de los conferenciantes coincidieron en que el liberalismo y la creación del estado-nación fue obra de los militares. ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA: «*el liberalismo en el siglo XIX lo implanta el Ejército*». Conferencia pronunciada el día 11 de noviembre de 2014 en el IHCM; y, FERNANDO PUELL DE LA VILLA: «*el liberalismo lo traen los militares*». Conferencia pronunciada el día 11 de noviembre de 2014 en el IHCM.

braba era el triunfo de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó y Enric Prat de la Riba en las elecciones municipales que se habían celebrado ese mismo mes<sup>8</sup>. Los militares saquearon las oficinas de la citada revista y de un diario también nacionalista, *La veu de Catalunya*. Aquellos hechos provocaron la reacción del Gobierno que aprobó en el Congreso de los Diputados la «Ley de Jurisdicciones» que suponía colocar bajo jurisdicción militar los delitos de ofensas orales o escritas contra la integridad de la patria, la bandera o la honorabilidad del ejército<sup>9</sup>. Si Cánovas del Castillo a partir de 1876 había conseguido que los militares regresaran a los cuarteles y abandonasen de este modo su presencia en las instituciones políticas del Estado, las circunstancias motivaron de nuevo su aparición en la vida pública del país. ¿Qué circunstancias provocaron dicha presencia? Balfour señala que los militares, a partir del cambio de centuria, dejaron de ser progresistas para adoptar posiciones antidemocráticas; un cambio de opinión que hizo que virasen hacia ideas políticas de marcado carácter conservador<sup>10</sup>. Y es que el deseo de los sucesivos gobiernos de implementar medidas tendentes a la centralización del país se vio entorpecido por el impulso regionalista de los políticos catalanes. Salvaguardar el *statu quo* implicaba pues, contar con una fuerza militar que garantizase el orden social; por tanto, los políticos restauracionistas no pudieron desgajar a la institución castrense del Gobierno porque contaban con ellos como herramienta represiva.

Así mismo, los propios militares arremetían contra las propagandas antimilitaristas pergeñadas por los partidos de izquierdas y se autoproclamaban garantes del orden<sup>11</sup>. En un artículo publicado en *La Correspondencia Militar* se describían los factores que en España había para que prosperase esa propaganda antimilitarista, y a su juicio era producto de la anarquía desenfundada de ideas en que se vivía. Frente a esa propaganda que los presentaba como inútiles y costosos, justificaban su papel en la sociedad esgrimiendo que «no existe, entre las instituciones de orden temporal, otra de utilidad mayor y más evidente, ni que cueste menos en relación con el bien que produce»<sup>12</sup>. Porque el orden —opinaban— no podía existir ni conservarse sin un ejército permanente bien organizado:

El ejército es la condición *sine quanon* de todo progreso legítimo, de todo bienestar público, de toda libertad efectiva, porque el ejército es la paz; y sin paz, progreso, bienestar y libertades, no son más que palabras vanas<sup>13</sup>.

En el difícil contexto de principios del siglo XX, los militares contaron con el apoyo del rey, Alfonso XIII que consideraba al ejército como «el apoyo más firme del orden social, el cimiento más seguro de la paz pública, el defensor más resuelto de las instituciones, la base más sólida del bienestar y de la felicidad patria»<sup>14</sup>.

8 SECO SERRANO, Carlos: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984, pp. 237-238.

9 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco...*, *Op. Cit.*, p. 42.

10 BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos ...*, *Op.Cit.* p. 38.

11 SUEIRO SEOANE: Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930)*. Madrid, UNED, 1993, pp. 8-10.

12 «Las izquierdas y el antimilitarismo. ¡Mucho cuidado!», *La Correspondencia Militar*, 8 de julio de 1909.

13 Ibid.

14 VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y política*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, p. 263.



## B. MARRUECOS: UN NUEVO ESPACIO DE ACCIÓN PARA LOS MILITARES

Antes de abordar el contenido de este apartado es preciso analizar en cifras la composición del ejército tras las pérdidas de ultramar. Los datos resultan significativos, veamos: el ejército contaba con 529 generales y 23.767 oficiales (muchos de ellos en la reserva) para un ejército de 110.926 soldados<sup>15</sup>. Esto quiere decir que la proporción por general era de 340 soldados, mientras que la de un oficial era de siete soldados. Durante los primeros lustros del siglo XX, la mitad del presupuesto de Guerra se destinaba a pagar los sueldos. Si establecemos una comparación con el ejército francés observamos que, del total del presupuesto, una sexta parte era la que se destinaba a los sueldos. Por tanto, si la mitad del dinero de Guerra en España se reservaba al pago de salarios es razonable pensar que el equipamiento de los soldados se encontraba en una situación deplorable<sup>16</sup>. Igualmente deficiente era la instrucción de la tropa por la falta de inversión y por la escasa formación que tenían los soldados españoles sin posibilidades de acceder a los programas de educación, bien por la inexistencia de escuelas en los pueblos, bien porque las obligaciones familiares les impedía asistir a clase. Sin embargo, las clases medias mejor formadas burlaban el servicio militar a través de varias figuras legislativas<sup>17</sup>. Si continuamos con la comparación, en este caso con otro ejército, el británico, observamos que la diferencia es, igualmente, notable. Si en 1909, el ejército español contaba con 60 generales de división, el británico disponía de 34, casi un cincuenta por ciento menos, para un total de soldados de 111.435 y 374.000 respectivamente.

A partir de los datos expuestos se puede interpretar que el ejército español estaba considerablemente sobrado de jefes y oficiales.<sup>18</sup> La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas provocó entre los militares que Marruecos se viese como una nueva oportunidad; un espacio donde crecer profesionalmente y poder aligerar la pesada mochila de la derrota que portaban a la espalda<sup>19</sup>. A partir del establecimiento del Protectorado en noviembre de 1912, el norte de Marruecos se convirtió, de hecho, casi en un «feudo» de los militares<sup>20</sup>. Suponía, a juicio de los editores de *El Correo Militar*, «una compensación ventajosa por los pasados desastres»<sup>21</sup>. Una gran parte de los jefes y oficiales que habían tomado parte en las campañas finiseculares de Cuba y Filipinas continuaron prestando servicio en Marruecos<sup>22</sup>. La mayoría de ellos «formaban parte de ese colectivo nostálgico de la España Imperial»

15 *Anuario militar* correspondiente al año 1900.

16 BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal...*, *Op. Cit.* p. 35.

17 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*. Barcelona, Editorial Labor, 1989, p. 11. Véase también, PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la mili*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

18 GÁJATE BAJO, María: «El Ejército Colonial español en Marruecos. Distintas percepciones del Protectorado», *Revista de Historia Actual*, Vol. 8, Núm. 8 (2010), 101-109.

19 GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, Pablo: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2003, p. 294.

20 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)». *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, 15, 2016, pp. 99-122. Ver MAS CHAO, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988, p. 25.

21 «La cuestión marroquí. España dormida», *El Correo Militar*, 21 de mayo de 1900.

22 AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos*. RABAT, Instituto de Estudios Hispano-Lusos de Rabat, 2009, p. 202. Un estudio detallado de los militares que tomaron parte en ambas guerras, además de la vinculación entre las guerras finiseculares y las campañas de Marruecos, véase en: MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, pp. 79-99.

siendo su principal objetivo la intervención militar con el fin de recuperar los tiempos de gloria del ejército y de España<sup>23</sup>. Generales como José Marina, Felipe Alfau, García Aldave, Gómez Jordana y Francisco Larrea fueron los pioneros del «africanismo» colonial español en Marruecos cuyas raíces se encuentran en Cuba y Filipinas como ha demostrado Daniel Macías<sup>24</sup>. Pero estos jefes, poco tienen que ver con los «africanistas» que protagonizaron el golpe de Estado de 1936 y que encarnaban una nueva generación: Franco, Mola, Varela, Muñoz Grandes, Goded, Fanjul... La historiografía ha considerado a todos por igual y es un error, pues el «africanismo» vinculado a jefes y oficiales contó con grandes hombres, honrados y buenos profesionales como Francisco Gómez Jordana, Ricardo Fernández Tamarit, Gabriel Morales Mendigutía o Luis Aizpuru Mondéjar por citar algunos nombres<sup>25</sup>.

Mientras Morales Lezcano interpreta que la escalada militar, a partir de 1909, fue por la herencia militarista del ochocientos español, exagerada por el desastre del 98, Vicente García Franco opina que dicho protagonismo se derivó de la especial constitución física y humana de la zona del Protectorado<sup>26</sup>. Las campañas militares que se sucedieron casi ininterrumpidamente desde 1909 y que comenzaron a formar parte de la cotidianeidad del ejército de África en las capitanías y luego comandancias de Ceuta, Larache y Melilla, reportaron a jefes y oficiales ascensos y recompensas económicas que levantaron ampollas entre los militares de la Península. Estos últimos elevaron sus quejas a las autoridades gubernamentales por la injusticia que para ellos suponía lo que estimaban un agravio comparativo. Comenzó, pues, un enfrentamiento entre partidarios y detractores de los ascensos por méritos de guerra que se prolongó hasta 1922 con la supresión de las Comisiones Informativas. La división entre los dos bloques comenzó a raíz del restablecimiento, por parte del general Luque (ministro de la Guerra en varios períodos entre 1906 y 1917) del sistema de ascensos por méritos de guerra para jefes y oficiales, suprimido tras el final de las campañas de 1898<sup>27</sup>. La Real Orden por la que se restituyó el sistema de ascensos se convirtió en un asunto espinoso y de marcada controversia en el seno del ejército<sup>28</sup>. Por un lado, los jóvenes oficiales que egresaban de las academias, fundamentalmente de la de Infantería de Toledo, acogieron la noticia con agrado, ya que les permitía realizar una carrera rápida, en ocasiones fulgurante, si acudían al teatro de operaciones de Marruecos. Por otro lado, los defensores del sistema de ascensos por antigüedad que reaccionaron de forma hostil ante lo que consideraban injusto en el escalafón de ascensos. En el Congreso de los Diputados también se hicieron continuas interpelaciones relacionadas con la sospecha de que algunos militares destinados en África estaban recibiendo un trato de favor y se les habían concedido recompensas con la cruz roja pensionada<sup>29</sup>.

23 AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos...*, Op. Cit., p. 202. Cita que recoge de Andrés Más Chao: *La formación de la conciencia africanista en el ejército español 1909-1926...*, Op. Cit. p. 15.

24 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit.

25 Ibid., pp. 39-40. El autor analiza con detalle este aspecto. Señala que el panorama del ejército español en África fue muy complejo y no se debe identificar a todos los que sirvieron en las colonias «musulmanas» españolas como «africanistas». «No todo el que estuvo en el norte de África fue un africanista».

26 MORALES LEZCANO, V: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)* Madrid, Siglo XXI, 1976.

27 MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*, Madrid, Alianza, 2009, p. 87.

28 BOE, Gaceta de Madrid, núm. 146, 25 de mayo de 1912, pp. 442-448.

29 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 133, legislatura 1911-1914, 08-06-1912, pp. 3611 a 3650) La interpelación corresponde a Joaquín Llorens y Fernández de Córdoba, diputado carlista.



Las tensiones se multiplicaron cuando tras el desastre del «Barranco del Lobo» el ejército dirigido por el general Marina consiguió recuperar el monte Gurugú, valiendo aquella operación el ascenso de muchos de los oficiales que participaron en la acción. Mientras, en Madrid los militares que prestaban servicio en la Península pidieron la destitución del ministro de la Guerra al que juzgaban el principal culpable de crear malestar en el seno del ejército. Se llegó, incluso a editar un folletín que distribuyeron por la capital, recriminando la política del Gobierno por lo que estaba sucediendo en el ejército de África. En él denunciaban, por ejemplo, que el capitán Dámaso Berenguer, «hijo político» del ministro Luque, fue a Melilla con veinticuatro días de antigüedad en su empleo, y tras la campaña del verano de 1909, volvió con el grado de teniente coronel<sup>30</sup>. Se tiene la opinión que la entrada en vigor de dicho sistema dio lugar a la formación de camarillas, propició los favoritismos y estimuló la corrupción<sup>31</sup>. Pero, en última instancia quien sancionaba las propuestas de ascenso era el rey, un «africanista» convencido que apoyaba a los militares que prestaban servicio en tierras africanas y no ocultaba su simpatía por algunos de los más destacados como Manuel Fernández Silvestre, Dámaso Berenguer o Franco más adelante. No en vano, el rey consideraba al ejército como «la esencia histórica y moral de la nación»<sup>32</sup>. El monarca se mostró siempre partidario de la guerra en Marruecos y defensor de los ascensos por méritos de guerra, pero evitando importunar a los peninsulares<sup>33</sup>.

Durante el año 1917 la situación se complicó y los militares descontentos con la política del Gobierno se agruparon en torno a las «Juntas Informativas de Defensa» que lideró el coronel Benito Márquez Martínez, «oficial airado, pendenciero y jugador»<sup>34</sup>. El objetivo de éstas era poner fin al favoritismo y a las recompensas militares, así como el respeto absoluto de la escala cerrada; es decir, la defensa de los ascensos por antigüedad y no por méritos de guerra. Las juntas consiguieron un reconocimiento oficial y, por tanto, legal a partir de 1917, siendo ministro de la Guerra, Juan de la Cierva y presidente del Consejo, Manuel García Prieto<sup>35</sup>. De la Cierva las llegó a calificar de providenciales<sup>36</sup>.

El ministro acordó con los representantes de la Juntas una serie de reformas que quedaron recogidas en la «Ley de Bases» de 1918<sup>37</sup>. La principal medida fue la regulación de los ascensos por méritos de guerra. La propuesta de ascenso quedó del siguiente modo: en primer lugar, la propuesta debía partir del general en jefe; a partir de ese momento se instruiría un expediente contradictorio, debiendo ser favorablemente informado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina (trámite que se anuló en 1922). Finalmente, el ascenso se consumaba a partir de una ley aprobada en el Congre-

30 Archivo de Natalio Rivas. 11/8896. Documento publicado por Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea...*, Op. Cit. La cuestión de las Juntas de Defensa la analiza a fondo ALONSO IBÁÑEZ, Ana Isabel: *Las Juntas Militares de Defensa (1917-1922)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

31 CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 19-20.

32 FERRERA CUESTA, Carlos: «Formación de la imagen monárquica e intervencionismo regio: los comienzos del reinado de Alfonso XIII (1902-1910)», *Hispania*, 2004, núm. 216, pp. 237-266.

33 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco...*, Op. Cit., p. 53

34 Ibid., p. 44.

35 [http://humanidades.cchs.csic.es/ih/paginas/jrug/diccionario/gabinetes/index\\_gabi.htm](http://humanidades.cchs.csic.es/ih/paginas/jrug/diccionario/gabinetes/index_gabi.htm). [En línea], 2 de marzo de 2018.

36 LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis doctoral, Madrid, UCM, Facultad de Geografía e Historia, 1997, p. 309.

37 BOE, Gaceta de Madrid, núm. 181, 30 de junio de 1918, pp. 823-841. Ley aprobando las bases para la reorganización del Ejército.



so.<sup>38</sup> La ley de Bases dejaba claro que la concesión de ascenso solo era para «casos extraordinarios» en los que «se pusiera de manifiesto, en la dirección y mando de tropas en campaña, relevantes y notorias condiciones»<sup>39</sup>. Aquella Ley de Bases tuvo consecuencias en el ejército de África; alguna de las más importantes —apuntada por los africanistas— fue que los oficiales más jóvenes, al no poder ascender por méritos de guerra, no solicitaban dicho destino y, por tanto, la necesidad de cubrir las plantillas de oficiales hacía que los destinos fueran forzosos. Resultaba pues que «la guerra de Marruecos sin la golosina de los ascensos por méritos era como un automóvil sin carburante. No podía funcionar»<sup>40</sup>. En 1919 las juntas pasaron a denominarse «Comisiones Informativas» en virtud de la modificación del reglamento. Éste establecía la figura de un representante por cada arma, centralizado por el Ministerio de la Guerra<sup>41</sup>. En vísperas de Annual el peso de las Juntas alcanzó su apogeo, cuyas consecuencias en el Protectorado fueron visibles: relevo acelerado e improvisado de mandos, oficiales permanentemente desmotivados; «no había planes, no había autoridad, no había ejército». Los mandos superiores permanecían en su puesto quince días. Toda la responsabilidad recaía sobre tenientes y capitanes<sup>42</sup>. Las divisiones en el seno del ejército se acentuaron tras el desastre de Annual. El general Cabanellas, cuando llegó al frente de su columna a Zeluán (14 de octubre de 1921) y Monte Arruit (24 de octubre), con toda seguridad afectado al contemplar los cuerpos insepultos de los soldados envió una carta a las Juntas, en la que responsabilizaba a estas del abandono de ambas posiciones<sup>43</sup>.

En ese mismo contexto, en septiembre de 1921, acudió a Melilla una delegación de las Comisiones Informativas que causó malestar entre los mandos de la zona<sup>44</sup>. El ministro de la Guerra, Juan de la Cierva y Peñafiel, en sus memorias reconoció años más tarde que desde el primer momento en el que asumió el cargo, en agosto de 1921, tanto el presidente del Consejo, Antonio Maura como el propio Alfonso XIII, se mostraron partidarios de disolver las comisiones<sup>45</sup>.

### C. LOS RASGOS IDENTITARIOS DE LOS AFRICANISTAS

A partir de 1909 se produjo una intensificación de los enfrentamientos bélicos entre el ejército expedicionario español de África y las cabilas que habitaban la zona oriental bajo influencia española. En efecto, el punto de partida de esta escalada bélica fue la campaña del Rif (9 de julio – 31 de diciembre) y los sucesos del «Barranco del Lobo». A la campaña del Rif le sucedió la campaña del Kert,

38 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco...*, Op. Cit., p. 56.

39 BOE, Gaceta de Madrid, núm. 181, 30 de junio de 1918, pp. 834-836.

40 CORDÓN, Antonio: *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*. París, Ebro, 1971, p. 92.

41 BOE, Gaceta de Madrid núm. 364, R. D. de 30 de diciembre de 1919.

42 PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 46.

43 ABC, 25 de octubre de 1921, p. 3, col. 1.

44 CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la: *Notas de mi vida*. Madrid, Instituto Editorial Reus, 1955. Citado por LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)* ...Op. Cit., p. 343. Una biografía de Juan de la Cierva puede verse en: <http://dbe.rah.es/biografias/12154/juan-de-la-cierva-y-penafiel>. [En línea] 17 de abril de 2019.

45 Ibid., p. 344.





entre julio de 1911 y mayo de 1912. En ese contexto de combates generalizado los representantes diplomáticos de España y Francia sellaron el acuerdo de Protectorado a finales de 1912, circunstancia que convirtió a las autoridades militares del ejército en África en los principales administradores del territorio bajo influencia de España en Marruecos<sup>46</sup>. Comenzaba de este modo a fraguarse una nueva mentalidad militar: el «africanismo militar», una expresión cuyo significado en el siglo XIX se relacionaba con la defensa de los intereses españoles en Marruecos. Bajo esa línea de pensamiento había nacido en 1883 la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, con sede en Madrid y compuesta por grandes personajes de la cultura y las ciencias españolas: Joaquín Costa, Francisco Coello, Gabriel Rodríguez, Gumersindo de Azcárate o Gonzalo de Reparaz entre otros. Tres eran fundamentalmente los objetivos que la institución perseguía: adoptar un plan de cara a fundación de factorías mercantiles en el norte de África, establecer focos desde donde irradiar pautas y «medidas civilizadoras» y emprender exploraciones científicas<sup>47</sup>. Este es el origen del término «africanista» asociado a personajes de la intelectualidad civil española.

Con el cambio de siglo y la presencia militar española en el norte de Marruecos el concepto dejó de vincularse a los intelectuales del siglo XIX para aplicarse a los militares que prestaban servicio en Marruecos. Definamos pues, conceptualmente el término. Situémonos en 1908 cuando el ejército español comenzaba a salir de los límites de las plazas de soberanía de España en el norte de Marruecos. Fue entonces cuando el comandante general de Melilla, José Marina ocupó Cabo de Agua y la Restinga, apelando a la seguridad de la Plaza, además de evitar la instalación de factorías francesas, en concreto, en la Restinga. Salir de los límites, durante tanto tiempo inmóviles, supuso para el ejército poner de nuevo en marcha la maquinaria de la guerra. Los oficiales españoles allí destacados asumieron el papel para el que habían sido formados, y se inició a partir de entonces una guerra colonial; una guerra de conquista que se prolongó durante casi veinte años.

Varios son los rasgos que definen al conjunto de jefes y oficiales del ejército español en Marruecos. A continuación, veremos los más sobresalientes: solicitud de destino voluntario en África, una parte importante de los que allí prestaban servicio lo hacían por conseguir ascensos rápidos por méritos de guerra; porque poseían un espíritu aventurero, salvo los que solicitaban el destino para vivir bien y cobrar, evitando en la medida de lo posible el combate; a estos últimos se les denominaba «caponíferos»<sup>48</sup>; se mostraban partidarios de colonizar Marruecos; se consideraban auténticos patriotas, entendiendo el término «patria» como:

46 VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*, Servicio Histórico Militar. Estado Mayor Central del Ejército Tomo segundo Madrid, 1951, pp. 92-116.

47 REPARAZ, Gonzalo de: *Política de España en África*, Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1907, pp. 260-267.

48 IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea...*, Op. Cit. p. 102. MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza editorial, 2005, p. 258. El teniente coronel, Ricardo Fernández Tamarit recoge el término en la carta que envía a Manuel Fernández Silvestre en el mes de mayo de 1921, donde le advierte de los peligros de su avance hacia Beni Urriaguel. Carta del Zoco el T'lazta de Bu Bequer. Una copia de la carta se encuentra en la Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército. Daniel Macías señala que los militares que buscaban puestos en la retaguardia y evitaban los combates no se deben incluir en el grupo de africanistas. MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit. pp. 39-40.

Algo más que el suelo donde acampa la nación. Es la solidaridad del individuo con su historia; es amor al pasado, respeto a las generaciones que nos precedieron. La patria es una personalidad espiritual, un amor al pasado (amor histórico, un amor filial, un amor de gratitud) amor actual (amor conyugal, amor de fidelidad), amor al futuro (amor paternal, amor de futuro)<sup>49</sup>.

Tenían un sentimiento de superioridad sobre los militares destinados en la Península, se manifestaban convencidos de la «misión civilizadora» que en nombre de España debían llevar a cabo en Marruecos. Otra característica afín, derivada en este caso de las vicisitudes de la guerra era la de compartir fuertes lazos de amistad y lealtad<sup>50</sup>. Se creó un fuerte sentimiento de compañerismo que dio lugar, en opinión del general Vigón, «al honor común, que llamamos honor militar»<sup>51</sup>. Honor entendido como una cualidad moral privativa del cristianismo.

En cuanto a las ideas políticas, eran conservadores, rechazaban el sistema parlamentario, odiaban a los socialistas y a los anarquistas, y asumían como principios rectores el integristismo, el tradicionalismo, el conservadurismo autoritario y el catolicismo social. Los puntos esenciales de su pragmática concepción mental se sintetizaban en los siguientes pilares: religión, familia, propiedad, orden y trabajo; normas de conducta derivadas del proyecto de restauración tradicional española y que comenzaban por la identificación de la nación con el catolicismo y la monarquía tradicional. El desprecio hacia los partidos políticos era patente, y en la siguiente interpretación del general, Jorge Vigón se observa de forma clara: «la política es un tinglado de farsa y feria, de ahí que se produjera en la conciencia militar aquella náusea de desdén y de asco»<sup>52</sup>. A continuación, admitía la idea de que: «El Ejército ha carecido siempre de un sistema coherente de ideas políticas». Podemos comprender pues, la animadversión que tenían hacia los bolcheviques, enemigos patológicos, a partir de 1917, tras la revolución rusa. Un buen ejemplo de este odio hacia el comunismo ruso se sintetiza en el siguiente fragmento del general Francisco Gómez-Jordana Sousa:

[el comunismo] Se trata de un problema mundial de carácter espiritual de la más extraordinaria trascendencia, pues el comunismo constituye un ambiente revolucionario protagonizado por unas masas alejadas de Dios y, por lo tanto, aspiran a mejorar su situación económica por la violencia; sin duda un gigantesco peligro que supuso la causa principal para que en España estallara la Guerra Civil y que tan solo con la fuerza que otorga la concepción cristiana del Estado, el país ha podido vencer al bolchevismo. Un fenómeno que no es pasajero como la guerra, sino que se trata de un problema fundamental de la época en la que vivimos<sup>53</sup>.

Sin embargo, debemos señalar que no todos actuaron del mismo modo, había dos formas de concebir la colonización en base al trato que dispensaban a los naturales. Existían, pues, dos grupos

49 VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y política...*, *Op. Cit.* p. 254.

50 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, *Op. Cit.* p. 259.

51 VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y política*, *Op. Cit.*, p. 142. Sobre el honor militar véase PONCE ALBERCA, Julio y LAGARES GARCÍA, Diego: *Honor de oficiales. Los tribunales de honor en el Ejército de la España contemporánea (ss. XIX-XX)*, Madrid, Carena, 2000.

52 VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y política*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, p. 11.

53 Fundación Nacional Francisco Franco (en citas sucesivas FNFF), legajo 186, documento núm. 27313. Carta del embajador de EEUU, Carlton Hayes, al Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Gómez-Jordana Sousa. Fechada el 21 de octubre de 1943 y carta de respuesta de Gómez-Jordana al embajador de los EEUU, Carlton Hayes, fechada el 29 de octubre de 1943.



diferenciados: los partidarios de la penetración violenta y sin escrúpulos por los daños que pudiera sufrir la población civil, y quienes defendían una penetración «pacífica». Los militares del primer grupo, en términos cuantitativos más numeroso, pertenecían en su gran mayoría a las armas de Infantería y Caballería. Despreciaban al «moro» y le sometían a todo tipo de vejaciones; en general, desconocían el idioma y no se preocupaban por aprenderlo. Cuando se cometían violaciones se mostraban flexibles y permisivos con sus autores. Era frecuente durante el disfrute de permisos que los soldados protagonizaran grandes desórdenes y extraordinarios tumultos. Con frecuencia se desinhibían en «grandes bacanales plagadas de orgías». Para algunos de los jefes el comportamiento de la tropa respondía a actitudes cotidianas y normales «cosas de hombres y soldados»<sup>54</sup>.

Las denuncias respecto a los atropellos que se producían con los y las marroquíes no eran habituales, quizás por miedo a represalias, pero las pocas que se elevaban a las autoridades eran reveladoras del racismo que existía entre los oficiales. Contamos con documentos de archivo que aportan datos al respecto. La gran mayoría proceden del período en el que el general Francisco Gómez Jordana fue comandante general de Melilla (1913-1915) y alto comisario de España en Marruecos (1915-1918). Un ejemplo de estas vejaciones es el testimonio del cabo Francisco Díaz Barrio, del regimiento de Ceriñola, quien denunció estas prácticas a través de una carta que le envió al comandante general de Melilla en 1913. Denunciaba el cabo que sus compañeros se complacían restregando cortezas de tocino por los labios de los civiles marroquíes, que les obligaban a beber vino e instaban a que trajeran a sus mujeres. Los trataban con desprecio y dureza, sacándoles de las cantinas a empujones. Estos comportamientos desgraciadamente eran habituales<sup>55</sup>. Y lo peor es que era permitido por jefes y oficiales e incluso por las autoridades militares que formaban parte del Gobierno. Un documento interesante y revelador de estas prácticas resulta la conversación telegráfica, también en 1913, entre el alto comisario, Felipe Alfau, y el ministro de la Guerra, Agustín Luque, donde después de una sugerencia del primero, señalando que «es de gran conveniencia el decapitar a los moros por el efecto moral que produce en las masas, pero no conviene que se diga que nosotros lo consentimos», el ministro respondió:

A mí me parece todo el rigor poco, así que podéis decapitar todos los moros que podáis, pero nuestra civilización no nos permite hacerlo público, así que puedes decírmelo a mí, que en este punto disfrazaré la verdad <sup>56</sup>.

Tenemos, por tanto, dos concepciones opuestas respecto a la idea de la colonización del territorio expresada en la forma de entender y respetar al nativo: la que representaban los más violentos, el núcleo duro del africanismo, y la defendida por quienes mantenían un comportamiento más humano. Dualidad que también se hizo patente en la forma de interpretar la guerra. Mientras los primeros concebían esta como un espacio donde triunfaba quien más valentía mostraba y los éxitos se con-

54 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit. p. 260. Arturo Barea afirmó que Marruecos (la zona de influencia española) era «un burdel y una taberna inmensos» La Ruta, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 70.

55 Archivo General Militar de Melilla (en citas sucesivas AGMM), África, caja 690, legajo 117, carpeta 5. Carta del cabo Francisco Díaz Barrio del regimiento Ceriñola al comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana. Ishafen, 03 de febrero de 1913.

56 BALFOUR, Sebastian, «El otro moro en la guerra colonial y la Guerra Civil», en GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*. Barcelona, Anthropos, 2003, p. 98.

seguían a base de empuje, los segundos interpretaban la guerra como un arte donde la estrategia conformaba un principio fundamental para dirigir con éxito las operaciones<sup>57</sup>. Con alguna excepción, observamos como la división que se ha establecido entre quienes propugnaban actuar vulnerando los más elementales derechos humanos, con fuerza e intensidad y quienes pretendían llevar a cabo acciones militares sin la intención de ocasionar grandes daños materiales y humanos responde a la dicotomía: cuerpos facultativos - cuerpos combatientes. El primer grupo lo formaban militares pertenecientes en su mayoría a los cuerpos de Estado Mayor, Ingenieros y Artillería mientras que los segundos se habían formado en las academias de Infantería y Caballería: grupo íntimamente ligado a las denominadas fuerzas de choque, constituidas por la policía indígena, los regulares y la legión, unidades creadas en 1909, 1911 y 1920 respectivamente. Se trataba de tropas compuestas en su mayor parte por soldados mercenarios y organizadas tomando como modelo el ejército colonial francés<sup>58</sup>. La oficialidad de estas unidades la componían soldados metropolitanos, los cuales debían demostrar unas determinadas cualidades, destacando por encima de otras la bravura y la valentía. Realmente era lo que importaba, más allá de su formación y de los conocimientos técnicos que estos tuviesen. De hecho, con bastante frecuencia se despreciaba al Cuerpo de Estado Mayor, al que denominaban «estorbo mayor»<sup>59</sup>. Stanley Payne describe dicho desdén como sigue:

Los que mandaban las columnas se movían a veces casi a ciegas, confiando en su instinto o en sus propias estimaciones. Incluso cuando podía contarse con oficiales de carrera, sus consejos eran por lo regular ignorados por los oficiales de combate, quienes preferían en ufanarse de confiar solo en los cojones<sup>60</sup>.

Sin embargo, durante el lustro 1913-1918, marcado —como ya hemos tenido ocasión de señalar— por la presencia del general Francisco Gómez Jordana en Marruecos, la composición de los cuadros de mando en las unidades de regulares estuvo más controlada. Estableció unos criterios precisos que debían tenerse presentes para seleccionar el personal. Así, el general dispuso que el oficial que sirviera en regulares debía reunir ciertas cualidades, entre las que destacaban las siguientes: conocer la parte del territorio correspondiente a su zona de acción, la religión, los usos y costumbres de la cabila o cabilas, sus leyes y organización política, a los principales líderes, la riqueza que poseía el suelo, así como sus redes comerciales. Además, consideraba fundamental que conociera el idioma árabe y que hablase el *chelja* (dialecto que se hablaba en el Rif). Debía ser a la vez enérgico y prudente, culto y observador, honrado e incorruptible<sup>61</sup>.

La descripción de cualidades que Jordana requería para esos jefes y oficiales nos da varias claves para conocer la intención que existió durante los primeros cinco años de vigencia del Protectorado

57 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit. p. 262.

58 BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco...*, Op. Cit., p. 53.

59 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, p. 87.

60 PAYNE, Stanley: *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*. Madrid, Akal, 1977, p. 224.

61 AGMM, caja 690, legajo 117, carpeta 2. Carta del entonces comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana al alto comisario Felipe Alfau, mayo de 1913.



respecto a la idea de colonización, basada en el respecto de las costumbres indígenas, el conocimiento de la idiosincrasia del nativo y propuestas firmes de empatizar con él, dominando incluso su idioma. Hubo en este caso militares que ejercieron su labor al frente de las Oficinas de Asuntos Indígenas con profundo respeto por el nativo; el caso más sobresaliente fue el del coronel Gabriel Morales Mendigutía. Perfecto conocedor del territorio de la Comandancia General de Melilla murió en Annual en 1921, granjeándose el respeto del propio Abd el-Krim (hijo) al que le unía una relación de amistad, que entregó su cadáver a los españoles para que tuviera un entierro digno.

Frente a ese culto al valor y a la bravura preconizado por el grupo de los combatientes estaba los militares que egresaban de la Escuela Superior de Guerra diplomados en Estado Mayor. Aquellos oficiales contaban con una formación que les capacitaba para conducir operaciones con conocimientos en el arte de la guerra, es decir militares con formación para el mando inter-armas y logístico además de realizar funciones de planeamiento y control en apoyo al mando<sup>62</sup>. Se trataba de una nueva y avanzada filosofía de formación, en la que los programas y la extracción de los alumnos eran novedosos y con tendencias que oscilaban entre dos estilos: el alemán y francés<sup>63</sup>. En 1893, el ministro de la Guerra, general José López Domínguez, intentó emular el modelo de Moltke, Helmuth Karl Bernhard von Moltke, 1800-1891, mariscal de campo alemán, cuyo genio militar contribuyó a convertir a Prusia en el Estado hegemónico de Alemania. Moltke había sido jefe de Estado Mayor prusiano durante treinta años. La idea del ministro López Domínguez cuajó y se plasmó en el plan de estudios aprobado en 1904. En él se establecían tres cursos con clases obligatorias para todos los alumnos y otras electivas. Terminados los tres cursos se otorgaba un diploma y el distintivo especial de la estrella de cinco puntas sobre el emblema de su arma o cuerpo. Aquellos que pretendiesen ingresar en el cuerpo de Estado Mayor debían iniciar tres años de prácticas para obtener el empleo de capitán de dicho cuerpo<sup>64</sup>.

Una buena parte de los militares que pertenecían al grupo de los partidarios del influjo político pasaron por la Escuela Superior de Guerra; citamos por su papel destacado en Marruecos a Francisco Gómez Jordana, su primogénito Francisco Gómez-Jordana Sousa, Emilio Barrera Luyando, Julio Ardanaz Crespo, Ignacio Despujol Sabater, Gabriel Morales Mendigutía, Manuel Goded o el instructor del expediente que se incoó tras el desastre de Annual en el verano de 1921, Juan Picasso González, «rara especialidad para un país que, siendo muy militar, menospreciaba los estudios para dirigir la guerra»<sup>65</sup>.

Imbuidos de una concepción heroica de la guerra buena parte de los oficiales de tropas de choque «despreciaban a sus compañeros de Estado Mayor y hacían gala de anti-intelectualismo»<sup>66</sup>. También,

62 La estrategia (parte de la ciencia de la guerra que trata de las grandes operaciones militares y de cuanto se refiere directamente a las mismas. La estrategia se divide en dos partes: la una trata de los movimientos de los ejércitos fuera de los campos de batalla, y la otra se ocupa de las maniobras que puede un ejército ejecutar en el campo de batalla: esta segunda parte es la que se denominaba «táctica sublime» por el Marqués de Chambray: *Filosofía de la guerra*. Tercera edición traducida al castellano por Joaquín Pérez de Rozas: Madrid, Imprenta de Corrales y Compañía, 1847.

63 BALDOVÍN RUIZ, Eladio: *Historia del Cuerpo y Servicio de Estado Mayor*. Madrid, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2001, pp. 127-169.

64 VV. AA: *Las escuelas de Estado Mayor y de Guerra del Ejército, su contribución a doscientos años de Estado Mayor 1810-2010*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2009.

65 PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual...Op. Cit.*, p. 46.

66 CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983, p. 36.



el general Primo de Rivera en una comunicación con el general Sanjurjo en 1926 dejaba entrever su posición con respecto al trabajo de los estados mayores:

Habrá que desoír en esta ocasión un poco el dictamen de los técnicos, que nunca quieren moverse sin tener cosida la última hebilla del atalaje del mulo del carro-cocina. La guerra es la guerra y la ocasión propicia vale más, muchas veces, que la previsión exagerada. Tú eres soldado «flamenco» y sabrás enterrar los libros y reglamentos en el momento preciso<sup>67</sup>.

#### D. PENETRACIÓN EN EL TERRITORIO. PLAN DE ACCIÓN

Los historiadores que se han acercado a la intervención española en Marruecos coinciden en la inexistencia de un plan de acción para desarrollar en tierras norteafricanas, ni el plano político ni el ámbito militar, aserto que compartimos después de descubrir y analizar numerosos documentos durante la presente investigación<sup>68</sup>. Los gabinetes de Gobierno que se sucedieron desde 1909 hasta septiembre de 1923 —fecha en la que se produjo el golpe de Estado de Primo— se movieron entre la ambigüedad y la indefinición. Dudas cuya consecuencia, entre otras, fue la suspensión reiterada de los proyectos para desembarcar en Alhucemas de 1911 y 1913. Todos sin excepción, políticos y militares estaban convencidos de que, para someter a los nativos, primero había que dominar el territorio, y para lograr este objetivo se plantearon dos líneas de acción: la «acción política» y «la acción militar». El problema radicaba en la aplicación de cada una de las dos vías. El método basado en la «política» asumía la concertación de acuerdos con los jefes de cabila y/o fracción. A cambio de dinero los jefes nativos permitían el paso de las tropas por su territorio sin hostilizarlas. A estos *xeij* se les informaba de la labor que el Gobierno de España estaba dispuesto a realizar en Marruecos para que salieran de su «atávica situación de pobreza y miseria y pusieran rumbo a la modernidad». Las obras y testimonios de los militares africanistas nos permiten observar cómo su «misión», la de «civilizar y colonizar» era incluso una carga para ellos y un beneficio para los nativos que habían tenido la suerte de ser tocados por la barita mágica de la civilización occidental<sup>69</sup>. Se les prometía la construcción de carreteras, consultorios médicos, colegios, etc., además se les aseguraba el respeto a su religión, a sus costumbres y tradiciones. Una circular enviada a las cabilas de Guelaya y del Rif en febrero de 1912, en plena campaña del Kert, sirve de ejemplo para constatar esta línea de acción que además podemos identificar con el factor de la superioridad cultural y racial tan extendido entre los militares europeos destacados en Marruecos; no solo españoles, también franceses y británicos en sus respectivas colonias<sup>70</sup>:

67 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión Marroquí» ...*, Op. Cit., pp. 322-323.

68 Ibid., Recoge la autora las impresiones del agregado militar español en París quién, tras ser invitado a un viaje a la zona francesa de Marruecos, informaba al embajador de España en la capital francesa de que las autoridades francesas de Marruecos criticaban a los españoles por «no disponer de un plan definido de penetración y pacificación», p. 322.

69 Los africanistas partieron de un fuerte determinismo social «la carga del hombre blanco». Véase MOLA VIDAL, Emilio: *Obras completas*. Santander, Aldus, 1942. KINDELÁN, Alfredo: *Ejército y política*. Madrid, Ares, 1959. MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit., pp. 192-218.

70 La justificación de la expansión colonial a través del darwinismo social y la superioridad de unas razas a otras contribuyeron a impulsar un imperialismo biológico que asumieron los africanistas españoles. Un desarrollo teórico de las bases ideológicas que



España no quiere ni necesita nada vuestro. Respetaremos vuestras costumbres, vuestra religión, vuestra propiedad, vuestras familias. España viene aquí en nombre de la civilización a defender los derechos de los que desean vivir a su amparo. El único deseo es vivir en paz con vosotros a los que estamos unidos por vínculos de parentesco y estrecha vecindad. Solo deseamos asegurar la vida y la tranquilidad de todos los que quieran vivir a nuestro amparo<sup>71</sup>.

La negociación con los líderes más influyentes fue el sistema de penetración que se siguió desde 1909 en la zona oriental del Protectorado<sup>72</sup>. Esa forma de proceder se prolongó en el tiempo, al menos hasta 1919 cuando asumió la jefatura de la Comandancia General de Melilla Manuel Fernández Silvestre, quien entendió que la propia naturaleza del indígena hacía imposible que se llevaran a cabo con éxito pactos o acuerdos. Silvestre formaba parte del grupo africanista que apelaba a las armas como la única herramienta eficaz para someter a los nativos «rebeldes». «El respeto solo lo impone a esta raza la fuerza»<sup>73</sup>. Cuando Silvestre se hizo cargo de la Comandancia de Melilla se mostró ante los jefes de cabila «arrogante y amenazador, provocando —según la opinión de Gómez-Jordana Sousa— la desfavorable reacción con fatales consecuencias para el ejército español»<sup>74</sup>.

Claro que, desde 1909 hasta 1919, tampoco se consiguieron grandes éxitos. Los rifeños no estaban dispuestos a permitir la entrada de una potencia extranjera en su territorio, y reaccionaron haciendo frente al ejército colonial español, presentando batalla allá donde más les convenía, dando lugar a la «acción militar», que en un primer momento se había considerado complemento de la política. El hecho de plantar cara supuso para los políticos españoles un grave problema, pues la guerra significaba implementar más recursos, tanto económicos como humanos, circunstancia que la opinión pública no estaba dispuesta a asumir. Las sucesivas campañas que el ejército español libró condicionaron la política y el debate público en España. Incluso los principales intelectuales participaron en aquellas luchas dialécticas, volcando sus opiniones en diferentes periódicos, seguidas por un público que los consideraban referentes, y criticadas por los que defendían opiniones contrarias, pero su prestigio social hacía que no pasasen desapercibidas<sup>75</sup>.

A continuación, veremos dos interpretaciones respecto a la forma de penetrar en el territorio: la primera es la oficial, es decir la que se fraguaba en los ministerios, principalmente en el de la Guerra, aunque la hemos adelantado al iniciar este apartado, se analizará con más detalle. Es preciso seña-

---

conformaron el imaginario africanista en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit., pp. 133-186.

71 AGMM, África, caja 656, legajo 100. Circular que envió el comandante general, García Aldave, a las cabilas de Guelaya y el Rif en febrero de 1912.

72 AGMM, Caja 690, Carpeta 3. 1913. Carta de Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla al alto comisario, Felipe Alfau, 23 de junio de 1913.

73 PAREJA, Luis: *La guerra irregular en zonas montañosas (Yebala)*. s.l., s.n., 1926 (Biblioteca Nacional de España). Citado por MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit., p. 147.

74 GÓMEZ-JORDANA SOUZA: Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Op. Cit. p. 103.

75 Un análisis sobre la interpretación de los intelectuales sobre el asunto de Marruecos se puede ver en IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «Los intelectuales españoles y la guerra del Rif (1909-1927)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/ Vol. 3/ 2014, DESVOIS, Jean-Michel: «La prensa frente al desastre de Marruecos, de Annual a Monte Arruit», en VV. AA: *Metodología de la historia de la prensa española*. Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 233-244. GÁJATE BASCO; María: «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa», *RUHM* 3/Vol. 2/ 2013.

lar que, a pesar de las diferencias ideológicas, liberales y conservadores sostuvieron una posición convergente, dubitativa e ineficaz. También debemos tener presente que las directrices oficiales las asumieron los militares, todos en principio; sin embargo y, a medida que los años transcurrían sin que el territorio fuera sometido, hubo una respuesta en dos direcciones: una, la que defendía el grupo de los africanistas moderados cuya crítica era que los gobiernos no sostenían las líneas de acción trazadas y, por tanto, era muy difícil colonizar el territorio; y la de los partidarios de la exhibición de fuerza, que consideraban que la excesiva benevolencia con la que se trataba a los indígenas socavaba los cimientos del ejército en África y del propio país, y por consiguiente había que cambiar de forma radical el plan de acción.

Entendemos que quien mejor representaba desde el «africanismo militar moderado» la denuncia respecto a las dudas de los políticos fue el general Francisco Gómez Jordana, no en vano, durante su mandato (1913-1918) primero como comandante general de Melilla y luego al frente de la Alto Comisaría, conoció ocho gobiernos: Dato, Romanones, García Prieto, Dato otra vez, García Prieto de nuevo, luego Maura, García Prieto por tercera vez, y Romanones, por último. Estos gobiernos incluían diez ministros de la Guerra, nueve de Marina, nueve de Gobernación, diez de Fomento, nueve de Estado y diez de Hacienda. Cincuenta y cinco ministros, todos con jurisdicción sobre la Alta Comisaría<sup>76</sup>.

Desde Madrid, el plan que se trazó, en un principio, se puede seguir a través de las instrucciones que desde el ministerio de la Guerra se enviaban a los altos comisarios Alfau, Marina, y Gómez Jordana entre 1913 y 1918<sup>77</sup>. Su análisis nos revela datos que nos ayudan a vislumbrar la indefinición de la que hemos hablado anteriormente. No es que a partir de 1918 las dudas de los presidentes del Consejo de ministros y sus gabinetes se convirtieran en certezas, no; pero sí que se produjo un cambio de rumbo que, a corto plazo, propició el gran desastre de 1921. Nos referimos a la decisión de las autoridades del ministerio de la Guerra de descargar al alto comisario de las tareas militares para centrarse en las funciones políticas y administrativas. De ese modo, el alto comisario dejaba de ser el general en jefe del ejército de España en África, lo cual implicó una excesiva delegación de responsabilidades en los comandantes generales de Ceuta, Larache y Melilla, quienes por otro lado aplaudieron la medida, ya que les dotaba de una mayor libertad de acción. Por otra parte, y de nuevo un error más fue cuando el alto comisario, Dámaso Berenguer guio, en opinión de Gómez-Jordana Sousa, la elección de mandos a su amistad con los elegidos más que a su valía<sup>78</sup>.

#### **D.1. Directrices gubernamentales. La teoría**

En el invierno de 1912, cuando el año agonizaba y el ejército colonial estaba ocupado desde el verano en la campaña del Kert, comprometido por la harca dirigida por El Mizzian, el Gobierno de España suscribió con los representantes franceses el convenio de Protectorado. Dicho acuerdo supuso la legitimación de la conquista de Marruecos (de su zona de influencia). Sin embargo, las autoridades,

76 Archivo General de Palacio (en adelante, AGP), África, reinados, Alfonso XIII, caja 15599, Exp. 10, 1918. Carta de Francisco Gómez Jordana al presidente del Consejo, Conde de Romanones. Noviembre de 1918.

77 AGP. África, reinados, Alfonso XIII, caja 12956. Exp. 12, 1913.

78 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit., p. 38.



civiles y militares, se ocuparon de darle una apariencia bien diferente, pues se defendió siempre que se trataba de un compromiso internacional cuyo objetivo era «civilizar el país» y reforzar al Majzén. En el momento de la firma el presidente del Consejo era el Conde de Romanones; un político que conocía perfectamente la situación de Marruecos. Al finalizar el año 1912 el ejército español en África había sostenido dos duras y sangrientas campañas militares con un resultado en muertos demasiado elevado si tenemos en cuenta la diferencia entre los contendientes: un país occidental, con un ejército regular, que contaba con material de guerra moderno y que poseía un conjunto de jefes y oficiales formados en las academias militares y, por otro lado, un número indeterminado de combatientes sin formación militar y que solo contaban con fusiles como arma.

El contacto con los nativos, en la paz y en la guerra, hizo que fuera forjándose entre las autoridades militares y políticas españolas un conocimiento cada vez más próximo de la idiosincrasia indígena, no solo la de los Guelayas, confederación de cabilas próximas a Melilla, sino de las tribus más alejadas de la Plaza y que ocupaban la zona central del Rif (tanto las fracciones que habitaban la costa como las que residían la montaña). Estas últimas suponían un serio problema para la colonización del territorio. Sobre estas tribus del Rif (Beni Urriaguel, Bocoya y Tensamán) los africanistas habían conformado una imagen estereotipada. Los consideraban excelentes combatientes, valientes, salvajes y feroces. Una visión del «moro» compartida por los franceses. La resistencia a la colonización, el odio al cristiano, el fanatismo religioso, el gusto por la guerra o el afán de rapiña fueron elementos que caracterizaron a los nativos marroquíes en la literatura colonial francesa y española<sup>79</sup>.

Desde el Gobierno se pensó en emular los procedimientos del mariscal Lyautey, residente general y máximo responsable de la zona francesa en Marruecos. Sus medidas se conocían como «doctrina Lyautey», o «doctrina de la acción política». El residente desde Rabat dirigía los designios de Marruecos con gran libertad por sus dotes demostradas de estrategia militar, «la acción colonial» llevada a cabo en Argelia y el apoyo incondicional del partido colonialista francés. Una persona sobre la que se fundía a la perfección la tradición y la modernidad, el respeto al pasado y la exaltación del progreso<sup>80</sup>. Su relación con los marroquíes se caracterizaba por un sentimiento de superioridad y siempre aplicaba a sus relaciones con los nativos una conducta paternalista<sup>81</sup>.

Teniendo en cuenta el «método Lyautey» los sucesivos gobiernos españoles pergeñaron una línea de acción referente a la parte política y administrativa de esa misión; instrucciones encaminadas a la consecución del cumplimiento del compromiso que se había adquirido en el Acta de Algeciras de procurar la seguridad en la zona de influencia española y abrirla al comercio y a la civilización. Se asumía que para cumplir esa tarea no había compromiso de tiempo, es decir, nadie en su opinión había puesto plazo alguno para llevarlo a cabo y consideraban que se disponía de completa libertad de acción para elegir los momentos en los que se diese más preponderancia a la acción política sobre la

79 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit., pp. 174-175.

80 SUEIRO SEOANE: Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930)*, Op. Cit. pp. 50-52. Véase, la obra de GIRARDET, Raoul: «L'apothéose de la Plus Grande France. L'idée coloniale devant l'opinion française (1930-1935)» en *Revue Française de Science Politique*, XVIII, 1968, pp. 1086-1090.

81 MADARIAGA, María Rosa de: *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza, 2009, p. 276.

militar y viceversa<sup>82</sup>. Nada respecto al objetivo a conseguir, nada definido en el tiempo, nada concreto sobre cómo actuar. El ministro Agustín Luque dirigiéndose a Felipe Alfau apelaba a su instinto para saber cuándo era el momento oportuno de obrar de una u otra manera. En la Cámara Baja algunos diputados se mostraban críticos con el Gobierno, pues entendían que el ejército, ante esta actitud se encontraba en una difícil situación, por sus inclinaciones naturales, «encarnado en una juventud anhelante de grandes glorias, compensadoras de sus desdichas pasadas». El diputado carlista, Rafael Villanueva lo expresaba de esta forma tan elocuente: «al ver este cuadro de África en estos momentos, el ejército ha de sentir el suplicio de Tántalo, porque él lo desea todo y probablemente no podrá hacer nada»<sup>83</sup>.

El objetivo de las autoridades españolas era atraerse a los marroquíes; y para ello trataron de imbuir entre los nativos la creencia de que estaban en su territorio para sacarlos del atraso en el que estaban instalados. Los militares se auparon en los portavoces del Gobierno; un papel que no les debía haber correspondido. Los métodos y las formas aplicados por éstos contribuyeron a generar gran rechazo entre los indígenas; un malestar que finalmente supo capitalizar Abd el-krim para levantar a las cabilas contra los militares españoles. Pensaron en el Gobierno que para convencer a los cabileños de las ventajas del desarrollo occidental había que distribuir algunas cantidades en metálico a determinados jefes de prestigio con el fin de tenerlos a su lado, «pues pensar que solo con reflexiones vamos a conseguir lo que nos proponemos es no vivir en la realidad»<sup>84</sup>. Eran conscientes de que los gastos que se hicieran en este sentido serían productivos y siempre menores que los gastos que generaba una guerra<sup>85</sup>. Por otra parte, esta política de constante relación con las cabilas y sus jefes debía convertirse en uno de los resortes más importantes del alto mando, pues de ese modo, y, manejando hábilmente esos mecanismos podían oponerse unas cabilas a otras contrarrestando los efectos de los partidarios de la confrontación y la resistencia a la penetración en su territorio<sup>86</sup>.

Para convencer a los «incrédulos» el primer asunto que debía atenderse y que se enmarcaba en la «acción política» era la apertura de vías de comunicación por todo el territorio, empleando a los propios marroquíes de la zona donde se ejecutasen las obras como mano de obra barata. Pero también estaban convencidos de que la política no era el único camino para conseguir el sometimiento del territorio. Había que auxiliar a la «acción política» con la «acción militar»; la primera debía ser constante y la segunda solo debía emplearse cuando las circunstancias lo aconsejasen, es decir, cuando los indígenas de una determinada región no cedieran a las exigencias del colonizador. En ese caso, las operaciones militares debían ser enérgicas y rápidas; y debían causar los mayores perjuicios

82 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12956, exp. 12, 1913. Carta del ministro de la Guerra, Agustín Luque al alto comisario, Felipe Alfau.

83 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 133, legislatura 1911-1914, 09-12-1912. La interpelación corresponde a Joaquín Llorens y Fernández de Córdoba, diputado carlista.

84 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12956, exp. 12, 1913. Carta del ministro de la Guerra, Agustín Luque al alto comisario, Felipe Alfau.

85 Ibid.

86 AGMM, África, caja 690, carpeta 4. Carta de Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla a Felipe Alfau, alto comisario. Junio de 1913.





posibles al enemigo, avalando de ese modo la idea defendida por los militares con responsabilidades en Marruecos de que «la guerra da paso a la civilización».<sup>87</sup>

En ese caso, desde el Ministerio de la Guerra se pensaba que, si se distribuían las columnas correctamente por el territorio dotándolas de movilidad y no pegándolas al terreno, servirían de punto de apoyo a las posiciones ocupadas. Con ese carácter móvil y localizadas en puntos estratégicos podían acudir rápidamente donde fuera necesario y castigar enérgicamente cualquier agresión que sufrieran las fuerzas de ocupación. Conscientes del rechazo que la fuerza invasora generaba entre las cabilas del Rif, la estrategia se centró en ocupar posiciones en el llano para impedir que bajasen los cabileños de la montaña. De forma paralela se llevaba a cabo una tarea persistente de desarme de las zonas que se fueran dominando, organizando adicionalmente fuerzas indígenas de policía reclutadas en el propio territorio, conjugando medios políticos y acciones militares<sup>88</sup>. Estas eran las orientaciones que se hicieron desde el Ministerio de la Guerra. Resumiendo: impulso de la gestión política, convencer a través de dinero y acciones de guerra enérgicas y ejemplarizantes<sup>89</sup>.

La estrategia gubernamental cambió después de producirse el desastre del verano de 1921, pues la reacción inmediata, una vez superado el peligro de la caída de Melilla, fue llevar a cabo un plan de «reconquista» del territorio perdido, pero afianzando las posiciones ocupadas y su más inmediata retaguardia; en febrero de 1922 el Gobierno sondeó incluso la posibilidad de desembarcar en Alhucemas<sup>90</sup>. Pero la inestabilidad política hizo que los planes variasen y del planeamiento ofensivo se pasó a un plan estático, fijando a las unidades en las posiciones, adoptando una posición defensiva; un nuevo cambio se produjo cuando se optó por impulsar un Protectorado «puramente civil»<sup>91</sup>. Sin embargo, el viraje de verdad se produjo en 1924 cuando Primo de Rivera ordenó un repliegue de las posiciones situadas en el interior del territorio del Protectorado occidental y ocupar algunos puntos estratégicos en la costa, estableciendo así una línea de defensa fuerte que entonces se denominó «Línea Primo de Rivera» o «línea Estella»<sup>92</sup>. En ese caso, la decisión del dictador tampoco obedecía a un plan meditado como defiende Gómez Jordana en sus memorias, sino que esta medida respondió exclusivamente —como sostiene Susana Sueiro— a una solución de circunstancias, determinada por la presión de las harcas de Abd el-Krim (hijo) y, por lo tanto, no sabía ni él mismo que derroteros iban a tomar los acontecimientos en el Rif<sup>93</sup>.

87 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, *Op. Cit.* p. 65.

88 AGP. África, reinados, Alfonso XIII, caja 12956. Exp. 12. Carta del ministro de la Guerra a Francisco Gómez Jordana, comandante general de Melilla. Mayo de 1913.

89 DÍEZ de RIVERA, Pedro: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*, 1918, p. 18. Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército.

90 Véase el capítulo VI de la tesis: «Por tierra o por mar. De Silvestre a Pizarra (1920-1922)».

91 En el capítulo VII se desarrolla el planeamiento gubernamental del Gobierno de García Prieto: «El último Gobierno de la Restauración y el plan de operaciones del mes de julio de 1923».

92 En el capítulo VIII se analizan las circunstancias relativas al Protectorado español en Marruecos desde que el general Primo de Rivera asumiera la presidencia del Directorio Militar, tras el golpe de Estado, hasta el momento en el que se aprobó la operación combinada de Alhucemas: «Del golpe de Estado al desembarco. Primo de Rivera (1923-1925)».

93 SUEIRO SEOANE: Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930) ...*, *Op. Cit.* p. 140. Las memorias del general Francisco Gómez-Jordana Souza se recogen en la obra: *La Tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, *Op. Cit.* Jordana defiende la tesis de Primo y alaba su figura como gran estratega. Sin embargo, Sueiro Seoane desmonta esta

## D.2. La práctica

Pronto advirtieron que la compra de voluntades con dinero no garantizaba la paz; condición previa a la «penetración pacífica» en el territorio tal y como habían concebido militares y políticos. José García Aldave, capitán general de Melilla durante la «campaña del Kert», entre agosto de 1911 y mayo de 1912, ya había alertado de este hecho. Durante el tiempo que duró la campaña, el general comprendió que la estrategia utilizada no producía los resultados que esperaban. La paz en el territorio, bajo su punto de vista, no se podría alcanzar ni perduraría mientras no se siguiera una política de templanza y concordia. Tan solo se lograría si se conseguía someter, no solo a los jefes de las cabilas, sino a la totalidad de la masa; objetivo que necesitaría mucho tiempo, pues requería ensanchar el círculo de relaciones con los indígenas. Se trataba, en su opinión, de ganar la voluntad de los jefes para que no predicasen la guerra contra España (la campaña del Kert tuvo un origen religioso más que nacionalista) y con su silencio ayudar a calmar los ánimos de los harqueños; pero, de forma simultánea, había que hacer hincapié en la tarea de educar a la masa con el objeto de atraerla. No importaba tanto alcanzar una paz oficial, difícil por otra parte, debido a la propia idiosincrasia de los cabileños, a sus costumbres y a su religión, como convencer al conjunto de los nativos de los beneficios que les proporcionaría las «ventajas de la civilización», a través de una intensa labor educativa. «Con las armas podría España vencer a los indómitos rifeños, pero, desde luego, jamás conseguirían convencerlos y, por tanto, la paz en el territorio sería una quimera»<sup>94</sup>.

El general Francisco Gómez Jordana compartía la misma idea de García Aldave, de hecho, había sido el jefe de su Estado Mayor en Melilla durante años. Con motivo de su nombramiento al frente de la Comandancia General en 1913, describía del siguiente modo su forma de penetrar en el territorio:

Mi sistema consiste en no abrir abismos entre los moros y nosotros, y en no aventurarme en empresas guerreras sin contar de antemano con un éxito inmediato, preparado por la necesaria acción política. Soy un convencido, soy un apóstol fervoroso de esa idea y estoy seguro de que no abandonándola y ligándonos a los indígenas con esos vínculos morales y materiales que engendran el buen trato y las relaciones necesarias entre pueblos afines que conviven en el mismo territorio, llegaremos a todas las regiones de nuestra zona de influencia sin exigir grandes sacrificios a la Patria, y quizá sin pronunciar la palabra guerra, que debemos procurar desaparezca del léxico que empleamos en Marruecos, aunque de vez en cuando nos veamos obligados a realizar operaciones de policía para vencer resistencias sistemáticas, las cuales no integran nunca la guerra en el concepto amplísimo que los españoles atribuimos de ordinario a ese vocablo. Nada de guerra a sangre y fuego, nada de luchas innecesarias, que siembran de odios y rencores el terreno que separa a los protectores y protegidos; solo operaciones necesarias, indispensables, para abrir paso al progreso y a la civilización, cuando no haya otro medio de conseguirlo. Y para ello, primero, la acción política intensa, que anestesia; después, la operación quirúrgica limitadísima; luego, cicatrizar rápidamente la herida con la creación de escuelas, dispensarios, etc.<sup>95</sup>

---

idea en la obra que acabamos de citar, y de forma exhaustiva en «El mito del estratega. Primo de Rivera y la resolución del problema de Marruecos». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 16, 1994, pp. 113-130.

94 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12958, exp. 15. Carta de José García Aldave a Agustín Luque sobre la situación de Marruecos. Diciembre de 1912.

95 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, CSIC, 1957, p. 11.



Dicho procedimiento de penetración se basaba en tres fases: preparación política; avance de las posiciones aislando del resto de la cabila las posiciones amigas, defendiéndolas contra las agresiones de quienes no aceptaban la sumisión; y, en tercer lugar, consolidando la tranquilidad con la apertura de caminos, creación de nuevas mías de Policía, apertura de los zocos abandonados o establecimiento de otros nuevos, además de la creación de dispensarios médicos, escuelas y demás servicios públicos. Esa forma de proceder constituía un medio de acción que en la Comandancia General de Melilla había producido resultados positivos, pero resultaba lento, tal y como lo había señalado García Aldave y que hemos explicado con anterioridad. El capitán de Estado Mayor, Epifanio Gascueña apuntaba que un sistema mixto de puestos aislados y columnas móviles irradiando de los primeros «acción y atracción política» y reservando a las segundas la acción de la fuerza era excelente (recordemos que este era el plan trazado por el ministro de la Guerra Agustín Luque) no había duda; pero interpretaba que no se debían apegar tanto a los puestos fijos y al sistema de acordonamiento con ellos, sino que debían crearse puestos mayores, bien ubicados estratégicamente y, a partir de ellos, dar mayor impulso al avance<sup>96</sup>. El sistema de atracción y preparación política, de compra y soborno de los jefes y «jefecillos», además de no ser muy barato tampoco produjo grandes resultados. En Alhucemas y el Peñón de Vélez de la Gomera se había implementado esta línea política desde el año 1909 y, sin embargo, en 1917, cuando escribe sus memorias el capitán Gascueña, todavía no se había logrado alcanzar la bahía de Alhucemas.

En el extremo opuesto tenemos la opinión de un africanista del sector partidario de la guerra como único medio de penetración. El teniente coronel de Estado Mayor, Máximo Vergara, quien se expresaba al respecto como sigue:

No deben de caber las complicaciones y quintaesencias a que tan dados somos actualmente. No hay más política que una. Proteger resueltamente y en proporción de intensidades, a quienes a nuestro lado trabajen. Castigar con igual resolución y proporciones a cuantos dificulten nuestros propósitos. Dentro de estas máximas podrán tenerse presentes las costumbres indígenas, siempre que ellas no se opongan en lo más mínimo. Téngase presente que la acción a desarrollar, aun cuando lleve otro nombre es una verdadera conquista, y de las más onerosas; las costumbres las impone siempre el vencedor, pues es el signo de la fuerza y del poder<sup>97</sup>.

Por su parte, el sistema francés no tenía un procedimiento único, sino que combinaba todos los que se veían posibles y así la acción militar de las columnas móviles y de los puestos fijos se combinaba con el procedimiento de alentar y proteger a los cabecillas y jefes de prestigio proveyéndolos de medios para que consolidaran su situación sobre los habitantes del país. Como se ve lo que se perseguía era que esos jefes estuvieran al servicio de los «protectores», resultando un medio indirecto de penetración; en opinión del capitán Gascueña, muy recomendable<sup>98</sup>. Pero en su inmensa mayor

96 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia Militar de Melilla...Op. Cit.*, p. 8.

97 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. 6. Base de un plan que corresponde al teniente coronel Máximo Vergara, del cuerpo de Estado Mayor. 1923.

98 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas*, *Op. Cit.*, p. 12.

parte, el territorio del Marruecos francés no era como el español, y tampoco podían compararse las cabilas de ambas zonas, pues las del Protectorado francés históricamente habían tenido más contacto con el poder. Francia, desde luego, no tenía un Rif, señalaba Vergara:

Nuestra zona no debe de mirarse en ese espejo engañoso; nos ha tocado un hueso. Nuestra zona se parece más a la Argelia de 1831 a 1856, estrecha de Norte a Sur, alargada de Este a Oeste, con extensa costa e interior accidentado y poblado por una raza de luchadores. Indómitos para la relación exterior, toscos, fuertes y fieros, acostumbrados al hambre y sin necesidades, son un tipo de selección natural, que al abrigo de sus montañas lucharán infatigablemente<sup>99</sup>.

El teniente coronel reproduce el estereotipo del nativo al que ya hemos aludido páginas atrás, y se muestra partidario como los africanistas más expeditivos de la demostración de la fuerza como único medio de lograr la pacificación del territorio.

#### E. LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA

La guerra de Marruecos no tuvo continuidad, entre otras razones por el continuo hilar y deshilar de los gobiernos, además del atraso técnico del ejército y —según Gabriel Cardona— de la poca capacidad de los generales<sup>100</sup>. Desde 1909 hasta 1925 se cambió hasta ocho veces de Alto Comisario (Felipe Alfau, José Marina, Francisco Gómez Jordana, Dámaso Berenguer, Ricardo Burguete, Miguel Villanueva, Luis Silvela, Luis Aizpuru y Miguel Primo de Rivera) y se renovaron otras tantas sus colaboradores. Todo lo contrario que los franceses, quienes mantuvieron en la Residencia General al mariscal Hubert Lyautey desde 1912 hasta 1925. Desde Rabat, capital del Protectorado francés, Lyautey dirigía la política y los asuntos militares de Marruecos, de hecho, él era quien tenía la última palabra<sup>101</sup>. Ejercía la administración sobre el territorio; vigilaba la aplicación de las leyes, tanto las musulmanas como aquellas otras de origen francés que incidiesen en el conjunto de la población; regía el urbanismo de las grandes ciudades e impulsaba las obras públicas, supervisaba la educación pública y estimulaba el comercio; por último, era la cabeza de «l'Armée Coloniale» con amplia integración de las tropas marroquíes. Representaba, adicionalmente, los intereses de Marruecos, forzosamente coincidentes con los de Francia, ante el mundo diplomático europeo. Contó siempre con el apoyo incondicional del partido colonial francés, uno de los más poderosos grupos de presión de la Tercera República, con gran peso en la política exterior del Estado francés.<sup>102</sup> En trece años, Lyautey se convirtió en un mito.<sup>103</sup>

99 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15621. exp. 6. Base de un plan..., Documento citado, p. 4.

100 CARDONA, Gabriel: *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y tácticas de la guerra de España*. Barcelona, Flor del Viento, 2006, pp. 20-21.

101 AYACHE, Germain: *Los orígenes de la guerre du Rif*. París-Rabat, Publications de la Sorbonne, 1981, p. 86.

102 SUEIRO SEOANE: Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930) ...*, Op. Cit. p. 4-

103 AYACHE, Germain: *Los orígenes de la guerre du Rif...*, Op. Cit., p. 87.



En España, a pesar de la preeminencia de los militares en el Protectorado, la última decisión respecto a las grandes operaciones sobre el terreno la tuvo siempre el Gobierno; sirva de ejemplo la suspensión del desembarco en Alhucemas en 1911 y en 1913, a pocas horas, en ambos casos, de llevarse a cabo. Los gobiernos de la Restauración naufragaron durante casi veinte años en el mar de la indecisión. La eterna duda respecto a si ocupar o no el territorio fue una constante. ¿Por qué? Las razones fueron siempre prácticamente las mismas: los gobiernos en España no contaron con el apoyo popular interno, porque no había un partido colonial fuerte que hiciera un trabajo de proselitismo; tan solo sintieron su aliento en los momentos posteriores a los desastres o tragedias en vidas humanas, como ocurrió inmediatamente después de la hecatombe de Annual en 1921. Temían las críticas de la opinión pública, alentada, en su opinión, desde la prensa de izquierdas, que censuraba el continuo envío de jóvenes a Marruecos; circunstancia que, por otra parte, no ocurría en Francia porque el ejército colonial francés se nutría fundamentalmente de soldados argelinos y de Túnez<sup>104</sup>.

Si a esto añadimos una total ausencia de carreteras, incluso de caminos, que impedían el traslado de tropas y pertrechos a las zonas avanzadas del frente, un profundo desconocimiento del territorio, la inexistencia de cartografía, tenemos los factores que puestos sobre la mesa y analizados por los ministros en sesiones de Consejo, provocaba un exceso de vértigo tan solo contemplar la posibilidad de que se produjeran reveses como los de 1909 en las proximidades de Melilla o los de 1911 en torno al Kert<sup>105</sup>. Esa ambigüedad gubernamental lastró, pues, la acción del ejército y en este sentido autores como, Jesús Salafranca sostienen que debía haberse optado desde un principio por penetrar y conquistar el territorio al calor de las armas:

La acción en Marruecos se planteaba o debía haberse planteado desde el principio como una acción militar, o por el contrario no debíamos habernos comprometido internacionalmente. El intentar jugar a las dos barajas y decidirse tímidamente a destiempo y sin medios por la acción militar —única posible en el Rif— nos condujo a tres campañas llenas de desastres, la de 1909, la de 1911-12 y la de 1921-27<sup>106</sup>.

En esta dirección entronca la opinión de algunos líderes de cabila. El propio Abd el-Krim (padre), en una conversación con Manuel Aguirre de Cárcer, interventor y diplomático español en Tetuán, el 15 de agosto de 1919, denunció el método empleado por el Gobierno español en la política de atracción. El líder de Beni Urriaguel aducía algunas razones del equivocado método empleado por los gobiernos de España. Criticaba el continuo cambio de autoridades con responsabilidades en Marruecos y añadía que cuando comenzaban a enterarse de cómo funcionaban las cosas, esas personas eran sustituidas por otras. Y entonces, en su opinión, se deshacía todo lo hecho, «rebajando el prestigio de España ante los ojos de los naturales». Circunstancia que los llevaba a pensar que

104 AGMM, África, caja 656, legajo 100. Carta de Manuel García Prieto, ministro de Estado al capitán general de Melilla, García Aldave: *España es pobre y no cuenta con el aliento del espíritu público*.

105 AGMM. África. Ministerio de la Guerra, Caja 1525, *Plan Político-Militar a realizar sobre Alhucemas*. En carta de Silvestre a Berenguer en marzo de 1921 aquel le revelaba a este que era muy difícil prever, antes de penetrar en una cabila, los recursos materiales que iba a necesitar porque «desconocía el terreno».

106 SALAFRANCA ORTEGA, Jesús Felipe: *El sistema colonial español en África*, Málaga, Algazara, 2001, p. 117.



siguiendo el Gobierno por ese camino nunca llegaría a pacificar su zona. Como consecuencia de ello, los nativos viendo la manera de gobernar la zona ocupada, se defendían contra cualquier avance político o militar. En la misma conversación, el *xeij* de Axdir, denunciaba el elevado gasto de dinero que los gobiernos españoles estaban llevando a cabo en el Rif, debido, en su opinión, a la mala dirección de su manejo y al desconocimiento de las cuestiones en las que en su opinión debía gastarse el dinero:

Con el dinero gastado y bien dirigido se hubiera terminado en buenas condiciones la pacificación de la zona española, estaría terminado el ferrocarril Tánger-Tetuán, Melilla-Alhucemas-Fez, Melilla-Alhucemas-Taza<sup>107</sup>.

Pero la expresa denuncia del fracaso de la política española en Marruecos ya la había manifestado el *caíd* de la fracción «Ait lusef u Ali» en años anteriores. Un documento de archivo revela que el 9 de noviembre de 1917 el teniente coronel Pablo Cogolludo, gobernador militar de la isla de Alhucemas, se entrevistó con él, y de esa reunión el militar español elaboró un informe que envió al entonces alto comisario, Gómez Jordana. El gobernador destacó entonces que Abd el-Krim había manifestado que si España quería obtener algún provecho en su zona de influencia era necesario ocupar la bahía de Alhucemas para desde allí irradiar la acción a las demás cabilas y facciones de cabila insumisas. Como podemos observar Abd el-Krim (padre) criticó de nuevo la lentitud en las operaciones, señalando expresamente:

Desde que tengo relación con vosotros [españoles] siempre oigo decir lo mismo: hay que ir despacio. Eso es perder el tiempo y el dinero. Si estáis quietos y no queréis que los rifeños se vayan con Abd el-Malek, es necesario que deis mucho dinero porque si no ellos irán a buscarle. Además, la gente del campo dirá que no tenéis fuerza ni dinero suficiente para estableceros en el país, que es lo que constantemente están oyendo a los franceses. Si es verdad que queréis establecer el Majzen en el Rif no tenéis más remedio que trabajar deprisa, pagar bien a quien os sirve y castigar duro al que desobedezca, haciendo siempre valer vuestra fuerza. De no ser así, España no conseguirá nada en el Rif porque los jefes rifeños temerán comprometerse por una causa en cuyo triunfo no tienen fe. O actuáis intensamente o abandonad la empresa<sup>108</sup>.

La lentitud en los procedimientos de los que se hace eco Abd el-Krim hacía muy difícil la tarea de penetrar en el territorio. A nadie durante aquellos años, ni políticos ni militares se le escapaba que el objetivo era pacificar, ocupar y colonizar el territorio; pero para ello, primero había que dominarlo y ello implicaba para gran parte de los «africanistas» necesariamente la guerra<sup>109</sup>. ¿Qué empresa colonial se había llevado a cabo a lo largo de la historia que no hubiera requerido de la violencia? Y para hacer la guerra, previamente había que orquestar un plan, un método que permitiese mantener la superioridad en el campo de batalla que se le suponía a una nación occidental como España. Ese

107 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carpeta 4.

108 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carpeta 8.

109 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. 6. Base de un plan..., Documento citado, p. 6.



era uno de los pilares que formaban parte del imaginario ideológico-cultural de los africanistas: el belicismo. El expansionismo colonial llevaba aparejado el conflicto bélico<sup>110</sup>.

Durante los años de la Gran Guerra, la consigna de los gobiernos de España fue la de no realizar acciones que pudieran soliviantar a los contendientes, principalmente a Francia. A Gómez Jordana le obligaron a adoptar una política benévola con El Raisuni, mientras que, en la parte oriental del Protectorado, en ese período no hubo tampoco grandes operaciones<sup>111</sup>. La suspensión de hostilidades que coincidió con la muerte repentina del alto comisario (11 y 18 de noviembre respectivamente) contribuyó a que se produjera un giro, como ya se ha señalado, en la política de los gobiernos respecto al Protectorado. Los diferentes gabinetes que se sucedieron hasta producirse la estrepitosa caída de la Comandancia General de Melilla en julio de 1921 (Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, Álvaro Figueroa Torres, Conde de Romanones, Antonio Maura Montaner, Joaquín Sánchez de Toca, Manuel Allendesalazar, Eduardo Dato Iradier y, de nuevo Allendesalazar) confiaron en Dámaso Berenguer, nuevo alto comisario, para dirigir la acción en Marruecos. Para ello se aumentó el presupuesto destinado al gasto militar. Si en los años 1918 y 1919 había asignaciones de 317 millones de pesetas, vemos como un año más tarde se aprobaba una partida de 262 millones suplementarios y se incrementaba el contingente de soldados, que pasó de 190.000 hombres a 216.000 en 1920<sup>112</sup>.

Este nuevo enfoque se centraba, aparentemente, en una acción más política que militar. ¿El objetivo? limitar el impacto en la opinión pública respecto del gasto militar y las bajas de soldados en territorio africano<sup>113</sup>. Lo cierto es que se pensó en impulsar una efectiva conquista del territorio. Berenguer dirigió su atención al interior de Yebala en la zona occidental de Marruecos, para vencer la «rebeldía» de El Raisuni, y acabar, pues, con la política benévola dando paso a las armas. Una vez pacificada la zona occidental sería momento de mirar al Rif. Pero esto no se cumplió ya que en realidad ambos frentes fueron desarrollándose de forma casi paralela. En efecto, esa no era la idea que había gestado Berenguer, sin embargo, su amigo, y entonces subordinado, Fernández Silvestre, comandante militar de Melilla desde 1920, actuó según su criterio personal, sin acatar exactamente las órdenes que emanaban de la Alta Comisaría. Claro que, no era ni extraña ni desleal esta actitud porque estaba avalada por la supresión en 1919 de la figura del comandante en jefe que por adición trasladaba a los comandantes generales las responsabilidades en este sentido. El alto comisario se encontró, pues, con las consecuencias de aquella decisión gubernamental. Berenguer, en la parte occidental puso en marcha el «sistema Jordana» consistente en llevar a cabo una «acción política intensa, para anestesiar; después, la operación quirúrgica limitadísima; y finalmente cicatrizar rápidamente la herida con la creación de escuelas y dispensarios, etc.» En esencia consistía en un avance lento, siempre asegurando la retaguardia mediante la construcción de pequeños puestos defensivos o «blocaos». María Gajate señala que se trataba de una estrategia «espléndida». En este sentido ya hemos apuntado la

110 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit. pp. 128-129.

111 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 36.

112 GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Tesis Doctoral, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado — UNED, 2012, p. 314-320.

113 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit., p. 38.

opinión del capitán de Estado Mayor, Epifanio Gascueña que estimaba el procedimiento efectivo, sin embargo, desde que el general Silvestre llegó a la Comandancia General avanzó sobre el territorio sin trabajar la «acción política» y sin asegurar las posiciones a retaguardia, de modo que cuando se produjeron los hechos de Annual cientos de puestos fueron asaltados con relativa facilidad por la harca de Abd el-Krim (hijo); si bien es cierto que en aquellas circunstancias hubo otros factores, más allá de la errónea ubicación de las posiciones<sup>114</sup>.

Antes y después del verano de 1921 se alzaron muchas voces discrepantes respecto a cómo se había conducido la estrategia de penetración y cómo se había dirigido la guerra. Ricardo Fernández de Tamarit, teniente coronel destacado en 1921 en la zona oriental del Protectorado alertó a Silvestre de la mala ubicación del gran número de posiciones diseminadas en territorio hostil. Denunciaba que se trataba de campamentos sin aguadas ni comunicaciones, y prevenía al entonces comandante general sobre las consecuencias que podían sobrevenir por «haber edificado sobre arena», sin tener asegurada la retaguardia y sin contar con la lealtad de los Beni Said y Beni Ulichek, por estar bajo la presión del *xeij* Burrahail<sup>115</sup>. Otra opinión respecto a la dirección de la guerra corresponde al teniente coronel Máximo Vergara, a quien ya hemos hecho referencia párrafos atrás. Este africanista elevó un proyecto para ocupar el territorio basado en los grandes principios del arte de la guerra que, en su opinión, no se habían aplicado desde que se inició la campaña del Rif de 1909:

Hay que ser más fuerte que el enemigo en el punto decisivo. Este principio que entraña la necesidad de no diseminar las fuerzas en exceso, frente a un poder contrario, aún muy considerable, es el que constantemente queda infringido por el afán de ocupar la mayor parte del terreno con posiciones, sin asumir que el acto de presencia de la pequeña posición inactiva, es un acto pasivo que carece de fuerza expansiva moral y material. La pequeña posición no modifica nada del estado del país. En su aislamiento casi absoluto es despreciada por el moro que no la teme, y rebaja la moral de las tropas que la ocupan, a las que se acostumbra a ver la guerra a través del parapeto y las alambradas.<sup>116</sup>

Otro principio al que apelaba el teniente coronel Vergara se resumía del siguiente modo:

No hay más que un modo de hacer la guerra y vencer. Buscar al enemigo allá donde sea más fuerte y destruirle. Hay que buscarlo, es decir, no debemos esperar a que él nos busque, porque entonces con su iniciativa, nos irá a buscar donde le convenga. Además, se debe buscar donde sea fuerte. Una vez localizado el objetivo es destruirle.<sup>117</sup>

114 GÁJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927) ...*, Op. Cit. p. 41.

115 Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Manuel Fernández Silvestre. Zoco del T'latza de Bu-Beker. 16 de mayo de 1921. Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército.

116 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. 6. *Base de un plan...*, documento citado, p. 13.

117 Ibid., p. 13



### E.1. ¿Una concepción equivocada de la guerra?

En efecto, en la guerra de ocupación de Marruecos se constatan la existencia de un exceso de pequeños puestos o blocaos donde las fuerzas militares consumían su esfuerzo inútilmente<sup>118</sup>. Si tenemos en cuenta la opinión de algunos militares del Cuerpo de Estado Mayor, un puesto militar hasta de mil hombres aproximadamente, era un puesto que, dadas las condiciones topográficas del Protectorado español, y la idiosincrasia de los rifeños, podía considerarse aislado ¿Por qué? Principalmente por carecer de un radio de acción sensible sobre sus cercanías. Una posición así no podía actuar, convirtiéndose en un puesto de naturaleza totalmente pasiva y poco eficaz. Si estaba dotado de artillería de campaña, poseía un radio de tiro eficaz de tres a cuatro kilómetros contra blancos grandes; pero casi nulo ante blancos pequeños de hombres aislados<sup>119</sup>. Además, la orografía producía tal cantidad de ángulos muertos que hacía imposible conseguir blancos por tiro directo<sup>120</sup>. De estos puestos militares con guarniciones reducidas, en general inferiores a ese número de mil hombres, estaba sembrado el terreno que ocupaba el ejército español. Exceptuando contados emplazamientos bien establecidos, que afianzaban nudos de caminos, con aguadas considerables y garantizadas, protección de pasos difíciles, etc., la inmensa mayor parte se establecieron con arreglo a una idea errónea<sup>121</sup>.

A tenor de los juicios que acabamos de presentar, podemos calificar pues, que la estrategia que se puso en práctica en la guerra de Marruecos no fue la adecuada, ya que resulta difícil desde el punto de vista estratégico-militar dominar un país, pretendiendo batir el terreno ocupándolo con posiciones de dudosa estrategia. En una gran parte de las posiciones no se reunían las condiciones tácticas necesarias, puesto que ni batían el terreno ni podían atender a su seguridad por deficiencias de emplazamiento. Algunos la calificaron de «concepción absurda de la guerra»<sup>122</sup>. Para ocupar y defender un territorio como el del Protectorado español en Marruecos por tales procedimientos hubiese sido preciso, en opinión del capitán Epifanio Gascueña, ocupar cada pico y cada loma con un puesto, resultando que para controlar los 26.000 km<sup>2</sup> de territorio se hubiese requerido más de un millón de hombres<sup>123</sup>. Vergara, por su parte concluyó que manteniendo dicha estrategia «España no se adueñaría de su zona marroquí en cientos de años, aunque derrochara muchos miles de millones de pesetas, y algunas decenas de miles de vidas»<sup>124</sup>.

Continuando con el punto de vista de quienes discrepaban respecto a línea estratégica basada en la pequeña posición apuntaban, y en esto los planteamientos también convergen, que, en efecto, la «acción en Marruecos» necesitaba del puesto militar, pero «potente y activo»<sup>125</sup>. Debían reunir ciertas características, entre ellas: contar con los medios de acción más poderosos, y estar bien dotados

118 Véase: GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia Militar de Melilla...*, Op. Cit. pp. 15-22.

119 GONZÁLEZ ABELA, Luis: «Empleo en África de la artillería de 7 cm», *Revista de Tropas Coloniales*, 1 de enero de 1926.

120 Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Manuel Fernández Silvestre. Zoco del T'latza de Bu-Beker, documento citado, p. 12.

121 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. 6. Base de un plan..., Documento citado, p. 8.

122 Ibid.

123 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia Militar de Melilla...*, Op. Cit., pp. 33

124 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. 6. Base de un plan..., Documento citado.

125 Teniente coronel Ricardo Fernández Tamarit, *Carta al comandante general de Melilla*, Documento citado, p. 13.

de hombres. En esas condiciones el puesto militar se hubiese consolidado como un baluarte verdaderamente estratégico, actuante y poderoso. Bien comunicado con la base de aprovisionamiento ubicada sobre un buen puerto de la costa, de manera que, aun cuando se encontrase temporalmente cortado por bloqueo, tuviera las posibilidades de soportar una larga resistencia de meses, aun contra el caso siempre probable de un levantamiento general; por su aguada fácil y cuantiosa para todo tiempo y por sus almacenes y repuestos generales. Su establecimiento, además de las condiciones precisas de salubridad e higiene, había de responder a la condición de poderse defender con una absoluta seguridad.

El puesto así constituido es un puesto de dominación, de los que atienden al real concepto de la guerra; imponiendo con su presencia y acción las directivas recibidas, o destruyendo, en su caso, al enemigo en la verdadera finalidad guerrera a que ha de responder un ejército de ocupación. Se comprende que el número total de esta clase de puestos ha de ser muy restringido, su emplazamiento ha de responder a una idea de acercamiento a lo que constituye el corazón de la resistencia enemiga. Y al mutuo apoyo, seguridad, resistencia y colaboración de unos puestos con otros, de modo que constituyan y escalonen una línea segura que acerque la fuerza aplastante del choque principal de nuestra pujanza al punto o zona donde el enemigo concentre su máximo poder.<sup>126</sup>

Hemos realizado un análisis de las cuestiones estratégico-técnicas de la guerra colonial hispano-rifeña. Con este estudio no se pretende tapar lo que implicaba una guerra de esta naturaleza, conscientes de las atrocidades que se cometían tras las ocupaciones de los territorios, permitidas por una parte importante de la oficialidad: saqueos, *razzias*, uso de gases asfixiantes, quema de poblados y de campos, y otro sinfín de tropelías y atrocidades consustanciales a la guerra<sup>127</sup>. Por otro lado, pero también relacionado con el ejército, debemos anotar que las desertiones tanto en la policía indígena como entre los regulares fueron frecuentes, no solo en Annual sino antes y después, contribuyendo a mermar la capacidad de un ejército mal aprovisionado. Según un informe confidencial del agregado militar de la embajada de Francia en Madrid dirigido al ministro francés de la Guerra, de fecha 11 de mayo de 1923, «en las tropas indígenas reinaba un espíritu deplorable a causa de los malos tratos de los mandos»<sup>128</sup>.

## CONCLUSIONES

Recapitulando, hemos visto como desde el primer lustro del siglo XX los diferentes gobiernos de la Restauración se implicaron en una empresa colonial que llevó al ejército y al país entero a una «aventura» que costó muy cara en vidas y dinero. El Tratado de Protectorado de noviembre de 1912

126 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas...* Op. Cit., pp. 41-42.

127 MADARIAGA, Rosa María de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit. p. 271. *Sobre la guerra química en Marruecos, véase MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Op. Cit., pp. 301-315.

128 Archivos de Vincennes, Marruecos español, 3 H 134. Citado por MADARIAGA, Rosa María de: *En el barranco del Lobo...*, Op. Cit. p. 266.





se interpretó desde los sectores castrense y político como una carta blanca para llevar a cabo la a penetración en el territorio y someter a los nativos, para posteriormente desplegar la «acción colonial».

Lo que se pensaba que iba a ser un paseo militar se convirtió en una verdadera pesadilla para los políticos que se prolongó hasta 1927, momento en el que se dio por finalizada la guerra del Rif (1921-1927). Durante ese tiempo los militares que prestaron servicio en Marruecos alcanzaron gran protagonismo, convirtiendo aquel espacio en casi su señorío particular. Las fuentes y documentos revelan la forja de una cultura militar, de un modo de vida, que asumieron jefes y oficiales que compartieron vicisitudes en el norte de Marruecos. Un lugar que se convirtió en un foco de corrupción por parte de oficiales ensoberbecidos (no todos) y con una percepción de sí mismos por encima de los naturales e incluso de sus propios compañeros, que prestaban servicio en la Península.

El asunto de las recompensas y ascensos por méritos de guerra llevó igualmente a un enfrentamiento entre africanistas y junteros cuyo momento más crítico se prolongó entre 1917 y 1922. Sin embargo, no todos los militares que hicieron carrera en África se comportaron de igual modo. Hubo jefes y oficiales honestos, preparados técnica e intelectualmente, con rasgos más humanos. Entre estos militares se pergeñó la idea de desembarcar en Alhucemas para ocupar determinados puntos en la costa e irradiar desde allí la «acción política» capaz de someter a la cabila que, desde 1909, se consideró más beligerante y contestataria de todas: Beni Urriaguel.

La guerra colonial fue a saltos, no tuvo una continuidad, en parte por la indecisión de los diferentes gobiernos por el temor a fracasar y por la opinión pública, con un sector importante contrario a la guerra colonial. Se han esbozado algunas alternativas a la forma de penetrar en el territorio y de hacer la guerra. Es posible que si se hubiera optado por otras estrategias la empresa no hubiera tenido las graves consecuencias que tuvo, tanto para los marroquíes como para los soldados que dejaron allí su vida, en unas tierras inhóspitas e improductivas. El ejército español cometió muchos errores en Marruecos, pero, también contribuyó la ambigüedad con la que obraron los políticos con responsabilidades de Gobierno que no tuvieron un plan colonizador.





## CAPÍTULO IV

### EL PRIMER PROYECTO DE DESEMBARCO EN LA BAHÍA DE ALHUCEMAS. OCTUBRE DE 1911

El capítulo centra la atención en el primer proyecto de desembarco que se pergeñó para alcanzar el territorio de Beni Urriaguel. Responde a cuestiones sobre cómo se gestó la idea de operar desde el mar, quienes fueron los principales actores que diseñaron la operación, en qué contexto se produjo, cuáles fueron los objetivos que se perseguían y, finalmente, las razones por las que no se llevó a cabo. Así mismo, se analizan los debates parlamentarios que se celebraron en torno al «problema de Marruecos», el pensamiento de los políticos respecto a la «acción de España en norte de África» y la posibilidad de desembarcar en Alhucemas para someter a las cabilas rebeldes próximas a la bahía.

#### A. LA OPERACIÓN DEFINITIVA. UN PROYECTO DE GOBIERNO

La primera ocasión en la que se proyectó la operación de desembarco en Alhucemas, con todo lujo de detalles, fue en el marco de la denominada por la historiografía «campana del Kert»; un contexto bélico que se inició en agosto de 1911 y cuyo fin no se alcanzó hasta junio del año 1912, tras la muerte del jerife Mohamed Amezíán<sup>1</sup>. A la luz de los documentos fue el ministro de la Guerra, general Agustín Luque el impulsor de la operación; el planeamiento estratégico correspondió al capitán general de Melilla, José García Aldave y a su Estado Mayor: general Francisco Larrea Liso, general de la segunda brigada de Cazadores, Gabriel Orozco y Arascot; general de la División de Melilla, Salvador Díaz Ordóñez; contra-almirante, Enrique Santaló y Sáez de Tejada, jefe de la escuadra destacada en aguas marroquíes, y al jefe de Estado Mayor del ministro, teniente coronel Emilio Barrera Luyando<sup>2</sup>.

---

1 Un análisis de la «Campana del Kert» se puede encontrar en las siguientes obras: GIBERT, Narciso: *España y África. Organización del ejército colonial*. Madrid, [s.n.], 1912. GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos: las etapas de la pacificación*. Madrid, Compañía Íbero-Americana de Publicaciones (CIAP), 1932. BECKER, Jerónimo: *Historia de Marruecos. Apuntes para la historia de la penetración europea y principalmente de la española en el Norte de África*. Jaime Ratés, 1915. VV.AA.: *Historia de las campañas de Marruecos*. (Tomo segundo). Madrid, Servicio Histórico Militar. Estado Mayor Central del Ejército, 1951. CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912*. Barcelona, Maucci, 1914.

2 Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, nº 118, tomo II, p. 579. (3 de junio de 1910). Se creaba la Capitanía General de Melilla. Dos años más tarde, tras la firma del Convenio de Fez de 1912, se organizaba el Protectorado español en Marruecos, lo cual supuso el paso de Capitanía a Comandancia General de Melilla.

La propuesta de Luque contó con el respaldo del Gobierno y, en particular, de su presidente, José Canalejas, que esperaba la satisfacción de una gran victoria; un triunfo de las armas que le permitiera redefinir la crónica situación de indefinición en Marruecos. Hombre de Estado y gran orador; prudente respecto a las cuestiones de Marruecos, en ningún momento, desde que se aupara a la presidencia del Consejo de Ministros, en febrero de 1910, había manifestado públicamente sus intenciones. Pero, esta posición cambió y, durante la celebración de una conferencia que pronunció ante un público de maestros y doctores expuso la necesidad de actuar en el Rif. En la tarde del 1 de octubre de 1911 se mostró decidido a operar en Melilla con «energía e intensidad». El tono de su discurso fue elevándose y de forma más vehemente que de costumbre, esgrimió con pasión los derechos históricos de España en África, así como la ineludible necesidad de reivindicarlos, aprovechando, no ya los días, sino las horas y los minutos. Del mismo modo, aprovechó su disertación para censurar a todos aquellos que trataban de convertir, lo que él consideraba, el noble deseo de la paz, en un mero señuelo político.

Los pueblos —exclamó— desarrollando impetuosamente su pensamiento, no pueden esperar el instante feliz de su completa reconstitución interna para cumplir sus deberes. Y no importa que estos deberes sean el sacrificio. Alemania e Italia son buen ejemplo de ello. No podemos ser una excepción. España, si no quiere condenarse a la vergüenza de su propia pusilanimidad tendrá que imitar el ejemplo de aquellos pueblos viriles. ¡Desdichado país —señaló— el que deserte de sus deberes porque aún no ha dado cima a sus pacíficas empresas interiores, a la construcción de sus pantanos, al aprovechamiento de su suelo!<sup>3</sup>.

La ofensiva rifeña en el valle del Kert convenció al presidente del Consejo de Ministros de que la paz en Marruecos no se lograría sin poner en marcha una intensa acción de guerra que permitiera someter por medio de la fuerza a las cabilas «rebeldes». Pero también era consciente que un nuevo escenario bélico en el Rif, le situaba en una posición muy delicada, pues la opinión pública, de entrada, no soportaría una nueva derrota, y mucho menos la pérdida de vidas, como supuso la campaña del verano de 1909<sup>4</sup>. Sin embargo, también reconocía que el escenario a orillas del Kert era muy grave; posiblemente el ejército estaba frente a una nueva guerra<sup>5</sup>. Ante esas circunstancias, y persuadido, muy probablemente, por su ministro de la Guerra, resolvió aceptar su propuesta que suponía tomar la iniciativa y pasar a la ofensiva con el objetivo de asestar un golpe concluyente a la harca. La idea fue lanzar al ejército en una acción combinada que, por un lado, rompiera el frente en el Kert y, por otro, cayera sobre el corazón mismo de las cabilas, consideradas por los africanistas las más violentas, mediante una operación de desembarco en las costas de Alhucemas.

3 «La acción de España en el Rif», *El Liberal*, 19 de octubre de 1911.

4 GALLEGOS RAMOS: *La campaña del Rif (1909). Orígenes, desarrollo y consecuencias*. Málaga, Alkazara, 2005. La primera edición de esta obra es de 1910; Ver también RIERA, Augusto: *España en Marruecos. Crónica de la campaña de 1909*, Barcelona, Maucci, 1909.

5 El capitán general de Melilla, José García Aldave comunicaba por medio de telegrama cifrado, al ministro de la Guerra, la opinión del general Larrea, quien, por observaciones hechas sobre el propio terreno, temía que se tuviera encima otra guerra. Archivo General Militar de Madrid (en citas sucesivas AGMM), África, caja nº 157, legajo 3, 27 de agosto de 1911. Conferencia telegráfica celebrada entre el presidente, José Canalejas y el ministro de la Guerra, Agustín Luque.



La decisión, con toda seguridad, fue muy difícil de tomar para el presidente Canalejas; de hecho, ésta no fue su primera opción. Durante las primeras embestidas del ataque rifeño sobre las márgenes derechas del Kert, entre las posiciones de Ishafen e Imarufen a finales de agosto, el general Luque le sugirió un plan diferente: hacerse fuerte en las posiciones avanzadas y esperar con energía sobre el terreno a los contingentes indígenas que formaban la harca para castigarlos duramente<sup>6</sup>. Le planteaba pues, una maniobra defensiva, más conservadora y menos arriesgada. Esta estrategia no implicaba, algo muy importante para el Gobierno, el envío de tropas desde la Península, pues aseguraban que dicho movimiento de unidades causaría, tanto en el interior como en el exterior, una sensación enorme. El presidente aprobó el plan, y dio instrucciones de que se castigara a los agresores. De forma paralela, ordenó a Luque que enviase cuánto dinero fuese necesario al capitán general de Melilla para que tratara de persuadir a los jefes de la harca del mismo modo que lo hacían franceses e ingleses, es decir, que buscara la paz por medio de una estrategia alternativa, la de los «proyectiles de oro»<sup>7</sup>.

Se buscó incluso la mediación de El Bachir Ben Sennah, representante del Jalifa en la zona española, a quien se le entregaron ocho cartas que, por medio de El Gebbas, emisario del sultán, habían llegado a la Capitanía General, para que a su vez las entregara a las cabilas de Beni Urriaguel, Beni Tuzin, Beni Ulichek, Temsamán, Beni Bu Yahí, Metalza, Beni Said y al jerife de la federación de cabilas de Guelaya (Beni Sicar, Beni Sidel, Beni Bu Ifrur, Beni Bu Gafar y Mazuza) donde se recomendaba que volvieran a la paz con España<sup>8</sup>. Sin embargo, lejos de conseguir apaciguar los ánimos de los cabileños, los líderes de la harca, Mohamed Amezián de Beni Said y El Hach Amar de Metalza, conseguían mediante sus exhortaciones engrosar el contingente de combatientes, provocando, de ese modo, el agravamiento de una situación en las posiciones avanzadas que ocupaba el ejército<sup>9</sup>.

La vía diplomática, abierta a petición del presidente, no dio sus frutos, pero tampoco se cerró definitivamente. Canalejas y su ministro de Estado habían depositado sus esperanzas en la posibilidad de que los jefes de la harca cesaran en sus ataques a cambio de dinero. Pero los rifeños buscaban el compromiso del capitán general de no rebasar el Kert, no querían que los españoles penetraran en su territorio. La falta de acuerdos y la violencia de los ataques determinaron el cambio de rumbo en la estrategia. Fue entonces cuando Canalejas aceptó la propuesta ofensiva del ministro Luque<sup>10</sup>. Tomada la decisión pensaron en actuar con celeridad, y consagrar todas las energías a la obtención de las mayores ventajas posibles en Marruecos. Hasta ese momento ningún ministro de la Guerra se había trasladado a Melilla para asumir el mando de las operaciones militares. El general Luque viajó a la plaza de soberanía española con la decidida voluntad de dirigir la ofensiva. Una actitud

6 Archivo General de Palacio (en notas sucesivas AGP), reinados, Alfonso XIII, caja 12955, exp. núm. 28. Las posiciones de Ishafen e Imarufen en la parte derecha del Kert necesitaban mucha fuerza para protegerlas porque eran malas y estaban muy mal emplazadas. Confidencia del teniente coronel Emilio Barrera a Alfonso XIII.

7 AGMM, África, caja nº 157, legajo 3, 27 de agosto de 1911. Conferencia telegráfica celebrada entre el presidente, José Canalejas y el ministro de la Guerra, Agustín Luque.

8 AGMM, África, caja nº 627, legajo 86, carpeta 7.

9 AGMM, África, caja 157, legajo 3. Telegrama cifrado de García Aldave al ministro de la Guerra.

10 AGMM, África, caja 627, legajo 86, carpeta 3.



que respondía, sin ambages, a un plan de acción del Gobierno<sup>11</sup>. Nadie en el Consejo de Ministros desconocía las dificultades que entrañaba la operación, pero pensaron que, posiblemente fuera determinante si se realizaba con acierto. Luque, desde luego, fue a Melilla a algo trascendental<sup>12</sup>.

Pocas horas después de terminada aquella conferencia pronunciada por el presidente, partía el ministro de la Guerra rumbo a Melilla en el *Expreso de Andalucía*; tren que tomó en la estación del Mediodía de Madrid, acompañado por el teniente coronel de su Estado Mayor, Emilio Barrera y de sus ayudantes de campo, comandantes de Infantería y Caballería, Gobart y Álvarez de Sotomayor, respectivamente<sup>13</sup>. Antes de subir al *Expreso* mantuvo una conferencia con el presidente del Consejo y con el ministro de Estado, Manuel García Prieto. En la estación le despidieron también los ministros de Fomento, Gobernación, Hacienda y Marina; el subsecretario de Guerra y varios jefes de sección, además de algunos parientes y amigos. Junto a la comitiva partió el diputado y periodista, Francisco Peris Mencheta (facción política independiente), corresponsal del diario *La Correspondencia Militar*<sup>14</sup>.

## B. ¿UNA MANIOBRA SECRETA?

No tuvo demasiado éxito el Gobierno en mantener en secreto la verdadera misión empeñada al ministro de la Guerra. La intención de ocultar el propósito de su viaje fue imposible de sostener, más bien, todo lo contrario, parecía un secreto a voces, pues desde el mes de septiembre, la prensa venía informando que se preparaba una acción de gran alcance en el Rif; noticias que, lógicamente, trascendieron al campo indígena. Los intentos fueron en vano; tanto en el Parlamento como en la prensa los miembros del Gobierno eran continuamente interpelados. El propio Canalejas, en el Congreso de los Diputados, ante una pregunta del diputado republicano, Rodrigo Soriano Barroeta en torno a si en el Rif el ejército de España estaba llevando a cabo acciones de policía o de guerra desmentía que en Marruecos se estuviera en un momento crítico, aunque reconocía que, efectivamente, en Melilla había un problema, pero que «no ocurría nada, ni nada ocurriría». Y añadía que el Gobierno se limitaba a cumplir estrictamente las obligaciones que el país tenía como nación:

Por el honor de la Patria, por la defensa de las fortalezas, por el Acta de Algeciras y por los pactos con Francia. España no se lanzará a ninguna aventura. Pero no nos vamos a someter al trance de ser cobardes e impotentes; cumpliremos con nuestros estrictos, aunque penosos deberes<sup>15</sup>.

Por su parte, el ministro de la Gobernación, en una entrevista que concedió a un periódico, manifestó respecto al viaje del ministro de la Guerra a Melilla y acerca de la certeza de un supuesto avance sobre Alhucemas, que no había nada de eso. Reconoció alguna pequeña operación; pero nada del

11 Manuel García Prieto fue el político que actuó en calidad de delegado del Gobierno español en las negociaciones de paz con el representante del Majzén, cuyos pactos convergieron en el tratado de paz hispano-marroquí de 16 de noviembre de 1910, cerrando, de ese modo, la «campana del Rif» de 1909.

12 «Hacia el Kert», *El Heraldo Militar*, 2 de octubre de 1911.

13 «El general Luque a Melilla», *La Correspondencia Militar*, 2 de octubre de 1911.

14 Ibid.

15 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, nº 54, legislatura 1911-1914. 08-06-1911, pp. 1343-1371.



avance sobre Alhucemas: «El general Luque, hombre prudente, sabrá lo que debe hacer. Su viaje a Melilla ha tenido por objeto hacerse cargo de todo aquello, abarcando el problema para informar debidamente al Gobierno»<sup>16</sup>.

Parece lógico que en el Gobierno intentasen que no trascendieran sus intenciones por varias razones: en primer lugar, por la necesidad de ocultar el plan de acción a la harca «rebelde» en el Rif, una máxima fundamental en la guerra; y en segundo lugar, por cuestiones relacionadas con los tratados internacionales suscritos, cuya ambigüedad en la interpretación podía dar lugar a problemas de cara a las futuras negociaciones que el Gobierno estaba a punto de iniciar con los representantes franceses, para abordar el definitivo reparto del territorio marroquí bajo la fórmula jurídica de un Protectorado. El propio ministro de la Guerra estaba advertido de la discreción que requerían las circunstancias; razón por la que, como señaló el diputado antiparlamentario, Juan Vázquez de Mella y Fanjul, haciendo uso de su turno de palabra en la Cámara Baja, el presidente le prohibió que hablara sobre su plan definitivo en el Rif<sup>17</sup>.

Pero a nadie se le pasaba por alto que la presencia del ministro de la Guerra en Melilla era el inicio de algún tipo de acción sustancial. En este sentido se observa en los diarios de la época cómo, durante el mes de septiembre, se informaba de grandes movimientos de tropas, propios de un contexto previo a una gran ofensiva. Así, por ejemplo, el periódico *El País* publicaba una noticia donde se aseguraba que, en contra de las manifestaciones del presidente Canalejas, el cual había informado de la llegada a Melilla de entre 2.500 y 3.000 soldados, el número real de expedicionarios se aproximaba más a los 5.000<sup>18</sup>. Daba, además, detalles de esos efectivos; aseguraba que el día 8 habían embarcado en Valencia el regimiento Alcántara, al mando del coronel Font Mora junto a varias secciones de ametralladoras y los regimientos Guadalajara y Mallorca, al mando del capitán Gómez, a bordo del *Luis Vives*. Desde Sevilla se estaba preparando un batallón del regimiento Soria; una brigada desde Málaga, compuesta de los regimientos de Infantería de Borbón y Extremadura, al mando del general Villalón, además de un batallón del regimiento de Infantería Chiclana.

También se advertía que el ministro de Marina había anunciado la relación de los buques designados para ir a Marruecos: se trataba del *Pelayo*, que estaba en Cartagena, al mando del contraalmirante Santaló; el crucero *Cataluña*, que se encontraba en la Carraca; el *Infanta Isabel*; el nuevo cañonero *Recalde*, varado igualmente en la Carraca para proveer de municiones a los cañones que habían sido recientemente instalados. Por último, comunicaba que se encontraba ya en aguas de Marruecos el cañonero, *General Concha*<sup>19</sup>. Según el diario republicano, Canalejas estaba siguiendo la misma senda que iniciaron los gobernantes responsables de llevar a los soldados al «Barranco del Lobo», y sugerían que meditase sobre las consecuencias de una acción poco o mal pensada; uno de los cargos más graves que se dirigieron contra el Gobierno de Antonio Maura, a quien se le atribuyó

16 «El general Luque en Melilla», *El Imparcial*, 4 de octubre de 1911.

17 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 68. 19-01-1912, pp. 1793 a 1821.

18 «¡Cuidado con el avispero de Marruecos!», *El país*, 9 de septiembre de 1911.

19 Ibid.

que fue a la guerra sin plan, o que este no fue sometido a la aprobación del Consejo Supremo de Guerra y Marina<sup>20</sup>.

Si el periódico republicano sugería prudencia, en *El Heraldo Militar* apostaban por irse acostumbrando a una nueva campaña; empresa que consideraban indispensable en el norte de Marruecos. Lamentaban la angustiosa situación en la que se hallaba el ejército, y atribuían la hostilidad de las cabilas a tres razones: una primera refería que los «moros» debían gastar la pólvora comprada con el dinero de las cosechas; otra, al temor de que el ejército español rebasara el Kert, y una tercera al dinero e influencia de los franceses, a quienes juzgaban los artífices de pergeñar una maniobra de debilitamiento de España en Marruecos<sup>21</sup>. La idea de que Francia estuviera detrás de esta nueva ofensiva rifeña también la alimentaba un periódico crítico con la presencia de España en Marruecos, *El País*. En su edición del 10 de septiembre señalaba que la harca rifeña estaba muy bien organizada, disparaba con cartuchos franceses marca *lebel*, la mandaban jefes «moros» prestigiosos que estaban en contacto por la retaguardia con las tropas francesas ya que, desde las orillas del Kert hasta Fez hay muy pocas jornadas: «Creemos entrar en singular combate con los moros, cuando, en realidad, tal vez tengamos en frente a los franceses». Extremo que estimaban plausible porque «los franceses no soportan la injerencia española en Larache y Alcázarquivir»<sup>22</sup>.

Sin embargo, sobre este particular no ofrecían argumentos suficientes que sostuvieran tal afirmación. Un asunto al que tendremos ocasión de referirnos durante el capítulo por ser recurrente, no solo en los periódicos, sino también en las altas instancias políticas y militares. Los diarios militares dedicaban columnas a analizar la situación y planteaban soluciones. Desde *La Correspondencia Militar* sostenían que el ejército español en Melilla no podía mantenerse pegado al terreno en la orilla derecha del Kert, aguantando los tiros de los «moros» y sugerían una propuesta al Gobierno: «lo que hace falta es ir a buscar a la harca a su madriguera y arrancarla de ella, extirpándola a la vez la vida»<sup>23</sup>. Planteaban pues, la necesidad de enviar un contingente para rebasar el Kert y llevar a cabo una operación de desembarco en la bahía de Alhucemas para dominar toda la costa<sup>24</sup>.

En otro diario de naturaleza castrense felicitaban al presidente Canalejas por mostrarse valiente en los asuntos de África, y en concreto en el Rif, donde había que afrontar el problema «con energía y sin miedos»<sup>25</sup>. El día 18 de septiembre, el mismo rotativo anunciaba que la harca estaba reforzándose y por eso interpretaban que la solución no pasaba por esperar, sino que había que atacarla y derrotarla definitivamente, ocupándose después las posiciones necesarias en la orilla izquierda del Kert. Esa acción, afirmaban con rotundidad, no debía sufrir demora sin que ello supusiese llevar a cabo una larga marcha hacia el Oeste; operación que juzgaban muy compleja por las dificultades que

20 CEBREIROS, Nazario: *Verdades amargas: la campaña de 1909 en el Rif*, Madrid, Imprenta Artística Española, 1910, pp. 26-34.

21 «Ante una nueva campaña en Marruecos», *El Heraldo Militar*, 11 de septiembre de 1911.

22 Las tropas españolas desembarcaron en Larache el 9 de junio de 1911. Véase un análisis en QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones S. A. 1928.

23 «El Sr. Canalejas y la prensa», *La Correspondencia Militar*, 3 de octubre de 1911.

24 *El Heraldo Militar*, días 7 y 16 de septiembre.

25 «El Sr. Canalejas y la prensa», *La Correspondencia Militar*, 3 de octubre de 1911.



supondría el abastecimiento de las tropas y el desconocimiento del territorio. Por tanto, a la acción terrestre de castigo proyectada en la orilla izquierda del Kert, contemplaban un desembarco en la bahía de Alhucemas «que se ha visto, no presenta dificultades insuperables, antes bien es una operación perfectamente practicable»<sup>26</sup>. Esta última afirmación se apoyaba en los diversos simulacros de desembarco llevados a cabo durante el mes de septiembre en varios puntos de la costa entre Alhucemas y en la desembocadura del río Kert<sup>27</sup>.

A lo largo del mes de septiembre, por tanto, se observa como varios periódicos dedicaban portadas y primeras páginas a cubrir la información sobre la nueva guerra que sostenía el ejército en las proximidades del río Kert. Con ello, desde luego, contaba el Gobierno; sin embargo, no podía entender cómo se había filtrado la idea de lanzar al ejército en una operación de desembarco sobre la bahía de Alhucemas. Aunque el contenido de esta y sus detalles no se comenzaron a esbozar sino a partir del 25 de septiembre, la posibilidad de desembarcar al ejército en las playas de la bahía, ya se había anunciado en los diarios. Por ese motivo el ministro de la Guerra se expresó muy preocupado en una conferencia telegráfica que mantuvo con el capitán general de Melilla, y le ordenó que exigiera palabra de honor al Estado Mayor de no traslucir nada de cuándo y cómo se realizaría la operación. Ponía el acento el ministro en el Estado Mayor de la Capitanía de Melilla porque el periódico *El Mundo* sostenía que estaba enterado del plan porque lo había averiguado en el Estado Mayor<sup>28</sup>.

### C. LA DECISIÓN DE IR A ALHUCEMAS

En los ministerios de Estado y Guerra se notaba una gran diligencia relacionada con los asuntos marroquíes; trenes transportando soldados, barcos de guerra que se dirigían a Melilla, las fábricas militares produciendo municiones a gran ritmo, la Compañía Trasatlántica enrolaba sus barcos para transportar tropas, la escuadra del contraalmirante Santaló se alistaba en la Carraca (San Fernando, Cádiz) con urgencia. Muchos oficiales que disfrutaban licencias tuvieron que suspenderlas y desde El Ferrol se trasladó a Cádiz un batallón de Infantería de Marina<sup>29</sup>. En efecto, todo respondía a la idea de ejecutar una acción ofensiva, sobre la que se depositó gran esperanza por parte del Gobierno, de hecho, Agustín Luque la calificó como la «solución definitiva» para pacificar el Rif.

La primera manifestación respecto a la posibilidad de llevar a cabo la maniobra anfibia se constata a partir de un telegrama oficial enviado el 10 de septiembre por el capitán general de Melilla, en el cual este respondía al ministro de la Guerra, confirmando que, efectivamente el objetivo de Alhucemas era el único que estimaba útil, y añadía que había realizado un exhaustivo examen de todas las circunstancias que afectaban o podían rodear a la operación, junto al jefe de su Estado

26 *La Correspondencia Militar*, 18 de septiembre de 1911. Se refiere a una maniobra que el día 15 de septiembre, la columna de desembarco del *Pelayo* realizó sin novedad en la bahía de Alhucemas, al oeste de Cabo Quilates. Se trató de un simulacro de desembarco.

27 AGMM, África, caja 158, legajo 16, carpeta 2.

28 AGMM, África, caja 158, legajo 2, documento nº 78, 25 de septiembre de 1911.

29 CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912...Op. Cit.* p. 34.

Mayor<sup>30</sup>. ¿Cuáles eran, en este sentido, las sugerencias de los mandos militares que operaban en la zona de Melilla? El Cuartel General consideraba que, para desarrollar los planes indicados, se requerían mayores elementos de todas las clases, y que la reunión de todos ellos, relevos de posiciones y preparación de todo exigiría un plazo de varios días, durante el cual, Aldave estimaba necesario ir a Madrid para entrevistarse con Luque, llevando consigo al general Larrea, jefe de su Estado Mayor<sup>31</sup>. Pero el ministro de la Guerra, en aquel momento, no aceptó el ofrecimiento del capitán general de Melilla porque iba a ser él quien se desplazase a Melilla.

Esa circunstancia suscitó en la prensa la sospecha de que las relaciones entre el Gobierno y el capitán general de Melilla eran muy tirantes, e interpretaban que existía un desacuerdo absoluto entre éste y el ministro de la Guerra. Se aireó la noticia de que ambos habían intercambiado telegramas relevadores de esa desavenencia, y se llegó a publicar la noticia de que el general Aldave había presentado su dimisión. En el diario *La Mañana*, el 14 de septiembre, informaban que el sustituto era el general Marina. Pero fueron incluso más allá y apuntaron que el ministro Luque se haría cargo de las tropas que operaban en el Rif y su baja en el ministerio sería sustituida por el general Aznar<sup>32</sup>. La noticia, que causó gran estupor, pronto se desmintió apaciguando, así, el ánimo de la opinión pública. El propio presidente del Consejo de Ministros contradijo la información que publicó dicho periódico, y reveladoras resultaron sus declaraciones en las que ratificó al general Aldave en su puesto<sup>33</sup>. Aseguró, además, que contaba con la absoluta confianza del Gobierno, dejando claro que dispondría de cuantos hombres y dinero necesitase.

Luque se pronunció en la misma dirección, e informó a la prensa de que estaba muy satisfecho por los servicios que prestaba el general a la «Patria»<sup>34</sup>. Sin embargo, los documentos de archivo nos muestran que sí hubo discrepancias entre ambos. El ministro le reprochó que no hubiera actuado rápidamente en la operación de castigo que debió infligir a los responsables del ataque a la comisión topográfica el día 24 de agosto. Interpretaba aquel que el castigo para ser eficaz debió haberse efectuado antes de las veinticuatro horas siguientes al suceso y le recriminaba que no tuviera un núcleo de combatientes próximo a las posiciones avanzadas; lo cual, en su opinión era un grave error estratégico. Además, le advertía que la harca estaba sumando contingentes, precisamente por no haber actuado con celeridad, y lo peor era que había puesto al descubierto las deficiencias del ejército, pues siempre constaría que se habían tardado seis días en reunir fuerzas para castigar la agresión<sup>35</sup>.

En cualquier caso, a pesar del reproche apuntado, ambos convenían en la idoneidad de operar sobre Alhucemas, y cada día más seguros de su ejecución, porque la situación se agravaba por momentos, circunstancia que hacía que mantuvieran un constante diálogo. Por lo demás, García Aldave conocía mejor que nadie el terreno y todas las circunstancias que rodeaban las negociaciones con los

30 AGMM, África, caja 158, legajo 16, carpeta 2.

31 Ibid.

32 *La Mañana*, 14 de septiembre.

33 *La Mañana*, 15 de septiembre.

34 *La Mañana*, 16 de septiembre.

35 AGMM, África, caja 157, legajo 8. Telegrama del ministro de la Guerra al capitán general de Melilla. 28 de agosto de 1911.



jefes de las cabilas. No podía, por tanto, prescindir el Gobierno de su capitán general en Melilla. El día 13 de septiembre, en conversación telegráfica, el general Luque solicitaba explicaciones respecto a un nuevo ataque sufrido en las posiciones avanzadas del Kert por parte de la harca, compuesta en su mayoría por contingentes de las cabilas de Beni Said, Tensamán y Beni Urriaguel, aparte de otras más lejanas al teatro de operaciones<sup>36</sup>. Las explicaciones del alto mando en la zona de Melilla señalaban que el ataque había sido por sorpresa, y alertaba de que la situación variaba rápidamente por la «poca precisión de los moros en sus ideas»; así como por la constante excitación a la lucha de la que estaban siendo objeto por parte de «santones y fanáticos» que los imbuían el odio al cristiano. Matizaba, Aldave que «las exhortaciones a la Guerra Santa se extienden hasta cabilas muy alejadas»<sup>37</sup>. Al ministro Luque le atormentaba la idea de sufrir una derrota en el Kert, y por ello le transmitía a Aldave que el Gobierno no escatimaría sacrificio alguno para «castigar para siempre a ese tenaz enemigo, de manera que quedara en la memoria del Rif el escarmiento del que debían ser objeto los moros»<sup>38</sup>. Se observa el sentimiento de superioridad del ministro hacia los nativos, a quienes desea darles un escarmiento por su osadía de enfrentarse a la «potencia civilizadora».

No solo la recurrencia de los ataques, sino que, además, las noticias que llegaban a la Capitanía por medio del confidente, Gabriel Delbrell eran tan preocupantes, que apuntaban a un aumento de la harca con contingentes procedentes de las cabilas de Tafersit y Beni lteft, que confirmaban la necesidad de agilizar los preparativos ofensivos<sup>39</sup>. Prolongar esa situación, a juicio del ministro, era peligroso por la posibilidad de que las posiciones avanzadas en la margen derecha del Kert cayeran ante el empuje «rebelde», y esa circunstancia sería en extremo criticada por la opinión pública, por las penalidades que reportaría a la tropa y por limitarse a mantener una estrategia defensiva que, de ningún modo acabaría con la «rebelión», contribuyendo, de ese modo, al descrédito del Gobierno<sup>40</sup>.

La alarmante situación llevó al ministro de la Guerra, amparado en su decisión por el Gobierno, a convocar, con carácter de urgencia al capitán general para celebrar una conferencia telegráfica con un único tema a tratar: el cambio definitivo de estrategia. Luque entendía que había llegado el momento de pasar a la acción, de tomar la iniciativa y preparar la ofensiva con un doble objetivo militar: ocupar las costas de Alhucemas, mediante una operación anfibia y lanzar una ofensiva preliminar en ambas márgenes del Kert con el objeto de atraer a los combatientes de las cabilas costeras que habitaban la bahía de Alhucemas para desembarcar las tropas sin que la resistencia de los contingentes de Beni Urriaguel, Tensamán y Bocoya fueran un impedimento para su realización. Más de tres horas invirtieron ambos en dicho diálogo, pues se prolongó entre las 6:15 horas y las 9:37 horas. De los asuntos tratados en la conferencia solo tuvieron noticia cuatro las personas: aparte de Luque y Aldave, el rey y el presidente Canalejas<sup>41</sup>. Los generales coincidieron en que la operación anfibia era

36 AGMM, África, caja 158, legajo 3.

37 Ibid.

38 AGMM, África, caja 158, legajo 3.

39 AGMM, África, caja 158, legajo 16, carpeta 2.

40 AGMM, África, caja 158, legajo 3, documento nº 45.

41 AGMM, África, caja 158, legajo 2, documento nº 78.



«la solución más airosa» para acabar con la «pesadilla» que se vivía en el Rif. El ministro de la Guerra consideraba una humillación para el ejército y para la nación verse sorprendidos por guerreros que se encontraban en un estadio de desarrollo tribal. Se trataba de una cuestión de honor. «Hay que demostrar a los rifeños y en particular a los beniurriagueles, que el ejército español es superior táctica y materialmente a su ímpetu guerrero»<sup>42</sup>.

En aquella conferencia se tomaron algunas decisiones de urgencia: en primer lugar, enviar a Alhucemas personas de absoluta confianza para conquistar por medio de dinero «u otros ofrecimientos» a los *xelj* más influyentes de la zona, pues contar con la confianza de las fracciones costeras de Beni Urriaguel, era punto esencial para desembarcar sin hostilidad. Recomendaba el ministro para dicha tarea al capitán Parache, puesto que él debía dirigir el tabor de regulares que se formaría sobre el terreno con cabileños. Sin embargo, García Aldave no compartió la propuesta de Luque porque, en su opinión, desconocía el país y sus habitantes y, por tanto, ninguna facilidad encontraría para alcanzar la misión. Propuso pues, que fuera el comandante militar de Alhucemas quien gestionara toda esa labor preliminar de atracción, y advirtió al ministro que no depositara demasiadas esperanzas en alcanzar pactos con gran número de fracciones de cabila, porque conquistar por dinero, en ese y en todo momento, una cabila entera era imposible, pues «bastaba que algunos notables mostraran templanza en sus acuerdos para que se les acusase de haberse vendido a España, rompiendo en última instancia el compromiso alcanzado»<sup>43</sup>. La visión profunda y certera de Aldave respecto a la forma de proceder de los cabileños, le convertía en una de las voces más autorizadas en Melilla<sup>44</sup>.

La segunda medida urgente, en este caso relacionada con la ofensiva del Kert, fue aumentar el número de efectivos en 11.500 unidades e incrementar la dotación de baterías de montaña con nueve piezas más para proteger el avance de las columnas, además de nutrir con 500 caballos más a los regimientos de Taxdirt y Alcántara. Es decir, que con dicho aumento y deduciendo bajas y las guarniciones de fuertes y plaza, podía reunirse una masa de entre 16.000 y 18.000 combatientes<sup>45</sup>. Diligencia y efectividad fueron los ruegos que Luque hizo a Aldave. Tal era su seguridad en la victoria que esperaba que las operaciones se llevaran a cabo con un 99 por ciento de probabilidades de éxito. Luque ordenó al capitán general que planeara su estrategia, rogándole que especificara, de forma inmediata, los elementos de toda clase que, a su juicio, habrían de emplearse, incluida una propuesta respecto a la forma de ejecutar el racionamiento de las unidades<sup>46</sup>. Aldave, sin embargo, más prudente y con una visión más certera de la situación, advirtió al ministro que, en ningún modo se consideraba capaz de garantizar el éxito de la operación al 99 por ciento, tal y como solicitaba el mando. Luque podía pedir profesionalidad y compromiso a sus jefes y oficiales, pero debía saber, por su experiencia, que nunca una operación militar podía ejecutarse con el éxito asegurado, ya que su resultado dependía

42 Ibid.

43 Ibid. El soborno a los jefes de fracción fue una estrategia política para ganar la confianza y el compromiso de amistad de los indígenas. Estrategia paralela a la acción militar.

44 Ascendió a teniente general por Real Decreto de 13 de abril de 1910, y por otro de 25 de agosto siguiente, fue nombrado capitán general de Melilla.

45 AGMM, África, caja 158, legajo 2, documento nº 78.

46 Ibid.



de las contingencias, por minucioso que fuese el plan. Respecto al racionamiento y conducción de los elementos, pensaba utilizar el ferrocarril para su traslado hasta San Juan de las Minas. Desde ese punto, dado que aún restaban 20 km hasta las posiciones avanzadas del Kert utilizarían el camino que llevaba hasta la posición de Tauriart Zaj; a su juicio más corto que la opción alternativa, es decir tomar el camino que llevaba a Ras Medua. Además, en aquella plaza estaban instalados los depósitos de la parte norte del frente de operaciones. Esa posición se nutría también, en ocasiones, directamente desde Nador y este último punto proveía así mismo a Zeluán que, a su vez, servía de base para el abastecimiento de Amayud y el Zaio.

Mientras tanto, los barcos de guerra castigaban sin descanso las costas de Alhucemas con el objeto de debilitar moral y materialmente a los próximos a la costa. Así, por ejemplo, el día 14 de septiembre, el *Infanta Isabel* bombardeó los aduarez costeros entre Sidi Dris y el río Nekor; el 15, el *Pelayo* y el *Cataluña*, castigaron varios poblados de Beni Said; el 16, de nuevo el *Pelayo*, el *Marqués de la Victoria* y el *Infanta Isabel*, varios aduarez de Tensamán; y el día 17 el *Infanta Isabel* los situados a la derecha e izquierda de Morro Nuevo en la cabila de Bocoya<sup>47</sup>. El día 15 de septiembre la columna de desembarco del *Pelayo*, en cuyo buque enarbolaba su insignia el contraalmirante Santaló, jefe de la escuadra, a bordo de seis botes comandados por el capitán de Navío Carlier, realizó una maniobra de desembarco al oeste de Cabo Quilates en la cabila de Tensamán. Carlier, al frente de doscientos marineros, alcanzó las playas de Alhucemas<sup>48</sup>.

---

47 La *Correspondencia Militar*, 19 de septiembre de 1911.

48 AGMM, África, caja 158, legajos 6 y 8.



MAPA Nº 9. Frente del Kert. Estrategia de la ofensiva.

Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.



**D. ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE MELILLA**

El ejército español de Melilla en las fechas previas a la ejecución de la operación, y con el aumento de infantes y pertrechos apuntados anteriormente, presentaba el siguiente esquema organizativo. Los datos corresponden al 4 de octubre de 1911, tres días antes del inicio de la «ofensiva preliminar» en el valle del Kert<sup>49</sup>.

Cuartel General de la Capitanía de Melilla	
capitán general de Melilla	José García Aldave (teniente general)
jefe de Estado Mayor	Francisco Larrea Enciso (general de Brigada)
comandante general de Artillería	Juan López Palomo (general de Brigada)
comandante general de Ingenieros	Luis de Urzaiz Cuesta (general de Brigada)

CUADRO Nº 1. Cuartel General de la Capitanía General de Melilla. Elaboración propia.

Tropas	
División de Melilla	
Mando de la división: Salvador Díaz Ordóñez (general de división)	
jefe de Estado Mayor: Juan Díaz Carvía	
<b>Primera Brigada</b> general Joaquín Carrasco Navarro jefe de Estado Mayor: comandante Rafael Capablanca Garrigó	regimiento de Infantería San Fernando nº 11 coronel Miguel Primo de Rivera
	regimiento de Infantería Ceriñola nº 42 coronel Tomaseti y Beltrán
<b>Segunda Brigada</b> general Silverio Ros Souza jefe de Estado Mayor: comandante Andrés Pérez de Greda	regimiento de Infantería Melilla nº 59 coronel Eusebio García Gómez
	regimiento de Infantería África nº 68 coronel Luis Aizpuru Mondéjar
	regimiento de Caballería Taxdirt nº 29 (cinco escuadrones) coronel Miguel Núñez del Prado
	regimiento mixto de Artillería (24 piezas) coronel Agustín Cascajares Pareja
	séptimo regimiento mixto de Ingenieros (tres compañías de zapadores, una compañía de fortaleza, una compañía de ferrocarriles, una compañía de telégrafos y una compañía de servicio radiotelegráfico) coronel Félix Giráldez Camps

CUADRO Nº 2. División de Melilla. Elaboración propia.

49 AGMM, África, caja 158, legajo 1.

Tropas afectas a la Capitanía General	
Segunda Media Brigada de cazadores	
Mando de la Brigada: Gabriel Orozco y Arascot (general de Brigada)	
jefe de Estado Mayor: Gonzalo Suárez Mendigorri	
batallón cazadores de Cataluña nº 1 teniente coronel Francisco Perales Vallejo	
batallón cazadores de Tarifa nº 5 teniente coronel Manuel Montero Navarro	
batallón cazadores de Ciudad Rodrigo nº 7 teniente coronel Pedro Cavanna Sanz	
Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla (300 unidades) teniente coronel Dámaso Berenguer Fusté	
Policía Indígena de Melilla (495 unidades)	
Segunda Media Brigada de cazadores	
batallón de Cazadores Segorbe nº 12 teniente coronel Francisco García Gancela	
batallón de Cazadores Talavera nº 18 teniente coronel Joaquín Muñoz Gallego	
batallón de Cazadores Chiclana nº 17 teniente coronel Francisco López y Gómez de Avellaneda	
Segunda Brigada de la 4ª división	
Mando de la Brigada: general Francisco Villalón Fuentes	
jefe de Estado Mayor: Manuel Nieves Coso	
regimiento de infantería Extremadura nº 15 coronel Manuel Casalini Berenguer	
el regimiento de infantería Borbón nº 17 coronel Andrés Alcañiz Árias	
Primera Brigada de la 5ª división	
Mando de la Brigada: general Juan Pereyra Morante	
jefe de Estado Mayor: comandante Antonio Marco Cordero	
regimiento de Infantería Mallorca nº 13 coronel Manuel Llopis Ruiz	
regimiento de Infantería Guadalajara nº 20 coronel Joaquín Pachecho Yanguas	
Número total de efectivos:	10 generales 1322 jefes y oficiales 39.703 clases e individuos de tropa

CUADRO Nº 3. Tropas afectas a la Capitanía General. Elaboración propia.

Más adelante veremos las unidades que se destinaron para la operación de desembarco en Alhucemas.



### E. LUQUE EN MELILLA

El día 3 de octubre, en torno a las 12 del mediodía arribó el *Pelayo* en la rada de Melilla. Llegaba el ministro de la Guerra en el buque acorazado después de haber descansado unas horas en el hotel Regina de Málaga. La decisión del traslado de Luque había sido acordada tras sendos consejos de ministros; el propio presidente, José Canalejas confirmó la noticia. Por su parte, el general Luque en declaraciones al diario *El Ejército Español* había afirmado que esta era una idea que tenía en mente desde el mismo momento en el que tomó posesión<sup>50</sup>. Y ciertamente, así era ya que el día 1 de septiembre el propio ministro informaba a García Aldave de su inminente viaje a Melilla entre el 10 y el 12 de septiembre<sup>51</sup>. Días más tarde se fijó, de nuevo, una fecha, concretamente para el día 6 de octubre, sin embargo, la gravedad de la situación precipitó el viaje del ministro<sup>52</sup>. A su llegada fue recibido por el capitán general de Melilla y otras autoridades militares. Tras un breve almuerzo recorrió los cuarteles y hospitales de la Plaza.

Al día siguiente se acercó hasta las posiciones avanzadas próximas al Kert para analizar sobre el terreno las posibilidades de ejecutar la operación preliminar. El día 6 de octubre enviaba un telegrama cifrado al presidente Canalejas dando cuenta de la reunión que había mantenido con los generales y jefes. Un encuentro que calificaba de positivo y en el que se había alcanzado la «necesidad urgente de obrar con rapidez para terminarlo todo en breve, antes de que la época de lluvias dificulte el plan»<sup>53</sup>. El general Luque parecía mostrarse muy optimista, lo cual indica que confiaba plenamente en el éxito de la operación. Un día antes, con la intención de arengar a las tropas, el ministro se había presentado ante el ejército de España en Melilla por medio de una circular que se hizo llegar a todos los fuertes y posiciones:

Señores Generales, Jefes, Oficiales, clases e individuos de Tropa: Vengo expresamente en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.) a saludaros en las posiciones avanzadas, mudos testigos de vuestro heroísmo, y a deciros que la Patria, el Rey y el Gobierno están satisfechos de vuestras virtudes militares. No es solo el arrojo la virtud esencial en la guerra; es el estoicismo para resistir rudas penalidades, y vosotros, vivaqueando días y días sin más techo que el cielo y sin más cama que el suelo y en vela la mayor parte de la noche para repeler los arteros ataques del enemigo, estáis dando dignas pruebas de que sois dignos descendientes del legendario soldado español. No he de adelantaros para que prosigáis vuestra inimitable conducta, porque no sois vosotros de raza que desmaya, pero justo será deciros que cuidadoso el Gobierno de vuestra salud y avecinándose época de lluvias, aquí torrenciales, hemos de resolver el problema que las circunstancias exijan, demostrando a las cabilas enemigas por manera eficaz el poder de nuestras armas. Si deseáis hacer más grata mi estancia entre vosotros, proporcionarme la satisfacción de que mi alma de soldado se rejuvenezca presenciando desde el alto puesto que como ministro de la Guerra desempeño triunfos del Mando, triunfos de severa disciplina en el fuego y triunfos de férrea pujanza en el ataque<sup>54</sup>.

50 «Luque en Melilla», *El Ejército Español*, 24 de septiembre.

51 AGMM, África, caja 158, legajo 8.

52 La llegada de Luque a Melilla estaba prevista para los días 6 y 8 de octubre. CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912...Op. Cit.*, p. 353.

53 AGMM, África, caja 158, legajo 2.

54 AGMM, África, caja 158, legajo 5.



De la carta-presentación de Luque se desprenden dos ideas: su presencia en Melilla implicaba que el problema se pretendía afrontar con la voluntad de resolver definitivamente la cuestión de la «rebel-día» en el Rif, y segunda: que la decisión contaba con el apoyo unánime de las autoridades de España, incluido el rey. Sin embargo, el ministro no tenía el camino expedito, pues no contaba con el apoyo de un sector muy importante de la población<sup>55</sup>. En efecto, la presencia del general Luque en Melilla levantó gran expectación en la opinión pública; los periódicos especulaban y aventuraban hipótesis respecto a la misión del ministro. «El viaje, se podía leer en *El País*, obedecía a un acuerdo de Gobierno, basado en muy discretos propósitos». «El general Luque se trasladaba al terreno de la lucha para acortar la red de posiciones y para facilitar la concentración sobre la plaza. Todo esto después de castigar a los «rebeldes» y someterlos, imponiéndoles la paz cómo en 1909 se impuso a los guelayas y otras cabi-las»<sup>56</sup>. El diputado y periodista Peris Mencheta, que recordemos, acompañó a la comitiva del ministro, firmaba un artículo del día 3 de octubre, en *La Correspondencia Militar* donde anunciaba que nada se sabía sobre futuros planes; pero que pensaba que estos, entrarían pronto en período de actividad<sup>57</sup>.

Además de las conjeturas en torno a los planes del Gobierno, el debate acerca del papel que España debía desempeñar en el norte de Marruecos se retomó con fuerza en los periódicos. En este sentido, se puede ver como el malestar que existía en una parte importante de la opinión pública se mostraba de manera explícita; por ejemplo, bajo el título «El Rif nos domina», apareció un artículo en *El País* el 14 de octubre. Desde el diario, y fieles a su línea editorial republicana, calificaban el pro-blema como el más grave que España tenía desde hacía años. Advertían que la vida nacional estaba supeditada a la campaña del Rif, que «los rifeños tenían cerradas las Cortes, supeditadas las garantías constitucionales, sometida la prensa a la censura «Todo el dinero que pudiera destinarse a la prepa-ración de la España futura, se lo llevan los rifeños. Ellos rigen y gobiernan a España»<sup>58</sup>. Lamentaban que aquel territorio estaba acabando con las esperanzas de una España ideal, culta, rica, fuerte, libre y educada. Aportaba finalmente algunos datos económicos para argumentar su reflexión. En ellos se podía ver como el presupuesto de Guerra había aumentado en 1911 con respecto al año anterior en 34.167.169,39 de pesetas. Añadía dos créditos extraordinarios y supletorios recién aprobados en el mes de junio en la Cámara Baja; uno de 25.000.000 de pesetas y otro de 12.528.886,29 consignando un incremento total de 71.696.0555,68 de pesetas. Resultando que el gasto del ministerio de la Guerra en el año 1911 había ascendido hasta ese momento hasta 225.000.000 de pesetas. La cifra, sin duda, era elevada si tenemos en cuenta que ésta representaba algo más del 20 por ciento del presupuesto anual de la Nación<sup>59</sup>.

Si en la prensa se juzgaba la cuestión de Marruecos como la más grave de los últimos años para España, en el Parlamento «ese gran problema» que representaba Marruecos, se trataba y discutía acaloradamente, de forma casi ininterrumpida, desde los sucesos del «Barranco del Lobo» en julio

55 *El País*, 4 de octubre de 1911.

56 *El País*, 11 de octubre de 1911.

57 *La Correspondencia Militar*, 3 de octubre de 1911.

58 «El Rif nos domina», *El País*, 14 de octubre de 1911.

59 Ibid.



de 1909<sup>60</sup>. Partidarios y detractores disertaban sobre la conveniencia de la presencia de España en el norte del imperio marroquí. En los meses previos al inicio de las hostilidades que dieron paso a la campaña del Kert, se dedicaron varias sesiones al análisis de las circunstancias que rodeaban a la zona oriental del norte de Marruecos: la región del Rif.

Los miembros del Gobierno implicados directamente en las responsabilidades que afectaban a este problema, es decir, presidente y ministros de la Guerra, Estado y Marina, eran impelidos a que explicaran aspectos relacionados con esa materia. Si para algunos el asunto era una «cuestión de vida o muerte», para otros se trataba de un estado de «desequilibrio mental»<sup>61</sup>. Diputados republicanos, reformistas, de Solidaritat Catalana y otros detractores alzaban la voz en sus turnos de palabra para culpar al Gobierno de no saber adónde dirigir la acción porque, para empezar, entendían, que no estaban claros los derechos que España tenía en África; les culpaban también de no tener los elementos suficientes de combate ni de lucha para ejercer la acción militar que los franceses llevaron a cabo en Argelia, y les advertían que la nación estaba convencida de la inutilidad de esa guerra, ya que estimaban que la conquista de África sin elementos de combate ni apoyos de las demás naciones, solo podía conducir a la ruina y a la catástrofe de España<sup>62</sup>.

Por su parte, el presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas se defendía gracias a su oratoria, y respondía insistentemente que España estaba en Marruecos como órgano de derecho y de civilización; para establecer el orden, normalizar la vida, mantener la seguridad y permitir la expansión de la actividad de los extranjeros. Argumentaba, además que las circunstancias que existían en el territorio del imperio de Marruecos requerían por parte del Gobierno una función continuada de policía para garantizar la libre circulación de los europeos. Justificaba con su elocuencia, no solo la presencia de España en su zona de influencia, amparada por el paraguas de la legalidad que significaban los tratados de 1904 y 1905 con Francia y el Acta de Algeciras de 1906, sino también la ocupación de ciertas posiciones por parte del ejército situadas a orillas del Kert, a unos 60 kilómetros de Melilla. Por tanto, esa era la idea que el Gobierno transmitía a los españoles; el ejército se limitaba a ejercer labores de policía derivadas de un mandato internacional<sup>63</sup>. José Manuel Pedregal (Partido Reformista) criticaba las palabras del presidente. En su opinión era tal la vaguedad respecto al asunto de Marruecos que el Gobierno hacía juegos de palabras para informar a la opinión pública que en Marruecos no se estaba en guerra, pero que tampoco existía un clima de paz<sup>64</sup>.

Sin embargo, no todo eran críticas hacia la gestión del Gobierno, también hubo apoyos. En su mayoría provenían desde los escaños más tradicionalistas. Por ejemplo, para el diputado Julio Amado y Reygondaud de Villebardet (monárquico independiente) el problema de Marruecos no era

60 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1909-1910, nº 3. 18-10-1909, pp. 21 a 45.

61 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 76. 07-03-1912, pp. 12-51. Las expresiones corresponden a los diputados Rodrigo Soriano y Felipe Rodés Baldrich (partido republicano y de Solidaritat Catalana respectivamente).

62 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 68, pp. 1793 a 1821. Diputado José Manuel Pedregal y Sánchez Calvo del Partido Reformista de Melquiades Álvarez.

63 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 68, pp. 1793 a 1821.

64 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 69, 15-02-1912, p. 871.

circunstancial, no se trataba de un señuelo al que pudiera renunciarse, era un problema de integridad nacional, y apelaba al patriotismo para afrontarlo eficazmente<sup>65</sup>. También en un sector de la prensa, además de los diarios militares, se defendía vivamente la participación de España en el reparto de África y, por tanto, su «acción en Marruecos». Un artículo muy interesante, además de provocador apareció en un periódico catalán, el *Noticiero Universal de Barcelona*, donde el senador Tomás Maestre, africanista convencido y partidario de la presencia española en Marruecos apelaba a la necesidad de ejercer un dominio integral de la zona de influencia de España dentro de los preceptos recogidos en los tratados internacionales y en el Acta de Algeciras<sup>66</sup>. El texto se basaba en un discurso que el diputado tradicionalista Juan Vázquez de Mella había pronunciado en el Congreso de los Diputados el 8 de abril de 1911. Maestre proponía al ejército como el único instrumento eficaz para penetrar en el territorio bajo influencia española en Marruecos. «El soldado —anotaba— gana la tierra con las armas». Justificaba la presencia de España en el norte de Marruecos, apoyándose en un artículo publicado en abril por *El Imparcial*, donde se traducía una reflexión de Gaston Routier en *Le Petit Journal* titulado «La cuestión marroquí. Francia y España»:

Es necesario que la gran línea de penetración de Orán a Tazza y de Fez a Casablanca, llegue a ser una realidad, España no encontrará nada que objetar, puesto que nosotros hemos de darle satisfacción en lo que se refiere a la línea Tánger-Fez, que pasa, hasta Alcázar, por su esfera de influencia. Podrá crear una línea de enlace de Melilla a Tazza, sobre la gran línea Orán-Fez-Casablanca, que es indiscutible para el porvenir de la civilización de Marruecos<sup>67</sup>.

Proponía al Gobierno ocupar la «feraz comarca costera» de la bahía de Alhucemas. Consideraba que la operación resultaría fácil y sin riesgo alguno, porque en la playa, aseguraba el senador, el ejército español contaba con 4.000 beniuirriagueles, favorables a la acción de España. Con tal operación el ejército se haría dueña de Axdir y tendría el Gobierno el dominio del Rif<sup>68</sup>.

No obstante, los apoyos el sentir mayoritario en la prensa era crítico con el Gobierno. Los periodistas desde el mes de agosto que comenzó la guerra publicaban noticias informando de los ataques que sufrían los soldados españoles en sus posiciones estáticas, así como el número de bajas que se producían de forma alarmante entre los combatientes<sup>69</sup>. El estado de irritación entre la ciudadanía provocó grandes manifestaciones en la Península, llegando incluso a la convocatoria de una huelga general<sup>70</sup>. La agitación obrera fue de las más grandes y trascendentes que habían conmovido a España hasta entonces. En Málaga; en Asturias donde más de 20.000 mineros se cruzaban de brazos a

65 Ibid., pp. 885 a 903. Una breve biografía de Julio Amado y Reygondaun en: <http://dbe.rah.es/biografias/64983/julio-amado-reygondaun-y-de-villebardet> [En línea], 2 de mayo de 2019.

66 «Nuestra hora nacional», *El Noticiero Universal de Barcelona*. La cita es de CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913)* Op. Cit., pp. 8-12.

67 «La cuestión marroquí, Francia y España», *El Imparcial*, 9 de abril de 1911. Gastón Rourier fue un economista y erudito, dedicado al periodismo y al análisis político. Durante años fue el corresponsal en España de los periódicos franceses *Le Journal* y *Le Figaro*.

68 «Nuestra hora nacional», *El Noticiero Universal de Barcelona*. La cita es de CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913)* Op. Cit., pp. 8-12.

69 «Cuidado con el avispero de Marruecos», *La Época*, 9 de septiembre de 1911.

70 «Huelga en provincias», *La Época*, 10 de septiembre de 1911.



la entrada de las minas; en Extremadura donde el movimiento de los corcho-taponeros, temerosos de una ruina que amenaza a 30.000 familias extremeñas y andaluzas irrumpió con gran fuerza; o en Bilbao donde la huelga revestía caracteres de extraordinaria importancia. El día 19 de septiembre, la huelga general se extendió a toda España, por lo que el Gobierno decretó la suspensión de garantías constitucionales para todo el territorio español<sup>71</sup>. Ante esa situación el ministro Luque previno a García Aldave sobre la actitud que debía mostrar ante la prensa; le sugería cautela y tacto, pues en su opinión «España es pobre y no cuenta con el aliento del espíritu público»<sup>72</sup>. Además, para evitar que las noticias llegaran a la opinión se crearon gabinetes gubernamentales con la misión de llevar a cabo una acción de censura en la prensa nacional<sup>73</sup>.

#### F. LA OPERACIÓN PRELIMINAR. PRIMERA FASE DE LA «OPERACIÓN DEFINITIVA»

Las operaciones se desarrollaron en la última parte del curso del río Kert, desde su paso por el territorio de la cabila de Metalza hasta la desembocadura. A la derecha e izquierda del curso había un cúmulo de accidentes del terreno que formaban abruptas barrancadas y desfiladeros peligrosos; una circunstancia que los oficiales de Estado Mayor no pasaron por alto antes de elaborar la estrategia de campaña. Sin embargo, existía un gran desconocimiento del territorio, y una consecuencia de ello fue que los planos estaban realizados por referencias. Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro de la Gobernación en 1909 se mostró sorprendido cuando se dio cuenta de que «después de siglos de ocupación de las plazas de soberanía, no conocíamos sus alrededores, no se habían levantado planos»<sup>74</sup>. En la primera parte del curso el Kert corría por un terreno abierto por ambas orillas. A su derecha la llanura del Garet, cubierta casi todo el año de vegetación, constituía el único terreno de pastos en muchos km<sup>2</sup>; y en ella se encontraban las únicas aguadas para hombres y ganado<sup>75</sup>.

El río Kert llevaba generalmente poco caudal, lo cual posibilitaba vadearlo prácticamente en todo su curso. El problema radicaba en que este iba encajonado constantemente en una profunda cortadura de orillas escarpadas, circunstancia que impedía rebasarlo. En el recorrido del río vinculado al contexto del frente, existían unos doce puntos de paso, siendo el principal el situado junto al zoco de Zebuya<sup>76</sup>. Los caminos que había en la zona del Kert, antes de agosto de 1911 eran dos: el primero y principal, un camino que desde Melilla pasaba por zoco el Had y Yazanen y se dirigía paralelo a la playa, cruzando el Kert cerca de su desembocadura; y el segundo, por el norte del monte Mauro, que iba derecho al terreno de la cabila de Tensamán hasta llegar a la bahía de Alhucemas. La superficie total de la zona era de aproximadamente 700 km<sup>2</sup> <sup>77</sup>.

71 *El País*, ediciones de los días 13 al 22 de septiembre de 1911.

72 AGMM, África, caja 158, legajo 2. Telegrama del general Luque al capitán general de Melilla, 29 de septiembre de 1911.

73 AGMM, África, caja 158, legajo 3.

74 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *Arcabuces, mosquetes y fusiles*, Madrid, Ollero y Ramos editores, 2013, p. 146.

75 AGMM, África, caja 157, legajo 1.

76 Ibid.

77 CALVO, Gonzalo: España en Marruecos (1910-1913). *Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912 Op. Cit.*, pp. 380-393.





MAPA Nº 10. Frente del Kert. Las estribaciones del monte Mauro en territorio de Beni Said.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

Descrito geográficamente el territorio nos centramos en los acontecimientos previos a la campaña. El avance del ejército hacia las posiciones del Kert se había iniciado a finales de noviembre de 1910. Dicho avance fue justificado por el capitán general porque entendía que era necesario ocupar la meseta de Beni Faklan, posición estratégica que permitía unir Atlaten con Yazanen. Controlar dicha meseta permitía cerrar por el oeste el acceso al monte Gurugú y someter a las cabilas de Beni Bu Gafar y Beni Sidel. La ocupación facilitaba ejercer un mayor control de la cabila de Ben Said. En la primavera de 1911, el colaborador y confidente, El Bachir Ben Senah, daba por sentado que los todos los poblados de Beni Sidel hasta la línea del Kert, estaban ya sometidos. De ese modo, la confederación de cabilas de Guelaya quedaba bajo la influencia de España<sup>78</sup>. Así, con la retaguardia asegurada, el alto mando de Melilla continuó con las órdenes recibidas de proseguir el avance<sup>79</sup>. El 6 de agosto,

78 AGMM, caja 158, legajo 5.

79 Ibid.,



el general Aldave envió una comisión para realizar un estudio de las posiciones y la conveniencia de ocupar el Zoco de Zebuya.

Los resultados del estudio de aquellos comisionados concluían la necesidad de ocupar Ishafen (posición formidable y fácil de fortificar) y cuatro puntos estratégicos más: Ras el Medua, Tauriat Zaj, El Harcha (macizo montañoso muy elevado) y Tauriat Narrich. Atendiendo las sugerencias de la comisión, el ejército avanzó hasta tomar la posición de Ras el Medua sin casi efectuar disparos, pero la maniobra soliviantó los ánimos de los cabileños de la orilla derecha del Kert; hecho que les llevó a intensificar su propaganda a uno y otro lado del río, afirmando que las intenciones del capitán general era cruzarlo y continuar el avance hacia el interior del Rif, destruyendo, a su paso, las cosechas y arrasando las propiedades<sup>80</sup>.

El general García Aldave intentó pacificar los ánimos de la harca. Envío un escrito que llegó hasta los zocos más importantes de las cabilas próximas al Kert. En la circular les informaba que las intenciones de España eran respetar sus costumbres, su religión y propiedades, pero para ello debían someterse a la autoridad del sultán que, en ese momento, representaba España (esa era la interpretación del Gobierno)<sup>81</sup>. Sin embargo, aquellas palabras no generaron sino más desconfianza. No estaban dispuestos a permitir el avance de los españoles hacia el interior. Aprovechando la poca capacidad de fuego de la comisión topográfica del Estado Mayor del ejército, que había salido para reconocer el terreno y levantar planos, los cabileños atacaron a la expedición, provocando cuatro muertos. La agresión del día 24 de agosto de 1911, supuso el inicio de la campaña del Kert<sup>82</sup>. Según el confidente francés, Gabriel Delbrell los promotores de la agresión pertenecían a la fracción de Imarufen de Beni Sidel, a los que se habían unido algunos de Beni Said y Metalza. Comunicó también que se había convocado una harca por Mohammed Amezian y el Hach Amar<sup>83</sup>. Fue el inicio de una nueva guerra que se extendió hasta la primavera de 1912.

En ese contexto se fraguó «la operación definitiva», bajo unas circunstancias realmente complejas por tres razones fundamentalmente: en primer lugar, el ejército español se enfrentaba a un enemigo que conocía bien el territorio, porque estaba mejor adaptado al clima y porque luchaba por defender su territorio. Hubo quien los calificó «prestidigitadores de su propio cuerpo»<sup>84</sup>; en segundo lugar, por la crítica constante de un sector de la prensa que cargaba contra un Gobierno al que se consideraba que carecía de un plan bien trazado para Marruecos; y tercero, por las dudas del propio Gobierno que se hallaba maniatado por el temor a vulnerar alguna de las cláusulas de los tratados internacionales suscritos con Francia. Todo ello además en un contexto internacional revuelto, ya que los gobiernos de Alemania y Francia mantenían recurrentes encuentros con objeto de alcanzar acuerdos en torno a Marruecos, después de que el día 1 de julio de 1911, el Kaiser Guillermo II

80 VV. AA: «La Campaña del Kert (1911-1912)» en *Historia de las campañas de Marruecos*. Tomo segundo, Madrid, Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar, 1951, p. 403.

81 AGMM, África, caja 656, legajo 100. Agosto de 1911.

82 GIBERT, Narciso: *España y África. Organización del ejército colonial...Op. Cit.* p. 45.

83 AGMM, África, caja 158, legajo 16. Telegrama del 26 de agosto de 1911.

84 AZPEITIA, Antonio: *Marruecos, la mala semilla: ensayo del análisis objetivo de cómo fue sembrada la guerra de África*, Madrid, 1921, p. 141.



enviara el cañonero *Panther* a Agadir pretextando la necesidad de proteger a los ciudadanos alemanes tras los violentos ataques de algunas cabilas que disputaban la soberanía al sultán residente en Fez<sup>85</sup>. Guillermo II, en un ejercicio de fuerza, buscaba compensaciones por parte de Francia en África. Finalizadas las negociaciones, a partir del 28 de septiembre de 1911, el embajador francés, Monsieur Geoffray, regresó a Madrid. El mismo día ABC publicaba un artículo donde se leía:

Francia necesita legalizar el Protectorado ante las naciones y solo se lo ha consentido hasta ahora Alemania, siendo la más importante España, que tiene parte del mandato de Europa. Francia necesita negociar, nosotros somos requeridos y solicitados<sup>86</sup>.

A mediados de octubre hubo alguna tirantez de relaciones entre España y Francia, debido a que la prensa glosó y comentó las declaraciones del general Luque acerca de los auxilios que recibían los rebeldes rifeños. El ministro dio por aludida a Francia en aquellas declaraciones. Incluso se rumoreaba que los franceses proporcionaban proyectiles explosivos a los «moros». Lo cual produjo una protesta formal a través del embajador francés<sup>87</sup>. El líder socialista Jaurés emitió unas declaraciones en el periódico *L'Humanité* a finales de octubre donde reconocía que Francia al ocupar Fez había violado el Tratado de Algeciras; por tanto, obligar a España a retirarse de Larache, Alcázar y Arcila, cuya ocupación consideraba legítima, pues así lo reconocía el tratado de 1904, sería un nuevo error que costaría muy caro a Francia<sup>88</sup>. No debemos perder de vista estas complicaciones internacionales como parte importante del análisis de la suspensión de la operación de desembarco que días se produjo.

Mientras tanto, en el Kert las operaciones militares se planeaban a buen ritmo. La maniobra preliminar pergeñada por el ministro Luque se basaba en una demostración ofensiva que consistía en rebasar el río, amagando un ataque envolvente al Mauro, pero sin desbordar las alturas del sur de dicho monte. Igualmente disponía la ocupación eventual de los altos del Talusit, porque interpretaba que era de suma importancia mantener «constantemente en jaque al enemigo sin comprometer las fuerzas en ataque a fondo», y dejaba al arbitrio del general de la división encargado de dirigir esta operación, el mantenerse durante algunas horas e incluso días en la orilla izquierda del río<sup>89</sup>.

El objetivo de la operación inicial era asegurar la posesión pacífica de los dominios españoles entre el río Kert y las cabilas de Guelaya próximas a Melilla. Para ello, se necesitaban dos cosas: primera, destruir la harca y los poblados de las cabilas que le proporcionaban recursos y contingentes; segunda, aproximar al ejército a posiciones fronterizas de Alhucemas y «cegar el manantial de donde fluían las corrientes insurreccionales»<sup>90</sup>. El día 6 de octubre en telegrama cifrado anunciaba el general Luque a Canalejas el inicio de la operación y los detalles de esta:

85 «España en el lío internacional. Los intereses de España pendientes de las negociaciones franco-alemanas», *La Época*, 11 de septiembre de 1911.

86 «El Protectorado de Marruecos», *ABC*, 28 de septiembre de 1911.

87 «Crece la agitación contra España. Una mano oculta», *La Época*, 16 de septiembre de 2011.

88 CALVO, Gonzalo: España en Marruecos (1910-1913). *Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912...Op. Cit.*, pp. 403-407.

89 AGMM, África, caja 157, legajo 71, carpeta 12.

90 AGMM, África, caja 158, legajo 5. Telegramas de Luque a Canalejas.



Mañana al amanecer General Orozco con su Brigada Cazadores, dos baterías montadas y 500 caballos pasará Kert por Zoco Zebuya. Dividirá su fuerza en dos columnas, internándose hacia Metalza, y en su marcha hacia el Oeste y después hacia el Norte lleva orden de arrasarlo poblados y batir enemigo, y volviendo a repasar el río a la caída (de la) tarde por Imarufen. Coronel Primo de Rivera, con tres Batallones, pasará Kert primeras horas de la mañana frente a dicha posición, situándose en otra importante de la izquierda para proteger la retirada de Orozco y pernoctará en ella. Fuerzas de Ishafen observarán posición Mauro, donde está reconcentrado (el) grueso (de la) harca. Del resultado de esta operación preliminar, que espero realizar con fortuna, daré inmediatamente cuenta<sup>91</sup>.

El día 7 de octubre pues, se puso en marcha la primera parte del plan estratégico-militar sobre la que se depositaron muchas esperanzas; de hecho, el ministro de la Guerra la calificó como «definitiva». Los objetivos iniciales previstos se cumplieron. Así se desprende de la documentación de archivo, donde se puede ver como el ministro mantuvo informado al Gobierno por vía telegráfica de forma permanente. A las 2. 25 horas del día 8 de octubre señalaba que la operación se había realizado con éxito. Las dos columnas mandadas por Orozco rebasaron el Kert, arrasando los poblados que encontraron a su paso y llegaron a alcanzar una profundidad de 7 kilómetros en dicha margen. Luque se mostraba orgulloso de haber acabado con cuantos elementos de vida se habían encontrado, y justificaba el castigo añadiendo que, desde esa región era de donde partían los recursos que habían alimentado a la harca desde finales de agosto. Calculaba, según la información de Orozco, que el contingente «rebelde» ascendía a unos 5.000 combatientes, perteneciendo el grueso a las cabilas de Metalza y Beni Bu Yahí. La operación duró cerca de diez horas «marchando, combatiendo y destruyendo»<sup>92</sup>. Un nuevo telegrama, a las 20:30 horas revelaba «ataques furibundos» contra la posición ocupada por el regimiento San Fernando y un batallón de Ceriñola a la izquierda del Kert. Las embestidas se prolongaron durante más de cuatro horas. La harca fue reforzada durante todo el día por combatientes llegados desde Beni Urriaguel y Tensamán<sup>93</sup>. Finalmente fueron repelidos y se consiguió proteger el repliegue de las columnas de Orozco. Luque daba por concluida la primera fase de la operación:

El ejército atravesó el Kert, cargando contra la masa rifeña, destrozándola, e infligiendo un severo castigo a los naturales, incendiándoles las viviendas, confiscándoles los ganados, y arrojándoles, yermo adentro, en una faja de 15 kilómetros de ancho y 7 kilómetros de profundidad<sup>94</sup>.

El ministro mostraba plena confianza en el ejército de cara a lograr el objetivo final. «Es necesario consolidar la pacífica posesión de los territorios de Melilla para aquilatar ante la opinión y la diplomacia, la virtualidad de nuestro derecho». Se despedía Luque advirtiéndole al presidente que salía para Melilla a fin de ultimar los detalles de la segunda fase de la operación<sup>95</sup>. El éxito de la maniobra preliminar tuvo gran acogida en la prensa. Así, el 9 de octubre se podía leer en *El Imparcial* que pronto iba a llegar

---

91 Ibid.

92 Ibid.

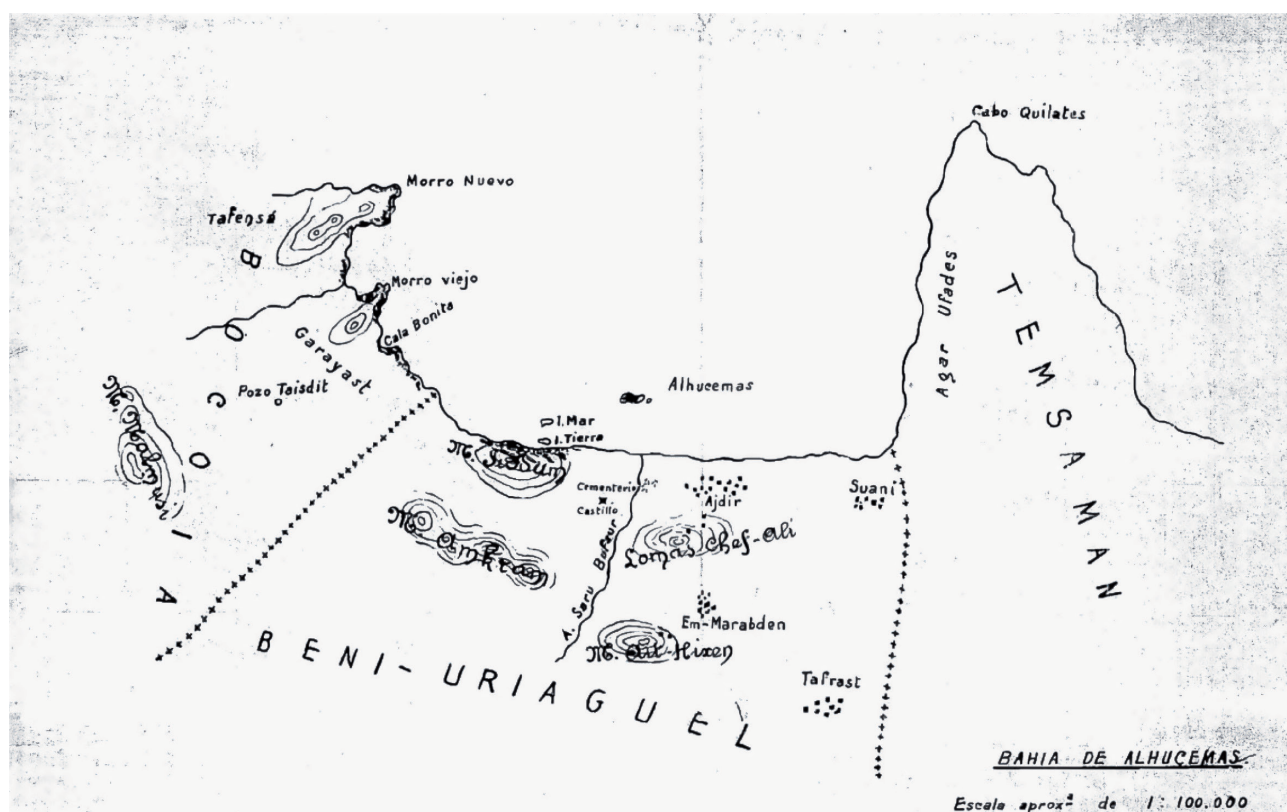
93 AGMM, África, caja 158, legajo 2.

94 Ibid.

95 AGMM, África, caja 158, legajo 5.

la tranquilidad a la totalidad del territorio de la Comandancia de Melilla. El mismo día en *El Liberal* se mostraban optimistas, y titulaba en primera página «Operaciones en el Kert. Gloria y provecho». Calificaban la jornada del 7 de octubre como el «dichoso comienzo de un plan hábilmente concertado»<sup>96</sup>.

Finalizada la primera parte del plan restaba la segunda y más compleja, desembarcar a las tropas en las playas de la bahía de Alhucemas.



MAPA Nº 11. Croquis de la bahía de Alhucemas. Planeamiento de 1911. AGMM, leg. 71, carp. 12.

La ejecución de la operación era muy arriesgada, tanto más si los poblados del litoral y aquellos más próximos ofrecían resistencia. Para evitar dicha contingencia se incrementaron los contactos con los jefes más influyentes para que, por medio del soborno, no se mostraran hostiles e incluso, si era posible, conseguir su apoyo sumando combatientes a la «causa de España». Tenemos noticias que el día 26 de septiembre, el ministro de la Guerra había enviado al capitán general de Melilla una transferencia bancaria de 125.000 pesetas destinadas a ese particular; es decir, a comprar la voluntad de los «moros». En el telegrama donde le avisaba de que disponía de dicha suma de dinero le requería total discreción porque, a pesar de que era *vox populi*, la intención del Gobierno era ocultar los detalles del desembarco<sup>97</sup>.

Es posible que los pormenores de la operación no trascendieran porque estos se planearon en seis o siete días, entre el 8 y el 14 de octubre, pero que iba a llevarse a cabo un desembarco del ejército en

<sup>96</sup> *El Liberal*, 9 de octubre de 1911.

<sup>97</sup> AGMM, caja 157, legajo 1.



el litoral de la bahía de Alhucemas lo conocían perfectamente los cabileños; un documento de archivo lo demuestra. El general García Aldave telegrafió al ministro Luque a Madrid, el día 30 de septiembre, donde le participaba que las cabilas temían un desembarco en Alhucemas y dispuestas a rechazarlo habían aportado cada una (sin especificar cuáles) su contingente para la guarda de las costas<sup>98</sup>. Es más, un día antes de emprender la maniobra, el ministro recibía un telegrama dirigido desde la isla de Alhucemas, donde el comandante militar del Peñón advertía que había recibido confidencias de que a la zona habían llegado cartas avisando de que los españoles se proponían desembarcar y, en otro telegrama inmediato, que como consecuencia de esas noticias los jefes de la harca habían ordenado que todos los habitantes de la comarca estuviesen preparados para recibir a los cristianos<sup>99</sup>.

Mientras tanto, en Madrid los días de preparación previos a la ejecución, se vivían con nerviosismo. El presidente del Consejo de Ministros mantenía encuentros diarios con el rey con objeto de informarle sobre el desarrollo de las operaciones. Ambos se mostraban preocupados y pendientes del progreso<sup>100</sup>. Luque le trasladaba a Canalejas los pormenores de los preparativos. Así, con talante optimista le informaba el día 11 que su plan estaba dando resultado pues sus intenciones se cumplían, ya que gentes de Alhucemas se dirigían en masa al Kert, creyendo haber peligro de invasión por allí. Tenía noticias de que estaban acumulando un gran contingente para hacer frente a dicha eventualidad. Por otro lado, tranquilizaba al presidente al participarle que los trabajos de la «operación definitiva» los llevaba muy adelantados, y añadía que si el tiempo (y no otra circunstancia) no lo impedía, su intención era hacerlo en breve. Justificaba, además, los días de planificación y preparación de todos los medios necesarios, porque «la operación es muy compleja» y porque quería llevarlo todo perfectamente dispuesto para tener solucionadas de antemano las dificultades que pudieran presentarse<sup>101</sup>.

La prensa seguía con interés los preparativos e informaba que el ministro de la Guerra trabajaba todo el día, desde las siete de la mañana hasta las 8 de la noche, junto con el capitán general de la plaza, el general Larrea y el jefe del Estado Mayor del ministro, teniente coronel Emilio Barrera Luyando. Daban noticia igualmente del movimiento de buques de guerra en torno a la rada de Melilla<sup>102</sup>. Más explícitos se mostraban en *El Correo español* e imploraban al cielo el mayor acierto en la dirección de las operaciones para el mejor éxito de su resultado. No ocultaban su deseo, que afirmaban era el deseo de todos los españoles, de que esa definitiva operación fuese una definitiva victoria y no un definitivo desastre<sup>103</sup>.

El tiempo amenazaba lluvia, y era de temer que si empezaba el período de las otoñales perjudicaría notablemente la acción del ejército en la operación definitiva, principalmente porque los caminos se hacían intransitables, y dificultarían tanto el desembarque de las tropas como el posterior avance de las unidades. Pero, esa circunstancia la conocían sobradamente los altos mandos del ejército de

98 AGMM, África, caja 158, legajo 2, carpeta 2.

99 AGMM, caja 158, legajo 2, carpeta 3.

100 «Trabajos y confidencias. El general Luque y la operación definitiva», *El imparcial*, 11 de octubre de 1911.

101 AGMM, África, caja 158, legajo 2, carpeta 3.

102 *El Imparcial*, 12 de octubre.

103 *El Correo español*, 14 de octubre de 1911.

Melilla y el ministro de la Guerra. Con todo, se tomó la decisión de lanzar la operación en fecha anunciada de 25 de septiembre. Por tanto, podemos interpretar que la climatología, a pesar de constituir un factor importante en la maniobra de desembarco, no supuso una condición indispensable para afrontar con garantía la acción militar.

### G. EL DESEMBARCO EN ALHUCEMAS. PLAN DE ACCIÓN

Se encuentran en el Archivo General Militar de Madrid dos documentos de idéntica redacción. Ambos están firmados por el comandante de marina de Melilla. Los documentos son de distinta fecha; uno es de mayo de 1911, sin especificar el día; el otro, lleva fecha del 23 de junio; es decir, ambos son anteriores al comienzo de la campaña del Kert<sup>104</sup>. El encabezamiento de los documentos es el siguiente: «Elementos que son necesarios y con los que se cuenta en Melilla para transportar a Alhucemas 4.000 hombres para desembarcarlos en un momento preciso y simultáneamente en una, dos o tres playas que existen en su rada» Con los elementos se aseguraba la puesta en tierra en tres o cuatro horas, de los citados 4.000 hombres, con parte de su ganado (doscientas acémilas de carga), 12 cañones, 40 toneladas de víveres, 50 de municiones, 30 tiendas de campaña, madera, alambradas, etc., y el agua necesaria para los primeros momentos<sup>105</sup>.

Existen algunas minutas, copias y simples notas que permiten adquirir un claro concepto de él. Contiene en sí un gran interés como antecedente de otros proyectos posteriores. Se advierten ciertas contradicciones con respecto al detalle de algunas de las fuerzas del ejército o unidades de la marina que habían de intervenir en la operación. En cuanto a los detalles, el plan contemplaba los siguientes. Para el transporte de los elementos, es decir, tropa, animales de carga, provisiones de boca, y pertrechos de guerra (municiones, cañones, ametralladoras, tiendas de campaña, alambre para asegurar las posiciones, etc.) se contaba con ocho transportes: *Sagunto*, *Luis Vives*, *Vicente Puchol*, *J.J. Sister*, *Vicente Sanz*, *Canalejas*, *Vicente Ferrer* y *Antonio Lázaro*. Además de un transporte de Guerra, el *Almirante Lobo*, y dos cañoneros: el *General Concha* y el *Recalde*. Los transportes señalados tenían capacidad para embarcar a 8.500 efectivos, el ganado correspondiente, víveres, municiones, material de campamento y fortificación, agua, etc.

El traslado a tierra de las unidades, ganado y material estaba a cargo, además de los elementos propios de los buques de guerra y de la compañía de mar, de 14 grandes lanchones, que irían a remolque de las embarcaciones mayores, tres lanchas a vapor y un remolcador, todos alquilados y de propiedad particular. Las fuerzas que habían de tomar parte en la operación sumaban un total de 8.175 hombres: 5.775 de la Capitanía General de Melilla: dos regimientos de infantería, un batallón de cazadores, dos grupos de ametralladoras, tres baterías de Montaña, dos compañías de ingenieros, un escuadrón de caballería, una compañía a lomo de administración militar, dos ambulancias, personal para municionamiento, servicios de horno y víveres, la compañía de mar, tropas indígenas de Melilla y una

104 AGMM, África, caja 247, legajo 71, carpeta 12.

105 Ibid.



mía de Policía de Alhucemas que pensaban formar en los días previos al desembarco con soldados indígenas de la cabila de Beni Urriaguel. Se pactó con la familia Abd el-Krim no hostilizar a las tropas de desembarco a cambio de dinero. En concreto con el padre, Mohammed Abd el-Krim. Su nombre completo era Si Mohand Ben Abd el-Krim el Jattabi. Este jefe natural de Axdir, felicitó a García Aldave en junio de 1912 cuando tras la muerte en el frente de El Mizzian, se puso fin a la campaña del Kert.<sup>106</sup>

Aparte de las tropas de Melilla contaban para la operación con 2.400 soldados de la Capitanía General de Ceuta. Las unidades adscritas al contingente de desembarco eran dos batallones de Infantería y fuerzas indígenas, sin especificar nada más. Además, 600 marineros de las dotaciones y una columna de desembarco de la escuadra. El ganado, en números redondos, se elevaría a unas mil cabezas. El material, repuesto de municiones y víveres, entre ellos 50.000 raciones de etapa y 20.000 de galletas, representaban un peso de 137 toneladas.

#### G.1. Cómo se pensaba desarrollar el plan de acción



MAPA Nº 12. Zona de desembarco: entre los ríos Guis y Nekor.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

106 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carpeta 10.

La primera columna en desembarcar se compondría de 800 fusiles, de los cuales 200 eran de las fuerzas indígenas de Ceuta, y las compañías necesarias para completar dicho número, de uno de los regimientos África de Melilla, y de tropas de zapadores para proceder a la inmediata fortificación de las posiciones ocupadas. Esta avanzadilla saldría de Melilla en el *Almirante Lobo* con la anticipación suficiente para llegar a Alhucemas a las doce de la noche, efectuando inmediatamente el desembarco entre los ríos Guis y Nekor.

El desembarco estaba previsto iniciarlo a las 24: 00 horas. Es decir, se buscaba la oscuridad de la noche como factor sorpresa y evitar que los defensores pudieran hacer fuego efectivo sobre las fuerzas desembarcadas. Cada soldado de ese primer contingente de desembarco llevaría consigo 200 cartuchos, raciones de pan y rancho para dos días; además de cantimplora o bota de agua. Al frente de ellas marcharía el comandante militar de Alhucemas, coronel, Roberto Gavilá, quien las distribuiría en la forma conveniente. Distanciados una hora del transporte de guerra saldrían de la rada melillense los cañoneros *General Concha* y *Recalde*, conduciendo un batallón, y las fuerzas indígenas de regulares de Melilla, que desembarcarían en el mismo lugar que lo hicieran las fuerzas anteriores utilizando los elementos del *Almirante Lobo*, los propios de los barcos que los transportaban y los existentes en la isla. El mando de esta segunda columna se asignaba al general Larrea, que había de dirigir la totalidad de la operación con las más amplias atribuciones concedidas por el ministro de la Guerra y el capitán General<sup>107</sup>.

De manera que, al amanecer deberían hallarse en aquellas aguas todos los barcos mercantes que conducirían a las demás tropas, procedentes tanto de Melilla como de Ceuta: el *Sagunto*, que cargaría los repuestos de municiones, víveres y material de toda clase, y los buques restantes de la escuadra, el acorazado *Pelayo*, crucero *Cataluña*, crucero *Carlos V*, crucero *Princesa de Asturias*, crucero *Reina Regente*, cañonero *Infanta Isabel*, contratorpedero *Audaz*, y contratorpedero *Terror*.

Se prevenía que, en caso de levantarse repentinamente un temporal que obligase a los barcos a abandonar la bahía de Alhucemas, el *Sagunto*, para no retrasar en demasía el desembarco de su carga, se vararía en la playa en el sitio conveniente, y que para remediar en parte y en los primeros momentos la escasez de ganado, por su dificultad en trasladarlo a tierra, se aprovecharía el del país, alquilándolo a sus dueños. Como podemos inferir de esta orden, las autoridades militares estaban convencidas de que el desembarco se llevaría a cabo sin hostilidad y en connivencia con los jefes de fracción próximos a la costa. Además, se negoció con ellos una recompensa económica en caso de que la operación tuviera éxito<sup>108</sup>.

El plan de acción no especificaba las posiciones concretas que debían dominarse, ni tampoco una vez tomadas y fortificadas, qué hacer: ¿proseguir hacia el interior con la ofensiva militar?, ¿parapetarse y ejercer una acción política intensa de atracción?, ¿resignarse a rechazar las ofensivas de la harca como en Imarufen en la línea del Kert? Carecía, además, de una estimación aproximada del número de cabileños opuestos al desembarco. Tampoco se habían analizado las condiciones

107 AGMM, África, caja 247, legajo 71, carpeta 12.

108 AGMM, África, caja 656, legajo 100.



del terreno que, desde luego, favorecían a la harca, ya que en el sector en el que la playa ofrecía mejores condiciones por su extensión, el comprendido entre la desembocadura del Nekor y el Castillo de Muyaheidin planteaba dos problemas: uno era que a 500 metros de la playa tan solo había un metro de calado, imposible para que los transportes realizasen la maniobra de aproximación; el segundo estribaba en la vegetación que existía en la zona; una masa de árboles desde donde los rifeños podían batir a una distancia de tiro de fusil, parapetados en trincheras a los soldados no solo en el momento de desembarcar sino también en la maniobra de aproximación de las fuerzas hacia los objetivos<sup>109</sup>.

#### H. LA SUSPENSIÓN DE LA OPERACIÓN

El día 15 a las 10 de la noche, el general Luque en conferencia telegráfica con Canalejas le informó de la reunión que había mantenido con el capitán general de Melilla, el almirante de la escuadra, su jefe de Estado Mayor y el jefe del Estado Mayor de la Capitanía General de Melilla para consultarles si el problema de los vientos de Levante resultaría un impedimento en el desarrollo de la operación. Le señaló que la respuesta de los marinos fue que, en octubre en el mar los levantes eran frecuentes y que podían prolongarse durante varios días. La noticia determinó la decisión de Canalejas que, aconsejado por García Prieto, decidió suspender la «operación definitiva», argumentando que sería temerario y de una irresponsabilidad tremenda realizar la operación en semejantes condiciones<sup>110</sup>. Se anulaba pues, de manera fulminante el desembarco. Supuso una enorme sorpresa incluso para los militares llamados a participar en la acción. El jefe de Estado Mayor de la segunda brigada de cazadores, Gonzalo Calvo reflejaba de este modo su asombro:

Suponíase por todo el mundo que se estaba preparando la operación definitiva anunciada y así lo hacían presumir los indicios; el General Luque pasaba bastantes horas encerrado con el Capitán General y el Jefe de Estado Mayor (Francisco Larrea Liso); en todos los Centros Militares reinaba la mayor actividad y los Cuerpos se preparaban para marchar y combatir. Pero el día 17 de octubre fuimos sorprendidos por la noticia circulada por la Prensa de que el General Luque regresaba en seguida a Madrid, deteniéndose únicamente unas horas en Ceuta, y que la operación proyectada (que por la generalidad se suponía ser un desembarco por las playas de Alhucemas) quedaba indefinidamente aplazada. El presidente del Consejo hizo conocer oficiosamente que el motivo de la suspensión era que la época de lluvias estaba muy adelantada para poder operar y que no habiendo operación no había razón para que el ministro continuase en Melilla, pues el mando de aquel Ejército lo tenía el Capitán General. Según las referencias oficiosas, el acuerdo del regreso se tomó en Consejo de Ministros, por haber alguno de ellos previsto complicaciones cuando se abriera el Parlamento<sup>111</sup>.

109 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, pp. 88-139.

110 *El Liberal*, 17 de octubre de 1911.

111 CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913). Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912...Op. Cit.*, p. 425.



El 18 de octubre el periódico *El País* publicaba un artículo bajo el título «La vuelta de Luque ¿Por qué vuelve? ¿A qué fue?». El periódico señalaba que se carecía y se había carecido siempre, desde 1909, de un plan diplomático, político y militar. «¿Hay algún plan sobre el Rif? ¿Por qué hemos ido hasta el Kert?, ¿Quién nos llevó hasta allí?, ¿Para qué?, ¿Quién metió al Ejército en la ratonera de Imarufen?»<sup>112</sup>. El presidente Canalejas en sus declaraciones ante los periodistas se limitó a manifestar que el Gobierno había acordado suspender la acción combinada porque su base era el mar, y como el ministro necesitaba tres o cuatro días con buen tiempo para efectuarla, pues había que embarcar y desembarcar tropas, y los marinos consultando antecedentes y gráficos de meteorología, no respondían de ello, a fin de no exponerse a un fracaso, fue aplazada la realización del plan<sup>113</sup>.

Tampoco el general Luque ilustró a la siempre, y más en esos momentos, desorientada opinión pública. De hecho, aumentaba su confusión y daba margen a todo supuesto, cuando en una entrevista al diario *El Ejército Español* él mismo se formulaba la pregunta para, inmediatamente, contestarla: «¿Quiere esto decir que el estado del mar y el tiempo eran las únicas condiciones requeridas para el éxito? No. Había también otra; pero nada me pregunte usted sobre esto porque no podría contestarle a pesar mío»<sup>114</sup>. Algún motivo de mucho peso debía oponerse a la realización del proyecto. Ya el 12 de septiembre, el ministro de la Guerra, en telegrama cifrado había informado al capitán general de Melilla que trabajase en el plan, pero que tuviera paciencia porque «razones de política interior y exterior aconsejan al Gobierno aplazar la operación sobre Alhucemas en este momento»<sup>115</sup>. ¿Fueron en octubre, las mismas poderosas razones que habían impedido ejecutar el proyecto del Gobierno, asistido para su realización por el ejército? Es cierto que se levantó un temporal en las costas de Melilla. Los partes oficiales así lo recogen<sup>116</sup>. El día 16 de octubre, *El Imparcial* daba cuenta de este imponderable que obligaba a los barcos a procurarse refugio, y dado que la «operación definitiva» tenía un carácter combinado por la intervención de fuerzas de tierra y mar, era probable que ésta se aplazase por unos pocos días, hasta que cesara el temporal. Pero, esta no fue la razón fundamental por la que se abortó la operación, el propio ministro lo dejó claro en sus declaraciones. ¿A qué motivo se pudo haber referido Luque cuando advirtió razones de política exterior e interior?

Ciertamente en el AGMM no se halla el documento o documentos que nos permitan señalar la razón que empujó al presidente del Consejo a optar por la suspensión. Pero existen datos y referencias que, junto a la información que nos aporta la prensa y las actas de sesiones del Congreso de los Diputados, pueden acercarnos a establecer alguna hipótesis respecto a la súbita interrupción del plan.

Debemos interpretar pues, que fueron varios los motivos. Vamos a establecer, por tanto, tres líneas de análisis para tratar de alcanzar una explicación: la primera, ya apuntada, los elementos, es decir las fuerzas naturales que alteraron las condiciones climáticas e hicieron temer dificultades en el

112 *El País*, 18 de octubre de 1911.

113 *El Liberal*, 18 de octubre de 1911

114 *El Ejército Español*, 18 de octubre.

115 AGMM, África, caja 158, legajo 8.

116 *Ibid.*,



desembarque de la tropa; una segunda, relacionada con las cuestiones internacionales, y que alude a las complicaciones derivadas de las negociaciones bilaterales con Francia respecto al reparto de Marruecos y las cláusulas secretas del Tratado de 1904; y, finalmente, el temor a encontrarse con una gran resistencia de los rifeños que, bien parapetados respondiesen con nutrido fuego, imposibilitando, de este modo, el establecimiento de una cabeza de playa sólida y segura.

Desde el día 7 de octubre se había presentado oficialmente al ministro de la Guerra trabajando, encerrado en su despacho junto al capitán general, el jefe de Estado Mayor y el comandante de la escuadra. Todos eran conscientes, antes de sentarse a definir los detalles de una maniobra de esta naturaleza, muy compleja desde el punto de vista técnico, de las condiciones climatológicas que afectaban en el mes de octubre a aquella latitud; por tanto, debemos entender que habían pensado en esa posibilidad. Esta misma reflexión se la planteó la opinión pública en tiempo real. Nadie entonces se dio por satisfecho, considerando de vaga y pueril la explicación que adujo el presidente Canalejas; tan simple que no se sostenía por sí sola. De forma irónica recogía *El Liberal* la noticia de la suspensión:

Desgraciadamente se incurrió en un olvido. El mes y la estación en que se hallaban. Y al recordar los organizadores que en aquella comarca el mar, el viento y las lluvias, no otorgan de octubre a marzo sino brevísimas horas de tregua, se desistió del intento proyectado<sup>117</sup>.

El estado del mar, sin duda, podía influir negativamente en el desarrollo de la maniobra de desembarque, pero esa circunstancia debieron haberla previsto los protagonistas antes, incluso de pormenorizar el planeamiento de la operación. Un telegrama enviado por el comandante militar de Alhucemas, el mismo día 15, a la capitanía general de Melilla, advertía de la concentración de «moros» en Beni Urriaguel, en número aproximado de 6.000<sup>118</sup>. Con toda seguridad se agrupaban en el litoral de la bahía para defender su territorio de una invasión que sabían iba a venir por mar. Se trataba de una harca enorme compuesta en su mayoría por contingentes de Beni Urriaguel, Bocoja y Tensamán que, hasta ese momento, habían acudido al Kert a prestar su apoyo a las cabilas que defendían el paso del río de las tropas españolas. Resulta verosímil que Canalejas, al ser avisado de esta circunstancia, decidiera suspender la maniobra, pues la intención del Gobierno era llevarla a efecto, contando con el factor de la sorpresa como condición indispensable, para no exponer a las unidades de desembarco de forma temeraria a las descargas de fusilería de los cabileños. El elemento «sorpresa» se consideraba fundamental para alcanzar el éxito, poniéndose mucho empeño en no traslucir detalle alguno. Sin embargo, a juzgar por la información que antes, durante y después del viaje de Luque a Melilla, aparece en los diarios no parece que se pusiera demasiado celo en evitar que se filtraran datos y pormenores de ésta; de hecho, en la propia prensa se criticó que el proyecto no hubiera sido elaborado bajo un riguroso secreto, responsabilizando directamente al ministro Luque y al Gobierno en general de haber permitido que se filtraran los detalles de la acción.

117 *El Liberal*, 18 de octubre de 1911.

118 AGMM, África, caja 158, legajo 2.



Es muy triste, que se aperciba a la defensa el adversario por un suelto salido de nuestra propia prensa. El gobernante se halla en la obligación de pensar que un éxito de la Nación y un positivo ahorro de sangre pende de su silencio ¡Qué responsabilidad más tremenda para quienes han hablado o dejado de hablar!<sup>119</sup>.

Respecto a esta misma hipótesis del temor a la resistencia de los rifeños y su «dudosa lealtad» existe otro dato importante que debemos tener presente. Se trata de una carta anónima que recibió el ministro de Estado, Manuel García Prieto el día 12 de octubre de 1911, donde se les advertía que no se fíaran de la palabra de los rifeños y que, por tanto, no llevaran a cabo la operación de desembarco. La nota anónima señalaba que ciertos rifeños de las fracciones de Axdir, Suani y Beni Abd Al-Lah de Beni Urriaguel, harían una resistencia desesperada que causaría miles de bajas. Afirmaba conocer el terreno como ningún otro español y auguraba una auténtica catástrofe si las tropas intentaban desembarcar<sup>120</sup>. Ahondando en esta vía interpretativa contamos con un documento que se halla en el archivo del Palacio Real de Madrid. Se trata de una carta que el teniente coronel Emilio Barrera envió directamente a Alfonso XIII. En ella, el informador personal del rey relata que todo estaba preparado para el día 17 de octubre cuando el día 15 se recibió en la Capitanía General una carta procedente de la Comandancia Militar de Alhucemas alertando de que los apoyos de las gentes de la zona eran dudosos. Él mismo por orden de Luque se desplazó en barco a la zona y observó que desde Cabo Quilates hasta Morro Viejo, es decir todo el perímetro completo de la bahía estaba repleto de hogueras, lo cual significaba que no existía sorpresa ninguna, que los cabileños estaban al corriente de la situación y dispuestos a la defensa de sus costas<sup>121</sup>.

La tercera vía interpretativa nos conduce al terreno siempre complejo de la diplomacia internacional, a las interpretaciones ambiguas de los tratados internacionales. Al abrirse de nuevo el Parlamento en enero de 1912, después de un parón de seis meses, la cuestión de Marruecos y los problemas del Rif se retomaron de manera muy activa; nada extraño si tenemos en cuenta que aún se mantenía viva la guerra que se había iniciado en la línea del Kert en el mes de agosto último. Aparte existía en el ambiente una sensación de frustración derivada de la suspensión de la maniobra de desembarco en la bahía de Alhucemas en octubre de 1911. En este sentido se observa como desde los bancos liberales algunos diputados, lejos de hacer autocrítica, cargaron contra el ejecutivo conservador de Antonio Maura, al que consideraban primer responsable del Convenio hispano-francés de 1904, e interpretaban que las cláusulas secretas de aquel habían impedido actuar en la zona bajo influencia de España de forma libre. El diputado por Córdoba, Julio Burell y Cuéllar denunciaba que en el Tratado de 1904 había un período de quince años en el cual España se obligaba a dar cuenta a Francia de cualquier iniciativa que fuera a poner en marcha y a no organizar movimiento alguno sin ponerse de acuerdo con Francia<sup>122</sup>. Del mismo modo denunciaba que Francia no quedaba en seme-

119 *La Época*, 18 de octubre de 1911.

120 AGMM, África, caja 656, legajo 100.

121 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12955, exp. núm. 28. Carta de Emilio Barrera a Alfonso XIII. 17 de octubre de 1911.

122 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 133, 08-06-1912, pp. 3611 a 3650.



jante obligación, pues podía moverse en su zona sin previo acuerdo con España, y el Gobierno no podía realizar ningún movimiento, y de aquí se desprende que, en ciertos momentos de 1911, cuando las tropas del ejército de Melilla avanzaron, una de las mayores dificultades con que tropezaban no fueran solo los cabileños sino los papeles. Señalaba el diputado Burell:

La acción de España, en el sentido del orden y de la apertura del país a la civilización y a la actividad económica extranjera necesita una gran libertad y flexibilidad de medios, y la limitación que para ella deriva de la forma en que se aplican los acuerdos de 1904 y 1905 dificulta esa acción<sup>123</sup>.

El propio José Canalejas señalaba en una de sus intervenciones en el Parlamento que mientras no terminaran las negociaciones pendientes, mientras no tuviera aquella libertad de acción que como gobernante de España necesitaba, no podía trazar ningún plan. Reconocía atravesar un período de crisis, que no estaba determinada por la voluntad del Gobierno de España sino por un conjuro de voluntades y de hechos misteriosos que le daban los caracteres de una crisis histórica. Informaba que el Gobierno se encontraba en un litigio, en un noble litigio de derecho internacional, luchando con otras naciones<sup>124</sup>. Defendió igualmente esta tesis el ministro de Estado, García Prieto. En su turno de palabra señaló con rotundidad que las negociaciones entre España y Francia para arreglar la cuestión de Marruecos (Tratado del Protectorado) habían comenzado en el mes de enero de 1912. Aducía el ministro que el Gobierno español entró en esas negociaciones con el propósito y el deseo, que constantemente había mantenido en ellas, de no ser intransigente y de llegar adonde fuera posible en aras de la concordia, defendiendo lo que consideraba intereses esenciales de España. Continuó informando que en el mes de abril surgió una grave dificultad sobre la extensión territorial y delimitación de lo que había de ser la zona de influencia española. Afirmó finalmente que la cuestión del Rif estaba relacionada con la cuestión de las negociaciones:

Si nosotros hubiéramos tenido libertad de acción para el manejo de ciertos intereses materiales en este mismo Rif, quizá la guerra no hubiera tomado las proporciones que ha tomado y, por consiguiente, no puede desconocerse la influencia que la inestabilidad del derecho en Marruecos en estos momentos tenía para fomentar determinadas discordias y privar al Gobierno español de eficaces medios<sup>125</sup>.

Sin embargo, estas explicaciones no convencieron al conjunto de parlamentarios; así, por ejemplo, el diputado, Rodrigo Soriano Barroeta acusaba al presidente del Consejo y al ministro de la Guerra de querer envolver toda la guerra del Rif y la política de Melilla en la sombra y en el misterio de una negociación, cuando, a su juicio, nada tenía que ver la negociación con ellas<sup>126</sup>. De hecho, el diputado Soriano señaló que un artículo del periódico francés *Le Temps* reconocía que la acción de España en el Rif estaba conforme a los tratados<sup>127</sup>. Por su parte el diputado Gabriel Maura Gamazo,

---

123 Ibid.

124 Ibid.

125 Ibid.,

126 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados, legislatura 1911-1914, nº 54, 08-06-1911, pp. 1120 a 1189.

127 *La Época*, 18 octubre de 1911.

conservador y abogado hizo una dura crítica al Gobierno, y estableció una diferenciación entre la campaña de 1909 y la de 1911. En su opinión, aquella fue necesaria y útil y la de 1911 no fue ninguna de ambas cosas. Así como la cuestión internacional de Marruecos había sido llevada por el Gobierno de Canalejas con gran acierto y gran fortuna, en la cuestión particular del Rif ni el acierto ni la fortuna, a su juicio, presidieron sus determinaciones:

La cuestión de Marruecos respecto de España está totalmente «virgen en el Parlamento». El *statu quo* se alteró en Marruecos cuando se firmó el Tratado secreto franco-español, consecuencia del anglo-francés de 1904, y la ampliación de 1905 fue secreta también; de esos convenios han venido aquí referencias parciales<sup>128</sup>.

Las operaciones en la línea del Kert entre agosto de 1911 y mayo de 1912 produjeron en el ejército español 2.085 bajas: 498 muertos y 1.587 heridos<sup>129</sup>.

## CONCLUSIONES

Cerramos el capítulo con el número de bajas que la campaña del Kert supuso para el ejército español en África. El temor del Gobierno al impacto que pudiera producir en la opinión pública un descabro en vidas humanas por aquel «fregado de África» como calificó la «aventura» el general Weyler provocó finalmente la decisión de suspender la operación de desembarco en las costas de Alhucemas<sup>130</sup>.

Desde el primer instante se dijo que el general Luque había ido a Melilla a ejercer funciones inspectoras, y a nadie hubiera extrañado ni su regreso, ni la coincidencia de su estancia allí con la *razzia* operada en la izquierda del Kert. Pero cuando en los diferentes ministerios se le fue dando otro alcance al viaje; cuando se recordaba que la salida de Madrid se hizo inopinadamente, seis u ocho días antes de lo anunciado; y cuando, desde el día 7 de octubre, se presentó al ministro de la Guerra, oficial y particularmente, no recorriendo posiciones en el campo exterior de Melilla, sino trabajando, encerrado en su despacho con el capitán general, el jefe del Estado Mayor y el comandante de la escuadra, estaba claro que nadie podía darse por satisfecho con la explicación que el Gobierno ofreció.

La opinión pública trató de buscar explicaciones más lógicas y sencillas. Que la «razzia» del Kert y Tikermin fue una operación preliminar, nadie lo dudó, porque lo habían dicho los telegramas oficiales; y como después, en diferentes ocasiones, el presidente del Consejo había hablado de operaciones combinadas por tierra y mar, en el aplazamiento de la operación se echó buena culpa al Levante, estaba claro que la gente no se dio por satisfecha, y se inquietó por penetrar en el fondo de cuanto ocurría. La censura dejó hablar de las operaciones del Kert casi con total libertad. Varias veces se habló del plan de operaciones desde diferentes medios y la censura borró el detalle del plan, pero dejó subsistente el nombre del teatro en que había de desarrollarse, que era lo importante y esencial;

128 Diario de Sesiones del Congreso, legislatura 1911-1914, nº 202, 12-12-1912, pp. 12 a 125.

129 Datos extraídos de la suma de bajas en los documentos que se hallan en: AGMM, África, caja 596, legajo 1.

130 «El fregado de África» *La Época*, 16 de septiembre de 1911.



otras veces se tacharon en unos periódicos noticias de movimientos de fuerzas, mientras se dejaban pasar las mismas noticias en otros periódicos, y a todo esto Canalejas anunciaba, a bombo y platillo, propósitos que parecería lógico haber mantenido en secreto, sin preocuparse siquiera de que entre los oyentes había corresponsales extranjeros, que no tenían por qué tener las reservas que sí podían afectar a los periodistas españoles.

Es muy posible que los harqueños, aquellos que durante los primeros días de octubre acudían al Kert a taponar la entrada de los soldados españoles, se reuniesen a mediados de mes en la costa en torno a Alhucemas, advertidos de las intenciones del ministro Luque de desembarcar en las playas. La incertidumbre respecto al éxito de la operación, unido al temporal de Levante provocó, casi con toda seguridad, la decisión por parte del Gobierno de aplazar la operación.

Recapitulando, hemos visto como la primera ocasión en la que una operación de desembarco en Alhucemas, calificada de «solución definitiva» al problema de la penetración en el Rif, no se efectuó. A pesar de que el proyecto estuvo minuciosamente preparado en cuanto a la logística, no tanto estratégicamente, pues más allá de desembarcar a las tropas y hacerse con el control de las playas, nada había respecto a los objetivos ulteriores. No los había porque pensaban que el golpe de efecto, por si solo causaría tal impacto que las diferentes cabilas se someterían sin vacilar al poder de la superioridad del ejército español. Finalmente, las autoridades militares, con el ministro de la Guerra a la cabeza, pensaron en asegurar el dominio de la derecha del Kert a través de pactos con los líderes de la harca, el Hach Amar (importante desde el punto de vista político), y Amezián (referente desde el punto de vista religioso). El objetivo del desembarco fue a partir de ese momento el eje central de la acción española en Marruecos. Se convirtió en una obsesión, ya que año tras año y sin solución de continuidad se planteó el proyecto como la única vía posible de penetración en el territorio de la Capitanía General de Melilla. No se tardó mucho en volver a plantear un desembarco en Alhucemas; fue en 1913 y su principal impulsor el Comandante General de Melilla, Francisco Gómez Jordana.







## CAPÍTULO V

### FRANCISCO GÓMEZ JORDANA Y EL PROYECTO DE DESEMBARCO DE 1913

En el presente capítulo se analizan los pormenores del segundo proyecto de desembarco que se planeó, se dispuso la logística necesaria en barcos, hombres y pertrechos, y se aprobó por el Gobierno presidido por el Conde de Romanones. Su principal estrategia fue el general Francisco Gómez Jordana, quien, secundado por el ministro de la Guerra, Agustín Luque, puso todo su empeño en lanzar al ejército sobre las playas de Alhucemas con el objeto de caer sobre las fracciones de cabila refractarias a la presencia de los españoles localizadas en el Rif Central (Beni Urriaguel, Tensamán y Bocoya) principalmente, aunque también otras, un poco más alejadas, pero igualmente contestatarias frente a la injerencia del colonizador. Se trataba de la segunda ocasión en menos de dos años en la que la operación se iba a poner en marcha, y a todas luces se estimaba concluyente del mismo modo que había sido calificada en 1911. El 10 de junio de 1913 cuando todo estaba dispuesto, incluso se contaba con el apoyo de un sector importante de jefes de cabila y de fracción, incluido Abd el-Krim (padre) caído de Beni Urriaguel, la ofensiva fue suspendida. El objeto de este apartado, pues, es dar luz a los entresijos de su gestación, explicar las fases por la que transcurrió y, por último, exponer las posibles razones por las que finalmente se anuló, analizando las consecuencias de dicha suspensión.

#### A. GESTACIÓN DEL PLAN DE DESEMBARCO Y SU APROBACIÓN

Tras la firma del Convenio de Protectorado suscrito junto a los representantes franceses el 27 de noviembre de 1912, las principales autoridades españolas —políticas y militares— acariciaron la posibilidad de someter todas las cabilas del Rif Central y asestar un golpe mortal a la «rebelión» que tanto daño había producido al país. Muy probablemente, el Conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros, se dejó seducir por la idea de ser él quien pasara a la historia como el pacificador de Marruecos. Álvaro Figueroa y Torres Mendieta, jefe de una de las principales facciones del Partido Liberal, ocupaba por primera vez la presidencia del Gobierno, entre el 14 de noviembre de 1912 y el 27 de octubre de 1913<sup>1</sup>.

---

1 Una biografía de Romanones en: MORENO LUZÓN, Javier: Romanones, caciquismo y política liberal, Madrid, Alianza, 1998.

La propuesta partió del comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana, buen conocedor del estado de cosas en el Rif y militar del cuerpo de Estado Mayor. Pero si Romanones, primer eslabón de la cadena decisoria, no conformaba un marco general claro del triunfo de las armas españolas, tenía a su lado al ministro de la Guerra, Agustín Luque, viejo liberal y poseedor de dicha cartera durante el gobierno de José Canalejas, quien como sabemos había participado de modo muy activo en el primer proyecto de esta naturaleza que se formuló en 1911. Por si faltara algún detalle para decidirse contó con el apoyo del jefe del Estado, gran valedor y protector del ejército, siempre confiado en la resolución favorable de tan compleja maniobra<sup>2</sup>.

Apostar las tropas en la bahía de Alhucemas era, desde el punto de vista estratégico, la única opción de caer sobre el corazón de la «rebelión». Así es como lo entendieron los generales García Aldave y Agustín Luque en octubre de 1911, y del mismo modo lo interpretaba el comandante general de Melilla en junio de 1913. Por esta razón el proyecto no se guardó en un cajón, sino que desde el día siguiente a su suspensión en octubre de 1911 estaba sobre la mesa, tanto de la Capitanía General (Comandancia desde diciembre de 1912) como del Consejo de Ministros. En noviembre de 1912, García Aldave había informado al Gobierno que la operación no podría realizarse sin una preparación política y militar que la garantizase. En su opinión, dicho trabajo previo perseguía dos fines: la consolidación de la paz y la preparación del terreno para la penetración pacífica<sup>3</sup>.

En enero el Gobierno hacía público el nombramiento del general Francisco Gómez Jordana como comandante general de Melilla, encargándole la misión de pacificar el Rif para poder penetrar en el territorio sin ejercer la violencia<sup>4</sup>. La vía para llevar a cabo dicha tarea pasaba por desembarcar en Alhucemas, ocupar posiciones en la costa y desde allí irradiar la influencia hacia las fracciones de cabila de la montaña, que de otro modo se antojaba imposible. En definitiva, Jordana al frente de la Comandancia recogía el testigo de su predecesor y se trazaba como objetivo fundamental ocupar la costa de Alhucemas<sup>5</sup>. Comenzó, pues, preparando el terreno con una política de atracción de jefes y personajes influyentes en el entorno de la bahía, cuyas alianzas debían ser la base de un desembarco sin obstáculos para que la maniobra fuera lo menos sangrienta posible. El objetivo era desembarcar a las tropas en las playas de Alhucemas mediante una operación rápida y enérgica con el fin de sembrar el pánico y el desconcierto en las filas enemigas<sup>6</sup>. Jordana, contaba con la confianza de los militares por sus dotes de mando, y era considerado una garantía de éxito de la política de España en Melilla<sup>7</sup>. Para el comandante general de Melilla el momento se consideraba propicio, pues la firma del Convenio del Protectorado parecía legitimar al ejército sin cortapisas para llevar a cabo una acción de gran envergadura sobre cualquier punto de la zona de influencia. En los diarios militares, desconocedores en esta ocasión de la

2 CARDONA, Gabriel: «El imposible reformismo militar en la España de la Restauración (1875-1931)», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *España entre dos siglos. Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 36.

3 AGMM, África, caja 656, legajo 100.

4 Diario de sesiones del Senado (en citas sucesivas: DSS), 07-12-1921. Manuel González Hontoria, ministro de Estado, desvelaba las intenciones del Gobierno respecto a Marruecos en 1913.

5 DSS, 02-12-1921, p. 2138.

6 AGMM, África, caja 690, legajo 117, carp. 2.

7 *La Correspondencia Militar*, 2 de mayo de 1913.



maniobra sobre Alhucemas, pero fiel reflejo del sentimiento castrense se emplazaba a los responsables políticos a arbitrar los medios necesarios para cooperar de forma conjunta con el Gobierno francés. Se mostraban, los militares, partidarios de una combinación armada hispano-francesa en Marruecos:

Nosotros somos de esta opinión, y pensamos que del compañerismo y del trato mutuo de ambos Ejércitos, al combatir simultáneamente, saldrán los fundamentos de una sólida y verdadera estimación que podrá producir como fruto un robustecimiento vigoroso de la entente franco-española<sup>8</sup>.

Resulta probable que ese fuera el motivo del viaje que Alfonso XIII realizó a Francia junto con el presidente del Consejo<sup>9</sup>. Sin embargo, no existen datos que nos permitan avalar la idea de que las autoridades españolas fuesen allí a buscar el apoyo del ejército francés. Los periódicos informaban del buen ambiente que reinaba en las relaciones de ambas comitivas y deseaban que fuera el inicio de un estrechamiento de lazos entre los dos países. El presidente de la República, Poincaré señaló la estrecha solidaridad de intereses que existía entre ambas naciones y esgrimía razones de tradicional amistad que posibilitaban compartir una «obra de civilización y de paz» en referencia a Marruecos. Pero esto solo eran buenas palabras, pues nada había de cierto en esa locución. Ni el residente general de Francia en Marruecos, Lyautey, ni el partido colonial francés, ambos con enorme predicamento en las instituciones políticas francesas, contemplaron la posibilidad de combinar esfuerzos en acciones militares conjuntas<sup>10</sup>.

Mientras tanto, el comandante general de Melilla continuaba con las disposiciones sobre el terreno para llevar a cabo la acción militar y el día 18 de mayo visitó el Peñón de Alhucemas acompañado de su segundo jefe de Estado Mayor, teniente coronel Francisco Gómez Souza; viaje que aprovechó para entrevistarse con los jefes principales de las cabilas más influyentes de la bahía. Sus impresiones entonces fueron extraordinarias respecto al orden que encontró en el entorno de la bahía fruto, en su opinión, del acierto con el que los comandantes militares del Peñón de Alhucemas habían llevado a cabo la tarea política de acercamiento a las cabilas<sup>11</sup>. Por esa razón el comandante general se mostró muy optimista cuando le informó al ministro de la Guerra que estaban aumentando considerablemente los apoyos con los que se contaba entre los naturales de Beni Urriaguel; una circunstancia que, a su juicio, favorecía enormemente un desembarco pacífico en las playas de Alhucemas. De la forma tan explícita que sigue comunicó Jordana sus impresiones al general Luque:

Si se persevera en la política que venimos siguiendo con dichas cabilas, espero que dentro de muy poco se ha de presentar ocasión oportuna para que el país pueda recoger el fruto de los sacrificios que se vienen imponiendo para conseguir estos resultados<sup>12</sup>.

8 *La Correspondencia Militar*, 6 de mayo de 1913.

9 «El viaje del rey a París», *La Correspondencia Militar*, ediciones del 2, 3, 5 y 6 de mayo de 1913. El viaje de Alfonso XIII a la capital de Francia tuvo un gran seguimiento por parte de los periódicos del país. Los diarios nacionales informaron durante el mes de mayo de los movimientos de la comitiva española y las recepciones oficiales de las autoridades francesas. P. e. *El liberal*, *El Imparcial*, *La Época*, *El País*, *ABC*, *La Vanguardia*, etc.

10 Véase la obra de SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930)*. Madrid, UNED, 1993, pp. 49-56.

11 AGA. África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 1.

12 Ibid.

Se advierte en todo momento que uno de los requisitos considerado imprescindible para operar sobre las playas de la bahía era contar con un amplio número de apoyos entre los jefes de cabila, de manera que el desembarco de tropas se realizase con la menor hostilidad por parte de los cabileños, garantizando con ello el éxito de la misma. En esa labor de atracción de personajes influyentes, Jordana puso un mayor empeño en ganarse la confianza de uno de los líderes al que consideraba con gran prestigio en el seno de la cabila de Beni Urriaguel; nos referimos a El Fakih Mohammed Abd el-Krim —el padre de Si Mohand Ben Abd el-Krim el Jatabi, líder de la harca que se levantó en 1921 y que tras el derrumbe de la Comandancia General de Melilla se proclamó emir de la República del Rif—. Las relaciones entre las autoridades militares de la Comandancia General de Melilla con el jefe de Axdir provenían de 1912, cuando este escribió una carta de felicitación al entonces capitán general de Melilla, García Aldave, con motivo de la muerte de El Mizzian y el consiguiente triunfo sobre la harca que llevaba hostilizando al ejército español desde agosto de 1911 en las líneas del río Kert<sup>13</sup>. En este sentido el comandante general consideró extraordinarias las noticias que el día 21 de mayo recibió procedentes del campo de Alhucemas. De la mano del coronel Barrera se enteró de que Abd el-Krim estaba totalmente dispuesto a dar su apoyo en cuanto fuera preciso para realizar un desembarco sin obstáculos. Tan solo quedaba un cabo suelto —advertía Barrera—, convencer a los dos jefes más importantes de Axdir (aduar principal de la cabila de Beni Urriaguel): Si Mohand Abocoy y Si Bucar, ambos de la fracción Ait Iusef U Ali. En opinión de Abd el-Krim sin su concurso era inviable la operación, pero según Barrera el caíd de Axdir se mostraba optimista<sup>14</sup>. En efecto, solucionar las desavenencias internas entre los líderes indígenas parece ser que se trataba de una cuestión compleja. En ese sentido, una carta que el coronel Roberto Gavilá, gobernador militar de Alhucemas había dirigido a Jordana en el mes de abril de 1913 alertaba sobre las rencillas entre Chiddy, Abocoy, Budra, Si Bucar y Abd el-Krim, todos *xeij* de la cabila de Beni Urriaguel. Informaba entonces sobre el esfuerzo que estaba realizando para lograr que cesaran las diferencias y trabajaran unidos preparando el terreno para cuando llegase el momento de desembarcar en Beni Urriaguel<sup>15</sup>.

A Jordana debió de parecerle una información crucial puesto que ese mismo día envió un telegrama al Gobierno en el que informaba que la coyuntura era propicia para operar en Alhucemas; y exponía brevemente su proyecto de desembarco. El ministro Luque recibió con júbilo las noticias procedentes de Melilla. El asunto revestía extraordinaria importancia y muestra de ello fue la convocatoria urgente del Consejo de Ministros el día 22 de mayo<sup>16</sup>. La principal decisión que en la reunión se tomó fue solicitar la presencia en Madrid del general Jordana para que él mismo explicara con detalle el planeamiento de la operación. Mientras, el ministro de la Guerra puso todo su empeño en explicar al presidente Romanones el plan de acción y la importancia de tomar posiciones en las playas de la bahía. Todo apuntaba a que en esta ocasión se contaba con todos los factores necesarios

13 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carpeta 10. Carta fechada el 10 de mayo de 1912.

14 AGA. África, caja 81/9985.

15 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carpeta 3.

16 DSS, 06-12-1921, p. 2155.



para llevarla a cabo con garantías de éxito. Luque, comunicaba al comandante general de Melilla que Romanones estaba convencido de su puesta en marcha, «Entretanto —aconsejaba el ministro— continúe haciendo las gestiones necesarias para mayor éxito y cuente S. E. con fondos que indica»<sup>17</sup>.

## B. LOS DETALLES DE LA MANIOBRA



MAPA Nº 13. Zona de desembarco prevista en el «proyecto Jordana» en 1913, entre los ríos Islí y Guis, en las playas de Espalmadero y Sfiha. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

Jordana y su Estado Mayor consideraban que la operación entrañaba riesgo, a pesar de contar con el apoyo de los jefes de fracción próximos a la costa. Para el ejército español el único precedente era el proyecto de desembarco de 1911 que se efectuó en Larache. En consecuencia, el general Jordana había hecho hincapié en el factor sorpresa, uno de los principales errores en los que se había incurrido dos años antes. Para lograrlo solicitó al ministro de Estado, Juan Navarro Reverter que elaborase una ley de orden público que permitiera ejercer una estricta censura respecto a Marruecos. Además, requería un aumento de la subvención que el Gobierno tenía asignado al periódico *El Telegrama del*

17 AGA. África, caja 81/9985.



*Rif*. Si entonces recibía 330 pesetas, Jordana reclamaba 500 pesetas. El ministro accedió a la petición. Para los africanistas suponía un valioso instrumento de propaganda y apoyo. Su director, Cándido Lobera era un firme defensor de la presencia española en el norte de Marruecos. Su objetivo pues, era que la opinión pública desconociera por completo que se iba a proyectar al ejército sobre las playas de Alhucemas, en concreto entre Espalmadero y Sfiha, ambas playas delimitadas por los ríos Isli y Guis.

Como medio eficaz para despistar a la opinión, tanto Jordana desde Melilla como los ministros desde Madrid decidieron de manera unánime informar a la prensa de la posibilidad de sacar tropas de Comandancia General de Melilla con dirección a Tetuán por haberse complicado la situación en aquella zona «aprovechando noticias que con exagerado pesimismo propalan alarmistas»<sup>18</sup>. Jordana, de hecho, comunicaba a Luque que había comenzado ya a indicar la posibilidad de que tuviera que trasladarse él mismo a dicha región, alegando que no era lógico que el Gobierno sacara de la península tropas, teniendo en Marruecos más de cincuenta mil hombres<sup>19</sup>. Aquellas palabras fueron rodeadas del misterio y de la reserva debidos para imprimir en ellas un sello de realidad que, como hemos visto, consideraban necesaria<sup>20</sup>. Tal era la importancia que Jordana atribuyó al secreto que privó incluso al alto comisario de cualquier noticia relacionada con la operación. Los documentos de archivo constatan que se abortó una visita que Felipe Alfau, alto comisario, tenía previsto realizar en esas fechas a Melilla. Finalmente se logró que no se desplazara hasta la capital de la zona oriental del Protectorado, porque a juicio del comandante general fracasaría el plan, ya que el éxito dependía de que se guardara absoluta reserva<sup>21</sup>.

Jordana, como militar de Estado Mayor, trabajaba la estrategia con mucho celo, calculaba cada detalle, motivo por el cual se mostraba minucioso en los preparativos, no dejando lugar a la improvisación ni al azar. La decisión de operar en el mes de junio no era fortuita. Dos razones avalaban la decisión: en primer lugar, el estado de la mar en el mes de junio era propicio para que los barcos pudieran maniobrar con presteza y sin vientos cambiantes que dificultaran desembarcar a las tropas. Recordemos que esta fue la razón principal que esgrimió el Gobierno en 1911 para argumentar la suspensión de la operación. El otro motivo para elegir el mes de junio era porque coincidía con la época de la siega, en la que muchos cabileños se desplazaban a Argelia a trabajar como jornaleros. De ese modo, la capacidad de resistencia mermaba sensiblemente. En este sentido, Jordana urdió un plan: sugirió al ministro de Estado que preparara varios barcos de la Compañía de Correos de África para que ellos fueran los encargados de hacer el embarco. Una vez que estuvieran retenidos en España, proceder al desembarco en Alhucemas para que así los *xeij* que se habían comprometido a colaborar con el ejército español pudieran trabajar con total libertad sin temor a quienes en 1911 desbarataron los planes<sup>22</sup>.

18 AGA, África, caja 81/4792.

19 AGA, África, caja 81/4792.

20 «En Melilla tranquilidad», *El Imparcial* 08/06/1913.

21 AGA, África, caja 81/9985.

22 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carp. 2.



MAPA Nº 14. Cabila de Bocoya. Playas de Ixdain y la Cebadilla.

Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

Jordana y su Estado Mayor ocultaron un detalle a las autoridades políticas relacionado con las confidencias que el geógrafo y escritor francés, Gabriel Delbrell les comunicó en el mes de abril<sup>23</sup>. Este informó que se había celebrado una reunión, concretamente el día 21, en el zoco el Arbaa de Beni Tuzin a la que asistieron representantes de fracciones de Beni Urriaguel, Beni Said, Tensamán y Bocoya. En el encuentro se decidió que los hombres de Beni Urriaguel vigilasen las playas entre los ríos Nekor e Islí por temor a un posible desembarco del ejército español. Además, se acordó que varias fracciones de Tensamán custodiaran Sidi Dris, mientras que los cabileños de Bocoya guarneciesen las playas de Ixdain y la Cebadilla.

Advertía Delbrell, pues, de la sospecha que los cabileños tenían sobre la operación de desembarco. Por otra parte, destacaba que el embarque de personal para Argelia, que finalmente no lo realizó la Compañía de Correos de África, sino que estuvo a cargo de mercantes privados, disminuyó debido, fundamentalmente a los pregones que en Bu Ermana lanzaron algunos líderes de Beni Ulichek y de otras cabilas. No obstante, y a pesar de la información, el comandante general no tomó aquellas confidencias como una amenaza seria susceptible de suspender la operación. Confiaba en la palabra de los jefes que se habían comprometido a no hostilizar a las tropas durante el desarrollo de la operación, aunque también era consciente, su experiencia le avalaba, de que posiblemente:

Las veleidades de los cabileños, a quienes les hacía variar de estado el más pequeño incidente, la más insignificante alarma, por injustificada que fuese, o cualquier presión, propia o extraña que sobre ellos se ejerciese, podían traicionar en el último momento su compromiso<sup>24</sup>.

Precisamente por dicho motivo, previendo la posibilidad de encontrar resistencia en las costas de Alhucemas, concibió Jordana una maniobra paralela con el objeto de distraer a las cabilas más alejadas de la costa e impedir, de ese modo que contribuyesen a la defensa de las playas junto a las

23 AGMM, África, caja 690, carp. 3.

24 AGMM, África, caja 690.

fracciones ubicadas en las proximidades de la bahía. El planeamiento de la estrategia disuasoria lo pergeñaron los hombres de Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla, que entonces estaba compuesto por el general de Brigada Ramón Domingo de Ibarra, el ayudante de campo, capitán de Caballería Juan Mateo Campos; el coronel de Estado Mayor Francisco de Mateo y Olave; el teniente coronel Francisco Gómez Souza; el jefe de la Subinspección de Tropas y Asuntos Indígenas, coronel de Estado Mayor Julio Ardanaz Crespo y su segundo jefe, Rafael Capablanca Garrigó<sup>25</sup>. Se pensó en la conveniencia de ocupar la posición de Tifrit Aisa, así como las lomas de Tikermin con el objeto de asegurar el dominio del Kert y envolver por retaguardia el Monte Mauro. Con esa ofensiva, además se pretendía someter el Zoco del Zebuya, asegurándose con ello el control de las llanuras de la cabila de Metalza. De ese modo, era como se intentaba evitar el posible auxilio que las cabilas del interior podrían prestar a los nativos de Alhucemas para taponar la entrada de las tropas españolas por la costa<sup>26</sup>.

### C. DISPOSITIVO HUMANO Y MATERIAL PARA LA OPERACIÓN

En la composición del ejército en 1913 había dos hombres que ya formaban parte de este en 1911 y que estuvieron implicados en la preparación de la operación de desembarco; Rafael Capablanca Garrigó en el Estado Mayor de la Comandancia y Luis Aizpuru Mondéjar, al frente de una brigada de infantería. El general Aizpuru fue la persona de confianza de Francisco Gómez Jordana desde 1913 hasta la fecha de su muerte en noviembre de 1918. Conformaron un tándem que se caracterizó por su conocimiento exhaustivo de todo lo relativo a la Comandancia General de Melilla. Ambos defensores de la idoneidad de la maniobra de desembarco en Alhucemas para alcanzar el objetivo de pacificar la zona e implementar las «labores de protección». «El asunto de Alhucemas —escribía Aizpuru a Jordana— es para nosotros de la mayor importancia, pues ha de dar un paso decisivo en nuestra zona oriental de Protectorado»<sup>27</sup>. Respondía el comandante general que «En efecto, y Axdir, poblado natal de la familia Abd el Krim y Chiddy constituye, por su especial situación, la llave del desembarco»<sup>28</sup>.

Jordana, confiaba plenamente en el general Aizpuru, pues conocía bien la idiosincrasia de los rifeños y sus consejos y sugerencias eran muy bien recibidos por aquél. En los días previos a la operación el comandante general le confesaba que su experiencia le había enseñado que el desembarco no podía hacerse con el concurso único de la gente de aquellas playas, sino que era necesario para que la operación «tan estudiada y meditada» no se trocase en peligrosa aventura, que los cabileños de Tafersit no estuvieran en situación a cubrir los huecos que los partidarios de la bahía habían dejado gracias a la intensa acción política<sup>29</sup>.

25 Anuario Militar 1913.

26 AGMM, caja 690, legajo 117.

27 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carp. 9.

28 Ibid.

29 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carp. 9.



Los documentos de archivo nos muestran que existía preocupación entre los militares implicados, pues la operación dependía de tantos factores que si fallaba cualquiera de ellos podría convertirse en una o varias jordanas muy sangrientas para el ejército español. Echar a tierra todo cuanto se necesitaba, teniendo en cuenta que las posiciones que se ocupasen habían de ser rudamente atacadas, y que la gente desembarcada podría quedar incomunicada con Alhucemas durante varios días, requería que todo estuviera meticulosamente preparado, además de contar con el factor del estado del mar favorable<sup>30</sup>. Emilio Barrera, informador personal del rey, definía con detalle la situación:

En un país como este donde cada piedra es un enemigo y en el cual para moverse de un punto a otro es necesario llevar consigo mismo hasta el agua y la leña, hay que ir a la operación con todo lo previsto y bien organizado. Las posiciones que se ocupen deben estar bien municionadas y abastecidas de tal manera que, si las circunstancias exigen dos, tres, cuatro o más días de operaciones no corramos el riesgo de sucumbir ante el empuje rifeño<sup>31</sup>.

Las fuerzas previstas para el desarrollo de la operación ascendían a 9.000 hombres; 1.000 de ellos indígenas. No se contemplaba el uso de la aviación; arma de reciente creación, con un carácter experimental hasta el 1 de marzo de 1913 cuando se creó por Real Decreto el Servicio de Aeronáutica Militar<sup>32</sup>. Tras su nacimiento en Madrid, en el aeródromo de Cuatro Vientos en 1911, la aviación militar española entró por primera vez en acción en Marruecos en 1913. Precaria en cuanto a aparatos y escasa de pilotos que, en su totalidad provenían de diferentes armas y cuerpos interesados en los nuevos ingenios técnicos. Su primera misión fue en las campañas de Marruecos, y la tarea que se prestó fue una exploración aérea del territorio; una labor de reconocimiento<sup>33</sup>. La artillería que se iba a desplazar a la zona constaba tan solo de cuatro baterías de montaña. En cuanto a la escuadra, dos cañoneros. En el siguiente cuadro se detalla la estructura organizativa del ejército de la Comandancia General de Melilla.

30 AGP, África, reinados, Alfonso XIII, caja 12955/58.

31 Ibid.

32 BOE. Gaceta de Madrid nº 60. 1 de marzo de 1913.

33 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, Editorial Nacional, 1976, pp. 99-101.

comandante general: general de división Francisco Gómez Jordana	
<i>Plana Mayor:</i>	
jefe de Estado Mayor: general de brigada Ramón Domingo de Ibarra	
ayudante de campo: capitán de Caballería Juan Mateo Campos.	
2º jefe: coronel de Estado Mayor, Francisco de Mateo y Olave	
2º jefe: teniente coronel Francisco Gómez Sousa	
<i>Subinspección de Tropas y Asuntos Indígenas:</i>	
jefe: coronel de Estado Mayor Julio Ardanaz Crespo	2º jefe: teniente coronel Rafael Capablanca Garrigó
subinspector de las tropas de la región: general de brigada José Villalba Riquelme	
<i>Composición del ejército:</i>	
1ª Brigada de Infantería: general Fernando Moltó Ocampo	<ul style="list-style-type: none"> <li>• regimiento de San Fernando nº 11 (Melilla y Chafarinas)</li> <li>• regimiento de Ceriñola nº 42 (Melilla, Alhucemas y Peñón)</li> </ul>
2ª Brigada de Infantería: general de brigada, Luis Aizpuru Mondéjar	<ul style="list-style-type: none"> <li>• regimiento de Melilla nº 59</li> <li>• regimiento de África nº 68</li> </ul>
<i>Tropas afectas a la Comandancia General:</i>	
2ª Brigada de Cazadores (compuesta por dos medias brigadas)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• 1ª media brigada: <ul style="list-style-type: none"> <li>· batallón de cazadores de Cataluña nº 1</li> <li>· batallón de cazadores de Tarifa nº 5</li> <li>· batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo nº 7</li> </ul> </li> <li>• 2ª media brigada: <ul style="list-style-type: none"> <li>· batallón de cazadores de Segorbe nº 12</li> <li>· batallón de cazadores de Chiclana nº 17</li> <li>· batallón de cazadores de Talavera nº 18</li> </ul> </li> </ul>
Brigada disciplinaria de Melilla	<ul style="list-style-type: none"> <li>• regimiento cazadores de Alcántara nº 14</li> <li>• regimiento de Caballería de Taxdirt nº 29</li> <li>• regimiento de Artillería de montaña de Melilla</li> <li>• regimiento mixto de Ingenieros de Melilla</li> <li>• Compañía de telégrafos para la red de Melilla</li> <li>• Compañía del Mar</li> <li>• Comandancia de tropas de intendencia de Melilla</li> <li>• fuerzas regulares indígenas</li> <li>• tropas de policía indígenas</li> <li>• Comandancia Militar de Alhucemas: teniente coronel Roberto Gavilá</li> </ul>

CUADRO Nº 4. Esquema organizativo del ejército de la Comandancia General de Melilla (junio de 1913). Elaboración propia.

**D. EL COSTE ECONÓMICO DE LA ACCIÓN POLÍTICA**

Dos hombres de Estado Mayor pertenecientes a la Subinspección de Tropas y Asuntos Indígenas, concretamente el coronel Barrera y el comandante militar de Alhucemas, teniente coronel Roberto





Gavilá fueron los encargados de llevar a cabo la negociación política con los jefes de fracción de cabila previa a la ofensiva; en realidad, se llevaba más de un año trabajando en este sentido<sup>34</sup>. Preparar el terreno consistía fundamentalmente en crear un partido afín que no hostilizara a las tropas durante la operación. Pero eso tenía un precio ¿Cuál fue el coste de comprar la voluntad de los jefes rifeños? Desconocemos los detalles de la negociación de 1913, sin embargo, para hacernos una idea aproximada de lo que suponían en dinero los acuerdos contamos con la documentación de archivo relativa a las gestiones llevadas a cabo en 1916<sup>35</sup>. En aquella ocasión la plantilla de militares encargados de convenir un entendimiento con los líderes rifeños (los mismos protagonistas de 1913) contaba con las mismas personas que ocupaban puestos de responsabilidad en 1913. Nos referimos al general Francisco Gómez Jordana al frente de la Alta Comisaría y al general Luis Aizpuru como comandante general de Melilla; en el Estado Mayor de la Comandancia figuraba Francisco Gómez Souza, y Roberto Gavilá continuaba dirigiendo la Comandancia Militar de Alhucemas.

La única novedad la constituía el jefe de la Subinspección de Tropas y Asuntos Indígenas que en este caso era el coronel de Infantería José Riquelme López-Bago, auxiliado en sus funciones por el veterano teniente coronel de Estado Mayor Rafael Capablanca Garrigó<sup>36</sup>. En la tarea de conseguir apoyos para realizar con garantías la operación destacó un civil, Antonio Ibancos Llorca, comerciante melillense afincado en la Isla de Alhucemas<sup>37</sup>. Antonio mantenía desde hacía años frecuentes tratos comerciales con los cabileños de la costa lo cual aprovecharon las autoridades militares para gestar un clima favorable que permitiera un marco de negociación óptimo con los líderes de las fracciones de la costa y poder operar en las playas tal y como estaba previsto. Los pactos para el desembarco se cerraron del siguiente modo: para la familia Abd el-Krim el Jatabi se pactó el pago de 125.000 pesetas que debían entregarse antes de llevar a cabo la operación; una vez realizada con éxito se le entregaría la misma cantidad. A las fracciones de Chiddy, Buselman y Rubio se acordó entregarles 30.000 pesetas tras el desembarco. Además, los negociadores españoles se comprometieron a aumentar el subsidio mensual que venían percibiendo estas tres familias de 48 duros<sup>38</sup>. Con el jefe Mohand Abocoy se concertó la entrega de 25.000 pesetas a pagar una vez se hubiera desembarcado. El subsidio mensual aumentaría a cincuenta duros. Por último, el partido de Sidi Hamet recibiría 50.000 pesetas antes de maniobrar en Alhucemas y una vez ocupadas las playas se acordó la entrega de 50.000 pesetas más. El *xeij* Sidi Hamet se comprometía a contener a las facciones de la montaña<sup>39</sup>.

Como demuestran los documentos las circunstancias eran favorables, el proyecto ofrecía garantías. Ocupar la bahía sin resistencia era crucial, pues desembarcar con los medios que se disponían en 1913 en costa hostil era prácticamente imposible. Jordana había conseguido que, en esta ocasión

34 DSS, 07-12-1921, p. 2154. El ministro de Estado, González Hontoria ofrece datos a los senadores que demuestran que la operación se buscaba y preparaba desde el mismo instante en que fue suspendida en octubre de 1911.

35 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 7.

36 Anuario Militar 1913 y 1916.

37 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 7.

38 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 7.

39 Ibid.

a diferencia de 1911 no trascendiera el plan de operaciones. Ningún periódico informó de la posibilidad de realizar un desembarco. No obstante, y a pesar de los pactos hemos visto como existían informes que alertaban de la defensa de las costas ante la sospecha de que el ejército español desembarcara en Alhucemas. Cabía, igualmente la posibilidad de que los líderes rifeños que habían consentido la operación traicionasen en última instancia a las autoridades militares y no cumplieran su palabra.

No se me oculta —escribía Jordana al alto comisario— que muchos de estos amigos podrían traicionarnos o negarnos el apoyo cuando llegue el caso de necesitarlo. Pero hay otros que convencidos que antes o después hemos de penetrar en su territorio quieren anticiparse a los acontecimientos y se prestan a marchar a la cabeza de nuestras tropas cuando queramos avanzar, ofreciéndonos rehenes como garantía de su lealtad<sup>40</sup>.

El concierto con los cabileños no quedó plasmado sobre un papel, no se firmó ningún documento que comprometiese a ambas partes; sin embargo, como señala el comandante general los rifeños ofrecieron rehenes —generalmente hijos o hermanos— como prueba de su compromiso. El general Jordana confiaba en la palabra de Abd el-Krim y se mostraba muy optimista, pero también era consciente de que en la zona oriental del Protectorado la situación respecto al liderazgo nada o muy poco tenía que ver con la zona occidental. En esta había una autoridad que no se cuestionaba, El Raisuni, pero en el Rif no existía un solo jefe cuyo prestigio fuese reconocido en una o varias cabilas. Señalaba el comandante general en telegrama al alto comisario que, en esa zona, refiriéndose al Rif, «el sistema de gobierno es sumamente democrático en este territorio; el pueblo se gobierna a sí mismo»<sup>41</sup>. Resulta llamativo el concepto que sobre la democracia tenía Jordana y que podemos hacer extensible a la mayor parte de los jefes y oficiales que servían en Marruecos.

#### **E. DÍAS PREVIOS A LA OPERACIÓN. EL ESCOLLO DEL ALTO COMISARIO**

El 30 de mayo de 1913 el comandante general de Melilla llegaba a Río Martín procedente de España con el apoyo del Gobierno y del rey. Tan solo faltaba un detalle, informar al alto comisario del proyecto de desembarco. El general Alfau, no supo nada al respecto hasta el 25 de mayo cuando el ministro de Estado, Navarro Reverter le comunicó: «Ha sido llamado a esta Corte el general Jordana para informar sobre la situación de Alhucemas. Por correo detalles»<sup>42</sup>. Sorprendentemente, la planificación de la maniobra se realizó al margen de la máxima autoridad española en Marruecos. Efectivamente, Alfau no participó ni en la decisión de llevar a cabo dicha operación, ni por consiguiente en los preparativos. El asunto resulta grave y de gran trascendencia: ¿por qué se menospreció al alto comisario? Podemos apuntar dos hipótesis: la primera, que el ministro de la Guerra considerara al alto comisario incapaz de asumir estratégicamente una acción de esa naturaleza y una segunda línea interpretativa está asociada a la mala relación que existía entre el ministro Luque y el general Alfau

40 AGMM, África, caja 690.

41 AGMM, África, caja 690.

42 DSS, 07/12/1921, p. 2156.



por no compartir las atribuciones que aquel como ministro había asignado al alto comisario y que éste consideraba que no produciría sino disfunciones en el mando y por tanto en la operatividad. El alto comisario mediante carta comunicó a Luque y a Romanones que «el principio de autoridad del alto comisario queda minado por el RD del 27 de febrero [de 1913] que les atribuye total autonomía a los comandantes generales»<sup>43</sup>.

El día 29 de mayo, Navarro telegrafiaba de nuevo al alto comisario: «general Jordana después de recibir órdenes del Gobierno, sale hoy con objeto de embarcar mañana en Algeciras para ir a tomar las de V. E.»<sup>44</sup>. En aquel momento el alto comisario estaba enfermo, circunstancia que desconocían en el Gobierno. De manera que Alfau no pudo ir de Tetuán a la desembocadura de Río Martín para entrevistarse con Jordana, y éste daba cuenta al ministro, a su vuelta a Melilla, en los siguientes términos:

A las siete de la mañana de ayer llegué Río Martín en crucero *Extremadura*, subiendo a bordo un ayudante del general Alfau, el cual me dijo que estaba enfermo con un ataque de bilis, y traía el encargo de comunicarle de palabra todo lo que yo tuviera que decirle, ante la imposibilidad de ir a Tetuán, como hubiera sido mi deseo, por falta absoluta de medios de locomoción. Para ello escribí extensa carta al alto comisario, explicándole con todo detalle el plan que había merecido aprobación del Gobierno y que por encargo del mismo sometió a su examen para los fines que estimase oportunos. Decíale también que, hasta las ocho de la noche esperaba sus órdenes en Río Martín, lamentando que el estado de su salud me privara del gusto de saludarle y de explicarle de palabra asunto de tanta trascendencia como el que le indicaba por carta. A las cinco de la tarde recibí un radiograma de dicho general. Y el radiograma decía: correspondo a su afectuoso saludo, sintiendo no poder ir a bordo; contesto su recado diciéndole que me parece todo muy bien<sup>45</sup>.

El alto comisario, como vemos, aprobó en aquel radiograma la ofensiva sobre las costas de Alhucemas e inmediatamente después manifestó sus sensaciones a Luque, mostrándose un entusiasta partidario de la operación sobre Alhucemas. El siguiente telegrama que éste envió al ministro de la Guerra el 31 de mayo pone de manifiesto dicho aserto:

Si la operación que por carta me explicó general Jordana está política y militarmente preparada en los términos que él me indica, pareceme un verdadero acierto llevarla a cabo en la ocasión presente, a fin de no perder los resultados beneficiosos de una labor de preparación grande como la que se ha llevado. No se me oculta que después de realizada la operación tendremos quizá que sufrir alguna reacción ofensiva por parte de las cabilas del Riff inmediatas a Alhucemas, pero también creo que esa reacción no debe preocuparnos tanto en el aspecto militar como en la actitud del país, que no quiere empresas guerreras; mas como tenemos una misión que cumplir, y es necesario obrar, mi opinión es que se realice la operación que se ha proyectado sin temor ni vacilaciones. Ahora bien, considero conveniente dividir la atención de las cabilas, y nunca mejor ocasión para marchar en dirección al Fondak que hacerlo al mismo tiempo que el desembarco en Alhucemas<sup>46</sup>.

43 AGP, África, caja 15510, exp. nº 5, 6 de mayo de 1913.

44 DSS, 07/12/1921, p. 2156.

45 AGA, África, caja 81/9985.

46 DSS, 06/12/1921, p. 2157.

Alfau, probablemente molesto con la actitud del ministro y del comandante general de Melilla por haberle dejado a un lado a la hora de tomar una decisión de ese calado, presentó su dimisión dos meses después. En realidad, el asunto de Alhucemas fue la gota que colmó el vaso ya que, como se ha mostrado, los problemas y las desavenencias venían produciéndose desde el mismo momento de su nombramiento. Los desencuentros eran frecuentes no solo con el ministro de la Guerra sino también con el presidente Romanones.

En defensa del primer alto comisario debemos señalar que, en efecto las instrucciones respecto a sus funciones no estaban claras y existían verdaderas dificultades en la interpretación de la Real Orden del Ministerio de la Guerra de 24 de abril de 1913 donde se revestía al alto comisario del carácter de inspector general de las fuerzas armadas militares existentes en la zona del Protectorado. De manera inexplicable se advertía a los comandantes generales de Larache, Melilla y Tetuán que en los asuntos militares debían entenderse directamente con el ministro de la Guerra. Una gran autonomía que les permitía ordenar por sí solos las operaciones de policía, aunque en las de mayor importancia que pudieran trascender a la situación política general, cuya dirección incumbía al alto comisario, debían de dar conocimiento previo a éste y solicitar autorización del Gobierno. Pero ¿quién decidía si la operación era de policía o una operación de guerra? Si recordamos tanto en 1909, cuando tuvo lugar el desastre del Barranco del Lobo como en 1911, cuando comenzó la campaña del Kert los presidentes, Maura y Canalejas respectivamente, anunciaron operaciones de policía, cuando en realidad se trataba de auténticas campañas militares.

Es posible que por razón de la distancia no existiera suficiente comunicación entre Alfau y los comandantes generales de Melilla y Larache, de hecho, el general Gómez Jordana ejercía su labor sin limitaciones y con verdadera independencia. Pero en el territorio de Ceuta-Tetuán las circunstancias eran muy distintas; en él ejercían jurisdicción dos generales: el alto comisario, como inspector general de sus fuerzas militares, y el comandante general, como jefe indudable de ellas, y la ambigüedad respecto a las funciones de cada uno de ellos derivó en serios enfrentamientos entre Alfau y el comandante general de Ceuta Ramón García Menacho<sup>47</sup>.

El Gobierno, por medio del ministro de la Guerra, pretendió poner remedio a tanta confusión. Luque, en telegrama del 9 de junio, del cual dio conocimiento al alto comisario, comunicaba al comandante general de Ceuta, Ramón García Menacho, que obrase con arreglo a las instrucciones de esa autoridad, porque la determinación, objeto y alcance de las operaciones que afectasen a la política general, correspondía exclusivamente a ella<sup>48</sup>. Al día siguiente, el general Alfau envió despachos a Ceuta, Melilla y Larache, disponiendo, en virtud de la interpretación de la orden del ministro de la Guerra que, como no podía existir otra dirección, que la que él —recibiendo a su vez órdenes del Gobierno— determinase, únicamente en las operaciones de policía que se presentasen correspondía a los comandantes generales tomar decisiones, aunque poniéndolo inmediatamente en su conocimiento.

47 BOE. Gaceta de Madrid. Reales Decretos de los días 2, 3, 9 y 10 de abril de 1913.

48 BOE. Gaceta de Madrid. Real Orden de 24 de abril de 1913.



En su consecuencia sírvase V. E. amoldarse desde el día de hoy al espíritu que imprime la citada Real Orden respecto a mi autoridad única para todo cuanto se refiera a operaciones de guerra y acción política, dándome cuenta de cuantas operaciones tenga planeadas y de la acción política y militar que vuestra excelencia considere debe seguirse en el territorio de su mando a fin de someterla a mi aprobación la primera y de señalarle líneas generales para lo segundo<sup>49</sup>.

Sin embargo, ni la Real Orden ni el telegrama resolvieron el problema de las competencias. Los comandantes generales de Melilla y Larache continuaron actuando como venían haciéndolo y el comandante general de Ceuta siguió viendo limitadas sus funciones a las de un mero gobernador militar de la plaza<sup>50</sup>. Finalmente, ante el aumento de las discrepancias el alto comisario se desplazó a Madrid y presentó su dimisión el 11 de agosto, que le fue aceptada el día 25 del mismo mes<sup>51</sup>. El general Alfau —como ya se ha dicho— no contaba con el apoyo del Gobierno. Romanones se lo explicaba a Antonio Maura por carta:

Por Dato, con quien hablé hace días habrá usted conocido algo acerca de nuestra situación actual en Marruecos y de los propósitos del Gobierno. El general Alfau, no obstante, sus relevantes condiciones y su buena voluntad, no ha acertado a interpretar debidamente el concepto de lo que es el Protectorado y la misión asignada al Alto Comisario: se ha indispuesto con la mayor parte de los que le rodean, y que tienen que ser sus necesarios colaboradores, lo mismo civiles que militares; en suma, la confianza absoluta que debía tener el que desempeña puesto tan difícil, él la ha perdido. Así lo ha debido comprender y por eso, espontáneamente, ha pedido ser relevado<sup>52</sup>.

Mientras tanto, Jordana continuaba con los preparativos para el desembarco. Aconsejado por su Estado Mayor decidió llevar a la operación los tres mejores batallones de cazadores y dos regimientos (de tres batallones cada uno) entrenados en Marruecos, además de las fuerzas de regulares acantonadas en el territorio de la Comandancia de Melilla. Con esa decisión no asumía la propuesta del ministro de la Guerra que le había sugerido embarcar fuerzas en Algeciras para desplazarlas desde allí directamente a Alhucemas. Estimaba el comandante general que esa forma de actuar complicaría mucho las cosas ya que de ese modo la opinión pública no caería en el engaño, cosa probable al anticiparse el embarque de tropas y pertrechos, poniendo, además, sobre aviso a los cabileños<sup>53</sup>.

Las oficinas de la Comandancia —principalmente las correspondientes a la tercera sección, también llamada de campaña— trabajaban a gran ritmo para ultimar todos los detalles de la operación: concentración y embarque de tropas, abastecimiento, organización y control de los movimientos de la marina mercante y de guerra, confirmación del correcto funcionamiento de los sistemas de comunicación, supervisión de los servicios de intendencia: suministro de víveres, agua, pienso, petrolinas para la conservación en los distintos campamentos y posiciones del agua potable, asegurar el estado

49 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12955/58.

50 VV. AA. *Historia de las campañas de Marruecos, tomo segundo. Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1951, p. 700.*

51 Boletín Oficial de la Zona de Influencia Española en Marruecos (en citas sucesivas BOZIEM), 25 de agosto de 1913.

52 VV. AA. *Historia de las campañas de Marruecos..., Op. Cit. p. 708.*

53 AGA, África, caja 81/9985.



de las tiendas de campaña cónicas e individuales, atender al suministro de proyectiles de artillería correspondientes a las baterías de posición y a las baterías de montaña, asegurar el municionamiento tanto de cartuchería *máuser* como *Remington* e inspeccionar el servicio sanitario<sup>54</sup>.

Dicha sección se encargaba igualmente de la censura de los periódicos que llegaban a Melilla procedentes de la Península. Así mismo, el comandante jefe de la sección se reservaba la alta dirección de esta: asuntos relacionados con la política ejercida por la Oficina Central de Asuntos Indígenas en las cabilas pertenecientes a la zona no ocupada; asuntos relacionados con el espionaje, contrabando de armas y municiones. Se encargaba de la redacción de los planes de operaciones, órdenes de marcha y concentración de tropas. Facilitaba diariamente las noticias a la prensa de Melilla para su publicación en los periódicos locales. Y en aquel ajetreo, Jordana ejercía personalmente el control de todos los preparativos. Entraba y salía de los despachos, pasaba horas conversando con sus ayudantes. Estos le asesoraban y él buscaba en ellos opiniones sinceras y meditadas. Así pasaron los primeros días de junio.

Todo lo referente a los barcos que debían transportar a las tropas, material y pertrechos necesarios quedaba perfilado el día 5 de junio. En este sentido, ordenó al almirante de la compañía del mar que los barcos se despacharan para Río Martín, Larache, Ceuta y alguno para Melilla con el fin de mantener el secreto hasta el último momento. Igualmente informaba al ministro de la Guerra sobre estos y otros detalles:

Tan pronto como decida día operación lo cual dependerá noticias reciba Alhucemas avisaré a V. E. cuando conviene salgan los barcos, quedando en hacerlo con mayor anticipación posible. De hacerse el catorce, como desearía, el Vives habrá de estar aquí mismo día a las siete y tres cuartos y los restantes también el mismo día, a horas que indicaré<sup>55</sup>.

## F. SUSPENSIÓN DE LA OPERACIÓN. RAZONES Y CONSECUENCIAS

De manera sorprendente, al igual que en 1911, la operación se suspendió. En la madrugada del 10 junio, a tan solo cuatro días de su ejecución, Luque telegrafió a la Comandancia de Melilla comunicando que la operación se aplazaba temporalmente. Jordana se enteró de la noticia a las 11:15 h. de la mañana. Atónito ante el comunicado, convocó de urgencia a su gabinete militar para anunciarle la resolución del Gobierno. Inmediatamente después contestó al ministro lamentando la decisión y le señaló las posibles consecuencias, —muy graves a su juicio— si no se operaba en Alhucemas<sup>56</sup>. Jordana exponía entonces sus preocupaciones a Luque:

Desgraciadamente temo no sea fácil realizar en mucho tiempo —se refiere a la operación— pues con el aplazamiento de ahora anulamos influencias que habíamos conseguido por virtud de una labor

54 Ibid.

55 AGA, África, caja M7 81/9985.

56 Ibid.



intensísima y de grandes sacrificios. Pues al suspenderse todos los amigos tienen que volverse contra nosotros, como han anunciado, para salvar vidas y haciendas. La operación de Alhucemas era un golpe decisivo que pensaba dar a la rebelión en el Rif y para asegurar el éxito contaba con cabilas dispuestas a caer sobre los Beni Urriaguel si estos nos agredían. Ahora se unirán con ellos para hostilizarnos al no utilizar sus servicios, sobre todo si ven que nos encerramos en una defensiva absoluta. El aplazamiento de dicha operación tendrá un alcance extraordinario y negativo en el desarrollo de nuestra política en Marruecos y temo mucho que se conviertan en realidad las amenazas que del lado del Kert y de los Eulad-Acdein, llegan a mí hace ya días y que no preocupaban como ahora, cuando abrigaba esperanzas de asestar golpe mortal a estas cabilas. Si como es de esperar y se anuncia, la harca se reorganiza pronto y aumentan su contingente los segadores de Argelia llamados ya con toda urgencia por Yebalas y con los muchos amigos que ahora perdemos, anuncio desde luego, que no podré hacer frente a un conflicto de alguna importancia que se presente si se disminuyen las fuerzas con que ahora cuento, pues usted conoce la fuerza y pujanza de este enemigo. Insisto en que momentos actuales son de extrema gravedad y decisivos en nuestro porvenir en este territorio, tanto más cuanto que relaciones que perdemos me consta han de ser cultivadas con singular interés por los alemanes que hacen campaña tan activa y perjudicial para nosotros<sup>57</sup>.

El mismo 11 de junio le contestaba el ministro:

Comparto su pesar por suspensión de la operación sobre Alhucemas siendo como soy de antiguo, el primer enamorado de esta operación para la cual, y como usted sabe, no he escatimado esfuerzo de preparación, antes bien esmerándome a facilitar a V. E. cuanto ha pedido para ella. Pero el Gobierno que ha de atender a graves razones de política interior y exterior y cuidar de esa parte de África y de las demás, ha tenido que acordar aplazamiento del modo unánime que V. E. conoce obligado por aquellas razones. Quería V. E. ir a Alhucemas con nueve mil hombres y ahora solo se le restan dos mil quinientos temporalmente. Tiene pues fuerza bastante para operar sobre Tikermin, Beni Bu-Yahí o Kert si lo juzga necesario. Si no se pensara en Alhucemas hubiera tenido que disponerse regreso de la brigada Herrero que aún tiene usted ahí y tendrá mientras no sea indispensable. Conozco pujanza rifeños que juzgo ocasional e incapaz de resistir maniobras ni aún arranques violentos como caballería Taxdirt. Si se presenta conflicto importante a que usted alude, confío en que con sus dotes lo dominará a pesar de su pesimista anuncio de que no podrá hacerle frente. La guerra exige sacrificios y no es pequeño el que yo hago consintiendo aplazar operación que miro con tanta fe y cariño<sup>58</sup>.

A pesar de autoproclamarse defensor y enamorado de la operación, el ministro de la Guerra se mostró tajante, sin aclarar las razones por las que suspendía la maniobra. Algunos años más tarde, en 1921, siendo senadores Luque y Alfau se trataba el tema de las responsabilidades por el «Desastre de Anual»; entonces, Alfau sorprendió a los asistentes desvelando que en 1913 se había proyectado un desembarco en Alhucemas pergeñado por Jordana y Luque —comandante general de Melilla y ministro de la Guerra respectivamente— sin que él fuera informado<sup>59</sup>. Luque, en su turno

57 AGA, África, caja M7 81/9985

58 Ibid.

59 Los periódicos recogieron la noticia con sorpresa: «Un sensacional discurso del general Alfau» *La voz*, 2 de diciembre de 1921; «La actitud de los generales» *El liberal*, 3 de diciembre de 1921; «Un incidente» *La Época*, 3 de diciembre de 1921.

de réplica se levantó de su banco y sacó del bolsillo una cuartilla que se dispuso a leer. Se trataba de un telegrama que el propio Luque envió a Alfau a los dos días de suspenderse el desembarco. Luque levantó la voz y dijo<sup>60</sup>:

En este caso bastante han influido los continuos telegramas de V. E., prelude de graves sucesos en el Garb y Tetuán, y si hemos de operar a la vez en el Garb, Tetuán, Alhucemas y quizás en el Kert, y a los primeros disparos V. E., con frase categórica y apremiante, me pide refuerzos, dejo a la consideración de V. E. las reservas que se necesitarían tener en el litoral para acudir a reforzar frente tan extenso en cuanto tuviéramos quinientas bajas<sup>61</sup>.

Responsabilizaba al alto comisario de haber contribuido con su actitud alarmista a la suspensión de la operación. Alfau se defendió y dijo entonces que la situación en la zona occidental era muy grave y que su solicitud de refuerzos estaba perfectamente justificada. Además, en tono bronco señaló que el plan de Jordana era viable y estaba conforme con todo su desarrollo; sin embargo, por ponerle un pero, le faltaban los rehenes, a ser posible hijos varones de aquellos jefes de fracción o de cabila que se habían comprometido a apoyar a las fuerzas españolas durante la ejecución de la maniobra<sup>62</sup>. Según la opinión del general Alfau lo que sucedió fue que no había los citados rehenes y, por tanto, no existía la base suficiente, no había una seguridad, y por ese motivo, en cuanto se presentó una oportunidad «los moros hicieron lo que siempre hacen, aprovecharse de las circunstancias, y por eso saquearon el *General Concha*; y si nosotros hubiéramos hecho el desembarco, no sé lo que hubiera pasado»<sup>63</sup>. Y acabó señalando que la verdadera razón de la suspensión se debió a la encalladura del cañonero *General Concha* en la playa de la Cebadilla, en territorio de Bocoya. Sin embargo, los documentos de archivo demuestran que esa no fue la razón como esgrimió entonces Alfau ya que el cañonero varó el día 11 de junio a las 11:35 h. de la mañana, y recordemos que la operación de desembarco quedó suspendida el día 10 de junio<sup>64</sup>. La segunda de las razones que apuntó Alfau —la cuestión de los rehenes— tampoco es verosímil pues ya hemos visto que Jordana había contemplado esa opción y la tenía resuelta. Otro de los protagonistas que participó en la preparación de la maniobra fue Francisco Gómez-Jordana Sousa, hijo del general Jordana, quien en sus memorias señala que la suspensión se produjo, en efecto, por los sucesos de Yebala, Tetuán y el Garb, en la zona occidental del Protectorado<sup>65</sup>, si bien esta fuente debemos tomarla con precaución ya que se trata del primogénito del alto comisario. Hasta el momento la historiografía nada ha postulado como razón o razones de aquella decisión del Gobierno; tan solo, quien ha analizado, por cierto, de soslayo, la operación proyectada en 1913 se ha limitado a reproducir lo que Francisco Gómez-Jordana Sousa señala en sus memorias<sup>66</sup>.

60 DSS, 06/12/1921, p. 2157

61 Ibid.

62 Ibid.

63 Ibid.

64 AGMM, caja 167, carp. 8.

65 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La Tramoya...*, Op. Cit. p. 28.

66 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930) ...*, Op. Cit. pp. 49-56. MADARIAGA, María Rosa María de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza editorial, 2005, pp. 43-44.



Algunas otras motivaciones podemos señalar como posibles causas de aquella decisión del Consejo de Ministros colegidas a partir de la documentación de archivo. En primer lugar, es posible que el Gobierno temiera profundamente un fracaso por el impacto que pudiera tener en la opinión pública una derrota<sup>67</sup>. No es extraño, si tenemos en cuenta los precedentes de 1909 y 1911, cuando se produjeron los descalabros del «Barranco del Lobo» y de la campaña del Kert. Entonces, la cobertura de la acción española en Marruecos tuvo un gran seguimiento por parte de los diferentes diarios y revistas de la época cuyos corresponsales, redactores y personal de fotografía, se desplazaron a Ceuta y Melilla para seguir de cerca y con detalle lo que allí acontecía. Bajo diferente signo político la prensa informaba periódicamente del estado de cosas que se vivían en la zona de influencia española; si bien es cierto que la noticia siempre estuvo sometida al tamiz de la censura, estas se propalaron con rapidez en la Península. La guerra de Marruecos influyó de forma extraordinaria en la vida social y política de los españoles. Fueron sus campañas tan importantes que determinaron incluso la caída del régimen de la Restauración y, en aquel contexto, la prensa desempeñó un papel determinante<sup>68</sup>. En efecto, el temor a que la operación fracasara y se derivasen de ella un gran número de bajas, supuso para el Gobierno una honda preocupación.

Luque escribía a Jordana días antes de suspenderse el desembarco para señalarle que debía poner mucho celo en la preparación de la maniobra, amoldando y acoplando todos los elementos de los que se disponía para la operación e insistía que ésta debía ser un modelo<sup>69</sup>. Advertía el ministro que los ojos de la vieja Europa estaban fijados en la capacidad del ejército español en África, en su suficiencia combatiente<sup>70</sup>. Había pues, miedo en el interior; pavor a que los partidos de izquierdas y sus órganos de expresión acusaran al Gobierno de ser responsable de la muerte de cientos de jóvenes españoles, culpable de malgastar el dinero en una empresa de conquista, contribuyendo, de ese modo, a la caída del gabinete liberal. Temor igualmente a que, en el exterior, principalmente en Francia e Inglaterra, juzgaran al ejército y a las autoridades militares españolas de ser incapaces de llevar a cabo una operación militar, minuciosa en su preparación y compleja en la ejecución<sup>71</sup>.

En el fondo, se trataba de la constatación de las deficiencias y carencias de un ejército donde había soldados con tan solo seis meses de servicio en filas. Donde los infantes, el más espabilado iba de ordenanza, y el que sabía escribir, de escribiente<sup>72</sup>. «Al arma de infantería iban los desechos: los bajitos de estatura, de desarrollo torácico limitado, los faltos de instrucción. Los mejor dotados

67 GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Tesis Doctoral. Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado — UNED, 2012, p. 314-320; GAJATE BAJO, María: «Prensa y opinión pública. Un reto para el investigador» en AGUIRREGABIRIA IBARRA, Alejandra (Coord.) *No es país para jóvenes*. Encuentro de jóvenes investigadores en historia contemporánea (2. 2009. Granada) Instituto Valentín Foronda, 2012; PIZARROSO QUINTERO, Alejandro: «justificando la guerra. Manipulación de la opinión pública en los conflictos más recientes» *Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios*, 1/6, 2008.

68 LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997.

69 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 12955/58.

70 Ibid.

71 Ibid.

72 GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*. Madrid, Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército. 1916, p. 14.

físicamente y con estudios se destinaban a Artillería, Caballería, Ingenieros e Intendencia»<sup>73</sup>. Con esa constitución del ejército, el alto comisario y los comandantes generales se veían constreñidos a no utilizar las tropas europeas por temor a las bajas. Las tropas españolas tenían muy pocas horas de instrucción, no la podían tener porque estaban clavadas en las posiciones estáticas, existía deficiencia de armamento y de material de guerra en general. El general Villalba, destinado en la Comandancia General de Melilla en junio de 1913, se encontraba bajo las órdenes de Jordana y fue uno de los mandos que estaban destinados a desembarcar en Alhucemas al frente de una brigada. En 1921 se pronunció en el Senado respecto a aquella operación:

Lo que no se puede es poner reclutas en frente de africanos. La empresa de África es definitiva para España desde los puntos de vista geográfico, histórico y estratégico. No es posible aceptar que una nación de veinte millones de habitantes en plena civilización se vea impuesta y maltrecha por un puñado de rifeños, malamente armados»<sup>74</sup>.

El general Alfau, por su parte, interviniente en aquella sesión, alzó la voz para significar que el soldado español era valiente, pero le faltaban armas o no sabía manejarlas, además aducía que no sabía tirar ni estaba en condiciones de combatir. Ponía entonces como ejemplo a los británicos en la guerra de los Boers. Insistió en las derrotas constantes que sufrían los ingleses. Y tomaba como ejemplo la decisión del ejército expedicionario británico: «en el campamento de Aldersoth reunió grandes contingentes y les instruyó en el disparo, les enseñó a combatir, reclutó gente, buenos tiradores contratándolos por el tiempo que durase la campaña»<sup>75</sup>. Había, por tanto, falta de confianza en el ejército español en Marruecos.

Apuntadas las posibles razones de la suspensión enlazamos con las consecuencias que se derivaron de aquella decisión. Ya hemos adelantado que el comandante general de Melilla previno al ministro de la Guerra sobre las posibles contingencias que podían derivarse de la supresión de los acuerdos alcanzados con los líderes de las fracciones de cabila para que no hostilizaran al ejército durante la ejecución de la maniobra. No podemos afirmar con rotundidad si dichas observaciones se cumplieron. El levantamiento de una harca, en efecto, se produjo, pero fue a raíz de que encallara el cañonero *General Concha* en el litoral que bañaba Bocoya, no en la playa de la Cebadilla, sino en la de Busicur, horas después de haberse suspendido la operación. Eduardo Quintana Martínez, director del *Diario de San Fernando* y corresponsal de guerra en África relataba el suceso como sigue:

El Concha navegaba en la oscuridad de la noche y bajo una densa niebla, en torno a las siete y cuarenta minutos del día 11 de junio de 1913 embarrancó en unos arrecifes de la playa de la Cebadilla, a unas cinco millas de distancia de la bahía de Alhucemas<sup>76</sup>.

73 DSS, 02-12/-1921, p. 2138. Declaraciones del general José Villalba Riquelme.

74 DSS, 02-12-1921, p. 2138.

75 Ibid., p. 2136.

76 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones S.A. 1928, p. 41.





El comandante general de Melilla informaba del hecho al Gobierno a las 11:25 h. En el telegrama señaló que el buque tenía dos vías de agua y que dada la gravedad había enviado ya a la zona al cañonero *Lauria*, apostado en Melilla para auxiliar a la tripulación del *General Concha*<sup>77</sup>. Por su parte, Emilio Barrera que se encontraba en el Peñón de Alhucemas, comunicaba a Jordana el día 12 a las 00:15 h. que habían llegado hasta el *Lauria* dos fogoneros supervivientes, relatando que apenas habían embarrancado llegaron «moros» en número considerable, comenzando a hacer fuego y matando al comandante y varios marineros<sup>78</sup>. Al día siguiente, Jordana ordenó al *Reina Regente* cañonear los aduare próximos a la costa, de manera que el castigo fuese lo más duro posible. Como consecuencia del fuego sostenido sobre los poblados de Bocoya, la respuesta rifeña no se hizo esperar, dando lugar durante la noche a la aparición de hogueras entre Cabo Quilates y Morro Viejo, lo cual significaba una llamada a los nativos para sumarse a la harca y hacer frente al ejército español. Jordana telegrafió a Luque y le mostró su temor por el impacto que, en su opinión, iba a tener en la relación con las cabilas, aquel levantamiento generalizado «perturbando extraordinariamente la marcha de la política en este territorio»<sup>79</sup>. De hecho, ya había manifestado esa misma preocupación a Luque tras la suspensión del desembarco, acrecentada ahora por los sucesos del cañonero varado y el castigo que, en forma de fuego, proyectaron los buques de guerra españoles desde el mar.

En efecto, la situación se complicó y se revistió de un tono de gravedad cuando el 13 de junio Jordana recibió una importante información en la que se le afirmaba que Sidi Tebba, jefe de la harca que acababa de levantarse, en unión con los jefes de las cabilas del Rif habían llamado a todos los que se encontraban en Argelia trabajando con objeto de luchar contra el ejército español<sup>80</sup>. A pesar de las escaramuzas constantes entre rifeños y soldados españoles, finalmente, en la zona oriental del Protectorado, no se alcanzó una situación similar a la campaña de 1911-1912 en torno al Kert, y la guerra no llegó a generalizarse. Sin embargo, el deterioro de las relaciones se hizo patente, y tal como había anunciado el comandante general de Melilla, los líderes de fracción que habían comprometido su palabra a cambio de prebendas económicas lamentaron que las autoridades españolas no tuvieran continuidad en sus planes, en sus decisiones, en su palabra...

A juicio de Abd el-Krim (padre) los españoles perdían tiempo y dinero. Criticaba la lentitud con la que operaba el ejército: «desde que tengo relación con vosotros siempre oigo decir lo mismo ¡hay que ir despacio!»<sup>81</sup>. Advertía el caíd de la fracción Ait Iusef u Ali de Axdir, cabila de Beni Urriaguel que si el ejército no ocupaba la bahía de Alhucemas los rifeños comprenderían que los españoles no tenían dinero suficiente para establecerse en el país «que es constantemente lo que están oyendo a los franceses»<sup>82</sup>. En ese caso, al perder la confianza en la capacidad de acción de los españoles, Abd el-Krim insinuaba que los rifeños se irían con Abd el-Malek, un personaje con gran predicamento en

77 AGMM, África, caja 167, carp. 8.

78 Ibid.

79 Ibid.

80 AGMM, África, caja 682, legajo 114, carp. 1.

81 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carp. 8

82 Ibid.

el Rif durante los años de la Primera Guerra Mundial. Era hijo, nieto o sobrino —los autores no se ponen de acuerdo— de Abd el-Kader, principal opositor a la ocupación francesa de Argelia a mediados del siglo XIX<sup>83</sup>. Y proponía, para evitarlo, y establecer el Majzén en el Rif «trabajar muy deprisa, pagar bien a quienes prestaran su ayuda y castigar duramente a quien se opusiera, haciendo valer siempre la fuerza del ejército español»<sup>84</sup>.

Jordana tenía claro y así lo había manifestado a las autoridades españolas en Madrid que, de no actuar con firmeza en Alhucemas, el partido afín en aquel rincón del norte de Marruecos se debilitaría, de manera que, los jefes rifeños temerían comprometerse por una causa en cuyo triunfo inmediato no tendrían fe. Tanto Jordana como sus colaboradores más cercanos, Aizpuru, Gómez-Jordana (hijo), Barrera o Ardanaz, manifestaron al Gobierno su opinión respecto al plan que había de seguirse en el protectorado oriental español «o actuar intensamente o dejar de actuar»<sup>85</sup>.

Abd el-Krim (padre) se dio cuenta pronto del gran error que a su juicio cometían repetidamente las autoridades españolas sobre la cuestión de Marruecos. Hemos visto como tras la suspensión del desembarco se dirigió a Jordana anunciándole la equivocación que había supuesto dicha decisión. Desde ese momento y hasta 1919, el caíd recriminó en varias ocasiones la actitud timorata de los gobiernos de España. Consideraba que se había hecho mucho, sí, y que se habían resuelto durante esos años varios problemas, pero tenía claro que, con el continuo cambio de dirigentes, políticos y militares, se perdían las influencias y todo lo que se había logrado, se malograba de nuevo. En su opinión, dicha forma de actuar era contraproducente para España, pues le hacía perder prestigio ante los naturales, los cuales pensaban que el ejército jamás lograría pacificar su zona.

En una carta que envió el 15 de agosto de 1919 a Manuel Aguirre, Abd el-Krim criticaba como se había organizado la administración de justicia y otros asuntos que, a priori, debían redundar en el bienestar del país. Juzgaba, igualmente la forma de gobernar la zona ocupada, de manera que ante cualquier avance —político o militar— los cabileños se defendían y presentaban batalla<sup>86</sup>. Denunciaba el elevado gasto de dinero, debido en su opinión, a la mala dirección en su manejo y el desconocimiento de las cuestiones en las que éste debía emplearse. Sentenciaba que «con el dinero gastado y bien dirigido se hubiera terminado en buenas condiciones la pacificación de la zona española»<sup>87</sup>.

A mediados de junio de 1913 el proyecto de ocupar Alhucemas se quedó, de nuevo, en papel mojado. Un año más tarde comenzó la Primera Guerra Mundial, y Jordana, a pesar de recibir la consigna por parte de los gobiernos de España de mantener una actitud pasiva en el Protectorado, no dejó pasar un solo año hasta su muerte, acaecida a finales de noviembre de 1918, donde no buscara pactos con los naturales del entorno de la bahía para desembarcar a las tropas españolas en aquellas playas, que consideraba clave para la pacificación del territorio oriental del Protectorado.

83 VV. AA: *El Protectorado español en Marruecos: La historia trascendida*. Bilbao, Iberdrola, 2013, p. 452.

84 AGMM, África, caja 1531, legajo 2, carp. 8.

85 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 8.

86 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 4.

87 Ibid.



## CONCLUSIONES

«Pacificar el Rif» fue la tarea que el Gobierno encomendó al general Francisco Gómez Jordana. La misión implicaba ocupar la bahía de Alhucemas, pues allí habitaba la cabila más numerosa e influyente de la región oriental del Protectorado. Se trataba del segundo intento de desembarcar en las playas de Alhucemas. La operación fue calificada de «concluyente» de cara a someter a los nativos y ejercer la «acción de Protectorado». El comandante general de Melilla pergeñó su estrategia teniendo en cuenta los errores que se habían cometido en 1911; pensó en el mes de junio para ejecutar la operación porque evitaba los vientos de Levante y, además, muchos cabileños se hallaban fuera de su territorio por ser ese mes tradicionalmente un período marcado por la migración temporal a Argelia con motivo de la siega. Preparó el terreno mediante pactos con los jefes más influyentes de la zona y penetrar sin que las tropas de desembarco fueran hostilizadas. Por último, puso mucho empeño en que nada relacionado con la operación trascendiera a la prensa para que los rifeños no se enterasen de los planes del Gobierno. Todo estaba preparado incluso los barcos dispuestos en los puertos señalados cuando sorprendentemente el Gobierno decidió suspender la operación.

Respecto a las razones de la suspensión debemos señalar que no contamos con certezas. Se apuntó la encalladura del cañonero *General Concha* en la playa de la Cebadilla como principal razón por parte de dos militares importantes destacados entonces en Marruecos: José Villalba Riquelme y Felipe Alfau. Sin embargo, sabemos por las fuentes de archivo que ese no fue el motivo ya que el buque de guerra varó el día 11 de junio a las 11:35 h. de la mañana, y recordemos que la operación de desembarco quedó suspendida el día 10 de junio. Se afirmó también que se debió a la falta de rehenes, en concreto familiares de los jefes que habían comprometido su palabra para no hostilizar a los soldados en su traslado desde los buques a las playas; pero sabemos que sí los hubo. El ministro de la Guerra, Agustín Luque, arguyó que se trataba de «cuestiones de Estado» relativas a la política interior y exterior (la misma motivación que se argumentó en 1911). Tampoco como se dijo el empuje de los nativos en la zona occidental tenía la suficiente entidad como para suspender la operación. Por tanto, nos queda plantear algunas hipótesis sobre los porqués de aquella decisión. En primer lugar, es muy posible que existiera en el Gobierno cierta desconfianza respecto a la capacidad del ejército de llevar a cabo una operación de esa envergadura. También se desconfiaba de la palabra que los jefes rifeños habían comprometido para facilitar un desembarco sin hostilidad. Una posible derrota, con la consiguiente crítica de la opinión pública al Gobierno, y el temor a que desde el exterior se juzgase a España incapaz de someter a los indígenas fueron las causas principales de la suspensión. Ocupar la bahía de Alhucemas fue la principal línea estratégica para someter a la cabila de Beni Urriaguel, pero las autoridades políticas no se atrevieron a ejecutarla. La siguiente ocasión en la que un Gobierno dio el visto bueno a la ejecución del proyecto fue doce años después, bajo el marco político de una dictadura. Que pasaran doce años entre 1913 y 1925 no significa que el proyecto de desembarcar no se planteara por parte de los militares destacados en Marruecos, pues la documentación de archivo demuestra que no hubo un solo año en el que la operación no se plantease. La ocupación de Alhucemas a través de una operación anfibia parecía la solución, sin embargo, tras el fin de la Gran Guerra se produjo un cambio de rumbo y de estrategia, y en 1921 el general Manuel Fernández Silvestre,



comandante general de Melilla, consideró que la vía más útil para alcanzar el objetivo de pacificar Beni Urriaguel no era por mar sino por tierra. La razón, como sabemos no le asistió y su plan político-militar de 1921 supuso la mayor derrota colonial española en Marruecos.



## CAPÍTULO VI

### POR TIERRA O POR MAR. DE SILVESTRE A PIZARRA (1920-1922)

La suspensión de hostilidades en la Primera Guerra Mundial que coincidió con la muerte repentina del alto comisario, general Francisco Gómez Jordana —11 y 18 de noviembre de 1918 respectivamente— contribuyó a que se produjera un giro en la política del Gobierno español respecto al Protectorado de Marruecos. Los diferentes gabinetes que se sucedieron hasta producirse el desmoronamiento de la Comandancia General de Melilla en julio de 1921 (García Prieto, Romanones, Maura, Sánchez de Toca, Allendesalazar, Dato y de nuevo Allendesalazar) confiaron en Dámaso Berenguer, nuevo alto comisario, para llevar a cabo la tarea de sometimiento, pacificación y penetración en Marruecos. El 2 de febrero de 1919 desembarcaba en Ceuta Berenguer. A su llegada comentó: «lo de Marruecos lo hemos de arreglar en ocho meses o cuando más un año»<sup>1</sup>.

El nuevo alto comisario dirigió su atención al interior de la región de Yebala, en la zona occidental de Marruecos, con objeto de someter a El Raisuni<sup>2</sup>. El jerife de Tazarut (Individuo de la dinastía reinante en Marruecos. Descendiente de Mahoma por su hija Fátima, esposa de Ali), durante los años de la Gran Guerra, había gozado de la benevolencia de la política de los gobiernos de España. Subyugado el jefe yebalí, el ejército colonial español avanzaría por Occidente, rebasando Yebala y Gomara para penetrar en el territorio de Bocoya y caer finalmente sobre Alhucemas. Mientras tanto, en el sector oriental, el comandante general Luis Aizpuru debía trabajar la política de atracción de xej (jefes de poblado o fracción de cabila) para allanar el camino y evitar la hostilidad de los nativos ante el avance de las columnas en dirección a Beni Urriaguel<sup>3</sup>. Sin embargo, la estrategia de Beren-

- 
- 1 Julio Albi de la Cuesta posee un ejemplar de la obra de BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, 1923, el cual sostiene que está plagado de anotaciones y que estas, conforme a su opinión y la del capitán Agustín Pacheco, del Archivo General Militar de Madrid, corresponden a las opiniones del general Monasterio que servía en la caballería de regulares. Lo denomina *El anotador*. p. 37. La obra de Julio Albi donde recoge este detalle: ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, p. 150.
  - 2 El personaje ha sido objeto de varios trabajos. Podemos destacar los siguientes: FORBES, Rosita: *El Raisuni, sultán de las montañas*. Córdoba, 2010. ORTEGA, Manuel: *El Raisuni, España en Marruecos*. Madrid, Tipografía moderna, 1917. GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Del Marruecos feudal. Episodios de la vida del Raisuni*. Madrid, Compañía Íbero-Americana de Publicaciones, 1930. BERMUDO ROMANO, Eliseo: *El Raisuni. Caudillo de Yebala*. Madrid, Gráfica Literaria Francisco G. Vicente, 1944. TESSAINER Y TOMASICH, Carlos Federico: *El Raisuni*. Málaga, Algazara, 1998.
  - 3 Para las operaciones en la zona occidental véase: VV. AA: *Campañas de Marruecos*, Madrid, 1981, Vol. III, pp. 193-223.



guer —operar militarmente en Occidente, acción política en Oriente— no se cumplió. Todo cambió cuando en julio de 1919 se nombró al general Manuel Fernández Silvestre nuevo comandante general de Ceuta. Amigos y con una trayectoria casi paralela, Berenguer y Silvestre contaban con una gran reputación en el seno de la milicia y ante la opinión pública. Desde la llegada de Silvestre a Ceuta, Berenguer se sintió incomodo, viendo como su estrategia era cuestionada porque, en realidad, ese era el territorio de acción de la máxima autoridad militar del sector occidental del Protectorado. La ambigüedad respecto a la interpretación de las competencias entre el alto comisario con residencia en Tetuán y el comandante general en Ceuta propició un ambiente enrarecido que se solucionó con la aprobación por parte del Gobierno de la solicitud del traslado de Silvestre a Melilla, que Berenguer elevó al ministro de la Guerra. En principio, el alto comisario había solucionado el problema, pero su planteamiento, tal y como lo había concebido fallaba en una de las partes.

En la zona oriental, Manuel Fernández Silvestre no estaba dispuesto a ser un segundón, y si entonces había llegado el momento de resolver definitivamente el «problema de Marruecos» él quería ser el primero en llegar a Alhucemas y pasar a la historia como el general que sometió a los «irreductibles» beniurriagueles. En la mente de ambos estaba la ocupación de la bahía de Alhucemas y su entorno, para lo cual, conforme a la opinión de los dos, no era necesaria una operación anfibia; la ocupación debía realizarse por tierra, atravesando el territorio ignoto y presumiblemente hostil de las cabilas de Beni Said y Tensamán hasta llegar a las puertas del río Nekor, frontera natural de Beni Urriaguel. Una vez allí lanzar el golpe definitivo al corazón de la rebelión. De este modo, con gran independencia de actuación, el comandante general de Melilla sometió a su ejército a un avance poco prudente, y sin el apoyo de su Estado Mayor, con la mente puesta en alcanzar el primero el objetivo de la bahía de Alhucemas. Aquel proyecto terminó con un estrepitoso fracaso y la mayor tragedia en vidas del colonialismo español en Marruecos.

El desastre de Annual del verano de 1921, derivó en una crítica situación que el rey trató de paliar confiando de nuevo en Antonio Maura. El viejo político conservador organizó un Gobierno de concentración nacional el 13 de agosto de 1921, el cual fue recibido como un soplo de aire fresco por la opinión pública, inmersa en un estado de conmoción por las trágicas noticias que llegaban desde Marruecos<sup>4</sup>. Entre agosto y octubre, período en el que las Cortes se mantuvieron cerradas, la acción de Gobierno se centró en operaciones militares de castigo, contando para ello con el apoyo de los principales representantes parlamentarios: Romanones, García Prieto, Santiago Alba o Lerroux entre otros. En febrero de 1922, Maura convocó a una reunión a las principales autoridades militares, además de los ministros de la Guerra, Juan de la Cierva Peñafiel; de Marina, el Marqués de Cortina y de Estado, Manuel González Hontoria, en el pueblo malagueño de Pizarra para analizar la posibilidad de desembarcar en Alhucemas y acabar de una vez con la «rebeldía» en el Rif. Las desavenencias que surgieron dentro del propio gabinete respecto a la operación sobre Alhucemas provocaron una grave crisis que determinó, en última instancia, la caída del Gobierno y con ella la posibilidad de invadir por mar el territorio de Beni Urriaguel<sup>5</sup>.

4 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*. Barcelona, Erasmus Ediciones, 2014, p. 293.

5 Ibid., p. 321.



En este capítulo veremos cómo Berenguer dio el visto bueno al proyecto político-militar que le presentó el comandante general de Melilla para llegar por tierra hasta Alhucemas, y lo hizo, entre otras razones, porque lo consideró viable, a pesar de que inicialmente la estrategia era alcanzar Beni Urriaguel desde el Yebala y no desde la zona oriental, como ya se ha visto. Analizaremos el temerario avance del general Silvestre en la cabila de Tensamán, fundamento principal del desastre de Annual, así como las consecuencias que se derivaron de aquella estrategia exenta de reflexión y de una concienzuda preparación como exige una operación militar ambiciosa. Se estudiarán los detalles de la Conferencia de Pizarra, donde se propuso por parte del presidente del Consejo de Ministros desembarcar en Alhucemas, asumiendo de este modo la idea que los militares durante tantos años habían defendido.

#### A. BERENGUER Y SILVESTRE: AMIGOS Y GENERALES EN ÁFRICA

El 1 de febrero de 1920 el general José Villalba Riquelme, ministro de la Guerra, refrendaba el nombramiento de Manuel Fernández Silvestre como nuevo comandante general de Melilla<sup>6</sup>. En ese momento llevaba seis meses en África al frente de la Comandancia General de Ceuta, ya que había sido propuesto para dicha plaza el 23 de julio de 1919<sup>7</sup>. Dicha designación implicaba el cese del veterano general Luis Aizpuru Mondéjar, el cual dirigía la Comandancia desde el 13 de julio de 1915, mostrándose en dicho cargo continuador de la obra iniciada en 1913 por el general Gómez Jordana<sup>8</sup>. Aizpuru, nacido en El Ferrol en el año 1857, mantuvo siempre la idea, junto con Jordana, de que alcanzar la bahía de Alhucemas era necesario para someter, bien por la persuasión, ya por la fuerza, a la «rebelde» cabila de los Beni Urriaguel y en particular a las fracciones de la montaña, más reacias a la intromisión extranjera. Ambos consideraban que ocupar posiciones en la costa tan solo se lograría mediante una operación anfibia; un avance frontal sobre Alhucemas, penetrando a través del territorio de la cabila de Tensamán nunca fue contemplado como una estrategia plausible<sup>9</sup>. Y esa fue precisamente la idea que concibió Manuel Fernández Silvestre. Un plan político-militar (más militar que político) destinado a alcanzar Alhucemas. Un programa contenido en diez folios que Silvestre remitió al alto comisario a principios del mes de marzo de 1921<sup>10</sup>. En la carta de presentación consideraba vital la misión para rendir a los cabileños e implantar definitivamente el Protectorado. Reconocía la existencia de un profundo desconocimiento del terreno en sus detalles y lo justificaba con una sencilla razón: nadie había entrado en el territorio de Tensamán hasta entonces. Sin embargo, esa circunstancia no le asustaba y no la juzgó un impedimento para penetrar con las tropas. Estaba en juego el honor del ejército y el prestigio del mando. Salvar dicho decoro era una tarea que «tan solo

6 BOE, Gaceta de Madrid, núm. 32. 01 de febrero de 1920, p. 374.

7 Ibid., RD. de 23 de julio de 1923.

8 Archivo Histórico Militar de Segovia (en citas sucesivas AHMS) / Célebres / Caja 2 / Exp. 7 / Carpeta 1.

9 Véase el capítulo V de la tesis: «Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913».

10 AGMM, África, caja 1525. Otra copia del plan se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (en citas sucesivas AHN), TS, 51, N 2, a partir del fol. 402.

algunos pocos seleccionados podían llevar a cabo; uno de ellos era precisamente él»<sup>11</sup>. Así justificaba el general Villalba el nombramiento de Silvestre:

Su popularidad era extraordinaria; era una figura militar de las más prestigiosas en asuntos de África, bravo, gentil. Hasta julio de 1921, fecha en la que se produjo la catástrofe, había realizado una obra verdaderamente admirable de invasión, habiendo llegado muy cerca de Alhucemas y ocupado más de 450 kilómetros cuadrados<sup>12</sup>.

Resulta creíble la idea de que fuera el propio Berenguer quien propusiera al general Villalba, entonces ministro de la Guerra, el nombramiento de Silvestre como comandante general de Melilla. Es muy probable —ya lo hemos adelantado en la introducción del capítulo— que el principal motivo fuese apartar a Silvestre de su zona de influencia para desarrollar su plan con el objeto de someter a El Raisuni. La zona oriental del Protectorado ocupaba en aquel momento para el alto comisario un lugar secundario. Primero someter las regiones de Yebala y Gomara, y posteriormente afrontar la problemática rifeña en la zona oriental. En sus memorias, el general Berenguer recoge que fue el ministro Villalba quien le propuso el nombramiento de Silvestre y él contestó que se trataba de «un mando de mayores responsabilidades y de independencia más compatible con una destacada personalidad»<sup>13</sup>. Paralelamente reconocía que se trataba de un general con más antigüedad que él, y que, por tanto, servía a sus órdenes «accidentalmente»<sup>14</sup>. Igualmente, señaló que no tuvo conocimiento alguno de la elección de Silvestre hasta que no lo vio publicado en la prensa —nos referimos al nombramiento al frente de la Comandancia General de Ceuta—. Desde luego, resulta difícil de creer, pues siendo la máxima autoridad del Estado español en Marruecos, se puede entender que debiera estar informado de cualquier circunstancia que afectase al Protectorado. Aunque, por otra parte, debemos considerar que el Gobierno se encontraba en una situación de desorientación respecto a la cuestión de Marruecos, siempre dubitativo; y muestra de ello fue que el nombramiento de Berenguer coincidió con la supresión del cargo asociado al alto comisario como general en jefe del ejército de África<sup>15</sup>. Por esa razón, Berenguer cuando llegó a Marruecos observó como en las Comandancias Generales de Ceuta, Larache y Melilla la autoridad militar no le consideraba su superior en cuestiones militares.

A priori, nos puede resultar increíble, pero esa era la verdadera situación que se vivía en el Protectorado<sup>16</sup>. Con aquella decisión el Gobierno limitaba las competencias del alto comisario, descargándole de las tareas militares para centrarse más en funciones político-administrativas. ¿Qué supuso esto? Dos cuestiones importantes: una excesiva delegación en los mandos militares, es decir en los comandantes generales de las tres comandancias, principalmente en las dos últimas ya que la residencia del alto comisario estaba ubicada en Tetuán, capital del Protectorado, y, por tanto, próxi-

11 DSS, 02/12/1921. Declaraciones del general Villalba en el Senado.

12 Ibid.

13 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Madrid, Sucesores de R. Velasco, 1923, pp. 37-38.

14 Ibid., 38.

15 Gaceta de Madrid, RD. 12/12/1918.

16 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit., p. 153.



ma a Ceuta; y la segunda cuestión, prescindir del jefe del gabinete militar, integrado por reputados militares, algunos de ellos de Estado Mayor.

Esas medidas tuvieron un efecto directo en el caso de la Comandancia General de Melilla, ya que permitió actuar a Fernández Silvestre con mayor independencia. Francisco Gómez-Jordana Sousa, jefe del gabinete militar de Berenguer, anota en sus memorias que el general Silvestre aplaudió la medida, pues consideraba al jefe del gabinete militar «un freno a sus desmanes y errores de ejecución» y agregó que actuaba a su libre albedrío<sup>17</sup>.

Aparte de las disfunciones generadas por una mala definición sobre las competencias entre instituciones militares del Protectorado, aumentó la confusión la intromisión del rey en los asuntos de Marruecos. Así, por ejemplo, Carolyn Boyd sostiene que «las injerencias regias restaron mucha capacidad de mando»<sup>18</sup>. No resulta difícil de creer conociendo el interés del monarca por los temas castrenses; ya hemos visto en el capítulo IV como seguía con detenimiento la marcha de los preparativos que dirigió el general Luque con objeto de desembarcar en Alhucemas en octubre de 1911. Otro dato en este sentido lo aporta Natalio Rivas, político liberal y ministro de Instrucción Pública en 1920 en el Gobierno de Allendesalazar, el cual recoge en sus *Diarios* una declaración del general Weyler sobre el rey, al que considera tras el desastre de Annual, el principal responsable de lo que ocurría, no solo en Marruecos sino en el país<sup>19</sup>. «Nadie ignoraba —sentencia la historiadora María Gajate— los estrechos lazos entre el fallecido Comandante General de Melilla y Alfonso XIII»<sup>20</sup>. En este sentido, debemos tener presente que, desde el 23 de julio de 1910, cuando fue nombrado gentilhomme de Cámara, Silvestre y el rey se veían con bastante frecuencia, convirtiéndose a partir de entonces y cada vez más con el paso de los años, en una persona de gran confianza para Alfonso XIII. Por otro lado, y en honor a la verdad, hemos de decir que no hay nada demostrado hoy día acerca de este particular.

*El anotador* (general Monasterio) señala con respecto al nombramiento de Silvestre: «esto debió ser cosa del rey»<sup>21</sup>. Y continúa: «nunca debió ponerse a Silvestre a sus órdenes (a las de Berenguer), y él no debió tolerarlo». A continuación, apunta que existía «la tendencia de los comandantes generales a la independencia, al individualismo y ambición personal —y remacha—: ¿cómo iban a creerse menos que Berenguer?»<sup>22</sup>. Francisco Gómez-Jordana Sousa alega que el Gobierno incurrió en un grave desacierto al nombrar a Silvestre para el cargo de comandante general de Melilla<sup>23</sup>. En este mismo sentido valora la medida política Tomás García Figueras, quien sentencia que aquella decisión gubernamental fue «una profunda equivocación»<sup>24</sup>. Pablo La Porte avala la teoría de Gómez-Jordana,

17 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, Editorial Nacional, 1976, p. 39.

18 BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 36.

19 RIVAS SANTIAGO, Natalio: *Diarios*. Fondo Natalio Rivas, Real Academia de la Historia, 1921.

20 GAJATE BAJO, María: «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)». *RUHM* 3 / Vol. 2 / 2013, p. 116.

21 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, *Op.Cit.*, p. 171.

22 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, *Op. Cit.* p. 153.

23 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, *Op. Cit.* p. 40.

24 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos: La acción de España en el norte de África*. Madrid, Ediciones Fe, 1949, p. 167.

señalando en su tesis doctoral que en el mes de enero de 1920 el alto comisario fue consultado por el Gobierno sobre la posibilidad de nombrar a Silvestre comandante general de Melilla, respondiendo aquel alabando la figura de este<sup>25</sup>.

#### A.1. Un problema de competencias y una solución a medias

Sobrevino, por tanto, un grave problema en la organización del mando. A la supresión de competencias al alto comisario como general en jefe del ejército de África vino a sumarse el nombramiento de Silvestre como comandante general de Ceuta y cinco meses más tarde, comandante general de Melilla. Berenguer consciente de la situación advirtió al Gobierno sobre la necesidad de concentrar en la persona del alto comisario la capacidad de tomar las decisiones en materia militar. ¿Qué es lo que consiguió? La respuesta fue favorable, aunque no abordó el problema en su totalidad. La primera medida fue otorgar al alto comisario la iniciativa en las operaciones, además de concentrar la autoridad para aprobar la estrategia diseñada por los Estados Mayores de las Comandancias. Por su parte, a los comandantes generales les correspondía la ejecución y dirección sobre el terreno<sup>26</sup>. El mismo Real Decreto disponía que quedase bajo la autoridad del alto comisario todo lo correspondiente a las oficinas y fuerzas indígenas, con lo cual lejos de ayudar a solucionar el problema lo agravó porque obligaba al jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas de la Comandancia de Melilla a mantener una línea de comunicación permanente con el alto comisario para que éste, posteriormente informase al comandante general sobre los detalles que la Policía Indígena había hecho llegar a la Oficina Central. Estas disposiciones, por tanto, no resolvieron nada.

El ministro de la Guerra, Luis de Marichalar y Monreal, Vizconde de Eza, profano en asuntos militares, visitó Melilla a los pocos meses de producirse su nombramiento en la primavera de 1920. Sobre el terreno percibió dicha disfunción. La impresión que obtuvo se la transmitió a su compañero de gabinete, Salvador Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, entonces ministro de Estado, mediante una nota en la que le explicaba sus impresiones:

El alto comisario carece de algo difícil de definir, pero palpable en realidad [...] Berenguer no se atreve por delicadezas muy laudables, pero que perjudican al mando, a tomar iniciativas terminantes por sí mismo, y a usar de su autoridad cerca de los comandantes generales. Éstos, a su vez, acatando al alto comisario, creen tener alguna facultad iniciadora —y concluía— De todo esto resulta algo de imprecisión en las atribuciones de unos y otros<sup>27</sup>.

Seguramente, preocupado por la imprecisión en las atribuciones que les correspondían tanto al alto comisario como a los comandantes generales, Eza decidió concentrar finalmente el poder en la figura del general Berenguer, el cual a partir del 1 de septiembre de 1920 pasó a reunir en su persona la unidad de mando absoluta «tanto para la dirección de las operaciones como para vigilar la admi-

25 LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España. 1921-1923*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 1997, p. 133. Se ha publicado: Biblioteca Nueva, 2001.

26 Gaceta de Madrid, RD. 24-08-1919.

27 EZA, vizconde de: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra*. Madrid, Gráficas Unidas, 1923, pp. 141-144.





nistración y régimen interior de las tropas y servicios»<sup>28</sup>. Se le otorgaba, de ese modo, el mando en jefe. No significó un cambio sustancial en la definición de las funciones. Además, Silvestre era más antiguo como general de división que Berenguer; es decir, el subordinado estaba un número por encima en el escalafón. Un error más, pues, como anotaba Berenguer en sus memorias, citando a Álvaro de Navía-Osorio, tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, en sus *Reflexiones Militares*, «no conviene destacar juntos a oficiales del mismo grado [...] porque de igual a igual se obedece con más repugnancia»<sup>29</sup>.

### A.2. Manuel Fernández Silvestre. El huracán del Exterminio

El cambio de comandante en Melilla, a todas luces, demostraba que el planteamiento inicial de Berenguer basado en implementar medidas conducentes a intensificar la labor política de atracción de jefes de cabila y/o de fracción no se iba a consumir, porque Silvestre era un hombre de guerra y para la guerra, y su carácter no contemplaba la inacción armada. El nuevo comandante de Melilla contaba con dieciséis meses de experiencia en el territorio sujeto a la Comandancia en vísperas del desastre. Es un dato interesante porque nos permite comparar lo que se había realizado hasta entonces y lo que se hizo desde febrero de 1920. Hasta su nombramiento apenas se había rebasado el río Kert, que parecía ser la frontera natural entre el territorio bajo protección española y aquel considerado insumiso. Lo cual lleva a plantearnos una reflexión: o los comandantes anteriores eran pusilánimes y Silvestre un bravo y valiente militar o, los mandos anteriores eran prudentes y partidarios de asegurar la fidelidad de los cabileños antes de lanzar a las tropas hacia delante de manera alocada, y el general Silvestre un insensato. A tenor de los hechos ocurridos parecería que la interpretación no merece dudas; sin embargo, el análisis no es tan sencillo y posee matices.

En primer lugar, cabe atribuir a Silvestre un desconocimiento total del territorio de la Comandancia General de Melilla. Si en el Gobierno conocían su carácter impulsivo y netamente guerrero ¿por qué le nombraron para el puesto? Silvestre no defraudó y fue previsible. Lanzó a su ejército a la conquista del noreste de Marruecos. No le importó desconocer el terreno, ni tampoco transgredir la principal línea de actuación que en el Protectorado oriental se venía desarrollando: llevar a cabo una intensa labor política que posibilitara el avance de las columnas sin ser hostilizadas. Además, prescindió de las sugerencias de su Estado Mayor, donde había expertos conocedores del territorio y de la idiosincrasia de los nativos del Rif. Incluso subestimó la capacidad de respuesta de los rifeños, cuestionando, además, la labor que había desempeñado desde 1913 el general Francisco Gómez Jordana, cuyos métodos continuó, como ya hemos apuntado, su sucesor, el general Luis Aizpuru. Silvestre, con sus métodos y su idea respecto al Protectorado lo convirtió en un icono de la línea más dura del africanismo militar español<sup>30</sup>.

28 BOE, Gaceta de Madrid, 1 de septiembre de 1920.

29 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922...*, Op. Cit. pp. 7-8. Un trabajo sobre el Marqués de Santa Cruz en FERNÁNDEZ GARCÍA, Pelayo: *Las Reflexiones militares del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras naturales*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2014.

30 Véase la reciente obra de MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019.

Pero ¿y el alto comisario?... Berenguer sí que conocía la zona oriental del Protectorado ¿por qué no alertó a Silvestre de que su optimismo era exagerado? Él era un hombre considerado «culto, muy agudo, discreto y realista»<sup>31</sup>. Albi de la Cuesta lo describe como un militar reflexivo y meticulado, aunque carente de imaginación<sup>32</sup>. Ayache expone que se trataba de una persona de «optimismo audaz, pero reflexivo»<sup>33</sup>. En general, nadie le negaba inteligencia a Berenguer. Payne lo califica «más prudente, observador y cerebral de lo que era lo normal entre los militares españoles», y añade que «estaba considerado como un militar modelo»<sup>34</sup>. Hablaba inglés, francés y árabe perfectamente, «Berenguer era un militar sobradamente preparado y adaptado a las circunstancias que requería la guerra colonial»<sup>35</sup>. Lyautey, el residente francés, dijo de él: «sería totalmente injusto no reconocer que procede con un método, con un sentido de la política indígena, con una autoridad que le hace el más grande honor»<sup>36</sup>. Un hombre, por tanto, como observó Indalecio Prieto tras conocerle en Melilla, «ponderado, ecuaníme y reflexivo»<sup>37</sup>.

Sobre Manuel Fernández Silvestre, hasta amigos personales y defensores admitían que «no se destacaba ciertamente como poseedor de un cerebro genial» y que «era un guerrero poco intelectual [...] No sabía sino de la guerra»<sup>38</sup>. En la misma dirección se pronunció Martínez Campos en el Congreso, presentándolo como:

El prototipo del general militar [...], no intelectual. Era demasiado militar [...] el huracán del exterminio y nuestra obra de Protectorado no podía confundirse sin peligro nacional con la misión de exterminar [...] Conociéndole, no debió enviársele a ejercer autoridad en Marruecos, donde no es provocar la guerra, sino imponer la paz lo que nos está encomendado <sup>39</sup>.

El comandante general era el prototipo del africanista partidario de implementar la guerra, formaba parte del grupo de militares imbuidos de una cosmovisión con un marcado carácter belicista y superioridad respecto a los nativos; partidario de colonizar el norte de Marruecos por la vía violenta sin perder el tiempo en estrategias y negociaciones<sup>40</sup>. Durante tres años cursó en Melilla estudios de lengua árabe donde recibió la calificación de «muy bueno», la más alta de los catorce alumnos<sup>41</sup>. Su profesor entonces, paradoja del destino, fue Mohammed Abd el-Krim, quien acabaría en 1921 con su sueño de alcanzar Alhucemas<sup>42</sup>. Hernández Mir, por un lado, y Maura y Fernández Almagro, por

31 BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana durante el reinado de Alfonso XIII...*, Op. Cit., p. 34.

32 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*. Op. Cit., p. 159.

33 AYACHE, Germain: *Les origines de la Guerre du Rif*, París, 1981. *La Guerre du Rif*. París, 1996, p. 277.

34 PAYNE, Stanley G: Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968, p. 133. Una biografía de Berenguer en: ALFARACHE, Juan de: *Berenguer*. Madrid, Purcalla, 1949.

35 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, Op. Cit., p. 150.

36 LYAUTEY, Pierre (ed.): *Lyautey l'Africain*, Vol. IV, textes et lettres du Marechal Lyautey. París, 1957.

37 PRIETO, Indalecio: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*. Málaga-Melilla, Algazara, 2001, p. 16.

38 GÓMEZ HIDALGO, Francisco: *La tragedia prevista*, Madrid, Editorial Juan Pueyo, 1921, p. 156.

39 Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados (en citas sucesivas DSC), nº 78, legislatura 1921-1922, 21-10-1921.

40 Una magnífica descripción del imaginario africanista en: MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019.

41 Una reciente biografía sobre Silvestre en: SERRANO VÉLEZ, Manuel: *Silvestre o el sueño de un Imperio*, Madrid, Almuzara, 2018.

42 PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Madrid..., Op. Cit. p. 51.



otro coinciden en describir a Silvestre como un «guerrillero»<sup>43</sup>, mientras que Seco Serrano alude a su costumbre de llamar, irónicamente, «estorbo mayor» al Estado Mayor<sup>44</sup>.

Mucho se ha escrito respecto a la relación entre Berenguer y Silvestre, siendo actualmente la obra de Albi de la Cuesta la que de forma más exhaustiva analiza dicha relación<sup>45</sup>. Este autor sostiene que no se debe caer en simplificaciones, pues «ni Silvestre era un insensato ni Berenguer un tímido avasallado por él. Ni el primero hacía lo que le venía en gana ni el segundo lo dominaba con puño férreo»<sup>46</sup>. En opinión del Conde de Romanones ambos mostraban temperamentos antagónicos y visiones muy distintas<sup>47</sup>.

Muy pronto el nuevo comandante general comenzó a avanzar con su ejército aprovechando la poca resistencia que ofrecían los cabileños, principalmente por la crisis de subsistencias provocada por las malas cosechas de los años 1920 y 1921. Mientras tanto, Berenguer seguía inmerso en su plan de acabar con El Raisuni en la zona occidental. Ambos generales parecían haber iniciado la gran ofensiva definitiva de ocupación y conquista de todo el territorio del Protectorado español. Culminar su obra magna suponía, para el alto comisario, que en la zona oriental el estado de cosas estuviera tranquilo y así no tener que distraer su atención del objetivo prioritario para él. Y, en efecto, Silvestre avanzaba a buen ritmo, tanto es así que el 15 de mayo de 1920 se plantó con sus tropas en Dar Drius, en territorio de Beni Ulichek<sup>48</sup>. Desde este punto, donde estableció una importante posición proyectó una ofensiva simultánea en dos frentes mediante una acción envolvente contra la cabila de Beni Said, la cual desde 1911, en el contexto de la campaña del Kert, había conseguido gracias a sus combatientes y al amparo del Monte Mauro paralizar, durante nueve años, el avance del ejército español. Desde Dar Drius prosiguió con su avance, ocupando en el mes de junio Abbadda y Chaif, importantes puntos estratégicos en el camino hacia el territorio de Tafersit<sup>49</sup>.

Durante el mes de julio el ministro de la Guerra realizó una visita a la Comandancia General de Melilla, recorriendo el territorio ocupado; Silvestre le fue explicando los objetivos de los avances y la «buena impresión política que el servicio de información reflejaba», lo cual no era verdad; entonces cabe preguntarnos ¿mintió el comandante general o los servicios de inteligencia fallaron? El Vizconde de Eza, considerado a sí mismo mero administrador del ejército, era, en opinión de Albi, una persona bienintencionada, trabajadora, de gran fortuna y con muchas inquietudes intelectuales; sin embargo, carecía de conocimientos sobre la guerra y desconocía lo más elemental del ejército<sup>50</sup>.

43 HERNÁNDEZ MIR, Francisco, *Del desastre al fracaso: un mando funesto*. Madrid, Editorial Juan Pueyo, 1922, p. 17. MAURA GAMAZO, Gabriel y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*. Madrid, Ambos Mundos, 1948, p. 92.

44 SECO SERRANO, Carlos: *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. Madrid, Rialp, 1979, p. 138.

45 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, *Op. Cit.* pp. 149-175.

46 *Ibid.*, p. 156.

47 ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida (1912-1931)*, Madrid, Espasa Calpe, 1947, p. 146.

48 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, *Op. Cit.* p. 1.

49 *Ibid.*, p. 3.

50 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, *Op. Cit.*, p. 134.

Sobre la tragedia de aquel verano de 1921 escribió un libro donde recoge todas sus impresiones y donde se exime de la responsabilidad, justificando su actuación<sup>51</sup>.

## B. EL PLAN POLÍTICO-MILITAR PARA ALCANZAR ALHUCEMAS

La progresión sobre el territorio de la Comandancia de Melilla parecía imparable. En el mes de agosto de 1920 las tropas españolas vencieron la escasa resistencia que oponían los cabileños de Tafersit, ocupando la estratégica posición de Azib el Midar<sup>52</sup>. Una vez resuelta la resistencia de los Beni Said, todo quedaba reducido al «problema central de Marruecos: la ocupación de Alhucemas»<sup>53</sup>. El rápido avance de las tropas dirigidas por el general Silvestre debió sorprender incluso a los rifeños de Beni Urriaguel. Fue entonces cuando sobrevino la muerte de Mohammed Abd el-Krim (padre), circunstancia que impulsó a su hijo mayor, también llamado Mohammed Abd el-Krim, a liderar la harca que trataba de frenar la progresión del ejército español. A pesar de la enérgica embestida, en noviembre de 1920, Silvestre consideró no intensificar la acción en la zona de Melilla<sup>54</sup>.

Verdaderamente, el avance había sido meteórico, pero precisamente por ello los flancos habían quedado prácticamente descubiertos. En un telegrama dirigido al ministro de Estado, el alto comisario consideraba un desvarío pensar en una acción militar sobre Alhucemas sin que previamente se neutralizase a las cabilas de Beni Said, Beni Tuzin, Beni Ulichek y Tensamán<sup>55</sup>. Aunque, paradójicamente no impidió que le diera finalmente el visto bueno a Silvestre para que continuase con la progresión. Y así, el día 5 de diciembre, las columnas de Silvestre ocuparon Ben Tieb en el corazón de Beni Ulichek, Dar Quebdani el 10 de diciembre, y el Zoco el Arbaa de la misma cabila. El día 8 las tropas penetraron en Tungutz, recibiendo la sumisión del *xeij*, Kadur Naamar. El 11 de diciembre las tropas alcanzaban las cumbres del Monte Mauro. Para festejarlo se celebró una fiesta en Yarf el Baax a la cual concurrieron —según informa Berenguer— todos los *xeij* de Beni Said. Aquella demostración de júbilo no fue sino —según el diputado Martínez Campos— «una manifestación desmedida de lo que había sido en realidad, un paseo militar»<sup>56</sup>. En menos de un año el general Fernández Silvestre había doblado el territorio alcanzado en los once años anteriores. Pero aquel avance por un territorio hostil en absoluto suponía su ocupación y mucho menos sometimiento. La sumisión, en efecto, no era el resultado de derrotas militares, sino más bien producto de malas cosechas que obligaron en aquellos meses a muchos cabileños, principalmente de Beni Said y Beni Ulichek, a emigrar a Argelia para trabajar como temporeros en el campo<sup>57</sup>. Esa circunstancia debilitó de forma clara a las cabilas, que no pudieron ofrecer resistencia ante el avance del comandante general y sus tropas.

51 EZA, vizconde de: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra...*, *Op. Cit.*

52 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 456.

53 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos: la acción de España en el norte de África...*, *Op. Cit.* p. 175.

54 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, *Op. Cit.* p. 175.

55 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, *Op.Cit.*, pp. 43-45.

56 DSC, 21-10-1921.

57 SENTER WOOLMAN, David: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos, 1971, p. 101.



El año 1921 comenzaba como había finalizado el anterior, con las tropas españolas avanzando con la vista puesta en Alhucemas, bajo las órdenes de Silvestre. La posición de Annual, por ejemplo, se ocupaba el día 15 de enero. El general Silvestre informaba por telegrama al alto comisario de que la posición había sido tomada sin incidentes y sin bajas; y advertía que una de las limitaciones del lugar era que para llegar a ella habían tenido que atravesar un camino que se reducía casi a una senda, en medio de un terreno abrupto. A pesar de las dificultades que entrañaba el campamento, el comandante general lo consideraba estratégico, ya que se trataba de «el trayecto más natural y conveniente para la futura actuación sobre Tensamán y penetración de Alhucemas»<sup>58</sup>. Berenguer felicitaba a Silvestre y le reconocía que era una de sus más brillantes etapas militares<sup>59</sup>. Y continuaba «no se puede hacer más ni mejor de lo que lo has hecho. Puedes estar satisfecho»<sup>60</sup>. De este modo, Berenguer, sostiene en sus memorias que «quedaba totalmente ocupada la cabila de Beni Ulichek»<sup>61</sup>, además se justifica argumentando que el coronel Gabriel Morales, jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas, comunicaba a Silvestre sus impresiones respecto a la situación política de la zona: «no puede ser más satisfactoria la situación del momento en Tensamán, en la que la parte militar, no puede, por falta de medios, ir tan deprisa como quisiera la atención política»<sup>62</sup>. El avance de Silvestre en el territorio oriental del Protectorado significaba también el éxito del Gobierno en el nombramiento del general de Caballería. Las cosas marchaban bien; nadie en aquel gabinete imaginaba entonces en la posibilidad de sufrir un revés en la Comandancia General de Melilla. La creencia general era que en cuestión de meses todo el territorio estaría bajo dominio español en nombre del Majzén. Los diarios militares informaban del rápido avance del ejército bajo las órdenes del general Silvestre<sup>63</sup>. Incluso en el mesurado discurso del rey con motivo de la apertura de las Cortes se aludía a los «magnos progresos alcanzados en Marruecos» y a las «halagadoras perspectivas que se abrían en el Protectorado», debido al acierto del mando en cuya opinión —finalizaba el monarca— «nos acercamos rápidamente al término de los sacrificios»<sup>64</sup>. «El vellocino de oro» parecía estar al alcance de las manos. Así calificó Alhucemas el alto comisario<sup>65</sup>. En enero de 1921 Silvestre se mostraba eufórico y escribía a Berenguer: «La situación no puede ser más satisfactoria»; tan solo «es necesario construir con urgencia un camino para automóviles que una Annual y Ben Tieb, ya que es el camino de penetración para ir a Alhucemas», «y bien sabes —continuaba Silvestre— que en la guerra las comunicaciones tienen una importancia excepcional»<sup>66</sup>.

58 AGMM, África, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carp. 3.

59 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 327.

60 Ibid. y también existe registro del telegrama en AGMM, Comandancia General de Melilla. Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carp. 14.

61 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, Op. Cit., p. 8.

62 Ibid., p. 9.

63 «Nuestras tropas efectúan un avance de diez kilómetros», *La Correspondencia Militar*, 18-01-1921.

64 Discurso pronunciado en la sesión regia de apertura de las Cortes en DSS, 05-01-1921. Publicado en el BOE, Gaceta de Madrid, 5 de enero de 1921.

65 La Comisión de Responsabilidades, declaraciones de Dámaso Berenguer, 7 de agosto de 1923, pp. 329-330.

66 AHN, TS, exp. 51, N 2, folios. 628-639.



Pero, en realidad, todo era una ilusión como se comprobó unos meses más tarde. Sorprende que el alto comisario confiara en aquel mando con apariencia de carácter y de hombre enérgico, aunque en realidad era «el niño grande de siempre, a tal extremo que solo te defienden tus bigotes —se atrevía a escribirle su amigo y subordinado Ricardo Fernández Tamarit— de tal manera que si te los afeitas estarás perdido»<sup>67</sup>. Silvestre como se ha dicho, desatendió la vía política, que consistía en llegar a acuerdos con los nativos; una tarea que se venía trabajando con intensidad en la Comandancia General de Melilla<sup>68</sup>. Se trató de la vía prioritaria de penetración en el territorio evitando, en la medida de lo posible los enfrentamientos armados. Jordana el inspirador de la estrategia, de hecho, no pudo avanzar por tierra, ya se ha dicho en capítulos anteriores, debido, a veces a la desconfianza, otras al temor y en definitiva a la sensatez y profesionalidad de quien conoce el territorio y a sus moradores, su comportamiento, y sus posibles movimientos. Pero llegó Silvestre y probablemente pensó, que para domeñar a los rifeños no había que recurrir a medios pacíficos; lo que hacía falta era «una victoria tan sobresaliente que convenza a los moros de que no pueden pagar el precio de la resistencia contra la dominación española»<sup>69</sup>.

Así pensadas las cosas, no resulta extraño que a principios del mes de marzo pensara Silvestre, comunicara y creyese Berenguer, que la situación en Melilla estaba totalmente despejada y que reinaba una absoluta tranquilidad. A primeros del citado mes, Berenguer recibió del general Silvestre el estudio sobre el plan político-militar que tenía pensado realizar sobre Alhucemas<sup>70</sup>. Concretamente fue el 6 de marzo y su autoría, Albi de la Cuesta la atribuye al teniente coronel Fidel Dávila<sup>71</sup>. En el estudio se partía de la base de la sumisión virtual de Tensamán, además de la buena disposición de las fracciones naturales de Beni Tuzin. Silvestre basaba su confianza en los éxitos alcanzados desde su llegada a la Comandancia; presuponía ingenuamente que las cabilas de Beni Ulichek y Beni Said estaban en marzo de 1921 «ocupadas y dominadas en absoluto»<sup>72</sup>; ésta era la información que la policía indígena había elaborado para su jefe, el coronel Morales y que éste transmitió a Silvestre. Parece probable que él mismo creyera que la situación era propicia para continuar con su avance hacia Beni Urriaguel, a pesar de tener a su lado personas, militares profesionales, que le alertaron del verdadero estado de cosas que existía en las citadas cabilas y en el conjunto del Rif. Ese fue el caso del teniente coronel Ricardo Fernández Tamarit, entonces jefe de demarcación y representante de la autoridad del comandante general, quien le advirtió a Silvestre que la situación era engañosa y nada satisfactoria, pues en las cabilas vecinas latía un gran odio hacia los oficiales de las mías de la policía indígena que perjudicaría enormemente los intereses del ejército<sup>73</sup>. Del mismo modo que el propio

67 Biblioteca de la Escuela Superior de Guerra. Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Silvestre desde el Zoco del T'latza de Bu-Beker el 16 de mayo de 1921.

68 Véanse los capítulos IV y V de la tesis.

69 GÓMEZ HIDALGO, Francisco: *Marruecos. La tragedia prevista...*, Op. Cit., p. 153.

70 AGMM. África, *Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas*. Caja 1525.

71 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, Op. Cit. p. 185

72 AGMM, *Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas*, caja 1525, p. 1.

73 Biblioteca de la Escuela Superior de Guerra. Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Silvestre desde el Zoco del T'latza de Bu-Beker el 16 de mayo de 1921, p. 12.



Silvestre se había granjeado el resentimiento y la enemistad de muchos indígenas en su avance, quemando cosechas e incluso casas con el fin de obligarles a la sumisión<sup>74</sup>. Tamarit informó igualmente de la existencia de elementos en la policía cuya conducta y «depredaciones» habían levantado contra el ejército español en África una tempestad de odios que —en su opinión— podría traducirse en un levantamiento general el día menos pensado; y advertía que más aún si tenían un revés. Denunciaba también el régimen de permisos que suponía que al frente de la mía se quedase un alférez que, en muchos casos, acababa de salir de la academia militar y consecuentemente carecía de experiencia y con toda probabilidad desconocía el idioma. En definitiva, oficiales de nueva incorporación que «no conocen a los moros ni el territorio»<sup>75</sup>.

La situación en el territorio de la Comandancia no parece, pues, que fuera tan favorable al avance de las tropas en el Rif, tal y como sostiene Berenguer en su obra<sup>76</sup>, como defendió en el Senado, y ante la Comisión de Responsabilidades en el Congreso de los Diputados<sup>77</sup>. Esta afirmación no se desprende del infausto desplome de toda la Comandancia, lo cual sería muy fácil de sostener, sino de la documentación existente previa al trágico desenlace. La carta del teniente coronel Fernández Tamarit enviada en el mes de mayo a Silvestre, es un testimonio rotundo respecto a la situación anterior a los sucesos de Abarrán y que afectaban en su conjunto a la zona oriental del Protectorado. Tamarit sugirió a Silvestre que no estirase más la línea de avance porque estaba convencido de que había edificado sobre arena; ni Beni Said ni Beni Ulichek estaban sometidas «como no lo estará jamás Buharraihail, *xeij* de Beni Ulichek (cabila donde se encontraban las posiciones de Annual, Izummar y Ben Tieb entre otras). Estáis engañados Morales y tú»<sup>78</sup>. Las ocupaciones de Annual, Sidi Dris y Afrau entre enero y marzo de 1921 no eran —a juicio de Tamarit— sino posiciones deplorables, completamente incomunicadas y ubicadas donde los jefes de cabila o fracción decidían que fuesen. Carecían de aguadas, no tenían recursos cercanos y, por consiguiente, eran extraordinariamente fáciles de aislar.

Anual, por ejemplo, es un nido de águila; está batido y dominado desde todos los frentes, fácilmente estrangulable y con los planos al descubierto. Aunque se haga una pista no se mejorará la situación. El moro es inteligente, y si no ha puesto dificultad al avance es porque sabe, que tanto más adelante, peor es tu situación<sup>79</sup>.

Tamarit indicaba que no había consolidado las posiciones a retaguardia y que al menor revés tendría a su espalda cinco mil o seis mil cabileños con un fusil en la mano. Que las cabilas de Metalza y Beni Bu Yahí no eran leales porque estaban sometidas al *xeij* Buharraihail, cuya actitud era de confrontación total con los españoles. De Tensamán, a su juicio, no debía creer en sus promesas de fidelidad,

74 SENTER WOOLMAN, David: *Abd el-Krim y la guerra del Rif...*, *Op. Cit.* p. 101.

75 Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Silvestre, *Op. Cit.*, p. 13.

76 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, *Op. Cit.*, p. 12.

77 DSS, 14-07-1922; La Comisión de Responsabilidades, pp. 299, 313, 319 y 331.

78 Biblioteca de la Escuela Superior de Guerra. Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Silvestre desde el Zoco del T'latza de Bu-Beker el 16 de mayo de 1921, p. 13.

79 Biblioteca de la Escuela Superior de Guerra. Carta de Ricardo Fernández Tamarit a Silvestre *Op. Cit.*, p. 13

ya que su proximidad respecto de Beni Urriaguel haría que no resistiesen la presión. «No olvides que muy cerca de donde estás —prevenía Tamarit— fracasó el Roghi y sus auxiliares Beni Said y Metalza le hicieron traición y era moro»<sup>80</sup>. Por otra parte, le exponía que las tropas no estaban preparadas y carecían de moral porque se las llevaba siempre a retaguardia y no se las dejaba combatir. Criticaba que siempre fuesen detrás de los tabores de regulares y de los soldados de la policía indígena, y sentenciaba: «Vivimos sobre un volcán»<sup>81</sup>.

Tras la descripción de aquella realidad, exhortaba a Silvestre a cambiar de actitud. En su opinión aún se estaba a tiempo de evitar una catástrofe. Le sugería que diese un paso atrás y que asegurase las líneas hasta Ben Tieb, e instaba a ocupar los aledaños de Ain Zorah. Mientras, le animaba a que llamase la atención de la harca por la costa, entre Cabo Quilates y Morro Viejo (bahía de Alhucemas), amagando un desembarco. De tal manera que alertados por la maniobra marítima podría caer sobre los beni urriagueles por la derecha, dando el golpe a fondo y por el camino de Ain Zorah (cabila de Metalza). «Yo te llevaré por Ain Zorah y te respondo ahora del éxito»<sup>82</sup>. Resulta sorprendente la rotundidad con la que Fernández Tamarit confiaba en su estrategia para estrangular la «rebeldía de Beni Urriaguel». Como podemos observar tampoco se mostraba partidario de llevar a cabo un desembarco en la bahía de Alhucemas y planteaba alcanzar el objetivo por tierra.

### B.1. Un ejército en problemas

A la mala situación política de retaguardia debemos añadir el estado del ejército de la Comandancia General de Melilla. Dámaso Berenguer, al incorporarse a su puesto en el Protectorado constató —refiriéndose a la Comandancia de Melilla— «penuria de armas y material»<sup>83</sup>: de los 28 camiones con que contaba la guarnición estaban operativos 16, mientras que tan solo 2 aviones podían hacer su servicio<sup>84</sup>. Respecto a los aeroplanos, el nuevo alto comisario reconocía que el ejército estaba muy atrasado en dicha materia; de hecho, los pocos que había «se van deshaciendo por el aire»<sup>85</sup>. En cuanto a la artillería señalaba que «rara es la pieza de montaña que está verdaderamente útil; las ametralladoras se hallan en desastroso estado». Solicitaba igualmente carros de combate y denunciaba la alarmante falta de ganado<sup>86</sup>. En agosto de 1920 Berenguer —uno de los líderes más destacados del africanismo— informaba al ministro de la Guerra respecto a la mala situación en la que se encontraba la oficialidad; en su opinión, carente de estímulo, por la falta de recompensas. Una constante demanda de los africanistas<sup>87</sup>. El modelo que se pretendía emular era el mismo que ha-

80 Ibid., p. 14

81 Ibid.

82 Ibid., p. 15.

83 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, Op. Cit., pp. 45 y 48.

84 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 188.

85 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, Op. Cit., pp. 123-124. Carta al general Santiago de 20 de julio de 1919.

86 Ibid., pp. 188-193. Carta al general Tovar de 30 de julio de 1919.

87 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, p. 382.



bían desarrollado Inglaterra y Francia. En el caso inglés, la base principal estaba articulada en torno a tropas europeas, mientras que en Francia el eje vertebrador del mismo lo constituía la legión extranjera. El ejército italiano era quizás el más similar al ejército colonial español, pues además de contar con gran número de soldados reclutados en África poseía cuerpos metropolitanos de elite (*Alpini* y *Bersaglieri*). En este sentido debemos matizar que las unidades de cazadores del ejército español no eran consideradas cuerpos de elite. Sin embargo, sí que podemos reconocer a la legión como un cuerpo especializado, aunque debemos apuntar que estaba recién creado en enero de 1920 y, por tanto, los tercios (formación del tamaño de un regimiento) no entraron en batalla en el territorio de la Comandancia General de Melilla hasta un momento posterior al desastre<sup>88</sup>.

Coincidiendo con el viaje del ministro Eza a Melilla en 1920, el Estado Mayor de dicha Comandancia elaboró un informe bajo el título: *Notas para formular una petición al Ministerio de la Guerra de los elementos que se consideran indispensables*, donde se alertaba de la precaria situación en la que se encontraba el ejército de Melilla. Se trata de un informe de 20 folios y que custodia el Archivo General Militar de Madrid<sup>89</sup>. En el documento denunciaban las carencias que tenían en la Comandancia y las necesidades que existían. Sus autores señalaron deficiencias graves en el transporte de la infantería y por ello solicitaban dos camiones blindados y 40 de carga. Requerían aumentar el número de mulas, muy importantes para el transporte de pertrechos de guerra y alimentos en un terreno abrupto y sin carreteras. Faltaban tanques de agua. Se necesitaba prolongar la vía del ferrocarril hasta la cabila de Tafersit; entonces solo llegaba hasta Tistutin (cabila de Beni Bu Yahí). La relación de aviones en condiciones de volar era lamentable, pues tan solo había tres cuyos motores no estaban en condiciones, además de contar con una dotación de cámaras fotográficas con muy poca resolución. Se requerían por ello objetivos de gran potencia. En cuanto a la dotación artillera, solicitaban la renovación de los 24 cañones de montaña existentes, los cuales llevaban nueve años de servicio ininterrumpido. El material de los ingenieros era insuficiente y los recursos y dotación sanitaria totalmente deficiente<sup>90</sup>. Respecto a la tropa explicaban que en regulares los efectivos para completar las unidades eran insuficientes porque no había demanda para completarlos. Proponían aumentar el sueldo de los integrantes de la policía indígena a tres pesetas diarias porque entendían que de ese modo se interesarían tanto que podrían elegir a los mejores.

La situación que se dibujaba era deprimente, pero sin duda se trata de una fuente parcial, pues sus autores estaban interesados en exagerar las carencias para justificar sus reclamaciones de material y recursos. En una España donde escaseaban los recursos más necesarios para la instrucción pública, transportes, previsión social y otros servicios esenciales, y donde el hambre había llevado al campesinado andaluz a una oleada sin precedentes de motines y huelgas, (el llamado «trienio bolchevique» de 1918-20), esta reclamación incesante de material de guerra para alimentar la aventura colonial en Marruecos hallaría poca comprensión en los responsables políticos del momento.

88 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit., p. 190.

89 AGMM, África, Comandancia General de Melilla, signatura 1524, leg. 1, carp. 1.

90 AGMM, África, Comandancia General de Melilla, signatura 1524, leg. 1, carp. 1.

Otro documento que describe la situación en general del ejército colonial es el *Informe del jefe del negociado de Marruecos del ministerio de la Guerra*, redactado en 1920 por Carlos López de Lamela<sup>91</sup>. En ese caso se trataba de un civil. Lamela describía igualmente una pésima situación y hacía hincapié en la mala gestión que del presupuesto se hacía: un servicio sanitario deplorable, trabajos cartográficos atrasados y mapas donde se utilizaban diferentes topónimos para referirse a un mismo lugar. La uniformidad de la tropa era inadecuada para esa latitud. Denunciaba la falta total de coordinación en muchos asuntos que incumbían al Protectorado, y ponía como ejemplo el ferrocarril, cuya competencia dependía de dos ministerios, Fomento y Guerra, además de a una compañía minera privada. Revelaba también que el presupuesto no estaba correctamente distribuido ya que de los 14 millones de pesetas asignados en 1921 poco más de 407.000 pesetas se destinaban a la enseñanza y menos de 500.000 pesetas a la sanidad y, sin embargo, se reservaban 529.000 pesetas para gastos del Jefe. Aducía que el Protectorado español no protegía a los nativos, no les dotaba de escuelas, tampoco de hospitales. En los aspectos militares descubría que el Estado español había sometido 6.000 km<sup>2</sup> a costa de 2.000 millones de pesetas, y eso, teniendo en cuenta que contaba con un ejército «dotado de material de guerra inmensamente superior al del enemigo»<sup>92</sup>. Si comparamos estos datos con los resultados del Protectorado francés en Marruecos, observamos que en 1920 los franceses ocupaban 400.000 km<sup>2</sup>, y lo habían logrado con un contingente muy inferior al español, tan solo 64.000 soldados.

Respecto al ejército, Lamela señalaba que en ese momento había en Marruecos 64.666 hombres, de los cuales eran voluntarios 8.896 europeos y 10.570 indígenas. El resto se trataba de soldados procedentes de la Península, obligados a prestar servicio en África. Conformaban estos un ejército que pecaba de instrucción suficiente, principalmente en tiro. En Melilla se realizaban ejercicios durante cuatro o cinco días; después, dadas las características del terreno y de la guerra colonial, las tropas se diseminaban por multitud de posiciones; imposibilitando, de ese modo, ejercer una intensa instrucción en dicha práctica que, por cierto, se realizaba con fusiles máuser (arma reglamentaria en el ejército español por Real Decreto de 7 de diciembre de 1893) descalibrados en su mayoría<sup>93</sup>. El coronel Salcedo, del regimiento de San Fernando, ratificaba el lamentable estado del armamento y delataba que la mayor parte procedía de las campañas de Cuba<sup>94</sup>. En definitiva, el ejército español era una institución anclada en el pasado<sup>95</sup>. La neutralidad de España en la Primera Guerra Mundial hizo que su ejército no experimentara los cambios que casi todos los países participantes imprimieron a la institución<sup>96</sup>.

91 EZA, vizconde de: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra...*, Op. Cit. pp. 91-140.

92 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 194

93 AHN, TS, exp. 50, N 3. Declaración del coronel Enrique Salcedo el 8 de septiembre de 1921.

94 Ibid.

95 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 163.

96 Un análisis interesante respecto al ejército colonial en GAJATE BAJO, María: «El Ejército colonial español en Marruecos. Distintas percepciones del Protectorado» *Revista de Historia Actual*, Vol. 8, nº 8, pp. 101-109.





## B.2. Las opiniones ignoradas

Las advertencias ante la euforia de la situación —ya hemos visto el contundente informe de Ricardo Fernández Tamarit— también fueron manifiestas por parte del entonces teniente coronel de Estado Mayor, Fidel Dávila Arrondo, quien tras la ocupación de Beni Said informó a Silvestre que era imposible continuar en aquella situación, y que en su opinión resultaba necesario abstenerse de nuevas operaciones<sup>97</sup>. Por lo que respecta a la posición de Annual, Dávila declaró ante la Comisión de Responsabilidades lo siguiente:

Cuando llegamos [...] yo, de verdad, me quedé horrorizado. —Tras verle su rostro Silvestre, este le preguntó qué era lo que le ocurría, a lo que contestó—: mi general, a mí no se me han puesto los pelos de punta porque no los tengo, pero me ha salido a través de la calva. Esto es imposible, esta posición va a ser una preocupación constante [...] Annual no nos dejará dormir, porque todo son barrancadas<sup>98</sup>

Abundando en las opiniones respecto al emplazamiento del campamento debemos destacar la impresión del comandante principal de Ingenieros, López Pozas, presente cuando se tomó la decisión de ubicar en ese punto concreto el campamento. Pozas señaló que militarmente la posición era de malas condiciones por poderse llegar a las alambradas en espacio muerto. El comandante agregó que Silvestre apreció las dificultades del campamento al que calificó de «callejón sin salida»<sup>99</sup>. Otro comandante, en este caso de Ingenieros, Emilio Alzugaray Goicoechea señaló que el frente era «débil y mal elegido». En su declaración ante el general Picasso señaló que el campamento de Annual estaba dominado por todas partes, y por espacios muertos muy grandes por cualquier frente, que no se podía descubrir al enemigo hasta estar en las alambradas. La aguada distaba de la posición cuatrocientos metros, en el barranco situado a vanguardia y claro está —sentenciaba— batida desde el campo enemigo<sup>100</sup>. La alerta respecto al estado de cosas reinante fue elevada al comandante general por otro miembro de su Estado Mayor, nos referimos al coronel Sánchez Monge, quien declaró ante la Comisión de Responsabilidades que él le dijo a Silvestre que era aconsejable, ante la escasez de fuerzas, que se hiciese un alto y se comenzase a consolidar el territorio ocupado<sup>101</sup>.

Pero tanto Berenguer como los sucesivos gobiernos, primero el presidido por Eduardo Dato y luego el de Manuel Allendesalazar, se dejaron seducir por el brillante avance de Silvestre durante la primavera, otoño e invierno de 1920 y 1921. Creó, además, un ambiente propicio en la opinión pública, favoreciendo así su progresión hacia Alhucemas. De ese modo, sin presión social en la calle, con una población que no emitía juicios en contra respecto a la marcha de las cosas en el Protectorado —tampoco a favor, pues, excepto los diarios exclusivamente de temática militar, observamos que no prestaban demasiada atención a la acción del ejército en Melilla— y un Gobierno libre de tensiones,

97 La Comisión de Responsabilidades, declaraciones de Fidel Dávila Arrondo, 16 de agosto de 1923, pp. 393-411.

98 Ibid., p. 407.

99 AHN, TS, exp. 50, N. 10, fol. 1131.

100 Ibid., fol. 1116.

101 AHN, TS, exp. 50 N 2, fol. 226.

llevó al alto comisario a estudiar la posibilidad de abordar la ocupación de la bahía de Alhucemas. Solicitó entonces a Silvestre una propuesta para alcanzar dicho objetivo.

En el plan de avance hasta Alhucemas se consideraba que la mejor vía de progresión debía realizarse por la línea de costa, descartando así la penetración por el interior. Se partía de la línea Annual-Sidi Dris. Berenguer, posteriormente, sostuvo en sus diarios que no se trataba de un plan de ocupación de Alhucemas, sino del territorio de Tensamán, afirmación que apoya Albi de la Cuesta<sup>102</sup>. Sin embargo, no debemos perder de vista que el objetivo prioritario era ocupar Alhucemas, y así, de hecho, se titula el documento. Formaba parte de los objetivos de Berenguer para el año 1921, tratados y expuestos al Gobierno en diciembre de 1920: «terminar la ocupación del macizo de Yebala por la dominación de Beni Arós y expulsión o captura del Raisuni; ocupación de la bahía de Alhucemas, y si es posible, las cabilas de Beni Tuzin y Beni Urriaguel»<sup>103</sup>. «Era un cambio de impresiones», señala el alto comisario en su obra, el plan no estaba cerrado con el Gobierno»; pero el objetivo era llegar a Alhucemas y someter Beni Urriaguel.

Fidel Dávila, autor del plan de avance hacia Beni Urriaguel, no tenía nada claro que la ofensiva para alcanzar Alhucemas tuviese una base sólida y, tras los primeros reveses del mes de junio, solicitó un permiso para viajar a España, pretextando motivos de salud. El 11 de julio embarcó hacia la Península. Casi a la vez, Gabriel Morales, coronel de la policía indígena fue relevado de las posiciones de vanguardia en la primavera de 1921. Silvestre apartó de su lado a quien ponía trabas en sus planes de avance. Dos grandes pérdidas en la Comandancia General.

Con objeto de analizar en profundidad el plan político-militar, Berenguer se reunió en la isla de Alhucemas con el general Silvestre. Junto a ellos los Estados Mayores de la Comandancia General de Melilla y de la Alta Comisaría, además de varios líderes de Beni Urriaguel. En la conferencia que mantuvo con estos últimos, el alto comisario —informaba con posterioridad al ministro de Estado por carta— se dio cuenta de la tirantez que existía entre los «moros» de las fracciones de la costa y las de la montaña<sup>104</sup>. Respecto a Bocoya ocurría lo mismo, las fracciones que habitaban la montaña se mostraron menos complacientes con los generales españoles. Admitía, Berenguer que le llamó la atención la poca asistencia de los jefes de Tensamán a pesar del elevado número de pensionados que había en esa cabila. No hubo ofrecimientos de cooperación, pero «no noté nada anormal» añadía el alto comisario<sup>105</sup>. Desde la «Torre del Reloj», punto más elevado de la isla, ambos generales (Berenguer y Silvestre) observaron la bahía con objeto de determinar las posiciones que habría que tomar en la playa una vez establecidos en la costa. Aparte se analizó con detalle el estudio que había elaborado el comandante Cumplido respecto a la ocupación de la bahía mediante un desembarco.

Berenguer aprovechó el viaje para visitar parte del territorio de la Comandancia General de Melilla donde se habían llevado a cabo los últimos avances; no inspeccionó los servicios ni revistó las

102 BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones...*, Op. Cit., p. 15. ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op.Cit. p. 186.

103 BERENGUER, Ibid., p. 16.

104 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 614. Carta al Marqués de Lema.

105 Ibid., folios. 440-441.



posiciones, tan solo vio algunas de las últimas ocupadas. Respecto a Annual, Berenguer entendió que estaba mal ubicada porque el barranco situado al lado podría dificultar su enlace con la retaguardia y podía servir para hostigar la posición mediante tiro de fusil. Se trataba de una posición muy estrecha de terreno y trazado irregular. Observó que las fuerzas de regulares estaban alojadas aparte, en una altura próxima y las fuerzas de policía en la posición adelantada de Buimeyán situada a dos km más a vanguardia<sup>106</sup>. Allí era, según Berenguer, donde quería trasladar el campamento Silvestre por encontrar igualmente deficiencias en la posición de Annual<sup>107</sup>. Buimeyán tenía mejores vistas sobre el valle que formaba el río Amekrán. Sin embargo, Berenguer reconocía que no tuvo noticias ni se explica por qué el comandante general no hizo el traslado de Annual a Buimeyán, ya que, a su juicio, además de facilitar el estacionamiento de las tropas, por sus mejores condiciones defensivas hubiera dado más fuerza al frente al quedar rebasado el barranco desde donde podía hostilizar el enemigo<sup>108</sup>.

Berenguer, a pesar de las dudas que le generó el comportamiento de los *xeij* rifeños en el encuentro del Peñón, entendió que la situación política era buena en las cabilas sometidas y las que sobre el terreno estaban a punto de someterse, refiriéndose principalmente a Tensamán; sin embargo, algo más prudente, sugirió a Silvestre que hasta que no tuviera seguridad sobre la lealtad de las fracciones de esta última cabila no emprendiera ofensivas arriesgadas<sup>109</sup>. «Silvestre ha estado conforme» —escribía Berenguer al ministro de Estado—. Ante esa situación de inacción operativa militar, el comandante general solicitó permiso al alto comisario para viajar a Madrid<sup>110</sup>. Berenguer se lo concedió, comisionando a Silvestre para representar al arma de Caballería que servía en África en la fiesta que se iba a celebrar en Valladolid<sup>111</sup>. Aquel 17 de abril de 1921, Berenguer desvelaba al ministro de Estado que la bahía de Alhucemas se iba a ocupar aun sin contar con el apoyo de las fracciones de la montaña de Beni Urriaguel, pues «la empresa no tiene dificultad de gran monta» porque suponía que la comunicación con Tensamán y la retaguardia estaba asegurada<sup>112</sup>. El optimismo y el grave de error de apreciación del alto comisario saltan a la vista. Éste concluía en su carta:

«[...] creo que militarmente puedo asegurar que el problema de Alhucemas está al alcance de nuestras manos y que solo se trata ya de que este avance se realice incruentamente como los que con tanta facilidad ha realizado por Beni Said y Beni Ulichek, el general Silvestre»<sup>113</sup>.

Tras un mes de estancia en la Península, Silvestre regresó a Melilla. Llegó decidido a emprender el avance que había anunciado en el plan político-militar. Fidel Dávila, teniente coronel de Estado Mayor, señaló ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso que «cuando el comandante general volvió [de la Península] tenía el propósito de operar [...]. Su espíritu cambió. Tengo que operar,

106 AHN, TS, exp. 51, N 2, folios. 443-445.

107 Ibid., fol. 444.

108 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 444.

109 Ibid., fol. 614.

110 Ibid.

111 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 222.

112 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 617.

113 Ibid., fol. 618.

quiero operar, me dijo»<sup>114</sup>. Pocos días después, el 31 de mayo el comandante Jesús Villar se presentó en Annual. Allí fue recibido por el coronel del regimiento de Infantería Ceriñola nº 42, Manuel Ros Sánchez, quien ejercía entonces el mando de forma transitoria por estar de permiso en España el coronel José Riquelme López-Bago. Ros, que había recibido órdenes expresas de la Comandancia General, atendió a Villar. Éste le solicitó total discreción, pues si todo salía bien y se tomaba Abarrán «se tendría ganado el 60 por ciento para entrar en Alhucemas»<sup>115</sup>. Silvestre, pues, había decidido cruzar el río Amekrán y tomar una importante loma conocida como Abarrán. Pero la harca, compuesta principalmente por elementos de Beni Urriaguel, pernoctaba desde hacía meses, en posiciones próximas a dicha elevación. Testigos del movimiento de las tropas españolas esperaron su oportunidad.

### C. ABARRÁN, PRIMER EPISODIO DEL DESASTRE

Los documentos muestran que la maniobra de ocupación del monte Abarrán estaba pensada antes de que el general Silvestre abandonara el Protectorado rumbo a la Península el 25 de abril de 1921. El teniente coronel Fidel Dávila señaló que la decisión de vadear el Amekran y penetrar en Tensamán para ocupar el monte Abarrán la tomaron Silvestre, el teniente coronel de Estado Mayor, Rafael Capablanca y el comandante, Jesús Villar de la policía indígena<sup>116</sup>. Sin embargo, la versión de Fernández Tamarit, coronel del regimiento de África y jefe de la demarcación del Zoco del T'latza de Bu-Beker desmintió ese supuesto y no incluía al teniente coronel Capablanca en esa terna decisoria, insistiendo en que Capablanca no era partidario de llevarla a cabo<sup>117</sup>. Capablanca señaló ante la Comisión de Responsabilidades que el coronel Morales informó a Silvestre de que la harca enemiga pensaba situar una guardia en Abarrán, a lo que respondió el comandante general: «¿Y por qué no la ponemos nosotros?». Continuando con su declaración, Capablanca especificó que el comandante Jesús Villar, presente en la sala, se pronunció a favor de realizar la maniobra y se ofreció voluntario para encabezar la expedición. Finalmente, aclaró que él no estaba convencido y, por tanto, albergaba reservas, pero sostuvo que tanto Morales como Dávila estaban de acuerdo en que debía ocuparse el monte Abarrán. La que sí parece clara es la idea de Silvestre de operar en Tensamán antes de que llegara el verano y de que el calor apretara, con los inconvenientes que ello supondría para la tropa. Berenguer no sabía exactamente los planes de Silvestre, pero al ministro de Estado le trasladó su opinión en este sentido, afirmando «no tardará en operar antes de que lleguen los calores del verano»<sup>118</sup>. Berenguer conocía muy bien a Silvestre, y además, él mismo le había autorizado para realizar operaciones hasta el río Amekrán, «para pasar el río no»<sup>119</sup>. Esta idea toma cuerpo si tenemos en cuenta dos

114 La Comisión de Responsabilidades. Declaraciones de Fidel Dávila Arrondo, p. 397.

115 AHN, TS, exp. 50 N 7, declaración del teniente coronel Ros, 17 de octubre de 1921, fol. 1368.

116 DÁVILA JALÓN, Valentín: *Una vida al servicio de España. General don Fidel Dávila Arrondo*. Madrid, Autor-Editor 796, 1978, pp. 462-463. La Comisión de Responsabilidades. Declaraciones de Fidel Dávila Arrondo, pp. 396-409.

117 AHN, TS, exp. 51 N 1, Declaración de Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922, folios 13-14 y 18-19.

118 AGMM, Comandancia General de Melilla, leg. 264, carp. 8

119 La Comisión de Responsabilidades. Declaraciones del alto comisario Dámaso Berenguer el 7 de agosto de 1923.



testimonios más. El primero de ellos procede de las declaraciones del periodista y escritor Marcos Rafael Blanco Belmonte, quien, durante la celebración de la fiesta del arma de Caballería en Valladolid, compartió espacio con el general Silvestre, dando lugar a una conversación en la que reveló con «firmeza de convicción» y en «actitud arrogante» que: «la bandera de España ondeará en las alturas de las montañas donde ni siquiera hay veredillas que permitan el paso a los borriquitos morunos allí solo han subido hasta hoy los montaraces cabileños. ¡Allí subiremos nosotros»<sup>120</sup>.

Además de la fuerza en hombres, en total 1461 unidades, Villar llevó hasta Abarrán una batería de Montaña. Berenguer recibió de Silvestre un telegrama el día 1 de junio, donde informaba de la ocupación del monte Abarrán<sup>121</sup>. El día 3 de junio a las 14:30 horas, el alto comisario recibía un nuevo telegrama del comandante general de Melilla. Silvestre admitía que la posición de Abarrán había sido fuertemente atacada por la harca a partir de las 13:15 horas del día 1 de junio. Allí habían quedado destacados el capitán Salafranca, tenientes Reyes y Camino, un oficial «moro» de regulares, el capitán Huelva y el alférez Fernández de la policía indígena, y el teniente Flomesta, del regimiento mixto. Refería que, tras cuatro horas de insistente y nutrido fuego de fusil y ametralladora, cerca de las 17:00 horas los harqueños rodearon la posición y, aunque la artillería causó enormes bajas, los asaltantes no cejaron en su empeño, copando finalmente la posición y matando a los oficiales<sup>122</sup>.

Tras recibir el telegrama, Berenguer convocó al comandante de Melilla en Sidi Dris, posición situada en la desembocadura del Amekrán, para mantener una entrevista y poder escuchar en persona la explicación de los hechos por parte de Silvestre. A bordo del *Princesa de Asturias*, ambos generales, acompañados de sus respectivos Estados Mayores trataron principalmente dos asuntos: los posibles movimientos de la harca en el sentido de que esta pudiera atacar las posiciones españolas y el estado en el que se encontraban las cabilas a retaguardia de Beni Ulichek y Beni Said. Silvestre reconoció que por la cabila de Tafersit amenazaba la harca de Azilaf, y que Tensamán estaba en «total estado de rebeldía»; los Beni Tuzin habían empezado a mostrar algún desvío y en las cabilas del interior parecía que el golpe de Abarrán no había tenido demasiada repercusión; tan solo los quelatchas del Zoco del T'latza de Bu-Beker parecían mostrar cierta agitación, reconociendo el comandante general que no sería extraño que formasen alguna harca. Las explicaciones de Silvestre, que a cualquier ser humano con sentido común le hubieran generado un estado de preocupación, al general Berenguer no. Eso parece, a tenor de la lectura que le hizo al ministro de la Guerra el día 6 de junio: «Podría considerarse la situación casi restablecida y actualmente nada ofrece que pueda causar la menor alarma ni inquietud»<sup>123</sup>. Berenguer finalizaba su nota: «por mi parte, no veo por el momento en la situación nada alarmante»<sup>124</sup>. Que Berenguer saliera de aquella entrevista con la sensación de que el frente estaba asegurado probablemente fuese porque el general Silvestre no expresó excesiva angustia. Pero de la lectura que podemos hacer de la entrevista se desprenden datos para la preocupación. Además,

120 «Hablando con el general Silvestre», *ABC*, 24 de julio de 1921, p. 24.

121 Todos los telegramas relativos a la ocupación de Monte Abarrán en AHN, TS, exp. 50, N. 7, folios 1500-1502.

122 Ibid.

123 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 471.

124 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 473.



el propio Silvestre, si damos credibilidad a las palabras del teniente coronel Fernández Tamarit, en la madrugada del 1 al 2 de junio llegó a la posición de Batel «emocionado hasta el punto de que se le saltaban las lágrimas», reconociendo que había cometido un error y que temía otro golpe sobre Sidi Dris o sobre Annual<sup>125</sup>. Ciertamente, el comandante general, tenía motivos para estar preocupado, pues aquella derrota suponía una mancha en su expediente y, otro dato importante, que afectaba al hasta entonces invicto general: se trataba de la primera ocasión en la que un general perdía cañones en la guerra colonial de Marruecos. En efecto, era la primera vez que se perdía una posición artillada y ello provocó entre los nativos que se alentara una esperanza de liberación<sup>126</sup>. Pabón, por ejemplo, señala que Silvestre perdió la confianza en sí mismo<sup>127</sup>. Para el vizconde de Eza, la derrota de Abarrán fue algo que «atacó sus condiciones de militar, a su propia historia de jefe militar»<sup>128</sup>.

Los documentos muestran que Silvestre en aquella entrevista ocultó información al alto comisario. El mismo día del encuentro, Silvestre había recibido desde el Peñón de Alhucemas información preocupante. Aseguraba el comandante militar de la isla que el *xeij* Sidi Hamido con 150 hombres de Beni Itef había salido el día de antes para Tensamán con el propósito de unirse a la harca de Abd el-Krim, acompañándole también contingentes de Bocoya, además de las fracciones de Beni Abd-Allah y Beni Hedila de la cabila de Beni Urriaguel<sup>129</sup>.

La iniciativa de la guerra había cambiado en la zona oriental del Protectorado. El ejército español se parapetaba en sus posiciones, reforzando las defensas ante la posibilidad de nuevos ataques. En este sentido, podemos interpretar la decisión del comandante general de Melilla de tomar la loma de Igueriben el 7 de junio. La ocupación se produjo a las 8:00 horas y se llevó a cabo —así se lo hizo saber al alto comisario— para aumentar la seguridad en el camino que se dirigía desde Ben Tieb hasta Annual<sup>130</sup>. Berenguer no había autorizado la operación. Estamos de nuevo ante un hecho consumado.

Silvestre informaba al alto comisario que estaba recibiendo confidencias preocupantes sobre la harca desde Alhucemas. Solicitaba refuerzos y todo el apoyo posible. El alto comisario, sorprendentemente, no concedió verosimilitud a la mala situación que describía el comandante general. Así se desprende de su contestación:

Recibo su telegrama del 10 en el que me da cuenta de los alarmantes informes [...] Yo tengo el concepto que en su mayoría serán exageraciones de los informadores, que siempre se aprovechan de acontecimientos análogos a los pasados para impresionar con sus noticias. Además, considero la línea Sidi-Dris-Annual-Buhafora lo suficientemente fuerte para rechazar cualquier ataque, así como un envolvimiento existente por el Azib el Midar, muy problemático [...] Y si V. E. aprecia que la situación adquiere caracteres de seriedad, así me lo avise <sup>131</sup>.

125 AHN, TS, exp. 51 N 1, Declaración de Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922, folios 12-13.

126 AHN, TS, exp. 50, N 10, fol. 2190. Opinión que recoge Picasso del coronel Riquelme.

127 PABÓN, Jesús: *Cambó*. Vol. 2, parte primera (1918-1930), Barcelona, Barcelona Editorial Alpha, 1952-1969, p. 286.

128 EZA, vizconde de: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra*. Op. Cit. p. 45.

129 AGMM, África, caja 1525, carpeta 23.

130 AHN, TS, exp. 51 N 2, fol. 473.

131 AHN, TS, exp. 51 N 2, fol. 477.



Por la respuesta del alto comisario podemos interpretar que no solo desconocía físicamente la orografía (recordemos que la única ocasión en la que visitó las posiciones avanzadas fue en el mes de abril de 1921, y entonces, tan solo estuvo en Buimeyán, ni siquiera en Annual) sino que parecía mirar hacia otro lado ante una situación que ya empezada a tener datos que invitaban a tomar medidas serias. Sin embargo, las informaciones que seguían llegando a la Comandancia en Melilla, insistían una y otra vez, de manera recurrente que se estaba formando una harca con grandes contingentes llegados, incluso desde puntos lejanos<sup>132</sup>. El 10 de junio el capitán de la novena mía de la policía indígena aseguraba que Abd el-Krim estaba en la harca y recogía que «no hay más voz ni autoridad que la de Si-Mohand Abd el-Krim el Jatabi»<sup>133</sup>.

### C.1. Abd el-Krim<sup>134</sup>

Mohammed ben Abd el-Krim, natural de Axdir, estudió la Universidad de Qarawiyyin de Fez. Quienes le conocieron lo consideraban una persona culta e inteligente, «el rifeño que almacenaba mayor cantidad de materia gris en el cerebro»<sup>135</sup>. El norteamericano Vincent Sheann, tras entrevistarse con él, sentenció que era «el instrumento inteligente de un espíritu nacional, pero desprovisto de las características propias de un genio o un profeta que pensaba iba a encontrar en él»<sup>136</sup>.

Su primera relación con los españoles data de 1907, cuando alcanzó el puesto de «maestro moro de la Escuela de Indígenas» en Melilla, un cargo que desempeñó hasta 1913. Colaboraba, además, con el periódico *El Telegrama del Rif*, en el cual escribía semanalmente una columna en árabe. En los artículos, el autor defendía los beneficios de la ayuda europea para sacar a Marruecos de su atraso y elevar el nivel económico y cultural del país. Apoyaba la «acción civilizadora» de España, al tiempo que atacaba las ambiciones expansionistas del colonialismo francés.

En 1908 fue nombrado secretario-intérprete de la Oficina de Asuntos Indígenas de Melilla. En 1910 cadí de la Oficina. Condecorado Caballero de la Orden de Isabel la Católica, medalla del mérito militar en 1912, medalla de África en octubre de 1913 y primer juez musulmán de Melilla en agosto de 1913<sup>137</sup>. De este modo, fue adquiriendo una buena opinión de España y de la labor que en calidad de «nación protectora» pretendía ejercer en el norte de Marruecos<sup>138</sup>. Sin embargo, dicha admiración fue decayendo con el paso de los años. Para el dirigente rifeño, el punto de inflexión de la ruptura con los españoles fue la muerte del general Francisco Gómez Jordana a finales de 1918<sup>139</sup>.

132 AGMM, África, caja 1525, carp. 23, p. 3.

133 AGMM, África, caja 1525, carp. 23, p. 6.

134 Sobre la figura de Mohammed Abd el-Krim hay varios trabajos que analizan al personaje: SENTER WOOLMAN, David: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos, 1971; GÓMEZ MARTÍNEZ, Juan Antonio: *Mohammed ben Abd el-Krim el-Jatabi, según documentos oficiales españoles hasta 1904*, Murcia, 2008; FONTAINE, Pierre: *Abd el-Krim*, París, Les Sept Couleurs, 1958; SÁNCHEZ DÍAZ, Ramón: «Retablo biográfico de Abd el-Krim» *Revista de Historia Militar*, nº 60, 1986, pp. 139-140; ROGER-MATHIEU, J.: *Mémoires d'Abd-el-Krim*. París, Librairie des champs-élysées, 1927; MADARIAGA, María Rosa de: *Abd-el-Krim el Jatabi: la lucha por la independencia*. Madrid, Alianza, 2009.

135 LOBERA, Cándido, *El Telegrama del Rif*. 11 de agosto de 1920.

136 SHEEAN, Vincent: *An american among the Riffi*, Nueva York, The Century, 1926, p. 31.

137 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005, p. 364.

138 AYACHE, Germain: *Les origines de la Guerre du Rif...*, Op. Cit. p. 175.

139 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op.Cit. p. 117.

En noviembre de 1918 Abd el-Krim regresó a Axdir<sup>140</sup>. La relación empeoró tras el nombramiento del general Manuel Fernández Silvestre para el puesto de comandante general de Melilla, a finales de enero de 1920. La decidida apuesta por la ocupación del territorio para alcanzar Alhucemas provocó en el rifeño un cambio de actitud. Desde la muerte de su padre en 1920, fue adquiriendo cada vez más influencia entre los cabileños. Desde el inicio de su liderazgo contó con el apoyo de su hermano menor, Mehand Abd el-Krim, considerado un gran diplomático y extraordinario militar<sup>141</sup>.

Abd-el-Krim en una entrevista que concedió en agosto de 1922, en Axdir al periodista Luis de Oteyza confesó que «el protectorado que un día creímos aceptable, hoy sabemos que no lo es<sup>142</sup>. «El protectorado es un nombre que se ha dado al modo de avasallar nuestros derechos»<sup>143</sup>. Un hito importante en su camino hacia la presidencia de la República del Rif fue el episodio del Juramento de Yebel Kama, que tuvo lugar a finales de abril de 1921. Aquel día, en el territorio de Trugut, fracción de Tensamán, cincuenta notables pertenecientes a las fracciones de Beni Urriaguel y de Bocoya prestaron juramento de luchar contra España bajo sus órdenes<sup>144</sup>. El 1 de febrero de 1922, once notables rifeños lo proclamaron emir, conforme a las prescripciones del Corán y la tradición del Profeta<sup>145</sup>. En toda la historia moderna del Rif central, la única ocasión en la que la cabila de Beni Urriaguel se había unido, dejando de lado las luchas intestinas entre leff-s (fracciones), uniéndose a otras cabilas en una confederación tribal fue, a principios del siglo XX, para combatir a El Roghi o Bu Hamara<sup>146</sup>.

El movimiento que encabezó Abd-El-Krim en 1921 no respondía exactamente con las manifestaciones de resistencia tradicional, de connotaciones xenófobas o antieuropeas, «cuando él no era ni lo uno ni lo otro»<sup>147</sup>. Tampoco le movía un sentimiento religioso. Sin embargo, para poder contar con el apoyo del conjunto de las fracciones de su propia cabila y vencer esa resistencia tradicional a la unión, y también como medio eficaz de movilizar a la población, Abd el-Krim recurrió en numerosas ocasiones al llamamiento a la lucha contra los cristianos<sup>148</sup>. La opinión del coronel Riquelme resume la capacidad del líder rifeño para atraerse la confianza de sus concabileños; este el 5 de marzo de 1922 ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso se expresaba de la siguiente manera:

La poderosa cabila de Beni Urriaguel, foco constante de toda propaganda rebelde, que desde años ha determinado la resistencia de los indígenas a una pacífica y gradual implantación de nuestro Protectorado en el Rif, es la que más apoyo y colaboración presta a los propósitos nacionalistas

140 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit. p. 375.

141 SHEEAN, Vincent: *An american among the Riffi...* Op. Cit. p. 34.

142 OTEYZA, Luis de: *Abd el-Krim y los prisioneros (una información periodística en el campo enemigo)*. Madrid, Mundo Latino, 1922, p. 116. De esta obra hay una publicación reciente, OTEYZA, Luis de: *Abd el-Krim y los prisioneros*. A Coruña, Ediciones del Viento, 2018.

143 Ibid.

144 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit. p. 374.

145 GÓMEZ MARTÍNEZ, Juan Antonio: *Mohammed ben Abd el-Krim el-Jatabi, según documentos oficiales españoles hasta 1904*, Murcia, 2008, p. 518. Véase también: MADARIAGA, María Rosa de: «La República del Rif. Un ensayo pionero de Estado moderno en el Magreb», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, septiembre-octubre 2015, pp. 30-34.

146 MADARIAGA, María Rosa de: *En el barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos...*, Op. Cit. p. 388

147 Ibid., p. 377.

148 Ibid., p. 378.



de Si Mohand Abd-el-Krim. [...] Constituye esta cabila el centro director y verdadero poder militar de toda la resistencia, y de su junta de jefes, bajo la inspección del referido Si Mohand, dimana la organización de las defensas en las líneas fronterizas y el espíritu de rebeldía que a toda costa trata de sostener en las demás cabilas, unas veces, con promesas de pronta liberación del yugo cristiano que les lleve a un régimen de independencia absoluta, y otras, con amenazas y con represalias violentas con cuantos intentan sustraerse a su influjo y colocarse al lado de la nación protectora. Su influencia nos dificulta eficazmente la reconquista del antiguo territorio sometido y la penetración en el que aún no lo estuvo<sup>149</sup>.

### C.2. La loma de los Árboles: el segundo acto

El Amekrán, como el Kert en 1911, se había convertido en una barrera, además de natural, psicológica tanto para defensores como para atacantes. En torno al río se estableció la línea del frente. Silvestre, después de la pérdida de Abarrán dio un paso atrás en sus pretensiones de avanzar. Reforzó las posiciones para asegurar la línea del frente, esperando posibles ofensivas de la harca, la cual, sabía por los informadores, se encontraba pletórica de ánimos tras el triunfo del 1 de junio. Por su parte, el alto comisario desde la zona occidental del Protectorado dedicaba todas sus energías al objetivo que se había marcado: ocupar el macizo de Yebala y una vez logrado ¿por qué no avanzar hacia el Rif y llegar hasta el mismísimo corazón de la rebeldía? Alhucemas, «el vellocino de oro» estaba a su alcance. Berenguer, embebido en su proyecto, no prestó la atención suficiente a la zona oriental; jamás imaginó que la situación, tras Abarrán se tornase tan crítica. Es más, probablemente la derrota de Silvestre y el repliegue hacia las posiciones de Annual, Buimeyán e Izummar fuera en el fondo una buena noticia, pues condicionó la actitud del comandante general quien, de momento, paralizó sus planes de avance, y a él le permitió centrarse en su objetivo, sin interrupciones ni sorpresas procedentes de la zona oriental.

El 14 de junio la información que recibía Silvestre era que la harca se hallaba concentrada en torno a las cercanías de Tizi Aza; un contingente compuesto por guerreros de Tensamán, Beni Urriaguel y también de Beni Tuzin, probablemente influidos de manera inmediata por la harca de Azilaf. El confidente aseguraba que en tres días empezaría el fuego sin saber el punto exacto. Informaba, además que contaban con tres ametralladoras<sup>150</sup>. En el plan político-militar, Beni Tuzin se consideraba en buena disposición y la muerte del caído Buljeriff se decía que había propiciado una mejora de las relaciones con los notables de la cabila, circunstancia que invitó a pensar que, aunque el territorio no estaba ocupado, sí que se hallaba sometido<sup>151</sup>.

No tardó la harca en iniciar los movimientos sobre los que alertaba el confidente. El día 16 de junio avanzaba por la margen derecha del Amekrán, amenazando las posiciones avanzadas de Igueriben, Buimeyán y Annual<sup>152</sup>. Todos los días, desde la posición de Buimeyán, partía una columna con

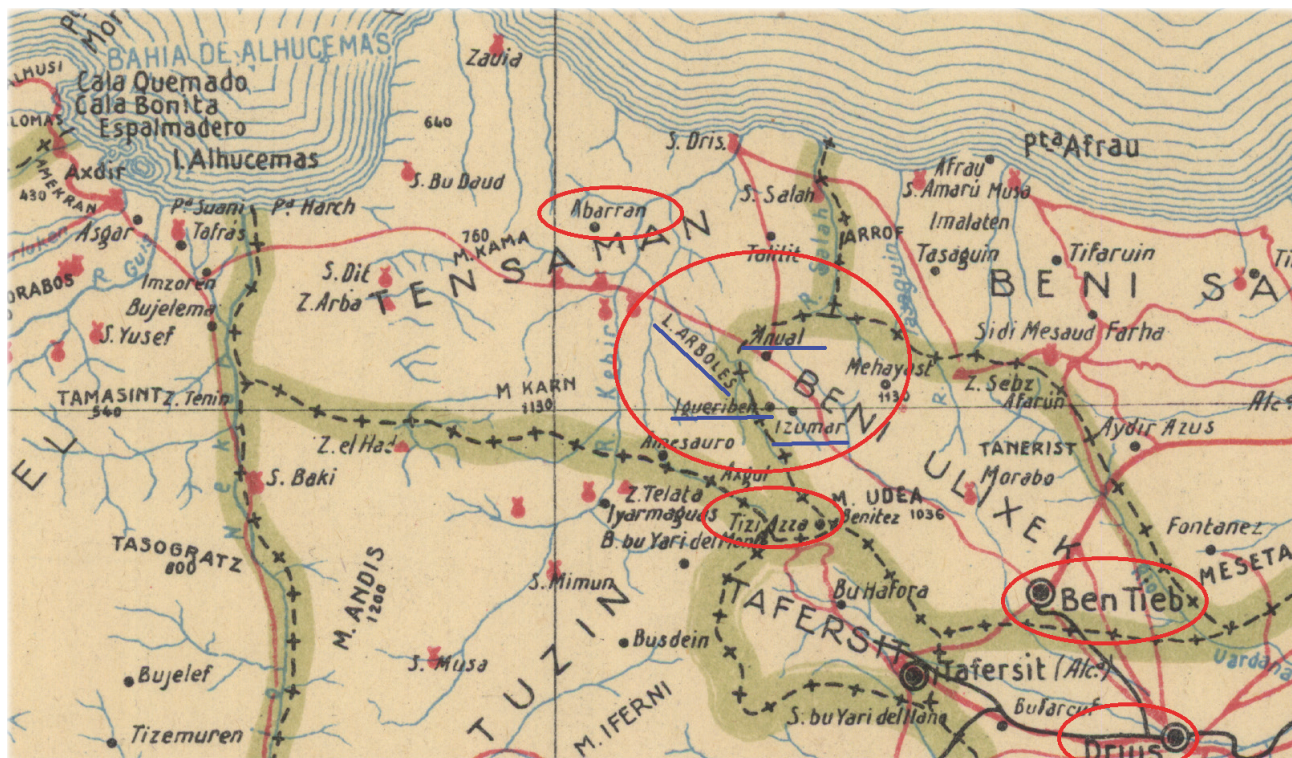
149 La Comisión de Responsabilidades, 5 de marzo de 1922, p. 198.

150 AGMM, África, caja 1525, carp. 23, p. 7

151 AGMM, África, *Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas*, caja 1525, p. 1.

152 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 478





MAPA Nº 15. Situación en junio de 1921.

Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

la misión de realizar una «descubierta» (operación de vigilancia) hasta las estribaciones de un monte próximo conocido como «La Loma de los Árboles». Nada más salir de la posición las fuerzas del ejército español se vieron sorprendidas por un intenso fuego de fusil. Sin poder avanzar, y después de horas de batalla, las unidades de la policía indígena retrocedieron sin órdenes para ello, comprometiendo al conjunto de las fuerzas. Aquel enfrentamiento produjo una impresión deprimente en las tropas peninsulares, porque aparte de las bajas sufridas, fueron testigos de cómo la policía indígena retrocedió en desorden<sup>153</sup>. La refriega de la «Loma de los Árboles» fue un nuevo golpe para el ejército colonial español; el segundo en quince días. Renunciar al control de aquel cerro contravenía las normas básicas de una guerra colonial, que no eran otras que contar siempre con la superioridad moral respecto a los naturales. El ejército de Silvestre estaba perdiendo la iniciativa<sup>154</sup>.

Mientras tanto, Berenguer continuaba con la ofensiva sobre Beni Arós. Convencido de su éxito, informaba al ministro de la Guerra de que pronto desplazaría tropas de choque a Melilla para activar «el evidente estancamiento de la penetración» y persistir en el plan político-militar cuyo objetivo era, una vez sometida la resistencia en Tensamán y asegurado el flanco que por Beni Tuzin amenazaba la marcha de las tropas, penetrar a Beni Urriaguel vadeando el río Nekor. Una vez establecido el ejército en el límite natural entre las cabilas de Tensamán y Beni Urriaguel, presionar mediante una operación Este-Oeste, ejerciendo un efecto pinza sobre la harca de Abd el-Krim. La idea de Berenguer,

153 AHN, TS, exp. 50, N 10, fol. 893. Declaraciones del teniente coronel Vera.

154 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*, Op. Cit. p. 262.





pues, era penetrar en el Rif desde Gomara por el territorio de Bocoya, mientras Silvestre desde sus bases en el río Nekor podrían presionar y ejercer el efecto pinza o tenaza ya citado<sup>155</sup>.

### C.3. Igueriben. A las puertas del apocalipsis

El Estado Mayor de Silvestre consideró que la posición reunía las condiciones defensivas suficientes para albergar un destacamento cuya misión era apoyar al campamento de Annual. Sin embargo, contaba con un servicio de aguada lejano, ya que debía realizarse desde Annual. Los caminos que llegaban a la posición estaban flanqueados por barrancos, accidentes del terreno que permitían a los cabileños parapetarse en sus alturas y hostilizar al convoy que cada dos días partía desde Annual, a cinco kilómetros, portando agua, víveres y municiones para los soldados<sup>156</sup>. La posición, desde el mismo instante de ser ocupada, fue hostilizada de forma permanente por parte de los rifeños. El convoy del día 17 de julio fue el primero que no pudo llegar impedido por la harca, que muy probablemente trató de someter la posición por la sed. Al día siguiente el comandante general escribió al alto comisario, dando cuenta mediante telegrama de que la columna encargada de llevar el convoy hasta Igueriben no lo había conseguido por verse atacada en el trayecto por la numerosa harca que impedía su paso<sup>157</sup>. Silvestre juzgaba la situación difícil y solicitaba refuerzos «para mantener nuestras posiciones que hoy y de prolongarse la actuación iniciada por la harca, juzgo se hallan amenazas»<sup>158</sup>.

Mientras esto sucedía, Berenguer, enfrascado en su proyecto de someter Yebala y Gomara, se enteraba de los sucesos por un telegrama del ministro de la Guerra que le preguntaba por ciertos alarmantes rumores que había publicado la prensa sobre algo ocurrido en Melilla. El telegrama entraba en las oficinas del campamento de el Rokba el Gozal de Beri Arós el día 18 de julio. El telegrama del ministro —señala Berenguer— se cruzaba con el del comandante general de Melilla, que entraba bien avanzado el día 18. Para más sorpresa, Silvestre solicitaba permiso para lanzar una ofensiva e infringir un duro castigo a los «rebeldes»<sup>159</sup>. Entretanto, en Igueriben, sus ocupantes morían de sed, bajo un sol abrasador y por efecto de los disparos de la harca; sin duda, la situación era dramática<sup>160</sup>.

El comandante Benítez, jefe de la posición comprendió que era imposible sostener la posición; en consecuencia, dio orden de inutilizar todo el material e incendiar las tiendas y los restos del depósito de víveres<sup>161</sup>. A continuación, decidió abandonar la fortificación. Entonces, los cabileños al contemplar la escena cayeron sobre los soldados españoles, entablándose una lucha cuerpo a cuerpo<sup>162</sup>. Finalmente, consiguieron entrar en Annual un sargento y diez individuos de tropa<sup>163</sup>. Los testimonios

155 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 485.

156 Una descripción de las vicisitudes en la posición en: CASADO ESCUDERO, Luis: *Igueriben: 7 de junio – 21 de julio de 1921*. Madrid, Almena, 2007.

157 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 2239.

158 Ibid.

159 AHN, TS, exp. 51, N 2, fol. 471.

160 CASADO ESCUDERO, Luis: *Igueriben: 7 de junio – 21 de julio de 1921*, Op. Cit. p. 85. También puede verse VV. AA: *Igueriben*, pássim: *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. III, apéndice V, octava parte.

161 AHN, TS, exp 50, N 5, fol. 1011.

162 Ibid.

163 AHN, TS, exp. 50, N 10, folios. 2244-2245

de algunos soldados de Annual describieron que aquellos hombres estaban totalmente extenuados y en estado de delirio mental. Muchos de los soldados destacados en Annual pudieron observar a los fugitivos, lo cual «influyó penosamente», conforme a la opinión del general Picasso, en la moral ya deprimida de las tropas<sup>164</sup>.

#### D. ANNUAL. EL DESPLOME DE LA COMANDANCIA

Podemos imaginar el estado de ánimo de quienes ocupaban el campamento de Annual aquellos días, bajo un calor sofocante, en mitad del Rif y rodeados de enemigos con una elevada moral y con la rabia contenida de quien durante más de dos lustros había visto impotente como su territorio estaba siendo usurpado por un ejército invasor. Un testimonio que puede aproximarnos a la realidad que seguramente compartían los defensores del campamento —incluso antes de que se produjeran los hechos de Igueriben— corresponde al teniente de Artillería Ernesto Nogués y Barrera, quien escribió una carta con fecha de 12 de julio —se desconoce el destinatario— que custodia el Archivo Histórico Nacional. En ella el militar se expresaba del siguiente modo:

Ahora estamos en un período estacionario, pues los avances demasiados rápidos, sin consolidar bien lo ocupado, han creado una situación bastante difícil [...] Otro desastre como el de Abarrán sería horroroso. Hemos atravesado unos días tristísimos de enorme depresión moral; se desconfiaba de las fuerzas indígenas, se hablaba de una insurrección del territorio; nos encontramos impotentes, faltos de elementos —y concluía— Sucedió lo que tenía que suceder: que mientras la cosa iba bien nadie se ocupó de deficiencias, pero cuando han venido los palos se ha visto que estábamos haciendo equilibrios y eso no puede ser. En fin, que hay en África para rato si Dios no lo remedia<sup>165</sup>.

Con el abandono de Igueriben el frente se tornaba débil. Todas las posiciones avanzadas próximas a Annual quedaban descubiertas y su campamento principal expuesto a la amenaza de los nativos que, practicando un movimiento envolvente sobre la posición, provocó que la situación se hiciera insostenible. Así lo estimó el general Picasso en su informe tras conocer los hechos<sup>166</sup>. Annual, el día previo al abandono de la posición sumaba casi cinco mil hombres.

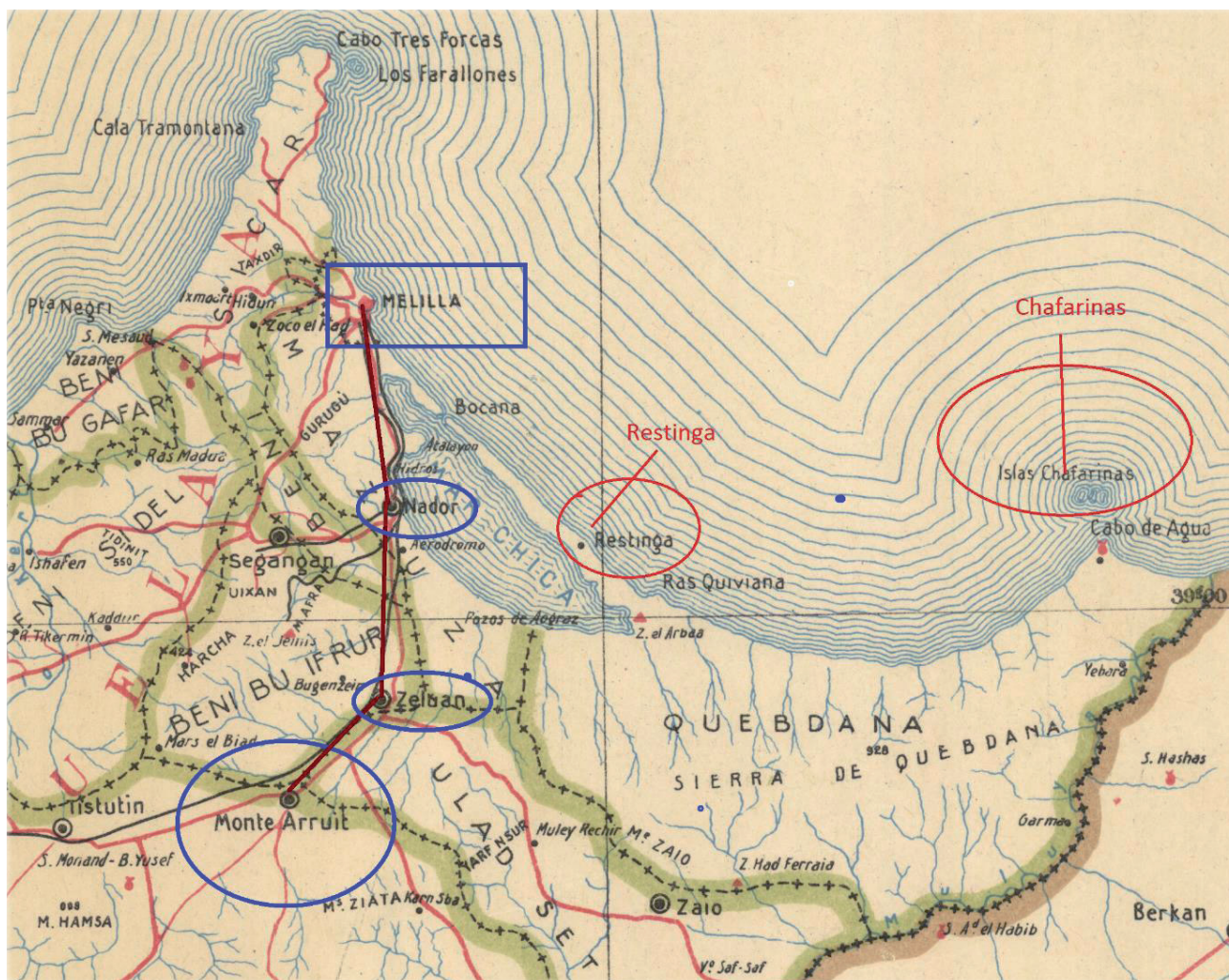
##### D.1. 22 de julio de 1922. El abandono de Annual

La documentación de archivo nos permite recrear lo que pudo suceder en Annual durante las horas previas a su abandono. Sabemos pues, que el comandante general convocó una reunión en su tienda con los jefes de unidades que se encontraban en la posición. Tras exponerles la situación, se hizo un examen de las circunstancias en las que se hallaban, aceptándose en principio la decisión de replegarse a una línea más retrasada y hacerse fuertes en ella hasta que llegaran los refuerzos. Se determinó la posición de Ben Tieb como la base principal de la concentración de fuerzas. Aquella de-

164 Ibid., fol. 2245.

165 AHN, TS, exp. 50, N 6, fol. 1320.

166 AHN, TS, exp. 50, N 10, fol. 2246.



MAPA Nº 16. Campamento de Monte Arruit en la cabila de Beni Bu Yahí, 26 de julio de 1921.  
Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

cisión se la comunicó Silvestre al ministro de la Guerra mediante telegrama cifrado a las 4:55 h. de la madrugada. Le informaba que, teniendo en cuenta que sus tropas eran constantemente hostilizadas, que las aguadas iban a ser muy sangrientas, con la línea de abastecimiento cortada, con municiones para un solo combate, resolvía abandonar la posición y dirigirse al campamento de Ben Tieb, donde se harían fuertes hasta que llegasen los refuerzos<sup>167</sup>. La evacuación del campamento se realizó de forma desorganizada, en contra a las instrucciones que se dieron. La harca batió con intensidad la primera parte del camino, en la huida hacia Izummar, pero no acosó verdaderamente la retirada, y la agresión fue debilitándose a medida que los soldados en desbandada se dirigían a Ben Tieb. La intensidad del ataque convirtió la marcha en una turbulenta retirada, llegando la columna a Batel en completa confusión a la caída de la tarde<sup>168</sup>. Casi sin detenerse y bajo una profunda confusión una parte de la columna continuó rumbo a Monte Arruit.<sup>169</sup> Parapetados en esta última fortificación Durante el asedio

167 AHN, TS, exp. 50, N 1, fol. 55.

168 AHN, TS, exp. 50, N 10, fol. 2299.

169 Ibid., fol. 2310.



que sufrió la posición, varios testigos señalan que el general Navarro «atendía a todas las necesidades y era el alma de la defensa, dando confianza y ejemplo a los demás con la serenidad de su ánimo»<sup>170</sup>.

A partir del 29 de julio se intentó aprovisionar la posición por medio de aviones, pero gran parte de lo que arrojaban los aparatos caían fuera del campamento<sup>171</sup>. Finalmente, Navarro, accedió a negociar una capitulación que permitiera salvar la vida de sus oficiales y soldados. El 9 de agosto se reunió a la puerta del campamento con tres jefes de fracción: Ben Chel-lal, Buharrahail y Abib-Lel-Lach. ¿En qué términos se concretó el acuerdo? Los comparecientes pactaron la entrega de la posición con todo el armamento, excepto los oficiales que podían salir armados. Toda la columna, incluidos los heridos, sería escoltada hasta Melilla. Las negociaciones duraron dos días, durante los cuales la harca prolongó el sufrimiento de los sitiados impidiendo que tuvieran acceso al agua<sup>172</sup>. Picasso, amparándose en los testimonios de los tenientes Gómez López y Peña (este último médico) describe que mientras las órdenes para evacuar la posición se extendían entre la tropa, el general Navarro junto a varios oficiales salieron de la posición a las 13:00 horas y acompañados de los citados jefes «moros» se dirigieron hasta las proximidades de la estación, donde les invitaron finalmente a entrar en ella. En ese momento, la harca irrumpió en el campamento y comenzó a batir de manera indiscriminada contra las fuerzas desarmadas que abandonaban la posición. Monte Arruit cerraba el círculo iniciado en Annual el 22 de julio. En tan solo dieciocho días se había perdido todo el territorio de la Comandancia General de Melilla. El jefe Ben Chel-lal mantuvo a Navarro en su casa hasta el 25 de agosto; ese día lo llevaron hasta Axdir en la costa de Alhucemas, pueblo natal de Abd el-Krim. Los nativos «faltaron falazmente a lo pactado, consumando la horrenda traición, y aniquilando los últimos vestigios de las fuerzas que compusieron un día la guarnición de la Comandancia General de Melilla»<sup>173</sup>.

La ciudad de Melilla, capital de la Comandancia General, quedó en una situación preocupante. A las 0:45 horas del día 24 de julio daba cuenta el alto comisario al ministro de la Guerra de su llegada a la Plaza. Berenguer, comunicaba a Eza: «aquí no existe nada de nada desde tropas y oficial de campaña hasta oficiales de Estado Mayor. El enemigo, en número, condiciones y recursos es muy superior a nosotros»<sup>174</sup>.

Las consecuencias ya las hemos visto, entre diez mil y doce mil muertos según las fuentes y todo el territorio de la Comandancia perdido.

## E. EL ASUNTO DE LAS RESPONSABILIDADES

El Gobierno de Allendesalazar, antes de dimitir el 13 de agosto, encargó al general de división, Juan Picasso González, entonces miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina, la instrucción de una información gubernativa para esclarecer los antecedentes y circunstancias que concurrieron en

170 Ibid., fol. 2316.

171 Testimonios de varios soldados recogidos en Ibid., fol. 2316 vuelto.

172 AHN, TS, exp. 50, N 10, folios 2320 vuelto y 2321.

173 Ibid., folios 2321 y 2321 vuelto. Conclusión del general Picasso.

174 AHN, TS, exp. 50, N 1, fol. 113.



el abandono de las posiciones del territorio en la Comandancia General de Melilla, en el mes de julio de 1921. La investigación dio comienzo el día 13 de agosto de 1921. El informe se estructura en diez piezas con un total de 2.418 folios. La causa fue instruida en virtud de la R. O. de 4 de agosto de 1921<sup>175</sup>. Ante la gravedad de lo ocurrido e incitado de un lado, por la opinión pública, impactada por los sucesos y ejerciendo a la par un indiscutible derecho, el poder ejecutivo, y en cuanto al asunto afecta, el Ministerio de la Guerra dispuso por medio de la citada R. O. que se abriese una información gubernativa para depurar las causas de los hechos ocurridos en la Comandancia General de Melilla<sup>176</sup>. El primer objetivo era informar al Gobierno y especialmente al ministro de la Guerra de las razones de lo ocurrido para que, si de ello se deducían responsabilidades en el orden penal, el Gobierno trasladase el asunto al poder judicial y éste, actuando con su presunta independencia, aplicase sus procedimientos propios y siguiese las consecuentes tramitaciones. Sin embargo, este no fue el camino legal. El primer hecho sorprendente fue limitar las competencias al juez instructor en virtud de las Reales Órdenes de 24 de agosto y 1 de septiembre por las que se le impedía investigar el comportamiento del alto comisario, lo cual, sin temor a equivocarnos redundó en el esclarecimiento del conjunto de circunstancias que contribuyeron a la caída de la Comandancia<sup>177</sup>. Un exhaustivo trabajo de investigación, del cual hemos obtenido datos, que nos han permitido reconstruir aquellas aciagas jornadas estivales en el norte de Marruecos.

El juez instructor finalizó su magna obra en abril de 1922. Esta fue enviada al Consejo Supremo de Guerra y Marina para que valorase las posibles responsabilidades de jefes y oficiales. Después de un primer análisis se decidió incoar procedimientos a treinta y nueve militares a quienes juzgaba negligentes por haber abandonado sus obligaciones. La responsabilidad alcanzaba a la máxima autoridad política y militar que en el tiempo que se sucedieron los hechos, dirigía los destinos del Protectorado, nos referimos a Dámaso Berenguer Fusté. El 10 de julio de 1922 se acordó el procesamiento del general de división, cesando inmediatamente en el cargo de alto comisario<sup>178</sup>. El Gobierno presidido por Sánchez Guerra elevó el *Expediente Picasso* a las Cortes para que las responsabilidades fueran, igualmente, objeto de análisis de los parlamentarios. La circunstancia sirvió para que el partido socialista e Indalecio Prieto en particular acusaran al monarca en sus atribuciones de jefe del Estado de ser el culpable de todos los errores cometidos en Marruecos<sup>179</sup>. La acusación del diputado socialista «apuntaba a los cimientos mismos del sistema: se dirigía conjuntamente a las dos instituciones reencontradas en 1874 —la Corona y el Ejército— antes incluso de que el sistema Cánovas se alzase sobre esos cimientos»<sup>180</sup>. Las sesiones en el Parlamento en torno a la cuestión de Marruecos se convirtie-

175 AHN, TS, exp. 50, N 1, fol. 1.

176 Respecto al impacto social véase el interesante artículo de María Gajate: «El desastre de anual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», *RUHM* 3, Vol. 2, 2013.

177 Gaceta de Madrid, 24/08/ y 01/09/ de 1921.

178 ALÍA MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición*. Madrid, Catarata, 2018, p. 45.

179 DSC, legislatura 1922-1923. Sesiones correspondientes a los días 21 y 22 de noviembre de 1922, núm. 105 y núm. 106 respectivamente.

180 SECO SERRANO, Carlos: *La España de Alfonso XIII. El Estado. La política. Los movimientos sociales*. Madrid, Espasa, 2002, p. 680.



ron en una verdadera pesadilla para el rey. El asunto de las responsabilidades y la constante presión del socialista Prieto pusieron al monarca en una situación muy comprometida. Finalmente, El golpe de Estado de Primo Rivera, el 13 de septiembre de 1923, evitó que se celebrase la sesión parlamentaria que estaba prevista para el 2 de octubre de 1923, donde algunos diputados podían incriminar a Alfonso XIII<sup>181</sup>. El 26 de junio de 1924, el Consejo Supremo de Guerra y Marina fallaba contra Berenguer y Navarro. El primero fue separado del servicio y pasó a la reserva. Navarro, fue absuelto. El 4 de julio el rey firmó una amnistía para todos los militares implicados en los sucesos de Annual. Se cerraba así el tema de las responsabilidades. Berenguer fue incluso nombrado jefe de la Casa Real<sup>182</sup>.

#### **F. LA CONFERENCIA DE PIZARRA. EL ÚLTIMO INTENTO DE UN GOBIERNO CONSTITUCIONAL DE PROYECTAR LA OPERACIÓN DE DESEMBARCO EN ALHUCEMAS**

El nuevo Gobierno presidido por Antonio Maura sucedió al dimisionario Allendesalazar el 13 de agosto de 1921. Un inicio de legislatura bien recibido por la opinión pública<sup>183</sup>. Sin embargo, tan solo estuvo siete meses en el cargo, puesto que en marzo de 1922 sobrevino una crisis de Gobierno que provocó la dimisión del político mallorquín. Durante ese corto espacio de tiempo se distinguen dos períodos perfectamente diferenciados. El primero, entre agosto y octubre, donde la acción se centró en las medidas de «reparación y castigo», lo que se ha calificado como «el desquite», y en el que contó con el apoyo del resto de las fuerzas políticas del Parlamento; y un segundo período a partir de la apertura de Cortes en octubre de 1921, donde la oposición se mostró crítica con las medidas gubernamentales<sup>184</sup>.

Nada más acceder a la presidencia, Antonio Maura recibió en su despacho la dimisión del alto comisario, petición que rechazó. Con ese gesto ratificó su confianza en Dámaso Berenguer, en un momento muy delicado para el militar por las críticas que estaba recibiendo desde un sector del ejército, por no auxiliar a la guarnición sitiada en Monte Arruit que encabezaba el general Navarro. Gómez-Jordana, coronel entonces del gabinete del alto comisario y crítico con Berenguer, defendió en esa ocasión su decisión, y señaló que tras el desastre, el Gobierno suministró materiales y pertrechos de guerra procedentes de un saldo, incompletos, mezclados, improvisados, los hombres sin instrucción, los jinetes sin saber montar «¿y con esa caballería pretendía el difunto general Weyler que se hubiera socorrido Monte Arruit? Era imposible —concluía el africanista— dado el desbarajuste generalizado de tropas y material que se hallaba en Melilla»<sup>185</sup>. El propio Berenguer telegrafió a Maura poco después de que este tomara posesión, para describirle la situación de la Comandancia General

181 ALÍA MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición...*, Op. Cit. p. 47.

182 Ibid., p. 54.

183 «Crisis resuelta. El señor Maura presenta al Rey la lista de los nuevos ministros», *El Heraldo de Madrid*, 13 de agosto de 1921. «Crisis resuelta» titulaba también *La Época*.

184 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura...*, Op. Cit. pp. 295-296.

185 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Op. Cit. p. 41.



de Melilla. Es importante tener en cuenta las impresiones del alto comisario para imaginar lo que el presidente del Consejo de Ministros pudo pensar respecto al grave problema que tenía planteado y sobre el que debía tomar medidas. En el escrito, el alto comisario describía la auténtica realidad: «se ha perdido la casi totalidad del territorio ocupado desde el año 1909; además de la gran mayoría de las fuerzas, del material y elementos de combate. La zona bajo control del ejército se limitaba a Melilla y sus alrededores». Berenguer alertaba sobre la posibilidad de que la rebelión se extendiera sobre Gomara y el Yebala, en la zona occidental del Protectorado, animados por el triunfo de los rifeños<sup>186</sup>. Maura debió quedar impresionado, pues conocía el territorio —él era el presidente del Consejo de Ministros en 1909— y, aunque se mostraba partidario de dar prioridad a la acción civil en el Protectorado, concentró entonces en Marruecos una fuerza de 160.000 hombres<sup>187</sup>. Gran encrucijada, pues, para el presidente; quien, por un lado, consideraba inexcusable llevar a cabo una tarea punitiva de castigo y represalias sobre los responsables de la masacre de soldados españoles, pero, por otro lado, pensaba que el Protectorado era una empresa civil y nunca plenamente militar<sup>188</sup>. Reconocía que, en efecto, había que castigar ejemplarmente a los Beni Urriaguel, a quienes consideraban principales inspiradores de la «rebeldía», pero ¿cómo llegar a sus dominios territoriales? Por tierra, como había quedado demostrado, era una inmensa locura. La única vía, pues, era desembarcar a las tropas en las costas de Alhucemas, para desde allí «irradiar civilización o cañonazos». De la misma opinión era González Hontoria, ministro de Estado, quien en una carta escribía al presidente insistiendo que, en efecto debían ocupar Alhucemas desde el mar además de otras plazas litorales<sup>189</sup>. La idea de dominar la bahía de Alhucemas y domeñar a sus moradores se convirtió casi en una obsesión para Maura. Éste debía satisfacer a los africanistas, ávidos de venganza, sin que ello supusiera aceptar su deseo de ocupar por medio de una guerra total todo el territorio.

Maura parecía tener claro que la presencia española en Marruecos debía salvaguardar la autoridad del Majzén y nunca imponer por la fuerza su propio Gobierno, pero en esa tarea había un gran obstáculo de superar desde 1909: Beni Urriaguel. Para culminar la obra, pues, decidió «acometer desde luego las operaciones que hayan de formar el empeño de Alhucemas»<sup>190</sup>. Posicionarse en la costa septentrional de Marruecos supondría, además de tener acceso al centro neurálgico de la insubmisión, dominar un espacio considerado geoestratégicamente fundamental para la defensa y seguridad de España<sup>191</sup>. Es posible que la idea de la «frontera natural» la tomase Maura de Cánovas del Castillo, quien situaba en el Atlas marroquí dicho límite<sup>192</sup>.

Desembarcar en Alhucemas era, por tanto, «la operación definitiva», como la calificó el general Agustín Luque en 1911; «un asunto de la mayor importancia, un paso decisivo en nuestra zona orien-

186 Fundación Antonio Maura (en citas sucesivas FAM), 364/1.

187 CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la: *Notas de mi vida*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1955, p. 249.

188 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura...*, Op. Cit. pp. 295-296.

189 FAM 442-5-V, carta del ministro de Estado al presidente del Consejo sobre castigos ejemplares a los Beni Urriaguel (s.f.).

190 Ibid., 441-10. Nota manuscrita de 31 de enero de 1922.

191 TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura...*, Op. Cit. p. 305.

192 MADARIAGA, María Rosa de: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid, Alianza, 2005, p. 166.

tal de Protectorado» había insinuado Luis Aizpuru en 1913; y Axdir, poblado natal de Abd el-Krim, la llave del desembarco en opinión del general Francisco Gómez Jordana; además de un anhelo constante del rey. En este sentido, existe un documento en la Fundación Antonio Maura cuya autoría corresponde al ministro de Marina, José Gómez-Acebo y Cortina, Marqués de Cortina, donde le explica a Antonio Maura que se ha reunido con el rey y que éste le ha insistido en desembarcar a las tropas en Alhucemas; «yo he respondido que el Gobierno, de momento, trabaja para ocupar por mar la posición de Sidi Dris, que luego ya se vería»<sup>193</sup>.

Existía por tanto verdadero propósito de ocupar la bahía de Alhucemas. Antes de que acabara el año 1921, el 4 de diciembre de 1921 el ministro de Estado, Manuel González Hontoria solicitaba al alto comisario que pidiese a su jefe de gabinete militar, Francisco Gómez-Jordana Sousa una copia de la carta que, en 1913 su padre, entonces comandante general de Melilla, envió al alto comisario, Felipe Alfau, en la que se condensaba el plan que el Gobierno había aprobado para desembarcar en Alhucemas que, preparado para la madrugada que del 14 al 15 de junio del citado año se suspendió dos días antes<sup>194</sup>. Éste le respondió que el coronel Gómez-Jordana no disponía en el archivo de su difunto padre el citado documento<sup>195</sup>. Con toda probabilidad Antonio Maura encargó al ministro de Estado que realizara él la gestión de búsqueda de aquel plan con la intención de ponerlo sobre la mesa ante las autoridades militares.

Naturalmente 1921 no era 1913 y las cosas habían cambiado; ahora se enfrentaban a un pseudo ejército organizado, bien dirigido por su jefe, Mohamed Abd el-Krim, y dotado de armas modernas, entre las que destacaban más de cien cañones capturados al ejército español, así como ametralladoras diversas<sup>196</sup>. La maniobra era más arriesgada porque tampoco se contaba con la colaboración de un partido amigo en el entorno de la bahía, pero Maura pensó que «ocupar posiciones en la costa de Alhucemas era vital para acabar con la resistencia». Alhucemas, como venimos repitiendo, era el objetivo final de la campaña que Berenguer había iniciado. Pensaba que se trataba del único modo de someter a los irreductibles beniurriagueles. Con el firme convencimiento de estudiar cómo y cuándo acometer la operación, Maura convocó en el pueblo malagueño de Pizarra a las autoridades competentes (militares y civiles) en febrero de 1922. Hay quien considera que Maura eligió Pizarra con el fin de evitar la presencia de Berenguer en Madrid, cada día más cuestionado entre los políticos, la opinión pública y un sector del ejército<sup>197</sup>.

El día 4 de febrero comenzaron las sesiones a las que concurrieron «los diez de Pizarra» según la expresión de Vicente Fernández Riera<sup>198</sup>. Los asistentes fueron: Antonio Maura, presidente del Consejo de Ministros; Manuel González Hontoria, ministro de Estado; Marqués de Cortina, ministro

193 Ibid., 278-5

194 Amplio análisis del proyecto de desembarco en el capítulo V de esta tesis doctoral: «Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913».

195 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 1.

196 FAM, 364/1. El almirante de la Escuadra, Juan Bautista Aznar reconoce que durante el desastre se perdieron cien piezas.

197 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 545.

198 «Pizarra en el recuerdo. La Conferencia de Pizarra», *Revista Jábega* nº 17, Málaga, 1977, pp. 29-31.



de Marina; Juan de la Cierva Peñafiel, ministro de la Guerra; general Dámaso Berenguer Fusté, alto comisario; general Luis Aizpuru Mondéjar, jefe del Estado Mayor Central; general Agar, segundo jefe del Estado Mayor Central; Julio Ardanaz Crespo; subsecretario de Guerra; almirante Buhigas, jefe del Estado Mayor Central del Ministerio de Marina y almirante Juan Bautista Aznar, jefe de la Escuadra Naval de África.

«El ministro confirma el viaje y la conferencia con Berenguer» apuntaba Cándido Lobera, director del *Telegrama del Rif*. En efecto, La Cierva, compareció ante los periodistas y confirmó ser cierto su viaje a la provincia de Málaga. Preguntado por los planes futuros se limitó a decir: «iremos donde debamos ir y se hará lo que deba hacerse, sin alterarse la unanimidad de criterio del Gobierno»<sup>199</sup>. En el salón de conferencias del Congreso se habló, según este periódico, profusamente de la Conferencia de Pizarra. «Algunos la han denominado la *Conferencia de Hythe*, teniendo en cuenta que allí se iniciaron las conversaciones para resolver las dificultades que se presentaron a la ejecución del Tratado de Versalles»<sup>200</sup>.

El sábado 4 de febrero de 1922 salieron de Madrid en el Expreso el presidente del Consejo de Ministros, González Hontoria y el Marqués de Cortina<sup>201</sup>. La conferencia tuvo lugar en la finca del Conde de Puerto Hermoso, en la que se había alojado el rey cuando se verificó la inauguración del pantano del Chorro<sup>202</sup>. El mismo sábado por la tarde llegaba a Málaga el almirante Juan Bautista Aznar, procedente de Ceuta en el Acorazado *España*<sup>203</sup>. Para *ABC* el momento en el que se celebraba la cumbre político-militar de Pizarra era crítico en la campaña. España (el Gobierno español) según el redactor, no sabía lo que hacer en Marruecos, no veía el problema con claridad:

Y es que España —afirmaba el corresponsal del diario— no tiene afición a Marruecos, no lo siente como una necesidad nacional; al contrario, se trata de un tema que le disgusta. España no se atreve a abandonarlo ni se decide a dar fin a la empresa. Años atrás, algunos políticos, pocos, pensaron en Marruecos con un pensamiento puramente internacional. Más tarde el Ejército se encariñó con la aventura, quizás por olvidarse de la repatriación del 98, o porque realmente sentía el problema marroquí. El pueblo nunca, nunca le tomó afición<sup>204</sup>.

En el diario *La Época* se ocupaban de la cuestión de Marruecos intuyendo que lo que se discutía «es el momento oportuno de realizar la operación de Alhucemas»<sup>205</sup>.

«Dice el señor Maura que el acuerdo ha sido completo. La impresión que se tiene es de que el acuerdo ha sido efectuar la operación principal en nuestra zona de Marruecos en el instante oportuno y en circunstancias de estación propicias»<sup>206</sup>.

199 *El Telegrama del Rif*, 4 de febrero de 1922.

200 Ibid.

201 «El Gobierno consultará al general Berenguer en Pizarra», *El Telegrama del Rif*, 4 de febrero de 1922.

202 «La Conferencia de Pizarra», *Revista Jábega*, nº 17, 1977, pp. 29-31.

203 *El Telegrama del Rif*, 4 de febrero de 1922.

204 *ABC*, 6 de febrero de 1922.

205 «El Gobierno y el mando de África han conferenciado», *La Época*, 7 de febrero de 1922.

206 Ibid.

### F.1. Asuntos tratados y acuerdos alcanzados

Las sesiones comenzaron la misma tarde del 4 de febrero sobre la base del análisis de la situación de la zona. En este sentido, se desarrolló un cambio de impresiones acerca de los diferentes problemas militares y políticos existentes en el Protectorado, a raíz del derrumbe de la Comandancia General de Melilla. Se abordó, en primer lugar, el plan de acción a seguir en la zona occidental, donde perduraba desde hacía una década la influencia de El Raisuni como principal barrera para someter el territorio. De manera unánime se acordó que había que llevar a cabo una ofensiva para neutralizar su «rebeldía» tan pronto como las circunstancias meteorológicas garantizaran una maniobra eficaz<sup>207</sup>.

En cuanto a la región oriental, punto más debatido, especialmente en lo concerniente a limitar la ocupación, a la ya realizada hasta ese momento, o extender el avance para dejar dentro de las líneas bajo control del ejército la cabila de Beni Said y el temible y problemático Monte Mauro, considerado un auténtico baluarte en torno a la línea del Kert. Finalmente, el Gobierno hizo prevalecer su criterio respecto a la preeminencia de los efectos políticos sobre las acciones militares. Éstas debían reducirse a operaciones móviles de ida y vuelta en apoyo de la actividad política. Antonio Maura quería evitar que se reprodujesen los errores del verano anterior y frenaba el impulso ofensivo iniciado en el mes de septiembre de 1921.

El domingo los asistentes retomaron las conversaciones y abordaron el tema principal por el que allí se habían dado cita: someter a los Beni Urriaguel; sin duda, la cuestión más espinosa. La derrota de esa cabila se consideró «completamente necesaria»<sup>208</sup>. Tras un largo análisis se concluyó que el objetivo no podía alcanzarse yendo a combatir con ellos de cerro en cerro porque la experiencia había demostrado que era un plan descabellado. El paso de Tensamán a Beni Urriaguel discurre por una inexpugnable muralla natural, «viendo los impresionantes paredones rocosos, uno se pregunta, ¿cómo Silvestre creyó alguna vez que podría llevar a sus pobres soldados hasta Alhucemas?»<sup>209</sup>. Recordemos que en aquella mesa estaba sentado el alto comisario y máxima autoridad, política y militar, en el territorio del Protectorado. Nos preguntamos si Berenguer no se sintió entonces avergonzado y responsable de aquellos luctuosos sucesos.

Desde 1911 se venía defendiendo la idea de que Alhucemas solo podía alcanzarse vía marítima; por medio de un desembarco. Se acordó entonces que había que ocupar en la bahía las posiciones necesarias para establecer la continuidad de la zona del Protectorado por el litoral. Ese objetivo se aupó como el coronamiento final de la campaña<sup>210</sup>. Maura insistió durante la sesión vespertina en la concentración de esfuerzos en dicha empresa y delante de militares y políticos expresó de forma clara que «si estuviese en sazón emprenderíamos ahora mismo el objetivo de Alhucemas», pero eludiendo la apariencia, a su juicio, «dañosa e inexacta», de que se buscaba una ocupación militar del país<sup>211</sup>. Maura, pues, aún pensaba que era posible una acción política de atracción, lo cual indica

207 FAM, 351/17.

208 Ibid., p. 2

209 SILVA, Lorenzo: *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*. Barcelona, Planeta, 2017, p. 112.

210 FAM, 351/17, p. 2.

211 Ibid.





que estaba fuera de toda realidad, ya que, desde el desastre de 1921, el Rif entero, de Este a Oeste, estaba levantado en armas contra el ejército español bajo la dirección de un jefe respetado, Abd el-Krim, el cual había inspirado entre su gente la idea de poder ser y vivir libres y no estar gobernados por nadie; por ello, el futuro presidente de la República del Rif (*Yammahiriya Rifiya*) jamás aceptaría aquel Protectorado.

Finalmente, los allí presentes determinaron que la ocupación de Alhucemas y las respectivas operaciones en Oriente y Occidente, nada tenían que ver y eran, por tanto, acciones desligadas<sup>212</sup>. Sin embargo, organizar una operación de desembarco de una envergadura razonable, como era el caso, requería un tiempo de preparación adecuado y proporcionado a la magnitud de la empresa. Tanto el alto comisario como el almirante Juan Bautista Aznar, así como el más autorizado Luis Aizpuru, convinieron que la estación tampoco era la más adecuada. Las playas para desembarcar había que seleccionarlas con cautela porque en esa ocasión y sin precedentes en los proyectos anteriores la costa estaba artillada con los cañones que la harca había arrebatado al ejército español —en torno a cien piezas— tras el abandono de campamentos y posiciones durante los meses estivales de 1921<sup>213</sup>.

Un estudio que había realizado el almirante, Juan Bautista Aznar, descubría que en las alturas próximas a la costa de Alhucemas el enemigo había apostado veinticuatro cañones modelo Schneider de 7.5 cm, suficientes a su juicio, para convertir las edificaciones del Peñón de Alhucemas en un montón de ruinas en poco tiempo<sup>214</sup>. Quedó, pues, bastante claro para los concurrentes que la operación había que afrontarla «a viva fuerza», ya que no existía un partido favorable que apoyase o simplemente se inhibiese de ejercer hostilidad al tomar tierra las tropas. Recordemos que en 1913 Abd el-Krim (padre) había conseguido que gran parte de las fracciones de cabila de Beni Urriaguel no atacasen a las fuerzas desembarco, a cambio de pensiones que el Gobierno español debía pagar a los líderes implicados. Estos pensionados perdieron sus retribuciones cuando el general Silvestre se hizo cargo de la Comandancia General y decidió retirar dichas pagas. En cualquier caso, en aquel pueblo malagueño un frío fin de semana de febrero se tomó la decisión de desembarcar en Alhucemas a la espera de señalar una fecha exacta en el calendario para acometerla. Se planteó ejecutarla a finales de mayo o principios de junio. Así mismo, las fuerzas que tomarían parte procederían de la región occidental del Protectorado con el fin de no restar hombres a la Comandancia Melilla.

Mientras tanto, se acordó ejercer un riguroso bloqueo sobre la costa rifeña, además de operaciones de bombardeo aéreo recurrentes para «demostrar a los beniuurriagueles que España no retrocedía ante ellos»<sup>215</sup>. Para pergeñar el planeamiento de la operación se nombró una comisión formada por miembros de los Estados Mayores Centrales del ejército de tierra y de la marina junto al personal de Estado Mayor que designara el alto comisario y el jefe de la Escuadra<sup>216</sup>. Berenguer ordenó a su

---

212 Ibid.

213 Ibid., p. 3

214 FAM, 364/1, p. 2

215 FAM, 364/1, p. 4

216 Ibid., p. 5

gabinete militar elaborar un estudio previo que incluyera el número de tropas necesarias, así como una estimación de los buques de guerra y de transporte precisos<sup>217</sup>. Los técnicos reflejaron en el informe la necesidad de maniobrar con 16.000 hombres; de ellos 3.140 debían ser tropas regulares (nueve tabores con sus mias de ametralladoras); 3.500 soldados del tercio (cinco banderas), y ocho baterías de montaña. En cuanto a buques de la armada se preveía la utilización de dos acorazados, dos cruceros y seis cañoneros, además de numerosos elementos de transporte. El estudio se envió al Gobierno para su análisis, tal y como había solicitado Antonio Maura. El ministro de la Guerra reunió a la comisión presidida por los más competentes y autorizados militares, los jefes de los Estados Mayores de tierra y de la marina, Aizpuru y Buhigas respectivamente, junto a los comandantes Pedro Rico, de Estado Mayor, Pedro Jevenois Labernade, de Artillería y Castro Girona de Infantería; los tres prestaban servicio en el Estado Mayor Central<sup>218</sup>. Por parte de la marina participó en el equipo de expertos el capitán de Corbeta Pérez Chao. No habían transcurrido dos días desde que la comisión iniciara el estudio del plan sobre Alhucemas cuando el 7 de marzo de 1922, Maura presentó su dimisión ante el rey. Las reticencias en el seno del Gobierno respecto a la idea de llevar a cabo una operación anfibia sobre Alhucemas provocaron la caída del gabinete del «desquite» o la «reconquista». El político catalán y ministro de Hacienda, Francisco Cambó se mostró totalmente contrario a efectuar la operación porque, en su opinión, «España, históricamente se ha mostrado incapaz de desarrollar una labor colonizadora en la aplicación de los principios del Protectorado: respeto del pensar y sentir de los otros incompatible con el *assimilisme* del modelo de dominación española»<sup>219</sup>. Carecía a su juicio del interés económico que sí tenía el Protectorado francés. El proyecto español en Marruecos era, en su opinión, un mero programa de ocupación militar «sin otro fin que la ocupación en sí»<sup>220</sup>. Finalmente, las discrepancias entre Cambó y Maura avivaron la crisis que acabó con el proyecto de desembarcar en las playas de Alhucemas.

El 9 de marzo se publicó el nombramiento de Sánchez Guerra como presidente del Consejo de Ministros<sup>221</sup>, quien se mostró tajante respecto al Protectorado: «Habremos de resolver el magno problema de Marruecos, sima enorme donde se pierden vidas y dinero»<sup>222</sup> pero «no se llevará a cabo la acción de Alhucemas; a Alhucemas no habrá que ir en ningún caso sino mediante acción política y sin operaciones militares»<sup>223</sup>. Parte de la prensa española había adoptado, igualmente, una postura negativa respecto a lanzar una ofensiva anfibia sobre el litoral que bañaba Beni Urriaguel, pues, profetizaban un desastre si se acometía la empresa. García Figueras se lamentaba de que en Axdir, Abd el-Krim conocía al detalle los preparativos que se estaban pergeñando para llevar a cabo un desembarco, motivo por el cual el alto comisario elevaba una denuncia al Gobierno, implorando

217 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 111.

218 Ibid., p. 112.

219 FAM 169-10. Artículos publicados en *La Veu de Catalunya* en el mes de octubre de 1922.

220 Ibid.

221 BOE. Gaceta de Madrid, núm. 68, 9 de marzo de 1922, página 1051.

222 Soldevilla, Fernando: *El Año Político*, 1922, p. 99.

223 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 112.



una rotunda censura a los periódicos, a su juicio, único modo de garantizar el elemento sorpresa, fundamental para alcanzar el éxito<sup>224</sup>.

Paralelamente, José Sánchez Guerra decidió pasar a las Cortes el *Expediente Picasso*. La espinosa cuestión de las responsabilidades por el desastre de 1921 convirtió el Parlamento en una olla a presión donde el diputado Indalecio Prieto, del Partido Socialista Obrero Español, centró las acusaciones en la figura del rey. Le culpó a él de todos los errores cometidos en Marruecos. A tal extremo llegó la tensión, que el presidente del Consejo de Ministros, el 30 de noviembre se levantó de su escaño y anunció que presentaba su dimisión<sup>225</sup>. Indalecio Prieto aprovechando un discurso que pronunciaba en el Ateneo de Madrid concluyó que la caída del Gobierno no tuvo otro objeto que cortar el debate sobre las responsabilidades y el suplicatorio contra Berenguer. Acusó en última instancia a «determinada personalidad» en clara alusión al rey<sup>226</sup>.

## CONCLUSIONES

Hemos visto como Berenguer, llegó a Marruecos en 1919 convencido de ocupar la bahía de Alhucemas en un corto período de tiempo; sin embargo, su gestión al frente de la Alta Comisaría derivó en la mayor derrota del ejército colonial español en Marruecos. En el presente capítulo hemos visto las graves consecuencias de pretender alcanzar la costa de Alhucemas por tierra. Un estrepitoso fracaso y una tragedia en vidas sin parangón en el ejército colonial español, que pereció casi sin presentar batalla. Los hechos de Annual provocaron un gran impacto en la opinión pública española y llevaron al gobierno de Allendesalazar a dimitir en bloque. El general Fernández Silvestre trató de alcanzar Alhucemas por tierra desde sus bases en Tensamán y someter a los «rebeldes» beniurriagueles. Un plan descabellado para quienes habían precedido en la Comandancia General de Melilla a Silvestre: Aldave, Jordana o Aizpuru, quienes siempre manifestaron que la subordinación de Beni Urriaguel tan solo se lograría, tomando posiciones en la costa de Alhucemas, pero por mar, mediante un desembarco, y con la complicidad de las fracciones de cabila próximas a la costa. La solución para los africanistas, al enquistado problema de la penetración en el territorio continuaba estando, efectivamente en Alhucemas. Desde 1911 se había considerado que «la clave del problema rifeño no estaba en Melilla, sino en Alhucemas, y mientras no se sometiese Beni Urriaguel, no habría paz en el Rif»<sup>227</sup>. Esa posición fue común para el conjunto que conformaba el sector africanista del ejército; no en cuanto a la estrategia para conseguirlo. Al asumir la presidencia del Consejo de Ministros, Antonio Maura entendió igualmente que, para frenar las recurrentes ofensivas de los guerreros de beniurriaguel, era necesario tomar posiciones en el litoral que bañaba las costas ocupadas por esos «indómitos hombres», evitando de ese modo que llegasen armas mediante el contrabando marítimo, y a la vez implementar una

224 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos: La acción de España en el norte de África...*, Op. Cit. p. 184.

225 ALÍA MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición*, Op. Cit., p. 47.

226 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*. Madrid, Gráficas Lar, 1944, p. 71.

227 *El Telegrama del Rif*, 18 de octubre de 1911.

tarea de atracción permanente con el objeto de convencer a sus moradores de las «bondades que les proporcionaría la nación protectora». Con ese planteamiento de fondo, es decir, tomar posiciones en la bahía para desde allí «irradiar civilización o cañonazos» —como expresó Maura— se convocó en Pizarra a las autoridades militares y políticas. Sin embargo, aquel encuentro demostró que no había una idea clara, firme y cerrada acerca del plan de operaciones a seguir en Marruecos. La división en el seno del gabinete se hizo patente y lejos de alcanzar un acuerdo se acrecentaron las diferencias. Ciertamente, se había hecho hasta el momento un gran esfuerzo, humano y económico, incrementado a raíz del desastre acaecido durante los meses de julio y agosto de 1921. Autoridades civiles y militares habían convenido en llevar a cabo una acción de «reconquista» tomando como guion el plan de operaciones diseñado por el alto comisario, Dámaso Berenguer, a petición del presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura. El alto mando militar de Marruecos señaló que era necesario llevar a cabo una demostración de fuerza que sirviera para «imponer respeto» a las cabilas indígenas en la zona del Protectorado español. Perseguía igualmente imbuir a la opinión internacional la idea de que España era capaz de imponer el orden en su espacio africano de influencia y era, desde luego, lo que estaba por conseguir en aquel contexto de la reunión en el pueblo malagueño de Pizarra. La idea de desembarcar fue uno de los acuerdos que se alcanzó, de hecho, se nombró una comisión de expertos para estudiar y elaborar un proyecto de desembarco que trabajó afanosamente; sin embargo, diferencias insalvables entre Francisco Cambó, ministro de Hacienda y contrario a la idea del desembarco y Antonio Maura, partidario de ejecutarla, condujeron a la caída del Gobierno. Una vez más quedó aplazada la operación. En julio de 1923 se propuso de nuevo; en esa ocasión, sus principales impulsores fueron Luis Silvela (alto comisario civil del Protectorado) y el encargado de llevarla a cabo, Severiano Martínez Anido (comandante general de Melilla).



## CAPÍTULO VII

### EL ÚLTIMO GOBIERNO DE LA RESTAURACIÓN Y EL PROYECTO «SILVELA-ANIDO» DE 1923

El 1 de diciembre de 1922, Francisco Cambó proponía en el Congreso acusar ante el Senado a Manuel Allendesalazar, al vizconde de Eza y al Marqués de Lema, presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra y ministro de Estado respectivamente cuando se produjeron los hechos de Annual, para que se depurasen las responsabilidades en las que pudieran haber incurrido<sup>1</sup>. José Sánchez Guerra, presidente del Consejo de Ministros, mantenía esa misma tarde un encuentro con el rey en el Palacio Real con objeto de presentar su dimisión. Una hora más tarde Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, se reunía con Alfonso XIII; a su salida expresaba:

He dicho a S. M. que en las circunstancias en que se había producido la crisis no podía quedar pendiente del Senado el suplicatorio contra el general Berenguer, ni era posible sustraer al Congreso el conocimiento del pleito de las responsabilidades derivadas del Expediente Picasso<sup>2</sup>.

El objetivo inmediato, pues, era resolver el asunto de las responsabilidades, elaborar un proyecto de ley para disolver las juntas militares y regular los métodos de ascenso en el ejército. El presidente dimisionario no estaba dispuesto a secundar la ponencia de los liberales en el *expediente Picasso*. El día 7 de diciembre quedó constituido el nuevo gabinete de concentración liberal, presidido por Manuel García Prieto y junto a él grandes figuras de la política del momento. Las carteras quedaban distribuidas del siguiente modo: Santiago Alba, ministro de Estado; Gracia y Justicia, Conde de Romanones; ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora; Marina, Luis Silvela; Hacienda, José Manuel Pedregal; Gobernación, Duque de Almodóvar del Valle; Fomento, Rafael Gasset; Instrucción Pública, José Luis Salvatella y Trabajo, Joaquín Chapaprieta<sup>3</sup>. Un Gobierno liberal que llevaba en sí —en opinión de Manuel Aguirre de Cárcer— el germen mortal de su falta de unidad y del espíritu de indisciplina interior que secretamente le divide»<sup>4</sup>.

---

1 SOLDEVILLA, Fernando: *El Anuario Político* de 1922, p. 413.

2 Ibid., p. 419.

3 BOE, Gaceta de Madrid, nº 342, 8 de diciembre de 1922, p. 1002.

4 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*, Madrid, Gráficas Lar, 1944, p. 37.



En este capítulo veremos cómo el Consejo de Ministros, presidido por el Marqués de Alhucemas —último del sistema político de la Restauración— asumió la tarea del Protectorado en Marruecos de forma enérgica, implementando un cambio en el rumbo de la administración del territorio, dotándole de una orientación civil. Por primera vez desde finales de 1912, fecha en la que se firmó el convenio de Protectorado, el alto comisario no era un militar. El nombramiento de Luis Silvela respondía a la voluntad de García Prieto de dejar a los militares en un segundo plano; el ejército a partir de ese momento debía ser un instrumento auxiliar de la política. Sin embargo, el efecto civilista que imprimió el Gobierno no contaba con un programa bien definido que respaldase aquel cambio de rumbo, y la medida no obtuvo efectos positivos. Someter a las cabilas insumisas, ciertamente, era una tarea, a esas alturas, harto difícil de conseguir porque a principios del año 1923, Abd el-Krim, el emir (príncipe) de la República del Rif (*Yammahiriya Rifiya*) no estaba dispuesto a negociar con el Gobierno de España nada que no fuese el reconocimiento de la independencia del territorio. Pero también porque, además, se granjeó el rechazo del sector africanista del ejército, que no compartía en absoluto la nueva orientación diseñada para administrar el Protectorado, ya que le relegaba a un papel de mera comparsa después de haber sido el actor principal. Se trataba de una institución herida en su orgullo por la estrepitosa derrota que le había infligido un pseudo-ejército, sin apenas combatir y sin elementos de lucha modernos. Dos profundos problemas, sin duda, para el Gobierno en su recién estrenada estrategia en Marruecos.

Aparte de la complejidad sobre el terreno, el nuevo Gobierno tenía ante sí otros dos asuntos que, con toda probabilidad, causaban noches de insomnio al presidente y ministros de Guerra y Estado: nos referimos a la depuración de responsabilidades por el desastre y a la libertad de los prisioneros, cautivos desde el verano de 1921. La magnitud de la problemática relacionada con el asunto del Protectorado alcanzó muy pronto una dimensión inabarcable para el ejecutivo, lo cual generó una enorme tensión entre los ministros que finalmente derivó en una crisis de Gobierno cuya consecuencia principal fue la salida de Niceto Alcalá Zamora del ministerio de la Guerra. En ese contexto de zozobra, Abd el-Krim aprovechó para lanzar enérgicos ataques sobre las líneas avanzadas que ocupaba el ejército español con dos objetivos principalmente: infundir temor entre los soldados y provocar el rechazo a la guerra en la opinión pública española, impactada por el número de bajas que ocasionaban los ataques. La estrategia del *xeij* benieurriaguelí propició un cambio en la mentalidad del alto comisario respecto al planteamiento inicial. Someter a los indígenas por la vía de la negociación era bastante improbable de alcanzar; los hechos lo habían demostrado. Pasó pues, de la línea más civilista a solicitar el uso de gases asfixiantes contra las cabilas insumisas y a plantear de la mano del nuevo comandante general de Melilla, Martínez Anido, un proyecto para desembarcar a las tropas en Alhucemas. Se trató del último plan de desembarco previo al golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923.



### A. LA PONENCIA DE LOS LIBERALES EN EL CONGRESO Y LA DIMISIÓN DE JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA

A mediados de noviembre de 1922 se había hecho público el dictamen de los miembros que formaban parte de la Comisión para el estudio de las Responsabilidades<sup>5</sup>. La junta constituida para el estudio del expediente elaborado por el general Juan Picasso la formaban ocho políticos: Juan Alvarado, Niceto Alcalá-Zamora, Alfonso Sala, Luis de Armiñán, José Nicolau, Alejandro Roselló, José Manuel Pedregal y Francisco Bastos. Los comisionados debían emitir un informe recogiendo, si a su juicio, aparecían responsabilidades ministeriales a exigir; si era hasta el momento suficiente la actuación de los tribunales militares, y, además, debía recoger unas conclusiones o enseñanzas, a partir de lo sucedido, como orientaciones a enmendar o seguir en el régimen político-militar que hasta ese momento se había llevado a cabo en el Protectorado.

Para los comisionados, los hechos que ocurrieron en la Comandancia General de Melilla fueron consecuencia del estado político, económico y administrativo de España: «es, en cierto modo, —podía leerse en el informe— el desgarrón del velo que pone de manifiesto el cáncer que corroe a la vida pública española en todos los órdenes: en el civil, en el militar, en el económico»<sup>6</sup>. Desde ese punto de vista, la responsabilidad incumbía a todos los gobiernos y a todos los parlamentos por negligencia y/o condescendencia. Por supuesto, la responsabilidad afectaba al alto comisario, delegado del Gobierno en Marruecos y al comandante general. «El ejecutivo de Allendesalazar —declaraba con rotundidad la Comisión— estuvo ausente en la función de coordinar el plan de alta y general política militar, dejando a cada uno realizar a medias, con malos y repartidos elementos, sus iniciativas y no prestó atención al arduo y trascendental problema que en África tenía planteado el Estado español». Una vez producido el derrumbe de la Comandancia tampoco, juzgó la Comisión, actuó de forma diligente el ejecutivo porque «con un presupuesto de guerra cuantioso, los refuerzos que llegaron de la Península estaban con alguna excepción, en condiciones tales, morales y materiales de ineficacia que solo pudieron servir como humillantes testigos de las capitulaciones y matanzas de Monte Arruit, Zeluán y Nador». La responsabilidad del Gobierno se concretaba en el ministro de la Guerra y, ante la obligación de estar informado de lo que estaba sucediendo en la Comandancia General de Melilla debió imponer su autoridad para evitar que las cosas continuasen por fatal pendiente, y después el ministro de Estado por corresponderle una alta e inmediata dirección en la política marroquí, así como el presidente del Consejo, centro y guía de la totalidad del Gobierno. Argüía, además, la Comisión que el ejército estaba llevando a cabo la tarea de instaurar, sostener y hacer respetar la existencia y la política en el Protectorado, misión que no le correspondía<sup>7</sup>.

La Comisión para el estudio de Responsabilidades puso de manifiesto la diferencia entre el dinero asignado para la implementación de medidas de acción propias de un Protectorado y la pobreza de las obras y el excesivo gasto de material de guerra. A su juicio, «un vergonzoso contraste» e instaba a

5 Diario de sesiones de las Cortes. Congreso de los Diputados (en citas sucesivas DSCD), Apéndice 3º al Diario nº 102. 15 de noviembre de 1922.

6 DSCD, Apéndice 3º al Diario nº 102. 15 de noviembre de 1922. p. 2.

7 DSCD, Apéndice 3º al Diario nº 102. 15 de noviembre de 1922. p. 6.

que el Congreso mostrase un firme propósito de indagar hasta el fondo cómo y en qué se habían invertido los presupuestos asignados a la cuestión de Marruecos<sup>8</sup>. La tesis final era contundente, pero más tajante si cabe se mostró en el Parlamento el socialista Indalecio Prieto, para quien la responsabilidad alcanzaba además de los generales Berenguer, Silvestre y Navarro, a los jefes de cuerpos y servicios, por su pasividad, y por no haber instruido a las tropas previamente. Incluía a todos los gobiernos que se habían sucedido desde 1900 por haber incubado con sus torpezas y afanes imperialistas el desastre de 1921, pero la responsabilidad directa e inmediata era —en su opinión— al igual que el juicio de la Comisión, imputable al gabinete presidido por Allendesalazar. «Prevaricó, pues, el Gobierno, prevaricó el Gobierno de Antonio Maura a cuyos acuerdos obedecen las Reales Órdenes que el Ministerio de la Guerra dictó limitando las facultades del general Picasso para la instrucción del expediente, en forma tal que no afectasen al alto mando»<sup>9</sup>.

Finalmente, la Comisión sometía a la deliberación del Congreso el siguiente Proyecto de Ley:

Artículo primero: quedan disueltas las comisiones informativas<sup>10</sup>. Quedan en situación de disponibles los jefes y oficiales que las forman. Prohibición de los militares de formar parte de asociaciones u organismos que tengan finalidades relacionadas con el servicio de las armas. En aquellos casos de carácter extraordinario en los que se pongan en valor excepcionales dotes de mando y el ejemplar empleo de las fuerzas en campaña, los generales, jefes y oficiales, podrá otorgarse un veinte por ciento de avance en la escala respectiva al que sea acreedor<sup>11</sup>.

Las conclusiones de la Comisión cargaban duramente contra las altas instituciones civiles y militares del país; por ello, ante la magnitud de aquel profundo problema que erosionaba los pilares del Régimen, Sánchez Guerra no quiso asumir la responsabilidad que el cargo le exigía, y dimitió de sus funciones, como ya hemos señalado, el 1 de diciembre de 1922.

#### **B. DE UN PROTECTORADO «EN TODA SU PUREZA» A UN PROTECTORADO «PURAMENTE CIVIL»<sup>12</sup>**

El nuevo Gobierno iniciaba su andadura dispuesto a enfrentar el asunto de Marruecos bajo una orientación diferente, y con el compromiso de agilizar los trámites en pro de la resolución de la espinosa cuestión de las responsabilidades. Tenía, pues, la voluntad de satisfacer al conjunto de la ciudadanía que, desde los hechos del verano de 1921 clamaba porque se juzgara a los responsables de tamaña catástrofe. La tarea que en el Protectorado tenían por delante era probablemente el asunto más complejo que debía afrontar el Gobierno. Además de continuar con la cuestión de las responsabi-

8 Ibid., p. 8.

9 DSCD, Apéndice único al nº 103, legislatura 1922-1923, 16 de noviembre de 1921.

10 Para una comprensión del tema de las Juntas de Defensa véase: ALONSO IBÁÑEZ, Ana Isabel: *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

11 DSCD, Apéndice único al nº 103, legislatura 1922-1923. 16 de noviembre de 1921.

12 Manuel Aguirre de Cárcer lo denominó «El Protectorado al revés» apelando a una frase del alto comisario, Luis Silvela en la que afirmó: «Ya que no vamos nosotros a Alhucemas, Alhucemas vendrá a nosotros». AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23...*, *Op. Cit.*, p. 126.



des en el Congreso y el suplicatorio en el Senado para procesar al alto comisario, se unía el asunto de la liberación de los prisioneros. Y todo ello bajo la decidida apuesta por dotar a la estructura organizativa del territorio en Marruecos de un carácter decididamente civil.

Durante la presidencia de José Sánchez Guerra, en julio de 1922, el alto comisario consciente del perceptible clima de crispación que había en las calles de Madrid y otras grandes ciudades viajó a Madrid con la firme decisión de presentar su dimisión ante el presidente del Consejo de Ministros. No resulta extraño que la presión de la responsabilidad le empujase a tomar esa decisión. El ministro de la Guerra escuchó atentamente en su despacho de Madrid las causas de su decisión y aceptó la renuncia sin tratar de persuadirle para que continuara, posiblemente porque para el Gobierno suponía en cierto modo un alivio, pues se zafaba así de la presión que sentían en el gabinete por parte de la ciudadanía, de las organizaciones pacifistas y en general de la oposición parlamentaria. Ahora bien, lo que no tenían nada claro era el plan de acción que debían implementar en el norte de Marruecos, ¿por qué? Tras la dimisión de Berenguer, el presidente José Sánchez Guerra pensó en el general Burguete para sustituirle. Sin embargo, quería que éste le confiriese al Protectorado un perfil menos belicoso. Ricardo Burguete<sup>13</sup>, un aragonés curtido en las guerras de Cuba y Filipinas, había nacido en Zaragoza en 1871. Fue enviado a Tetuán con la consigna por parte del Gobierno de vigorizar el prestigio del Majzén e implantar el régimen de Protectorado «en toda su pureza»<sup>14</sup> (sin intervenciones militares). Un magnífico *slogan* —así lo calificó Aguirre de Cárcer<sup>15</sup>— También le instaron a que negociara con El Raisuni con el objetivo de mantener la paz en la región occidental, y sobre todo a que disminuyera los gastos mediante la repatriación y transformación del ejército forzoso en voluntario<sup>16</sup>.

Demasiadas tareas y ciertamente difíciles de llevar a la práctica dada la situación que existía en un territorio que aspiraba a constituirse en una República independiente, y que estaba comenzando a crear todo un entramado jurídico y administrativo propio de un Estado moderno (tenía su propia bandera, acuñó moneda: el *riffian*, y disponía de un Gobierno y un ejército regular). Además, le encomendaron que pacificara el Rif y que procurase el rescate de los prisioneros. «Burguete debía desarrollar los intereses morales y materiales en las zonas sometidas a la intervención civil»<sup>17</sup>. Nada más, pero nada menos. ¡pacificar el Rif!... ¿Y cómo lograrlo?

A pesar de las dificultades del proyecto, Burguete asumió el órdago y se desplazó a tierras africanas. El nuevo comandante general llegaba a Marruecos atado de pies y manos. Maestro en táctica y buen conocedor del problema marroquí, «hubiese sido ideal —en opinión de Hernández Mir— para las operaciones del desquite porque libre de prejuicios hubiese llevado a las tropas por una senda de victorias hasta la recuperación del territorio perdido y así, se hubiesen evitado males que la cegue-

13 Una biografía de Burguete en: <http://dbe.rah.es/biografias/9454/ricardo-burguete-y-lana>. [En línea], 13 de mayo de 2019.

14 LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España. 1921-1923*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 1997, p. 533.

15 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*, Op. Cit. p. 37.

16 AGMM, África, Ministerio de la Guerra, caja 174, leg. 1, carp. 5. 19 de diciembre de 1922.

17 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, CSIC, 1957, p. 186.

ra de aquellos gobiernos no podía vislumbrar»<sup>18</sup>. Pero el problema continuaba siendo el mismo, el Gobierno español no tenía claro qué hacer en Marruecos; se trataba de un régimen de Protectorado en el que la acción militar era el complemento de la acción política. Sin embargo, no se había urdido un plan de penetración en el territorio. En la zona oriental, además se erguía enfrente un enemigo histórico, los Beni Urriaguel, la diferencia radicaba en que ahora contaba con una elevada moral tras la victoria, para ellos inimaginable, de Annual en 1921. Existía un líder, Abd el-Krim, que guiaba a los guerreros rifeños en la lucha y les prometía la independencia si lograban expulsar de Marruecos a los españoles. Desde luego, sus victorias le auparon a ser reconocido como la máxima autoridad en el conjunto de cabilas del Rif y aupado en esa cómoda posición no iba a admitir nada que no fuera el reconocimiento de su nascente República y el abandono del ejército de España del norte de Marruecos.

El gabinete García Prieto surgido de la crisis y dimisión del presidente Sánchez Guerra pretendía «paz a toda costa»<sup>19</sup>. El presidente del Consejo de Ministros era un gran conocedor de Marruecos; de hecho, él fue quien representó al Gobierno español en las negociaciones con los representantes de la República francesa que dieron paso a la firma del Protectorado en 1912. Era, igualmente ministro de Estado en el Gobierno que presidía Canalejas en 1911-1912 cuando se planteó por primera vez la idea de desembarcar a las tropas en las playas de la bahía de Alhucemas. Manuel García Prieto fue incluso el diplomático que había actuado en calidad de delegado del Gobierno español en las negociaciones de paz con el representante del Majzén, cuyos acuerdos convergieron en el tratado de paz hispano-marroquí de 16 de noviembre de 1910, que cerraba oficialmente la «campaña del Rif» de 1909. Imbuido por tanto de una corriente civilista y lejos de su idea de conquistar el territorio de los Beni Urriaguel mediante una operación de desembarco como así lo defendió en 1911, el nuevo presidente del Consejo continuó la senda civilista que inició su antecesor en el cargo. Por ello, el alto comisario lo tenía muy complicado, ya que debía de olvidarse de grandes acciones militares y avenirse a una «política de pan y palo», como él la definió<sup>20</sup>. Aun así, Burguete mantenía la esperanza de convencer a los gobernantes de que, lejos de haber peligro en utilizar la fuerza, donde lo había era en la inacción, que, a su juicio, permitía a Abd el-Krim seguir acumulando poder e influencia en el Rif. En efecto, había datos que confirmaban que los rifeños temían una ofensiva que entendían bien orquestada por parte del general Burguete, al cual se consideraba un extraordinario estratega. Este extremo lo confirman el teniente coronel Pérez Ortiz y el capitán Sáinz, quienes acababan de recobrar la libertad después de meses cautivos en Axdir. Pero García Prieto tenía tanto temor a las bajas metropolitanas que se negó rotundamente a plantear acciones militares en el territorio. Tal disparidad de criterios no podía conducir a buen puerto y finalmente, las desavenencias entre el presidente y el general respecto a la forma en la que debía desarrollarse la acción en el Protectorado empujaron a este último a presentar su dimisión<sup>21</sup>.

18 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala*. Madrid, Imprenta Hispánica, 1926, p. 20.

19 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, p. 53.

20 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 15.

21 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 1.





En la renuncia del general encontró el presidente del Consejo una oportunidad excelente para nombrar, por primera vez en once años, un alto comisario civil. El elegido fue Miguel Villanueva López entonces presidente del Consejo de Estado, quien por enfermedad no tomó posesión del cargo y fue Luis Silvela y Casado, el ministro de Marina de aquel gabinete quien finalmente asumió la responsabilidad<sup>22</sup>. Demostraba con ello el Gobierno que apostaba abiertamente por el camino de la paz para llevar a cabo la «el mandato internacional». El nuevo delegado asumía en el Protectorado la iniciativa en las ulteriores operaciones militares que se fueran a llevar a cabo, dejando la preparación y ejecución a los comandantes generales<sup>23</sup>. Se suprimía el cargo de general en jefe del ejército de España en África, cesando en sus funciones el gabinete militar adscrito a dicho mando. La nueva organización respondía a la orientación que Ricardo Burguete había sugerido al Gobierno<sup>24</sup>. El ejecutivo se mostraba, pues, consecuente con su planteamiento inicial de implementar medidas políticas y sociales como herramientas fundamentales para someter a la población indígena por la vía pacífica. Sin embargo, y de forma paradójica, enviaba como arquitecto de aquella magna obra a una persona que se distinguía por el desconocimiento de cuantos asuntos de índole militar y también política atañían a su nuevo cargo. Asumía el puesto por disciplina y sacrificio, pero admitía no tener condiciones para desempeñarlo<sup>25</sup>. «Aquel nombramiento no puso más que otro eslabón en la larga cadena de desatinos que los sucesivos gobiernos españoles cometieron en Marruecos»<sup>26</sup>. No podemos negarle honradez a Silvela, pero también hemos de atribuirle una extraordinaria osadía. El nuevo alto comisario se convertía en el símbolo de la nueva política. Silvela pronto entendió que debía tener a su lado a un militar que guiase sus pasos y el elegido fue el general Alberto Castro Girona, que se convirtió en la persona de confianza del alto comisario.

### C. EL ASUNTO DE LAS «RESPONSABILIDADES»

Otro de los objetivos principales del Gobierno de García Prieto fue resolver la cuestión de las responsabilidades. Se trataba de un tema peliagudo que mantenía a la opinión en constante ebullición. El día 10 de diciembre de 1922 una gran manifestación, convocada por el Ateneo de Madrid, a cuya cabeza se dispuso su presidente, Adolfo A. Buylla, acompañado de escritores, artistas, periodistas y directores de periódicos solicitaba, la depuración de responsabilidades. Era un clamor por parte de la ciudadanía, que pedía justicia en nombre de los diez mil sacrificados de Annual. El estruendo tenía eco en los periódicos; *El Sol*, por ejemplo, publicaba «los tribunales de justicia dirán si el general Berenguer fue o no responsable del desastre de África»<sup>27</sup>. *El Herald de Madrid*, reconocido diario

22 Luis Silvela fue nombrado alto comisario el 17 de febrero de 1923. Le sustituyó en Marina Juan Bautista Aznar. BOE, nº 48, Gaceta de Madrid, 17 de febrero de 1923.

23 BOE, Gaceta de Madrid, nº 51, Real Orden, 20 de febrero de 1923, pp. 626-627.

24 AGMM, África, Ministerio de la Guerra, caja 174, leg. 1, carp. 5.

25 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 39.

26 SENTER WOOLMAN, David: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos, 1971, p. 127.

27 «Los hombres discretos y la discreción de los apologistas», *El Sol*, 13 de diciembre de 1922.

berenguerista, recogía la felicitación del rey al general Berenguer por los avances que estaba dirigiendo en el Rif en la campaña de «desquite»<sup>28</sup>, lo cual daba pie al día siguiente para que desde *El Liberal* se criticase la actitud del monarca respecto a quien se consideraba «presunto principal culpable de los sucesos en la Comandancia General de Melilla». Los republicanos, bajo el liderazgo de Alejandro Lerroux, celebraban mítines, donde pedían rapidez en la gestión de las responsabilidades. El día 17 de diciembre, en el Salón del Columnario de la Lonja de Valencia, afirmaba que, «si responsabilidades hay en los subalternos, responsabilidades hay en los jefes y responsabilidades hay en los hombres civiles»<sup>29</sup>. Lerroux señalaba al rey —sin nombrarlo— como principal responsable, y lamentaba que la Constitución lo declarase inviolable; pero para él se trataba del primer responsable de la catástrofe. Los republicanos dudaban de que el Gobierno de García Prieto hiciera efectivas esas responsabilidades<sup>30</sup>. Algo, desde luego, predecible, y así lo reconoció el poeta satírico y castizo Luis de Tapia, colaborador de los principales periódicos de España (*El Motín*, *Alma Española*, *Blanco y Negro*, *La Esfera* o *La Libertad*, entre otros), y fiel defensor de la libertad de expresión. El 6 de septiembre de 1921 salía a la luz una de sus coplas populares, bajo la sección «coplas del día», relacionadas con este tema, llevaba por título «Ni caso» y se publicaron en el diario *La Libertad*:

Si en telegramas o cables oís decir que Picasso va a encontrar los responsables no hagáis caso Los errores fueron ciertos; pero en asuntos de guerra a las causas y a los muertos se echa tierra ¡La plancha será no chica si en buscar en lo alto da!... ¡Si Picasso en alto pica, marrará! ¡Y la cosa no es extraña; ha ya un siglo a la redonda que no hay nadie aquí en España que responda! Sería asombro y delicia dar con quien fracasó allí (pero eso de hacer justicia no es de aquí.) Por no tener mano suelta, Picasso hará la comedia y pronto estará de vuelta (de vuelta y media). Por eso quizás nos hable por hilo o por el cable, de la justicia que hará; pero ¡¿hallar un respon-sable?... ¿y acabando en sable?... ¡Quiá!

#### D. EL RESCATE DE LOS PRISIONEROS<sup>31</sup>

El día 27 de enero el exdiputado republicano y empresario minero en el Rif, Horacio Echevarrieta emprendió a petición de Santiago Alba, ministro de Estado, las negociaciones para resolver el asunto del rescate de los prisioneros que permanecían prisioneros desde los días del desastre. El vizcaíno se entrevistó en la playa de Axdir con Mohammed Azerkan, «el Pajarito» cuñado de Abd el-Krim y fiel colaborador. Acordaron la entrega de 2.000.000 de pesetas y una vez el dinero en manos rifeñas, los hombres de Abd el-Krim fueron liberando a los presos que, formados en dos grupos y en orden fueron conducidos hasta la playa. Los primeros en ser liberados fueron civiles: hombres, mujeres y niños. En el segundo grupo quedaron los militares. Aproximadamente noventa personas, entre ellas

28 *El Heraldo de Madrid*, 13 de diciembre de 1922.

29 *El Anuario Político* de 1922, p. 436.

30 *Ibid.*

31 Una obra donde se relatan las vicisitudes de los prisioneros en COLOMAR CERRADA, Vicente Pedro: *Prisioneros españoles en el Rif 1921-1923*. Madrid, Cultivalibros, 2018. Ver también: OTEYZA, Luis de: *Abd-el-Krim y los prisioneros*. A Coruña, Ediciones del Viento, 2018.



todas las mujeres y todos los niños, embarcaron en tres botes y se dirigieron al barco *Antonio López*. A pesar del temporal de Levante, a las cuatro de la tarde habían embarcado todos los prisioneros. A las dieciocho horas zarparon con dirección a Melilla el *Antonio López*, el *España número 5*, el *Vicente La Roda* y dos remolcadores. Doscientos treinta prisioneros en el primero, y el resto repartidos en los buques restantes. Antes de que embarcara el conjunto de las personas, «el Pajarito» solicitó el montante del dinero pactado, es decir, los 2.000.000 de pesetas que aún restaban por satisfacer, en total 4.000.000 de pesetas. Finalmente, los jefes y oficiales embarcaron a las siete y media de la tarde, haciéndolo en último término el general Navarro. Tras confirmarse el rescate, el ministro de Estado declaró que el Gobierno había pensado en Echevarrieta porque reunía todas las condiciones que los negociadores solicitaban. Las gestiones previas corrieron a cargo del interventor López Ferrer. Informaba Alba que entregó al empresario vasco los 4.000.000 de pesetas más otras 270.000 pesetas para gastos de transporte y otras posibles contingencias<sup>32</sup>.

Conseguido el rescate de los prisioneros, una parte importante de los periódicos peninsulares clamaron por el fin de la «aventura marroquí»; así *El Imparcial*, por ejemplo, mostraba su conducta respecto al Protectorado:

Dejémonos de arrebatos bélicos, estamos en la hora de remediar las consecuencias de la fatal política de agotamiento practicada durante meses y meses. Lo que España desea es que logré allí en paz lo que pueda lograrse, y depurar aquí las responsabilidades políticas y militares<sup>33</sup>.

En el otro extremo de la opinión se alzaba la voz belicista de *La Correspondencia Militar*:

El problema magno para nuestros gobernantes de hoy y de mañana es devolver al país la confianza de su ejército. Se impone evitar la repetición del desastre y ello solo puede lograrse castigando inexorablemente a los que a él nos llevaron y a los que de él no supieron vengarnos<sup>34</sup>.

Mientras el ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora, cerraba el debate manifestando que el Gobierno ratificaba su resuelta voluntad de desarrollar un régimen de Protectorado civil en Marruecos y confiaba en el apoyo incondicional del ejército español en África. Corroboraba estas manifestaciones el presidente del Congreso de los Diputados, Melquiades Álvarez<sup>35</sup>. Sin embargo, el sector más violento del ejército africanista se mostraba dolido y partidario de vengar a los muertos de 1921 y al trato humillante y vejatorio que relataban los prisioneros que acababan de ser liberados de aquel cautiverio. El Gobierno —en opinión de ese sector militar— se había plegado a las exigencias de Abd el-Krim. Los africanistas defendieron, además, que ese dinero iba a ser usado con toda certeza para reanudar la «guerra santa» contra los españoles<sup>36</sup>. Con toda certeza el dinero se utilizó para adquirir material de guerra, pero para el gabinete de García Prieto el rescate de los

32 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 29.

33 *El Imparcial*, 4 de febrero de 1923.

34 *La Correspondencia Militar*, 5 de febrero de 1923.

35 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 31.

36 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*, Op. Cit. p. 39.

prisioneros era un asunto de Estado y había que resolverlo; se trataba, además, de una cuestión de humanidad.

En el apremio del Gobierno respecto al rescate, accediendo a las condiciones de Abd el-Krim es probable que influyera la opinión de Alfonso XIII, ¿por qué? Fue por mediación del abogado Hipólito Jiménez Coronado que, desplazado hasta Melilla en 1922 para llevar a los soldados encargos de sus familiares, escribió una carta al monarca, donde incluía las vicisitudes que relataba un oficial prisionero. En la carta, Hipólito Jiménez exponía al monarca:

Para que recojáis el latido de los oficiales de vuestro ejército que allí tenemos sufriendo, es por lo que quizá, lleno de atrevimiento, pero lleno de esperanza en su Rey, llega hasta Vos esta carta de este humilde ciudadano español<sup>37</sup>.

Dicha carta se encuentra en el Archivo General de Palacio y pertenece a un oficial anónimo; en ella relataba las razones del trato vejatorio que estaban sufriendo:

Un compañero ha celebrado una conferencia hoy con el jefe moro y este le ha dicho lamenta mucho tener que usar con nosotros de tan duras represalias, pero dice son debidas a la poca importancia que nuestro Gobierno da al asunto del rescate y a las garantías solicitadas por Abd el-Krim en cuanto al modo de entender España el Protectorado sobre Marruecos y a la manera belicosa de penetrar por este territorio; añade el jefe moro que, solo pueden ser amigos de España siempre que esa penetración sea políticamente y a título de amigos, pues de otro modo se opondrán por todos los medios y no entrarán en tratos con ella<sup>38</sup>.

Resulta, pues, creíble que el rey pudiera interceder para que el Gobierno agilizase los trámites y así alcanzar la libertad de los prisioneros, movido por una cuestión humanitaria y también, qué duda cabe, para calmar los ánimos de la opinión pública, muy crítica con el este asunto.

#### **E. CONCERTACIÓN DE UNA PAZ CON ABD EL-KRIM «EL REYEZUELO DE AXDIR»<sup>39</sup>**

La libertad de los prisioneros empujó al García Prieto a abrir un espacio de negociación con Abd el-Krim para sondear la posibilidad de llegar a acuerdos para penetrar pacíficamente en el territorio<sup>40</sup>. Las gestiones para concertar el encuentro las encargó el líder beniurriaguely a su tío y encargado de Asuntos Externos, Sid Abd Esselam Ben Mohamed El Jatabi<sup>41</sup>. Finalmente, la conferencia se celebró el 16 de abril en un barco gasolinera de la escuadra de instrucción, en la playa de Sfiha, frente a

37 RAMIRO DE LA MATA, Javier: «Los prisioneros españoles cautivos de Abd el-Krim: un legado del desastre de Annual. *Anales de Historia Contemporánea*, 18, 2002, pp. 343-354. En el Archivo Histórico Nacional se encuentra una carpeta con toda la documentación relacionada con los prisioneros. Se trata de manifestaciones hechas por ellos tras recobrar la libertad. AHN, TS, Exp. 51, N. 38. Una descripción de las privaciones y las extorsiones continuas por parte de quienes los custodiaban en BASALLO, Francisco: *Memorias del Cautiverio (julio de 1921 a enero de 1923)*, Madrid, Mundo Latino, 1924.

38 AGP, Reinados, Alfonso XIII, caja 12954, exp. núm. 11. Copia de una carta de un capitán de infantería prisionero en Axdir, dirigida al abogado Hipólito Jiménez y Jiménez Coronado.

39 Apodo que le dedica Aguirre de Cárcer, *Op. Cit.* p. 73.

40 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 119.

41 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926. Del Rif a Yebala...*, *Op. Cit.* p. 114.



Axdir. Cinco rifeños acudieron a la cita; destacaba entre ellos la figura de Sid Abdalah Budra, que se erigió principal parlamentario; por parte española, el general Alberto Castro Girona y su intérprete, Clemente Cerdeira Fernández. La petición de *xeij* de Beni Urriaguel fue rotunda: «Reconocimiento expreso y oficial por parte del Gobierno español de la soberanía e independencia absoluta del territorio rifeño»<sup>42</sup>. El Protectorado —entendían los rifeños— era un régimen antagónico al ideal de independencia de los pueblos<sup>43</sup>. El general español explicó a Budra, que el Gobierno de España tenía una misión que cumplir, impuesta por convenio de las naciones reunidas en torno a la Conferencia de Algeciras. Castro Girona finalizó el encuentro recordándoles que el ejército español acabaría ocupando de grado o por la fuerza cabo Quilates, Morro Viejo, la playa de Axdir y toda la costa septentrional de Marruecos<sup>44</sup>. Era obvio que el Gobierno de España no podía reconocer otra autoridad que no fuese la del jalifa, Muley el Mehdi y Abd el-Krim lo sabía. Precisamente aprovechando la inacción militar española —ya había advertido el general Burguete que tanto o más peligroso era permanecer inactivos que actuar— el líder rifeño diseñó una estrategia ofensiva sobre el saliente de Tizzi Azza en territorio de Tafersit; punto vulnerable en la vanguardia de las posiciones españolas, justo donde se había paralizado el avance en 1921<sup>45</sup>. Los convoyes que cada día debían proveer la posición de Tizzi Azza se convertían en maniobras muy peligrosas, pues las columnas sufrían un hostigamiento permanente por parte de la harca. El propósito del dirigente rifeño era crear una situación que emulara a la de Igueriben en julio de 1921, es decir, imposibilitar a las tropas españolas efectuar los convoyes y someter a la posición a un asedio prolongado en el tiempo, de manera que la falta de agua fuera erosionando la moral de la guarnición hasta provocar su abandono, como sucedió en Annual. Consecuentemente, como ocurriera en el verano de 1921, perseguía y esperaba que la masa, atenazada por el miedo, huyese despavorida a buscar refugio en Melilla, abandonando todas las posiciones diseminadas a lo largo del territorio<sup>46</sup>.

El ministro de Estado, Santiago Alba, consultó al alto comisario la posibilidad de realizar una ofensiva para adelantarse a los planes de Abd el-Krim, es decir, arrebatarse la iniciativa y expulsar de las inmediaciones de Tizzi Azza a los combatientes rifeños. Silvela, tras reunirse con los máximos responsables del ejército en Marruecos, generales Pedro Vives y Vich, comandante general de Melilla, Juan García Aldave Mancebo, hijo del general José García Aldave, capitán general de Melilla en 1911, cuando se proyectó por primera vez desembarcar en Alhucemas, y Alberto Castro Girona, además de los coroneles, Kindelán y Despujols, convino en llevar a cabo la acción<sup>47</sup>. La zona oriental del Protectorado era un polvorín; las pretensiones pacifistas del Gobierno saltaban por los aires. El 5 de junio de madrugada salían de la posición de Tizzi Azza siete columnas para desalojar a los rifeños de las posiciones elevadas más próximas. Pronto se entabló un combate que, con el paso de las horas se tornó

42 Ibid., p. 115.

43 Ibid., p. 119.

44 Ibid., p. 121.

45 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, p. 593.

46 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, CSIC, 1957, p. 190.

47 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926)*. *Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 137.



encarnizado. El ejército colonial español logró despojar de las posiciones elevadas a los rifeños, a costa de un elevado número de bajas: 127 muertos y más de 300 heridos<sup>48</sup>. El ejecutivo, después del triunfo decidió no continuar con la ofensiva, no entraba en su planteamiento de alcanzar la paz con Abd el-Krim. Esa decisión levantó las quejas en el seno del sector africanista más violento del ejército colonial, pues entendían que la paralización de la acción militar sumada a la política de restricción de gastos militares dejaba de nuevo en una situación poco comprometida al emir del Rif. En aquella batalla de Tizzi Azza se distinguió Francisco Franco, condecorado por su actuación, lo cual le valió, además, para alcanzar el grado de teniente coronel. A partir de aquel momento asumió el mando del tercio (legión) sustituyendo al teniente coronel Rafael Valenzuela, muerto en el combate<sup>49</sup>.

## F. UN BAÑO DE REALIDAD

La dureza del combate de Tizzi Azza, descrito como «un infierno de fuego y acero» demostró que los beniurriagueles no estaban dispuestos a ceder ni un palmo de terreno<sup>50</sup>. Luis Silvela comprendió entonces que aquellos rifeños no iban a someterse bajo el yugo del país protector, a pesar de los intentos por intensificar su plan consistente en el desarrollo de una «labor colonizadora» en beneficio de los naturales. Mohammed Azerkán, escribió una carta dirigida al alto comisario, donde expresaba claramente las intenciones rifeñas:

El Gobierno rifeño, constituido sobre bases modernas y leyes civiles, se considera independiente tanto política como económicamente [...] El Rif no ha aceptado ni aceptará nunca ese protectorado; lo rechaza<sup>51</sup>.

Entonces haciendo honor a la cualidad que tiene el ser humano para incurrir en contradicciones, Silvela pasó de la defensa de utilización de medios exclusivamente civiles y culturales a solicitar al ministro de Estado la adquisición de gases asfixiantes, justificando este cambio de actitud porque «en el empleo de este medio de guerra está la solución rapidísima del problema de Marruecos». Aparte reconocía que «la toma de Alhucemas es el fin de toda rebeldía»<sup>52</sup>. El 1 de julio de 1923 el *Telegrama del Rif* reconocía que las cosas no podían continuar así y su director, Cándido Lobera escribía: «Nuestra acción en Marruecos requiere un plan nacional. Marruecos es la garantía de nuestra personalidad mediterránea; Marruecos como afirmó el señor Sánchez de Toca es la más valiosa de nuestras fronteras»<sup>53</sup>. Como vemos el diario militar apelaba a la cuestión geoestratégica de la frontera meridional de la nación, la cual no estaba en las costas de las provincias andaluzas sino en Marruecos. La teoría so-

48 VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. III. Madrid, Servicio Histórico Militar, 1981, pp. 595-600.

49 WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif...*, *Op. Cit.*, pp. 128-129. Una semblanza biográfica de Franco puede leerse en *El Heraldo de Madrid* en su edición del 6 de junio de 1923.

50 WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif. Op. Cit.*, p. 128.

51 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, *Op. Cit.*, pp. 146-160. Negociación para una suspensión de hostilidades que comenzó el 2 de julio.

52 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, *Op. Cit.* p. 593.

53 «La tela de Penélope». *El telegrama del Rif*, 1 de julio de 1923.

bre la frontera meridional de la nación era una cuestión que ya había planteado Cánovas del Castillo en su obra *Apuntes para la historia de Marruecos*, donde reconocía que en el Atlas estaba la frontera natural de España, así como «en el paso estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico»<sup>54</sup>.

La falta de un plan bien trazado respecto a cómo afrontar el asunto del Protectorado provenía desde el mismo instante de su firma en 1912. De ahí que los periódicos denunciaran desde entonces —recordemos las manifestaciones de los diarios en el contexto de la primera ocasión en la que se iba operar sobre Alhucemas mediante operación anfibia en 1911— lo que entendían como una dejadez por parte de los gobiernos: «Marruecos es la ruina de España. En catorce años ya está claro que no sabemos siquiera lo que significa la palabra protectorado»<sup>55</sup>; «Marruecos es la tela de Penélope, pues no hemos hecho otra cosa que tejer y destejer». «El problema marroquí» por su carácter y derivaciones debía ser —en opinión de Lobera— eminentemente nacional, dejando al margen las luchas partidistas de formaciones políticas: «Se impone la necesidad de un plan elaborado por todos los partidos a fin de conseguir continuidad en la acción y en el esfuerzo»<sup>56</sup>. Recordaba Lobera el éxito del colonialismo francés recogiendo las propias palabras de Lyautey: «El éxito de mi obra en Marruecos se debe a la continuidad en el esfuerzo y al haberme mantenido en el cargo durante once años, contando siempre con la confianza de gobiernos, Parlamento y opinión pública»<sup>57</sup>. La estabilidad en la Residencia General era un dato incuestionable y el ejército colonial francés no había encontrado, hasta el momento, en el territorio bajo su influencia, la misma resistencia que los españoles en el Norte; tampoco la orografía era tan áspera y montañosa. Marruecos —defendía con vehemencia Tomás Maestre en el Senado— es una cuestión de carácter nacional, y debe haber continuidad en el esfuerzo<sup>58</sup>.

Pero lo que había era distintas sensibilidades y, por tanto, una falta total de entendimiento a cuenta de cómo afrontar «el grave asunto de Marruecos». No es de extrañar que las desavenencias agudizaran los problemas en el seno del Gobierno y el 25 de mayo de 1923, fruto de esa disparidad de criterios, dimitiera el ministro Alcalá-Zamora<sup>59</sup>. En una nota de prensa el Gobierno, intentando no trasladar a la opinión pública la creencia de una falta de entendimiento entre los miembros del ejecutivo, señalaba que ésta había sobrevenido porque existía una «ligera divergencia» entre Alcalá Zamora y Alba respecto a la relación que tenía que mantener cada uno de los ministerios de los que eran responsables con algunos organismos; «algo sin importancia»<sup>60</sup>. Aunque la verdadera razón es muy posible que obedeciese a discrepancias originadas en una propuesta que elevó el alto comisario a García Prieto. Además, según recogía *El Imparcial*, Alcalá Zamora se sentía incómodo porque

54 CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Apuntes para la historia de Marruecos*, Madrid, Algazara, 1991, p. 27. En el capítulo II de la presente tesis «El marco internacional del colonialismo español en Marruecos» se analiza el factor estratégico fronterizo como una de las causas de la expansión colonial, pp. 10-12.

55 *El Liberal*, 5 de junio de 1923. Columna escrita por Leopoldo Bejarano.

56 «La tela de Penélope», *El telegrama del Rif*, 1 de julio de 1923.

57 Ibid.

58 Diario de Sesiones del Senado (en citas sucesivas DSS), 17 de junio de 1923, p. 63.

59 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 162.

60 Ibid., p. 163.

Luis Silvela se comunicaba con Santiago Alba y a él le dejaban al margen<sup>61</sup>. La crisis se resolvió con el nombramiento del general Luis Aizpuru Mondéjar como nuevo ministro de la Guerra. El experimentado militar era en ese momento jefe del Estado Mayor Central del ejército<sup>62</sup>. ¿Por qué García Prieto nombraba a un militar de reconocido prestigio en Marruecos con gran experiencia en la zona oriental del Protectorado?, ¿Qué es lo que García Prieto se proponía realizar en Marruecos? El Gobierno parecía estar sin rumbo fijo. Al nombramiento del viejo general Aizpuru, antiguo africanista, se sumaba la designación del general Severiano Martínez Anido como nuevo comandante general de Melilla<sup>63</sup>. Para algunos un contrasentido, pues contaba con una gran significación militar<sup>64</sup>. Hernández Mir, por ejemplo, señaló que el nombramiento se debió a razones políticas, pero apuntaba que había un completo acuerdo entre él y el Gobierno, fruto de una larga entrevista entre el general y el ministro de Estado, en la que hubo identidad de pareceres y propósitos<sup>65</sup>. El día 15 de junio el periódico *La Libertad* publicó la entrevista que mantuvieron Hernández Mir y el nuevo comandante general. Severiano Martínez desveló al periodista que a él lo que incumbía era disponer de un elemento de fuerza eficaz que pudiera intervenir en el instante que fuese necesario. Y se mostró convencido de ser capaz de llevar a cabo la misión que los tratados habían impuesto a España, «tratando de atraerse a los jefes insumisos por la vía pacífica y en caso de negativa intervenir militarmente de manera contundente»<sup>66</sup>.

#### G. SEVERIANO MARTÍNEZ ANIDO Y EL PLAN DE DESEMBARCO

Nada más poner el pie en Melilla el nuevo comandante general expresó ante la prensa las verdaderas intenciones por las que había asumido el cargo:

Yo he venido a Melilla para dar satisfacción al Ejército de África, que anhela volver por su prestigio. Y entiendan el Alto Comisario y el Gobierno que, de ser desechado mi plan, han de ir pensando quien será mi sustituto, porque yo no pienso seguir aquí<sup>67</sup>.

Desconocemos los asuntos tratados en la reunión que mantuvieron el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Estado y Martínez Anido, y los acuerdos que alcanzaron, pero, si las palabras que Aguirre de Cárcer atribuyó al general son ciertas, nada de lo que recogió Hernández Mir en la entrevista que le realizó, respecto a sus intenciones, era cierto. Hay autores que opinan que su nombramiento fue una maniobra para calmar los ánimos de los militares africanistas<sup>68</sup>. En los rotativos la noticia se acogió de diferente manera; por ejemplo, en el diario *La Época* se consideró un acierto el nombramiento del nuevo comandante general. Describían al general como una «persona

61 *El Imparcial*, 25 de mayo de 1923.

62 Archivo General Militar de Segovia (en citas sucesivas AGMS), Célebres, Caja 2, exp. 7, Carp. 1.

63 BOE, Gaceta de Madrid, nº 158, p. 950. 7 de junio de 1923.

64 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *España y su protectorado en Marruecos (1912-1956) ...*, Op. Cit. p. 190.

65 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala ...*, Op. Cit. p. 161.

66 *La Libertad*, «La actitud de Martínez Anido», 15 de junio de 1923.

67 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23...*, Op. Cit. p. 219.

68 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 594.



prestigiosa, competente y con valor. De carácter frío, sereno, además de honrado y escrupuloso en el deber»<sup>69</sup>. Aquel militar impulsivo, vehemente y cuyo método se basaba en aplicar la violencia, como había demostrado en Barcelona para castigar a los sindicalistas, desde luego no era la persona más idónea para llevar a cabo las tareas al frente de la Comandancia en un momento en el que se preconizaban alternativas civiles y pacíficas para atraerse a los reacios jefes rifeños. Se trataba, pues, de una contradicción inexplicable.

Y así lo entendió Niceto Alcalá Zamora quien en la tarde del 6 de junio a la salida del Congreso de los Diputados y en respuesta a los periodistas que le esperaban señaló que no podía sino sorprenderse por el nombramiento, y añadía: «en tres ocasiones distintas en que se hizo igual propuesta dentro del Gobierno, oí decir a uno de los ministros que semejante nombramiento representaría una rectificación política que iría acompañada de su dimisión»<sup>70</sup>. Desde las filas socialistas, por medio de Indalecio Prieto, reconocían que la designación de Martínez Anido no había sido acertada porque se trataba de una persona soberbia «que se movería a capricho sin atender razones de disciplina y obediencia»<sup>71</sup>. Pero, en rigor, no era una contradicción, sino que su nombramiento respondía a un plan. El presidente, García Prieto, convencido por Luis Silvela, designó a Martínez Anido para dirigir la operación de desembarco en Alhucemas y asestar un golpe de muerte a la «rebelión» liderada por Abd el-Krim. Este cambio de estrategia se debía a la convicción de que la resistencia rifeña jamás se plegaría a las exigencias de una potencia extranjera. Por ello, Martínez Anido era la persona ideal: de un lado, vengaría la derrota del ejército de 1921; de otro, contribuiría a acabar con la política de ambigüedades respecto al Protectorado. La hipótesis que aquí se plantea es que el Gobierno de cara a la opinión pública defendía el camino de la penetración pacífica, pero, convencido a partir del mes de abril —tras el fracaso de las negociaciones con los emisarios de Abd el-Krim— de que la vía civilista no iba reportar éxito alguno, urdió un plan para desembarcar en Alhucemas y acabar con la rebelión por la vía militar. El proyecto se lo encomendó Silvela en el mes de abril al Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla. La dirección de este estuvo a cargo del segundo jefe de la Comandancia General, el general Juan García-Aldave, primogénito de José García Aldave, capitán general de Melilla en 1911 y autor junto a Francisco Larrea y el ministro de la Guerra, Agustín Luque Coca del primer proyecto de desembarco que aprobó el Gobierno<sup>72</sup>. En junio, tras la batalla en torno a Tizzi Azza, Silvela estimó que había llegado el momento de implementar la acción armada, y en este contexto se produjo el nombramiento del general Martínez Anido.

En las mismas fechas en el Senado, los más beligerantes, quizás esperanzados por el nombramiento de Martínez Anido apelaban al Gobierno a que cumpliera con lo prescrito en los tratados internacionales. El senador Tomás Maestre recordaba que España, en el norte de Marruecos, era un «instrumento de derecho y de civilización» para establecer el orden, normalizar la vida, mantener

69 *La Época*, 6 de junio de 1923.

70 *El Liberal*, 7 de junio de 1923.

71 DSCD, 14 de junio de 1923.

72 BOE, Gaceta de Madrid, nº 67, 8 de marzo de 1923, p. 843

la seguridad y permitir la expansión de la actividad de los extranjeros<sup>73</sup>. Y para ello, se expresaba del siguiente modo:

Es necesario que nuestro ejército vaya a Alhucemas y seguramente irá, el dominio de la bahía bien merece cualquier sacrificio. Nosotros tenemos la obligación ineludible y la categórica imposición del deber de ir a Alhucemas; pero de ir militarmente a Alhucemas, sin tratar jamás con Abd el-Krim hasta que no pisen y dominen nuestros soldados esa tierra. ¡Qué hay bajas! Pena grande da el pensarlo. Pero en estos momentos en que es necesario escoger entre el honor de la Patria o la vida, hay que cerrar los ojos y decir, como San Bernardo en Carasona: «¡Dios elegirá a los suyos!»!<sup>74</sup>

El nuevo comandante general estaba convencido de que no había Protectorado posible si no se ejercía una enérgica demostración de fuerza. Con el fin de establecer un régimen de orden y disciplina que permitiese incorporar al pueblo del norte de Marruecos a la «civilización» —y cumplir con los mandatos que establecían los acuerdos internacionales— era necesario someter a los beniurriaguelles, quienes por otra parte habían manifestado en las conversaciones de paz que solo cejarían en su lucha si el Gobierno español reconocía su independencia. La historiografía ha atribuido a Martínez Anido la elaboración de un plan militar de ocupación de Alhucemas, sin embargo, él mismo reconoció entonces —tras su dimisión— en declaraciones a un diario: «Se pretende hacer creer que yo soy el iniciador de un plan belicoso para ir a Alhucemas y no estoy dispuesto a tolerarlo». El general Anido desvelaba que él se limitó a obedecer «cual soldado disciplinado» y que fue Luis Silvela el inspirador del plan para ir a Alhucemas. Señaló, además, que, el plan se lo encontró hecho cuando llegó a la Comandancia General y que lo único que hizo fue remitirlo a la Alta Comisaría, y añadía que éste fue elogiado tanto por el ministro de la Guerra, Luis Aizpuru, como por el alto comisario<sup>75</sup>.

Un mes después de su nombramiento, concretamente el 12 de julio de 1923, Martínez Anido, probablemente tras analizarlo con detalle, presentó al alto comisario aquel plan de operaciones, que él no había elaborado, pero que había sido el elegido, por sus condiciones y carácter, para ponerlo en marcha. El proyecto, como él desveló, se lo había encontrado en el cajón de su despacho y llevaba por título: «Plan de operaciones del mes de julio de 1923»<sup>76</sup>. La empresa comprendía dos proyectos: un desembarco y una ofensiva terrestre. Antes de lanzar la maquinaria de guerra el plan establecía tres objetivos previos: una acción política para atraerse a los indígenas insumisos «y ganar para nuestra causa a sus principales jefes»<sup>77</sup>; un bloqueo marítimo y terrestre de la cabila de Beni Urriaguel para impedir la entrada de armas y víveres y una presión aérea con continuos bombardeos para socavar la moral de los indígenas. Debemos tener presente que, en julio de 1923 existía una gran dificultad para lograr atraerse a los jefes de cabila o fracción, puesto que el prestigio de Abd el-Krim estaba en

73 DSS, 14 de junio de 1923, pp. 168-173.

74 Ibid., p. 171.

75 *La Voz*, 15 de agosto de 1923.

76 Una copia del plan de desembarco se halla en el AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923».

77 «El proyecto de desembarco en Alhucemas del general Martínez Anido», *Revista de Historia Militar*, nº 49, 1980, Sección Documentos, pp. 139-172.





un momento álgido, y el temor a su poder también era un hecho; por tanto, no había posibilidad real de que en el entorno de la bahía a alguien se le ocurriese traicionar al emir del «Estado rifeño». Tal circunstancia significaba que, si el proyecto hubiese sido aprobado, éste hubiera tenido que llevarse a cabo a «viva fuerza», es decir, superando las unidades de desembarco las defensas construidas en el litoral de la bahía.

Así mismo, el proyecto contemplaba tres sectores y cuatro fases de desarrollo. El plan de avance por tierra trazaba un estudio de la situación política y establecía tres posiciones desde las que debía partir la ofensiva. Planteaba un ataque de forma simultánea con el objeto de dividir las fuerzas del enemigo. Detallaba incluso cómo debían actuar los carros de asalto. Esta moderna arma fue adquirida por el ejército español en enero de 1922; se trataba de once unidades *Renault Faible Tonnage modelo 17 (FT-17)*<sup>78</sup>.

En la Comandancia General de Melilla reconocían que la situación de las cabilas situadas a retaguardia de las líneas avanzadas era una incógnita porque había fracciones donde aún no se habían recogido los fusiles por completo. Se admitía, pues, que, en un supuesto avance por tierra podrían constituir un verdadero peligro, y el plan citaba como ejemplo más claro la cabila de Beni Said, la cual contaba entonces con un gran número de guerreros. Respecto a las cabilas insumisas el plan informaba que no existían avances que permitiesen a las tropas realizar una marcha incruenta, sin hostigamiento, pero también añadía que si se hacía una intensa labor de propaganda era posible atraerse a la «causa de la Nación» a algunos caídes o *xeij* a los que atribuía de manera estereotipada una «sórdida avaricia». No obstante, no se consideraba un impedimento el no contar con el compromiso de algunos de estos influyentes personajes, pues lo que importaba era acometer la empresa de manera contundente. Se alertaba de que existía una moral muy elevada en el enemigo y que esta contrastaba con la de las tropas del ejército español, más baja, a su juicio, por la inacción a la que se le había sometido, «lo cual contribuye a que se oxide y enmohezca». El proyecto respondía —subrayaba Martínez Anido— «al anhelo de saldar de una vez la deuda de dignidad profesional y nacional que el país tiene pendiente». «En la empresa se vindicarían pasadas ofensas al decoro patrio y al prestigio militar». El comandante general reconocía que no debían escatimarse los medios necesarios para acabar con la «rebeldía» de los beniurriagueles, incluyendo gases asfixiantes.

#### G.1. El plan de desembarco<sup>79</sup>

Como en proyectos anteriores, en su introducción, se alertaba de la dificultad de la empresa y advertían de las bajas que la ofensiva produciría; sin embargo, se entendía que el número de bajas era proporcional a la importancia del objetivo. No iba a ser, por tanto, una empresa fácil, pues los beniurriagueles estaban apercibidos de que el mando español pensaba realizar un desembarco y, en este sentido, habían fortificado la costa y emplazado baterías para impedir que las tropas españolas

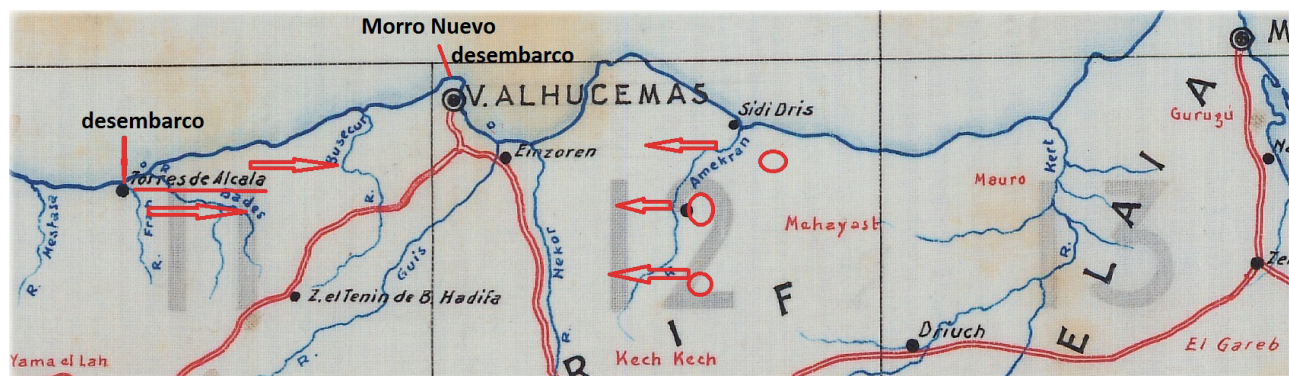
78 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. Las unidades de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*. Valladolid, Galland Books, 2008, p. 3.

79 El documento lleva el membrete del gabinete militar de la Alta Comisaría de España en Marruecos.

invadieran las costas de Alhucemas<sup>80</sup>. Los estrategas de la operación estimaban que un desembarco en la bahía como única operación a realizar, por muy bien preparado y muchos elementos que se reuniesen podría ser malogrado por cualquier contingencia, costando una enorme cantidad de bajas que alarmaría a la opinión pública; el gran caballo de batalla de los gobiernos de la Restauración desde 1909. Una guerra y una opinión pública adversa eran bastante para provocar una hemorragia que amenazaba con parada si no alcanzaba a taponar las heridas. Por ello el proyecto justificaron que la invasión de la cabila de Beni Urriaguel debía ser producto de operaciones combinadas. No se limitaría, pues a la ocupación de puntos en el litoral, sino que consideraba que Alhucemas era el polo desde el que lanzar una campaña hacia el interior y proseguir el avance. Este planteamiento resultaba novedoso respecto a los proyectos anteriores de 1911 y 1913, donde la ocupación de puntos en la costa se interpretaba suficiente para que los cabileños, tras reconocer el potencial militar del ejército español, se sometiesen a la «nación protectora» por el impacto moral que les produciría.

## G.2. Puntos de desembarco

Se planteó un desembarco secreto en la playa de las Cuatro Torres de Alcalá frente a la Isla Iris, situada a cuatro kilómetros al Oeste del Peñón de Vélez de la Gomera<sup>81</sup>.



MAPA Nº 17. Zona de desembarco prevista en el «proyecto Silvela-Anido» en 1923, en la playa de Torres de Alcalá y en las calas del Quemado y Bonita, en la Península de Morro Nuevo. Elaboración propia a partir de los mapas y planos del Centro Geográfico del Ejército.

De ese modo, se esperaba que las tropas de Abd el-Krim acudieran a taponar dicho punto, desplazando cañones del entorno de la bahía y descongestionando consecuentemente dicho frente. Se trataba de una clara estrategia de diversificación. Paralelamente, las tropas simularían un desembarco en Sidi Dris en los dominios de Tensamán, con el objeto de atraer igualmente guerreros de esta cabila prestos a impedir la entrada por su territorio. Y, además, combinado con ataques por tierra para desconcertar por completo a los cabileños. Lo que perseguían los autores del proyecto era perturbar a los defensores mediante un ataque. Asegurado el libre acceso en la ensenada de Iris, ésta se conver-

80 JEVENOIS, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 4.

81 AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923».



tiría en la base principal de futuras operaciones. Desde allí, partiendo de la playa de Bades las tropas avanzarían hasta Axdir por la parte alta de Beni Iteft, amenazando de revés las principales defensas naturales de la bahía y a suficiente profundidad de esta, para permitir la combinación de actuaciones marítimas y terrestres, y someter la resistencia rifeña. A la par las fuerzas orientales concentradas en Tafersit y Dar Quebdani formarían dos columnas: una que partiendo de Sidi Messaud amenazaría Tensamán y otra desde Tizzi Azza por Tizzi Teruch debía dirigirse a Beni Urriaguel por el Nekor. Entre tanto, las fuerzas occidentales concentradas en Tiguisas avanzarían desde Punta Pescadores hacia Beni Urriaguel, neutralizando la capacidad de movilizarse a las cabilas de la región de Gomara, que consideraba incapaz de ser auxiliada por los Beni Urriaguel. Moviéndose la fuerza de esta manera y como si fuera a tomarse una ofensiva decidida en todas partes se atraería a estos puntos el mayor contingente enemigo. La idea era descongestionar el frente de Alhucemas.

Para el desarrollo de la primera parte del plan se estimaba un tiempo de entre ocho y quince días; aliviada la defensa de la bahía, entonces, se realizaría el desembarco en Alhucemas para caer sobre Axdir.

### G.3. Desembarco en la bahía de Alhucemas<sup>82</sup>

La idea era desembarcar en un frente reducido. Pensaban que el sector meridional (playas de Suani, Sfiha y Espalmadero) era el más amable para un desembarco, pues las aguas eran tranquilas y el terreno suave. Sin embargo, frente a un enemigo bien atrincherado y artillado no era el punto de desembarco apropiado porque en esas playas, a quinientos metros de la orilla, la profundidad del mar no excede de un metro y para alcanzar tierra firme era necesario el concurso de lanchas o embarcaciones de poco calado. Además, al hallarse esta zona dominada y batida de frente por una serie de alturas próximas y unido a la inseguridad de los flancos, la convertían en desfavorable para un desembarco a viva fuerza. Optaron, pues, por las playas y ensenadas del entorno de la Península de Morro Nuevo porque además se disponía de un mayor conocimiento de dicha zona gracias a la proximidad de la isla de Alhucemas y por la práctica del comercio llevado a cabo con sus naturales durante muchos años. En el caso de que se levantase temporal de Poniente durante el desembarco, las embarcaciones encontrarían mejor abrigo en las calas que allí había.

Una vez realizada la maniobra de desembarco el ejército de operaciones debía establecer una posición sólida sobre el terreno que permitiese un frente seguro y fortificado. Seguidamente, el siguiente paso sería ensanchar la zona de maniobra hasta terminar el desembarco de las tropas y material. Desde dichas posiciones se lanzaría a las fuerzas de choque para coronar los objetivos y dominar la desenfilada de los desembarcaderos, protegiéndolos, de ese modo, del fuego enemigo. Bajo el control y dominio de las posiciones elevadas próximas a la zona del desembarco podrían realizarse nuevas oleadas de traslado de tropas a tierra, además de material de campamento y fortificación.

82 AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923».

#### G.4. Elementos precisos para la operación

El Estado Mayor calculaba un contingente de combatientes en Beni Urriaguel próximo a los 8.000 hombres. Se consideraba que a este contingente podían sumarse 3.500 guerreros procedentes de las cabilas de Tensaman, Beni Tuzin y Bocoya. Sin embargo, se pensaba que una parte sustancial de la harca estaría destacada en puntos alejados de la bahía haciendo frente a las ofensivas preliminares terrestres, tanto por Oriente como por Occidente detalladas anteriormente. De ese modo, pensaban encontrarse una fuerza defensiva en el entorno de la bahía de aproximadamente 7.000 guerreros. Para enfrentarse pues, con garantías, se estimaba que era oportuno contar con un efectivo combatiente del doble que el enemigo. Así, sumando los servicios auxiliares, sería necesario un total de 18.000 hombres. Para contar con el factor de la superioridad numérica se precisaba que todo el contingente fuese transportado de los barcos a tierra en tres o como máximo cuatro expediciones<sup>83</sup>. El empeño por parte de los autores de la superioridad numérica no era, con ser importante, la mejor de las tácticas. Si atendemos a las enseñanzas derivadas de la Primera Guerra Mundial, la mejor de táctica era la explotación sistemática de la superioridad, sí, pero fundamentalmente en el orden técnico y material, ya que la voluntad y el heroísmo, se entendía entonces, estaban condenadas al fracaso ante el trabajo mecánico de la ametralladora<sup>84</sup>.

#### G.5. Determinación del frente de desembarco

Para que cinco mil o seis mil hombres pudieran abordar la costa en condiciones de combatir calculaban que era necesaria una extensión de playa de entre dos kilómetros y medio y tres kilómetros (unos quinientos metros de paya por cada mil hombres). Sin embargo, el ejército español no contaba con datos acerca de la extensión accesible de costa que podían tener las playas situadas en la península de Morro Nuevo. Esa circunstancia, como veremos más adelante, no podía sino generar dudas sobre el éxito de la maniobra, pues podía producirse un colapso en las proximidades de la costa, donde quedarían atrapados los soldados, siendo un blanco fácil para la artillería y fusilería de los defensores.

#### G.6. Objetivos tácticos

Estos tampoco estaban claros. No existía certeza de la existencia de caminos transitables y agüadas en la supuesta zona de desembarco. Sin duda un grave problema, ya que uno de los principios fundamentales en una operación anfibia es la sustitución lo antes posible la línea de aprovisionamiento naval por una terrestre<sup>85</sup>. Los medios de los que disponían era una descripción geográfica (un croquis) del territorio de las cabilas de Beni Urriaguel y Bocoya a escala 1:50.000 elaborado por la Oficina de Asuntos Indígenas de Alhucemas y corregido con algunos datos aportados por la foto-

83 AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923».

84 ESCARTÍN, Eduardo: «La unidad de doctrina y acción en la guerra moderna», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 6, junio de 1923.

85 JEVENOIS, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 22.



grafía aérea. No había, por tanto, un servicio de planimetría con un mínimo de garantías. Por otro lado, las cartas náuticas que existían habían sido levantadas hacía muchos años (sin precisar) y, para colmo, presentaban diferencias sustanciales con las terrestres, incluso de nomenclatura. Asumían los autores del proyecto la necesidad de representar gráficamente el territorio de costa donde estaba previsto operar para coordinar las acciones entre armada y ejército, además de levantar otro plano dividido en cuadrícula a escala 1:20.000, para la dirección y ejecución del tiro tanto terrestre como desde los buques de la armada. Deficiencias notables que llevaría tiempo subsanarlas.

Los objetivos que se debían alcanzar inmediatamente tras desembarcar se fijaban en los siguientes puntos: las alturas de Haddu-larbi, Ben-Hach-Mohamed, Yebel (monte) Malmusi (350 metros), Adraar Buyibaf (500 metros) y Yebel Buseluf (310 metros), cuya posesión se estimaba que posibilitaría el dominio de una línea avanzada que comprendería (Haddu-larbi - Ben-Hach-Mohamed - poblado de Tigamimin Yebel Buseluf) con ambos flancos apoyados sólidamente en la costa dominante de todo el territorio a vanguardia<sup>86</sup>.

#### G.7. Elementos artilleros para proteger al desembarco

Éstos se establecían en base a la posible potencia artillera del enemigo —de nuevo estamos ante un supuesto—. Estimaban que el enemigo contaba con trece o catorce piezas *Saint Chamond* y *Schneiders* de montaña de 7 cm y algunos cañones *Schneiders* de 7.5 cm. Se sabía que además de las baterías emplazadas frente a Alhucemas, descubiertas por el servicio de observación de la Comandancia Militar de Alhucemas, los rifeños tenían cañones emplazados en Sidi Dris y en Izefirin (Trugut) en territorio de Tensaman. Según los datos oficiales, derivados del «desastre» de 1921 se perdieron 118 piezas de 7, 7.5, 8 y 9 cm y un total de 8.870 disparos. Calculaban, pues, que los defensores contaban con 132 piezas. Por tanto, la estimación que hacía el Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla para contrarrestar la potencia de fuego rifeña en cuanto a los elementos artilleros era la siguiente: en la isla de Alhucemas: 8 obuses de 15,5 cm, modelo *Schneider*; 2 morteros de 15 cm; 2 de 9 cm; 4 cañones de 9 cm; 2 de 8 cm y 4 de 7.5 cm, total 22 piezas. Si bien es cierto que solamente los obuses de 15.5 cm (baterías de San Agustín y San Luis) podían cooperar en la operación; el resto debía servir para dificultar el paso de los rifeños que pretendiesen acudir a los puntos de desembarco.

La potencia de fuego de la armada la componían los tres acorazados tipo *España* con los que contaba la armada española; los cruceros *Extremadura*, *Cataluña*, *Princesa de Asturias* y *Reina Regente* y los cuatro cañoneros tipo *Recalde*, en total 11 buques con un total de 81 piezas (24 cañones de 30,5 cm; 7 cañones de 15 cm; 8 cañones de 14 cm; 34 cañones de 10.1 cm y 8 cañones de 7.5 cm).

#### G.8. Unidades y pertechos

Para ambos desembarcos, en Torres de Alcalá y en Alhucemas se destinaban fuerzas especializadas en el choque: tercio y regulares, más las tropas de Infantería de Marina. Cada soldado portaría en su mochila municiones y comida para tres días, con el fin de no depender desde primer momen-

86 AGMM, África, Caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923».



to del desembarco de material. La composición de las fuerzas de desembarco quedaba definida como sigue:

Unidades	Jefes	Tropa	Ganado
3 compañías de desembarco	3	300	–
2 banderas del tercio	40	1.200	100
2 tabores de regulares de Infantería	34	1.200	120
3 batallones de Infantería	90	2.200	150
7 baterías de montaña de 7 cm	14	600	300
1 sección parque móvil de Infantería	1	175	100
1 sección parque móvil de montaña	2	175	100
3 compañías de Ingenieros	14	450	115
3 compañías de Intendencia	13	450	360
2 secciones ambulancia de montaña	2	90	43
2 estaciones de radio	8	90	40
<b>Totales aproximados</b>	<b>221</b>	<b>6.830</b>	<b>1.428</b>

CUADRO Nº 5. Elaboración propia a partir de los datos expresados en el plan.

### G.9. Barcazas de desembarco

Los elementos marítimos de transporte desde los barcos hasta la playa eran barcazas del tipo X.153 para lo cual se precisaban sesenta y ocho unidades; la mitad para cada columna de desembarco. Este tipo de barcazas se consideraban las más apropiadas porque tenían poco calado y permitía que varasen de proa cerca de la playa para que, con auxilio de tablones o plataformas auxiliares, se desembarcara fácilmente. Tres columnas de cinco barcazas transportarían de manera simultánea 3.000 efectivos; dos barcazas para material y elementos sanitarios y dos para transportar dos aljibes de cincuenta toneladas cada uno para la aguada. Dieciséis de estas barcazas estarían destinadas al ganado<sup>87</sup>. La inexistencia de cartas náuticas, como hemos visto, impedía conocer la profundidad del mar en las playas situadas en la península de Morro Nuevo, un detalle fundamental para el éxito de la operación, ya que si las unidades desembarcadas quedan lejos de la costa se convierten en blanco fácil para los defensores.

### G.10. Barcos para el transporte desde las bases

Para la columna de Iris los puntos de embarque se establecían en Ceuta y Larache; para la de Alhucemas en Melilla. Estimaban necesarios tres barcos tipo *Sorolla* de 5.000 toneladas; tres más modelo *Segarra* de 2.500 y, por último, un barco tipo *Menorquín* de 1.000 toneladas. Además, se asignaba para cada columna un barco-hospital y tres barcos-depósito (municiones, tiendas, víveres,

87 AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923»

material de fortificación y sanitario). Los barcos de transporte debían contener en sus depósitos los siguientes elementos:

MATERIAL	CANTIDAD	TONELADAS
Tiendas	300 tiendas cónicas	45
Viveres	Quince días de víveres para 7.000 hombres	1.000
Agua	Quince días para 1.500 cabezas de ganado	225
Leña	Para quince días	105
Pienso	Quince días para 1.500 cabezas de ganado	225
Municiones	Cartuchos máuser: 4.000.000	135
Ingenieros	10 dotaciones de campaña 10 posiciones compañía y batería 10 blocaus	146
<b>TOTAL</b>		<b>2.038</b>

CUADRO Nº 6. Elaboración propia a partir de los datos expresados en el plan.

#### G.11. El plan de ejecución

En la primera fase de la operación, el almirante de la escuadra asumiría la responsabilidad de conducir el convoy hasta aproximarse a la zona de desembarco. Una vez situado en el punto marcado, la expedición debía ubicarse a la menor distancia que el fuego enemigo permitiese a las barcasas aproximarse a los transportes. Al amanecer del día señalado (quedaba por fijar), mientras las tropas se trasladaban de los barcos a las X. 153 los buques de guerra abrirían fuego, concentrando el tiro sobre las baterías de costa. Del mismo modo, las aeronaves comenzarían a sobrevolar el frente para descubrir los emplazamientos de los cañones, trincheras, concentraciones de soldados, etc., y transmitir sus observaciones al mando, quien distribuiría las misiones y objetivos de la aviación, buques de guerra y baterías del Peñón de Alhucemas. Una vez contrabatisadas o neutralizadas las piezas enemigas y suficientemente quebrantadas las tropas enemigas comenzaría la segunda fase del desembarco, dirigida a transportar a tierra las fuerzas de choque. Se establecía que las barcasas X.153 navegasen con intervalos mínimos de 100 metros y en disposición ajedrezada para evitar que los fuegos de artillería que pudieran alcanzar a una afectasen a sus más inmediatas. Ya en tierra las tropas de la primera oleada, el jefe de ellas demandaría mediante una señal convenida que las baterías de la plaza y de los buques alargasen el tiro, de manera que no hubiera riesgo de alcanzar a las tropas<sup>88</sup>. A partir de ese momento se preveía una feroz resistencia por parte de los nativos, por ello señalaban que había que maniobrar con extraordinaria rapidez para aprovechar los efectos morales de la preparación artillera y el bombardeo aéreo que había precedido al desembarco. Actuar con diligencia posibilitaría, según los estrategas, ocupar los objetivos en los puntos elevados y neutralizar

88 AGMM, África, caja 174, legajo 24, carpeta 2. «Plan de operaciones de julio de 1923»

el fuego enemigo. El control de esas posiciones contribuiría a desembarcar las siguientes oleadas de hombres y material de forma más segura<sup>89</sup>.

Dado que la operación contaba con dos fases, una marítima y otra terrestre, siendo la primera dirigida por un almirante y la segunda por un general, resultaba necesaria una perfecta colaboración entre ambos. Para ello se pensaba en agregar al almirante un jefe de Estado Mayor de Artillería y otro de Aviación; así como al general se le asignaban dos jefes de la armada especializados en tiro y en aviación naval.

El proyecto estaba bien trabajado en los aspectos logísticos, pero carecía de un análisis detallado de la costa y de las características de las playas señaladas como puntos de desembarco; aspecto sustancial. motivo por el que era preciso tener preparados pasarelas flotantes y semi-fijos para que las tropas desembarcasen en una costa escarpada.

#### **G.12. El plan de avance por tierra<sup>90</sup>**

La operación se completaba con operaciones auxiliares por tierra. El plan recogía la formación de tres líneas de avance. Una primera columna que, partiendo de Azib el Midar debía seguir las cuencas del Melul y del Kert para dirigirse hasta el Zoco el Telata de Slef y ocupar la meseta de T'Seff. La segunda línea de avance terrestre partiría de Tizzi Azza con el objetivo de ocupar los altos de Yebel Taurest y Yebel Karn; por último, la tercera columna iniciaría el avance desde Sidi Messaud con la misión de ocupar el paso de Yub-el-Kama o Tizzi Yub. La idea era realizar dos ataques demostrativos por las líneas laterales, avanzando a fondo la columna de Tizzi Azza. Las tres columnas estarían formadas por tropas de choque (tercio y regulares) y se establecía el apoyo de elementos artilleros, carros de asalto y aviación. El total de elementos de tropas establecidos para la ofensiva terrestre alcanzaban 23.835 hombres, 6.540 cabezas de ganado y 683 jefes y oficiales<sup>91</sup>.

#### **H. ANÁLISIS E INVIABILIDAD DEL PROYECTO**

Los miembros del Estado Mayor pertenecientes al gabinete militar del alto comisario, tras recibir el proyecto de la ofensiva combinada, analizaron concienzudamente cada detalle. El resultado del estudio determinaba algunos inconvenientes que, a su juicio, hacían muy difícil llevar a cabo la operación. En primer lugar, no se contaba con nueve banderas del tercio que eran las que solicitaba Martínez Anido; y las que había, se encontraban mermadas por las operaciones del mes de junio en torno a Tizzi Azza<sup>92</sup>. Se entendía imposible reclutar hombres e instruirles hasta alcanzar el número de unidades requerido en un plazo de dos meses<sup>93</sup>. En cuanto a los tabores de regulares ocurría lo mismo.

89 Ibid.

90 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 165-175.

91 Ibid., p. 166.

92 Los pormenores del enfrentamiento entre las tropas coloniales españolas y la harca de Abd el-Krim en el macizo de Tizzi Azza, véase en AMATE BLANCO, Juan José: *La Legión en la campaña de Melilla*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2017.

93 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit., p. 167.



Solicitaba once y tan solo se disponía de siete. La comisión de estudio no entendía por qué Anido no contaba con el concurso de las Mehal-las (unidades netamente marroquíes, tipo regimiento con mandos europeos) para los desembarcos, ya que al tratarse de operaciones que se realizaban para «implantar el dominio del jalifa» (representante del sultán en el Protectorado español), sus elementos asumirían su participación con energía y voluntad. Otro punto que veían irrealizable era el hecho de que necesitase cincuenta y siete batallones de infantería, y cómo solo disponía de treinta y ocho, era necesario solicitar a la península los diecinueve que faltaban. El informe se mostraba tajante: «La petición en estos momentos de un envío a África de más de 25.000 hombres, creación de banderas y tabores de regulares sería muy mal acogida por la opinión y quizás rechazada»<sup>94</sup>.

Respecto a la combinación de operaciones se consideró estratégicamente muy bien diseñada, pero que era imposible llevarla a cabo por no disponer de tropas suficientes ya que el país no podía hacer más sacrificios en hombres. Igualmente, en cuanto a los puntos de desembarco: el de Torres de Alcalá, consideraba la comisión, que era innecesario, ya que avanzar desde ese punto hasta Axdir era prácticamente irrealizable, pues exigía un gran número de fuerzas para cubrir comunicaciones y avanzar por un terreno quebrado y lleno de obstáculos. En cuanto al desembarco en Morro Nuevo la comisión reconocía que la operación tenía serias dificultades porque los barcos estarían batidos por la artillería enemiga en tres direcciones y, además, señalaba que el sector de la playa había sido fortificado y atrincherado. Con todo, la operación en su planeamiento fue aprobada. Sin embargo, como hemos señalado, la comisión ponía un pero; y este era el número de soldados que el plan requería. Los comisionados señalaban que con 10.000 hombres como mucho era suficiente, pues el doblar la cantidad supondría enormes dificultades de aprovisionamiento<sup>95</sup>. Se aprobaba el plan de avance por tierra y felicitaban a los autores del planeamiento por la elección de los tres puntos fijados de partida. Añadían que si el avance y el desembarco pudieran simultanearse sería extraordinario<sup>96</sup>.

Para concluir el informe recogía que no siendo posible solicitar un soldado más al país, había que dotar al ejército de medios modernos: aviones, carros de combate, fusiles-ametralladoras, artillería de grueso calibre, gases tóxicos, etc<sup>97</sup>.

«Desgraciadamente —señalaban los expertos— no se supo aprovechar el momento en que nadie hubiera regateado el envío de cuanto hubiera sido necesario para vengar la afrenta que hemos sufrido, y castigar a los indómitos beniurriagueles»<sup>98</sup>.

Uno de aquellos analistas, el coronel de Estado Mayor, Ignacio Despujols, quien tuviera en la operación de 1925 un papel muy destacado, anotaba que este no era un buen momento por las razones ya señaladas de falta de hombres, pero reconocía que para resolver el «problema de Ma-

94 Ibid., p. 168.

95 Ibid., p. 169

96 Ibid., p. 171.

97 Respecto al empleo de gases tóxicos y la guerra química en el Rif, véase MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nació en África»: Los africanistas y las Campañas de Marruecos*. Madrid, Tecnos, 2019, pp. 301-316.

98 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 170.

rruecos» era allí, en Axdir, capital de la República del Rif, y no en otro lugar, donde había que asestar el golpe:

Inútil es repetir que en nuestra zona de Marruecos no habrá tranquilidad mientras que el foco de la rebeldía, latente en Beni Urriaguel, pero mantenida principalmente por una fracción de esta cabila y personificado por Abd el-Krim subsista. Allí está el cerebro que dirige; de allí parten las órdenes cuya repercusión se siente en las márgenes del Uad Lau; y mientras en una u otra forma no se deje sentir allí el poderío de España, el castigo de los sucesos del 21, y del mal trato de que fueron víctimas nuestros prisioneros hay una causa de sonrojo, una confesión de impotencia que pesa sobre la conciencia nacional<sup>99</sup>.

El informe finalizaba abordando la posibilidad de emplear gases tóxicos. Silvela ya se había pronunciado en su momento respecto a letalidad de los gases e incluso pensó en utilizarlos sin ningún escrúpulo, pues propuso un plan muy simple: atraer a un gran número de guerreros rifeños a un punto concreto, mediante la simulación de un desembarco, y aprovechando la concentración bombardear con dicho elemento destructor. Al día siguiente, «sin peligro de ser hostilizados, desembarcar y dedicarse a inhumar a las víctimas»<sup>100</sup>. Tal sería el pánico que provocaría entre los nativos que las sumisiones de jefes de fracción se producirían en cascada.

El plan elaborado por el Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla junto con los informes del gabinete militar de la Alta Comisaría llegó al Ministerio de la Guerra. Aizpuru lo estudió junto con sus asesores y lo sometió a la deliberación del Estado Mayor Central. Tras un breve análisis, el organismo superior del ejército desestimó la operación. Tras el dictamen, el Gobierno informó a Silvela, comunicándole que: en primer lugar, debía prescindir de una acción militar sobre Alhucemas porque lo que quería el Gobierno era reducir los contingentes de soldados que había en África y, en consecuencia, también los gastos. En segundo lugar, debía hacer hincapié en la acción política, y si ésta no daba los frutos perseguidos, emplear la aviación. En definitiva, no llevar a cabo una acción ofensiva militar bajo ningún concepto. Limitarse a repeler las posibles agresiones —a ser posible— mediante bombardeos de aviación. Atendiendo a la reacción del Gobierno respecto del «plan Silvela-Anido» cabe preguntarse el porqué del nombramiento de Martínez Anido. Un militar impulsivo y poco dado a la negociación, firme partidario de la acción violenta sobre los nativos y, en definitiva, africanista de la línea dura, que con toda probabilidad había aceptado el cargo porque le propusieron dirigir la operación más importante de cuantas se habían desarrollado en el Protectorado hasta el momento.

Luis Silvela respondió a García Prieto que, si se trataba de economizar hombres y dinero, una acción sobre Alhucemas mediante un golpe violento y rápido sería más económica<sup>101</sup>. «La opinión pública desea ver terminada esta pesadilla de Marruecos, y eso —señalaba el alto comisario— se lograría sin estruendo y con eficacia adoptando lo que proponen el general Castro Girona y el coro-

99 Ibid., p. 171.

100 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria, (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 180.

101 Ibid., p. 180.





nel Despujols: el empleo de gases tóxicos»<sup>102</sup>. El alto comisario se había imbuido de la opinión de los militares africanistas y expresaba con claridad al Gobierno su pensamiento:

la toma de Alhucemas es la conclusión de nuestros esfuerzos en el Protectorado y el castigo impuesto a los beniurriagueles, el fin de toda rebeldía en una y otra parte de la zona; castigado Beni Urriaguel, sin dificultad se podría ir al desarme total, y realizado el desarme, la organización administrativa y civil no sería empresa ni lenta ni difícil<sup>103</sup>.

Luis Silvela se convirtió en el verano de 1923 en el principal defensor del empleo de armas químicas para vencer la resistencia rifeña. Sin embargo, y a pesar de esa postura, ante la prensa se mostraba en la línea civilista que había trazado el Gobierno desde que tomara posesión. Silvela mentía para ocultar la verdad. En el diario *La Época*, el 14 de agosto hacía unas declaraciones que contrastaban radicalmente con su propuesta de acabar con el «problema» a base, incluso, de gases asfixiantes. «No creo que la acción militar nos dé resuelto el problema. España —concluía— no debe de ir a Alhucemas: España debe poner en juego todos los elementos con que cuenta para que Alhucemas venga a ella»<sup>104</sup>. Para el funcionario del ministerio de Estado, Aguirre de Cárcer, —ya lo hemos recogido algunas páginas atrás— las declaraciones del alto comisario conferían un nuevo tipo de Protectorado, lo denominó el «Protectorado al revés»<sup>105</sup>. Luis Silvela simbolizaba en ese momento lo que ya dijera Maquiavelo en el siglo XV «la política es el arte de mentir»; y «en cuanto al asunto de Marruecos nuestros políticos alcanzaron el más alto grado, llegando a convertirse en auténticos prestidigitadores de la palabra»<sup>106</sup>.

Como ya anunciara a su llegada, la decisión del general Martínez Anido no se hizo esperar; tan pronto se enteró de que el plan no se aprobaba, presentó su dimisión<sup>107</sup>. El 14 de agosto abandonó la Comandancia General al no poder llevar a cabo la operación de conquista de la bahía de Alhucemas. El enérgico general se despedía del ejército de África en los siguientes términos:

Al dejar el mando de este territorio, lo hago con profundo sentimiento, ya que, en estos momentos críticos, en que la Patria puede necesitar oficiales y soldados entusiastas, no puedo estar a vuestro lado y utilizar las virtudes militares que os adornan. La ausencia me hará recordar vuestro deseo, que siempre fue el mío, de vengar afrentas pasadas, colocando la propia moral muy por encima de la del enemigo, lamentando el corto tiempo de mi mando haya impedido llevar a la práctica tan hermosa y conveniente realidad. Perseverad en el cumplimiento de nuestro deber, disciplinad vuestro espíritu, que ha de tener como norte y guía el bienestar de la Patria, y recibid el cariñoso abrazo que os envía vuestro general<sup>108</sup>.

102 Ibid., p. 182.

103 AMATE BLANCO, Juan José: *La Legión en la campaña de Melilla...*, Op. Cit. p. 221.

104 «El problema de Marruecos», *La Época*, 14/08/1923.

105 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*, Op. Cit. p. 126.

106 Ibid.

107 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 262.

108 Ibid., pp. 262-263.

En el puerto de Melilla algunos militares y gran parte de la población civil arroparon al general Martínez Anido y le tributaron una calurosa despedida que contrastó con el frío recibimiento de la Comisión del Estado Mayor Central del ejército que desembarcaba en la capital de la zona oriental del Protectorado el día 16 de agosto, bajo la presidencia del general Weyler<sup>109</sup>. El ilustre Valeriano Weyler llegaba a tierras africanas con la misión de fijar las posiciones de vanguardia del ejército de ocupación<sup>110</sup>.

La recepción de la comitiva, en efecto, fue fría porque el sector africanista del ejército colonial, principalmente jefes y oficiales de tropas de choque, interpretó que Weyler iba en busca de la paz; una estrategia que no compartían ni aceptaban. La comisión del Estado Mayor Central percibió, al día siguiente de llegar, que los ánimos en el enemigo estaban encendidos y muestra de ello fue el ataque a la posición adelantada de Tifaruin<sup>111</sup>. La situación en el sector oriental del Protectorado era compleja por el empuje rifeño sobre un amplio sector del frente adelantado. Los ataques se sucedían, respondiendo a una estrategia concreta, ideada por Abd el-Krim. Las arremetidas rifeñas se perpetraban de forma enérgica y descubrían la existencia de un ejército perfectamente armado y atrincherado. La ofensiva sobre Tifaruin costó más de trescientas bajas al ejército colonial<sup>112</sup>. Finalmente, la situación se salvó gracias a un gran despliegue de medios materiales sobre el teatro de operaciones: a las columnas de soldados formadas por tropas de choque y regimientos peninsulares se añadió la actuación de una escuadrilla de aviación, buques de guerra y carros de asalto; una combinación de elementos que contribuyeron con su potencia de fuego a descongestionar la posición y sus inmediaciones.

La harca de Abd el-Krim sufrió igualmente muchas bajas, debilitando su capacidad combatiente<sup>113</sup>. Tras aquel violento ataque, los africanistas reprocharon la actitud de las autoridades políticas por no explotar el triunfo, y continuar la ofensiva hasta el corazón del Rif. Algunos autores sostienen que si se hubiera insistido en un ataque a fondo la resistencia del ejército de la autoproclamada República del Rif no hubiera podido aguantar la ofensiva<sup>114</sup>.

La Comisión del Estado Mayor Central regresaba a Madrid antes de lo previsto. Su presencia en el Protectorado no sirvió para nada, porque nada resolvió, pues a la falta de conocimiento profundo del territorio se añadía el desconcierto del Gobierno, empeñado en esa política de estira y afloja, de vacilaciones y, en definitiva, de no saber qué hacer en Marruecos. Por si fuera poco, Silvela percibió que la presencia de la comisión en el Protectorado cuestionaba su labor y presentó su dimisión. Ya en Madrid, Valeriano Weyler sorprendió a la prensa con sus declaraciones respecto a la operación sobre

109 ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual...*, Op. Cit. p. 594.

110 «La pesadilla de Marruecos. El general Weyler a Melilla», *El Liberal* 15-08-1923.

111 Un análisis de los combates de Tifaruin, en AMATE BLANCO, Juan José: *La Legión en la campaña de Melilla...*, Op. Cit., pp. 224-236.

112 GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África*. Madrid, Ediciones Fe, 1940, p. 191.

113 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 189.

114 Esta opinión la defienden tanto Francisco Hernández como Tomás García. Se puede consultar en: HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala...*, Op. Cit. p. 189 y en GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Marruecos. La acción de España en el norte de África...*, Op. Cit., p. 191.



Alhucemas: «tengo el criterio fijo de que es preciso ir a Alhucemas. Ahora o después, pero ir»<sup>115</sup>. El jefe del Estado Mayor Central del ejército, el mismo organismo que había desestimado el «proyecto Silvela-Anido» para ocupar Alhucemas, afirmaba que la solución estaba en Axdir

### I. LA COMISIÓN DE LOS VEINTIUNO<sup>116</sup>

Entretanto, la vida parlamentaria seguía su ritmo y entre otras cuestiones llegó el turno de las «responsabilidades». El 28 de junio de 1923 en el Senado se procedió a la votación del suplicatorio contra el general Berenguer. Los senadores, generales Agustín Luque y José Marina, se mostraron molestos y convinieron en que no debía concederse el suplicatorio. Finalmente se aprobó por aclamación ante la sorpresa de muchos de los senadores que solicitaron una votación nominal. De ese modo, el presidente de la Cámara Alta evitó la responsabilidad directa y personal del voto. La Cámara Alta concedía así la autorización necesaria para procesar el ex alto comisario<sup>117</sup>.

Por su parte, en el Congreso la «Comisión de los Veintiuno» había empezado a trabajar el 14 de julio. Eran veintiún diputados designados por voto expreso de la Cámara. La relación era la siguiente: por parte de los liberales concentrados: Bernardo Mateo Sagasta (presidente); José Morote, José Fernández Jiménez, Leopoldo Palacios, Germán Inza, Práxedes Zancada y José Soto Reguera. Representando a los liberales conservadores: Luis Rodríguez de Viguri, Juan José Ruano, Nicanor de las Alas Pumariño, Antonio Taboada, Emilio Díaz Revenga, Miguel Rodríguez Valdés y José Félix Lequerica. De la formación jaimista, Luis García Guijarro; dos independientes: Arsenio Martínez Campos y Félix Rodés; socialistas: Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos y, por último, los republicanos Marcelino Domingo y Mariano Tejero<sup>118</sup>. Con toda seguridad, esta comisión, suponía una pesadilla para el monarca que veía como desde hacía meses se convertía en la diana de la responsabilidad para una parte del país. Frente a este órgano desfilaron generales, diplomáticos, periodistas y personal civil, lo que permitió acumular una ingente cantidad de datos. En torno a este asunto se previó una sesión de Cortes para abordar los temas relativos a las conclusiones que había determinado la Comisión. El día fijado era el 2 de octubre. Pero no se llegó a celebrar porque el 13 de septiembre el general Miguel Primo de Rivera encabezó el golpe militar que puso fin al régimen de la Restauración<sup>119</sup>. Ese grave asunto, el de las Responsabilidades por el «Desastre del 21» fue probablemente lo que «indujo al rey Alfonso a coquetear con los militares para adoptar una solución extraparlamentaria»<sup>120</sup>.

115 ABC, 22 de agosto de 1923.

116 Un artículo muy interesante respecto al asunto de las Responsabilidades y su debate parlamentario en RECIO GARCÍA, María Ángeles: «El Desastre de Annual en el Parlamento español: las comisiones de Responsabilidades», *Guerra Colonial, Revista Digital*, nº 2, junio de 2018, pp. 61-78.

117 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23...*, Op. Cit. p. 172.

118 COLOMAR CERRADA, Vicente Pedro: *Prisioneros españoles en el Rif 1921-1923*, Op. Cit. p. 495.

119 ALÍA MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del Desastre del 98 a la Transición*. Madrid, Catarata, 2018, p. 47.

120 BEN-AMI, Shlomo: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 29.

## CONCLUSIONES

El principal objetivo del capítulo ha sido desvelar los entresijos de proyecto de desembarco en Alhucemas de 1923. Hemos visto cómo el Gobierno cambió de rumbo en su estrategia colonial y pasó de un planteamiento inicial civilista, basado en la negociación, a designar a un militar partidario de la acción violenta al frente de la Comandancia General de Melilla, el general Severiano Martínez Anido. El militar nombrado por el Gobierno a propuesta del alto comisario, Luis Silvela, llegó a Marruecos «para dar satisfacción al ejército de África», es decir para seguir la línea más belicista del programa colonial. Hemos arrojado luz en torno a este proyecto de 1923, que fue el último que se intentó antes de que se produjera el golpe de Estado de Primo de Rivera. En este sentido hemos demostrado que Martínez Anido no diseñó el plan, sino que se lo encontró redactado y bien trabajado, aunque fue él quien terminó de perfilarlo.

Hemos de reiterar que las intenciones del Gobierno, plasmadas en su programa de Protectorado «puramente civil», a través de la senda del acuerdo y la negociación con los cabileños cambiaron a partir del mes de mayo, suscitando una crisis en el Gobierno que se cerró con la dimisión del ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora. El alto comisario, Luis Silvela, después de solo tres meses al frente de su cargo en Marruecos, determinó que la opción de la diplomacia no arrojaba resultados positivos, y sugirió al Gobierno un viraje en la estrategia: «someter a los beniurriagueles por la vía militar». García Prieto asumió la propuesta, pues no se entendería de otro modo el nombramiento de Martínez Anido al frente de la Comandancia General de Melilla, cuidando mucho que la opinión pública no interpretase un cambio de dirección en las políticas sobre Marruecos. Tal fue el cambio de opinión del alto comisario que pasó del talante dialogante como vía de penetración a la propuesta de bombardear con gases asfixiantes toda la bahía de Alhucemas para reducir la capacidad de resistencia de los rifeños; y en una segunda fase, desembarcar a las tropas en las costas para liquidar «definitivamente» la tenacidad de los nativos y someter a los beniurriagueles, adalides de la «rebeldía». Orquestado el plan, confiaron entonces en el general Martínez Anido para dirigir la empresa. El alto mando desembarcó en Marruecos decidido a asumir una de las tareas más complicadas de su vida como militar. Cuando llegó se encontró con un proyecto de desembarco pergeñado, y estableció un plazo de dos meses como fecha tope para ejecutar la operación. Es posible que el proyecto que hemos denominado «Silvela-Anido» fuera en realidad «García Aldave» ya que, como se ha visto, el general de Estado Mayor e hijo del capitán General de Melilla, José García Aldave, autor del primer proyecto de desembarco, sirvió a las órdenes del alto comisario a partir de febrero de 1923; lo cual lleva a plantearnos que en realidad Silvela, a pesar de ser civil, tenía la idea clara de desembarcar en Alhucemas y se rodeó de ayudantes que conocían la operación. Finalmente, el proyecto no ofreció garantías totales de éxito (vencer la «rebeldía» con pocas bajas), principalmente por la falta de efectivos, lo que determinó que el Gobierno, finalmente lo desestimara. Al igual que en la década anterior el enésimo proyecto de alcanzar la bahía de Alhucemas se desvanecía por el temor a un fracaso.

En 1923 las circunstancias eran diferentes ya que, en primer lugar, los soldados debían ocupar la bahía a viva fuerza, sin la complicidad de un partido español como en 1911, 1913 o 1916 y los defensores contaban con medios materiales para repeler el ataque, cañones y ametralladoras conse-



guidos en el desastre de Annual. El ejército colonial español disponía del servicio de aviación, que le permitía observar y explorar el campo rifeño, bombardear la concentración de tropas, nidos de ametralladora y nidos de batería, además de la potencia de fuego de la artillería naval, que contribuiría al ataque ejerciendo disparos de protección sobre puntos u obstáculos que se opondrían al avance de la infantería desembarcada. Con todo, el Gobierno decidió no ejecutar la operación. Se consideró que el riesgo era grande y la confianza en alcanzar el objetivo pequeña.

Para los rifeños, como ya expresara Abd el-Krim (padre) entre 1913 y 1919, los españoles parecían incapaces de llevar a cabo una operación militar de gran envergadura. Martínez Anido, nombrado *ad hoc* para coordinar las operaciones de desembarco y conquista del Rif presentó su dimisión, justificando que no quería permanecer al frente de un ejército permanentemente en una «situación de lacerante inacción».

El fracaso de hallar una solución —ni política, ni militar— en el Protectorado, unido al asunto de las responsabilidades, que parecía poder afectar incluso al rey, derivó en un aumento del descrédito de la política y de los políticos. La debilidad del Gobierno ante aquellas circunstancias propició el golpe militar de Primo de Rivera, quien, junto a sus correligionarios conspiratorios, y el apoyo explícito del sector africanista más violento del ejército colonial, amparados incluso por el mismo monarca, acabaron con el Régimen configurado 1875. En Alhucemas, señalaban los partidarios del desembarco, estaba la solución, pero ningún político se atrevía a ir hasta allí. Un Directorio Militar asumiría a partir de entonces las riendas de la política en Marruecos. En el siguiente capítulo veremos cómo, partiendo desde una posición inicialmente tendente al abandono del territorio en Marruecos, el dictador fue virando hasta decidirse a operar, porque finalmente se imbuyó de la opinión del africanismo, y asumió el sempiterno argumento de que, en efecto, el «vellocino de oro», como había denominado a Alhucemas el general Berenguer, estaba en esa bahía.







## CAPÍTULO VIII

### DEL GOLPE DE ESTADO AL DESEMBARCO. PRIMO DE RIVERA (1923-1925)

En el presente capítulo se analizan las circunstancias relativas al Protectorado español en Marruecos desde que el general Primo de Rivera asumió la presidencia del Directorio Militar, tras el golpe de Estado, hasta el momento en el que se aprobó la operación combinada sobre Alhucemas con apoyo del ejército francés. Dos años, entre septiembre de 1923 y septiembre de 1925, marcados por la ausencia de un plan para implementar en Marruecos. Su falta de determinación y las circunstancias le empujaron a tomar decisiones que oscilaban y cambiaban de orientación: de la inmovilidad inicial al repliegue y del repliegue a la obsesión por desembarcar en Alhucemas a toda costa. El dictador, como veremos, actuó conforme cambiaban las circunstancias. De ese modo, un ataque rifeño a las posiciones francesas en la primavera de 1925 contribuyó a que la orientación del Gobierno francés cambiara y optara por primera vez desde 1912 por una colaboración entre ambas naciones para someter a Abd el-Krim. Aquel hecho supuso el punto de inflexión que propició la posibilidad real de ejecutar la operación de desembarco, aunque como se verá, Primo de Rivera había tomado la decisión de ir a Alhucemas incluso antes de que se produjera la ofensiva rifeña a las posiciones francesas en abril de 1925.

#### A. EL GOLPE DE ESTADO

Al iniciarse el mes de septiembre de 1923 el Gobierno se hallaba dividido por varias causas, la primera de ellas era la cuestión de Marruecos. El día 13 de septiembre, a primera hora de la tarde, las autoridades políticas reconocían oficialmente la dificultad de la situación provocada por un documento que había llegado a algunas guarniciones militares, donde se censuraba en «términos gruesos» la actuación del Gobierno y se pedía la dimisión del gabinete en masa<sup>1</sup>. La circular dirigida a generales, jefes y oficiales exponía la difícil situación por la que atravesaba el país a causa de la «inmoralidad del Gobierno» y su «desacertada gestión en el Protectorado». Ya de madrugada el

---

1 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 300.

subsecretario de Gobernación, Alonso Gullón, leyó una nota oficial con objeto de informar a la prensa que se hallaba de guardia en el Ministerio. El citado funcionario comunicaba:

El Capitán General de Cataluña, en la noche pasada, ha declarado por sí el estado de guerra en aquella región, se ha incautado de las comunicaciones y se ha dirigido a los de otras regiones, invitándoles a secundar su actitud, para explicar la cual ha dado un manifiesto al país, anunciando que el Ejército pide al Rey, para salvar a la Patria, la separación de los actuales ministros y de los políticos de la gobernación del Estado<sup>2</sup>.

En realidad, el día 12 de septiembre por la tarde el presidente del Consejo de Ministros tenía conocimiento de los hechos que se habían producido en Barcelona. Manuel Aguirre de Cárcer, funcionario del Ministerio de Estado se dirigió rápidamente al despacho del ministro, Santiago Alba, en San Sebastián, quien ocupaba, durante el período estival, las dependencias del Ministerio de Jornada, un pequeño edificio situado en el Paseo de Colón. El motivo de su llamada era la entrada de un telegrama cifrado y urgente que acababa de llegar desde Madrid y lo firmaba el presidente García Prieto. El Marqués de Alhucemas informaba sobre la actitud contraria al Gobierno del teniente general Miguel Primo de Rivera<sup>3</sup>. Comunicaba que había hecho público un manifiesto en Barcelona donde anunciaba sus propósitos: implantar una dictadura. Además, notificaba que le apoyaban las guarniciones de Barcelona y Zaragoza. El grito del movimiento era ¡Viva España! y ¡Viva el Rey!<sup>4</sup>.

En aquel momento, también se encontraba el rey en San Sebastián disfrutando de sus vacaciones, a quien Santiago Alba por indicación del presidente le informó de lo ocurrido. Las circunstancias obligaron, pues, al rey a adelantar su viaje de regreso a la capital que realizó a la mañana siguiente. A la espera de su llegada, el Gobierno con su presidente a la cabeza no se resignaba, y se mantuvo en su puesto con la excepción del ministro de Estado. Santiago Alba dimitió y argumentó que dejaba su cargo porque él no era partidario de una lucha con los militares, que seguro conduciría a una guerra civil<sup>5</sup>. El rey parecía, pues, ser la clave de la grave situación en la que se hallaba el país. *El Heraldo de Madrid* publicaba en su primera página:

La suerte de España está puesta en manos del Rey. De un Rey que ha quedado sin opción para elegir gobernantes. Una clase social a la que se le confía el honor y la defensa de la Patria, le señala imperativa el camino que debe seguir. El Rey es un irresponsable. A la crisis social, económica, política, se ha unido la crisis dinástica. Cuando se deja el cetro para tomar la pluma y escribir al dictado, a impulsos de la violencia que triunfa, se deja, de hecho, de ser Rey<sup>6</sup>.

El día 14 de septiembre a las nueve y cuarto de la mañana, Alfonso XIII llegaba a Madrid procedente de San Sebastián. La primera medida que adoptó fue requerir al presidente del Consejo de

2 Ibid., p. 301.

3 Una biografía de Primo de Rivera, interesante pero parcial en: SAGRERA, Ana de: *Miguel Primo de Rivera. El hombre, el soldado y el político*, Jerez de la Frontera, Gráficas del Exportador, 1973.

4 AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*. Madrid, Gráficas Lar, 1944, pp. 232-233.

5 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 1923, p. 310.

6 «El Rey», *El Heraldo de Madrid*, 13 de septiembre de 1923.



Ministros que se personara en el Palacio Real para tratar el asunto del movimiento militar. Después de una hora de reunión, García Prieto salió del despacho regio y se acercó a la sala donde se encontraban los representantes de la prensa; entonces leyó un comunicado, explicando que había solicitado al monarca relevar a los capitanes generales de Cataluña y Zaragoza, destituir al capitán general de Madrid y separar de sus cargos a todos cuantos se hubieran significado a favor del movimiento subversivo. A continuación, indicó que, tras su petición el rey le insinuó que, ante la gravedad de las medidas que proponía, debía reflexionar, e inmediatamente, al verle vacilar de ese modo presentó su dimisión<sup>7</sup>. Renuncia que el rey aceptó. Señala Soldevilla que Alfonso XIII le juró a García Prieto que nada sabía acerca del movimiento; algo, desde luego, difícil de creer porque, aunque no conociera los detalles de la rebelión militar es muy probable que supiera que se estaba conspirando contra el Gobierno<sup>8</sup>.

Y llegó entonces la hora de los militares. Alfonso XIII tras despachar con el Marqués de Alhucemas recibió en Palacio a los generales Antonio Dabán, Federico Berenguer, Leopoldo Saro y José Cavalcanti, todos ellos muy cercanos al monarca y principales inspiradores del golpe de Estado, conocidos por la historiografía como la «conspiración del cuadrilátero»<sup>9</sup>. El golpe al sistema de la Restauración y a los políticos liberales se había consumado. Hundido el Gobierno, tan solo restaba esperar la llegada de Miguel Primo de Rivera que, procedente de Barcelona, debía asumir el mando tras ser investido presidente del Gobierno por el rey. El Expreso de Barcelona en el que viajaba el futuro dirigente del Gobierno de España llegaba a la estación del Mediodía el día 15 de septiembre a las nueve y media de la mañana<sup>10</sup>. Aquella rebelión militar puso fin a un régimen constitucional de cincuenta años y dio paso a una dictadura militar con un monarca que se mantenía como jefe del Estado. Los golpistas se ampararon en la tensión social que había en las calles para legitimar su actuación<sup>11</sup>. Además de la conflictividad social, cuya manifestación más visible eran las huelgas, los muertos de 1921 en la guerra de Marruecos pesaban mucho<sup>12</sup>. Otro asunto que provocaba gran desasosiego entre los militares era el nacionalismo catalán organizado principalmente por Acció Catalana<sup>13</sup>. Algunos políticos, fundamentalmente conservadores, militares, propietarios y empresarios e incluso el propio monarca,

7 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político, 1923*, p. 314.

8 Un análisis de los hechos se puede ver en los trabajos de: GONZÁLEZ CALVET, María Teresa: *La dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*. Madrid, El Arquero, 1987; GÓMEZ NAVARRO, José Luis: *El régimen de Primo de Rivera*. Madrid, Cátedra, 1991; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*. Madrid, CSIC, 1999; JULIÁ, Santos: «España sin guerra civil. ¿Qué hubiera pasado sin la rebelión militar de julio de 1936?» en Niall Ferguson (Dir.), *Historia virtual ¿Qué hubiera pasado si ?* Madrid, Taurus, 1998; PAYNE, Stanley: *Los militares y la política en la España contemporánea*. París, Ruedo Ibérico, 1967.

9 ALÍ MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición*. Madrid, Catarata, 2018, p. 47.

10 La trama conspiratoria se describe con detalle en ALÍ MIRANDA, Francisco: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

11 ALONSO BAQUER, Miguel: *El modelo español de pronunciamiento*. Madrid, Rialp, 1983, p. 210.

12 *Estadística de las huelgas. Memoria de 1923*. Entre enero y septiembre de 1923, el Ministerio de Trabajo recoge una estadística de huelgas en España que alcanza 411; de las cuales 103 tuvieron lugar en Barcelona.

13 Una monografía sobre Acció Catalana en BARAS BARAS, Monserrat: «La trajectòria d'Acció Catalana» en *L'Avenç, Revista d'Història*, Barcelona, nº 72, 1984. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Madrid, Alianza, 2005.

interpretaron que la violencia en la calle tenía su origen en Moscú y que detrás de dicha estrategia estaba la mano de los peligrosos bolcheviques<sup>14</sup>. El miedo al contagio comunista se extendió entre los militares, principalmente los más conservadores, pues interpretaban que su ideología podía acabar con las esencias del cristianismo occidental, así lo describía el general Francisco Gómez-Jordana Sousa:

Se trata de un problema mundial de carácter espiritual de la más extraordinaria trascendencia, pues el comunismo constituye un ambiente revolucionario protagonizado por unas masas alejadas de Dios y, por lo tanto, aspiran a mejorar su situación económica por la violencia; sin duda un gigantesco peligro. Un fenómeno que no es pasajero como la guerra, sino que se trata de un problema fundamental de la época en la que vivimos<sup>15</sup>.

Pero, si una razón estaba por encima de toda la problemática que rodeaba al país, ésta era la guerra de Marruecos y por adición el asunto de las responsabilidades. El manifiesto del 13 de septiembre se refería a ese asunto como «pasiones tendenciosas alrededor de las responsabilidades», «el país no quiere oír hablar más de responsabilidades, sino saberlas y exigir las pronta y justamente, y esto lo encargaremos —recogía el comunicado— con limitación de plazo a Tribunales de autoridad moral y desapasionados de cuanto ha envenenado hasta ahora la política»<sup>16</sup>. Conviene no olvidar que la actuación de Santiago Alba fue la principal razón que determinó el movimiento. Primo de Rivera le acusó de invertir nueve millones de pesetas en gastos secretos del Ministerio de Estado y de llevar una ostentosa vida privada<sup>17</sup>. En el Manifiesto de Barcelona del 13 de septiembre de 1923 subrayó que el pueblo español no tenía veleidades imperialistas ni tampoco una terca necesidad de salvar el honor del ejército en Marruecos; pero a la vez prometía «una solución pronta, digna y sensata»<sup>18</sup>.

#### A.1. La actitud de la prensa

La prensa nacional informaba a la opinión pública de la «grave situación» por la que atravesaba el país. Así, por ejemplo, entre los días 14 y 15 de septiembre de 1923 los rotativos alertaban de la rebelión militar y sus consecuencias; *La libertad* titulaba: «Situación gravísima. Desarrollo de un golpe de Estado. Se trata de un movimiento de rebelión militar que aspira a derrocar al poder civil. La razón de la fuerza se impone a la fuerza de la razón»<sup>19</sup>. En el diario *La Época*, menos dramático, se podía leer: «El Gobierno presenta la dimisión. El Marqués de Estella será encargado de formar gabinete

14 El temor al comunismo soviético se puede ver en las obras de: AVILÉS FARRÉ, Juan: *La fe que vino de Moscú. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999; REY REGUILLO, Fernando: *Propietarios y patronos*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992.

15 Fundación Nacional Francisco Franco, (en citas sucesivas FNFF): Legajo 186, documento nº 27313. Carta de Francisco Gómez-Jordana Sousa al embajador de EE.UU., Carlton Hayes. 21 de octubre de 1943.

16 ALÍ MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición...*, Op. Cit. p. 52.

17 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, Op. Cit. pp. 331-332.

18 FLEMING, Shannon Earl: «El problema español en Marruecos y el desembarco de Alhucemas», *Revista de Historia Militar*, 1973, pp. 155-178.

19 *La Libertad*, 14 de septiembre de 1923.





que estará compuesto de ilustrados jefes y oficiales del ejército»<sup>20</sup>. Por su parte, los periodistas de *El Diario Universal* señalaban: «gravísimo golpe de Estado que hoy sufre España. Vivimos la hora más crítica de nuestra historia»; *El Universo*, en primera plana remarcaba:

No sabemos si viene una dictadura. No la queremos, no la deseamos, porque lo de cristiano choca con lo de dictador, pero si viene que sea breve; que sea el crepúsculo matutino que permite vislumbrar las claridades del día<sup>21</sup>.

*El debate*, asumiendo los hechos consumados opinaba: «Debe haber un Gobierno con sus titulares al frente de sus respectivas carteras y sus consejos de ministros. Un Gobierno cuyas características sean la inflexibilidad en la aplicación de la ley y la rapidez en los procedimientos»<sup>22</sup>. En *El Imparcial*, mucho más crítico, se podía leer:

¿para qué es y contra quien va dirigido el movimiento? ¿Contra los que vacilan frente al problema de Marruecos? ¿Contra las estridencias separatistas que se juzgan poco castigadas? ¿Contra los que no quieren las responsabilidades por el desastre de julio? ¿O contra los que, secundando el clamor unánime del país, las piden?»<sup>23</sup>.

*El Liberal* vaticinaba que el golpe de Estado era un triunfo efímero y traería consigo graves males para España<sup>24</sup>. En *El Sol* no cargaban contra los autores de la rebelión, pero en cambio se pedía a los militares que precisaran sobre las cuestiones concretas que para ellos suponía la verdadera piedra de toque: «la acción de Marruecos y el problema de las responsabilidades»<sup>25</sup>. En *El Heraldo de Madrid* no creían que los nuevos dirigentes del país fuesen capaces de cambiar las cosas: «Dudamos de que este movimiento sea el acto salvador que ponga fin a los males que nos afligen»<sup>26</sup>.

#### A.2. La investidura regia de Primo de Rivera y la formación del Directorio Militar

El día 15 de septiembre después de la reunión entre el monarca y Primo de Rivera, éste señalaba a las puertas de Palacio que «el nuevo organismo —Directorio Militar— actuaría dos, tres días, dos semanas, treinta días, el tiempo que hiciera falta hasta que el país prestara para la gobernación del Estado los hombres de capacidad, de moralidad y de voluntad que hacían falta». Añadía que el Directorio se ocuparía de la función de gobierno sin la denominación de ministros. Al día siguiente, en el BOE se publicaba el Real Decreto con el nombramiento como jefe del Gobierno y presidente del Directorio Militar del teniente general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, Marqués de Estella<sup>27</sup>. Junto a él los vocales que formaban la junta que asumía a partir de ese momento todas las faculta-

20 *La Época*, 14 de septiembre de 1923.

21 *El Universo*, 14 de septiembre de 1923.

22 *El Debate*, 14 de septiembre de 1923.

23 *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1923.

24 *El Liberal*, 15 de septiembre de 1923.

25 *El Sol*, 14 de septiembre de 1923.

26 *El Heraldo de Madrid*, 15 de septiembre de 1923.

27 BOE, Gaceta de Madrid, nº 258, 16 de septiembre de 1923.

des, iniciativas y responsabilidades inherentes a un gobierno. La relación de vocales era la siguiente: por la primera región militar, Adolfo Vallespinosa y Vior, auditor general del ejército; por la segunda región, Luis Hermosa y Kit, general de Brigada; por la tercera región, Luis Navarro y Alonso de Celada, general de Brigada; por la cuarta región, Damiro Rodríguez y Pedré, general de Brigada; por la quinta región, Antonio Mayandía y Gómez, general de Brigada; por la sexta región, Francisco Gómez-Jordana Sousa, general de Brigada; por la séptima región, Francisco Ruiz del Portal y Martín, general de Brigada; por la octava región, Mario Muslera y Planes, general de Brigada; por la armada, Antonio Magaz y Pers, contralmirante.

El mismo boletín recogía el cese de Luis Silvela al frente de la Alta Comisaría, y se designaba como sustituto al teniente general Luis Aizpuru Mondéjar, último ministro de la Guerra del Gobierno presidido por Manuel García Prieto. Las primeras medidas que adoptó el Directorio fueron la suspensión de las garantías constitucionales, la confirmación del estado de guerra declarado por los capitanes generales y el cese de todos los gobernadores civiles de provincias, cargo que asumían militares de carrera. Se disolvía el Congreso de los Diputados y la parte electiva del Senado; y, por supuesto, se anunciaba la censura de prensa<sup>28</sup>.

### A.3. El asunto de las responsabilidades

La sedición de los generales se produjo en vísperas de reunirse las Cortes, cuando en estas se iba a abordar el tema de las responsabilidades contraídas por el desastre de Annual. «Las responsabilidades políticas y militares derivadas del Desastre se harán efectivas sin dilaciones» —había comunicado el presidente del Directorio—.

Cuando sobrevino la dictadura el presidente de la «Comisión del veintiuno», Mateo Sagasta intentó proteger el «expediente Picasso» en la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos<sup>29</sup>. Sin embargo, los militares sublevados se apoderaron de todos los documentos<sup>30</sup>. Años más tarde, al proclamarse la Segunda República, en 1931 se intentó recuperar el texto para reabrir el proceso y éste tan solo se rescató parcialmente<sup>31</sup>.

El 25 de febrero de 1924 se conoció el fallo dictado por el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, donde se absolvía al general José Cavalcanti, imputado por la operación de Tizza el 29 de septiembre de 1921<sup>32</sup>. En los meses siguientes Alfonso XIII llevó a cabo una labor de sustituciones entre los vocales del Consejo Supremo de Guerra y Marina, sin que mediara o tuviera conocimiento de estos hechos el propio presidente del Consejo, general Francisco Aguilera. El monarca pretendía lograr la total impunidad de los encausados, lo cual derivó en la dimisión de este último. Con toda certeza,

28 BOE, Gaceta de Madrid, nº 259, 17 de septiembre de 1923.

29 GAJATE BAJO, María: «El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)» *RUHM* 3. Vol. 2, 2013.

30 ALÍ MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición...*, Op. Cit. p. 52.

31 Las actuaciones del Consejo Supremo de Guerra y Marina y un resumen del Expediente elaborado por González Picasso se recoge en VV.AA.: *El Expediente Picasso. Las sombras de Annual*. Madrid, Almena, 2003.

32 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 66.



podemos afirmar que Alfonso XIII había logrado su propósito de apartar al máximo responsable de aquel Supremo Órgano de justicia militar<sup>33</sup>. El día 26 de junio se dictó la sentencia contra Dámaso Berenguer y Felipe Navarro<sup>34</sup>. El dictamen consideró que el plan sobre Alhucemas nunca fue aprobado, pero sí convenido y preparado. Sobre Navarro, el fallo señalaba que, durante la retirada se comportó de forma serena y, por tanto, no existían «fundamentos legales para exigirle responsabilidades». Quedaba de este modo «absuelto libremente»<sup>35</sup>. Sin embargo, consideró culpable a Berenguer. Debía aplicarse al ex-alto comisario la pena señalada en el caso quinto de la escala comprendida en el artículo 177, o sea la pérdida de empleo; pero el Alto Tribunal reconoció la existencia de dos circunstancias atenuantes y la pena que le impusieron fue la separación del servicio<sup>36</sup>. Tan pronto como se fallaba la sentencia, Primo de Rivera elevó al monarca un proyecto de indulto o de amnistía, ya que entendía que «la clemencia es beneficiosa, en este momento para el país»<sup>37</sup>. Finalmente, el asunto de las responsabilidades quedó zanjado el 4 de julio de 1924 cuando se hizo público el Real Decreto que otorgaba una amplia amnistía para todos los implicados en el cataclismo de Annual.

#### A.4. Primeras medidas de Primo de Rivera respecto al Protectorado

Una de las primeras disposiciones de Primo de Rivera respecto a Marruecos fue centralizar en un nuevo organismo todos los asuntos que incumbiesen al Gobierno. Los responsables de la Oficina de Marruecos —así se denominó el nuevo órgano competente— debían auxiliar al presidente del Directorio en el estudio y la tramitación de todas las propuestas que el alto comisario elevase al Gobierno<sup>38</sup>. El procedimiento cambiaba con la intención de actuar de forma más ágil, ya que establecía una relación directa entre el alto comisario y el presidente del Directorio y quedaban excluidos los ministros de Estado y de Guerra, actores principales desde la creación del Protectorado en 1912.

Entre septiembre de 1923 y junio de 1924 el dictador no urdió ningún plan de acción en Marruecos. Se limitó a dejar pasar el tiempo y a esperar acontecimientos. Una actitud muy en línea con su planteamiento de abandonar o semi-abandonar el Protectorado. «El problema de Marruecos se había convertido en un devorador insaciable de todas las energías nacionales»<sup>39</sup>. En varias ocasiones había manifestado públicamente el rechazo a permanecer en Marruecos. En 1917 en Cádiz, ante la Real Academia Hispano-Americana, propuso cambiar Gibraltar por Ceuta. Primo de Rivera declaró entonces que el Protectorado español era «un pedazo de terreno improductivo e ingobernable»<sup>40</sup>. En 1921 de nuevo se manifestó en este mismo sentido: «Tener a soldados en la otra orilla del Estrecho

33 ALÍ MIRANDA, Francisco: *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la Transición*, Op. Cit. pp. 53-54.

34 Un borrador de la sentencia puede consultarse en AHN, TS 51, N 27, folios 24-40.

35 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 211.

36 Ibid., p. 211.

37 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 212.

38 BOE, Gaceta de Madrid, nº 19, 19 de enero de 1924.

39 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político, 1923*, p. 322.

40 SUEIRO SEOANE, Susana: «El mito del estratega. Primo de Rivera y la resolución del problema de Marruecos». *Cuadernos de Historia Contemporánea* nº 16, Madrid, Editorial Complutense, 1994, p. 116.

entraña una debilidad estratégica para España»<sup>41</sup>. Esas manifestaciones tuvieron consecuencias en su carrera profesional, pues le costaron la Comandancia Militar de Cádiz en 1917 y en 1921 la Capitanía General de Madrid. Realmente, Primo de Rivera siempre mantuvo la idea de que el territorio bajo la influencia española en el norte de Marruecos no reportaría ningún beneficio económico al país, y era, por tanto, consciente de que el esfuerzo que la nación estaba realizando no valía la pena. El 29 de abril de 1925 señaló, ante un salón muy concurrido en los almacenes de la Casa Hernández Palacios en Sevilla: «España debe limitarse a cumplir con las obligaciones derivadas de los tratados internacionales y a vigilar las costas»<sup>42</sup>.

A finales de junio de 1924, un ataque contra las posiciones españolas en las inmediaciones de la desembocadura del río Lau, en la zona occidental del Protectorado, provocaron la reacción del presidente del Directorio. Más de quince días de combate fueron necesarios para liberar del asedio a las posiciones de Coba Darsa y Hoj<sup>43</sup>. En torno a 400 bajas se produjeron en los combates. Los duros enfrentamientos que se produjeron nada más iniciarse el verano de 1924 no fueron sino la chispa del incendio que provocaron los rifeños. La consecuencia de aquella ofensiva fue la adopción de una respuesta por parte del Directorio.

El corresponsal de *The Daily Telegraph* en Marruecos consideró entonces, respecto a la ofensiva generalizada en el noroeste del Protectorado español, que se trataba de un movimiento nacionalista dirigido contra los españoles que ocupaban su país<sup>44</sup>. Los graves sucesos que estaban ocurriendo en Marruecos decidieron al dictador a desplazarse al Protectorado. Primero, inspeccionó la zona occidental, donde visitó las ciudades de Ceuta y Tetuán. El día 19 de julio se desplazó a Melilla para reunirse con los jefes y oficiales más influyentes, pertenecientes a las tropas de choque: tercio y regulares. El encuentro tuvo lugar en el campamento de Ben Tieb, situado en la cabila de Beni Ulichek. El objeto de la visita del general Primo de Rivera fue exponer a los jefes militares el plan que había urdido, basado principalmente en el repliegue a posiciones seguras, próximas a la costa, que garantizaran las comunicaciones con Ceuta y Melilla en las zonas occidental y oriental respectivamente<sup>45</sup>. Se trataba de una decisión contraria a la opinión generalizada del sector africanista, partidario de una intervención militar decidida y enérgica para someter y aplastar a Abd el-Krim. Aquel encuentro se ha descrito como una tensa situación provocada por algunos jefes, como el entonces teniente coronel Francisco Franco, el cual ya había manifestado el sentir de las tropas de choque en un artículo publicado en la *Revista de Tropas Coloniales*, titulado «Pasividad e inacción»<sup>46</sup>. Y es que Primo de Rivera —como ya hemos señalado— no tenía, al acceder al poder, ningún plan trazado respecto

41 BEN-AMI, Shlomo: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona, Planeta, 1983, p. 57.

42 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1925*, pp. 176-177.

43 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 246.

44 *The Daily Telegraph*, 15 de septiembre de 1924, p. 12.

45 MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*. Madrid, Alianza, 2013, pp. 147-148.

46 El encuentro de Primo de Rivera con los legionarios en el campamento de Ben Tieb tiene base histórica; sin embargo, el episodio debió ser un acto más estético que real. MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos...», Op. Cit.* p. 402.



a Marruecos<sup>47</sup>. Pero ¿qué significaba aquella expresión de «repliegue»? Suponía una rectificación de frentes, el abandono de posiciones y el establecimiento de las fuerzas en campamentos más fuertes y seguros; la reducción de soldados y la disminución de gastos. Esa fue la explicación que el presidente del Directorio ofreció a Alfonso XIII.

Pretendía, pues, reducir el territorio bajo el control del ejército para poder desempeñar una acción político-administrativa más coherente y eficaz; en definitiva, más abarcable. Eso permitiría alcanzar mejores resultados en la zona ocupada, pues supondría para los nativos insumisos un ejemplo de buena gestión por parte de la «nación protectora»<sup>48</sup>. Respeto al repliegue, el mando establecía dos sectores diferenciados: la zona oriental, cuyo centro base era Melilla, donde las tropas debían tomar posiciones en torno a la línea del Kert mientras que, en el sector occidental, es decir las Comandancias Generales de Ceuta y Larache, el ejército debía establecerse en una línea similar a la que se ocupaba en 1918. El objetivo era formar dos frentes bien fortificados y defendidos por un grueso de tropas no superior a las 50.000 unidades. Asimismo, el presupuesto que atribuía el general a este plan, con carácter anual, lo cifraba en torno a los 100 millones de pesetas. ¿Y respecto a Alhucemas?... nada de nada; Primo no pensaba en una operación para alcanzar la costa de Alhucemas, ni por tierra, ni por mar.

La estrategia del repliegue constituyó una solución adoptada sobre la marcha, no respondía a ningún plan concienzudo y bien estudiado, fue una acción de respuesta a los ataques de Abd el-Krim. Contrasta esta hipótesis con la defendida por el general Francisco Gómez-Jordana Sousa, quien señala que el repliegue constituía el primer episodio de un plan general pergeñado por Primo de Rivera, a quien atribuye cualidades de gran estratega; Así, una vez establecidos en puntos bien defendidos en la costa, los rifeños acabarían atacando las posiciones francesas, entonces más vulnerables por el abandono español del territorio fronterizo. A continuación, —señalaba Jordana— «Francia ante el peligro, hubo de venir a nosotros para pedir nuestra colaboración. Y esa petición nos proporcionó la ayuda francesa»<sup>49</sup>. Sin embargo, aquel plan se basaba en una hipótesis, en la posibilidad de que la harca atacase la zona francesa. Primo de Rivera no contaba con la certeza de que el abandono de posiciones por parte del ejército español desencadenaría un ataque rifeño al territorio bajo Protectorado francés. ¿Por qué pensaba que los rifeños atacarían a un ejército tan poderoso como el francés?, ¿Estamos, pues, ante un estratega extraordinario?, ¿Fue fruto del azar? El propio Abd el-Krim confesó a Roger-Mathieu, quien publicó unas memorias del emir del Rif en 1927, que el repliegue de Primo de Rivera le sorprendió, hasta el punto de caer en la trampa que finalmente le condujo a la derrota final y a renunciar al sueño de crear un Estado independiente<sup>50</sup>. Sin embargo, la historiadora Susana

47 HERNÁNDEZ de HERRERA, Carlos y GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Acción de España en Marruecos*, Tomo I, Madrid, 1929. Ambos autores señalaron que el Directorio Militar no tenía, al tomar las riendas del poder, un programa perfectamente definido respecto a Marruecos. Véase SUEIRO SEOANE, Susana: «El repliegue, primera fase de ningún plan» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí»*, 1923-1930. Madrid, UNED, 1992, pp. 136-140.

48 Carta de Primo de Rivera a Alfonso XIII, (sin fecha). Archivo General Militar de Madrid (en citas sucesivas AGMM), ponencia de África, legajo 403, carpeta 9-2, Melilla, 1924.

49 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 78.

50 ROGER-MATHIEU, J: *Mémoires d'Abd-el-Krim*, París, Librairie des Champs Elysées, 1927, p. 56.

Sueiro ha desmontado la teoría del plan genial del general Primo de Rivera a partir de documentos de archivo<sup>51</sup>. Cabe preguntarnos por qué Gómez-Jordana defendió esta tesis con tanta vehemencia.

#### A.5. La operación de repliegue

Dictada la orden de repliegue, los jefes y oficiales del núcleo duro del ejército, pertenecientes en su mayoría a la legión y regulares mostraron su rechazo, pues consideraban que el abandono de las posiciones avanzadas era humillante para el ejército y para España<sup>52</sup>. De manera que, ordenado el repliegue, el ejército se mostró reticente y poco dispuesto a asumir las órdenes<sup>53</sup>. Un hecho grave en el seno de la institución. Mientras, en los diarios más conservadores se defendía la maniobra de Primo de Rivera. El 25 de julio de 1924, en *ABC* se podía leer: «Se debe rectificar el frente, abandonar las posiciones que de nada sirven, y situarnos en la línea del mar. A partir de aquí, servirnos de la aviación para castigar a los insumisos». Sin embargo, en aquel momento en el que Abd el-Krim se hallaba en lo más alto de su popularidad su estrategia continuó presionando las líneas avanzadas españolas sin descanso para expulsar del territorio a los españoles. Primo entendió entonces que algo más, aparte del repliegue, había que hacer, pues la inacción, como en su día señaló Burguete, era suicida<sup>54</sup>. Entretanto, el alto comisario, general Aizpuru presentaba su dimisión, superado por la situación derivada de la tensión que generaba el malestar del ejército colonial, principalmente en la Comandancia de Melilla. El ambiente en el sector oriental era tenso, y buena muestra de ello fue el comunicado que envió el general José Sanjurjo, comandante general de Melilla al presidente del Directorio, donde le advertía que no tenía fe en el repliegue y que se trataba de una opinión que compartía con los jóvenes jefes y oficiales de la legión, regulares, aviadores y mehal-las. Sanjurjo consideraba que la maniobra podía interpretarse en el cuartel general del enemigo como una retirada y el reconocimiento de la derrota<sup>55</sup>. El 16 de octubre de 1924, Primo de Rivera asumió el cargo de alto comisario y jefe del ejército de operaciones en África. Arrogándose toda la responsabilidad se desplazó entonces a la zona occidental del Protectorado para dirigir personalmente el repliegue. Mientras, en el sector oriental cedió a la opinión de Sanjurjo de mantenerse fuertes en las líneas que ocupaban en ese momento, sin dar un paso atrás<sup>56</sup>.

El día 7 de agosto el ejército español sufría un nuevo revés al morir en combate el indígena Abd el-Malek en un violento enfrentamiento en las proximidades de Midar, en la cabila de Tensamán, muy próximo a Annual<sup>57</sup>. Sin duda, una gran pérdida para el ejército español, ya que era un personaje

51 SUEIRO SEOANE, Susana: «El mito del estratega. Primo de Rivera y la resolución del problema de Marruecos», *Cuadernos de Historia Contemporánea* nº 16, Madrid, Editorial Complutense, 1994.

52 «Pasividad e inacción», *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2, febrero de 1924.

53 MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español...*, Op. Cit. p. 148.

54 SUEIRO SEOANE, Susana: «El repliegue, primera fase de ningún plan» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*, Op. Cit. p. 136

55 MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco «nacido en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos...*, Op. Cit. pp. 400-401. Carta enviada por Sanjurjo a Primo el 27 de agosto de 1924. En AGMM, África, Ministerio de la Guerra, est. 2, cuerpo 6, Tab. 8, leg. 403, carp. 9.

56 HERNÁNDEZ MIR, Francisco: *Del Desastre a la victoria (1921-1926). Del Rif a Yebala*. Madrid, Imprenta Hispánica, 1926, p. 246

57 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 274.





con mucha influencia sobre los marroquíes del norte y cuyo gran prestigio había permitido atraerse a varios *xejj* indecisos. La situación empeoraba, pues prorrumpían sendas ofensivas en los sectores oriental occidental del Protectorado.

Además, durante el verano de 1924 había emergido con fuerza, en defensa de la independencia del Rif, la figura de un personaje con mucha determinación; se trataba de Ahmed el Heriro, un servidor de El Raisuni que a finales de 1923 le había retirado su confianza, solicitando a Abd el-Krim formar parte de su ejército<sup>58</sup>. Tanto Heriro como Mhamed Abd el-Krim (hermano del emir), buen diplomático y extraordinario militar, se encargaron de la estrategia y movimiento de las tropas con el objeto de hostigar permanentemente las posiciones españolas. Así, en la línea del río Lau bloquearon las posiciones, para impedir que los convoyes de abastecimiento se llevaran a cabo con normalidad. Igualmente, las líneas telefónicas eran boicoteadas continuamente, entorpeciendo la comunicación entre posiciones, y entre estas y el mando<sup>59</sup>.

El 4 de octubre comenzaba, de hecho, la fase del repliegue en las regiones de Gomara y Yebala<sup>60</sup>. La retirada hacia la costa se inició en la línea del río Lau para continuar con las posiciones del sector de Beni Arós y el valle del río Lucus. En diciembre finalizó la fase de repliegue en la zona occidental con la sangrienta evacuación de Xauen, dando por concluida la maniobra<sup>61</sup>. La «línea Primo de Rivera» o «línea Estella» se había consumado<sup>62</sup>. Esta debía ser lo suficientemente fuerte para impedir la comunicación de las cabilas del interior con la costa y con los caminos que conducían a puntos que, como Tánger, eran considerados centros indígenas de fácil acceso<sup>63</sup>. Lo que se proponía el general Primo de Rivera era establecer un verdadero bloqueo del interior, obligando así a Abd el-Krim a mantener buenas relaciones con el Estado español y con el Gobierno del Majzen. Transcurridos cinco o seis años la normalidad sería, en declaraciones del dictador, la tónica general en Marruecos y la pesadilla habría finalizado, reduciendo efectivos y, por tanto, los gastos<sup>64</sup>. Un desbordante optimismo que no puede por menos que sorprendernos. En cuanto a Melilla, anunciaba que iban a implementarse medidas, no violentas, conducentes a un acuerdo, dejando entrever que, si éstas no fructificaban, no se descartaba un desembarco. Esta última afirmación podemos considerarla un claro gesto de apaciguamiento de los ánimos del africanismo más beligerante. Sin embargo, no existen datos que demuestren que, en el mes de noviembre de 1924, el directorio se plantease dicha posibilidad.

58 WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos, 1971, p. 145.

59 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 283.

60 GÓMEZ, Vitiliano: *En la hora de la paz, 1924-1927*. Tetuán, Editorial Hispano-Africana, 1928, p. 11. El autor describe todo el proceso de retirada hasta formar la «línea Primo de Rivera».

61 La financiación del comunismo internacional era la razón por la que Abd el-Krim pudo sostener la campaña de 1924 contra España. Esta es la opinión de Tomás García Figueras. *Revista de Tropas Coloniales*. Junio de 1925.

62 FERNÁNDEZ RIERA, Vicente: *Xauen 1924: La campaña que evitó un nuevo Annual*. Madrid, Almena, 2013. El autor presenta una investigación exhaustiva de la compleja operación de evacuación. Otras investigaciones muy interesantes sobre las vicisitudes del ejército español en la evacuación de la «cuidad santa» de Xauen pueden verse en: GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Barcelona, Compañía Iberoamericana, 1932, pp. 109-114.

63 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 428.

64 Ibid., pp. 429-430. Declaraciones a la prensa.

En una entrevista concedida a un diario francés, el periodista interpelaba a Primo: «¿Y a partir de ese momento que va a hacer mi general? Nos hallamos —subrayaba el periodista— ante un misterio insondable», haciendo alusión a las declaraciones del presidente del Directorio en las que había afirmado, el 22 de octubre, que el Protectorado quedaría pacificado con el simple abandono del territorio»<sup>65</sup>. Ese misterio insondable al que aludía el periodista francés quedaba, en parte, aclarado cuando el 13 de diciembre declaraba ante el corresponsal de la agencia internacional de noticias *United Press* en París la posición del Directorio:

Nuestro repliegue en Marruecos tendrá una profunda repercusión. Las cancillerías de Francia e Inglaterra se preocupan ya de ello. El Directorio no es contrario a una nueva discusión internacional que condujera a una nueva revisión de los acuerdos norteafricanos que con tantas dificultades fueron establecidos en 1912. Pero, en la actualidad, la intervención aislada de una potencia cualquiera constituiría una violación del Tratado. Nosotros no violamos el Acta de Algeciras abandonando la zona que acaban de evacuar nuestras tropas [...] Por lo demás, al renunciar a Tánger, hemos perdido aquello que más necesitábamos porque Tánger es el centro de todas las intrigas marroquíes<sup>66</sup>.

¿Qué era entonces lo que perseguía el Directorio? Desde luego, y avalado por el análisis documental, no buscaban el apoyo francés para llevar a cabo una operación de desembarco en Alhucemas, al menos, no, hasta el mes de junio de 1925<sup>67</sup>. Primo de Rivera estuvo dispuesto entonces, en aquel otoño-invierno de 1924 e incluso más adelante, durante el proceso de negociación iniciado en junio de 1925, a modificar la zona del Protectorado español, a cambio de compensaciones, como, por ejemplo: abandonar el territorio a cambio de la cesión de Tánger; intercambiar Ceuta por Gibraltar, mantener solo las dos ciudades de soberanía española con un amplio *hinterland*, asignar a Melilla y Ceuta adecuadas zonas de soberanía; ocupar la bahía de Alhucemas y someterla a un *estatus* de soberanía española con un extenso *hinterland*, «para evitar que pueda constituir algún día una base aérea o submarina (francesa, alemana o soviética)»<sup>68</sup>. El presidente del Directorio, en el profuso intercambio de cartas que mantuvo con el general Francisco Gómez-Jordana, reiteraba una y otra vez la idea de buscar la paz, verdadera y garantizada, rectificar la línea de Melilla y reducir la guarnición. En una de las conferencias, en concreto el 6 de junio de 1925, Primo exponía a Jordana su punto de vista respecto a la ocupación de la bahía, operación que debía hacerse cuanto antes porque «los franceses pretenderán disuadirnos para negociar ellos con Abd el-Krim»<sup>69</sup>. El recelo respecto al Gobierno de la República fue, como vemos, una línea de pensamiento persistente entre los vocales del Directorio Militar.

Si Inglaterra comparte nuestro punto de vista —expresaba Primo a Jordana— apoyará nuestra pretensión, ya que un hipotético Estado del Rif con la posesión de la bahía de Alhucemas sería un peligro en

65 SUEIRO SEOANE, Susana: «El repliegue, primera fase de ningún plan» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930...*, *Op. Cit.* pp. 137-138.

66 La cita se encuentra en SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí, 1923-1930, Op. Cit.* p. 156.

67 Archivo General de la Administración (en citas sucesivas AGA), 81/09988, África. Conferencia de Madrid, exp. nº 1.

68 Ibid.,

69 AGA, 81/09988, África. Conferencia de Madrid, exp. nº 1.



el Mediterráneo por la posibilidad de que Abd el-Krim ofreciese esa zona a los estados francés, alemán e incluso a la Rusia bolchevique<sup>70</sup>.

Especulaciones, por otra parte, poco o nada probables tal y como estaba estructurado el sistema de las relaciones internacionales. Para entonces, en enero de 1925, lo que era un hecho es que prácticamente la totalidad de las regiones del Yebala y de Gomara habían unido sus fuerzas a la causa de Abd el-Krim. Ello significaba que por primera vez tribus árabes y beréberes se aliaban bajo un solo mando que dirigía un plan «racional y coherente» tanto política como militarmente<sup>71</sup>.

La estrategia de abandonar posiciones —180 en la zona occidental— y hacerse fuerte en la costa alertó al residente general francés que observó con preocupación aquella maniobra, ya que le obligaba a reforzar sus plazas ante la posibilidad de que estas fueran objeto de ataques por parte de la harca de Abd el-Krim<sup>72</sup>. En este sentido, Germain Ayache no considera que Lyautey estuviera alarmado, sino todo lo contrario ya que el abandono de la zona por parte del ejército español abría la posibilidad de lograr el objetivo, ambicionado desde hacía mucho tiempo, de ocupar todo el territorio de Marruecos, salvo las plazas de soberanía española lógicamente. Señala, además que el residente se comprometía, ante su Gobierno, a someter, en tan solo dos años, toda la zona abandonada por los españoles<sup>73</sup>. Sin embargo, Susana Sueiro defiende la idea de la preocupación como una posibilidad real<sup>74</sup>. En unas declaraciones a Walter Harris, periodista británico corresponsal de *The Times*, el mariscal Lyautey afirmó que era ridícula la idea de que Francia tuviera ambiciones sobre el Rif porque el Rif no valía la pena de tenerse. «Es un país miserable de desnudas montañas habitadas por tribus salvajes». «El Rif costaría mucho a Francia»<sup>75</sup>. Públicamente, Primo de Rivera ratificaba la opinión del genera francés: «los franceses no tienen pretensiones sobre la zona española de Marruecos»<sup>76</sup>. Pero como veremos más adelante eso no era realmente lo que los miembros del Directorio pensaban —principalmente Primo de Rivera y Gómez-Jordana— respecto a las intenciones de los franceses, a los cuales consideraban codiciosos y poco fiables. Esa preocupación entre los vocales del Directorio respecto a la posibilidad de que el ejército francés pudiera lanzar una ofensiva sobre la zona de influencia española es una razón que apuntala la idea de que no existía un plan pergeñado por Primo para que Abd el-Krim atacase las líneas francesas como defendió Gómez Jordana y ha admitido una parte de la historiografía que se ha acercado a esta temática, en especial María Teresa González Calbet<sup>77</sup>.

70 Ibid.

71 WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif...*, Op. Cit., pp. 160-161.

72 SUEIRO SEOANE, Susana: «El repliegue, primera fase de ningún plan» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930...*, Op. Cit. p. 173.

73 AYACHE, Germain: *Los orígenes de la guerre du Rif*. París-Rabat, 1981, p. 373.

74 SUEIRO SEOANE, Susana: «El repliegue, primera fase de ningún plan» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*, Op. Cit. p. 169.

75 *The Times*, 4 de agosto de 1924.

76 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1924*, p. 291.

77 GONZÁLEZ CALBET, M. Teresa: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*. Madrid, Ediciones el Arquero, 1987, pp. 198 y 278.

Por parte de Inglaterra la opinión respecto a la evacuación de posiciones del ejército español quedaba esbozada en las páginas del *Westminster Gazette*:

El punto de vista británico es que corresponde a Francia y a España arreglar las cuestiones entre ellas. Hemos dejado a Francia las manos libres en Marruecos; Italia, a cambio de determinadas ventajas, ha hecho lo mismo respecto a España. Hemos obtenido, por nuestra parte, la libertad de acción en Egipto, lo mismo que Italia en la Tripolitania. A menos que Tánger se vea amenazada, no parece haber razón alguna que justifique una intervención por nuestra parte<sup>78</sup>.

El Gobierno de Inglaterra se inhibía de los asuntos marroquíes; ahora bien, dejaba claro que Tánger no se tocaba y quedaba bajo el estatus de ciudad internacional. En este sentido, la profesora Sueiro recoge unas interesantes declaraciones del secretario británico del Foreign Office, el cual en 1926 hacía pública la opinión del entonces presidente, Chamberlain. Este señaló que, si España hubiese abandonado su zona de Protectorado, Gran Bretaña no hubiese estado dispuesta a controlar la costa del Rif, pero tampoco hubiesen permitido que franceses o italianos se instalasen entre Ceuta y Melilla<sup>79</sup>.

#### **A.6. Apertura de un espacio de negociación. Prioridad de Primo de Rivera**

Consumado el repliegue en la zona occidental, el dictador abrió la posibilidad de negociar con Abd el-Krim con la intención de buscar una solución lo menos dramática posible, y si era posible evitar la guerra. Una entente con el Gobierno de Francia no entraba, de momento, en sus planes. Como ya hemos visto, Primo de Rivera persistió en la opción de llegar a un acuerdo con el Jatabi del mismo modo que había tratado de alcanzarlo el último gabinete de la Restauración, tan denostado por el Directorio Militar. Solo a partir del mes de febrero, el Marqués de Estella comenzó a vislumbrar la posibilidad de alcanzar la costa de Alhucemas. Comenzó a plantearse la ocupación de varios puntos del entorno de la bahía: primero, porque había que asestar un golpe al corazón de la rebelión, probablemente convencido de que Abd el-Krim mantendría firmemente su decisión de luchar hasta el fin y salvar, de ese modo, el honor del ejército y del país; segundo, porque temía que la zona de la bahía se prestaba por sus condiciones naturales a servir de base a submarinos de la marina francesa o incluso soviética, lo cual interpretaba que era un grave peligro para la seguridad de España. Inició entonces las conversaciones con el general Francisco Gómez-Jordana para que madurase la posibilidad de diseñar el proyecto. Se trataba, pues, de una operación urdida por españoles y pensada para llevarse a cabo exclusivamente por el ejército español y con sus propios medios. Pero si esas ocupaciones podían llevarse a cabo sin hostilidad, previa negociación con los nativos, tanto mejor; ese era el escenario ideal.

El plan de paz del Directorio concedía a los rifeños una amplia autonomía. En aquel marco negociador el interlocutor por parte española fue el empresario Horacio Echevarrieta, el mismo que había llevado a cabo las conversaciones para la liberación de los prisioneros capturados tras el «Desastre»

78 *Westminster Gazette*, 27 de noviembre de 1924.

79 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930...*, Op. Cit. p. 178.



en enero de 1923<sup>80</sup>. Echevarrieta pudo constatar que la posición de Abd el-Krim no había variado; era la misma que sostuvo en 1923 en la conferencia de paz que dirigió entonces el general Castro Girona: reconocimiento de la República del Rif a cambio de una posición ventajosa para los españoles en todo lo relacionado con la explotación minera y el desarrollo de cualquier otra actividad industrial. El emir del Rif justificó sus pretensiones alegando que no se trataba sino de que el Gobierno de España reconociese oficialmente un hecho consumado, ya que el Rif históricamente había formado una comarca de excepción dentro de la organización política de Marruecos. Advirtió también que los rifeños se habían mantenido siempre fuertes en sus montañas donde jamás tuvo presencia el sultán y, por consiguiente, nunca se le había pagado impuestos, ni tampoco hubo en ningún período representantes religiosos ni judiciales. «El Rif fue siempre independiente». Reconocido este hecho y respetada la organización política de las cabilas, Abd el-Krim —comunicaba Echevarrieta— reconocería y aceptaría el Protectorado de España<sup>81</sup>.

El líder rifeño mantenía una posición de máximos fruto de su elevada moral. De hecho, no le faltaban los motivos, pues en ese momento había extendido su dominio a la región de Yebala y neutralizado el influjo de El Raisuni, al cual apresó y llevó hasta el Rif donde moriría el 16 de abril de 1925<sup>82</sup>. Contaba incluso con un ejército regular, compuesto por 7.000 hombres y un gran número de combatientes irregulares. Otra información procedente del abogado consultor de la Agencia Diplomática de Italia, que había visitado Axdir con el permiso del Directorio, cifraba en 4.000 los soldados en perfecto grado de instrucción. Además, el funcionario italiano aseguró la existencia de 14 ametralladores perfectamente emplazadas en las proximidades de la playa de Suani<sup>83</sup>. Cabe imaginar la existencia de un «ejército de Infantería» relativamente estructurado y dividido en Mehalas (divisiones), tabores (regimientos) y mías (compañías), dirigido por caídes (oficiales) experimentados, muchos de ellos antiguos regulares al servicio del ejército español en Marruecos; tal era el caso del caíd Buhut. El general en jefe del pseudo-ejército era Mhamed Abd el-Krim, hermano de Abd el-Krim y considerado gran estratega militar. También formaban parte de la tropa algunos europeos, desertores de la legión francesa y española, entre los que destacaban Joseph Klemms, Otto Noja o Walter Heintgent, artilleros alemanes y médico noruego respectivamente. Como armamento, además de los fusiles, contaban con los cañones capturados a los españoles durante el verano de 1921 y los que consiguieron en la ofensiva contra las posiciones francesas entre abril y junio de 1925.

Con toda certeza, Abd el-Krim era consciente de la superioridad militar española; sin embargo, conocía la presión que ejercía la opinión pública en España, contraria a la guerra de Marruecos, y explotaba esa vía. Durante el mes de febrero lanzó continuos ataques contra las posiciones españolas para causar el mayor número de bajas posible entre los soldados. Dichos ataques, además de las

80 SOLDEVILLA, Fernando «Echevarrieta y Abd el-Krim. Las proposiciones de paz del caudillo rebelde», *El Año Político*, 1925, p. 256

81 Ibid., p. 257.

82 Ibid., p. 156.

83 CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, Apéndice I, p. 188.

pocas o nulas posibilidades de una salida pactada, llevaron al presidente del Directorio a tomar la decisión de llevar a cabo la operación de desembarco en las playas de la bahía de Alhucemas.

## **B. OBJETIVO ALHUCEMAS. PONENCIA DEL GENERAL GÓMEZ-JORDANA SOBRE EL DESEMBARCO**

El 9 de marzo, Primo de Rivera encomendó a Francisco Gómez-Jordana la tarea de elaborar un plan de desembarco en la bahía de Alhucemas<sup>84</sup>. El propósito, en su primera fase, no era desarrollar un plan preciso para desembarcar en Alhucemas, pues los detalles le correspondían al general en jefe, al almirante de la escuadra y a sus respectivos Estados Mayores. Por tanto, el objetivo de Jordana fue sentar las bases para llevar a cabo la operación. En el proyecto Jordana justificaba la necesidad de operar en el entorno de la bahía y reflexionaba respecto al alcance y probable resultado de la operación; también definía la época más propicia para ejecutarlo; establecía los objetivos principales que debían alcanzarse; esbozaba una previsión de las fuerzas de tierra, mar y aire que debían intervenir; y, por último, presentaba una organización racional de servicios. Se trataba, pues, de facilitar al Consejo del Directorio elementos de juicio para adoptar las decisiones oportunas; y al general en jefe, al almirante y a los departamentos ministeriales correspondientes las instrucciones necesarias para que dispusieran los medios que considerasen. Correspondía a las autoridades militares competentes el diseño del plan de campaña y su ejecución práctica.

### **B.1. Conveniencia de realizar la operación: alcance y dificultades**

¿Por qué había que operar en Alhucemas? La principal razón que argumentó Jordana fue que había que asestar un golpe mortal, definitivo, en el corazón del Rif, quebrando la resistencia de los «indómitos rebeldes de Beni Urriaguel». Supondría el definitivo golpe de gracia para el legendario poderío de la familia Abd el-Krim. Había que acabar también con el gasto enorme que suponía sostener la lucha pegados a las posiciones desde un punto de vista económico y en vidas humanas. Se convertía, pues, en cuestión primordial exponer de manera clara las razones de peso que justificasen la decisión política a favor de la operación. En el momento de redactar su ponencia, Jordana sostenía que la acción militar sobre la bahía de Alhucemas contaba con el aura popular —dato importante si tenemos en cuenta el peso de la opinión pública, muy crítica con la acción de España en Marruecos<sup>85</sup>—. Pensaba el general ponente que estaba extendida la creencia de que la resolución del problema de Marruecos pasaba por someter a los irreductibles rifeños, considerados —ya lo hemos visto a lo largo de la tesis— foco principal de la rebeldía. «Su carácter extremadamente belicoso» les convertía en el

84 AGA, África, caja M7, 81/9985, Exp. núm. 2. *Proyecto general de desembarco presentado por el general Gómez-Jordana y aprobado por el Directorio en 1925*. La ponencia del desembarco se encuentra también en GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. pp. 116-121. Igualmente está reproducido en CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, Apéndice I, pp. 187-197.

85 Una extraordinaria investigación que analiza el papel que desempeñó la prensa en la guerra de Marruecos en GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Madrid, Tesis doctoral. Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado — UNED, 2012.





principal problema para llevar a cabo la tarea que los gobiernos españoles debían realizar en la zona correspondiente a su Protectorado. Su situación geográfica, así como su particular orografía, había contribuido desde 1912 a no sufrir el castigo directo del ejército español en África. «Por esa razón —señalaba Jordana en su proyecto— es lógico que no sintiendo en su propio territorio los efectos de la fuerza, se hace necesario pacificarlo, y con él, todo el Rif y el Yebala, muy deseosos seguramente de volverse contra los que durante tanto tiempo fueron sus opresores»<sup>86</sup>.

El estudio de Gómez-Jordana, perfecto conocedor del terreno, con gran experiencia en Marruecos, informaba de que no todas las cabilas del Rif y del Yebala estaban dispuestas a hacer frente a las tropas desembarcadas<sup>87</sup>. Sin embargo, estimaba que la cabila de Beni Urriaguel, contaba aproximadamente con 45.000 habitantes, de los cuales 8.000 eran potenciales combatientes. Además de los beniurriagueles había que sumar algunos miles más del resto del Rif, sobre todo de las cabilas de Bocoya y Tensamán.

Preveía, por tanto, un ejército «rebelde» de unos 9.000 combatientes. A su juicio, debía llevarse a cabo una intensa labor política de atracción en un corto plazo de tiempo, antes del inicio de las operaciones, «para aprovechar la excelente disposición en que para combatir a Abd el-Krim se encontraron siempre las cabilas de Gueznaya y Marnisa (esta último en territorio bajo influencia francesa)». Incluso podían sumarse las cabilas de Senhaya, «siempre que consigamos captar a la familia Ajmelich y a los chorfas de Zarkat»<sup>88</sup>. La familia Ajmelich, de hecho, colaboró con el ejército español en la medida que no contribuyó con sus harcas a hostilizar a los soldados y sirvió de enlace en las conversaciones de paz que se llevaron a cabo en los meses de junio y julio de 1925.

Las condiciones del terreno —reconocía en su análisis Jordana— favorecían a los defensores, pues el sector que ofrecía mejores condiciones por su extensión (el comprendido entre las desembocaduras del río Nekor y el río Guis, donde estaba la extensa playa de Suani) presentaba dos serios problemas: uno era que a 500 metros de la playa tan solo había un metro de calado, imposible para que los transportes realizasen la maniobra de aproximación; y el segundo inconveniente era la vegetación que existía en la zona, constituida por una considerable masa de árboles, desde donde el enemigo podía batir a una distancia de tiro de fusil a los soldados, en el momento de desembarcar y en la maniobra de aproximación de las fuerzas hacia los objetivos. El segundo sector de desembarco lo fijaba entre la desembocadura del río Guis y la Punta de los Frailes; sector en el que se hallaba comprendida la península de Morro Nuevo. Dicha península suponía un excelente punto de apoyo, pero ofrecía el inconveniente de su poco frente aprovechable para realizar el desembarco.

El informe también apuntaba algunos aspectos favorables, a saber: todas las posiciones de defensa de la bahía estaban perfectamente batidas por la artillería emplazada en el Peñón de Alhucemas,

86 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 118.

87 Un estudio detallado del general Gómez-Jordana en: DIEZ RIOJA, Ramón: *Francisco Gómez-Jordana: su participación en el Gobierno y la diplomacia durante el proceso de formación del Estado franquista (1936-1944)*. Trabajo fin de Máster. Universidad Autónoma de Madrid, septiembre de 2013.

88 CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, Apéndice I, p. 188

si bien consideraba Jordana la sustitución de los cañones de 8 y 9 por Schneider de 7,5 y obuses de 10,5 centímetros. Un aspecto que destacó de forma positiva fue la superioridad de fuegos que se podían acumular en todo el frente establecido en torno a unos treinta kilómetros a partir de los cañones de la escuadra y el fuego de la aviación<sup>89</sup>. En efecto, el ejército español contaba con una apabullante superioridad material.

Para Jordana el desembarco era perfectamente factible, una operación realizable si se trabajaba previamente con todo lujo de detalles y sin escatimar elementos de todo tipo, humanos y materiales. Se mostraba muy escrupuloso en la previsión, pues no ocultaba que se trataba de una operación muy seria, que podría ser cruenta, no solo durante la fase de desembarco sino en las ulteriores operaciones encaminadas a ocupar los objetivos militares. Del mismo modo, preveía una acción de respuesta violenta por parte de los nativos, a quienes describía —siguiendo los estereotipos africanistas— como «aguerridos», pero insistiendo en la esperanza del triunfo.

¿Qué medios sugería el general ponente para contrarrestar las dificultades expuestas? El primero, mantener las gestiones de paz con el líder rifeño. Se perseveraba en esta línea como objetivo prioritario, pero se imponía como límite máximo un mes, hasta finales de mayo de 1925.

### B.2. Época para desembarcar

Existe una carta en la que Primo de Rivera envía el proyecto de desembarco a Ignacio Despujol, jefe del Estado Mayor del ejército de África, donde le indica que «la operación se llevará a cabo a mediados del mes de junio, siempre que las negociaciones de paz no prosperen»<sup>90</sup>. Estimaba el autor de la ponencia que los meses de junio y julio constituían el período óptimo para poner en marcha la empresa. Ambos eran los más adecuados por lo que al mar se refiere, e insistía en que la segunda quincena de junio era la mejor (el plan de desembarco elaborado por el general Francisco Gómez Jordana en 1913 establecía la segunda quincena de junio el período ideal para llevar a cabo la operación) ya que era la época de apogeo de las tareas de recolección y, por tanto, preveía un mayor éxodo migratorio de los nativos hacia Argelia para realizar esta función. Por otra parte, había que tener en cuenta el calor y el rigor que imponía en esa latitud; razón por la que argumentaba que, si la operación se adelantaba a la primera quincena de junio, tanto mejor<sup>91</sup>.

### B.3. Objetivos

El objetivo principal era «aniquilar a Abd el Krim»<sup>92</sup>. En efecto, la acción perseguía el castigo material y moral de la cabila de Beni Urriaguel mediante la acción de los más poderosos elementos de mar, tierra y aire, y la ocupación de las posesiones necesarias para la completa posesión de la bahía de Alhucemas. Una vez ocupada la bahía, Jordana estimaba que podría llevarse a cabo una acción política más intensa y eficaz de cara a la pacificación del Protectorado (mismo planteamiento que en

89 Ibid., p. 189.

90 AGA, África, 81-09985.

91 Véase el capítulo V de la tesis: Francisco Gómez Jordana y el proyecto de desembarco de 1913.

92 GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos...*, Op. Cit. p. 120.



los proyectos anteriores para desembarcar), haciendo a la vez más efectivo el bloqueo del Rif, y permitiendo la construcción de abrigos, que facilitasen, no solo la acción de la escuadra, sino la industria y el comercio en esa región<sup>93</sup>.

El frente donde debía desarrollarse la operación lo fijaba Jordana entre el Cabo Quilates y el lugar conocido como la Punta de los Frailes (todo el perímetro de la bahía). El ponente hacía hincapié en la importancia que suponía la simulación de sendos desembarcos en las posiciones de las Torres de Alcalá (Peñón de Vélez de la Gomera) y Sidi Dris (Tensamán), con el objeto de fijar en esos falsos frentes, a las cabilas de yebalíes en Occidente y a los Beni-Tuzin, Beni-Ulichek y Tensamán en el Rif; evitando así el auxilio que esas tribus podían prestar a los Beni Urriaguel y obligando, por tanto, a estos últimos a hacer frente en solitario a la división de desembarco<sup>94</sup>.

En el documento objeto del estudio se proponía la ocupación de tres sectores de playa para garantizar el control de las alturas que dominaban la bahía: en primer lugar, el correspondiente a la península de Morro Nuevo, el de Suani en segundo término y el de Quilates en tercer lugar; de manera especial los dos primeros<sup>95</sup>. Sin duda, la península de Morro Nuevo conformaba el eje central de la operación, pues se consideraba el sector de mayor fortaleza y por eso se tildaba de preferente. El problema que ofrecía la zona era que tenía poco frente de playa para llevar a cabo el desembarco. Por ese motivo se recomendaba que había que aprovechar las ensenadas de los islotes, Cala del Quemado, Cala Bonita y la playa de Espalmadero, en la desembocadura del río Isli; y también la playa de Sfiha, frente a Axdir (Cuartel General de Abd el-Krim). Suponía Jordana que todas ellas eran muy fáciles de defender una vez realizada la compleja maniobra del desembarco y, por ese motivo, argumentaba que debían establecerse en ellas las bases principales de abastecimiento<sup>96</sup>.

Si finalmente se decidían por el sector de Suani aconsejaba fortificarse de manera inmediata tras el desembarco, apoyándose en ambos flancos determinados por los ríos Guis y Nekor. Seguidamente, como objetivo militar prioritario, Jordana aconsejaba ocupar la posición de Tafrast porque desde ella se podían batir perfectamente los valles anexos a ambos ríos. Por último, respecto al tercer sector, el correspondiente a Cabo Quilates, señalaba que, si conquistarlo suponía sacrificar tropas que podían colaborar en el objetivo central de la operación, podía prescindirse su ocupación<sup>97</sup>.

#### B.4. Fuerzas de tierra, mar y aire que debían intervenir

Sugería asignar un general de brigada al frente de cada una de las expediciones de desembarco: sector de Suani y sector de Morro Nuevo. El mando de todas las fuerzas debía asumirlo el comandante general de Melilla porque el entorno de Alhucemas correspondía a la jurisdicción de la zona

93 Extracto de la ponencia sobre el desembarco redactada por el general director Francisco Gómez-Jordana Sousa en: CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco...*, Op. Cit, p. 190.

94 Ibid., p. 191.

95 Ibid.

96 CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco...*, Op.Cit, p. 192

97 Ibid.

oriental del Protectorado. Establecía tres escalones de desembarco: el primero formado por tropas de choque (regulares, tercio, harcas y mehal-las) y estimaba unos efectivos aproximados de 8.000 hombres. Ese primer escalón convenía que portase consigo material de fortificación. A la segunda oleada en tomar tierra le correspondía desembarcar los elementos sanitarios, de intendencia y municionamiento, además de los materiales de fortificación complementarios a los ya desembarcados. El tercer y definitivo destacamento portaría víveres para cuatro días, tiendas de campaña y más material de municionamiento. Insistía el autor del proyecto en la importancia de un buen servicio de comunicación entre las fuerzas de tierra, mar y aire. Por último, valoraba negativamente la excesiva distancia que existía entre el aeródromo de Nador y la Bbahía de Alhucemas (noventa kilómetros) porque la mitad de los cuales debían realizarse sobrevolando por territorio enemigo. Por dicho motivo se acondicionaron las pistas de aterrizaje de Drius y de Dar Quebdani.

Tras someter el proyecto a la aprobación del Directorio, inmediatamente después, Primo de Rivera informó a Alfonso XIII de su aprobación. El siguiente paso fue enviar el proyecto de desembarco al general Despujols, donde Primo le indicaba los nombres de los generales que debían asumir el mando durante el desarrollo de la operación<sup>98</sup>: disponía que José Sanjurjo Sacanell mandase la división de desembarco; y los generales Saro y Fernández Pérez debían ejercer el mando de cada una de las dos columnas destinadas a desembarcar en las playas de Suani y Morro Nuevo<sup>99</sup>. El contraalmirante Eduardo Guerra Goyena, jefe de las fuerzas navales de África era el marino en el que confiaba el presidente del Directorio toda la responsabilidad durante la maniobra de desembarco. Aprovechaba la carta para que Despujols apremiase a Luis Orgaz Yoldi a acelerar las gestiones políticas para que, en cuanto se iniciase la ofensiva, las cabilas asentadas en el interior, se volviesen contra Abd el-Krim (no tuvo éxito alguno). Instaba también al jefe del Estado Mayor del ejército de África a que designara las tropas que iban a formar parte de las columnas de desembarco. De ese modo, los generales Saro y Fernández Pérez podían instruir a los soldados en las tareas de embarque y desembarque. Finalmente, le urgía a estudiar junto al almirante de la armada, Francisco Yolí Morgado, el detalle del transporte de las fuerzas con el objeto de solicitar con antelación a la Compañía Transmediterránea los barcos necesarios. Comprobamos como en el diseño del planeamiento no se consideraba una acción conjunta de colaboración con las tropas francesas, desmontando así la teoría de Jordana respecto a la gran operación estratégica pergeñada por Primo de Rivera, a la que hemos hecho referencia páginas atrás. El marco de negociaciones entre ambas naciones se abrió más adelante, en el mes de junio.

---

98 AGA, África, 81-09985.

99 Ibid.



### C. ATAQUE DE ABD EL-KRIM A LA ZONA FRANCESA Y EL OFRECIMIENTO DE COLABORACIÓN

El 16 de abril se solucionaba la crisis de gobierno en Francia y Painlevé asumía la presidencia además de la cartera de Guerra<sup>100</sup>. El nuevo gabinete republicano sufrió pronto e inesperadamente un duro contratiempo en Marruecos, el ataque de Abd el-Krim a las líneas francesas próximas a la frontera del Protectorado meridional español. En 1924, el emir del Rif ya había tratado de negociar con Lyautey las posesiones francesas al norte del río Uarga sin que las autoridades coloniales tomaran su propuesta en consideración. Los tratados internacionales asignaban al Estado francés el territorio de las cabilas que habitaban a ambos lados del Uarga. La interpretación del líder rifeño, sin embargo, era distinta y consideraba que la frontera la definía el río y, por tanto, dicho territorio, el que se hallaba en el lado norte pertenecía al Estado del Rif<sup>101</sup>. De hecho, algunas de las fracciones de la cabila de Beni Zerual, simpatizaban con Abd el-Krim y la lucha rifeña; mientras otras, estaban sometidas a los franceses. Consumado el repliegue español en la zona, Lyautey decidió adelantar algunas de sus posiciones al norte del río Uarga; circunstancia que provocó la alarma entre los Beni Zerual que hicieron un llamamiento de auxilio al jefe de Axdir. Entonces, Abd el-Krim resolvió enviar en su ayuda parte de su ejército. El 14 de noviembre de 1924, Walter Harris en *The Times*, ya había publicado que Abd el-Krim se mostraba molesto con la ocupación por parte del ejército colonial francés de la región del Uarga, al noroeste de la ciudad de Fez, pues consideraba ese territorio un dominio suyo. Teniendo en cuenta esa interpretación, el movimiento táctico francés, Abd el-Krim lo tomó como un acto de hostilidad, pues, a su juicio, constituía una invasión.

Así las cosas, el 12 de abril lanzó a su ejército contra las posiciones francesas al norte del Uarga. Los ataques fueron tan intensos que, en dos semanas, los rifeños contralaban gran parte del territorio de Beni Zerual, amenazando incluso la ciudad de Fez, capital del Protectorado francés entre 1912 y 1925<sup>102</sup>. El sistema establecido por Lyautey de pequeñas posiciones demostró ser ineficaz ante el empuje de los rifeños. No pudo ni defender ni avituallar los puestos sometidos a un férreo asedio. Los franceses sorprendidos, se dieron cuenta de que se enfrentaban a un «poderoso enemigo». Algunos diarios dedicaron comentarios al revés colonial en el Rif, y reconocían que quizá, los gobiernos franceses debían haber colaborado con los españoles en la resolución de la «rebeldía» rifeña<sup>103</sup>.

Entre las razones que apuntaba la prensa francesa respecto al ataque de Abd el-Krim predominaba la que atribuía la decisión del líder rifeño a los efectos del bloqueo de la zona española que había provocado escasez de alimentos en las cabilas de la montaña. Desde *El Telegrama del Rif*, la opinión africanista sostenía que más allá de la necesidad de alimentos, Abd el-Krim lo que perseguía era mantener la guerra porque «suponía el único medio que le permitía consolidarse en el poder»<sup>104</sup>. A pesar de las pérdidas sufridas por el ejército colonial francés, aquella ofensiva no cambió la opinión

100 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político*, 16 de abril de 1925, p. 156.

101 Ibid., 6 de mayo de 1925, pp. 187-188.

102 MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español...*, Op. Cit. pp. 150-152.

103 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí, 1923-1930...*, Op. Cit. p. 212.

104 «Ataque de Abd el-Krim a la zona francesa», *Revista de Tropas coloniales*, 1 de junio de 1925, p. 18.

de Lyautey, que se mantuvo firme en su decisión de no colaborar con el ejército español. Así, por ejemplo, en el mes de abril de 1925, en una entrevista que concedió en su residencia de Rabat al periodista y diplomático Gómez Mares, subrayó que, una colaboración franco-española sería inútil porque los españoles no sabían lo que querían, «desde el rey hasta el último español solo prestáis atención a cuanto dicen los periódicos en contra nuestra», y dijo sentirse harto de leer cada día en los diarios que los franceses permitían el contrabando de armas, cuando éste procedía en su opinión de barcos ingleses<sup>105</sup>. La opinión del viejo mariscal quien, por cierto, estaba a punto de abandonar su «misión» en Marruecos, contrastaba con la de varios hombres de su Estado Mayor, con la del mariscal Pétain, enviado por Painlevé a Marruecos, y con la del Gobierno francés; todos partidarios de fomentar una colaboración con los españoles<sup>106</sup>.

Primo de Rivera, a pesar del ofrecimiento de las autoridades francesas para establecer un convenio de colaboración con el objeto de vencer la resistencia de Abd el-Krim, se mantenía en la línea de encontrar una solución pacífica unilateral con el líder rifeño y poder ocupar, a ser posible sin hostilidad, varios puntos en la costa de Alhucemas, pues desconfiaba de las intenciones de los franceses. La profesora Sueiro asegura que, en efecto, Primo en el mes de junio no estaba entusiasmado con la idea de la colaboración y argumenta su opinión apoyándose en las declaraciones del cónsul británico en Tánger, el cual, dedujo, tras una conversación con el presidente del Directorio, que éste atribuía muy poco valor a una posible cooperación con los franceses<sup>107</sup>. La documentación de archivo demuestra la impaciencia de Primo de Rivera por ocupar la bahía de Alhucemas, si era necesario por la fuerza, porque pensaba que los franceses mantenían una negociación secreta con Abd el-Krim para instalarse ellos en dicho emplazamiento<sup>108</sup>.

#### **D. LA CONFERENCIA DE MADRID (JUNIO-JULIO DE 1925)<sup>109</sup>**

Los contactos oficiales entre los representantes de ambos gobiernos se iniciaron el 12 de mayo de 1925. El presidente de la república de Francia, Paul Painlevé acreditaba al socialista Louis-Jean Malvy para negociar en representación del Gobierno francés ante las autoridades competentes españolas<sup>110</sup>. El 5 de junio los representantes franceses aceptaron que la cumbre franco-española se celebrara en Madrid<sup>111</sup>. La apertura del marco negociador no contó, al menos al principio, con todo el apoyo del dictador, pues, como hemos apuntado, desconfiaba de los franceses. Su propuesta de desembarcar sin contar con el apoyo del ejército y armada francesas fue rechazada por Magaz y Jordana principalmen-

105 Archivo General de Palacio (en citas sucesivas AGP) reinados, Alfonso XIII, caja núm. 12955. Entrevista de Gómez Mares con el mariscal Lyautey.

106 MADARIAGA, Rosa María de: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español...*, Op. Cit. pp. 151.

107 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí, 1923-1930...*, Op. Cit. p. 217.

108 AGA, África, 81/09988.

109 Todos los detalles del convenio, así como el seguimiento de las jordanas a través de la correspondencia entre Jordana y Primo de Rivera en: AGA, África, caja M10 81/9988.

110 AGA, África, 81/ 09988.

111 Ibid.





te, quienes convencieron al general-dictador de que primero debían negociar con el Gobierno francés una paz que debían ofrecer conjuntamente a Abd el-Krim. Posteriormente, si esta paz no era aceptada se recurriría a la fuerza. Quedaba claro que, si Abd el-Krim se negaba a asumir las propuestas de ambos colonizadores, se pasaría al desarrollo de la acción militar. Esta acción se centraba en el control de la bahía de Alhucemas, convertida ahora en una obsesión para Primo de Rivera. En un telegrama del 3 de junio que éste envía a Jordana le expresa con claridad lo que para él significa dicha bahía:

Cada día doy más importancia a Alhucemas y su zona desde el punto de vista de que allí pueda crearse un estadito independiente desde el cual, sirviendo Abd el-Krim de cabeza de turco puedan los comunistas, los alemanes o los mismos franceses inquietar a España con una base aérea o de submarinos. A esta bahía no le daba importancia alguna hace seis u ocho años y ahora se la doy extraordinaria como modo de frustrar designios que instintivamente me dan miedo<sup>112</sup>.

El 17 de junio se celebró la sesión inaugural de la Conferencia. El presidente del Directorio ordenó al Marqués de Magaz que informara al embajador británico en Madrid, Horace Rumbold del inicio de las conversaciones para que éste trasladara la noticia a su Gobierno en Londres<sup>113</sup>. El Directorio trazó y presentó unos puntos-base a los diplomáticos franceses sobre los que pensaban que debía girar la negociación. La Conferencia de Madrid supuso la forja de varios acuerdos bilaterales entre Francia y España.

Los asistentes a las reuniones que se celebraron fueron los siguientes: general Francisco Gómez-Jordana Sousa, presidente de la Conferencia y de la comisión española<sup>114</sup>; Conde de Peretti della Rocca, embajador de Francia y presidente de la comisión francesa; M. Sorbier de Pougnaudresse, delegado francés; los comandantes Sciard y Coutard, técnicos militares franceses; Louis de V. Billard y L. V. de Saint-Maurice, técnicos navales franceses; M. Perier, secretario de la delegación francesa. En representación del Gobierno español, Manuel Aguirre de Carcer, delegado español; tenientes coroneles Salvador Mújica y Seguí, técnicos militares españoles; capitán de corbeta Pérez Chao, técnico naval español y como secretario de la delegación española José Antonio de Sangróniz.

Los acuerdos alcanzados como resultado de las reuniones fueron los siguientes:

- Vigilancia marítima (22 de junio de 1925).
- Vigilancia terrestre (8 de julio de 1925).
- Propositiones de paz (11 de julio de 1925).
- Protección de Tánger (21 de julio de 1925).
- Cooperación militar (25 de julio de 1925).
- Delimitación de fronteras (25 de julio de 1925).

La representación española se presentó en la cumbre hispano-francesa sin tener nada claro qué postura debían defender debido a la desconfianza del dictador respecto a los franceses y, por tanto

---

112 Ibid.

113 Ibid.

114 BOE. R. D. 21 de junio de 1925.

ocuparon sus asientos en aquellos primeros encuentros sin saber qué negociar y en qué condiciones. El presidente de la Conferencia, Gómez-Jordana se encontraba perdido y así se lo comunicó a Primo de Rivera, instándole a que le ilustrara respecto a la línea de defensa que debía seguir. Su preocupación puede observarse en un despacho telegráfico que envía a Tetuán, donde se encontraba el presidente del Directorio<sup>115</sup>. Jordana, en ese escrito, reflejaba sus impresiones derivadas de las conversaciones de pasillos con los plenipotenciarios franceses, al margen de la oficialidad de las salas de negociación. En primer lugar, señalaba que los franceses tenían mucha prisa en que se trataran las cláusulas sobre las condiciones de paz; pero, a la vez, consideraba que tanto Peretti della Roca como Sorbier se mostraban escépticos en cuanto a la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz con Abd el-Krim, «no tienen ninguna fe en que pueda alcanzarse éxito alguno debido al engreimiento del emir rifeño»<sup>116</sup>. En su opinión estaban convencidos de que no se llegaría a ningún acuerdo hasta que éste no sintiera «de forma abrumadora el peso de las armas». Por tanto, el asunto de la paz era una medida obligada para justificar ante la opinión pública la ulterior acción armada. Finalmente concertaron unas propuestas de paz basadas en el reconocimiento de la soberanía del sultán como jefe del Majzén.

Respecto a la actuación militar exponía que las cosas habían cambiado. Si hacía tan solo dos meses, a mediados de mayo, tenían claro que en la segunda quincena de junio o primera de julio como muy tarde se operaría sobre Alhucemas, en ese momento, mediados de julio de 1925, existían dudas acerca de si debían o no ejecutar la operación, porque en el seno del Directorio había dos personas, el Marqués de Magaz y Vallespinosa que se inclinaban por una postura abandonista y no querían ni oír hablar de operar en Alhucemas. Pero más sorprendente resultaba para Jordana que en esa misma línea de pensamiento se situara el mismísimo rey siempre, como hemos visto a lo largo de la tesis partidario de la operación. Aun así, Jordana le manifestó a Primo su convencimiento de que era el momento de ejecutar el desembarco en Alhucemas, si bien debía supeditarse la fecha de ejecución al curso de la negociación con los franceses. Esa era la opinión del general Jordana; no obstante, solicitaba al presidente del Gobierno una orientación respecto a los postulados que debía asumir para llevar a cabo una defensa eficaz:

«¿Qué hacemos mi general?, ¿continuamos con la negociación de paz de forma unilateral y seguimos con los preparativos para desembarcar en Alhucemas o pactamos con los franceses tanto una cosa como la otra?»<sup>117</sup>.

Explicaba el comisionado español que si se decidía una acción conjunta era importante establecer el marco de colaboración con detalle y «convendría simultanear nuestra acción sobre Alhucemas con la ofensiva francesa desde el sur»<sup>118</sup>.

En resumen, Jordana opinaba que debían ofrecer conjuntamente con los franceses unas condiciones de paz a Abd el-Krim, y quemar así el último cartucho pacifista, pero recomendaba plantear

115 AGA, África 81/09988.

116 Ibid.

117 AGA, África 81/09988. Conferencia de Madrid, exp. nº 1.

118 Ibid.



un ultimátum. Si finalmente el emir desestimaba la oferta de paz, entonces era el momento de desplegar una acción enérgica y violenta: los franceses mediante una ofensiva terrestre, desde río Uarga hacía el norte, en la que no veía Jordana inconveniente en que se internasen en la zona española para alcanzar el corazón de Beni Urriaguel. Aprovechando esa ofensiva, «nosotros podríamos hacer lo de Alhucemas, que es el único revulsivo». Interpretamos a partir de los datos que Gómez-Jordana fue el principal defensor, en el seno del Directorio, de ejecutar la operación porque en su opinión, si no se efectuaba el desembarco «el problema de Marruecos persistiría condenándonos a una situación de zozobra permanente y a un estado de guerra latente, que impedirá normalizar la situación económica». Primo de Rivera descargó sobre Jordana todo el peso de las negociaciones, asumiendo la propuesta de la acción simultánea franco-española<sup>119</sup>.

Definidas las propuestas para la paz, comenzaron las gestiones que se encomendaron a una comisión compuesta por un delegado del sultán, otro del jalifa y un representante por cada país. El documento contenía las siguientes cláusulas<sup>120</sup>: Abd el-Krim debía comprometerse a respetar los tratados internacionales (soberanía del sultán y delegación en el jalifa), a realizar un canje de prisioneros, a devolver a los ejércitos coloniales el mayor número de armas y municiones posible, a respetar la ocupación española de varios enclaves en la bahía de Alhucemas y a no hostilizar a las unidades metropolitanas en acciones de abandono de posiciones. A cambio, los países «protectores» permitirían el nombramiento de Abd el-Krim con una asamblea de notables o con otra organización que ordenase su poder como caíd o emir dentro de la región en la que tenía poder efectivo. Se le asignarían subvenciones para atender a la obra del Protectorado, compromiso de ventajas en las concesiones mineras, garantías en el cobro de impuestos, amnistía completa para todos los delitos de guerra. Por último, en caso de alcanzar un acuerdo, Abd el-Krim debía permitir el establecimiento de una fuerza de policía con objeto de garantizar el desarme de la zona, como medio más eficaz de sostener la paz<sup>121</sup>. Una vez aceptados los términos de la paz, automáticamente debían abrirse las fronteras al comercio con excepción de armas y municiones.

Finalmente, para el caso del fracaso de las negociaciones de paz, la comisión se emplazaba a estudiar hasta dónde podía llegar el esfuerzo militar de cada país y concertar su colaboración<sup>122</sup>. Los emisarios de la paz comenzaron a trabajar a finales del mes de julio de 1925, concretamente el 29 de julio llegaban a Tetuán dos importantes delegados de Abd el-Krim: los indígenas Ajmelich y Bel-Kristo, ambos con extraordinaria reputación en las cabilas del Rif, Gomara y Yebala<sup>123</sup>. Mientras, en Melilla se encontraba desde hacía días Gabrielli quien junto a Marín debían encargarse de llevar a cabo las gestiones de paz. Abierta la negociación, Ajmelich informó que dudaba mucho de que pudiera alcanzarse una paz definitiva porque el periodista y empresario inglés «Walter Harris estaba

---

119 Ibid.

120 Ibid.

121 Ibid.

122 Ibid.

123 Ibid.

envenenando las gestiones»<sup>124</sup>. Abd el-Krim no estaba dispuesto a reconocer la soberanía del sultán ni a dejar que se ocupara punto alguno en la costa. En torno a la recién nacida República del Rif se movía un buen número de agentes y espías con diferentes intenciones<sup>125</sup>. Además del corresponsal de *The Times* se encontraban otros personajes como por ejemplo Hacklander, agente de los empresarios alemanes Mannesmann y los británicos Gordon Canning, John Arnall y Percy Gardiner. Sus propósitos, en ocasiones, eran de carácter humanitario; Canning, por ejemplo, contribuyó a crear el *Rif Committee*, algo parecido a un *lobby* de apoyo de la República del Rif ante diferentes organismos internacionales. Canning se acercó a Ginebra para tratar de lograr el apoyo de la Cruz Roja para que los soldados del Rif tuvieran algún tipo de cobertura sanitaria. No lo logró; la Cruz Roja no les prestó asistencia porque no reconoció el Estado rifeño<sup>126</sup>.

El 1 de agosto de 1925 las condiciones de paz presentadas por los representantes español y francés a los emisarios del jefe rifeño se hacían públicas de forma oficial por parte del Gobierno de la República. El periódico *Le Matin* se encargó de transmitir las a la opinión pública<sup>127</sup>. El embajador español en París, Quiñones de León informó al Gobierno español de la noticia. El diario francés subrayaba que las condiciones para la paz habían sido comunicadas al jefe rifeño. La primera condición era una de las que Ajmelich había apuntado a los agentes españoles que jamás reconocería: reconocimiento expreso de la soberanía del sultán, Yusuf Muley y sus sucesores legítimos. Lógicamente las «naciones protectoras» debían plantear dicha condición en primer lugar ya que era el fundamento principal de su presencia en Marruecos. A cambio, los gobiernos de España y de Francia reconocerían la independencia administrativa del Rif y contribuirían a la formación de un cuerpo de policía, cuyos cuadros serían formados por policías franceses. Abd el-Krim debía aceptar la ampliación del territorio de soberanía en el entorno de Ceuta y Melilla: la zona de Ceuta tendría los siguientes límites: al Norte el Estrecho de Gibraltar, al Oeste la zona de Tánger, al sur el camino de Tánger a Tetuán y al Este el Mar Mediterráneo desde el Uad Martín hasta Ceuta. En cuanto a la zona de Melilla, ésta quedaba fijada por los siguientes límites: al Oeste el río Kert; al Este, la orilla oriental del Mar Chica; al Sur, una línea que se establecería en las proximidades de las minas en ese momento explotadas. Los límites del «Estado autónomo del Rif» se fijarían como sigue: al Oeste una línea que pasaba al Este de la línea del ferrocarril Tánger-Fez y una distancia mínima de veinte kilómetros al Sur de los límites podrían quedar determinados por los ríos Uarga y Lucus. Estos dos ríos quedarían unidos por una línea teórica que se precisaría más adelante, en caso de que Abd el-Krim aceptara las condiciones de paz. Aseguraban los colonizadores que el territorio asignado a Abd el-Krim quedaría bajo el control de la Sociedad de Naciones. Quiñones de León informó, además

124 Ibid.

125 Un artículo-resumen muy interesante sobre el origen y desarrollo del Estado rifeño se puede ver en MADARIAGA, María Rosa de: «La República del Rif. Un ensayo pionero de Estado moderno en el Magreb», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, septiembre-octubre 2015, pp. 30-34. Un trabajo más amplio sobre Abd el-Krim y la efímera República del Rif en MADARIAGA, María Rosa de: *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza Editorial, 2009.

126 SUEIRO SEOANE, Susana: «¿Envía Francia armas a Abd el-Krim? El contrabando bélico y la ayuda exterior que recibe la rebelión rifeña» en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930) ...*, Op. Cit. pp. 19-43.

127 «Si Abd el-Krim quiere la paz», *Le Matin*, 1 de agosto de 1925. En AGA, África, 81/09988.



que la información se había publicado en otros diarios franceses, así como en el *Daily Mail*, el *New Herald* y *Chicago Tribune*<sup>128</sup>.

Para entonces, el plan de colaboración militar ya había sido acordado y firmado por los representantes de ambas naciones, concretamente el 25 de julio de 1925. De hecho, ese proyecto conjunto lo estudiaron a fondo los dos altos mandos, general Primo de Rivera y mariscal Pétain en Tetuán el 29 de julio<sup>129</sup>. ¿En qué consistía la actuación combinada de las fuerzas españolas y francesas? Ambos gobiernos se comprometían a prestarse ayuda en la acción militar convencidos de que una operación sobre Beni Urriaguel resultaría eficaz para quebrantar el poder de Abd el-Krim. Para ello se acordó una estrecha cooperación de la aviación<sup>130</sup>. Se concertaron acciones de bombardeo (de preparación o de castigo); acciones de apoyo al combate a las tropas de tierra, cooperando ambos ejércitos con el mayor número de aparatos. Se alcanzó el compromiso de aumentar la participación de hidroaviones para las acciones próximas a la costa. Por último, dejaban claro sobre el papel que ambas aviaciones actuarían coordinadamente y bajo una misión acordada previamente por los altos mandos. Fuera de las acciones previstas la aviación de cada uno de los dos ejércitos no podría sobrevolar la zona asignada al otro país.

Se concertó igualmente un desembarco en puntos de la costa que asegurasen al ejército español la posesión de la bahía de Alhucemas, además de llevar a cabo simulacros de desembarco en otros sectores de la costa norte marroquí con el fin de distraer tropas del sector de la bahía<sup>131</sup>. El Gobierno de España se comprometió a emplear en la operación 20.000 hombres. Si bien quedaba establecido que la operación no comenzaría hasta que las tropas del ejército francés no se hallasen próximas al frente en las cabeceras de los ríos Guis y Nekor. El objetivo principal se fijaba en la ocupación de varios puntos en el entorno de la bahía, y «tan solo si las circunstancias se tornaban propicias el ejército español se lanzaría a ocupar Axdir», capital de la República del Rif y localidad natal de Abd el-Krim. El mismo día que se cerró el acuerdo sobre la cooperación militar, el Marqués de Estella, por si no les había quedado claro a los representantes de la delegación francesa, escribió una carta dirigida al embajador, Conde Peretti de la Rocca.

Con referencia al acuerdo firmado hoy relativo a la cooperación militar franco-española eventual en Marruecos, el gobierno de S. M. tiene interés en precisar que no entra en sus planes otra acción de cooperación militar más que un desembarco en la bahía de Alhucemas. Dicho desembarco se coordinaría con una acción ofensiva de las tropas francesas, cuyo objetivo se precisaría, cuando llegase el momento. El alto mando español se esforzará, además, en realizar, en los límites de las zonas ocupadas, al Este y al Oeste, y así mismo, sobre las costas, demostraciones militares y navales; en estas últimas podrían participar unidades navales francesas, cuyo número y tipo se fijaría por el ministerio de Marina francés, después de examinar las proposiciones españolas<sup>132</sup>.

---

128 AGA, África 81/09988.

129 Ibid.

130 Ibid.

131 Ibid.

132 AGA, África 81/09988.

El dictador solicitaba a Peretti que trasladase la información al presidente de la República. Como vemos, Primo de Rivera no estaba dispuesto a penetrar en Beni Urriaguel. Resulta probable que pensarán, tanto él como Jordana que el desembarco de las tropas y las acciones de bombardeo provocarían tal impresión sobre los cabileños, que estos, al ver el despliegue militar abandonarían la causa de Abd el-Krim y le retirarían su apoyo. Más adelante, en el siguiente y último capítulo veremos como se desarrolló la operación y las circunstancias que hicieron cambiar de opinión a Primo de Rivera y decidirse a lanzar una ofensiva total en el Rif.

#### D.1. Pétain asume las riendas del Protectorado francés

Una decisión clave para el desarrollo de la operación fue el envío del mariscal Philippe Pétain al Protectorado francés para inspeccionar las tropas y organizar el mando, aunque la dirección de las operaciones aún correspondía al general Naulín, discípulo de Lyautey<sup>133</sup>. La llegada de Pétain —no era un militar colonial— a Marruecos imprimió a los acontecimientos una nueva dirección<sup>134</sup>. Mientras Lyautey y Naulín habían diseñado un plan para conseguir recuperar las posiciones perdidas en torno al Uarga, en el territorio de la cabila de Beni Zerual, Pétain se mostraba partidario de una acción a gran escala contra Abd el-Krim. El «clan de Fez» —así eran conocidos Lyautey, Chambrun, Naulín y otros generales coloniales— defendía la idea de una ocupación del ejército español de la bahía de Alhucemas como medio necesario para acordonar a Abd el-Krim, pero no concebían colaborar en esta empresa: operación simultánea sí, pero sin coordinación de ambos ejércitos<sup>135</sup>. Philippe Pétain, el héroe francés de Verdún tenía su opinión respecto al «problema de la rebeldía rifeña»: «había que caer con todos los medios posibles en el centro neurálgico de aquel avispero, es decir, en Beni Urriaguel, corazón del Rif». Se trataba de dos concepciones opuestas sobre la guerra, claramente definidas —así lo subraya el historiador francés Daniel Rivet— entre Lyautey y Pétain<sup>136</sup>. El primero, especialista en la guerra colonial que empatizaba con los indígenas, frente a los teóricos de la guerra, representados por el Estado Mayor del ejército en París. Estos últimos analizaron el problema fríamente, como meros estrategas de la guerra. Y en ese sentido, Pétain, máximo exponente en Marruecos de esta tendencia apreció la necesidad de entenderse con los españoles para acabar con Abd el-Krim.

El 29 de julio de 1925 Primo de Rivera recibió a Pétain en Tetuán<sup>137</sup>. *El Telegrama del Rif* daba cuenta del encuentro e informaba del «ambiente agradable y festivo» que hubo durante el almuerzo que compartieron Miguel Primo de Rivera y Pétain; tras el cual, se reunieron en privado para analizar el

133 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930)...*, Op. Cit. p. 256.

134 LÓPEZ RIENDA, Rafael: *Abd el-Krim contra Francia. Del Uarga a Alhucemas. Impresiones de un cronista de guerra*. Madrid, Calpe, 1925, p. 129.

135 MADARIAGA, María Rosa de: *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza Editorial, 2009. La autora señala que era así como los llamaba Pétain.

136 RIVET, Daniel: «Le commandement français et ses réactions vis-à-vis du mouvement rifian, 1924-1926» en *Abd el-Krim et la République du Rif*, Actes du Colloque international d'Etudes historiques et sociologiques, París, 1976. Citado por Susana Sueiro en *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930)...*, Op. Cit. pp. 260-261. Un análisis más detallado de las relaciones entre Pétain y Lyautey en RIVET, Daniel: *Lyautey et l'institution du protectorat français au Maroc: 1912-1925 (Histoire et perspectives méditerranéennes)*. París, L'Harmattan, 1988.

137 AGA, África, 81/09988.





planeamiento general de la ofensiva combinada<sup>138</sup>. En aquella reunión el presidente del Gobierno de España se comprometió a ocupar Axdir. Ese fue el primer compromiso que obtuvo el general francés de Primo de Rivera. El segundo, consistía en llevar a cabo una intensa campaña militar del ejército español hacia las montañas del Rif y enlazar de ese modo con las tropas francesas, que a su vez tenían previsto invadir el territorio desde el Sur<sup>139</sup>. Para Pétain los tiempos de la política habían acabado. Sin embargo, este segundo compromiso no consiguió cerrarlo, pero habían quedado asentadas las bases para llevar a cabo el desembarco. Primo se mostró impaciente por lanzar a las tropas sobre la playa, pues le preocupaba el viento de Levante, que históricamente soplabla con fuerza en el entorno de la bahía durante el mes de septiembre. La marina española conocía por las cartas de navegación de años anteriores la existencia de esos vientos. Sin embargo, no contaban con una previsión meteorológica porque dicha ciencia estaba bastante descuidada en España; no así en Francia, Gran Bretaña o Alemania<sup>140</sup>. Pero Pétain, a finales de julio no se comprometió a fijar una fecha para ejecutar la operación.

Es probable que el Gobierno de la República recelase de la viabilidad de la operación urdida por los españoles. Además, tenía sobre la mesa dos propuestas diferentes: una más conservadora encabezada por Lyautey y la preconizada por Pétain, partidario de una ofensiva total en colaboración con los españoles. La diplomacia española, a instancias de Primo, presionaba a sus homólogos franceses y les exhortaba a tomar una decisión rápida para acometer la empresa del desembarco cuanto antes. El embajador español, Quiñones de León tuvo un papel muy activo, entrevistándose en varias ocasiones con Aristide Briand, ministro de Asuntos Exteriores, para explicarle la conveniencia de no retrasar las operaciones militares<sup>141</sup>. Del resultado de las conversaciones, el embajador español en París destacó que Briand se había mostrado de acuerdo en la argumentación respecto a la necesidad de actuar de forma inmediata, y en ese sentido estaba trabajando Pétain, estudiando el plan de desembarco con el objeto de prever todas las contingencias posibles y preparar la cuestión del abastecimiento y vías de comunicación —extremo que juzgaba fundamental— para asegurar el éxito. De hecho, se trataba del mayor problema al que se enfrentaba un ejército invasor en una operación de esa naturaleza. Garantizar el municionamiento y los víveres era de vital importancia para el éxito de la empresa<sup>142</sup>. Pétain volvería muy pronto a África para entrevistarse con Primo de Rivera<sup>143</sup>.

Durante el tiempo que transcurrió entre el 30 de julio y el 21 de agosto, fecha del segundo encuentro entre los altos mandos, el primero imaginó múltiples escenarios derivados de la posibilidad de ejecutar la operación combinada. Propenso a arbitrar soluciones de compromiso, sugirió a Jor-

138 *El Telegrama del Rif*, 30 de julio de 1925.

139 AGA, África, 81/09988.

140 JEVENOIS, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 31.

141 *Ibid.*

142 JEVENOIS, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 42. El entonces comandante de Artillería tradujo parte de la obra del almirante británico Reginald Bacon, *The Dover Patrol (1915-1917)*. Vols. 1 y 2, Londres, Hutchinson & Co., publicada en 1919. El marinero británico explicaba cómo planteó el proyecto de desembarco en Amberes, en el marco de la Primera Guerra Mundial, en 1917 (proyecto que no se ejecutó por la evolución de los frentes).

143 AGA, África, 81/09988.

dana diversas fórmulas de actuación alternativas al desembarco. Entre las diferentes propuestas el dictador planteó simular un desembarco en las costas de Alhucemas con el objeto de atraer el mayor número posible de rifeños y una vez agrupados bombardear intensamente las concentraciones mediante fuego combinado de la armada y la aviación, y producir así un gran número de bajas entre los nativos<sup>144</sup>. Esa idea no era nueva, si recordamos en el capítulo VII, Luis Silvela propuso en 1923 algo parecido. La diferenciaba estribaba en que este era partidario del uso de gases tóxicos.

Otra de las ocurrencias fue financiar al Heriro, *xeij* de Yebala que había servido a las órdenes de El Raisuni y en ese momento aliado de Abd el-Krim, para que levantara a todas las cabilas del Yebala y Gomara contra los rifeños. Ambas propuestas fueron desechadas por Jordana quien señalaba que la única opción eficaz era el desembarco y solicitaba paciencia hasta que los franceses se decidiesen. Jordana se mostraba firme en la idea del desembarco, y entendía que nada se podía hacer a esas alturas que no fuera en combinación con el ejército francés<sup>145</sup>.

Finalmente, el Gobierno francés confió la dirección de las operaciones militares al mariscal Pétain, y le nombró general en jefe del ejército francés en Marruecos. Con Lyautey prácticamente fuera de juego, el general Naulín quedaba bajo las órdenes de Pétain. El día 21 de agosto se produjo en Algeciras el encuentro entre los generales Primo de Rivera y Pétain<sup>146</sup>. El experimentado general francés, quien había participado activamente en la Gran Guerra (1914-1918), conocía las dificultades que entrañaba una operación aero-naval ya que los aliados habían sufrido una dura derrota en Gallípoli en 1915, con ocasión de la operación de desembarco en los Dardanelos, donde tuvieron 270.000 bajas<sup>147</sup>.

El estrecho de los Dardanelos comunica el mar Mediterráneo con el mar de Mármara, próximo al mar Negro. Se trata de un paso estrecho de cinco millas de longitud y perfectamente defendido por la artillería de costa desde las alturas de la península de Gallípoli. En aquella operación no hubo factor sorpresa como no lo había, a juicio del mariscal francés, en el caso de Alhucemas. El Estado Mayor francés consideró que la playa de Suani, uno de los sectores establecidos por Jordana para el desembarco estaba estratégicamente atrincherado y defendido por la artillería; además, juzgaban probable que la playa estuviese sembrada de minas e incluso las aguas cubiertas de alambre de espino como había ocurrido en 1915 en Turquía<sup>148</sup>. Diez años antes, en Gallípoli los turcos, al corriente de las intenciones de los aliados apuntalaron sus defensas, enviando tropas de refuerzos, emplazaron cañones móviles de campaña en las orillas y sembraron de minas las playas donde las tropas pretendían desembarcar<sup>149</sup>. Un segundo error que contribuyó al fracaso fue la forma en la que se distribuyó la carga en las «barcazas K», estibando en el fondo de sus bodegas material de necesaria utilidad en

144 Ibid.

145 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930) ...*, Op. Cit. p. 266-268.

146 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1925*, pp. 309-310.

147 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*. Valladolid, Galland Books, 2008, p. 5.

148 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930) ...*, Op. Cit. p. 271.

149 ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA: Rafael: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli». *Operaciones anfibia. De Gallípoli a las Malvinas*. Monografías del Ceseden, 47. VI Jornadas de Historia Militar. Madrid, Ministerio de Defensa, Instituto español de Estudios Estratégicos, junio 2001, pp. 49-69.



el momento de producirse el desembarco; un contratiempo que demoró el inicio de la operación. Estas embarcaciones de hierro contaban con un blindaje ligero. Tenían una capacidad de desplazamiento de 300 toneladas; disponían de una rampa en la proa y motores que podían alcanzar los siete nudos. Sin embargo, dada la poca capacidad de autonomía debían ser remolcadas hasta situarse a 1.000 metros de la costa. Finalmente, la varada la hacían impulsadas por sus motores<sup>150</sup>. El Directorio compró veintiséis de esas barcas para ejecutar la operación de Alhucemas.

El mando tampoco dispuso de aviones de reconocimiento. En realidad, todos los mandos del ejército aliado mostraron muy poca confianza en el éxito de la maniobra porque el factor sorpresa había desaparecido cuando el primer intento quedó frustrado el 18 de marzo de 1915. Por otra parte, los diarios egipcios dieron buena cuenta de los movimientos de carga y embarque de tropas en el puerto de Alejandría, base del lanzamiento<sup>151</sup>. Con todo, el 25 de abril de 1915 se efectuó el desembarco. Los soldados turcos recibieron orden de no disparar hasta que las tropas no efectuaran el desembarco. Muchos soldados murieron hombro con hombro mientras esperaban el momento de desembarcar<sup>152</sup>. El desembarco de Gallípoli fue la operación anfibia más importante que se llevó a cabo durante la Gran Guerra, y su fracaso, llevó a cuestionar durante años la viabilidad de este tipo de operaciones contra una costa fuertemente artillada y atrincherada<sup>153</sup>. En resumen, las vacilaciones de los políticos, la falta de secreto, y la lentitud en los preparativos contribuyeron a que una operación bien diseñada desde el punto de vista estratégico fracasara tácticamente.

El fuego naval no fue corregido por observadores, estuvo mal concebida la maniobra de penetración en tierra y no existió una colaboración entre la aviación y los buques de guerra conducente a mermar la capacidad defensiva y apoyar a la infantería. Todas estas cuestiones obligaron a Pétain y su Estado Mayor a requerir explicaciones muy detalladas al alto mando español<sup>154</sup>. La profesora Sueiro señala que los militares franceses quedaron muy impresionados de cómo estaba organizado el plan de desembarco, confirmando entonces el apoyo naval francés en la operación. Fue, pues, en aquel segundo encuentro en Algeciras, donde el Estado Mayor francés desestimó realizar el desembarco en la playa de Suani ya que las defensas rifeñas estaban magníficamente establecidas —ya había alertado de esa circunstancia Jordana en el plan de desembarco presentado al Directorio en abril— y, por tanto, no se contaba con el factor sorpresa. Por ello ambos Estados Mayores consideraron que las playas de Ixdain y La cebadilla, situadas al este de la península de Morro Nuevo eran mejores y más seguras para alcanzar las playas en mejores condiciones<sup>155</sup>. Igualmente, los dos altos mandos convinieron en no cejar hasta la aniquilación de Abd el-Krim.

---

150 Ibid., p. 54

151 ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA: Rafael: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli». *Operaciones anfibias. De Gallípoli a las Malvinas...*, Op. Cit., p. 58.

152 Ibid. p. 61.

153 Ibid. p. 62.

154 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas». *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, septiembre-octubre 2015, pp. 44-47. Ver también: MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: *Las campañas de Marruecos. 1909-1927*. Madrid, Almena, 2001, pp. 164-194.

155 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión marroquí» (1923-1930)*, Op. Cit. p. 276.

Seis días antes de que produjera la cumbre entre los altos mandos, sendos gobiernos habían anunciado la ruptura de las conversaciones de paz con Abd el-Krim. Painlevé facilitaba una nota a la prensa el día 14 de agosto de 1925 lamentando la posición del emir del Rif y justificando la ulterior acción militar<sup>156</sup>. Ese día el Directorio facilitó una nota oficiosa a la prensa donde se expresaba en los mismos términos que su homólogo francés<sup>157</sup>. La maquinaria militar de ambos ejércitos se ponía en marcha para aplastar la resistencia rifeña y aniquilar a Abd el-Krim y los beniuriagueles. Catorce años después de que se diseñara por primera vez la acción militar de desembarco y tras sucesivos intentos, como hemos visto a lo largo de la tesis, la operación estaba en vías de ejecutarse. En el siguiente y último capítulo veremos detalladamente el desarrollo de la estrategia: la participación de los buques de guerra y de la aviación, los elementos que entraron en combate; así como la reacción y resistencia del ejército de Abd el-Krim.

## CONCLUSIONES

Tras el golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923, la cuestión de Marruecos se mantuvo en un *impasse* hasta el otoño de 1924, debido fundamentalmente a la indefinición del dictador. Fue entonces cuando optó por un abandono de las posiciones avanzadas hacia una zona próxima a la costa, más segura y fácilmente defendible. Constituyó el establecimiento de lo que se conoce como «línea Primo de Rivera». Esa operación solo consiguió que se ejecutara en la zona occidental del Protectorado, ya que, en la zona oriental tanto jefes como oficiales de las tropas de choque (tercio y regulares) incumplieron la orden porque, a su juicio, la maniobra daría alas a Abd el-Krim. En cualquier caso, la medida no respondía a una estrategia magistral de un genio militar, como fue calificado Primo de Rivera por el general Gómez-Jordana, sino a una solución de compromiso adoptada por las circunstancias. A principios de 1925, el dictador pensó que con la maniobra de repliegue no era suficiente y se hacía necesario pensar en algo más. Fue entonces cuando decidió ejecutar la operación de desembarco en la bahía de Alhucemas, fijando el objetivo en la toma de posiciones en la costa para, desde éstas, irradiar la acción política de atracción de jefes de fracción de cabila. Con la mente puesta en Alhucemas, Primo de Rivera, ordenó al general Jordana, vocal del Directorio y con amplia experiencia en Marruecos, elaborar un plan de desembarco. El 30 de abril el Directorio, tras valorar el estudio del ponente, aprobó el proyecto y decidió ejecutarlo entre la segunda quincena de junio y la primera de julio de 1925.

Mientras se llevaban a cabo los preparativos por los hombres del Estado Mayor del alto mando, Abd el-Krim atacó las líneas avanzadas francesas en el entorno del Uarga, en el límite de la frontera entre los Protectorados de ambos países, en concreto en el territorio de la cabila de Beni Zerual. Esa circunstancia provocó un cambio de orientación en el Gobierno francés, entonces presidido por el

156 SOLDEVILLA, Fernando: *El Año Político 1925*, pp. 301-302.

157 Ibid., pp. 302-303.



socialista Painlevé, quien interpretó que quizá fuese necesaria una concertación con los españoles para llevar a cabo una operación de castigo contra Abd el-Krim.

Los acuerdos entre el Gobierno francés y el Directorio se materializaron en la Conferencia de Madrid, donde se aprobó proyectar una ofensiva conjunta: el ejército español ocuparía militarmente la bahía de Alhucemas y las tropas francesas llevarían a cabo una ofensiva en la cabila de Beni Zerual para distraer defensores de la costa y dulcificar, así el desembarco. El residente francés, Hubert Lyautey no estaba conforme en realizar una acción conjunta, sin embargo, el Gobierno de la República envió al Protectorado francés al mariscal Pétain, defensor de la guerra total, con el objeto de poner en marcha las operaciones militares necesarias para acabar con la resistencia rifeña. Ese cambio en la dirección del mando facilitó la empresa, pues el destacado general, héroe de Verdún, llegaba a Marruecos con la misión de aplastar la resistencia «rebelde» y, en este sentido, estimaba viable operar conjuntamente mediante la acción combinada de los ejércitos español y francés. Pétain y su Estado Mayor consideraron que el plan de desembarco español estaba bien urdido y ultimado en sus detalles. Finalmente, tras anunciar ambos gobiernos la ruptura de negociaciones con Abd el-Krim, comenzaron los preparativos de embarque de tropas y pertrechos en los puertos de Ceuta y Melilla. La decisión de operar estaba tomada, como lo había estado en 1911 y 1913. En el siguiente capítulo nos centraremos en la ejecución y los pormenores de la operación.







## CAPÍTULO IX

### EL DESEMBARCO

El 21 de agosto de 1925 se reunieron por segunda vez los altos mandos; en esta ocasión, en Algeciras<sup>1</sup>. El encuentro permitió determinar con claridad y exactitud el plan de operaciones. Se analizaron los aspectos logísticos, se evaluaron los informes de reconocimiento aéreo y se decidió la zona de desembarco. El acuerdo quedó fijado en dos acciones simultáneas: un asalto anfibio combinado con medios aéreos y navales sobre la bahía de Alhucemas con una división de desembarco exclusivamente española<sup>2</sup>; y una secundaria consistente en una acción ofensiva terrestre por parte francesa, con su centro de gravedad en la región del norte de Taza, en dirección a los valles del Kert y del Nekor, a la que cooperarían eventualmente las fuerzas terrestres españolas desplegadas en Melilla<sup>3</sup>. A la cumbre militar asistieron, además de Primo de Rivera y Pétain, el general Sanjurjo, el vicealmirante de la escuadra Yolif, el contraalmirante francés Hallier, y el también contraalmirante de las fuerzas navales del Norte de África, Eduardo Guerra Goyena. Todos ellos asistidos por sus respectivos jefes de Estado Mayor: general de brigada Ignacio Despujols (general en jefe); coronel Sánchez Ocaña (Comandancia General de Melilla), capitán de navío Montagut (de la escuadra) y capitán de fragata Boado (de las fuerzas navales del Norte de África)<sup>4</sup>. Tanto el plan como los puntos de desembarco se mantuvieron en secreto para evitar que se publicara en la prensa. De hecho, se procuró todo lo contrario, es decir filtrar informaciones falsas para tratar de despistar a Abd el-Krim, señalando que el proyecto podría ser otro diferente al de ir inmediatamente a la bahía de Alhucemas, argumentando que otros objetivos podían ser más interesantes<sup>5</sup>. Primo de Rivera puntualizaba, respecto a los fran-

---

1 *El Telegrama del Rif*, 22 de agosto de 1925.

2 Una operación anfibia es aquella en la que una fuerza terrestre se traslada por mar a una costa enemiga para asaltarla o desembarcar en ella, esperándose reacción del enemigo, aunque no sea inminente. La definición en BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar. Desde los reinos medievales hasta nuestros días*. Barcelona, Ariel, 2000, p. 28.

3 GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos: las etapas de la pacificación*, Madrid, CIAP, 1932.

4 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*. Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones, 1928, p. 262.

5 *El Imparcial*, 22 de agosto de 1925, p. 2. Declaraciones del general Primo de Rivera.

ceses, que se había llegado a un acuerdo con ellos sin recelos y con toda confianza<sup>6</sup>. Algo extraño si tenemos en cuenta su trayectoria de desconfianza hacia los gobernantes y militares del país vecino. A pesar de la discreción, podemos afirmar, casi con toda seguridad, que en el Cuartel General de Abd el-Krim sabían que la ofensiva conjunta consistía en un desembarco en algún punto de la bahía de Alhucemas; sin embargo, ignoraban la playa o playas concretas donde iba a efectuarse. El atacante tenía la enorme ventaja de saber lo que iba a hacer, cuándo lo iba a llevar a cabo y dónde tenía previsto desembarcar. Los rifeños a principios del mes de septiembre, con la intención de disuadir a los mandos occidentales, pergeñaron una ofensiva sobre Cudía Tahar, un enclave militar situado en una importante posición estratégica del macizo del Gorgues, próximo a Tetuán<sup>7</sup>. Cabría imaginar que, de haberlo conseguido, hubiera producido un efecto psicológico devastador en la opinión pública y mermado el estado de ánimo de las fuerzas preparadas para ejecutar el desembarco.

Ahora sí, toda la presión de la guerra y sus efectos se desplazaban al corazón del Rif, a Beni Urriaguel. Dieciséis años después de que se pensara en un desembarco como solución para controlar el Rif y someter a los nativos, parecía que iba a consumarse. Se consideró entonces una maniobra concluyente y se mantenía tres lustros más tarde la misma idea. Las circunstancias en 1925 no eran las mismas que en 1909, ni que en 1913 ni incluso que en 1922. Durante ese tiempo el avance de la tecnología aplicada al desarrollo de armas y elementos de guerra había alcanzado un alto grado de desarrollo producto de la Gran Guerra<sup>8</sup>. Y, en este sentido, el ejército español contaba con todos los avances tecnológicos aplicados a la guerra que se habían desarrollado en el contexto mundial: enormes acorazados, aviones de combate, carros de asalto; elementos con los que no se contaba en las anteriores fechas que se planeó desembarcar: 1911 y 1913<sup>9</sup>. Entonces los defensores tan solo disponían de fusiles para repeler la posible ofensiva; mientras que en 1925 contaban con más de 100 cañones, ametralladoras y 60.000 fusiles, además de una estructura orgánica racional e incluso un pseudo-ejército regular<sup>10</sup>. Gracias al análisis documental sabemos que los nativos disponían de dos aviones e incluso que Abd el-Krim había comprado siete más, que en mayo de 1925 esperaba que llegasen al Rif —según el informador, Mohamed Bel Fagui el Fechtali—, para lo cual había dispuesto la construcción de diez hondas cuevas que sirvieran de hangares<sup>11</sup>. Cándido Lobera, director del *Telegrama del Rif* señalaba en su edición del 29 de julio que no cabía duda de que «la rebeldía tiene un mando, una organización y servicios técnicos que son incapaces de regir los indígenas. Hay en el cuartel general rifeño un coronel húngaro, Paul Jynas, otro turco, Ishan Bey y numerosos oficiales musulmanes que han servido en el ejército rojo y el mayor alemán Von Tanemberg»<sup>12</sup>. La historiografía ha demostrado que, en efecto, había en las filas

6 «Los acuerdos adoptados acerca de las próximas operaciones», *El Telegrama del Rif*, 2 de septiembre de 1925.

7 «El episodio de Kudía Tahar» *Revista de Tropas Coloniales*, nº 9, septiembre de 1925, pp. 8-9.

8 Un análisis de la evolución del ejército en España, de los medios y su financiación en: TEJEIRO DE LA ROSA, Juan Miguel: *Dinero y ejércitos en España. De la antigüedad al siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.

9 Un estudio sobre buques de guerra en: ANCA ALAMILLO, Alejandro: *Buques de la armada española del siglo XX*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2009.

10 AGP, Sección Reinados, Fondo Alfonso XIII, caja 12958, exp. 3. Noticias del campo rifeño. Planes y elementos de Abd el-Krim.

11 Ibid.

12 *El Telegrama del Rif*. 29 de julio de 1925.



rifeñas soldados extranjeros, la mayoría desertores de la legión francesa y española, y probablemente también algún aventurero; pero el peso de la estrategia estaba a cargo, principalmente del hermano de Abd el-Krim, Mhamed, y otros marroquíes con buenas aptitudes como militares, no solo desde un punto de vista estratégico, sino también en lo referente a la táctica.

Este último capítulo se centra en el análisis de la operación, desde la decisión de desembarcar en las playas de *La cebadilla* e *Ixdain* situadas a poniente de Morro Viejo y, por tanto, fuera de la bahía de Alhucemas, en la cabila de Bocoya, hasta la toma de Axdir, capital del Estado rifeño, el 2 de octubre de 1925. Entre estos dos hitos abordaremos aspectos relativos a la organización de la logística de embarque de tropas y pertrechos, al estudio de las unidades que participaron, al papel que desempeñó la aviación y al comportamiento de las escuadras (española y francesa). Se demuestra igualmente que la decisión de desembarcar en la playa de Ixdain atribuida a la pericia del capitán de fragata Boado, evitando el descalabro que las minas enterradas en la playa hubieran provocado sobre las unidades coloniales del ejército español (legionarios, regulares y harca, primeras en desembarcar) se debió a las condiciones climatológicas, al viento concretamente, que arrastró a las barcasas K a oriente y no a su genialidad, intuición o pericia<sup>13</sup>. Por último, finalizamos el capítulo con unas conclusiones respecto a la ejecución del desembarco y el valor de la operación anfibia como elemento clave en la resolución del «problema militar» en un medio complejo y prácticamente desconocido.

#### A. PLANEAMIENTO DE LA OPERACIÓN, OBJETIVOS Y ADIESTRAMIENTO DE LAS TROPAS

La doctrina militar actual considera que las operaciones anfibias conjuntas son de extrema complejidad. Para llevarlas a cabo con éxito resulta necesario un conocimiento detallado de todo cuanto las rodea, un alto grado de coordinación y extraordinaria cooperación en el planeamiento, preparación y ejecución<sup>14</sup>. En efecto, en 1925 la operación se diseñó teniendo presente el fin que se perseguía: castigo material y moral de la cabila de Beni Urriaguel utilizando los más poderosos elementos de tierra, mar y aire<sup>15</sup>. Los estrategas españoles pensaron que la demostración anfibia debía producir en los defensores enorme sensación de pánico «que destruye bruscamente los lazos tácticos»<sup>16</sup>. Las tropas protegidas por la potencia de fuego (aérea y naval) debían asaltar las playas y maniobrar hasta alcanzar el centro de gravedad y principal objetivo que era Axdir, donde estaba establecido el Cuartel General de Abd el-Krim.

13 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí (1923-1930)*. Madrid, UNED, 1992, pp. 276-277. Recoge la historia la opinión del general Goded que participó en las operaciones. GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos. Las etapas de la pacificación...*, Op. Cit. p. 138.

14 Doctrina conjunta aliada. Grupo de trabajo de la OTAN «Allied Joint Publication AJP-01», Madrid, 2-5 diciembre de 2014, citado por VALLÉS SALES, Alfonso: «Alhucemas, setenta y cinco años después. Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas», *Boletín de información*, nº 272, Ministerio de Defensa, 2001.

15 Archivo de la Administración General del Estado (en citas sucesivas AGA), África, caja M7, 81/9985, exp. 2. *Proyecto general de desembarco presentado por el general Gómez-Jordana y aprobado por el Directorio en 1925*. La ponencia del desembarco se encuentra también en GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976, pp. 116-121. Igualmente está reproducido en CARRASCO GARCÍA, Antonio; MESA GUTIÉRREZ, José Luis de y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, Apéndice I, pp. 187-197.

16 ESCARTÍN, Eduardo: «La unidad de doctrina y acción en la guerra moderna», *La guerra y su preparación*, nº 6, 1923, p. 12.

El general Gómez-Jordana, vocal del Directorio y autor de la ponencia sobre el desembarco, había sugerido la playa de Suani como zona operativa junto a las calas de Morro Nuevo; sin embargo en dicho estudio también advirtió que se trataba de una zona dominada por arbustos y matorral, además de caseríos que ubicados cerca de la playa, podrían dificultar el desembarco<sup>17</sup>. Y, en efecto, las misiones diarias de reconocimiento aéreo que se sucedieron durante el mes de agosto permitieron descubrir que las inmediaciones de Suani estaban perfectamente fortificadas y artilladas<sup>18</sup>. Esa circunstancia hizo que se desestimara la «opción Suani» y se optase por desembarcar en las playas de la Cebadilla, Ixdain y punta de los Frailes<sup>19</sup>. Sin duda un gran acierto de los mandos franco-españoles porque sorprendió a Abd el-Krim, cuyas defensas estaban centradas en el entorno de la bahía, entre cabo Quilates y Morro Nuevo. Además, las playas elegidas se hallaban en territorio de la cabila de Bocoya que, a pesar de formar parte de una entidad común desde 1923 —fecha en la que se creó la República del Rif— no pertenecían a Beni Urriaguel, núcleo y alma del Estado rifeño. Es posible que la capacidad de defensa de los bocoya no fuera la misma que la de los beniurriagueles o al menos no estaban tan convencidos de que luchaban por la libertad y por su tierra. El desembarco en las playas de Bocoya, al oeste de la bahía sorprendió a los defensores, que no tenían certezas sobre los puntos donde los atacantes iban a maniobrar, y solo pudieron oponerse al ataque en el último momento.

Gabriel Maura, muy crítico con el dictador, escribió en 1930 que «el desembarco se operó en día distinto, a hora distinta, en playa distinta y con despliegues distintos al que previera y ordenara el alto mando»<sup>20</sup>. Estaba en lo cierto el político conservador, pero olvidaba que Primo de Rivera era en ese momento general en jefe del ejército español en Marruecos y alto comisario, y, por tanto, a él le correspondía en última instancia tomar las decisiones. No tenía en cuenta o desconocía que en la guerra el diseño de la estrategia depende de muchos factores que pueden hacer que ésta cambie días e incluso horas antes de su ejecución. Por otro lado, Primo de Rivera contaba también con el asesoramiento de los militares del Estado Mayor del mariscal Pétain, hombres curtidos en la guerra y expertos en el planeamiento de operaciones durante la Primera Guerra Mundial.

El planeamiento de la operación estuvo bien concebido y organizado. Los principales responsables de la estrategia tuvieron presentes los errores en los que incurrieron los aliados en Gallípoli durante la Gran Guerra. También analizaron con detalle, como ejemplo de proyecto de gran desembarco, el que el almirante de la armada británica, Reginald Bacon elevó a las autoridades competentes en 1917 para desembarcar en la costa de Bélgica, entre Ostende y Zeebrugge, con objeto de expulsar de la zona a los alemanes<sup>21</sup>. Si analizamos ambos proyectos observamos similitudes; por ejemplo: la

17 Ver capítulo VIII.

18 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015, pp. 44-47. Véase MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: *Las campañas de Marruecos. 1909-1927*. Madrid, Almena, 2001, pp. 65-95.

19 AGA, África, M7, 81/9985, exp. 3. Ejecución de las operaciones.

20 MAURA GAMAZO, Gabriel: *Bosquejo histórico de la dictadura*. Madrid, Javier Morata, 1930, p. 132.

21 BACON, Reginald: *The Dover Patrol (1915-1917)*. Vols. 1 y 2, Londres, Hutchinson & Co. 1919. En febrero de 1925 el comandante de Artillería Pedro Jevenois publicó un artículo del proyecto del almirante Bacon: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, pp. 34-49.



creación de Estados Mayores mixtos, compuestos por profesionales de tierra, mar y aire y el establecimiento de un lenguaje común para que las tropas de las tres armas pudieran entenderse y refirieran sus partes, sus órdenes y comunicaciones a un mismo plano, lo que se denominó un «Plano Director Común». Este documento debía partir de un lenguaje cartográfico también común, y en este sentido el proyecto de Alhucemas naufragó porque lo que se utilizó fueron cartas de navegación a escala 1:200.000, que en realidad eran planos itinerarios, sin curvas de nivel, con pocos caminos representados y bastantes de los accidentes del terreno no adoptaban la misma nomenclatura dependiendo de las cartas. Dichos mapas con más de 70 años de antigüedad tan solo constituían una referencia para el navegante; el comandante de Artillería, Pedro Jevenois, que había analizado el estado de las cartas en Marruecos señalaba que «si se telegrafiera un barco que se bata tal punto de la carta de tierra, no lo encontraría generalmente en la del mar»<sup>22</sup>. Tampoco se contó con un buen servicio meteorológico porque en España dicha ciencia no existía prácticamente, y se trataba de un factor sustancial como señaló Bacon en su proyecto, ya que para que los tiros hagan el máximo de blancos, se requiere conocer la densidad del aire, la presión de la costa, la temperatura o el viento balístico. Otra circunstancia que Bacon tuvo en cuenta fue el estudio de las mareas, que en el caso de Alhucemas no se contempló. Una diferencia más fue la relativa a los medios de desembarco; mientras el almirante Bacon defendía el empleo de muelles flotantes previamente adaptados al declive de la playa, en Alhucemas no se contempló ni por un instante dicho procedimiento y optaron por las barcasas. Sistema que rechazaba el almirante británico por su vulnerabilidad, como había quedado demostrado en Gallípoli.

A pesar de las deficiencias citadas en el proyecto de Alhucemas, la más importante sin duda la ausencia de un lenguaje cartográfico unificado, encontramos artículos donde se defiende el desembarco de 1925 en Alhucemas como una genialidad estratégica. Si bien es cierto que todos ellos proceden de profesionales del ejército y la armada que carecen de un enfoque histórico de carácter científico<sup>23</sup>. Algo que si olvidan o simplemente desconocen respecto a la operación es el «factor suerte» que acompañó a las fuerzas de desembarco, pues si la corriente no hubiera empujado a las primeras barcasas a la playa de Ixdain en lugar de desembarcar en la playa de la Cebadilla como estaba planeado, los efectos de las minas hubieran causado grandes bajas entre los soldados españoles y el resultado hubiese sido otro. Y eso debemos atribuirlo a una falta de previsión estratégica, pues esas playas no habían sido reconocidas.

Los informes de reconocimiento aéreo sirvieron, igualmente para determinar el plan director de fuegos sobre el terreno. Se fijaron los objetivos que debían ser batidos y neutralizados por la po-

22 JEVENOIS LABERNADE, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 27.

23 VALLÉS SALES, Alfonso (capitán de corbeta): «Alhucemas, setenta y cinco años después. Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas», *Boletín de información...*, Op. Cit. BLANCO NÚÑEZ, José María (capitán de navío): «El desembarco de Alhucemas», *Cuaderno de Historia Militar 2. Operaciones conjunto-combinadas. XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar*, Turín, 2013, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 27-51; JIMÉNEZ MOYANO, Francisco José (teniente coronel de Infantería): «El desembarco de Alhucemas. Un hito de la historia militar», *Revista de Historia Militar* nº 101, 2007, pp. 193-194; GARCÍA ARGÜELLES, Amador (coronel de Artillería): «75 aniversario del desembarco de Alhucemas», *Ejército de tierra español. Revista de las armas y de los servicios*, nº 715, 2000, pp. 75-79. Biblioteca nacional de España (en adelante BNE), AFRGFC/148/4. TRONCOSO, José María: *Actuación de nuestra artillería en Marruecos. Desembarco de Alhucemas*, Colección García Figueras, 1925.

tencia de fuego de los cañones de los buques de guerra, por el bombardeo de la aviación y por los disparos de las baterías establecidas en el Peñón de Alhucemas. Mediante un sistema de división del terreno en rectángulos de dos por cuatro, cada uno de ellos de 250 m. se designaron los objetivos a todos los medios de acción de forma racional y organizada:

Suponía un único plano director de fuegos de la bahía de Alhucemas, cuadrulado, al que había de referirse cuantas peticiones de fuego se hiciesen, y del que se sacaron copias que se distribuyeron profusamente, contribuyendo a ello el Depósito de la Guerra, editándolos rapidísimamente<sup>24</sup>.

### A.1. Objetivos

Bajo el título «Instrucciones generales para la operación de desembarco en la bahía de Alhucemas» el alto mando plasmó las líneas de acción operativa y fijó los objetivos parciales y final. Este último era dominar gran parte de la costa de la bahía de Alhucemas comprendida entre Axdir y Morro Nuevo, pasando por Adrar-Seddum y Morro Viejo, o sea, establecer una fuerte zona de control en la bahía con base en Axdir. Según esas instrucciones la columna del general Saro, amigo personal de Primo de Rivera, embarcó en la madrugada del 5 de septiembre en Ceuta, y las harcas que formaban parte de esta (harca bajo el mando del marroquí Solimán y harca dirigida por Muñoz Grandes) lo harían en Río Martín, desde donde zarpó por la noche del mismo día para amanecer frente a la desembocadura del río Lau, en unión de las fuerzas navales del norte de África<sup>25</sup>. En este punto realizaron una finta o amago de desembarco con el objeto de atraer y castigar mediante fuego naval y aéreo al enemigo. Debemos advertir que las maniobras de engaño previstas en ambas zonas no resultaron eficaces en su propósito de distraer tropas del teatro de operaciones principal, pues los defensores de Alhucemas (toda la bahía) pertenecían casi exclusivamente a Beni Urriaguel, y tanto en Sidi Dris como en Río Martín quienes defendieron (con relativa poca intensidad) las posiciones ante un posible desembarco fueron nativos pertenecientes a las cabilas de la zona<sup>26</sup>. Al anochecer del día 6 de septiembre el convoy puso rumbo hacia Morro Nuevo en el límite este de la bahía. Mientras tanto, algunos buques permanecieron en el mismo punto con las luces encendidas y mediante un constante cañoneo pretendieron que los defensores pensaran que la flota aún continuaba frente al Lau. Simultáneamente la columna de Fernández Pérez procedente de Melilla y con el apoyo de la escuadra francesa simuló un desembarco frente a Sidi Dris, en la desembocadura del río Amekrán, en el territorio de la cabila de Tensamán. El día 7 se preveía llevar a cabo la operación. En primer lugar, y por sorpresa debía desembarcar la brigada del general Saro en la playa de Cebadilla y en Morro Nuevo, con la misión de alcanzar lo más rápido posible los altos de Malmusi, la Rocosa y Adrar-Seddum,

24 SANTIAGO GUERRERO, Mariano: *La columna Saro en la campaña de Alhucemas*. Barcelona, Tip. La Académica, Herederos de Serra y Russel, 1926, p. 157.

25 Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (en citas sucesivas AGMAB), 7634, partes de campaña del acorazado Alfonso XIII.

26 Los partes de operaciones de los buques de la escuadra de instrucción, principalmente los acorazados *Alfonso XIII* y *Jaime I*, reflejan la intensidad de los bombardeos de la artillería rifeña sobre los buques, entre los días 6 y 7 de septiembre, fecha en la que se realizaron las maniobras de distracción. AGMAB, 7634.



[illegible]

La distribución de los mandos se ordenó de la forma que sigue: el almirante de la escuadra de instrucción (vicealmirante Yolif) ejerció el de las fuerzas navales; el comandante general de Melilla (José Sanjurjo) asumió el mando de todas las fuerzas de tierra, reservándose el general en jefe (Primo de Rivera) el mando del conjunto y el de todo el territorio. Este embarcó en el *Jaime I* con el almirante de la escuadra de instrucción<sup>28</sup>. Se estableció igualmente que, el almirante Hallier (marino de la escuadra francesa) llevase consigo un oficial de Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla y otro de la escuadra de instrucción. A su vez, el vicealmirante de la escuadra de Instrucción estuvo acompañado por un oficial de la armada francesa y otro de Estado Mayor perteneciente al Cuartel General de Pétain. Con el general de las fuerzas navales de África (Guerra Goyena) fue un jefe del Estado Mayor del Cuartel General del general en jefe y un oficial del Estado Mayor de la misma procedencia<sup>29</sup>. A pesar del trabajo previo de los estrategas militares dos factores de planeamiento fallaron: la evaluación medioambiental (meteorología) y no realizar un estudio hidrográfico exhaustivo de las playas seleccionadas. Su resultado fue la desorganización del convoy de transporte, provocada por

29 AGA, África, caja M7-81/9985.

las corrientes y la niebla, lo cual supuso perder gran parte de la sorpresa y obligar a permanecer a la primera oleada de asalto cuarenta y cuatro horas en las barcasas K<sup>30</sup>.

## A.2. Instrucción de los soldados

Había un precedente cercano. En el mes de marzo de 1925 tropas del ejército colonial habían desembarcado en la playa de Alcázar Seguer. Hay quien apunta que el resultado de aquel desembarco pudo cambiar la opinión que el Gobierno francés tenía respecto a la eficacia del ejército español, pero los documentos demuestran que Pétain se decidió a prestar el apoyo francés tras reunirse en dos ocasiones (julio y agosto de 1925) con Primo de Rivera y analizar detenidamente los detalles<sup>31</sup>. Los objetivos en aquel momento fueron los mismos que se pretendían alcanzar en Alhucemas, sin embargo, el alcance de la operación era muy diferente<sup>32</sup>. En aquella ocasión las tropas desembarcaron en una bahía que no estaba artillada, aunque sí bien defendida por cabileños de Anyera. Las unidades del tercio y de regulares estuvieron apoyadas por la aviación y protegidas por el fuego de los cañones de los buques de guerra.

En aquella operación tomaron parte el general Saro y el coronel Franco entre otros, lo cual pudo servir para corregir los posibles errores y deficiencias que pudieron haberse cometido. Por esa razón los mandos militares dedicaron tiempo y energía en adiestrar a las unidades de desembarco en Alhucemas. Una deficiente instrucción unida a una la respuesta rifeña podría provocar una tragedia. Durante el mes de agosto se llevó a cabo una intensa labor de preparación de las tropas, adiestrándolas especialmente en las operaciones de embarco y desembarco. Se instruyó a los soldados en el transporte a brazo de cañones, ametralladoras, fusiles-ametralladoras, municiones, material de fortificación, víveres, etc.<sup>33</sup> En Melilla, por ejemplo, la columna Fernández Pérez embarcó el 31 de agosto en el vapor Navarra, desembarcando en la tarde del mismo día en la playa de Yazanen, donde se utilizaron las barcasas «K». La brigada Saro realizó similares ejercicios entre Ceuta y Río Martín, desembarcando en las playas del Menzi y Negrón<sup>34</sup>.

El trabajo de preparación previa fue igualmente intenso por parte de los marinos responsables de la escuadra de instrucción. El almirante Yolif, acompañado por su Estado Mayor configuró unas instrucciones generales a partir de las órdenes recibidas desde el Cuartel General de la Alta Comisa-

30 Seminario «Alhucemas, setenta y cinco años después», Asociación española de Africanistas y Colegio Mayor Nuestra Señora de África, Ciclo de conferencias celebradas en las instalaciones del Colegio Mayor Nuestra Señora de África (17 de octubre de 2000 y el 30 de enero de 2001). VALLÉS SALES, Alfonso: «Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas», *Op. Cit.*

31 Véase MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: Las campañas de Marruecos. 1909-1927. Madrid, Almena, 2001, pp. 65-95 y LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2013, p. 44.

32 Un análisis del desembarco en: TRONCOSO, José María (capitán de Estado Mayor): «Desembarco en Alcázar-Seguir», *Revista de Tropas Coloniales*, nº 4, abril de 1925, p. 25. JIMÉNEZ MOYANO, Francisco José: El desembarco de Alcázar Seguer», *Revista de Historia Militar*, nº 99, 2006, pp. 57-74.

33 Los detalles relativos al adiestramiento de las tropas en SANTIAGO GUERRERO, Mariano: *La columna Saro en la campaña de Alhucemas...*, *Op. Cit.*, pp. 36-37. El entonces coronel del tercio, Francisco Franco relata en un diario las vicisitudes del desembarco desde la fase previa de preparación hasta la toma de Axdir el 2 de octubre de 1925. El relato se publicó con periodicidad mensual entre septiembre y diciembre de 1925: «Alhucemas. Diario del coronel Franco» *Revista de Tropas Coloniales*, números 9, 10, 11 y 12.

34 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación) ...*, *Op. Cit.* p. 251.



ría. Dedicaron mucho tiempo y esfuerzo en coordinar las instrucciones previas al desembarco, que finalmente plasmaron en un documento que se distribuyó entre la oficialidad. A continuación, se detallan los aspectos sobre los que el vicealmirante Yolif hizo hincapié:

- De generalidad: aprovisionamiento de carbones, aguada, víveres, hielo para enfermerías y elaboración y estudio de la planimetría de la costa.
- Señales: durante toda la operación se utilizaron los códigos vigentes (internacional de señales y naval de señales «Perea») para los enlaces con tierra, con los aviones y entre buques. Órdenes para el empleo de la telegrafía sin hilos, heliógrafos, proyectores y comunicaciones a gran distancia.
- Situación: señalamiento en las cuadrículas de los emplazamientos de baterías y nidos de ametralladoras, conocidos y probables del enemigo.
- Tiro: organización de los puntos a batir desde los buques; clase de proyectiles que debían emplearse en cada caso (alto explosivo contra baterías, metralla contra grupos; formación de cortinas de fuego).
- Telegrafía sin hilos: ondas que emplear entre buques, aviones y mandos de tierra.
- Adiciones: se elaboró un código de palabras reservadas para sustituir los nombres convencionales de las calas, playas y posiciones principales.
- Servicio de radio: establecimiento de las longitudes de onda y comunicaciones con las estaciones de telegrafía sin hilos de Marruecos y la Península.
- Comunicaciones con la escuadra francesa: se acordó llevarlas a cabo por medio de banderas Scott, telegrafía sin hilos, y código de luces.
- Formación de los buques: de bombardeo, convoy, enlaces de buques y de éstos con tierra, nieblas, auxilios, concentraciones, etc.<sup>35</sup>

A finales del mes de agosto finalizaron los ejercicios conjuntos. El capitán Juan Urzaiz Durán, perteneciente al regimiento *Asturias* 31 y comisionado en la unidad de carros de asalto anotó en su diario que la preparación se prolongó a lo largo de tres meses:

Cuando llegué al campamento a las 12:30 me lo encontré animadísimo, pues estaba el General Saro con todo su Estado Mayor presenciando las últimas prácticas de embarque que se estaban efectuando en tres «k» que acababan de llegar de Ceuta»<sup>36</sup>.

35 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación) ...*, Op. Cit. p. 281-284.

36 MIGUEL FRANCISCO, Luis: *1925. Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*. Valladolid, Galland Books, 2008, p. 9.

**B. ORGANIZACIÓN Y COMPOSICIÓN DE LAS COLUMNAS DE DESEMBARCO<sup>37</sup>**

Las fuerzas de desembarco (también llamada división de desembarco) se constituyeron en dos brigadas: una bajo el mando del general Leopoldo Saro Marín, con base en Ceuta, y otra dirigida por el general Emilio Fernández Pérez, con base en Melilla. Ambas brigadas estaban divididas en columnas; la de Melilla concretamente en dos: una columna bajo el mando del coronel de Estado Mayor Manuel Goded Llopis<sup>38</sup>, jefe de Intervenciones y fuerzas jalifianas de Melilla y otra a cargo del coronel de Infantería Vera. La brigada de Ceuta se dividió en tres columnas: Franco, Martín González y Campins.

En conjunto la división de desembarco estuvo compuesta por 18.441 soldados; de los cuales un amplio porcentaje correspondió a unidades de tropas coloniales: regulares, harcas, mehal-las y legión. Las tropas metropolitanas constituyeron un tercio de la fuerza de desembarco. Además, el ejército colonial español contó, como hemos señalado, con una compañía de carros de asalto, que no pudo desembarcar en la primera oleada como estaba previsto, ya que las barcazas K quedaron varadas lejos de la playa. Su papel, en general, fue discreto, principalmente porque la orografía no permitió que se utilizasen en el apoyo a las unidades de Infantería.

BRIGADA DE CEUTA DIRIGIDA POR EL GENERAL LEOPOLDO SARO		
Columna Franco	Columna Martín González	Columna Campins
Unidad de carros de asalto, en concreto once aparatos <i>Renault Faible Tonnage</i> modelo 17 (ft-17) <sup>39</sup>	Dos tabores del grupo de regulares de Tetuán	Un tabor de regulares de Tetuán
Harca Muñoz Grandes	Batallón de cazadores de África nº 5	Batallón del regimiento de África nº 8
Tabor mehal-la de Tetuán	Batallón del regimiento de África nº 4	
Batallones 1, 2, 3 y 6 del regimiento de infantería África		
Dos banderas del tercio		
Harca de Solimán el Jatabi		
Harca de Asmani «El Gato»		
Artillería, Ingenieros, Transmisiones, Intendencia y Sanidad		
Total efectivos columna Franco: 4.500		
Total efectivos columna Martín González: 2.800		
Total efectivos columna Campins: 2.000		
Total brigada de Ceuta: 9.300 efectivos		

CUADRO Nº 7. Brigada de desembarco de Ceuta. Elaboración propia.

37 Apuntes, detalles y croquis en: AGMM, África. Desembarco de Alhucemas, 1925, leg. 65, carp. 2.

38 Biblioteca de la Escuela de la Guerra. Teniente del Cuerpo de Estado Mayor por la R. O. 44/1905.

39 El desembarco de Alhucemas en 1925 fue la primera ocasión en la historia militar en la que participaron carros de asalto. Contamos con el diario Juan Urzaiz Durán, donde relata las vicisitudes de la unidad en la operación y días posteriores. El diario se



BRIGADA DE MELILLA DIRIGIDA POR EL GENERAL EMILIO FERNÁNDEZ PÉREZ	
Columna Manuel Goded Llopis	Columna Vera
Harca Varela <sup>40</sup>	Dos tabores del grupo de regulares de Melilla
Mehal-la de Melilla nº 2	Un batallón de Infantería de Marina
Tabor del Grupo de regulares de Melilla	Batallón del regimiento de Infantería de África nº 7
Dos banderas del tercio	Para quince días
Batallón de cazadores de África nº 16	Quince días para 1.500 cabezas de ganado
Batallón del regimiento del infante de Melilla	Cartuchos máuser: 4.000.000
Artillería, Parque móvil, Transmisiones Intendencia y Sanidad	
Total efectivos Columna Goded: 6.141	
Total efectivos Columna Vera: 3.000	
<b>Total brigada de Melilla: 9.141 soldados</b>	

CUADRO Nº 8. Brigada de desembarco de Melilla. Elaboración propia.

### B.1. Las fuerzas navales

El conjunto de buques de guerra dispuestos para la operación se distribuyó en tres escuadras, cada una de ellas con una misión. La primera escuadra, formada por los buques franceses, debía convoyar y proteger la flota de transporte de la brigada de Melilla. Esa escuadra estuvo bajo el mando del almirante Hallier. La segunda la componían los buques de guerra de las fuerzas navales españolas del norte de África, cuyo mando estaba asignado al contraalmirante Guerra Goyena y su cometido era convoyar la flota que transportaba a la brigada de Ceuta<sup>41</sup>. Por último, la escuadra de instrucción de las fuerzas navales españolas quedó en reserva a disposición del alto mando. Al frente se dispuso a Francisco Yolif Morgado, vicealmirante de la armada y comandante en jefe de la escuadra de operaciones en las aguas de Marruecos<sup>42</sup>.

A continuación, se muestran tres cuadros con los buques de guerra que participaron en la operación, correspondientes a cada una de las tres escuadras.

recoge en la obra: MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*. Valladolid, Galland Books, 2008.

40 Una biografía breve sobre el general Varela en <http://dbe.rah.es/biografias/4954/jose-enrique-varela-iglesias>. En línea, 13 de febrero de 201]. La autoría corresponde a Fernando Puell de la Villa.

41 (AGMAB). Cuerpo General, leg. 620/527.

42 Ibid., leg. 620/1295.

ESCUADRA FRANCESA (ALMIRANTE HALLIER) <sup>43</sup>	
Acorazado	<i>París</i>
Cruceros	<i>Metz y Strasburg</i>
Destruyores	<i>Touareg, Bambara, Annamite</i>
Cañoneros	<i>Diligent y Tapageuse</i>
Portaglobos	<i>Ibomar</i>
<b>TOTAL: 9 buques de guerra</b>	

CUADRO Nº 9. Detalle de la escuadra francesa en el desembarco de Alhucemas. Elaboración propia.

FUERZAS NAVALES ESPAÑOLAS DEL NORTE DE ÁFRICA (CONTRAALMIRANTE GUERRA GOYENA)	
Cruceros	<i>Victoria Eugenia y Extremadura</i>
Cañoneros	<i>Canalejas, Cánovas, Dato, Recalde, Bonifaz y Laya</i>
Guardacostas tipo Uad	<i>Muluya, Ras, Lucus, Larache, Alcázar, Tetuán, Targa, Martín, Xauen, Arcila y Kert</i>
Guardapescas	<i>Garcíolo, Jarama, Zaragoza, Gante, Macías, Castillo y Hernández</i>
Remolcadores	<i>Cíclope, Ferrolano, Gaditano y Cartageno</i>
Barcos aljibes	<i>África (300 toneladas) y Número 2 (de 100 toneladas)</i>
Barcazas tipo K	26 barcazas numeradas del 1 al 26
Torpederos	6
<b>TOTAL: 65 barcos</b>	

CUADRO Nº 10. Detalle de las fuerzas navales españolas del norte de África. Elaboración propia.

ESCUADRA DE INSTRUCCIÓN DE LAS FUERZAS NAVALES ESPAÑOLAS (VICEALMIRANTE YOLIF)	
Acorazados	<i>Alfonso XIII y Jaime I</i>
Cruceros	<i>Méndez Núñez y Blas de Lezo</i>
Destruyores	<i>Alsedo, Velasco y Lazaga</i>
Portahidroaviones	<i>Dédalo</i> . Perteneciente a la aeronáutica naval con doce aparatos: seis hidroaviones <i>supermarine</i> de bombardeo ligero y seis hidroaviones de reconocimiento <sup>44</sup>
<b>TOTAL: 9 barcos de guerra</b>	

CUADRO Nº 11. Detalle de la Escuadra de Instrucción de las fuerzas navales españolas. Elaboración propia.

La escuadra combinada hispano-francesa invirtió en la operación 83 naves de guerra, incluido un porta-hidroaviones con capacidad para transportar doce aeronaves; sin duda un enorme despliegue si tenemos en cuenta la reducida capacidad de respuesta de los rifeños.

43 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3.

44 ANDRÉS VÁZQUEZ, Ernesto: «Hace ya 25 años. El desembarco de Alhucemas», *Ejército*, nº 130, Op. Cit. p. 9.



## B.2. Los barcos de transporte

La flota de transporte de tropas y pertrechos se dividió en seis flotillas, tres para cada una de las dos brigadas. La mayor parte de los barcos pertenecían a la Compañía Transmediterránea, que fue requerida por el Gobierno para llevar a cabo el desembarco. Ambas brigadas se distribuyeron en veinticinco vapores. A continuación, se muestra un detalle de los barcos de transporte por brigada.

FLOTA DE TRANSPORTE DE LA BRIGADA DE MELILLA	
Flotilla nº 1. Capacidad de transporte: 3200 efectivos	<i>Lázaro</i> (1.000 hombres), <i>Aragón</i> (800 hombres), <i>Navarra</i> (800 hombres) y <i>Sagunto</i> (600 hombres)
Flotilla nº 2. Capacidad de transporte: 3300 efectivos	<i>Alhambra</i> (1.100 hombres), <i>Menorca</i> (800 hombres), <i>Jorge Juan</i> (800 hombres) y <i>Florinda</i> (600 hombres)
Flotilla nº 3. Capacidad de transporte: 1900 efectivos	<i>Romeu</i> (1.500 hombres), <i>Roger de Flor</i> (400 hombres), <i>Villarreal</i> (barco hospital para 300 heridos), <i>Cullera</i> (transporte de reservas) y un barco aljibe de 100 toneladas <sup>45</sup>
<b>TOTAL:</b> La flota asignada a las dos columnas que partieron de Melilla tenía capacidad para transportar a <b>8.400 soldados</b>	

CUADRO Nº 12. Detalle de la flota de transporte de la Brigada de Melilla. Elaboración propia.

FLOTA DE TRANSPORTE DE LA BRIGADA DE CEUTA	
Flotilla nº 4. Capacidad de transporte: 2500 efectivos	<i>Castilla</i> (100 hombres), <i>Cabañal</i> (1.000 hombres), <i>A. Cola</i> (800 hombres) y <i>Hespérides</i> (600 hombres)
Flotilla nº 5. Capacidad de transporte: 3000 efectivos	<i>Segarra</i> (1.000 hombres), <i>Vicente de la Roda</i> (700 hombres), <i>Vicente Ferrer</i> (700 hombres) y <i>Menorquín</i> (600 hombres)
Flotilla nº 6. Capacidad de transporte: 1000 efectivos	<i>Escolano</i> (1.000 hombres), <i>Amorós</i> (400 cabezas de ganado), <i>Barceló</i> (barco-hospital para 300 heridos), <i>Jaime II</i> (transporte de reservas) y un barco aljibe de 300 toneladas <sup>46</sup>
<b>TOTAL:</b> La flota asignada a las tres columnas que partieron de Ceuta tenía capacidad para transportar a <b>6.500 soldados</b>	

CUADRO Nº 13. Detalle de la flota de transporte de la Brigada de Ceuta. Elaboración propia.

Si sumamos a los 83 barcos y barcasas de guerra los 25 barcos de transporte, el número total asciende a 108 buques.

45 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha* (1913). *El desastre y la reconquista* (1921-1924), *el desembarco de Alhucemas* (1925), *campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*. Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones, 1928. p. 258. Una descripción de la Marina en el desembarco de Alhucemas puede verse en: MESA GUTIÉRREZ, José Luis de y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco...*, *Op. Cit.* pp. 47-53.

46 Los detalles y la actuación de la marina mercante pueden verse en: «Actuación de la marina mercante en la ocupación de Alhucemas», *Revista de Tropas Coloniales*, noviembre de 1925.

### C. LOS MEDIOS DE ACCIÓN: 1. LA ESCUADRA

El conjunto de buques de la armada española que participó en la operación conformaba una moderna escuadra fruto de la ley Maura-Ferrándiz de 1908 que apostó por la regeneración de la armada. Supuso algo más que un plan de escuadra «fue una catarsis total de la marina de guerra»<sup>47</sup>. Los barcos que habían podido salvarse del desastre del 98 eran pocos y estaban anticuados; de hecho, el conjunto de fuerzas navales españolas estaba en 1907 en condiciones mucho peores a las de 1859<sup>48</sup>. Los primeros buques que con sujeción a ley proyectada por Ferrándiz se entregaron a la marina de guerra por la Sociedad Española de Construcciones Navales fueron los cuatro cañoneros tipo *Recalde*, de 80 toneladas de desplazamiento, 14 millas horarias de velocidad, cuatro cañones de tiro rápido de 76 milímetros y dos ametralladoras<sup>49</sup>. En 1914 la lista de los buques acusó un sensible aumento; se entregaban entonces el acorazado *Alfonso XIII*, los destructores *Bustamante* y *Villaamil*, además de once torpederos<sup>50</sup>. Los acorazados desplazaban 15.000 toneladas y se construyeron en El Ferrol. Los destructores tipo *Bustamante* se fabricaron en Cartagena. Los torpederos, también construidos en Cartagena, se fueron adjudicando a la marina desde el año 1913; así, por ejemplo, en ese año se entregaron los números 6 al 10; en 1914, los números 11, 12 y 13; en 1915, el 14 y en 1916, los 15, 16 y 17. En 1925 la marina nacional, al amparo de las leyes promulgadas desde 1908, había alcanzado un satisfactorio desarrollo. En efecto, la flota había sido reforzada con el crucero *Méndez Núñez*, cuya construcción se inició en 1915 y entregado en septiembre de 1924. Su gemelo, *Blas de Lezo* se entregó a la marina en mayo de 1925. Ambos salieron de los astilleros de El Ferrol.

Los destructores *Alsedo*, *Velasco* y *Juan Lazaga* se cedieron a la marina en septiembre de 1924, enero y agosto de 1925 respectivamente. Los tres se construyeron en los astilleros de Cartagena. Los cañoneros *Cánovas del Castillo*, *Canalejas* y *Dato*, también construidos en Cartagena se entregaron entre diciembre de 1923 y mayo de 1925<sup>51</sup>. Además, se adquirieron ocho pequeños guardapescas para la vigilancia de las aguas del litoral, bautizados todos ellos con nombres de subalternos de marina: *Condestable Zaragoza*, *Contramaestre Castelló*, *Maquinista Macías*, *Torpedista Hernández*, *Fogonero Bañobre*, *Marinero Gante*, *Marinero Jarana*, y *Cabo de Infantería de Marina Garciolo*. Por último, para las operaciones de desembarco se compraron a los ingleses en Gibraltar 26 barcas tipo «K», las mismas que había utilizado el ejército aliado en el desembarco de los Dardanelos; y por Real

47 BLANCO NÚÑEZ, José María (capitán de navío): «El desembarco de Alhucemas». *Cuaderno de Historia Militar 2. Operaciones conjunto-combinadas...*, Op. Cit. p. 27. Un estudio detallado del plan de Escuadra Maura-Ferrándiz en VEGA BLASCO, Antonio de la: «El plan de Escuadra Maura Ferrándiz», *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, nº 57, 2009, pp. 19-37. David Rubio Márquez relaciona en su tesis doctoral el colonialismo español en Marruecos y el resurgir de la marina bélica. Su trabajo lleva por título *Regeneracionismo en la Armada: la política naval española y los proyectos de creación de una nueva Escuadra (1899-1909)*. Tesis Doctoral, UNED, 2014. Un interesante trabajo sobre la armada durante la época de la Restauración es el de RODRÍGUEZ GONZÁLEZ Agustín Ramón: *Política Naval de la Restauración, 1875-98*. Madrid, San Martín, 1988.

48 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*. Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones, 1928..., Op. Cit. p. 80.

49 La Sociedad Española de Construcción Naval, también conocida como «La Naval» monopolizó la construcción naval en España desde 1909 hasta el estallido de la guerra civil española en 1936.

50 QUINTANA MARTÍNEZ, Eduardo: *La marina de guerra en África...*, Op. Cit. p. 82.

51 Ibid., p. 237.

Orden del 2 de abril de 1925, se autorizó la compra de dos aljibes con destino a las fuerzas navales del norte de África<sup>52</sup>. Como se desprende de los datos aportados, entre 1921 (desastre de Annual) y 1925 (desembarco de Alhucemas) la armada incrementó sus unidades de buques de guerra, los cuales aportaron una gran potencia de fuego, que destruyó las defensas rifeñas.

Las características técnicas de los buques franceses que participaron en la operación eran similares a la de los buques españoles.

#### D. LOS MEDIOS DE ACCIÓN: 2. LA AVIACIÓN MILITAR Y LA AERONÁUTICA NAVAL

Las fuerzas aéreas y las instalaciones de aviación en el Protectorado español se describen en un documento que elaboró el Estado Mayor del ejército español en África y se envió al general Francisco Gómez Jordana, vocal del Directorio y responsable de la Oficina de Marruecos; órgano creado por Primo de Rivera para centralizar todo lo relativo al Protectorado. El informe diferenciaba tres zonas distintas: Melilla, Tetúan y Larache<sup>53</sup>. A continuación, se detallan los aparatos con los que contaba la aviación española en cada uno de los tres sectores:

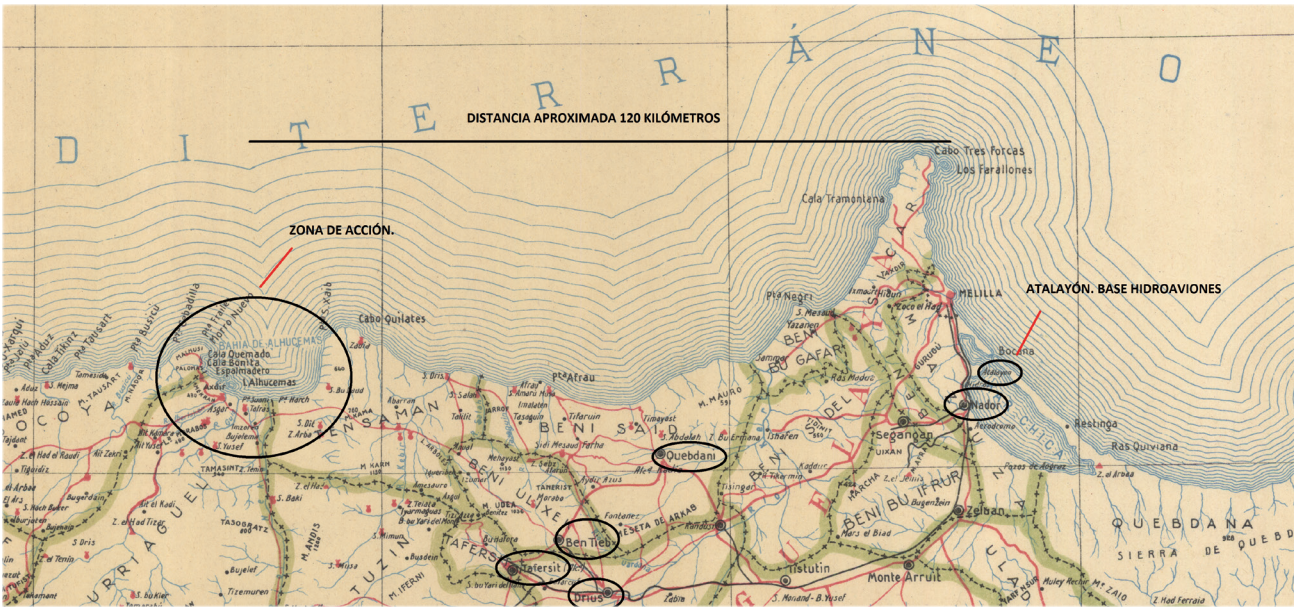
ESCUADRILLAS DEL SECTOR DE MELILLA	
Dos escuadrillas de aviones Bristol	10 aparatos cada una. En total: 20
Una escuadrilla D.H.4.	10 aparatos
Dos escuadrillas de aviones Breguet 19	10 aparatos
Una escuadrilla Henry Potez	8 aparatos
Una escuadrilla D.H.9.	6 aparatos
Una sección de caza Nieuport	3 aparatos
<b>TOTAL</b>	<b>69 aparatos</b>
AERÓDROMOS DEL SECTOR	
Nador	
Campos auxiliares de aterrizaje próximos a los campamentos de: <i>Dar Drius, Dar Quebdani, Tafersit y Ben Tieb.</i>	
AERONÁUTICA MILITAR (HIDROAVIONES) DEL SECTOR DE MELILLA CON BASE EN EL ATALAYÓN	
Dos escuadrillas de hidroaviones <i>Dornier Wal</i>	4 aparatos cada una. Total: 8 aparatos
Una escuadrilla de Savoia	4 aparatos
<b>TOTAL</b>	<b>12 hidroaviones</b>

CUADRO Nº 14. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Melilla, así como la base de hidroaviones del Atalayón. Elaboración propia.

52 Ibid., p. 238.

53 AGA, África, caja M10-81/9988.

Para la operación se habilitaron varias pistas de aterrizaje, próximas al teatro de operaciones, con objeto de mejorar el servicio de repostaje y solucionar los problemas mecánicos que con bastante frecuencia sufrían los aparatos.



MAPA Nº 19. Localización del aeródromo de Nador y las pistas de aterrizaje habilitadas para la operación de desembarco en el entorno de la bahía de Alhucemas. Elaboración propia.

En el sector de Tetuán estaban habilitados dos aeródromos; uno en Tetuán y el segundo en Sania Ramel. Ambos compartían cuatro escuadrillas. También se habilitó una pista de aterrizaje en Lau-cien<sup>54</sup>. El servicio que prestaron las pistas de este sector fue más importante en la ofensiva que el ejército colonial llevó a cabo en la primavera de 1926, y no tanto durante la operación de desembarco en el otoño de 1925.

ESCUADRILLAS DEL SECTOR DE TETUÁN	
Dos escuadrillas de aparatos Breguet 14-A2	10 aviones cada una. Total: 20 aparatos
Dos escuadrillas de aviones Fokker	8 aviones cada una. Total: 16 aparatos
<b>TOTAL</b>	<b>36 aparatos</b>

CUADRO Nº 15. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Tetuán. Elaboración propia.

La tercera y última zona donde el ejército español contaba con aeródromo se hallaba en Larache, concretamente en Arcila.

54 Ibid.

ESCUADRILLAS DEL SECTOR DE LARACHE <sup>55</sup>	
Dos escuadrillas de aparatos Breguet 14-A2	10 aviones cada una. Total: 20 aparatos
<b>TOTAL</b>	<b>20 aparatos</b>

CUADRO Nº 16. Detalle de los aparatos que formaban parte de las escuadrillas de la zona de Larache. Elaboración propia.

El informe refleja la existencia de 141 aviones. Tanto en los aeródromos como en los diferentes parques de artillería la aviación militar disponía, en vísperas de ejecutar la operación de 40.000 bombas de trilita de 11 kg; además de otras 1.500 bombas, de las cuales la mitad eran tóxicas, compuestas de iperita, y la otra mitad incendiarias<sup>56</sup>. La utilización de gases tóxicos en la guerra del Rif se convirtió en la primera contienda militar en la que la aviación lanzó bombas cargadas con gases tóxicos<sup>57</sup>.

Durante la operación de desembarco y posterior apoyo a las tropas hasta lograr el objetivo de conquistar Axdir, los Estados Mayores de ambos ejércitos acordaron realizar una colaboración conjunta de las aeronaves de la aviación militar y la aeronáutica naval españolas junto con los aparatos de la Aeronavale francesa. Desde el 8 de septiembre hasta el 2 de octubre (fecha en la que se conquistó Axdir) ambos ejércitos mantuvieron en el aire un gran número de aparatos, que de forma ininterrumpida durante las horas de luz, bombardeando tanto posiciones militares estratégicas, refugios, cañoneras o nidos de ametralladora, como poblados alejados del frente con el objeto de atemorizar a los cabiñleños<sup>58</sup>. La misión se tornaba compleja desde el punto de vista logístico ya que suponía mantener aparatos diferentes con motores distintos correspondientes a la aviación militar, los hidroaviones de la aeronáutica naval, además de los Farman F60 del ejército francés<sup>59</sup>. Carlos Lázaro, experto en los orígenes de la aviación española sostiene que el papel de los pilotos durante la batalla, que se inició con el desembarco y finalizó con la toma de Axdir, fue ejemplar<sup>60</sup>. Veinticuatro días en los que se perdieron dieciséis aeronaves, de las cuales la mitad fueron derribadas. Hasta la toma de Axdir, el 2 de octubre de 1925, los aparatos sumaron más de 1.289 horas de vuelo y se lanzaron 10.559 bombas que supusieron casi 183.000 kg<sup>61</sup>.

55 AGA, África, caja M10-81/9988.

56 Ibid.

57 Un estudio sobre la utilización de bombas cargadas con gases tóxicos en Marruecos en MADARIAGA, María Rosa de y LÁZARO ÁVILA, Carlos: «Guerra química en el Rif (1921-1927)». *Historia 16*, nº 324, 2003, pp. 50-85.

58 AGA, África, caja M10-81/9988.

59 La participación de la aviación militar y la aeronáutica naval española durante la operación de desembarco y acciones posteriores en LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2013, pp. 44-47.

60 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La forja de la aeronáutica militar: Marruecos» en MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: *Las campañas de Marruecos. 1909-1927*. Madrid, Almena, 2001, pp. 164-193.

61 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2013, p. 47



### E. EL EMBARQUE DE TROPAS Y PERTRECHOS

Una semana después de la reunión que mantuvieron los altos mandos se inició la tarea de embarque de pertrechos y tropas en los buques mercantes y en las barcasas «K»<sup>62</sup>. Estas embarcaciones estaban dotadas de un ligero blindaje y desplazaban 300 toneladas a plena carga. Tenían cubierta y bodega, y disponían de una rampa a proa. Estaban dotadas de un motor que les permitía alcanzar una velocidad de siete nudos (1,852 km/h). Sin embargo, su autonomía era reducida y obligaba a que las embarcaciones fueran remolcarlas hasta encontrarse a 1.000 metros del objetivo donde debían varar; y desde allí maniobrar hasta la playa impulsadas por sus propios motores<sup>63</sup>. Todo el material de fortificación, municiones y víveres se distribuyó en diferentes barcasas, evitando así concentrar las cargas con el fin de evitar perder grandes cantidades si una de ellas era interceptada por la artillería rifeña<sup>64</sup>. El Las tareas de embarque se prolongaron hasta el 5 de septiembre<sup>65</sup>.

El día 4 de septiembre, tal y como se había acordado en Algeciras, fondeaba en el puerto de Melilla la flota de guerra francesa<sup>66</sup>. Mientras, en Ceuta, el general Leopoldo Saro dio la orden de partir al convoy cuando anocheceía el día 5 de septiembre en dirección a la desembocadura del río Lau, convoyadas por la división de las fuerzas navales del norte de África bajo el mando del contraalmirante Guerra<sup>67</sup>. El teniente de la unidad de carros de asalto, Juan Urzaiz señaló en su diario que había una gran expectación en el muelle de Ceuta despidiendo al conglomerado de barcos mercantes y buques de guerra, «tremolando banderas de España y pañuelos al viento, mientras, desde las cubiertas los soldados sacudían sus gorras en alto mientras lanzaban vivas a España; un espectáculo inenarrable»<sup>68</sup>. A pesar de la poca acogida que tuvo la guerra de Marruecos entre los españoles, resulta creíble la escena que narra el militar, pues Ceuta como Melilla, eran entonces ciudades muy vinculadas con el ejército y los militares. Posiblemente, además de los curiosos, familiares y otras autoridades españolas se congregasen para despedir a la expedición rumbo a Alhucemas.

Dichas manifestaciones de júbilo contrastaban con la preocupación de Primo de Rivera tras conocer que Abd el-Krim había intensificado las defensas entre Sidi Dris en territorio de Tensamán y Axdir, capital del Estado del Rif. Los vuelos de reconocimiento habían permitido descubrir que los defensores disponían en Morro Nuevo de cuatro piezas Saint Chamond de 7.5 cm. El general en jefe del ejército español informaba a Magaz, presidente interino de España, sobre estas novedades:

62 R. D. 29 de marzo de 1925. Concesión de un crédito extraordinario de 907.200 pesetas para adquirir barcasas tipo K. BOE, Gaceta de Madrid, 29 de marzo de 1925.

63 ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA: Rafael: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli» en *Operaciones anfibias. De Gallípoli a las Malvinas*. Monografías del Ceseden, nº 47. VI Jornadas de Historia Militar, p. 56.

64 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas...*, Op. Cit. p. 10.

65 AGA, África, caja M7-81/9985. Cuartel General del general en jefe. Sección: Operaciones.

66 Ibid., exp. núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama del general Sanjurjo a Primo de Rivera.

67 Ibid.

68 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas...*, Op. Cit. p. 12.





Creo que esta situación irá empeorando hasta que tengamos un éxito en otra parte, pues la necesidad de ponernos de acuerdo con Francia, y unas y otras cosas nos han retrasado un par de semanas que el enemigo ha aprovechado en acumular cañones y granadas, cuya sola exhibición ha bastado para levantar los ánimos; pero, en fin, a todo se proveerá y de pensarlo serenamente veo mucho menos peligro en mantener el plan que en retrasarlo o modificarlo, pues esto elevaría la moral enemiga enormemente y lo otro puede abatirla. La suerte parece echada, pues el tiempo está bueno, aunque las mañanas brumosas<sup>69</sup>.

Sin embargo, el plan continuaba como según lo previsto. El vicealmirante Yolif al frente de la escuadra de instrucción partía desde el puerto de Algeciras para reunirse con el convoy de Ceuta a la altura de Río Martín. Allí esperaba el general en jefe acompañado de su Estado Mayor para subir a bordo del acorazado *Alfonso XIII*, buque insignia de la escuadra española<sup>70</sup>. El convoy puso rumbo a la desembocadura del río Lau, donde se realizó la primera finta de diversión, y simularon un desembarco en dicha costa, pero no distrajo defensores de la zona de Alhucemas.

Mientras tanto, el convoy de la brigada de Melilla partía el día 6 de septiembre escoltado por la escuadra francesa. La expedición se paró a última hora de la tarde en la playa de Sidi Dris, justo en la desembocadura del río Amekrán, el mismo que había vadeado la columna que tomó la posición de Abarrán el 1 de junio de 1921 y que supuso el primer revés del general Silvestre que posteriormente dio paso al desastre de Annual. Allí realizaron, como estaba planeado, una demostración simulando un desembarco para desorientar a los defensores, que al igual que en la zona occidental tampoco dio resultado, pues los Beni urriaguel, así como los Bocoya permanecieron en el territorio de sus respectivas cabilas<sup>71</sup>.

El día 7 de septiembre —fecha en la que en principio se preveía desembarcar— llegó a las 9:00 h el acorazado *Alfonso XIII* a la playa de la Cebadilla, situada a poniente de la península de Morro Nuevo. Sin embargo, el convoy de la columna Saro y la división naval de África del contralmirante Guerra no llegaron hasta las 11:00 h. debido a las corrientes y a la intensa niebla que se levantó durante la noche y que se prolongó hasta la madrugada<sup>72</sup>. No haber tenido en cuenta la importancia de un servicio meteorológico supuso abortar la maniobra. Reagrupar la flota llevaría más de una hora y el alto mando decidió suspender la operación. Además, sin el concurso de todos los buques la potencia de fuego disminuía y la protección de las tropas durante la maniobra de desembarco quedaba igualmente mermada<sup>73</sup>. Inmediatamente después, Primo de Rivera ordenó alejarse de la zona prevista para el desembarco y adentrarse en el interior de la bahía de Alhucemas, donde los buques de guerra simulon un desembarco frente a la playa de Suani, entre las desembocaduras de los ríos Guis y Nekor.

69 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo de Rivera a Magaz.

70 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Diario de las operaciones realizadas con motivo del desembarco en la bahía de Alhucemas. Todos los detalles también se encuentran en los partes de operaciones de los buques de la escuadra de instrucción, principalmente los acorazados *Alfonso XIII* y *Jaime I*. AGMAB, 7634

71 Ibid., p. 2.

72 AGMAB, 7634, parte de campaña del acorazado *Alfonso XIII*.

73 AGMAB, 7634. Parte de Campaña del Acorazado *Alfonso XIII*. El inicio de la reunión en el buque insignia se inició a las 6:00 h.

Se trataba de un contratiempo inesperado que variaba el plan inicial. Primo convocó entonces a los principales generales y almirantes a bordo del *Alfonso XIII* con objeto de analizar la nueva situación. En torno a la mesa de reuniones se sentaron, además del general en jefe los generales Sanjurjo y Saro y los marinos Yolif, Guerra y Hallier<sup>74</sup>. La decisión, compartida por todos, fue retrasar la maniobra veinticuatro horas. Durante toda la tarde del día 7 de septiembre la artillería de Abd el-Krim rompió fuego sobre los buques de guerra apostados en el entorno de la bahía, los cuales respondieron tratando de contrarrestar el fuego de las baterías rifeñas. A última hora de la tarde se inició la maniobra de retirada convenida en la reunión de jefes horas antes. De nuevo los buques de guerra pusieron rumbo al entorno de la Cebadilla, a cuya altura se había acordado concentrarse antes del amanecer<sup>75</sup>.

#### F. LA EJECUCIÓN DEL DESEMBARCO

El 8 de septiembre al amanecer, el convoy se encontraba muy disperso del mismo modo que el día anterior; sin embargo, tras la orden de forzar la marcha, todos los barcos de la brigada Saro lograron concentrarse en el punto acordado en torno a las 10:00 h<sup>76</sup>. La mañana se presentaba climatológicamente con «viento flojo del NE., marejadilla del mismo, cielo cubierto, cariz de Levante»<sup>77</sup>. La idea inicial era desembarcar de noche para que los defensores no pudieran hacer fuego certero sobre las barcas. Un factor, el de la oscuridad, que tampoco podía beneficiar a los asaltantes porque hubiera impedido localizar posiciones seguras en la playa donde establecerse. Podemos afirmar con toda certeza que si el desembarco, como estaba establecido, se hubiera llevado a cabo en la Cebadilla la operación hubiera fracasado, ya que al estar minada la playa el descalabro hubiese sido mayúsculo. Por fortuna para los atacantes, la niebla y las corrientes marinas hicieron que el plan no se ejecutase durante la noche.

El alto mando dio la orden de iniciar el traslado desde los buques a las barcas. Estas, que habían sido remolcadas, se dispusieron en dos líneas al lado de los barcos mercantes; cada línea transportaría a las unidades de las dos columnas de la brigada de Ceuta: la primera, dirigida por el coronel Francisco Franco estaba constituida por el tercio, harcas, mehal-las, un batallón del regimiento África y varios carros de asalto; la segunda, bajo el mando del coronel Campins, la componían el grupo de regulares de Tetuán, dos batallones del regimiento África, dos baterías y zapadores. Transbordadas las tropas a las «k» y antes de remolcarlas hasta una distancia aproximada de 1.000 metros de la playa, Primo de Rivera, a bordo del torpedero nº 12 pasó revista a las tropas acompañado de los generales Sanjurjo y

---

74 Ibid.

75 Ibid., p. 3

76 Ibid., p. 4.

77 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama oficial del comandante de la Marina al general encargado de Despacho del cuartel general del alto mando.

Saro<sup>78</sup>. A las 11:00 horas se dio la orden para que las barcasas se lanzasen sobre la playa impulsadas ya por sus propios motores, «bajo un ruido ensordecedor»<sup>79</sup>. Se iniciaba así el movimiento buque-costa. Mientras tanto, los buques de la escuadra de instrucción y la división naval de África comenzaron a batir la costa intentando anular las defensas rifeñas mediante nutrido fuego naval. Paralelamente desde el aire varias escuadrillas de aviones: la 1ª escuadrilla de Fokker C. IV bajo el mando de González Gallarza, la 2ª escuadrilla de Bristol F. 2B dirigida por Álvarez Buylla, y los Dornier Wal de Ortiz Muñoz, apoyaron a las unidades de desembarco bombardeando los nidos de batería y de ametralladora rifeños.

Las primeras tropas arribaron a la playa de Ixdain, a poniente de la Cebadilla. Respecto a las razones de por qué fue ésta la playa elegida, hay autores que afirman que se descartó la Cebadilla por estar minada, pero no explican cómo advirtieron ese peligro<sup>80</sup>. Otros ni siquiera señalan esta circunstancia y dan por hecho que las primeras tropas desembarcaron en la Cebadilla<sup>81</sup>. Susana Sueiro admite el testimonio del coronel Manuel Goded, el cual señala que «afortunadamente un inteligente marino tuvo la inspiración de variar a última hora la decisión del punto de desembarco, dirigiéndose a la Cebadilla»<sup>82</sup>. Ese «inteligente marino» al que se refiere Goded fue el capitán de fragata Enrique Boado. En efecto, Boado dirigió las primeras barcasas a la costa varando en Ixdain y no en la Cebadilla, pero no por haber advertido la existencia de minas en esta última, sino porque debido a la corriente las «k» se desplazaron a la derecha del punto inicial de desembarco. Aparte, Goded confunde las playas e invierte el orden, pues apunta que se desembarcó en la Cebadilla y que la playa minada era la de Ixdain<sup>83</sup>. Las fuentes documentales demuestran que, en efecto, el desembarco se realizó en la playa de Ixdain. Así lo reconocía también el comandante José María Troncoso que participó en la operación formando parte del Estado Mayor de la columna expedicionaria de Ceuta. Troncoso señaló en una conferencia pronunciada el 5 de julio de 1926 en el cuartel del 12 regimiento de artillería de Madrid, que el desembarco se efectuó sobre la playa de Ixdain<sup>84</sup>.

Otra persona que colaboró en la operación fue el capitán Juan Urzáiz Durán, quien anotó en su diario que fue una suerte para el éxito de la operación el cambio de playa, «pues mal lo hubiéramos pasado con esas bombas enterradas (refiriéndose a la playa de la Cebadilla) y el efecto moral en las harkas hubiera sido devastador»<sup>85</sup>. Aunque en este caso atribuye la decisión al alto mando y en un momento anterior a la ejecución de la maniobra<sup>86</sup>. Las tropas del coronel Franco y la harca de Agus-

78 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas...*, *Op. Cit.* p. 22.

79 «Alhucemas. Diario del coronel Franco», *Revista de Tropas Coloniales* nº 10, octubre de 1925, p. 3

80 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas» *Op. Cit.* p. 46.

81 Este es el caso de CARRASCO GARCÍA, Antonio; MESA GUTIÉRREZ, José Luis de y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011, p. 7.

82 SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo...*, *Op. Cit.* p. 277.

83 BLANCO NÚÑEZ, José María (capitán de navío): «El desembarco de Alhucemas», *Op. Cit.* p. 46.

84 BNE, AFRGFC/148/4. TRONCOSO, José María: *Actuación de nuestra artillería en Marruecos. Desembarco de Alhucemas*. Colección García Figueras, 1925, p. 6 anverso.

85 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas. La unidad de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*, *Op. Cit.*, p. 30.

86 *Ibid.*, p. 20

tín Muñoz Grandes fueron las primeras unidades que alcanzaron la playa<sup>87</sup>. A las 12:35 h. Primo de Rivera informó al rey mediante radiograma urgente (mensaje telegráfico transmitido por radio): «A las doce las tropas han puesto el pie en la bahía de Cebadilla. A las doce y media han coronado la posición, tras breve preparación de fuego y sin gran resistencia»<sup>88</sup>.

El análisis documental demuestra que el primero en recibir la noticia fue Alfonso XIII, lo cual indica que estaba muy al tanto de la operación, como lo había estado en otras ocasiones y se ha visto en diferentes capítulos de la tesis. Primo de Rivera reconocía que todo el mundo había cumplido con su deber y hacía hincapié en la eficaz cooperación de la escuadra francesa «que ha tirado mucho y bien»<sup>89</sup>. La maniobra, pese a las dificultades (los carros de asalto, por ejemplo, no pudieron desembarcar por quedar varadas las «K» a cincuenta metros de la playa) se llevó a cabo con éxito<sup>90</sup>; El almirante Reginald Bacon, al que ya hemos hecho referencia, aludió directamente a esa posibilidad en su proyecto de desembarco de 1917, y para evitar «ese grave contratiempo», defendió un desembarco mediante un pontón flotante adaptado al declive de la playa<sup>91</sup>.

El dictador admitió sentirse sorprendido por el desconcierto que en su opinión había provocado el lugar elegido para el desembarco<sup>92</sup>. Realmente, supuso una sorpresa, sí, pero produjo un gran desconcierto entre los defensores. De hecho, la playa de la Cebadilla estaba minada, lo cual indica que Abd el-Krim contemplaba la posibilidad de que ese punto podía ser una vía de entrada. Su error fue no disponer combatientes de Beni Uriaguel y confiar ese sector a los bocoyas. Aparte, dada su carencia de recursos y la extensión de costa que debía defender tuvo que priorizar el emplazamiento de la artillería en los sectores que juzgó más factibles para que los atacantes desembarcaran.

Tan pronto como se fue conociendo la noticia del desembarco comenzaron a llegar felicitaciones a la sede del Directorio Militar en Madrid; así el gran visir (ministro del soberano Muley Yúsuf) rogaba a Magaz que elevara al conjunto del Directorio Militar como a S. M. el rey de España «las más efusivas felicitaciones del Majzén y de todos los elementos musulmanes del Protectorado por la brillante ocupación de Alhucemas»<sup>93</sup>. Las tropas españolas acababan de poner el pie en las costas de Bocoya y parecía que todo estaba hecho. El presidente interino, Antonio Magaz, se dio prisa en informar a los embajadores y cónsules españoles en el extranjero, para que estos alertaran del hecho a las autoridades políticas de los países donde se hallaban. Así, podemos observar en los documentos como Magaz escribió entre otros a Quiñones de León, representante de España en el Consejo permanente de

87 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Los partes oficiales de guerra, desde ese día hasta la ocupación de Axdir, el 2 de octubre de 1925, se encuentran en el AGMM, África, caja 174. Campaña de 1925-1926, Alhucemas. Estadísticas de las campañas de dichos años.

88 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Radiograma del alto mando a su Majestad el rey Alfonso XIII.

89 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas.

90 MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. *Nuestro día en Alhucemas...*, *Op. Cit.*, p. 23.

91 JEVENOIS LABERNADE, Pedro: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación*. Estado Mayor Central del Ejército, nº 2, febrero de 1925, p. 29.

92 AGA, África, caja M7 81/9985. Exp. núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo de Rivera al general Francisco Gómez-Jordana Sousa.

93 Ibid.

la Sociedad de Naciones en Ginebra; a los embajadores en Londres, Roma, Bruselas, Berlín y Buenos Aires y a los ministros de S. M. en Berna, Constantinopla, Tokio, México, Habana, Caracas, Bogotá, La Haya, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Estocolmo, Viena, Lima y Montevideo<sup>94</sup>. El Directorio parecía tener mucho interés en propalar por el mundo el éxito del desembarco.

Pero la realidad era bien distinta, pues si en efecto, se había logrado desembarcar una primera oleada de soldados, durante los días 8 y 9 de septiembre, las fuerzas de la columna Saro el día 10 no tenían todavía parte de los elementos necesarios para mantenerse en territorio hostil, y la columna de Fernández Pérez solamente había podido desembarcar la mehal-la, «pues no obstante trabajar todo el mundo sin descanso y emplear todos los medios de transporte, no hay bastante capacidad para el desembarque de fuerzas y elementos»<sup>95</sup>. La maniobra de desembarco estaba siendo lenta. Con todo, el día 8 de septiembre desembarcaron 10.000 hombres y 2.000 toneladas de efectos<sup>96</sup>. El día 9 comenzaron a descender algunos efectivos de la brigada de Melilla, también en la playa de Ixdain, a un ritmo más elevado porque los pontoneros habían construido pasarelas y pequeños desembarcaderos, y gracias también al buen estado del mar.

La prensa de Melilla celebraba el éxito de la maniobra de desembarco; así en la portada del *Telegrama del Rif* su director, Cándido Lobera, escribía:

Alhucemas por España. Las tropas españolas han pisado la tierra maldita de Alhucemas. Alhucemas, nombre fatídico para los españoles, por haber germinado allí todas las rebeldías y haberse incubado todas las agresiones desde 1909<sup>97</sup>.

Recogía además las impresiones del emir del Rif, Abd El-Krim: «Si ellos desembarcan en Alhucemas yo entraré en Tetuán»<sup>98</sup>. No sabemos realmente si el jefe rifeño pronunció esas palabras, pero ciertamente una harca dirigida por el hermano menor de Abd el-Krim había emprendido una enérgica ofensiva el 3 de septiembre contra la posición de Kudia Tahar, próxima a Tetuán, en el macizo de Gorgues, también conocido como el «Gurugú de Occidente»<sup>99</sup>. Los harqueños pretendían con ello distraer la atención de los altos mandos francés y español sobre su objetivo principal. Sin embargo, Primo de Rivera mantuvo el plan, y solo después de haber desembarcado parte de las tropas, el día 8, acudió a auxiliar a los sitiados. Comunicó a Magaz su decisión, y partió el día 9 hacia Río Martín, llevándose consigo dos banderas del tercio y un tabor de regulares «con los que me propongo despejar situación Kudia Tahar y normalizar aquel frente. A esto doy gran importancia porque lo de Alhucemas me parece marchará bien»<sup>100</sup>. Parece que le preocupaba más al presidente del Directorio la ofensiva

94 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Magaz a las embajadas españolas en el extranjero.

95 Ibid., Telegrama de Sanjurjo a Primo de Rivera.

96 Ibid.

97 *El Telegrama del Rif*, 9 de septiembre de 1925.

98 Ibid.

99 «El episodio de Kudia Tahar», *Revista de Tropas Coloniales*, nº 9, septiembre de 1925.

100 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo de Rivera a Magaz.

rifeña a una posición concreta —cercana a Tetuán, sí, pero una mera posición— que la gran operación de Alhucemas durante tanto tiempo trabajada, y considerada concluyente para acabar con la «rebeldía» en el Rif, y por extensión en todo el territorio del Protectorado.

El ataque de la harca al campamento de Kudia Tahar distrajo algunas unidades del objetivo principal, pero el ejército colonial español contaba entonces con grandes contingentes para afrontar ambos teatros de operaciones. Posiblemente fuese Abd el-Krim quien sufriera más aquella de diversión de fuerzas que hubiera podido concentrar en la defensa de la costa. Romper el cerco de Kudia Tahar fue complicado y requirió gran esfuerzo, pero finalmente las tropas de choque consiguieron levantar el asedio el día 13 de septiembre<sup>101</sup>. La prensa española subrayó, respecto a la liberación de Kudia Tahar, que los atacantes se lanzaban repetidamente contra el parapeto «con enorme fiereza y soberbia disciplina», para así destacar la bravura del ejército español, el cual parecía que se medía a un potente enemigo con medios modernos<sup>102</sup>. Cabe pensar que la derrota de Abd el-Krim en el frente occidental significó un fuerte golpe, ya que no solo le impidió ocupar Tetuán, como era su objetivo, sino que, además, a partir de ahora tendría por delante una difícil tarea en el entorno de la bahía de Alhucemas, pues repeler al ejército de la coalición hispano-francesa era sin duda una empresa muy difícil, dada la desproporción de medios entre ambos combatientes. Quienes pretendían conquistar su tierra no habían escatimado medios y recursos para hacerse con el control de aquel espacio geográfico considerado entonces de gran valor estratégico.

Mientras tanto, las operaciones de desembarco y avance de las tropas continuaban a buen ritmo<sup>103</sup>. Sanjurjo, jefe de la división de desembarco, informaba al general en jefe que los proyectiles que lanzaban los cañones de los buques de la escuadra no hacían blanco sobre algunas piezas que estaban provocando mucho daño a las unidades desembarcadas<sup>104</sup>. En efecto, la orografía permitió a los rifeños ubicar las piezas de artillería estratégicamente, como ya ocurrió en 1915 en los Dardanelos, donde las baterías de campaña, abrigadas por crestas paralelas a la costa, sostuvieron vigorosamente las líneas turcas, causando grandes pérdidas a las escuadras enemigas, cuyos cañones se mostraron impotentes contra ellas<sup>105</sup>.

El día 14 de septiembre el dictador regresó al teatro de operaciones. Su intención era «destruir cuanto antes y más definitivamente el poder de Abd el-Krim»; esa era para él la «solución final que permitirá imponernos a todos y someterlos con una política inflexible de desarme»<sup>106</sup>. Unos días antes, el 11 de septiembre, había mantenido una reunión con miembros del Estado Mayor francés, y

101 «El episodio de Kudia Tahar» ..., *Op. Cit.* También puede leerse una crónica de la liberación de los sitiados en *El Telegrama del Rif*, «La heroica guarnición de Kudia Tahar ha sido liberada en avance arrollador», 15 de septiembre de 1925.

102 El tratamiento del desembarco en la prensa puede verse en: VELASCO DE CASTRO, Rocío: «El desembarco de Alhucemas en la prensa», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015, pp. 50-53.

103 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Sanjurjo a Primo de Rivera.

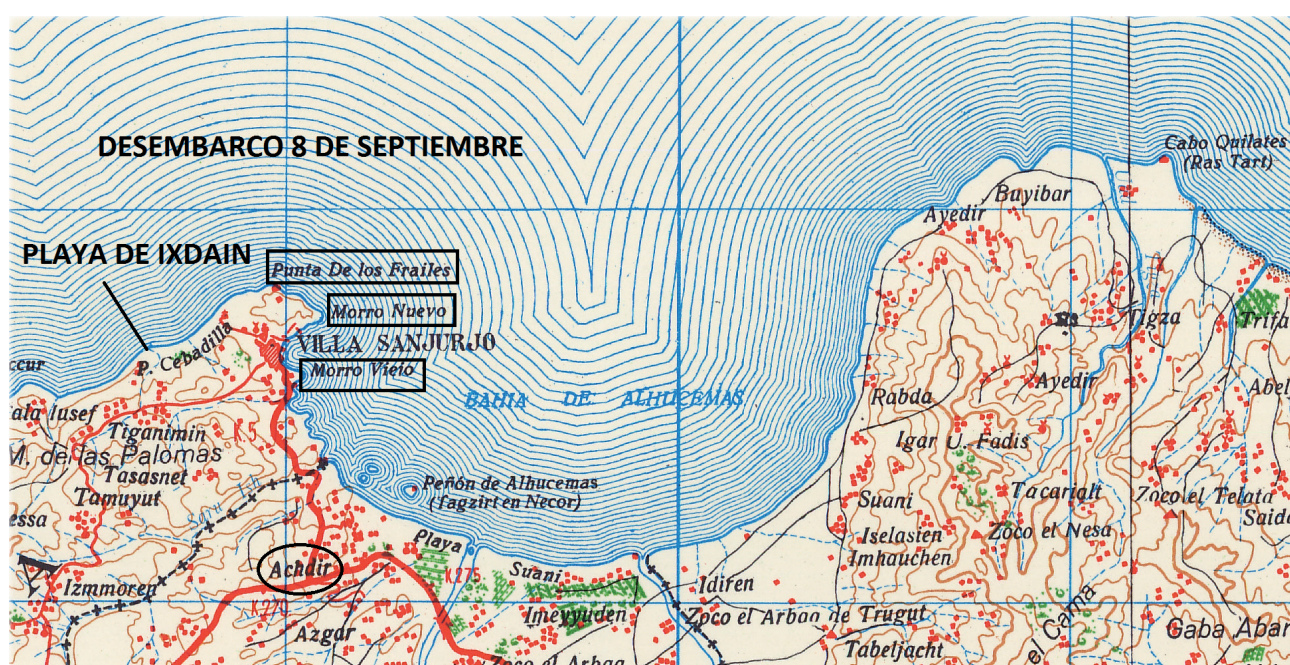
104 Ibid.

105 BNE, AFRGFC/148/4. TRONCOSO, José María: *Actuación de nuestra artillería en Marruecos*. Colección García Figueras, 1925, p. 4.

106 AGA, África, caja M7 81/9985, exp. nº. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo a Magaz.



es probable que de ella obtuviera la idea de destruir definitivamente al jefe rifeño. Abandonaba así la idea inicial, previa al desembarco, de no llevar a cabo ninguna acción más allá de tomar posiciones en la costa; idea que había sido defendida por Jordana, quien pensaba que los rifeños abandonarían la lucha tras esta demostración de fuerza. A partir del día 11 de septiembre, la maniobra de desembarco de las tropas en el entorno de la Morro Nuevo, en las playas de Punta los Frailes, Cebadilla e Ixdain se alternaba con las demostraciones de aproximación de los buques de guerra a las playas de Suani, Sfiha o Espalmadero, situadas en el interior de la bahía. A continuación, se muestra un mapa, donde se puede observar la zona desembarco el día 8 de septiembre.



MAPA Nº 20. Zona de desembarco el día 8 de septiembre de 1925. Elaboración propia.

Desde el campo rifeño se lanzaban ataques casi constantes y generalmente nocturnos para evitar que los nidos de batería fueran descubiertos. Así, al anochecer el día 11 de septiembre, los combatientes de la harca llevaron a cabo una enérgica ofensiva contra las posiciones más avanzadas, apoyada por ametralladoras y recurrentes descargas de fusilería. En efecto, Abd el-Krim, aconsejado por sus más directos colaboradores, optó por las ofensivas nocturnas puesto que durante el día la aviación, si disparaban los cañones, descubría los emplazamientos y los batía. Aquella noche, utilizando incluso morteros, llegó a aproximarse a las líneas lanzando bombas de mano.

Mientras, el desembarco continuaba y la columna de Melilla pudo descargar parte de sus pertrechos el día 13 de septiembre. Aquella misma noche las tropas del coronel Goded ubicadas a la extrema izquierda de la posición avanzada se vieron sorprendidas de nuevo por la harca rifeña. La intensidad del ataque dejó a la mehal-la de vanguardia sin municiones, tomando en ese momento el coronel Manuel Goded una decisión peligrosa: desmuniciar a la reserva y cedérsela a la mehal-la de vanguardia. Se trató de un momento crítico para las tropas invasoras, ya que de no haber aguan-



tado el empuje de la harca, la retaguardia se encontraba descubierta por carecer de municiones<sup>107</sup>. Pasaban los días y el 18 de septiembre habían desembarcado ya 18.000 hombres y 8.000 toneladas de efectos<sup>108</sup>. Las lanchas de desembarco habían conseguido arribar a la Cala del Quemado, próxima a Morro Viejo, lo cual supuso entrar en el extremo oriental de la bahía. Sin duda, una zona más amable para acceder, al abrigo de los vientos.



MAPA Nº 21. Localización de la Cala del Quemado en la península de Morro Nuevo. Elaboración propia.

La situación evolucionaba bien para el ejército de ocupación, y muestra de ello fue la visita que el general Sanjurjo realizó al campamento con el objeto de analizar la situación con los generales Saro y Fernández Pérez y elaborar un plan de operaciones. El día 21 de septiembre comenzó a desembarcarse el ganado, mejorando de este modo la situación para los soldados, que hasta entonces habían tenido que cargar con las piezas de los cañones a hombros en los desplazamientos. El día 23 las tropas expedicionarias se lanzaron a la ocupación del monte Malmusi, y sus puntos más elevados de los Cuernos de Xauen y Morro Viejo. A pesar de la resistencia de los rifeños consiguieron alcanzar sus objetivos. A partir de ese día la harca mostró graves síntomas de debilidad. Sus defensas cedieron ante el empuje de los legionarios, regulares, harcas amigas y resto de tropas españolas. El día 1 de

107 BLANCO NÚÑEZ, José María (capitán de navío): «El desembarco de Alhucemas», *Op. Cit.* 2013, p. 49.

108 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas.



[illegible]

MAPA Nº 22. Evolución de la ofensiva terrestre hasta la toma de Axdir. Elaboración propia.

El general el jefe desembarcó en la playa de Sfiha frente a Axdir donde fue recibido entre vítores por las tropas de ocupación. A las 12:20 h. Primo escribió un telegrama a Magaz, donde informaba: «Estoy isla Alhucemas. Enemigo ni se ve ni se oye. En la isla nos han aclamado con emoción. Un saludo a Su Majestad»<sup>109</sup>. Primo de Rivera reconocía que la realidad superaba sus optimismos, e interpretaba que contaban con el «dominio absoluto del país»<sup>110</sup>. Pues a pesar de reconocer que aún tendrían algunas dificultades para resolver el problema por completo, el golpe que habían asestado a Abd el-Krim era casi mortal.

La resistencia organizada del ejército de Abd el-Krim se derrumbó ante el empuje de un ejército moderno que, con gran diferencia de medios para el combate, arrolló sus líneas de defensa. Aun así, el número total de bajas en el ejército de ocupación español (entre los días 8 de septiembre y 2 de octubre) fue de 1.607, de las cuales 1090 fueron muertos. Se trata de las cifras oficiales, aunque en el mismo documento se admitía que estas eran superiores a las consignadas<sup>111</sup>. Desconocemos las bajas en el ejército defensor, pero probablemente se aproxime a los números de los atacantes.

Durante los veintidós días que duró la ofensiva hasta la ocupación de Axdir, la aviación perdió 16 aeronaves de las cuales 8 fueron derribadas y el resto retiradas del frente por avería o accidente<sup>112</sup>. Los aparatos que los harqueños derribaron lo hicieron mediante una simple técnica: la de fusilería, concentrando el fuego de un número de armas sobre un punto concreto. El mismo método lo utilizaron los vietnamitas cuarenta años después contra los helicópteros norteamericanos. La coalición franco-española no perdió ningún buque de guerra, aunque hubo daños de diferente consideración en varios barcos debido a los impactos de la artillería rifeña<sup>113</sup>.

El desembarco de Alhucemas significó el final prácticamente de la lucha de Abd el-Krim. Ocho meses después de que las tropas del ejército español pisaran el suelo de Beni Urriaguel, el emir del Rif cejó en su resistencia y se entregó a las tropas francesas. A comienzos del mes de mayo de 1926 la coalición franco-española lanzó un ultimátum para que se liberase a los prisioneros en las conversaciones de paz que se celebraron en Uxda<sup>114</sup>. Tras desoír tal exigencia, ambos ejércitos lanzaron un ataque entre los días 8 y 10 de mayo de 1926 en el entorno de la Colina de los Santos, Ait Hishim, situada al sudeste de Axdir. El general Alfredo Castro Girona, al frente de 28.000 hombres distribuidos en cinco columnas, destrozó la resistencia de los beniurriagueles. El 23 de mayo conquistaron Targuist, provocando la huida de Abd el-Krim hasta Snada, pequeña localidad situada en la cabila de Bocoya. Localizado su refugio, fue bombardeado por una escuadrilla de aviación,

109 Ibid. Telegrama del general en jefe al presidente interino del Directorio Militar. 2 de octubre, 12:20 horas.

110 Ibid. Telegrama de Primo a Magaz. 2 de octubre, 18:40 horas.

111 AGA, África, caja M7 81/9985. Exp. núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Bajas en las operaciones de Alhucemas.

112 LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», Op. Cit., p. 47.

113 Los partes de operaciones de los buques de la escuadra de instrucción, principalmente los acorazados *Alfonso XIII* y *Jaime I*, reflejan la intensidad de los bombardeos de la artillería rifeña sobre los buques y detallan los daños causados. AGMAB, 7634.

114 AGA, África, caja M7 81/9985. Expediente núm. 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Conversaciones de paz en Uxda.





no se sabe si española o francesa. Ante esa situación, Abd el-Krim decidió entregarse al coronel francés Corap<sup>115</sup>.

## CONCLUSIONES

La bahía de Alhucemas fue el escenario de la última gran batalla que Abd el-Krim disputó al ejército colonial español. La confrontación se libró en su territorio. Desde 1911 los estrategas militares habían señalado que para dominar el territorio sería necesario domeñar a los Beni Urriaguel y para ello había que caer sobre Alhucemas.

No hay más que un modo de hacer la guerra y vencer. Buscar al enemigo allá donde sea más fuerte y destruirle. Hay que buscarlo, es decir, no debemos esperar a que él nos busque, porque entonces con su iniciativa, nos irá a buscar donde le convenga. Además, se debe buscar donde sea fuerte. Una vez localizado el objetivo es destruirle<sup>116</sup>.

A pesar de establecer continuas líneas de defensa mediante nidos de ametralladora, pozos de tirador y abrigos para el emplazamiento de las piezas de artillería, primero en la costa y luego en el interior, fue cediendo ante el empuje de un ejército mejor armado y auxiliado durante toda la batalla por fuerzas del aire y navales. La playa elegida para desembarcar por parte de los Estados Mayores de los ejércitos coloniales español y francés, sí que constituyó una sorpresa. La playa de Ixdain estaba en territorio de los Bocoya y a ellos les estaba asignada la defensa de ese sector. Probablemente, Abd el-Krim lamentase entonces no haber dispuesto en ese punto combatientes de Beni Urriaguel, aunque dada la magnitud de la ofensiva hubiera sido igualmente complicado para los rifeños frenar la acometida. El ejército francés, en efecto, contribuyó a la victoria con su fuego de apoyo naval, sus aeronaves y la presión que sus tropas de Infantería ejercieron desde el Río Uarga, en el límite fronterizo de los Protectorados francés y español. El peso de las operaciones lo asumió el ejército colonial español; nada extraño por otra parte, si tenemos en cuenta que la bahía se encontraba en el territorio del Protectorado español.

Catorce años después de haber elaborado por vez primera un proyecto para desembarcar en la bahía de Alhucemas, un ejército colonial español conseguía plantar el pie en las costas del Rif y ocupar Axdir, «el vellocino de oro» como lo denominase Dámaso Berenguer; capital del Rif y pueblo natal del emir Abd el-Krim. La estrategia de alcanzar el objetivo vía marítima se demostró la acertada frente al intento de llegar al territorio de Beni Urriaguel por vía terrestre, de cerro en cerro, como

115 MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto: «La derrota de Abd el-Krim (abril-junio de 1926)», *Op. Cit.* pp. 36-43. Un análisis de los hechos en: PANIAGUA LÓPEZ: «La última batalla de la guerra del Rif», *Guerra Colonial. Revista Digital*, nº 3, diciembre-MMXVIII. Especial Marruecos. Una fuente primaria rigurosa que trata esta última fase hasta la rendición de Abd el-Krim se puede ver en la Biblioteca de la Escuela de la Guerra: ARMADA, Ramón: *Memoria de la fase de prácticas de Servicio de Estado Mayor llevadas a cabo en la Comandancia General de Melilla desde el 1 de diciembre de 1925 al 1 de junio de 1926*.

116 AGP, reinados, Alfonso XIII, caja 15621, exp. nº 6. Base de un plan que corresponde al teniente coronel Máximo Vergara, del cuerpo de Estado Mayor. 1923.

intentó el general Silvestre en 1921. A partir del dominio de la costa y zonas del interior comenzó la tarea de sometimiento de toda la población nativa.

Económicamente la operación exigió grandes recursos. Si en 1924 la cantidad invertida en Guerra había significado un 33,87 por ciento de los gastos generales, la operación de Alhucemas supuso un incremento del presupuesto ordinario de 273,2 millones de pesetas<sup>117</sup>. Del mismo modo, se aumentó el correspondiente a la partida denominada «acción en Marruecos», que alcanzó 475,4 millones. En total 748,6 millones de pesetas. Esa fue la suma de dinero que el Directorio Militar empeñó en el desembarco y conquista de Axdir<sup>118</sup>. Para hacernos una idea aproximada de lo que significó el coste de la operación basta señalar que la partida asignada en 1925 para Instrucción Pública y Bellas Artes era de 186,6 millones de pesetas, es decir, cuatro veces inferior al dinero invertido en la Guerra del Rif<sup>119</sup>. Por último, otro dato relacionado con el gasto económico de la operación es la comparación que podemos establecer con el presupuesto que en el mismo sentido de ocupar la bahía se determinó en junio de 1916, y que ascendía a 432.530 pesetas<sup>120</sup>. En aquel momento, una parte importante de dicha cantidad estaba destinado a la compra de voluntades de los *xeij* o jefes de fracción, como Abd el-Krim padre para desembarcar sin hostilidad. «Fuerza y dinero», las dos condiciones que el viejo Abd el-Krim había considerado determinantes para alcanzar Alhucemas. Y esos fueron precisamente los medios que permitieron al Directorio Militar alcanzar su objetivo.

117 TEJEIRO DE LA ROSA: Juan Miguel: *Dinero y ejércitos en España: de la antigüedad al siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016, p. 357.

118 Ibid.

119 <http://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do?td=79114&L=0>. [En línea], 30 de junio de 2019. Véase también COMÍN, Francisco: «Sector público administrativo y estado del bienestar» en CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 873-967.

120 AGMM, África, caja 1531, leg. 2, carp. 7. Coste de la operación de desembarco. Informe del coronel Riquelme al alto comisario, Francisco Gómez Jordana.





## CONCLUSIONES

A lo largo de la presente investigación se ha demostrado la existencia de un proyecto para desembarcar en la bahía de Alhucemas desde 1911 como solución al «problema de Marruecos». Una operación militar que vertebró la «fase de control militar» entre 1909 y 1927. Fue en ese espacio donde las autoridades militares destacadas en la Capitanía General de Melilla —a partir de diciembre de 1912 Comandancia General— pusieron el foco por considerar que era el punto neurálgico desde el cual se podría dominar el territorio que había quedado bajo la administración del Estado español en los tratados internacionales. Pero entre los políticos de la Restauración nunca hubo una idea clara sobre cómo afrontar la labor de Protectorado en Marruecos; y si hubo momentos en los que se convencieron de que en efecto esa era posiblemente la solución, finalmente la desestimaron por diferentes razones que se han analizado durante el desarrollo del trabajo. Dicha indecisión fue debida a que para el país la apuesta colonial suponía una carga muy pesada, que exigía destinar hombres y dinero en un período difícil, marcado por la penuria económica y las altas tasas de analfabetismo. Los escasos partidarios del colonialismo tampoco tuvieron en España el peso suficiente para influir sobre la opinión pública y convencerla de los beneficios que, a su juicio, acarrearía la «acción colonial».

A las razones apuntadas se sumó la inestabilidad de los gabinetes que no permanecían en el poder el tiempo suficiente para forjarse una idea precisa del «asunto de Marruecos» e implementar una línea de acción decidida. Con la llegada de cada Gobierno se sucedían los nombramientos de cargos públicos (civiles y militares) en el Protectorado, lo cual supuso un continuo tejer y destejer que contribuyó a que el ejército —primero expedicionario y luego colonial— controlara *de facto* la zona de influencia española; y amparado en la legitimidad que le conferían los tratados internacionales, fue ocupando territorios en el norte de Marruecos desde 1908. Apelando a la seguridad de los ciudadanos residentes en las plazas de soberanía española de Ceuta y Melilla, y a la protección de los trabajadores de la Compañía Española de las Minas del Rif, que había iniciado la explotación de los yacimientos de Beni Bu Ifrur, comenzó lo que se conoce como «penetración pacífica armada», que no era sino un eufemismo de lo que realmente perseguían los militares: la conquista del territorio. A partir de finales de 1912 las ocupaciones se realizaron en nombre del Majzén. La preeminencia del estamento militar justificó su tarea en Marruecos aduciendo que se trataba de una misión civilizadora que acarrearía beneficios a los nativos, escondiendo de ese modo su afán imperialista. Las

fuentes revelan la forja de una cultura militar, de un modo de vida que asumieron los jefes y oficiales que compartieron vicisitudes en el norte de Marruecos. El asunto de las recompensas y los ascensos por méritos de guerra llevó igualmente a un enfrentamiento entre africanistas y junteros cuyo momento más crítico se prolongó entre 1917 y 1922. Sin embargo, no todos los militares que hicieron carrera en África se comportaron de igual modo. Hubo jefes y oficiales honestos, preparados técnica e intelectualmente, con apreciables rasgos de humanidad.

Sin solución de continuidad hasta 1925 el proyecto para desembarcar se planteó desde la Comandancia General de Melilla por las máximas autoridades militares allí destacadas. La idea primigenia se remonta a la campaña de 1909, cuando los altos mandos españoles percibieron que el peso de la ofensiva de la harca lo soportaban cabileños del Rif central, pertenecientes a las cabilas de Tensamán, Bocoya y especialmente Beni Urriaguel. Por esa razón pensaron en la posibilidad de sorprenderles en su territorio, asumiendo la iniciativa. Una ofensiva por tierra les generaba dudas, de modo que se planteó una operación de desembarco como principal estrategia para alcanzar el objetivo. A partir de esa temprana fecha, desembarcar a las tropas españolas en la bahía de Alhucemas se convirtió en el proyecto central para someter a los nativos más refractarios a la injerencia colonial. En el primer capítulo se ha analizado cómo la idea de poner el pie en la bahía la abrazaron algunos de los políticos más destacados de la Restauración, como hito necesario para poder ejercer en nombre del Majzén «la acción protectora»; e incluso el propio monarca, a quien la prensa colonial española lo definió el primer africanista, mostró su interés desde el primer momento por la operación anfibia.

A lo largo de la investigación queda de manifiesto que la guerra colonial fue a saltos y no tuvo continuidad; en parte por la indecisión de los diferentes gobiernos, fundamentalmente por el temor a fracasar y por la opinión pública, con un sector importante contrario a la guerra colonial. El ejército español cometió muchos errores en Marruecos, pero también contribuyó la ambigüedad con la que obraron los políticos con responsabilidades de gobierno que no tuvieron un plan colonizador.

El cuarto capítulo se centra en el primer proyecto de desembarco. En aquella ocasión los comunicados oficiales afirmaron que el general Luque había ido a Melilla a ejercer funciones inspectoras; quedan demostrados los manejos del Gobierno para impedir que la opinión pública conociera las verdaderas causas de la suspensión de la operación y cómo la opinión pública trató de buscar explicaciones más lógicas y sencillas. En el aplazamiento de la operación se esgrimió el viento de Levante como una de las principales razones, pero la gente no se dio por satisfecha. La censura del Gobierno permitió hablar de las operaciones del Kert casi con total libertad. Varias veces se habló del plan de operaciones desde diferentes medios y la censura borró el detalle del plan, pero dejó subsistente el nombre del teatro en que había de desarrollarse, que era lo importante y esencial; otras veces se tacharon en unos periódicos noticias de movimientos de fuerzas, mientras se dejaban pasar las mismas noticias en otros diarios; y a todo esto Canalejas anunciaba a bombo y platillo propósitos que parecería lógico haber mantenido en secreto, sin preocuparse siquiera de que entre los oyentes hubiera corresponsales extranjeros.

A pesar de que el proyecto estuvo minuciosamente preparado en cuanto a la logística —no tanto estratégicamente— pues más allá de desembarcar a las tropas y hacerse con el control de las playas, nada había respecto a los objetivos ulteriores, la operación no se llevó a cabo. No había un planea-

miento más allá del desembarco porque pensaban que el golpe de efecto, por sí solo, causaría tal impacto que las diferentes cabilas cederían sin vacilar al potencial del ejército español. Finalmente, las autoridades militares, con el ministro de la Guerra a la cabeza, pensaron en asegurar el dominio de la derecha del Kert a través de pactos con los líderes de la harca: el Hach Amar (prestigioso líder desde el punto de vista político) y Amezián (referente para los nativos desde un plano religioso).

En el capítulo V se ha analizado con detalle el planeamiento de 1913. Se trataba del segundo intento de desembarcar en las playas de Alhucemas. La operación fue calificada entonces de «concluyente» para someter a los nativos y ejercer el dominio en el Protectorado. El comandante general de Melilla, Francisco Gómez Jordana, pergeñó su estrategia teniendo en cuenta los errores que se habían cometido en 1911. Pensó en el mes de junio para ejecutar la operación porque evitaba los vientos de Levante y, además, muchos cabileños se hallaban fuera de su territorio por ser ese mes un período marcado por la migración temporal a Argelia con motivo de la siega. Preparó el terreno mediante pactos con los jefes más influyentes de la zona y penetrar sin hostilidad. Por último, puso mucho empeño en que no trascendiera a la prensa nada relacionado con la operación y pudiera alertar a los rifeños. Cuando todo estaba dispuesto el Gobierno decidió suspender la operación.

Respecto a las razones del aplazamiento del proyecto en aquella ocasión no hemos hallado certezas. Se apuntó en la época a la encalladura del cañonero *General Concha* en la playa de la Cebadilla —en realidad fue en la playa de Búsicur— como principal razón por parte de dos militares importantes destacados entonces en Marruecos: José Villalba Riquelme y Felipe Alfau. Sin embargo, sabemos por las fuentes de archivo que ese no fue el motivo, ya que el buque de guerra varó el día 11 de junio a las 11:35 h. de la mañana y la operación de desembarco se suspendió el día 10 de junio. Se afirmó también que se debió a la falta de rehenes, en concreto familiares de los jefes que habían comprometido su palabra para no hostilizar a los soldados en su traslado desde los buques a las playas, pero se ha demostrado que sí los hubo. El ministro de la Guerra, Agustín Luque, arguyó que se trataba de «cuestiones de Estado» relativas a la política interior y exterior (la misma motivación que se argumentó en 1911). Tampoco, como se dijo, el empuje de los nativos en la zona occidental tuvo la suficiente entidad como para suspender la operación. Probablemente la operación no se ejecutó porque existía en el Gobierno bastante desconfianza respecto a la capacidad del ejército de llevar a cabo una operación de esa envergadura. Igualmente se recelaba de la palabra que los jefes rifeños habían comprometido para facilitar un desembarco sin hostilidad; una posible derrota, con la consiguiente crítica de la opinión pública hacia el Gobierno, además del temor a que desde el exterior se juzgase a España incapaz de someter a los nativos pudieron ser las causas principales de la anulación.

Tras el fin de la Gran Guerra se produjo un cambio de rumbo y de estrategia, y en 1921 el general Manuel Fernández Silvestre, comandante general de Melilla, consideró que la vía más útil para penetrar en Beni Urriaguel no era por mar sino por tierra. El proyecto político-militar para alcanzar el objetivo vía terrestre contó con el visto bueno del entonces alto comisario Dámaso Berenguer. La razón no le asistió y aquel planeamiento supuso la mayor derrota colonial española en Marruecos. En el capítulo VI se ha visto como Berenguer llegó a la Alta Comisaría de España en Marruecos convencido de que la bahía se ocuparía con o sin el apoyo de las fracciones de la montaña, y por tanto

dispuesto a poner fin a la «rebeldía» en el Protectorado. Igualmente, se han analizado las graves consecuencias que supuso la estrategia de alcanzar Beni Urriaguel por tierra. Los hechos de Annual provocaron un gran impacto en la opinión pública española y llevaron al Gobierno de Allendesalazar a dimitir en bloque.

Para los africanistas la solución al enquistado problema de ejercer un control efectivo sobre el territorio marroquí seguía estando en Alhucemas. Esa posición fue común para el conjunto del africanismo militar español; sin embargo, el sector más combativo de ese grupo no asumió la operación anfibia como la estrategia más acertada hasta después de los hechos de Annual. Al lograr entonces Antonio Maura la Presidencia del Consejo de Ministros entendió igualmente que, para frenar las recurrentes ofensivas de los guerreros de Beni Urriaguel era necesario tomar posiciones en el litoral y evitar de ese modo que llegasen armas mediante el contrabando marítimo. Con ese planteamiento de fondo, es decir, tomar posiciones en la bahía para desde allí «irradiar civilización o cañonazos», Maura convocó en Pizarra a las autoridades militares y políticas. Sin embargo, aquel encuentro fue la demostración de que no había una idea clara acerca del plan de operaciones a seguir en Marruecos. La división en el seno del gabinete se hizo patente y lejos de alcanzar un acuerdo se acrecentaron las diferencias. La idea de desembarcar fue uno de los acuerdos que se alcanzaron, pero las diferencias entre Francisco Cambó, ministro de Hacienda y contrario a la idea de desembarcar y, Antonio Maura partidario de ejecutarla, condujeron a la caída del Gobierno. Una vez más quedó aplazada la operación.

En julio de 1923 el proyecto para desembarcar tomó de nuevo forma. Sus principales impulsores fueron Luis Silvela (alto comisario civil del Protectorado) y Severiano Martínez Anido (comandante general de Melilla). En el capítulo VII se han analizado los detalles del proyecto de desembarco en Alhucemas de 1923. Se ha demostrado cómo el Gobierno cambiaba de rumbo en su estrategia colonial y pasó de un planteamiento civilista basado en la negociación, a designar a un africanista al frente de la Comandancia General de Melilla, el general Severiano Martínez Anido. El militar nombrado por el Gobierno a propuesta del alto comisario, Luis Silvela, llegó a Marruecos «para dar satisfacción al ejército de África»; es decir, para seguir la línea más belicista del programa colonial. Este proyecto de 1923 fue el último que se intentó antes de que se produjera el golpe de Estado de Primo de Rivera. Martínez Anido no diseñó el plan, sino que se lo encontró redactado y bien trabajado, aunque las fuentes demuestran que fue él quien terminó de perfilarlo. Las intenciones del Gobierno, plasmadas en su programa de Protectorado puramente civil, a través de la senda del acuerdo y del compromiso con los cabileños, viraron a partir del mes de mayo; circunstancia que suscitó una crisis en el Gobierno, que se cerró con la dimisión del ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora. Luis Silvela observó que la opción de la diplomacia no arrojaba resultados positivos y entendió que quizá la línea de la negociación hubiera resultado útil en otro momento. Sin embargo, en 1923, Abd el-Krim, se erguía como único interlocutor válido del conjunto de cabilas insumisas, lo cual impedía abrir espacios de negociación con jefes de fracción o de cabila.

Después de los hechos del verano de 1921 las circunstancias en el Protectorado eran diferentes. Aquellas reuniones de guerreros circunstanciales e interesadas dieron paso a la creación de un «ejército regular» con una estructura de mando y un «Estado Mayor» que elaboraba estrategias para combatir de manera coordinada. En la primavera de 1923, Luis Silvela consideró conveniente un

cambio de rumbo respecto a la acción que debía implementar el Gobierno de España. Orquestado el plan, confiaron entonces en el general Martínez Anido para dirigir tan complicada maniobra.

Cuando llegó se encontró con un proyecto de desembarco que consideró viable y así lo transmitió a la Alta Comisaria, y sugirió un plazo de dos meses como máximo para ejecutar la operación. Pero aquel proyecto no ofreció garantías para los miembros del gabinete militar del alto comisario; principalmente por la falta de efectivos, lo que determinó que el Gobierno lo desestimara finalmente. El enésimo proyecto de alcanzar la bahía de Alhucemas se desvaneció por el temor a un fracaso, ya que había que realizarlo a viva fuerza, sin la complicidad de un partido español como en 1911 y 1913. Para los rifeños, los gobiernos de España eran incapaces de llevar a cabo una operación militar de altos vuelos. Martínez Anido, nombrado *ad hoc* para coordinar las operaciones de desembarco y conquista del Rif presentó su dimisión porque no quiso permanecer al frente de un ejército que en su opinión estaba en una permanentemente «situación de lacerante inacción».

El fracaso en hallar una «solución airosa» en el Protectorado, unido al problema de las responsabilidades por el desastre de Annual, que afectó incluso al rey, derivó en un aumento del descrédito de la política y hacia los políticos. En septiembre de 1923, Primo de Rivera aprovechó la debilidad del Gobierno y protagonizó un golpe de Estado que contó con el apoyo explícito del sector africanista del ejército colonial.

En el capítulo VIII se ha visto como, tras el golpe de Estado, «la cuestión de Marruecos» se mantuvo en un *impasse* hasta el otoño de 1924, debido fundamentalmente a la indefinición del dictador. A partir de entonces optó por una estrategia basada en el abandono de las posiciones avanzadas y el repliegue hacia una zona próxima a la costa, más segura y fácilmente defendible. Se estableció así lo que entonces se denominó «línea Primo de Rivera». Estrategia que solo se llevó a cabo en la zona occidental del Protectorado, ya que en la zona oriental varios jefes y oficiales pertenecientes en su mayoría a las tropas de choque (tercio y regulares) además del arma de aviación, y, todos ellos, apoyados por el comandante general de Melilla, José Sanjurjo, incumplieron la orden porque, a su juicio, alentaba a Abd el-Krim.

En todo caso, la medida no respondió a una estrategia magistral de un «genio militar» como calificó el general Gómez-Jordana a Primo de Rivera, sino que se trató de una solución de compromiso aconsejada por las circunstancias. A principios de 1925, el dictador pensó que con la maniobra de repliegue no era suficiente y entendió que debía dar un paso hacia adelante. Decidió entonces ejecutar la operación de desembarco en la bahía de Alhucemas, y fijó el objetivo en la toma de posiciones en la costa para irradiar desde estas la acción política de atracción de los personajes con más ascendente social dentro de sus cabilas. Con la mente puesta en Alhucemas, Primo de Rivera ordenó al general Jordana, vocal del Directorio y con amplia experiencia en Marruecos, elaborar un plan de desembarco. El 30 de abril el Directorio, tras valorar el estudio del ponente, aprobó el proyecto y decidió ejecutarlo entre la segunda quincena de junio y la primera de julio de 1925.

Mientras se llevaban a cabo los preparativos por los hombres del Estado Mayor del alto mando, Abd el-Krim atacó las líneas avanzadas francesas en el entorno del Uarga, en el límite de la frontera entre los Protectorados de ambos países, en concreto en el territorio de la cabila de Beni Zerual. Esa circunstancia provocó un cambio de orientación por parte de las autoridades francesas, que enten-



dieron necesaria una concertación con los españoles para llevar a cabo una operación de castigo contra Abd el-Krim. Los acuerdos entre el Gobierno francés y el Directorio se materializaron en la Conferencia de Madrid, donde se acordó lanzar una ofensiva conjunta: el ejército español ocuparía militarmente la bahía de Alhucemas y las tropas francesas proyectarían una ofensiva sobre la cabila de Beni Zerual para distraer defensores de la costa y «dulcificar el desembarco».

El residente francés, Hubert Lyautey, no estuvo conforme en coordinar una acción conjunta; sin embargo, el Gobierno de la República envió al Protectorado francés al mariscal Pétain, defensor de la guerra total, con el objeto de poner en marcha las operaciones militares necesarias para acabar con la resistencia rifeña. Aquel cambio en la dirección del mando facilitó la empresa, pues el «héroe de Verdún» llegó a Marruecos con la intención de aplastar la resistencia «rebelde». Pétain y su Estado Mayor consideraron que el plan de desembarco español estaba bien diseñado y tan solo puso un pero, el punto de desembarco. Instó al general en jefe del ejército español a cambiar las playas donde desembarcarían las tropas, proponiendo la Cebadilla e Ixdain, localizadas fuera de la bahía, a poniente de Morro Nuevo. Finalmente, tras anunciar ambos gobiernos la ruptura de negociaciones con los rifeños, comenzaron los preparativos de embarque de tropas y pertrechos en los puertos de Ceuta y Melilla. La decisión de operar estaba tomada, como lo había estado en 1911 y 1913.

Así, la bahía de Alhucemas fue el escenario de la última gran batalla que Abd el-Krim disputó al ejército colonial español. La confrontación se libró en su territorio. Desde 1911 los estrategas militares habían señalado que para dominar el territorio sería necesario domeñar a los Beni Urriaguel y para ello había que caer sobre Alhucemas. A pesar de establecer continuas líneas de defensa mediante nidos de ametralladora, pozos de tirador y abrigos para el emplazamiento de las piezas de artillería fue cediendo ante el empuje de un ejército mejor armado y auxiliado durante toda la batalla por fuerzas del aire y navales.

La playa elegida para desembarcar por parte de los Estados Mayores de los ejércitos coloniales español y francés, sí que constituyó una sorpresa. La playa de la Cebadilla estaba en territorio de los Bocoya y a ellos les estaba asignada la defensa de ese sector. Abd el-Krim lamentó entonces no haber dispuesto en ese punto combatientes de Beni Urriaguel, aunque dada la magnitud de la ofensiva hubiera sido igualmente complicado para los rifeños detener a los soldados del ejército español. El ejército francés, en efecto, contribuyó a la victoria con su fuego de apoyo naval, sus aeronaves y la presión que sus tropas de Infantería ejercieron desde el Río Uarga.

Catorce años después de haber elaborado por vez primera un proyecto para desembarcar en la bahía de Alhucemas, el ejército colonial español consiguió invadir las costas del Rif y ocupar Axdir, capital del Rif y pueblo natal de Abd el-Krim. La estrategia de alcanzar el objetivo por vía marítima se demostró acertada, frente al intento de llegar al territorio de Beni Urriaguel por vía terrestre, de cerro en cerro, como pretendió el general Silvestre en 1921. A partir del dominio de la costa los militares extendieron su influencia hacia el interior *manu militari*, sometiendo a los nativos de las montañas que, exhaustos por el sacrificio de largos años de guerra ofrecieron poca resistencia hasta quedar anulados los últimos reductos en julio de 1927.

Desde el punto de vista económico la operación exigió grandes recursos. Si en 1924 la cantidad invertida en Guerra había significado un 33,87 por ciento de los gastos generales del Estado español,

la operación de Alhucemas supuso un incremento del presupuesto ordinario de 273,2 millones de pesetas. Del mismo modo, se aumentó el correspondiente a la partida extraordinaria denominada «acción en Marruecos», que alcanzó 475,4 millones. En total 748,6 millones de pesetas. Esa fue la suma de dinero que el Directorio Militar empeñó en el desembarco y conquista de Axdir. Para hacernos una idea aproximada de lo que significó el coste de la operación basta señalar que la partida concedida en 1925 para Instrucción Pública y Bellas Artes en todo el país era de 186, 6 millones de pesetas, es decir, cuatro veces inferior al dinero invertido en la Guerra del Rif. Por último, otro dato relacionado con el coste económico de la operación es la comparación que se puede establecer con el presupuesto que con el mismo objeto de ocupar la bahía se determinó en junio de 1916, y que ascendía a 432.530 pesetas. En aquel momento, una parte importante de dicha cantidad estaba destinada a la compra de voluntades de los *xeij* o jefes de fracción, como Abd el-Krim padre, para desembarcar sin hostilidad. «Fuerza y dinero», las dos condiciones que el viejo Abd el-Krim había considerado determinantes para alcanzar Alhucemas. Y esos fueron precisamente los medios que permitieron al Directorio Militar alcanzar su objetivo.

La tesis principal de la investigación ha sido demostrar la existencia de un proyecto para desembarcar en torno a la bahía de Alhucemas como principal apuesta de los militares destacados en Melilla para poder ejercer la «acción de Protectorado» en el norte de Marruecos. El desembarco anfibio en las costas de Alhucemas resultó efectivo para la ulterior pacificación del Protectorado; sin embargo, no se puede calificar la operación de 1925 de genialidad estratégica, puesto que hubo errores graves que pudieron cambiar el signo de la operación. En primer lugar, desembarcar en la playa de Ixdain en lugar de la Cebadilla como estaba previsto fue mera casualidad. Los Estados Mayores implicados en el planeamiento del desembarco no descubrieron la existencia de bombas enterradas en la playa de La Cebadilla; las corrientes provocaron el desplazamiento de las barcas hacia el oeste y varar frente a la playa de Ixdain. En segundo lugar, por falta de previsión fue imposible desembarcar los carros de asalto, por quedar las barcas «K» varadas a 50 metros de la playa, circunstancia que impidió que dichas máquinas de guerra contribuyeran en un primer momento a la ocupación de los objetivos, quedando además a merced de las baterías de costa rifeñas.

No se pueden negar las dificultades que entrañó la operación; de hecho, existía el precedente de Gallípoli en 1915, un fracaso en parte debido a una deficiente planificación; pero no hay que olvidar que los rifeños, al contrario que los turcos, carecían de tecnología militar para hacer frente a un ejército que contaba con superioridad aplastante en elementos de guerra. El «ejército de la República del Rif» poco o nada pudo hacer ante la mayor ofensiva militar urdida en el Protectorado de Marruecos, derivada de la coordinación de esfuerzos por parte de los ejércitos coloniales de España y Francia, dispuestos a acabar con la osadía de quienes les habían puesto en un brete durante años de colonialismo. Con un bagaje aproximado de 100 cañones y algunas ametralladoras, se enfrentaron a un ejército moderno con Infantería, Artillería, grandes y potentes buques de guerra y aviación. La gran cantidad de medios empleados por los colonizadores demostró que la mejor de las tácticas fue la explotación sistemática de la superioridad material. Frente a esa enorme maquinaria de guerra se opuso la voluntad y el heroísmo de los rifeños, que no fue suficiente, porque defenderse no era esperar el ataque con firmeza de corazón, sino contar con medios mecánicos proporcionados a los atacantes.

A lo largo de los nueve capítulos de esta tesis se ha demostrado la importancia de esta operación militar, considerada «definitiva» y «concluyente» en el marco de la fase de control militar del territorio en Marruecos. Los primeros militares en plantear el desembarco en Beni Urriaguel fueron José Marina, García Aldave, Gómez Jordana y Francisco Larrea; considerados pioneros del «africanismo» colonial española en Marruecos, cuyas raíces se hallan en Cuba y Filipinas como ha demostrado Daniel Macías. A esa generación de militares le sucedió otra que también prestó servicio en las colonias de Ultramar, siendo entonces jóvenes oficiales recién egresados de las academias; es el caso de Francisco Gómez-Jordana Sousa, Manuel Goded o Alberto Castro Girona. Una tercera generación de militares, nacidos en la última década del siglo XIX, recogió el testigo de aquellos primeros africanistas. Asumieron el mando de las unidades de choque (policía indígena, legión, regulares, harcas y mehal-las) y a partir de 1921 alcanzaron gran protagonismo, desempeñando un papel preferente en la preparación y ejecución del desembarco de Alhucemas que permitió estrangular la «rebeldía rifeña» dirigida por Abd el-Krim el Jatabi.

En las diversas ocasiones en las que el proyecto estuvo muy cerca de ponerse en marcha no se pergeñó del mismo modo, pues hubo diferencias en el planeamiento. En los dos primeros proyectos (1911 y 1913) los militares españoles participantes en el planeamiento de la operación negociaron con los jefes de fracción de cabila a cambio de dinero (principalmente de Beni Urriaguel), un desembarco sin hostilidad. A partir de los sucesos de 1921, las dos ocasiones en las que se planteó la posibilidad de desembarcar en Alhucemas, sus principales impulsores contemplaron un desembarco a viva fuerza tanto en Pizarra en 1922 como en 1923. Finalmente, como se ha visto, en 1925 la operación se llevó a cabo sin contar con apoyos entre los nativos.

El proyecto anfibio para ocupar Alhucemas vertebró la fase de penetración militar en Marruecos entre 1909 y 1925. Durante 16 años, desde el desastre del Barranco del Lobo en 1909 hasta la ejecución del desembarco en 1925, no hubo un solo año en que el proyecto no estuviera presente en las principales instituciones civiles y militares relacionadas directamente con el Protectorado español en Marruecos. Aquel periodo histórico estuvo marcado por el colonialismo europeo en África, donde las potencias perseguían con interés la ocupación y expansión territorial. El imperialismo español, similar al de otras naciones occidentales, justificó la acción protectora como una obligación moral que los pueblos civilizados tenían hacia los nativos, alejados de la cultura, según un punto de vista eurocéntrico. En Marruecos, la resistencia anticolonial contra España liderada por Abd el-Krim a partir de 1921 desencadenó una eficaz lucha que solo pudo ser dominada tras la acción militar a gran escala sobre Alhucemas de los ejércitos de ambos países, coordinada por Primo de Rivera y Pétain. La conquista del norte de África (1909-1927) tuvo su punto de inflexión en 1925 cuando la operación anfibia de Alhucemas permitió a los ejércitos de España y Francia infligir una dura derrota a la resistencia anticolonial. El ejército colonial español después de lustros trufados de derrotas alcanzó su paroxismo en las montañas de Beni Urriaguel.

La guerra de Marruecos tuvo un enorme influjo en la vida española. En España no se deseaba aquella guerra y en consecuencia las operaciones se hicieron con efectivos limitados y evitando constantemente las bajas, con objeto de no alarmar a la opinión pública. El descalabro de Annual planteó un serio problema político y de opinión pública en la Península que desprestigió a los partidos del

turno e hizo que el golpe de Estado de Primo de Rivera se tomase con pasividad en la calle. El desembarco de Alhucemas contribuyó a prestigiar la figura del dictador quien a partir de diciembre de 1925 dio un paso hacia adelante e intentó llevar a cabo la institucionalización del Régimen.

La gran operación del colonialismo español en Marruecos, desde los puntos de vista estratégico y táctico, significó un éxito importante del ejército colonial, pero en ningún caso podemos calificarla de gran operación militar a la altura de otras grandes operaciones anfibias de la Segunda Guerra Mundial, como la «Operación Antorcha» o el «Desembarco de Normandía», porque los defensores se enfrentaron a los invasores con una potencia de fuego infinitamente menor. En ambos ejércitos hubo militares que demostraron grandes aptitudes en el campo de batalla, otros derrocharon valor y también destacaron marinos y aviadores. Hubo igualmente un planeamiento de la operación concienzudo, fruto de más de tres décadas de preparación.

Para finalizar se destacan las principales aportaciones que se han hecho en esta tesis desde mi punto de vista. La más importante, la existencia de sendos proyectos de desembarco como principal línea estratégica de penetrar en el territorio marroquí. El estudio se ha interesado por los proyectos que se sucedieron en el tiempo desde 1911 hasta 1925. Algunos de esos planes eran conocidos, otros no, y de otros se sabía muy poco; pero, en general, lo que queda asentado tras la tesis son los motivos por los que se pensó una operación militar como esta y las razones por las que, una y otra vez el proyecto quedó apartado sin ponerse en marcha. Se recogen muchos detalles políticos y militares, tanto en cada uno de los planes no ejecutados como en el que finalmente se llevó a cabo en 1925, que salen por primera vez a la luz; y que, en general, dejan entrever que los motivos por los que el control militar efectivo de la parte norte de Marruecos que le había correspondido a España como Protectorado en el “reparto de África” se retrasó por 13 años tuvo que ver, por un lado con la impopularidad de la guerra y el temor al efecto que pudiera tener sobre un régimen restauracionista de legitimidad cuestionada — después de la “lección” aprendida en 1909—; y, por otro lado, con las dudas sobre las posibilidades de éxito y la eficacia del ejército y la marina de España frente a unas cabilas “rebeldes” cuya derrota no estaba asegurada con los medios convencionales y sin la colaboración efectiva de Francia. Por último, se ha desmontado alguno de los mitos respecto al desembarco de 1925, donde incluso el azar tuvo un papel preponderante en el resultado final de la operación.

Con todo ello, queda abierto el camino para abordar otras temáticas en el campo de la historia militar, como, por ejemplo, profundizar en las biografías de algunos militares influyentes con gran protagonismo en el colonialismo español en Marruecos y que merecen un estudio detallado sobre su papel y capacidad en dicho contexto; en particular, Francisco Gómez Jordana, principal ideólogo del proyecto de desembarco en 1913, de quien partió la idea en 1909. Resultaría muy interesante, igualmente emplear el enfoque de los *cultural studies perspectives on war* para investigar las experiencias de los combatientes, no solo durante la maniobra de desembarco, sino a lo largo de toda la fase de penetración militar en el territorio de Marruecos y ponerlos en relación con otras experiencias similares en contextos diferentes, como Gallípoli en la Primera Guerra Mundial o las grandes operaciones de desembarco que se ejecutaron en la Segunda.

CUADRO RESUMEN DE LOS PROYECTOS DE DESEMBARCO EN LA BAHÍA DE ALHUCEMAS (1911-1925)											
PROYECTO	MES	IMPULSOR	ESTRATEGIA	CONDICIONES ALIANZAS	PLAYAS DE DESEMBARCO	NÚMERO DE EFECTIVOS	ESTRATEGIA ALTERNATIVA	FACTOR SORPRESA	PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS	APROBACIÓN DE LA OPERACIÓN	CAUSAS DE LA SUSPENSIÓN
1911	Octubre	Agustín Luque	José García Aldave	Alianzas con algunas fracciones de Beni Urriaguel. La más importante con Abd el-Krim (padre)	Suani (entre los ríos Guis y Nekor). Hora prevista: 00:00 h.	8.175	Ofensiva en la línea del Kert	No hubo. El proyecto lo aireó la prensa, a pesar de la censura.	José Canalejas	Sí	Temor a la respuesta de los nativos de la montaña. Respeto a los tratados internacionales
1913	Junio	Francisco Gómez Jordana	Francisco Gómez Jordana		Espalmadero y Sfiha (entre los ríos Isli y Guis)	9.000	No existía un plan de ofensiva alternativa en otros frentes para distraer tropas	Jordana evitó en todo momento que la opinión publica española tuviera noticias del proyecto	Conde de Romanones	Sí	Levantamiento de la harca de El Raisuni en Yebala
1916	Junio			Entre 8.000 y 10.000	No la había		Conde de Romanones	NO	Cuestiones de orden Internacional. Compromiso de neutralidad en la Primera Guerra Mundial		
1921	OFENSIVA TERRESTRE COMBINADA, DESDE TENSAMÁN HASTA EL TERRITORIO DE BENI URRIAGUEL EN LA ZONA ORIENTAL, Y DESDE YEBALA A TRAVÉS DE BOCOYA HASTA BENI URRIAGUEL UNA OPERACIÓN ANFIBIA NO FUE CONSIDERADA ESTRATEGIA PRINCIPAL SINO AUXILIAR LOS ARTÍFICES DE LA OFENSIVA FUERON DÁMASO BERENGUER (zona occidental) y FERNÁNDEZ SILVESTRE (zona oriental)										
1922	Mayo / Junio	Antonio Maura	Dámaso Berenguer-Lus Aizpuru	«A viva fuerza»	Suani, Sfiha y Spalmadero	16.000	No existía plan alternativo y combinado		Antonio Maura	Sí	Crisis de Gobierno
1923	Julio	Luis Silvela	Severiano Martínez Anido			18.000	Ataques por tierra de oriente y occidente. Desembarco en playa de las Cuatro Torres (Peñón Vélez de la Gomera). Simulacro en Sidi Dris	Martínez Anido elaboró una estrategia que requería del factor sorpresa	Manuel García Prieto	NO	Inviabilidad por falta de tropas
1925	Septiembre	Miguel Primo de Rivera	Francisco Gómez-Jordana Sousa - Ignacio Despuysols junto a los hombres del Estado Mayor de Pétaín (revisores)	Cebadilla e Ixdáin en primer lugar. Posteriormente en Cala Bonita, Cala del Quemado y Espalmadero	18.441	Ofensiva francesa desde el Uarga en la cabila de Beni Zerual	Sí. Las playas de desembarco ubicadas en la cabila de Bocoya	Directorio Militar presidido por Miguel Primo de Rivera	Sí	Éxito de resultados para el ejército colonial español	





## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### ARCHIVOS

ACEG (Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos. Centro Geográfico del Ejército). Principal referente de la cartografía del norte de Marruecos utilizada para la elaboración de los mapas de la tesis.

AGA (Archivo General de la Administración del Estado). En este archivo se encuentran importantes documentos para conocer el proyecto de desembarco de 1913 y 1925 principalmente.

AGMAB (Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán). En el archivo se hallan los partes de operaciones de los buques de guerra de la escuadra de instrucción que tomaron parte en el desembarco de 1925: los acorados *Alfonso XIII* y *Jaime I*, y el porta-hidroaviones *Dédalo*.

AGMM: (Archivo General Militar de Madrid). El grueso de los documentos para investigar todos los proyectos de desembarco en Alhucemas se encuentra en este archivo.

AGMS (Archivo General Militar de Segovia). Este archivo custodia todos los expedientes de los principales militares que fueron protagonistas de alguno de los planeamientos para desembarcar. El único expediente que no se encuentra allí y que no he hallado en ningún otro sitio es el de Francisco Gómez Jordana.

AGP (Archivo General de Palacio). Una buena parte de la documentación relacionada con los proyectos de desembarco y el rey, Alfonso XIII, se halla en el archivo de Palacio.

AHN (Archivo Histórico Nacional). En el archivo se custodian las fuentes para el estudio del desastre militar de Marruecos en 1921: «el expediente Picasso», la causa contra el mando y otros documentos.

APG (Archivo de la Presidencia del Gobierno). Se encuentran documentos relativos a la participación de Francisco Gómez-Jordana Sousa en los primeros gobiernos de Franco y su relación con el mariscal Pétain.

ARAEH (Archivo Real Academia de la Historia). En el archivo se halla el proyecto de Severiano Martínez Anido para el desembarco de Alhucemas de 1923.

BEGE (Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército). En la Biblioteca se hallan las memorias de los militares de Estado Mayor que realizaron prácticas en la Comandancia General de Melilla.

BN (Biblioteca Nacional). En la Biblioteca se hallan varios análisis de la operación, destacando por encima del resto el del comandante José María Troncoso.

BOE GAZETA DE MADRID

BOZIE (Boletín Oficial de la Zona de Influencia Española)

DSCD (Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados)

DSS (Diario de Sesiones del Senado)

FAM (Fundación Antonio Maura). Se halla la documentación correspondiente al planeamiento del desembarco dispuesto en la Conferencia de Pizarra en 1922.

FNFF (Fundación Nacional Francisco Franco).

**FUENTES PRIMARIAS**

- AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*. Madrid, Gráficas Lar, 1944.
- ALARCÓN, Antonio de: *Diario de un testigo de la guerra de África*. Madrid, Gaspar y Roig, 1859.
- AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando: *Reivindicaciones de España*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1941.
- ARMADA, Ramón: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*, Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército, 1926.
- ARQUÉS, Enrique: *El momento de España en Marruecos*. Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943.
- BACON, Reginald: *The Dover Patrol (1915-1917)*. Vols. 1 y 2, Londres, Hutchinson & Co. 1919.
- BASALLO, Francisco: *Memorias del Cautiverio (julio de 1921 a enero de 1923)*. Madrid, Mundo Latino, 1924.
- BECKER, Jerónimo: *Historia de Marruecos*. Apuntes para la historia de la penetración europea y principalmente de la española en el Norte de África. Barcelona, Jaime Ratés, 1915.
- BENAVIDES MORO, Nicolás: *La colonización y el Acta Torrens en el Norte de África*. Tesis doctoral, Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago 1926.
- BERENGUER, Dámaso: *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922*. Notas y documentos de mi diario de operaciones. Madrid, Sucesores de R. Velasco, 1923.
- BLANCO IZAGA, Emilio: Emilio Blanco Izaga: coronel en el Rif. Una selección de su obra publicada e inédita, sobre la estructura sociopolítica de los rifeños en el Norte de Marruecos. Estudios introductorios y notas de David Montgomery Hart. Melilla, Ayuntamiento-Centro Asociado de la UNED de Melilla, 1995.
- CALVO, Gonzalo: *España en Marruecos (1910-1913)*. Acción de España en las regiones de Larache, Alcázar, Ceuta y Melilla, con el relato de la Campaña del Rif en 1911-1912. Barcelona, Maucci, 1914.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Apuntes para la historia de Marruecos*. Madrid, Algazara, 1991.
- CEBREIROS, Nazario: *Verdades amargas: la campaña de 1909 en el Rif*. Madrid, Imprenta Artística Española, 1910.
- CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la: *Notas de mi vida*. Madrid, Instituto Editorial Reus, 1955.
- DEL NIDO y TORRES, Manuel: *Marruecos*. Apuntes para el Oficial de Intervención y de Tropas Coloniales. Tetuán, Hispano Africana, 1925.
- DÍEZ de RIVERA, Pedro: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*, Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército, 1918.
- EZA, vizconde de: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra*. Madrid, Gráficas Unidas, 1923.
- GALLEGO RAMOS: *La campaña del Rif (1909)*. Orígenes, desarrollo y consecuencias. Málaga, Algazara, 2005.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Del Marruecos feudal. Episodios de la vida del Raisuni*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.
- Marruecos. La acción de España en el norte de África. Madrid, Ediciones Fe, 1941.
- España y su protectorado en Marruecos (1912-1956). Madrid, CSIC, 1957.
- GASCUEÑA GASCÓN, Epifanio: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia Militar de Melilla*, Biblioteca de la Escuela de la Guerra, 1916.

- GIBERT, Narciso: España y África. Organización del ejército colonial. Madrid, s.n., 1912.
- GODED LLOPIS, Manuel: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Barcelona, Compañía Iberoamericana, 1932.
- GÓMEZ HIDALGO, Francisco: *La tragedia prevista*. Madrid, Editorial Juan Pueyo, 1921.
- GÓMEZ, Vitiliano: *En la hora de la paz, 1924-1927*. Tetuán, Editorial Hispanoaficana, 1928.
- GÓMEZ-JORDANA SOUZA, Francisco: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editorial Nacional, 1976. A pesar de su tardía publicación sus memorias fueron redactadas entre 1932 y 1934, y por ello se considera una fuente impresa.
- HERNÁNDEZ MIR, Francisco, *Del desastre al fracaso: un mando funesto*. Madrid, Editorial Juan Pueyo, 1922.
- *Del Desastre a la victoria (1921-1926)*. Madrid, Imprenta Hispánica, 1926.
- KINDELÁN, Alfredo: *Ejército y política*. Madrid, Ares, 1959.
- LEÓN Y CASTILLO, Fernando: *Mis tiempos*. Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, vol. 2, 1921.
- LÓPEZ FERRER, Luciano: *Naturaleza jurídica del Protectorado español en Marruecos*. Madrid, Publicaciones de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1923.
- LÓPEZ RIENDA, Rafael: Abd el-Krim contra Francia. Del Uarga a Alhucemas. Impresiones de un cronista de guerra. Madrid, Calpe, 1925.
- MAURA GAMAZO, Gabriel: *Bosquejo histórico de la dictadura*. Madrid, Javier Morata, 1930.
- MAURA GAMAZO, Gabriel y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado, Madrid, Ambos Mundos, 1948.
- MOLA VIDAL, Emilio: *Obras completas*. Santander, Aldus, 1942.
- MORALES, Gabriel de: *Datos para la historia de Melilla (1497-1907)*, Vol. I, edición de Vicente Moga Romero, Melilla, Centro Asociado de la UNED, 1992.
- OGAZÓN BAREA, Arturo: *La Ruta. Barcelona, Plaza y Janés, 1986*.
- ORTEGA, Manuel: *El Raisuni, España en Marruecos*. Madrid, Tipografía moderna, 1917.
- ORTONEDA JIMÉNEZ, Jesús: Estudio de la región del Rif: curso de perfeccionamiento de oficiales del Servicio de Intervención. Toledo, Colegio de María Cristina, 1930.
- OTENZA, Luis de: *Abd el-Krim y los prisioneros*. A Coruña, Ediciones del Viento, 2018.
- PAREJA, Luis: La guerra irregular en zonas montañosas (Yebala). s.l., s.n., 1926.
- PRIETO, Indalecio: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*. Málaga-Melilla, Algazara, 2001.
- RIERA, Augusto: España en Marruecos. Crónica de la Campaña de 1909. Barcelona, Maucci, 1909.
- RIVAS SANTIAGO, Natalio: *Diarios*. Fondo Natalio Rivas, Madrid, Real Academia de la Historia, 1921.
- ROGER-MATHIEU, J.: *Mémoires d'Abd-el-Krim*. París, Librairie des champs-élysées, 1927.
- ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida (1912-1931)*. Madrid, Espasa Calpe, 1947.
- RUIZ ALBÉNIZ, Víctor: *El Riff. Estudio de un español en el norte africano*. Madrid, imprenta de Juan Pueyo, 1912.
- *España en el Rif (1908-1921)*. Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, 2007.
- Las responsabilidades del desastre. Ecce Homo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1922.
- SANGRÓNIZ, José Antonio de: Marruecos. Sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1926.

- SANTIAGO GUERRERO, Mariano: *La columna Saro en la campaña de Alhucemas*. Barcelona, Tip. La Académica, Herederos de Serra y Russel, 1926.
- SHEEAN, Vincent: *An american among the Riffi*. Nueva York, The Century, 1926.
- TORCY (general): *Los españoles en Marruecos en 1909*. Madrid, Adrián Roma, 1911.
- TRONCOSO, José María: *Actuación de nuestra artillería en Marruecos*. Desembarco de Alhucemas, Colección García Figueras, 1925.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE DE CÁRCER, Manuel: *Glosa del año 23*. Madrid, Gráficas Lar, 1944.
- AKMIR, Youssef: *De Algeciras a Tetuán, 1875-1906. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos*. Rabat, Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2009.
- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *En torno a Annual*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.
- *Arcabuces, mosquetes y fusiles*. Madrid, Ollero y Ramos editores, 2013.
- ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel: «1914 y 1936: culturas de guerra, excombatientes y fascismos en Francia y España durante el período de entreguerras», *Amnis*, 10, 2011.
- ALÍA MIRANDA, Francisco: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del Desastre del 98 a la Transición*. Madrid, Catarata, 2018.
- ALONSO BAQUER, Miguel: *El modelo español de pronunciamiento*. Madrid, Rialp, 1983.
- «La mentalidad patriótica del militar español contemporáneo», *Revista de Historia Militar*, 1, 2005, pp. 133-158.
- ALONSO IBÁÑEZ, Ana Isabel: *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.
- ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino: *La administración española en el protectorado de Marruecos, plazas de soberanía y colonias de África*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Africanos, 1949.
- ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, Luis: «¿Un proyecto de reparto de Marruecos entre España y Francia a finales de los años 1880?», en DÍEZ TORRE, Alejandro Ramón (ed.): *Ciencia y memoria de África. Actas de las terceras jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*. Madrid, Ateneo de Madrid / Universidad de Alcalá de Henares, 2002.
- ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA: Rafael: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli». *Operaciones anfibias. De Gallípoli a las Malvinas*. Monografías del Ceseden, 47. VI Jornadas de Historia Militar. Madrid, Instituto español de Estudios Estratégicos, junio 2001, pp. 49-69.
- AMATE BLANCO, Juan José: *La Legión en la campaña de Melilla*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2017.
- ANCA ALAMILLO, Alejandro: *Buques de la armada española del siglo XX*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2009.
- AVILÉS FARRÉ, Juan: *La fe que vino de Moscú. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

- AYACHE, Germain: *Les origines de la guerre du Rif*. París-Rabat, Publications de la Sorbonne, 1981.
- BACHOUD, Andrée: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa Cape, 1988.
- BALDOVÍN RUIZ, Eladio: *Historia del Cuerpo y Servicio de Estado Mayor*. Madrid, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2001.
- BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil de España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.
- «El otro moro en la guerra colonial y la Guerra Civil», en GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*. Barcelona, Anthropos, 2003.
- BARAS BARAS, Monserrat: «La trajectòria d'Acció Catalana», *L'Avenç, Revista d'Història*, Barcelona, nº 72, 1984.
- BEN-AMI, Shlomo: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona, Planeta, 1984.
- BERMUDO ROMANO, Eliseo: *El Raisuni. Caudillo de Yebala*. Madrid, Grafica Literaria Francisco G. Vicente, 1944.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*. Barcelona, Editorial Labor, 1989.
- *La incompetencia militar de Franco*. Madrid, Alianza, 2000.
- BLANCO NÚÑEZ, José María: «El desembarco de Alhucemas», *Cuaderno de Historia Militar 2. Operaciones conjunto-combinadas*. Turín, XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar, 2013.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar. Desde los reinos medievales hasta nuestros días*. Barcelona, Ariel, 2000.
- «La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación», *Manuscripts Revista d'Història moderna* 34, pp. 145-176, 2016.
- BOUARFA, Mohamed: *Marruecos y España. El eterno problema*. Málaga, Algazara, 2002.
- BOURKE, Joanna: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2008.
- BOYD, Carolyn P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- BRAVO NIETO, Antonio: *La construcción de una ciudad europea en el contexto norteafricano. Arquitectos e ingenieros en la Melilla contemporánea*. Ciudad Autónoma de Melilla, Servicio de Publicaciones, 1996.
- BUSQUETS BRAGULAT, Julio: *El militar de carrera en España*. Barcelona, Ariel, 1967.
- «La sociología militar en España», *Revista de Estudios Políticos*, 30, 1982, pp. 143-155.
- BUSQUETS BRAGULAT, Julio y LOSADA MÁLVAREZ, Juan Carlos: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*. Barcelona, crítica, 2003.
- CAMPOAMOR, José María: *La actitud de España ante la cuestión de Marruecos (1900-1904)*. Madrid, CSIC, 1950.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Apuntes para la historia de Marruecos*. Madrid, Algazara, 1991.
- CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983.
- «El imposible reformismo militar en la España de la Restauración (1875-1931)», en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *España entre dos siglos. Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y tácticas de la guerra de España*. Barcelona, Flor del Viento, 2006.



- CARR, Raymond: España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980. Barcelona, Ariel, 2006.
- CARRASCO GARCÍA, Antonio; De MESA GUTIÉRREZ, José Luis y DOMÍNGUEZ LLOSA, Santiago Luis: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*. Madrid, Almena, 2011.
- CASADO ESCUDERO, Luis: Igueriben: 7 de junio – 21 de julio de 1921. Madrid, Almena, 2007.
- COLOMAR CERRADA, Vicente Pedro: *Prisioneros españoles en el Rif 1921-1923*. Madrid, Cultivalibros, 2018.
- COMÍN, Francisco: «Sector público administrativo y estado del bienestar», en CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 873-967.
- CONNELLY ULLMAN, Joan: La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912). Barcelona, Ariel, 1972.
- CORDERO TORRES, José María: *Organización del Protectorado Español en Marruecos, I Vol.* Madrid, Editorial Nacional, 1942.
- CORDÓN, Antonio: Trayectoria (recuerdos de un artillero). París, Ebro, 1971.
- DAVIDSON, Basil: *África in history*. Londres, Weindenfield and Nicholson, 1993.
- DÁVILA JALÓN, Valentín: Una vida al servicio de España. General don Fidel Dávila Arrondo. Madrid, Autor-Editor, 1978.
- EL MESSAOUDI-AHMED, Faris: El Rif, sus élites y el escenario internacional en el primer tercio del siglo XX (1909-19230). Madrid, Caligrama, 2016.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia del reinado de Alfonso XIII*. Barcelona, Montaner y Simón, 1977.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Pelayo: Las Reflexiones militares del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras naturales. Madrid, Ministerio de Defensa, 2014.
- FERNÁNDEZ RIERA, Vicente: «Pizarra en el recuerdo. La Conferencia de Pizarra», *Revista Jábega* nº 17, Málaga, 1977.
- Xauen 1924: La campaña que evitó un nuevo Annual. Madrid, Almena, 2013.
- FLEMING, Shannon E.: *The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*. Madison, Universidad de Wisconsin, 1974.
- «El problema español en Marruecos y el desembarco de Alhucemas», *Revista de Historia Militar*, nº 35, 1973, pp. 155-178.
- FONTAINE, Pierre: *Abd el-Krim*. París, Les Sept Couleurs, 1958.
- FORBES, Rosita: El Raisuni, sultán de las montañas. Córdoba, 2010.
- GAJATE BAJO, María: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Tesis Doctoral, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado – UNED, 2012.
- «El desastre de anual. El pleito de las responsabilidades en la gran prensa (1921-1923)», *RUHM* 3, Vol. 2, 2013.
- «El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)», *RUHM* Vol. 16, 2019, pp. 82-103.
- «Prensa y opinión pública. Un reto para el investigador» en AGUIRREGABIRIA IBARRA, Alejandra (Coord.) *No es país para jóvenes*. Encuentro de jóvenes investigadores en historia contemporánea (2. 2009. Granada) Instituto Valentín Foronda, 2012.

- GALLEGO RAMOS, Eduardo: *La campaña del Rif de 1909*. Madrid, Algazara, 2005.
- GARCÍA ARGÜELLES, Amador: «75 aniversario del desembarco de Alhucemas», *Ejército de tierra español. Revista de las armas y de los servicios*, nº 715, Ministerio de Defensa, 2000.
- GARCÍA DEL RÍO FERNÁNDEZ, Juan y GONZÁLEZ ROSADO, Carlos: *Blocaos. Vida y muerte en Marruecos*. Madrid, Almena, 2009.
- GIRARDET, Raoul: «L'apothéose de la Plus Grande France. L'idée coloniale devant l'opinion française (1930-1935)», en *Revue Française de Science Politique*, XVIII, 1968.
- GÓMEZ NAVARRO, José Luis: *El régimen de Primo de Rivera*. Madrid, Cátedra, 1991.
- GONZÁLEZ ABELA, Luis: «Empleo en África de la artillería de 7 cm», *Revista de Tropas Coloniales*, 1 de enero de 1926.
- GONZÁLEZ CALBET, M. Teresa: *La Dictadura de Primo de Rivera*. El Directorio Militar. Madrid, El Arquero, 1987.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Madrid, Alianza, 2005.
- «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general sobre el contemporaneismo español», *Historia Social*, 61, 2008, pp. 69-87.
- *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*. Madrid, CSIC, 1999.
- GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, Pablo: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2003.
- HART, David Montgomery: *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif: An Ethnography and History*, Tucson (Arizona), The University Arizona Press, 1976.
- IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*. Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2014.
- «La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)», *RUHM*, vol. 8, nº 16, 2019, pp. 104-131; «La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)», *Hispanic Research Journal. Iberian and Latin American Studies*, vol. 18, nº 2, 2017, pp. 131-145.
- «España y Marruecos: Guerra y colonialismo en los siglos XIX y XX», *RUHM* Vol. 16, 2019, pp. 11-16.
- JENSEN, Geoffrey: «The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History», *RUHM* Vol. 16, 2019, pp. 17-40.
- JIMÉNEZ MOYANO, Francisco José: «El desembarco de Alcázar Seguer», *Revista de Historia Militar*, nº 99, 2006, pp. 57-74.
- «El desembarco de Alhucemas. Un hito de la historia militar», *Revista de Historia Militar* nº 101, 2007.
- JOVER ZAMORA, José María: «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII» en la *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, Tomo XXXVIII, vol. I. Madrid, Espasa Calpe, 1995.
- JULIÁ, Santos: «España sin guerra civil. ¿Qué hubiera pasado sin la rebelión militar de julio de 1936?» en Niall Ferguson (Dir.), *Historia virtual ¿Qué hubiera pasado si ?* Madrid, Taurus, 1998.
- LA PORTE, Pablo: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Tesis doctoral, Madrid, UCM, 1997.

- LA PORTE, Pablo: La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923). Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- «Liberalismo y política colonial en la Restauración: la zona de influencia de España en Marruecos (1898-1931), en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *las máscaras de la libertad: el liberalismo español, 1808-1950*. Madrid. Marcial Pons, 2003, pp. 471-490.
- LÁZARO ÁVILA, Carlos: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015.
- LÓPEZ BARRANCO, Juan José: *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*. Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé: «El socialismo español y el anticolonialismo. El socialismo español y los Congresos de la Internacional ante la penetración colonial en Marruecos (1898-1914)» *Suplementos del Cuadernos para el diálogo*, nº 76, 1976, p. 41.
- LYAUTEY, Pierre (ed.): *Lyautey l'Africain*, Vol. IV, textes et lettres du Marechal Lyautey. París, 1957.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos. Madrid, Tecnos, 2019.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel (coord.): «Las guerras coloniales de España en la época contemporánea: en el centenario de la instauración del protectorado español», *RUHM* 3, vol. 2, 2013, pp. 5-8.
- MADARIAGA, María Rosa de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Melilla, UNED (Centro Asociado de Melilla), 2000.
- *Los moros que trajo Franco*. Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos. Madrid, Alianza, 2005.
- Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español. Madrid, Alianza, 2009.
- Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia. Madrid, Alianza, 2009.
- «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la Guerra Civil de 1936», *Revista Internacional de Sociología*, 46, 4, 1988, pp. 575-600.
- «La República del Rif. Un ensayo pionero de Estado moderno en el Magreb», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, septiembre-octubre 2015, pp. 30-34.
- MADARIAGA, María Rosa de y LÁZARO ÁVILA, Carlos: «Guerra química en el Rif (1921-1927)», *Historia* 16, nº 324, 2003, pp. 50-85.
- MALDONADO VÁZQUEZ, Eduardo: *El Rogui*. Tetuán, Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, 1949.
- MARCHÁN GUSTEMS, Jesús: La colonización agrícola en el protectorado español de Marruecos (1912-1956). Una esperanza frustrada. Tesis Doctoral, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2014.
- MARTÍN CORRALES, Eloy: La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX. Barcelona, Bellaterra, 2002.
- MARTÍN CORRALES, Eloy (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*. Barcelona, Bellaterra, 2011.
- MARTÍNEZ CARRERAS, Juan Manuel: *Historia del colonialismo y la descolonización*. Madrid, Editorial Complutense, 1992.
- MAS CHAO, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988.

- MESA, José Luis de, LÁZARO ÁVILA, Carlos, MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto y NÚÑEZ CALVO, Jesús: *Las campañas de Marruecos. 1909-1927*. Madrid, Almena, 2001.
- MIGUEL FRANCISCO, Luis: 1925. Nuestro día en Alhucemas. Las unidades de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas. Valladolid, Galland Books, 2008.
- MIRALLES, Ricardo: Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945. Madrid, Síntesis, 1996.
- MOGA ROMERO, Vicente: El Rif de Emilio Blanco Izaga: trayectoria militar, arquitectónica y etnográfica en el Protectorado de España en Marruecos. Barcelona, Bellaterra, 2009.
- MORALES LEZCANO, Víctor: *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid, Siglo XXI, 1976.
- España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956). Madrid, UNED, 1986.
- MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones, caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.
- NAVAJAS ZUBELDIA, Carlos: *Estado y sociedad en España (1923-1930)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906). Madrid, CSIC, 1990.
- PABÓN, Jesús: *Cambó*. Vol. 2, parte primera (1918-1930). Barcelona, Alpha, 1952-1969.
- PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- «Alhucemas», *Historia 16*, 114, 1985, pp. 11-23.
- PANIAGUA LÓPEZ, Julián Antonio: «El contrabando de armas durante la guerra del Rif, 1921-1927» en BEN-GOECHEA TIRADO, Enrique et al. (eds.): *Relaciones en conflicto. Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*. Valencia, Universidad de Valencia, 2015.
- PANIAGUA LÓPEZ: «La última batalla de la guerra del Rif», *Guerra Colonial. Revista Digital*, nº 3, diciembre-MMXVIII.
- PASCUAL MARTÍNEZ, Pedro: «Así fue el desembarco de Alhucemas», *Historia 16*, 282, 1999, pp. 64-79.
- «Prensa, Ejército y Parlamento en la guerra de Marruecos», *Historia 16*, 276, 1999, pp. 62-77.
- PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel: A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904). Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013.
- PAYNE, Stanley G: Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968.
- PENNELL, Richard: *La guerra del Rif: Abd el-Krim el Jattabi y su Estado rifeño*. Melilla, UNED-Consejería Cultural de la Ciudad Autónoma de Melilla, 2001.
- PEREIRA, Juan Carlos: Historia de las relaciones internacionales contemporáneas. Barcelona, Ariel, 2001.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro: «justificando la guerra. Manipulación de la opinión pública en los conflictos más recientes», *Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios*, 1/6, 2008.
- PONCE ALBERCA, Julio y LAGARES GARCÍA, Diego: Honor de oficiales. Los tribunales de honor en el Ejército de la España contemporánea (ss. XIX-XX). Madrid, Carena, 2000.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la mili*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Historia del Ejército en España. Madrid, Alianza, 2005.
- «Ritos y rituales cuarteleros» en VV. AA: *Los quintos*, Urueña, Fundación Joaquín Díaz, 2002, pp. 83-103.
- RABANAL YUS, Aurora: «En torno a los presidios menores o plazas de Melilla, Peñón de Vélez de la Gomera, y Alhucemas en el siglo XVIII», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte (UAM)*, Vol. V, 1993.

- RAMIRO DE LA MATA, Javier: «Los prisioneros españoles cautivos de Abd el-Krim: un legado del desastre de Annual. *Anales de Historia Contemporánea*, 18, 2002, pp. 343-354.
- «España y el protectorado en Marruecos: Aproximación a un proceso colonial», *Anales de la Historia Contemporánea*, 24, 2008, pp. 291-305.
- RECIO GARCÍA, María Ángeles: «El Desastre de Annual en el Parlamento español: las comisiones de Responsabilidades», *Guerra Colonial, Revista Digital*. Mayo de 2018.
- RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*. Madrid, Akal, 1982.
- REY REGUILLO, Fernando: *Propietarios y patronos*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992.
- RIVET, Daniel: «Le commandement français et ses réactions vis-à-vis du mouvement rifian, 1924-1926» en *Abd el-Krim et la République du Rif, Actes du Colloque international d'Etudes historiques et sociologiques*. París, 1976.
- *Lyautey et l'institution du protectorat français au Maroc: 1912-1925 (Histoire et perspectives méditerranéennes)*. París, L'Harmattan, 1988.
- ROBLES MUÑOZ, Cristóbal: *La política exterior de España. Vol. II: junto a las naciones occidentales*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ Agustín Ramón: *Política Naval de la Restauración, 1875-98*. Madrid, San Martín, 1988.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Catalina: *Raisuni, el rastro del León*. Córdoba, Almuzara, 2015.
- RUBIO MÁRQUEZ, David: *Regeneracionismo en la Armada: la política naval española y los proyectos de creación de una nueva Escuadra (1899-1909)*. Tesis Doctoral, UNED, 2014.
- SAGRERA, Ana de: *Miguel Primo de Rivera. El hombre, el soldado y el político*. Jerez de la Frontera, Gráficas del Exportador, 1973.
- SALAFRANCA ORTEGA, Jesús Felipe: *El sistema colonial español en África*, Málaga, Algazara, 2001.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *El Protectorado de España en Marruecos*. Madrid, Mapfre, 1992.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Ramón: «Retablo biográfico de Abd el-Krim», *Revista de Historia Militar*, nº 60, 1986, pp. 136-140.
- SECO SERRANO, Carlos: *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. Madrid, Rialp, 1979.
- *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.
- *La España de Alfonso XIII. El Estado. La política. Los movimientos sociales*. Madrid, Espasa, 2002.
- SERRANO VÉLEZ, Manuel: *Silvestre o el sueño de un Imperio*, Madrid, Almuzara, 2018.
- SILVA, Lorenzo: *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*. Barcelona, Planeta, 2017.
- STONE, Norman: *La Europa transformada, 1878-1919*. Madrid, Siglo XXI, 1985.
- SUEIRO SEOANE, Susana: *España y Francia en Marruecos. La política mediterránea de Primo de Rivera*. Tesis Doctoral, UNED, 1991.
- *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*. Madrid, UNED, 1993.
- «España y el contencioso de Tánger. El estatuto de 1923» en *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987.
- «El mito del estratega. Primo de Rivera y la resolución del problema de Marruecos», *Cuadernos de Historia Contemporánea* nº 16, Editorial Complutense, 1994.
- «La política mediterránea», *Ayer*, 49, 2003, pp. 185-202.



- TEJEIRO DE LA ROSA, Juan Miguel: *Dinero y ejércitos en España: de la antigüedad al siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.
- TERREROS CEBALLOS, Gonzalo: *Las guerras de Marruecos. La política de Maura*. Barcelona, Erasmus, 2014.
- TESSAINER TOMASICH, Carlos Federico: *El Raisuni. Aliado y enemigo de España*. Tesis Doctoral, UCM, 1992.
- *El Raisuni*. Málaga, Algazara, 1998.
- TORRE, Rosario de la: «una crisis que rectificó la orientación de la política exterior», *Revista de Occidente*, números 202-203, 1998.
- VALLÉS SALES, Alfonso: «Alhucemas, setenta y cinco años después. Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas» *Boletín de información*, nº 272, Ministerio de Defensa, 2001.
- VEGA BLASCO, Antonio de la: «El plan de Escuadra Maura Ferrándiz», *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, nº 57, 2009, pp. 19-37.
- VELASCO DE CASTRO, Rocío: El protectorado español en Marruecos en primera persona: Muhammad Ibn Azzuz Hakim. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2011.
- Nacionalismo y colonialismo en Marruecos (1945-1951). El general Varela y los sucesos de Tetuán. Sevilla, Alfar, 2012.
- «La imagen del moro en la formulación e instrumentalización del africanismo franquista» *Hispania, Revista española de historia*, vol. 74, nº 246, 2014, pp. 205-236.
- «El desembarco de Alhucemas en la prensa», *Desperta Ferro Contemporánea*, nº 11, 2015, pp. 50-53.
- «Las campañas de Marruecos en la novela La Ruta, de Arturo Barea» en *Novela histórica e historia militar*. Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar. Universidad de La Rioja, 27-29 de mayo de 2015, 2016, pp. 682-733.
- «La contribución de la prensa africanista a la difusión del sueño imperial español en Marruecos» en Cristian Ferrer González y Joel Sans Molas (coords.) *Fronteras contemporáneas: identidades, pueblos, mujeres y poder*. Actas del V encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea, vol. 2. Universidad Autónoma de Barcelona, 2017, pp. 623-635.
- «La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim», *RUHM* Vol. 16, 2019, pp. 41-60.
- VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y política*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947.
- VIÑAS MARTÍN, Ángel y PUELL DE LA VILLA, Fernando (Eds.): *La historia militar hoy: investigaciones y tendencias*. Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2015.
- VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*. Vol. II, Madrid, Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar, 1951.
- VV. AA: *Igueriben*, pássim: *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. III, apéndice V. Madrid, Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar, 1951.
- VV. AA: *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. III. Madrid, Estado Mayor Central del Ejército, Servicio Histórico Militar, 1981.
- VV. AA: El Expediente Picasso. Las sombras de Annual. Madrid, Almena, 2003.
- VV. AA: *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*. Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 2009.
- VV. AA: Las escuelas de Estado Mayor y de Guerra del Ejército, su contribución a doscientos años de Estado Mayor 1810-2010. Madrid, Ministerio de Defensa, 2009.

VV. AA: El Protectorado español en Marruecos: La historia trascendida. Bilbao, Iberdrola, 2013.

WOOLMAN, David S: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Oikos-tau, 1971.

ZWEIG, Stefan: El mundo de ayer, Madrid, Acantilado, 2001.

#### FUENTES HEMEROGRÁFICAS

ABC

*Africa Española. Revista de colonización*

*Almanaque Bailly-Bailliere*

*Anuario militar*

*Boletín de la Liga Africanista Española*

*Diario Universal*

*El Año Político*

*El Correo Español*

*El correo militar*

*El Diario Universal*

*El Heraldo Militar*

*El Imparcial*

*El Liberal*

*El Motín*

*El Mundo*

*El País*

*El Progreso*

*El Socialista*

*El Sol*

*El Telegrama del Rif*

*El Universo*

*Estadística de las huelgas.*

*Memoria de 1923. Ministerio de Trabajo*

*La Correspondencia Militar*

*La Época*

*La guerra ilustrada*

*La guerra y su preparación*

*La Mañana*

*La veu de Catalunya*

*Le Matin*

*Nuestro tiempo*

*Nueva España*

*Revista de Estudios Marroquíes.*

*Revista de Tropas Coloniales*

*Revista hispano-africana*

*The Daily Telegraph*

*The Times*

*Westminster Gazette*